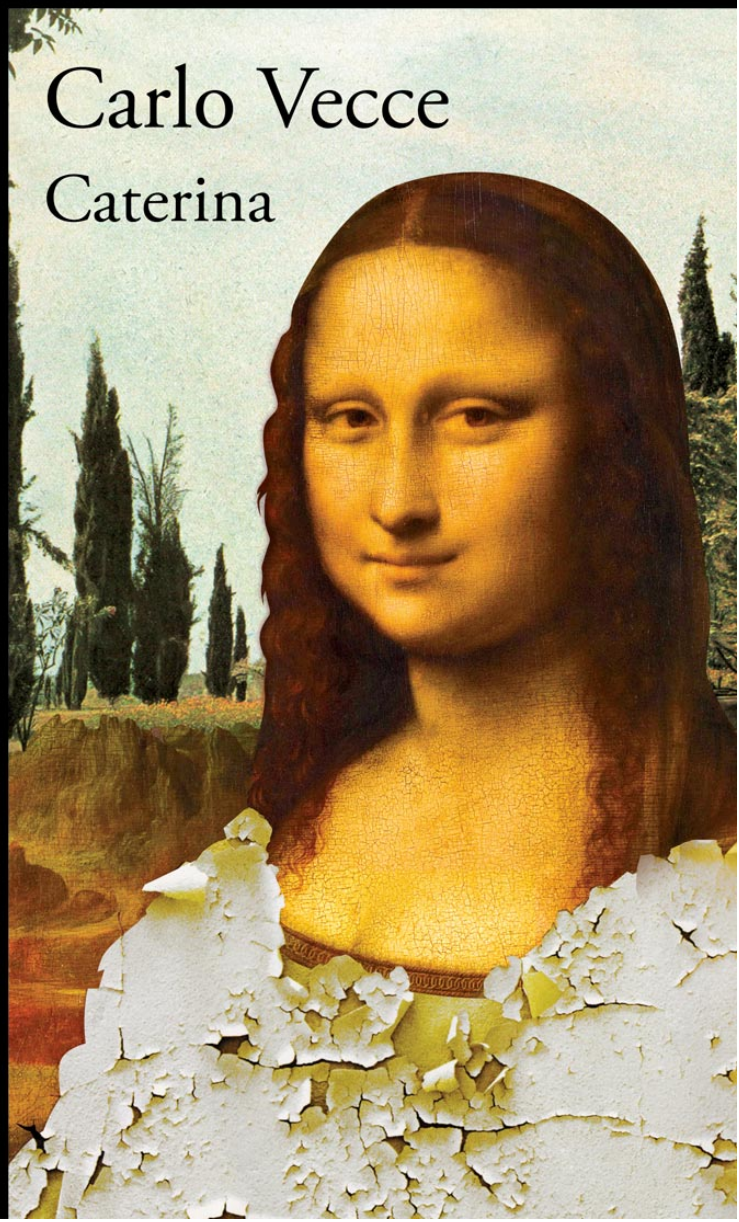
ALFAGUARA

Carlo Vecce

Caterina



Narrativa Internacional | Traducción de Carlos Gumpert

Carlo Vecce

Caterina

Traducción de Carlos Gumpert

ALFAGUARA

A mi madre, como Caterina

1. Yakov

Un bosquecillo de abedules a orillas de un río,
cerca de Xi Miute, una mañana de verano

No quiero perderla.

El caballo aparece y desaparece entre los abedules.

Solo puedo seguirla con los ojos.

Los ojos son manos, manos que se tienden, que tratan de aferrar algo que huye para siempre.

La vida, un destello de luz, una confusa intermitencia de recuerdos e imágenes, esa nimiedad que hemos vivido juntos.

Los troncos son blancos y delgados, la corteza como cáscara de piel endurecida. Parecen los mismos cuerpos arbóreos que abrazaba hace doce inviernos: no aquí junto al mar, sino en nuestro bosque sagrado, lejano, en las montañas. Entonces penetré en su zona más secreta, sin preocuparme por la prohibición. No, era incapaz de esperar fuera con los demás hombres y los caballos. Los gritos desgarrados de mi mujer llevaban horas resonando en el valle, llenándome de una sensación de angustia como nunca había vivido. Un terrible milagro estaba a punto de producirse.

Con las manos aferradas a un abedul, y la mirada clavada allí abajo, en el claro. En el centro de la meseta, el gran nogal, desnudado por los vientos otoñales, con las ramas hacia el cielo. Brazos en el acto de ofrecer un sacrificio. Las antiguas raíces se retorcían entre las rocas, de donde brotaba un manantial de agua purísima. Entre las raíces y el tronco, una tosca cruz de madera. Con mi mujer solo estaba la partera, la *mamiku*, que se movía rápidamente entre ella y la fuente, cambiando los paños rojos de sangre y lavándolos en el agua. Ella estaba acostada boca arriba sobre una capa de paja extendida en el terreno. Lanzaba gritos agudísimos, rígida, mientras contraía los brazos y las piernas, y echaba la cabeza hacia atrás.

Hasta un día antes, y durante las largas lunas anteriores, en nuestra gran casa en el centro del pueblo habíamos seguido todos los consejos de la *mamiku* y de las mujeres más ancianas. Iba a ser nuestro primer hijo: el primogénito de *psì* Yakov, del noble Yakov, cantaban las mujeres, el niño destinado a ser un héroe como los de las sagas de los Nart, y a guiar el clan con fuerza y valor. Iba a nacer en el Año del Caballo, el animal más noble y venerado por nuestro pueblo.

Mi esposa evitaba salir después del ocaso, sentarse en un arcón o una piedra, matar serpientes, beber agua de copas anchas. Vigilaba con cuidado el fuego que ardía en el corazón de la casa, para que nunca se apagara. A pesar de todo, sin embargo, seguía debilitándose en esa difícil preñez. Había sufrido frecuentes pérdidas de sangre, y las mujeres temían que algún demonio la hubiera tomado con ella y el niño: tal vez fuera la cruel Almasti, sedienta de la sangre de ambos. Alguien dijo que la habían visto deambular cerca de la casa, al atardecer, una anciana desnuda y con el pelo suelto. Para mantenerla alejada se dejaba encendido durante toda la noche un fuego purificador en la puerta, y debajo de la almohada y el jergón se habían colocado los más variados objetos de metal, algunos amuletos, unas tijeras y un cuchillo. En las afueras del pueblo, cerca del ruidoso curso del río, ya estaba preparada una choza de paja para el parto.

El momento final llegó con el otoño ya bien entrado. Los días eran templados aún, pero los ancianos advertían que el viento helado que bajaba de la Tierra de las Tinieblas no tardaría en empezar a soplar, y que todo se volvería blanco y silente, sepultado bajo el alto manto de nieve. Casi sin fuerzas, pálida, ella había insistido en que la lleváramos de inmediato a la arboleda sagrada, bajo el nogal. Decía que necesitaba la energía del agua y de la roca, la savia y la fuerza del gran árbol. Se mostró inflexible y, a pesar de su estado, la llevamos hasta allí en una litera, acompañada únicamente por la *mamiku*. Partimos al amanecer. El cielo aparecía despejado de nubes, y el aire inmóvil, pero frío. En el bosque sagrado solo entraron las mujeres con los porteadores, y estos regresaron de inmediato, después de haber preparado un lecho de paja sobre la tierra húmeda. El

resto de los hombres y yo, tras desmontar de nuestras cabalgaduras, nos detuvimos en sus lindes. Ningún hombre podía permanecer en su interior. Lo que sucedía allí lo distinguíamos de forma borrosa. La *mamiku* realizaba unos extraños rituales para propiciar la expulsión del feto, abriendo y desatando misteriosos objetos entrelazados y anudados entre sí, e invocando el agua y el viento.

Un grito más fuerte me estremeció. Ella se arqueó violentamente, volvió a caer y ya no se movió. Me sentí devastado. Desde la distancia no conseguía ver con claridad, no entendía lo que estaba pasando. Ya no veía a mi mujer, cubierta por la *mamiku*, doblada entre sus piernas. Y luego, de repente, otro grito, débil pero claro y agudo, y la *mamiku* hizo unos gestos rápidos empuñando lo que parecía un cuchillo, y se precipitó hacia el manantial con una cosita ensangrentada, que sumergió varias veces en el agua gélida, y una y otra vez se repetía ese chillido agudo, y aquella cosita ya no estaba roja de sangre.

Me lancé a la carrera hacia el claro. Vi el terror en los ojos húmedos y temblorosos de la *mamiku*, terror a causa de lo que acababa de ocurrir, pero tal vez más a causa de mi sacrilegio, por haber querido ver lo que no debe ser visto por un varón. Vi a mi mujer, blanca como la nieve, en el suelo, con la boca abierta, los ojos sin vida abiertos al cielo azul, la sangre oscura en su sexo desgarrado, en sus piernas abiertas, en la paja, en la tierra. Almasti se ha bebido su sangre, decía la *mamiku* con palabras entrecortadas y confusas, pero ahora que desciende a la tierra y asciende por las raíces en la savia del gran nogal, es sangre sagrada. Sangre por sangre, vida por vida. Y fue entonces cuando la vi por primera vez. Sus grandes ojos, claros, profundos, estaban abiertos. Me parecían los mismos ojos de su madre, y tuve la sensación de que me miraban mientras extendía las manos hacia ella.

No volví a verla hasta mi regreso, seis inviernos después.

Una vez enterrada mi mujer en el túmulo familiar, bajo las grandes losas de piedra de la casa de los muertos, confié la niña, de pocos días, a su abuela y a la nodriza, una esclava *rus* llamada Irina.

La oscuridad había caído sobre la tierra. Las tinieblas del

mal y del dolor. El viento del norte aullaba y caía la nieve. Tras recoger las armas y reunir a los guerreros del clan, me fui sin mirar atrás. Hasta entonces, a la espera del nacimiento de mi primogénito, había dejado sin respuesta la invitación de *warq* Inal Nexw, el príncipe Inal el Grande, el de un solo ojo, hijo de Xwrifelhey, hijo de Abdun-Kan, quien no cejaba en su petición a los jefes y a los nobles de nuestro orgulloso e independiente pueblo, diseminado por las montañas y los valles, de que se unieran en una lucha común. Pero después lo seguí con ciega determinación, lanzándome ferozmente al combate, como si tratara de ganar para mí el consuelo de la muerte que le concedía en cambio a mi enemigo. A los demás guerreros mi actitud les parecía valerosa, heroica e inhumana. En realidad, era un desesperado deseo de muerte.

Cuando regresé al pueblo, estaba muy cambiado. Mi rostro se había endurecido con arrugas y cicatrices, solo ocultas en parte por mi barba y mi largo pelo rubio. Mi mirada era triste, y los ojos aún parecían reflejar los destellos de las llamas y el derramamiento de sangre. Ya nada me importaba de la vida o de la muerte. En mi cabeza y en mi corazón solo había un vacío.

Llegué a la aldea, sin ser esperado, en la víspera de Año Nuevo, al final del invierno. Cabalgaba con algunos compañeros, los pocos que quedaban vivos. A nuestro grupo lo seguía un pequeño carro, conducido por un hombrecillo vestido de oscuro. Debajo del burka, de la capa de fieltro y de la cota de malla acorazada, yo vestía una tosca camisa de fustán tejida con tres lizos, sin cuello, doblada a guisa de falda debajo del cinturón, y calzones anchos metidos en botas altas. Llevaba al hombro un arco largo con el carcaj, y, dentro de la vaina, la *shashka*, el largo cuchillo, curvo y ligero, flexible y mortal como una serpiente, con la empuñadura en forma de gancho recubierto con un niel plateado que parecía una cabeza de águila.

Me quité el casco puntiagudo con sus protectores para las mejillas y sacudí la cabeza, dejando que mi pelo rubio ondeara al viento. Avanzaba lentamente, descendiendo hacia el valle después de la última curva del cerro. Al acercarme a las primeras casas, veía a las mujeres, los ancianos, los niños

que empezaban a aglomerarse en silencio a los lados del camino, tratando de distinguir en las figuras exhaustas de los jinetes los rasgos de una persona amada, un esposo, un hijo, un padre.

Me detuve frente a mi casa en el centro del pueblo, una *wuna* que se diferenciaba de las demás solo por ser un poco más grande, pero de idéntica estructura, tejida con juncos, ramas y paja. Nada había cambiado. Detrás estaban las mismas vallas que había levantado en el verano de la preñez de mi mujer, las cuadras, el cuarto apartado para los invitados, los corrales para los animales, el campo y los árboles frutales, que ahora se preparaban de nuevo para la primavera.

Bajo el pórtico, aislada de los sirvientes y sirvientas, reconocí la esbelta figura de mi madre, impasible como una estatua, y junto a ella a la criada Irina, que agarraba de la mano a una niña de cinco o seis inviernos. Tenía que ser ella: mi hija, de ojos azules y pelo largo y rubio. Esos ojos me miraban, emocionados, pero sin lágrimas, secos como los ojos de la abuela, como los ojos de Irina, como los ojos de todos en esa explanada y en ese momento, porque las lágrimas son señal de debilidad entre nosotros.

Desmonté, abracé a mi madre, miré agradecido a Irina y me incliné hacia la niña, que nunca me había visto. Debía de parecerle un extraño, y únicamente entonces fui consciente de mi apariencia, que solo podía inspirarle temor. Yo no sabía sonreír: nunca he sonreído en mi vida. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, e Irina se adelantó a la pregunta susurrando el nombre con el que la llamaban, *Wafa-naka*, Ojos de Cielo, porque los suyos eran de un azul profundo como los de su madre y su padre. Recordé con dolor lo azul que estaba el cielo sobre el claro el día que Theshxwe el Todopoderoso me había arrebatado a la mujer que amaba y me había dado una hija en lugar de un primogénito varón.

Tímidamente, tendí mis manos hacia ella, pronunciando despacio su nombre: Ojos de Cielo. La pequeña miró con incertidumbre a Irina, quien le sonrió, luego avanzó hacia mí con confianza sin bajar la mirada y me echó los brazos al cuello.

Entramos en el gran salón del centro, alrededor del sagrado corazón de la *wuna*, el fuego que mi madre, cabeza de la casa y de la familia en mi ausencia, había cuidado durante todos esos años. El carro también se había detenido frente a la casa, y presenté a su conductor a familiares y amigos: era mi *konak*, mi huésped, un mercader griego llamado Demetrios, que me había seguido desde Zhansherx, la ciudad del príncipe Inal, fundada por su abuelo Abdun al sur del Psoz. Yo no lo conocía ni lo había visto nunca antes de que él se me presentara; el griego, en cambio, además de saber un poco de nuestro idioma, conocía mi nombre.

En efecto, ese nombre, Yakov, lo había salvado cuando se apeó de su barco a orillas del Xi Fitse: Demetrios se vio inmediatamente rodeado por jinetes hostiles, que lo habrían privado de sus mercancías e incluso de su libertad si no se hubiera declarado inmediatamente *konak* del príncipe Yakov, pidiendo ser protegido en nombre del sagrado deber de la hospitalidad, y ser conducido ante él. Además de los productos con los que pretendía comerciar, Demetrios me había traído noticias de una tierra lejana, mucho más allá del Xi Fitse, y también me dijo que tenía que entregarle un mensaje a mi madre en persona.

Se lo presenté a ella y consentí en que se quedaran solos en un rincón de la sala. Para asombro de todos, el griego Demetrios se inclinó ante ella. Le oí decir unas pocas palabras y vi cómo sacaba un pequeño objeto de su bolsa, un anillo tal vez, y se lo daba. Ella lo escuchó sin hablar. Yo sabía bien que jamás hablaba. No recuerdo haber oído nunca, desde que era un niño, una sola palabra que saliera de sus labios. Se comunicaba solo con gestos. Se decía que se había vuelto así hacía muchos años, antes de casarse y antes de que yo naciera, cuando, de regreso a los restos humeantes de su aldea arrasada por los tártaros de Timur Barlas, supo que su hermano había sido secuestrado, y vio la cabeza de su padre empalada en una lanza.

Me di cuenta con asombro de que estaba conmovida.

Fue solo un instante. Se repuso de inmediato, como avergonzada por ese momentáneo gesto de debilidad, despidió al griego y fue a sentarse en el diván en el centro de la sala, al lado de Ojos de Cielo, invitando a todos a servirse

con las manos la sencilla cena que las mujeres habían preparado a toda prisa: una sopa de raviolis de mijo, carne de oveja hervida y sazonada con salsa de ajo, una torta de nueces y miel. La *makhsima*, la bebida de mijo fermentada con miel, se sirvió en copas de plata, sacadas de sus cajas y limpiadas en mi honor, en el de los guerreros y en el del *konak*. Una muchacha tocaba una melodía lenta en el *pshine*, moviendo un arco largo sobre las dos únicas cuerdas de crin de caballo tensas en la caja oblonga.

Después de la cena, en torno al fuego, el griego empezó a hablar despacio, en esa lengua que tan difícil le resultaba, equivocándose muchas veces en palabras y sonidos, y provocando las risas de los oyentes, que intervenían ruidosamente para corregirlo o sugerir la palabra correcta. El caso es que tenía el don de hacerse entender, con la expresión de su rostro que desplazaba de uno a otro, con los ojos inquietos y astutos, con el movimiento de sus manos.

Al cabo de un rato ya nadie se reía: todos lo miraban con atención, boquiabiertos, escuchando aquel relato de historias maravillosas e increíbles para ellos, gentes de montaña que, a excepción de nosotros los guerreros y de algunos esclavos de orígenes lejanos, nunca habían ido más allá de la cresta de las cumbres y más allá de las llanuras donde se ensanchaba el arroyo y se convertía en un río. Yo, en cambio, no dejaba de mirar a Ojos de Cielo, pero la niña no se percataba de mí, completamente absorta en seguir el relato, y en el esfuerzo por comprender aquellas frases un tanto inconexas.

Más allá de Xi Miute, donde confluyen los ríos Tane y Psoz, decía Demetrios, más allá de Xi Tuale Teymen, donde las tierras parecen tocarse, está Xi Fitse, el gran mar negro donde se pone el sol. Los griegos lo llaman Euxeìnos. Kara Deniz, mar negro: así lo llaman los recién llegados a las costas del sur. Yo había visto ese mar: de lejos, desde la cresta de las montañas, como una franja borrosa en la distancia. El mundo, prosiguió Demetrios, no acaba en ese último horizonte donde se pone el sol. Incluso el gran mar negro termina a mediodía, estrechándose en el punto donde se encuentra su ciudad, la ciudad más hermosa y rica del mundo, la ciudad de las

cúpulas y de las estatuas doradas. Y más allá hay otro mar aún más grande, un mar salado y profundo, rodeado por otras muchas tierras y por muchos otros pueblos e innumerables islas, que desemboca en el agua inmensa que rodea todas las tierras. Al otro lado de ese mar está el país llamado Aigyptos, tan caluroso que no conoce la nieve, habitado por un pueblo casi tan antiguo como el mundo y atravesado por un río cuyo nacimiento nadie conoce.

De allí regresaba ahora Demetrios. En la riquísima capital Al-Qahira, la Victoriosa, había sido convocado por su rey Barsbay, a quien le habían dicho que el griego procedía de la costa nororiental del mar negro. El rey le había revelado que era originario de aquellas tierras, que había nacido bajo las altísimas montañas que se veían desde el mar, y que siendo aún un niño había sido capturado en una incursión de los tártaros. El niño había sido vendido como esclavo en Al-Qahira y al final se había convertido en el señor de toda aquella zona del mundo. Demetrios nos enseñó un disco de metal con su emblema, el aciano, y nos dijo: aquí está su moneda. Todos la miramos con curiosidad. Nadie usa monedas aquí en las montañas. Si cae en tus manos alguna moneda, la guardas como amuleto, o la perforas para meterla en un collar. Los bienes se truecan sencillamente entre clanes o con los raros mercaderes judíos o armenios.

El rey Barsbay le había pedido a Demetrios que regresara a su antigua patria para llevar noticias de él a la única persona de su familia que aún debía de seguir con vida: su hermana mayor, de quien Barsbay sabía que se había casado con el noble jefe de una aldea en el altiplano, al norte del nacimiento del Psoz, y que debía de tener un hijo llamado Yakov. Demetrios solo tenía que darle recuerdos y algunos obsequios, que ahora había sacado de la bolsa, ante el asombro de todos: un velo de seda entretejido con hilos de oro, que exhibía la imagen de un aciano en el centro, para la hermana del rey; un puñal con empuñadura enjoyada, para su hijo. El regalo más importante ya había sido entregado en manos de mi madre: un anillo mágico para protegerla a ella y a sus seres queridos. El rey Barsbay lo había obtenido de joven de los monjes de un monasterio al pie de la montaña sagrada en la que el Todopoderoso había hablado con el

profeta Moshé.

Le pedí a mi madre el anillo. Era un simple círculo de plata en el que estaban grabados un signo más grande y otros más pequeños. El mayor parecía estar formado por líneas entrecruzadas, como los emblemas que usamos para marcar a fuego caballos y ganado y para hacer grabados en armas y rocas. Le di vueltas en mis manos, pero sin entender esos símbolos.

Al igual que toda nuestra gente, no sé cómo funciona la escritura, aunque haya visto que la usan los pueblos vecinos, y la haya encontrado en lajas de piedra muy antiguas con grabados extraños e incomprensibles en túmulos y en las casas de los muertos, porque la escritura debe de ser una magia con la que se capturan las palabras, que de otro modo estarían hechas de aire, sellándolas en el tiempo, y permitiéndoles cruzar la frontera entre la vida y la muerte. Por eso las escrituras están grabadas en piedra cerca de las casas de los muertos. Debe ser la lengua de los difuntos, tallada en la roca para que no se convierta en polvo como sus cuerpos.

Aquellos también debían ser sin duda signos mágicos. Miré a Demetrios con gesto inquisitivo. El griego me señaló el signo grande, el entrecruzamiento de líneas: era un monograma, dijo, es decir, un símbolo formado por varios signos, uno encima del otro, y en este caso eran tres, y correspondían a tres sonidos, *a i k*, de la manera en la que los escriben los griegos. Para ayudarme a entender los otros trazos, Demetrios me los deletreó uno por uno: *a i k a t e r i n e*. Luego dijo en voz alta la palabra completa: *Ekaterini*.

Era simplemente un nombre: el nombre de la gran Agia Ekaterini, la pura, cuyo cuerpo se guardaba y se veneraba en ese monasterio, al pie de la montaña sagrada de Moshé. El anillo había entrado en contacto con el cuerpo de la santa y había absorbido su poder y energía. Ekaterini fue en sus orígenes una virgen de la ciudad de Alejandría, llamada Dorotea, que significa don de Dios. Recibió una visión de la Virgen Madre santa Merissa, protectora de las abejas y de la miel, y de Cristo su hijo y del Todopoderoso, que había consagrado a Dorotea como su esposa al darle el anillo; y

desde entonces se llamó Ekaterini, la pura. Luego, algunos malignos perseguidores, después de infligirle terribles pruebas para obligarla a renunciar en vano a su divino esposo, la decapitaron, pero su cuerpo, reensamblado por los ángeles, fue llevado por los aires a la montaña de Moshé. Se decía que su cabello rubio seguía creciendo milagrosamente y que su cuerpo rezumaba un flujo perenne de aceite curativo.

Iba cayendo la oscuridad, fuera de la casa y en el valle. Estaba empezando la noche del año nuevo y el alma vital del mundo volvió a soplar poderosa en el aire, en el agua y en la tierra. Todos seguían sentados en círculo alrededor del fuego, sin dejar de darle vueltas a las asombrosas historias que habían escuchado. En el silencio roto por el crepitar de las brasas, mi mirada se encontró con la de Ojos de Cielo, y se me vino a la cabeza que aún no había recibido nombre alguno, ni había sido purificada con el agua del bautismo. Tendría que hacerlo yo, porque hasta allí, a esas montañas, nunca habían llegado los *schojen* ni los *shekhnik*, los chamanes de la cruz, aunque veneremos la cruz de madera que cuelga del tronco del antiguo nogal sagrado, cerca del manantial de agua.

Yo nunca había vuelto allí. Para mí aquel se había convertido en un lugar de muerte, porque era donde había muerto mi mujer. Pero Ojos de Cielo también había nacido allí, y era de justicia regresar en la fiesta más importante del año, cuando renace la vida de las plantas y de los animales y de todas las criaturas. La niña había de ser la señal del renacimiento, y yo la purificaría derramando sobre su cabeza el agua gélida y bendita que manaba cerca de la cruz, esa misma agua en la que la *mamiku* la lavó de la sangre de su madre.

Pero ¿qué nombre podía darle a Ojos de Cielo? Dentro de mí, mientras apretaba el anillo mágico, ya sabía la respuesta, pero me dije que era correcto seguir la tradición y la costumbre de los padres, la *khabza*. Quien sugiriera el nombre de un niño tenía que ser la primera persona extranjera que cruzara el umbral de la casa después del nacimiento: esa persona era Demetrios. El griego me miró, miró el anillo, miró a mi madre y me preguntó cuándo había nacido

exactamente la niña. Yo no lo sabía y miré a Irina, que habló con su fuerte acento *rus*: dos lunas y diez días después del comienzo del otoño del último *Zhilqi*, el Año del Caballo.

Demetrios cerró los ojos y trató de hacer un cálculo mental rápido, como acostumbran a hacer los mercaderes. El día debía ser el mismo que la fiesta de Agia Ekaterini, que en el calendario de los griegos era el vigésimo quinto día del mes llamado *noémbrios*, y el último Año del Caballo, si no andaba errado, debía ser el año 6936 desde la creación del mundo. De modo que no tuvo dudas, y mirando a la niña le dijo solemnemente su nombre: Ekaterini. Con igual solemnidad le entregué yo el anillo mágico, como Cristo se lo había dado a su santa esposa Ekaterini. Con el orgullo de una princesa, delante de todos, Ekaterini se lo deslizó en el dedo y apretó su pequeño puño, porque el anillo aún le quedaba demasiado ancho, y si se le caía era de mal augurio.

Regresé al cabo de otros seis inviernos.

Me hallaba en el campamento de Inal, al sur de las montañas. Mientras los hielos empezaban a derretirse y los ríos volvían a acrecentar su caudal llevando su agua nueva al Xi Fitse, llegó la noticia de la muerte de mi madre. Tras obtener licencia por parte del príncipe, partí solo para darle sepultura en la casa de los muertos de los antepasados. Galopé río arriba, por los empinados senderos de montaña que tan bien conocía, y continué a pie por los pasos aún cubiertos de nieve, tirando del caballo y ayudándolo como si fuera un hermano.

Mi corazón se había endurecido aún más. En el pelo todavía rubio, y sobre todo en la barba, había destellos blancos como la nieve. En el cinturón, a un lado la *shashka*, al otro el puñal enjoyado de Barsbay. Yo era un guerrero, me había acostumbrado a rechazar y reprimir todo pensamiento, todo recuerdo, toda emoción, y a vivir para actuar y luchar. Pero mi corazón dio un vuelco cuando, detrás de la última curva, se me aparecieron a baja altura el valle por donde fluía el río joven, el humo que salía de los tejados de paja de las chozas y de las casas, las vastas planicies abiertas que se elevaban suavemente desde el otro lado, hacia la meseta, donde cuando era niño mi padre me había enseñado a

cabalgar más rápido que el viento. Hacia el este el valle se estrechaba entre montañas cada vez más escarpadas, y empezaba el bosque salvaje e impenetrable, donde se hallaban la arboleda sagrada del gran nogal y la fuente de agua purísima. La primavera acababa de empezar. Los prados iban cubriéndose de hierba nueva y de flores, los árboles frutales de más abajo estaban cargados de pequeños capullos blancos y rosados.

Se me encogió el corazón al recordar la única primavera que había vivido con mi esposa, sobre el lecho de pieles cubierto de flores de cálamo y juncos. Y se me enterneció pensando en mi hija, por más que el recuerdo de nuestro último y único encuentro, seis años antes, se me hubiera vuelto más incierto. ¿Cómo la encontraría? ¿Se habría convertido en mujer? ¿Qué le habrían enseñado en esos años? ¿Habría aprendido a hacer todo lo que prescribe la *khabza*? Era probable que hubiera llegado el momento de pensar en buscarle un marido, un joven fuerte y valiente de una tribu vecina, que sirviera también para establecer pactos de sangre con sus padres, y ella se iría para siempre, porque ese es el destino de la mujer: una hija es como una invitada, y como una invitada se irá, decían los ancianos.

¿Qué le diría cuando volviera a verla? No tenía la menor idea. Además, siempre he sido un hombre de pocas palabras. Incapaz de pronunciar un discurso que dure más que una frase. Nadie en la familia hablaba mucho. Mi madre, tras volverse muda, nunca me habló. Pensé que no le diría nada, pero al menos debía esforzarme. Ojos de Cielo, murmuré para mí mismo. No, debía llamarla con ese nombre extranjero con el que la había bautizado, Ekaterini. Ekaterini, la noble hija del noble Yakov.

Mientras descendía por el sendero, divisé una figura de pie en la cresta. No era un hombre sino un chico, a juzgar por su vestimenta y complexión. No me miraba y, de hecho, parecía no darse cuenta de que se acercaba un jinete. Toda su atención estaba dirigida hacia el otro lado, más allá de la cresta. Había allí un pequeño valle, una espesura, y la caza, mayor incluso, nunca faltaba. El muchacho sostenía en sus manos un arco demasiado grande para él, no uno de esos

arquitos que suelen darse a los niños para que practiquen el tiro con presas pequeñas, liebres o pájaros. Iba vestido con sencillez: pantalones ajustados por dentro de las botas y una casaca ceñida con un cinturón en el que estaba metido un pequeño puñal, y un carcaj colgado del hombro. Aquellas prendas me resultaron familiares, como si las hubiera visto antes. El chico llevaba puesto un bonito gorro de fieltro destinado a ocultar sus largos cabellos, porque le salían mechones ondulados que le caían por detrás de las orejas. A corta distancia se veía un hermoso potro sin silla, un joven alazán con una mancha blanca en la frente que parecía una estrella, atado a un árbol con una cuerda.

¿Quién era ese chico? ¿De quién era hijo? ¿De uno de mis compañeros que se habían quedado con Inal, o de uno de los que habían regresado al cuerpo de la Madre Tierra? ¿O tal vez de un clan vecino, dado en adopción temporal, como prescribe el *ataliqate*, la antigua costumbre de nuestro pueblo?

Intrigado, desmonté con mucho cuidado para no hacer ruido. Me quité la capa, la loriga y las armas, y me deslicé en silencio entre la hierba fresca, para sorprender al joven arquero. Me coloqué detrás de él sin que se diera cuenta, y así, un instante antes de que su flecha saliera disparada hacia el valle, lo rodeé con mis grandes brazos y lo levanté del suelo riendo. La flecha silbó y se perdió en la distancia. El potro relinchó asustado. Un corzo desapareció en la espesura. El chico intentó soltarse, pero sus movimientos resultaban inútiles contra mi poderoso abrazo. Se le había caído el gorro y soltado el pelo: un pelo largo y rubio.

Lo dejé caer en la hierba, sobrepujándolo con mi estatura. Debí de parecerle un gigante, recortado a plena luz del sol. Echó mano de inmediato al puñal y se le veía dispuesto a reaccionar con violencia. Tal vez nunca había tenido a su alcance una presa tan grande y la había perdido por mi culpa. Pero de repente se quedó de piedra. Aunque las cejas estaban fruncidas en una mueca de ira, el rostro tenía un corte dulce y delicado, casi femenino. Los ojos eran del azul del cielo. De sus labios tuve la sensación de oír una sola palabra, susurrada con miedo, como una pregunta: ¿*ada*, padre? Y yo también me quedé de piedra.

Nos sentamos uno al lado del otro sin mirarnos, con los rostros vueltos hacia el valle y a las nubes que corrían sobre las montañas. Mi caballo se había acercado al potro y estaba pastando tranquilamente en la hierba nueva. De pronto ella, sin mirarme, levantó la mano hacia el potro y pronunció una sola palabra: *Vagwà*, estrella. Me volví sorprendido hacia ella y comprendí que era el nombre del potro. Yo también levanté la mano hacia mi caballo, un albazano achaparrado como todos los caballos descendientes de las razas montadas por los tártaros y los mongoles en las infinitas estepas orientales, no mucho más grande que el potro, pero de musculatura fuerte y nerviosa, de crin y cola largas, con cicatrices de las numerosas heridas recibidas junto a su jinete, envejecido a su lado. Su nombre era *Zhash*, noche.

Nuestras miradas se cruzaron y miré fijamente su rostro iluminado por el sol mientras ella, como para darse a conocer, me mostraba su mano izquierda con el anillo mágico. ¿Era así el rostro de mi esposa, hace muchos años? Fui incapaz de responderme, el recuerdo era confuso, habían pasado ante mis ojos demasiados horrores y demasiada desolación. Nos levantamos, padre e hija, recogimos lo que habíamos dejado esparcido por el suelo y nos encaminamos a pie hacia el pueblo, tirando de los ronzales de Estrella y Noche, que nos seguían mansamente.

Los ancianos me guiaron hasta el lugar del funeral de mi madre, que ya había comenzado días atrás, según los preceptos de la *khabza*. Originaria de uno de los clanes más nobles del valle del Psoz, mi madre siempre había gozado de una particular veneración por parte de aquellos sencillos montañeses, nutrida de cuanto se contaba sobre la trágica historia de su familia en la época de la invasión de los tártaros de Timur Barlas, y acrecentada aún más tras la visita del mercader Demetrios, cuando corrió el rumor de que era hermana de uno de los reyes más poderosos del mundo. Así pues, los ancianos habían decidido otorgarle los honores funerarios reservados normalmente solo para los cabecillas y los hombres más importantes, antes de llevar el cuerpo a la casa de los muertos y consignar el alma inmortal al *hedrixe*, el

mundo de abajo, con el fin de que siguiera protegiendo a los vivos del mundo de arriba.

Llegué al pie de la pira funeraria. Mi difunta madre estaba sentada en lo alto, como una reina entronizada, vestida con sus mejores galas, con los ojos cerrados y las manos negras y huesudas sobresaliendo de las mangas. El cuerpo, reducido a una suerte de haz de paja tras el rito de vaciado de órganos internos, llevaba allí casi ocho días, venerado por la gente del pueblo y de los valles cercanos. Debajo del montón de leña, las ofrendas traídas por los peregrinos: copas de plata, chales, pero también armas, arcos, flechas. Una niña, sentada a su izquierda, agitaba de vez en cuando una flecha con un pañuelo de seda atado para ahuyentar a las moscas. Me senté en una roca y me quedé mirando fijamente a mi madre durante dos o tres horas, en silencio, sin llorar, porque el llanto es motivo de vergüenza entre nosotros. Al atardecer subí solo a la pira, tomé con delicadeza a mi madre en mis brazos y la coloqué en un gran tronco ahuecado, junto con los exvotos. El tronco fue llevado a la casa de los muertos y depositado en un hoyo en el que todos, al pasar, arrojaban tierra o piedras. En poco tiempo, junto a las antiquísimas lajas de roca, surgió un alto montículo.

En la casa grande Ekaterini y yo nos quedamos solos. Antes de morir, mi madre había liberado a Irina junto con otro esclavo *rus* que había sido su compañero durante mucho tiempo, Oleg, y les había dejado a ambos como hogar la pequeña choza que antes estaba reservada para invitados y un trozo de terreno. Me alegré mucho de ello. Irina, al igual que otros *rus* del pueblo, había sido esclava de los tártaros muchos años antes, y que la capturaran de nuevo como botín de guerra y la trajeran al pueblo de las montañas supuso casi una liberación. En nuestra casa y en nuestro pueblo había sido respetada como un ser humano y considerada casi de la familia, cuando mi madre la eligió para que fuera la nodriza de Ojos de Cielo, porque Irina había dado a luz a un niño poco antes, concebido con Oleg. Mi hija, que nunca conoció a su madre, se amamantó de la leche de la vida de los pechos de Irina.

Con mi madre, que no hablaba, Irina parecía entenderse a

la perfección, casi solo con el pensamiento. Con el tiempo, sin embargo, Irina llegó a aprender también un poco de nuestro idioma, aunque después del bautizo había preferido llamar a la niña con el cariñoso nombre *rus* de Katia, y también Katiuska. Irina conservaba un fuerte e inconfundible acento *rus*, lo que le daba a Katia la exótica sensación de tierras lejanas y aventuras en los grandes ríos helados del gélido norte, al borde del País de las Tinieblas, donde podían verse bailar en el cielo, durante la aurora boreal, a Demonios y Hadas con los colores iridiscentes del verde y del azul.

Mientras mecía su cuna, Irina la adormecía cantándole misteriosas nanas en su propio idioma o contándole cuentos de hadas. A veces la pequeña se estremecía, porque los cuentos de hadas no siempre eran tranquilizadores, al contrario, solían estar poblados por figuras aterradoras como la bruja Baba Jaga, devoradora de niños. O bien, para mantenerla alejada de las peligrosas aguas del río, Irina afirmaba que allí abajo se escondían las *rusalke*, sirenas hermosas y desnudas, dispuestas a agarrar a los niños y ahogarlos; y así provocaba el efecto contrario, porque Katia se acercaba aún más al agua transparente para poder verlas, y creía de veras reconocerlas en los esturiones de plateados dorsos escudados que serpenteaban sobre el pedregal.

Alrededor del fuego, la muchacha, que no se había cambiado la ropa con la que la había sorprendido en la colina, se había anudado el pelo con fuerza en la nuca y me contaba orgullosa su vida en los años pasados. Sus ojos azules brillaban a la luz del fuego y sus mejillas se iban enrojeciendo. Yo la escuchaba, y me hacían gracia su aspecto juvenil y la cadencia de su forma de hablar. Katia hablaba correctamente nuestra lengua, por supuesto, pero había algo extraño, y no habría debido sorprenderme, pues la habían criado una abuela muda y una esclava *rus*; por eso ni siquiera usaba los monosílabos de la jerga secreta que intercambian entre sí las mujeres nobles, el *chakobska*, la lengua de la caza, porque nadie se lo había enseñado nunca. A veces se detenía, como buscando la palabra adecuada, pero luego proseguía y hablaba como un río en crecida, y eso me gustaba, porque soy de usar pocas palabras y prefiero escuchar.

El recuerdo de mi anterior regreso, seis años antes, debía habérsele quedado grabado en la memoria, y de hecho quizá fuera su recuerdo más antiguo y hermoso: el guerrero que desmontaba de su caballo frente al pórtico y le tocaba el rostro con una mano áspera. También recordaba el olor acre y desagradable de ese cuerpo sucio, sudoroso después del viaje, y todos los demás olores: el metálico de la cota de malla, el del cuero de las botas, el de los caballos golpeando nerviosamente los cascos en el barro y en sus propios excrementos.

El otro recuerdo era del momento en que le di el anillo mágico y ella se lo puso en el dedo. Inmediatamente había cerrado el puño, porque sentía que el anillo se le resbalaba del dedo, pequeño aún, y que se le cayera era motivo de vergüenza. Y había oído por primera vez ese nombre extranjero, Ekaterini, que iba a ser su nombre; pero las otras mujeres habían continuado llamándola *Wafa-naka*, Ojos de Cielo, y para Irina se había convertido en su pequeña Katiusha. Me mostró orgullosa su mano con el anillo, luego inclinó la cabeza, rebuscó en su bolso y sacó un objeto que desplegó en toda su amplitud: el fantástico velo dorado que le había regalado su abuela antes de morir.

Katia había crecido sola. Al no ser un varón, no podía ser encomendada en *ataliqate* a ninguna otra familia. Tuvo que crecer en casa esperando el regreso de su padre y las decisiones que se tomaran sobre su futuro. Había aprendido de Irina y de las demás mujeres lo que se necesitaba saber para ocuparse de la casa, los campos y los animales, y las ayudaba en todo. Sabía cómo arar la tierra, obligándose obstinadamente a tirar del arado con la mano, aunque su surco no fuera tan profundo como el de los demás agricultores. Sabía cómo sembrar mijo, metiendo la mano en el saco y esparciendo las preciosas semillas en forma de abanico, mientras cantaba la letanía de bendición de la futura cosecha, e invocaba al dios de la fertilidad Sozeresh y al dios de la cosecha Theghelej. Sabía vigilar los campos, ahuyentando pájaros y otros animalejos que amenazaban semillas y plántulas. Sabía segar, imprimiendo un amplio barrido a la guadaña.

Ya de mayor, había aprendido a ocuparse de los animales domésticos, cerdos, gansos y gallinas, pero se negaba a ser ella quien los matara. Solo durante la caza era capaz de matar a otra criatura, con un tiro certero y mortal para no hacerla sufrir, y luego se arrodillaba a su lado rogando a los dioses que acogieran su espíritu. En cambio, no sabía criar abejas, huía asustada de las colmenas, tenía miedo a que le picaran y rezaba a su diosa y bienhechora la santísima Virgen Merissa, la madre de Cristo, para que le perdonara la vida, jurando que nunca haría daño a las abejas. La miel, por el contrario, le encantaba, y agradecía a santa Merissa ese dulce regalo dorado que la Virgen había concedido a los mortales, del que era muy golosa.

Acompañaba a los pastores a las colinas, pero estos no le permitían cruzar cierta frontera invisible cuando partían para la trashumancia en los altiplanos. Obtuvo autorización para llevar a pastar sola un pequeño rebaño de cabras, acompañada por un gran perro de pelaje largo y claro. Por la noche reunía a las cabras dentro de una empalizada, al resguardo de los lobos, tocando con una pequeña flauta el *melghezej*, la canción de cuna que los pastores consideraban compuesta por el propio dios de los rebaños, Amisch. A veces el viento en las copas de los árboles parecía entonar la misma melodía, y entonces ella huía y se escondía detrás de una roca, porque podía ser el propio Amisch quien la tocara, y ese dios, semidesnudo y peludo como un oso, no quería ser visto por ojos mortales.

Ayudaba a las cabras a parir y lavaba de inmediato las crías recién nacidas en el agua helada del arroyo. Había aprendido a ordeñar la leche, a conservarla, a fermentarla para hacer *ayran*, a llenar las encellas donde se preparaba el queso. También había empezado a llevar, junto con un grueso bastón, un puñal que le había regalado su abuela, para defenderse en caso de un ataque de los lobos: afortunadamente nunca lo había necesitado. Irina decía que había animales peores que los lobos, pero cuando Katia insistía en saber de qué animales se trataba, se encerraba en el mutismo y no añadía nada más.

En ciertas ocasiones, su abuela le encomendaba la tarea

más importante de la familia, reservada solo para ella: el cuidado del fuego, en el centro de la casa, con el fin de que la llama sagrada nunca se apagara. En las largas veladas de invierno, cuando todo estaba cubierto de nieve y era imposible salir, se quedaba en la sala grande con las mujeres, que hilaban y tejían mientras hablaban entre ellas. Le atraía la destreza con la que todas ellas, incluida su abuela, sabían bordar en el cuero; y cómo sus ágiles dedos entrelazaban hilos y fibras en el antiguo telar vertical, tejiendo ropas, telas, chales, alfombras, con colores muy vivos y figuras de animales fabulosos, emblemas totémicos del clan, símbolos de valor y de fuerza: águilas, lobos, leones, toros. Las observaba atentamente y mientras tanto las ayudaba a desenrollar y peinar el lino, y aprendía a hilar la lana girando el huso, fascinada por ese movimiento circular que la hipnotizaba.

A menudo le pedía a su abuela que le enseñara el velo dorado del sultán y lo examinaba durante horas, observando sus transparencias, para comprender cómo los hilos invisibles de seda se unían a los hilos de oro, y se preguntaba cómo era posible transformar el oro en hilos tan finos que parecían cabellos. Irina solía gastarle bromas, diciéndole que algún día le cortaría el pelo, tan rubio como el oro, para entretejerlo con la seda. Enfurruñada, Katia salía de la casa y se dirigía a la fragua del herrero, que ella llamaba la «cueva del fuego», para preguntarle si era posible trabajar el oro de modo tan fino. El herrero sonreía, soltaba el martillo y le contestaba que solo el dios herrador Tlepsch, inventor y creador de las herramientas y armas de los hombres, podría hacerlo.

Pero mientras tanto, poco a poco, observando a su abuela, Katia había aprendido un arte que en nuestro pueblo estaba reservado únicamente a los chamanes, porque capturar la silueta de un ser vivo es como capturar su alma: el arte de reproducir figuras con líneas, utilizando una piedra roja friable o un trocito de carbón sobre un retal de lino, o bien grabándolas en cualquier superficie, una piedra lisa o una tabla de madera, con la punta del cuchillo o con obsidiana. Eran las mismas figuras de animales fantásticos que se veían en las alfombras o en el velo dorado, entrelazadas con complejos motivos estilizados de plantas y flores. La abuela tenía una gran habilidad para reproducirlos con una piedra

roja sobre grandes pañuelos de lino que servían de modelo para los tejidos que hacían las demás mujeres. Tal vez a ella, que no hablaba, comunicarse a través de las imágenes le resultaba mucho más fácil que con las palabras.

Tan pronto como se liberaba de sus obligaciones, Katia salía corriendo hacia los prados y el boscaje. Descubría por su cuenta el mundo de la naturaleza y de los animales salvajes, el ritmo de las plantas y de las estaciones, las constantes vicisitudes de vida y de muerte de las criaturas. Las primeras veces entraba en la espesura con miedo, entrecerrando los ojos e invocando la protección de Mezgwashe, diosa de los bosques y de los árboles.

No tardó, sin embargo, en aprender a distinguir los diferentes árboles, dándose cuenta de que, al igual que los seres humanos, también ellos se agrupan en familias, todas parecidas y todas diferentes, que hablan entre sí con las formas y los colores de sus hojas, y con el ruido que hacen las copas cuando las golpean las gotas de agua o las mueve la respiración del viento: abedules, castaños, nogales, tilos, hayas, robles, que cubren las laderas de la montaña y transforman mágicamente su apariencia con el cambio de las estaciones. Había aprendido a sentir la presencia de los animales a su alrededor aunque no los viera, ciervos, corzos, jabalíes, y a reconocer de lejos a los más peligrosos, observando sus huellas y escuchando sus sonidos y ruidos: el aullido del lobo, el grito del chacal, los pesados pasos del oso entre las hojas secas.

Su abuela la veía entrar a menudo con la falda larga y los zuecos sucios de barro y follaje, y sacudía la cabeza. Un día la llevó a su habitación, abrió un baúl que Katia nunca había visto abierto hasta entonces y empezó a sacar ropas de hombre de una talla adecuada para un niño de diez o doce años. Eran los vestidos de cuando yo era pequeño, que mi abuela había guardado cuidadosamente para un futuro nieto. Le entregó a la asombrada Katia una camisa sin cuello, un cinturón, una casaca, unos pantalones y un par de botas, y le hizo gestos para que se los probara. Katia se desnudó, pero sin quitarse el *kwenshibe*, el corsé de cuero reforzado por dos tablones de madera. Desde hacía algunas lunas sentía que

algo extraño sucedía en su interior, como si su cuerpo hubiera dado inicio a una dolorosa metamorfosis. Sus brazos y piernas se habían alargado y se sentía informe, desproporcionada. También se le habían agrandado los pechos, y mientras antes usaba el *kwenshibe* sin dificultad, ahora sentía sus pezones presionando contra el cuero, a veces dolorosamente. Un día que se había sentido cansada y nerviosa, postrada por una sensación de malestar, notó un flujo de líquido tibio saliendo de la pequeña abertura entre sus piernas. Al meter la mano bajo la falda, la retiró manchada de sangre. Irina respondió a su miedo con hilaridad, tranquilizándola y celebrándola, porque se había convertido en mujer.

La ropa tal vez le estuviera un poco holgada, pero le quedaba bien. Desde entonces, Katia siempre se la ponía cuando salía de la casa, y muchas veces también cuando estaba dentro. Jugaba con los otros chicos como uno más, y ellos la aceptaban sin mayores problemas. En los campos entre las casas y el río jugaban a perseguirse, a luchar, a batirse en duelo con espadas de madera. Fueron ellos quienes le enseñaron a disparar con pequeños arcos y a montar a caballo.

Katia dio a entender a su abuela que su mayor deseo era poseer un caballo propio. Una mañana en la que aún dormía, notó que le tiraban de la mano. Era su abuela, que había ido a despertarla y a sacarla fuera. Llovía y hacía frío, pero Katia fue corriendo emocionada y vislumbró la silueta del potro amarrado a los soportales. Salió descalza al barro y lo abrazó, luego lo acompañó al establo y le preparó su propio espacio. Era una yegua joven, una alazana de pelaje rojizo con una mancha blanca en la frente en forma de estrella. Le puso enseguida ese nombre, Estrella, y la yegua se convirtió en su única amiga. Cuando partía al galope, Estrella parecía tener alas, como el mítico caballo alado Alp, y como Alp parecía poseer el don del lenguaje. Gracias a Estrella sus escapadas se hicieron más frecuentes, más audaces y más largas, hasta donde comenzaba la meseta, el reino de los vientos, despertando la aprensión de Irina y de sus familiares.

Una vez no volvió hasta pasados uno o dos días: Irina estaba llorando porque había escuchado el aullido del lobo, y su abuela le dio un golpe en la cara con su mano huesuda

cuando entró.

De noche yo la escuchaba y sentía una ternura nueva ante esa hija que parecía un hijo. Tal vez mi vida pudiera renacer, con ella y para ella. Tal vez no se hubiera interrumpido doce inviernos atrás, cuando mi esposa murió bajo el viejo y enorme nogal y yo me marché para ahogar mi alma y mi vida en la sangre y la violencia de la guerra. Quizá todavía hubiera esperanza, para mí, para mi familia y mi linaje, y para el *tlapq*, el clan, y esta esperanza no era un varón sino una mujer, Ekaterini. En mi corazón decidí que nunca más nos separaríamos hasta que llegara el momento de elegirle un marido y encomendársela a él. Le hice señas para que se callara. Tomé su mano con el anillo y acerqué su cabeza rubia a mi pecho, acariciando su cabello. Katia comenzó a llorar y no sintió vergüenza. Había recobrado a su padre.

Empecé a llevarla conmigo más allá de la frontera invisible de las colinas y los bosques, hacia la vasta meseta que era el reino de Zhithe, el dios del viento. Estrella seguía a Noche, se robustecía en las ascensiones, se volvía más ágil y mejor dispuesta cuando empezaban a galopar. Katia aprendió a usar el arco largo, a preparar por sí misma las flechas, afilando las mortíferas puntas con el pedernal y fijándolas en ramas finas y livianas, a empuñar la *shashka* y hacerla silbar en el aire antes de asestar el golpe en un viejo saco.

Por la noche, alrededor del fuego y bajo un cielo lleno de estrellas, yo le señalaba aquellas luces lejanas, que eran las almas de los antepasados. También debían estar allá en lo alto nuestras antepasadas más antiguas, las mujeres guerreras, cuyas hazañas se narraban en las leyendas, mujeres libres, vestidas como hombres, que luchaban y cazaban a caballo, armadas con arco y jabalina. No eran mitos, añadí: yo mismo había encontrado sus tumbas en Koban, y había visto, junto a los esqueletos, las espadas y los yelmos. Su adalid se llamaba Amezan, que significaba madre del bosque sagrado de la diosa Maza, la diosa de la luna. No podían casarse hasta que hubieran matado al menos a un hombre en batalla.

Me detuve y miré a mi hija, para comprobar si estas últimas palabras la habían turbado. Katia me sostuvo la mirada con

firmeza: si tuviera que luchar por la salvación y el honor de su pueblo, no le costaría matar a un ser humano. Lo que no le gustaba en absoluto, en cambio, era la idea de quitarle la vida a otra criatura. Nunca lo habría hecho, si solo le servía para casarse. Es más, no estaba interesada en absoluto en casarse. Quería vivir libre para siempre, a caballo, en aquellas montañas, junto a su padre.

A principios de verano le pedí que me acompañara a un *toy*, una gran fiesta a la que me habían invitado, y que también representaba una ocasión para reunirme con los demás nobles. La fiesta se celebraría a orillas del Terch, el otro gran río que bajaba de las montañas en sentido contrario al Psoz, y desembocaba en el gran mar del que nace el sol. Vi a Katia iluminarse de alegría por ese viaje: el primero de su joven vida, y el primero que haría con su padre.

Acompañados tan solo por dos guerreros, sin yelmos ni armaduras, pero con nuestras inseparables armas, la *shashka*, el arco y el puñal, ascendimos por las laderas hacia el norte, hasta llegar a la cresta de la meseta. Katia iba vestida como nosotros, con el *burka* y el gorro de fieltro, y también había traído sus armas personales, el arco y el puñal. Después de dos días de camino, encaramándonos por unas formaciones rocosas que se recortaban contra el cielo, la invité a mirar a nuestra derecha. Más allá de la ondulante sucesión de relieves de la meseta excavada por profundos valles se nos apareció hacia el sur la visión de una montaña aislada y muy alta, blanca y reluciente, formada por dos picos, dos cuernos casi de la misma altura, que parecían tocar el cielo.

Era Oshamakho, nuestra montaña sagrada. Allá arriba residen los dioses, entre esos dos picos gemelos: madre de todas las montañas, los antiguos la llamaban Kavkaz, que significa suma altura, cima de nieve, y también Tauran, país de montañas. De ahí proviene la vida, el agua que brota del manantial de nuestro bosque sagrado, el agua del río Psoz que remontan los esturiones, y las aguas de todos los demás ríos. Dado que es la montaña más alta del mundo, fue allí donde encalló, entre las dos cumbres que se apartaron amablemente para dejarle sitio, la inmensa barca en la que el profeta Noé había salvado a los animales y las criaturas del terrible

diluvio que había sumergido todas las tierras y hecho perecer a la humanidad en la noche de los tiempos. La montaña está cubierta de nieve y hielos eternos, pero en su interior se halla escondido y aprisionado sin duda el fuego de un espíritu, pues a veces se mueve con un profundo fragor o exhala vapores calientes y venenosos.

Nos detuvimos entre aquellas rocas para contemplar la gran montaña, el sol que se ponía y desaparecía en el horizonte, y la sombra que iba apoderándose de la meseta y del mundo entero. Pero la doble cumbre de la montaña siguió iluminada durante mucho tiempo, sobre el mar de tinieblas. Al final, solo quedó la punta del pico derecho brillando en la noche: una lámina de hielo que parecía una luna creciente invertida, o una de esas estrellas errantes de largas colas que anuncian grandes y terribles convulsiones, y que los antiguos magos habían seguido para encontrar la cueva donde nació el Cristo, el hijo del Todopoderoso y de santa Merissa.

Después de un largo viaje, descendiendo de las tierras altas, llegamos a la confluencia del río Terch, donde plantamos nuestras tiendas. Ya había muchas otras, con estandartes y banderas. Una multitud de guerreros, nobles, campesinos, artesanos, mujeres, niños y sirvientes se afanaba en completar aquella efímera ciudad, encargándose de los caballos, encendiendo las hogueras, cocinando y preparando la gran explanada para la fiesta del día siguiente. Aquí los tártaros de Timur Barlas habían exterminado a los de la Horda Dorada, y todavía podían encontrarse huesos, cráneos, yelmos y espadas entre la hierba alta; y luego habían desaparecido ellos también, como un enjambre de langostas desaparece en el cielo.

El agua del Terch descendía de las montañas, excavando un estrecho paso que era casi el único entre el norte y el sur: el paso de Darielan, la puerta de los alanos, uno de los muchos pueblos exterminados por Timur Barlas. Se contaban historias de un antiguo conquistador del mundo, el gran Iskender, quien, con ayuda de las artes mágicas de los *yinn,* los genios, construyó allí unas gigantescas puertas de hierro para detener la invasión de los bárbaros de Gog y Magog. En años anteriores yo también había pasado por el estrecho

desfiladero, pero no había visto bisagras ni puertas. Sin embargo, me pareció oír toques de trompetas distantes, pero podría haber sido el silbido del viento entre las rocas que se cernían sobre el valle.

En los días de nuestro viaje hablé mucho más de lo que lo había hecho durante toda mi vida, desde que era un niño arisco y taciturno, hijo de una madre muda. Acompañé a mi hija con relatos, historias y leyendas de los dioses y de los Nart, de los lugares por donde pasábamos y de los hombres con los que nos topábamos. En mi interior sentía que todas esas palabras me servían tal vez para alejar lo único importante que tenía que decirle antes de marcharnos del pueblo, y que aún no le había dicho.

Cuando nos reunimos en la tienda por la noche, la víspera de la fiesta a orillas del Terch, comprendí que ya no podía ocultarle nada, y decidí volver a la forma de comunicación que había aprendido de mi madre, y con la que mejor me apañaba: los gestos, y no las palabras. Miré a mi hija, que parecía un chico, perfectamente a gusto con esas ropas que habían sido mías veinte años antes. Era alta y delgada, con su largo pelo rubio enrollado y recogido en un moño en la nuca. De mi exiguo equipaje extraje un bolso de cuero que no había abierto hasta entonces. Saqué un vestido femenino blanco con adornos dorados, extendiéndolo sobre la alfombra, luego un sombrero de punta, un par de babuchas, una larga camisa de lino.

Katia los miró sorprendida y comprendió enseguida. Al día siguiente debería vestirse así, porque los príncipes me conocían bien y sabían que el Todopoderoso no me había dado la bendición de un hijo varón. Pero sobre todo comprendió que tenía que exhibirse como mujer, porque había que apañar una promesa de matrimonio, y que tal vez fuera ese el verdadero motivo del viaje, que hasta el momento su padre le había ocultado. Y no le gustó en absoluto la idea. Su padre la había engañado. Entonces no era cierto lo que él decía siempre, que la libertad era el bien supremo; y ahora quería entregarla a un extraño, como un objeto de intercambio entre hombres. Tal vez la libertad fuera el mayor bien solo para los hombres, no para las mujeres. Ella no

quería casarse con nadie. Quería seguir siendo libre para siempre, con su padre, a caballo, bajo las estrellas, entre las montañas.

Le dije con dureza que se diera la vuelta y se desnudara por completo. Solo se dejó el *kwenshibe* puesto, ceñido alrededor de sus pechos. Me acerqué y corté los puntos de cosido con mi puñal. El *kwenshibe* cayó sobre la alfombra y sus pequeñas ubres quedaron sueltas, libres por primera vez en tres años. Permaneció de pie así, de espaldas a mí, mirando las figuras geométricas de la alfombra. Le entregué la camisa de lino, y luego algo más que reconoció inmediatamente al tacto como la seda del velo dorado que le había dado su abuela. Le deseé buenas noches con un murmullo y salí de la tienda, yéndome a dormir con los otros jinetes.

Al amanecer salió el sol jugueteando entre las aguas del río, reflejándose en mil escamas plateadas. Era la fiesta del gran profeta Yelieh, quien voló hacia el Todopoderoso en un rugiente carro de fuego; Yelieh, el hechicero del trueno y la lluvia, a quien los ancianos invocaban con otro nombre también, el del dios de la tormenta con forma de serpiente, Schible. Todos se encaminaron hacia la gran explanada central, donde se alzaba un alto tronco sobre el que había sido izada la señal de la serpiente.

Fui a la tienda y esperé a mi hija. Los faldones de la tienda se abrieron. La figura vestida de blanco salió a la luz del sol. El vestido la cubría por completo, con la excepción de las manos, y el sombrero y la cinta de la barbilla solo dejaban entrever su cara. Alrededor de su cuello, como un mantón, su precioso velo de seda y oro. Sentí entonces que en realidad la estaba viendo por primera vez. Mis ojos se encontraron con los suyos, orgullosos y azules, y juntos caminamos hacia la explanada.

La multitud ya estaba invocando al santo profeta para que trajera la lluvia a los campos después de la estación seca: *We Yeleme, siy schewe naschwxwe,* oh Yelieh, oh mi muchacho de ojos grises. La fiesta adquiría mayor sacralidad aún por una extraordinaria coincidencia: en el centro de la explanada, sobre un carro tirado por una yunta de bueyes de pelaje

veteado de blanco, yacía el cadáver de una joven. La seguía otro gran carro, cargado de ofrendas rituales, comida y animales. Una danza circular giraba sin pausa a su alrededor, marcada por un canto repetitivo: *copai, elari, Yelieh*. No era una escena de duelo. La muchacha había sido fulminada por un rayo ocho días antes en la montaña, lo que se consideraba un signo de la benevolencia de Schible. El dios la había tocado con su mano y la había llamado a su lado. Todos manifestaban alegría y gratitud por la benevolencia de Schible mediante el canto y la danza.

Un cabrito gris fue degollado en un altar de roca como sacrificio a Yelieh. La cabeza y la piel que se le había arrancado fueron colgadas de un alto poste. Los vestidos más hermosos de la muchacha se colocaron en un poste más pequeño. La carne y las vísceras del cabrito se llevaron a las grandes hogueras que se habían encendido cerca del bosque y se asaron junto con otras ovejas. El cordero entero, *melil gheva*, hervía en un alto caldero, con hierbas de la montaña y especias picantes. La comida se repartió en los recipientes y se distribuyó a la multitud, que se había sentado en el suelo. Las mujeres deambulaban con garrafas de *makhsima* y llenaban las copas.

Nos sentamos en un círculo más pequeño, junto a príncipes y nobles de otros clanes, que también habían traído a sus hijos e hijas y se los presentaban unos a otros. Pero no compartimos en exceso la alegría general. Intercambiamos algunas palabras de cortesía con los demás, sobre todo Katia, objeto de admiración por parte de los jóvenes nobles, que se acercaban para poder hablar con ella y se alejaban al poco rato, molestos por su mutismo y su rostro inexpresivo. Yo captaba miradas preocupadas de sus padres, quienes parecían preguntarme en la distancia por el motivo de esa actitud inapropiada. Las cosas no iban bien.

Acabé por no prestar atención y por dejar que la conversación principal, que escuché atentamente, me involucrara de nuevo. Los vigías de las tribus del noreste habían avistado recientemente una gran caravana que había dejado las costas del mar oriental, dirigiéndose sin duda a tierras de los tártaros de la Horda; detrás de la caravana, en una nube de polvo, más de dos mil caballos jóvenes criados

en las estepas. Los ojos de los guerreros brillaban ante la idea de un botín tan enorme.

En la calurosa tarde de verano, cuando el sol empezaba a descender hacia las montañas, el aire se llenó con los sonidos agudos de la *pshine*, acompañados por flautas pastoriles y cornamusas. Tambores y castañuelas marcaban el compás invitando a los jóvenes a la danza. El primer baile, el *qafe*, era el más solemne, ejecutado lentamente de puntillas por dos largas filas, una de chicos y otra de chicas: cuando las filas se acercaban y los jóvenes se daban la mano, podía adivinarse si surgía algo entre ellos, y si sus padres tendrían que apresurarse para acordar las promesas de matrimonio, tal vez incluso de inmediato, en el día sagrado de Yelieh.

Katia no se levantó para el primer baile, porque no quería darle la mano a nadie. Pero cuando el ritmo cambió, y el *qafe* se convirtió en el vertiginoso *islamey*, se unió al gran círculo y comenzó a girar vertiginosamente ella también, mientras todos acompañaban el baile con rápidos aplausos. A causa del aire caliente, la humedad del río y el movimiento del cuerpo, los chicos habían dejado sus ropas más pesadas en el suelo, quedándose únicamente con la camisa desabrochada sobre los pantalones metidos en las botas. Las chicas no podían quitarse las ropas de ceremonia, y Katia añoraba los días en los que ella también se vestía como un chico. Pero al menos podían despojarse de los sombreros y los velos y bailar con el pelo suelto. Katia aprovechó para soltar su cabellera rubia, que la danza movía como una ola, y para desatar el velo dorado de su cuello, que flotaba en el aire en amplias curvas. Bailando se liberaba de todos los pensamientos que la oprimían. Se sentía libre.

Cuando terminó el baile, ante un entusiasta aplauso general, los jóvenes volvieron a sentarse y un viejo cantahistorias empezó a recitar, en forma de cantilena, las sagas de los Nart. No faltaban quienes, agobiados por la comida y la *makhsima*, se habían quedado dormidos. Algunos chicos aprovecharon la ocasión para desaparecer entre los árboles con algunas chicas. Katia, cansada y sudorosa, estaba en cambio atenta, porque el ciclo que cantaba el anciano era

su favorito, el de Setenaya, la madre de los Narts, con las oscuras y enigmáticas historias que siempre parecían tener que ver con el misterio de los orígenes de la vida, y de su propia existencia.

Setenaya, bella, seductora, sabia, experta en artes mágicas, nació milagrosamente en la tumba donde había sido enterrada Dzerassae, madre del héroe Uryzmaeg, nueve lunas antes. Se decía que en el velatorio Uryzmaeg había golpeado el cadáver de su madre con un látigo de fieltro, resucitándola por un tiempo muy breve, durante el cual había yacido con ella. Por eso, cuando se reabrió la tumba a causa del llanto de un recién nacido y se encontró allí a Setenaya, los Narts la consideraron hija de la difunta Dzerassae, que era su abuela, pero también hija de Uryzmaeg, que era su hermano. Uryzmaeg se casó luego con Elda, pero Setenaya, al convertirse en mujer, se enamoró de su padre-hermano. Así que tomó prestados con engaños el chal y el vestido de Elda y pudo yacer con Uryzmaeg, lo que provocó que Elda muriera de locura. El caso es que Katia no entendía bien qué significaba yacer con un hombre, y por qué se consideraba tan grave, hasta el punto de causar la muerte a la inocente Elda: Katia me dijo que ella también, durante el corto viaje que habíamos hecho juntos, había sentido el deseo de yacer conmigo, es decir, simplemente de dormir y acurrucarse cerca del cuerpo fuerte de su padre.

Setenaya se unió entonces a otros Narts, porque la vida y el amor fluían imparables en ella como el agua del río en el que amaba bañarse desnuda. Un día la vio el pastor Zartyzh, quien se enamoró de ella al instante, sin poder contener el *nafsi*, el semen, que salpicó la piedra redonda a los pies de Setenaya: en ese momento de la historia las mujeres y muchas niñas sonrieron con picardía, si bien Katia no, y se quedó seria, al desconocer lo que era el *nafsi*. La piedra cobró vida y empezó a crecer, y al cabo de nueve lunas se hizo necesaria la intervención de Tlepsch para abrirla y extraer un recién nacido de piel ardiente, el héroe Sosruko, lavado de inmediato en el agua del río, y que se volvió más tarde casi completamente invulnerable después de un baño en leche de lobo. Muchos otros amores tuvo Setenaya, y a menudo, para no ser descubierta, se disfrazaba de hombre y luego huía

veloz a caballo, libre como el viento. Así fue como se convirtió en la madre de casi todos los Narts.

La hoz de la luna se estaba poniendo detrás de la montaña y parecía como si una mano negra e invisible tirara de ella hacia abajo. Las estrellas empezaron a brillar, mientras se reavivaban los fuegos y se cantaba, a la vez que los odres de fuerte *bragga* circulaban entre los hombres. La fiesta había terminado, muchas familias ya habían comenzado a partir para llegar a sus pueblos antes del anochecer, pero quedaban muchos de los nobles que habían venido de lejos y habían levantado sus tiendas alrededor del río. Uno de los adalides hizo un gesto a los jóvenes sentados a nuestro alrededor, para el último rito de purificación. Todos se levantaron y se encaminaron hacia un recodo del río antes de la confluencia, donde las aguas discurrían transparentes y tranquilas, al abrigo de los remolinos, sobre un lecho bajo de lisos cantos rodados. Nos levantamos nosotros también, y empujé a Katia para que siguiera a los demás jóvenes, chicos y chicas. Se mostraba intrigada y yo no le había dicho nada de lo que estaba a punto de suceder. Pero lo sabía bien. Así fue como, catorce inviernos atrás, yo había conocido a su madre.

Cuando llegó a la orilla del río, vio a los otros jóvenes desnudarse y meterse al agua, mientras bromeaban y chapoteaban. Después de un momento de vacilación, ella también empezó a desvestirse. No sentía vergüenza alguna de su cuerpo. Cuando también se quitó la camisa de lino, sintió el aire fresco de la noche y el agua fría del río entre los dedos de los pies, y luego entre las piernas, sobre el estómago, sobre los pezones, hasta sumergirse por completo y reemerger con sus largos cabellos húmedos sobre la espalda, con un escalofrío de excitación. Yo contemplaba su cuerpo bajo la luz incierta y temblorosa del agua. Así debió de ser Setenaya cuando se le apareció al pastor Zartyzh. También lo era la muchacha que vi surgir desnuda del agua en una noche idéntica de luna, hace catorce inviernos. Comprendí aterrorizado que me estaba enamorando de mi hija.

A la mañana siguiente envié a una mujer a la tienda de Katia para que le cosiera el *kwenshibe*, aún más apretado que

antes, y le volviera a poner la ropa de hombre. El regreso a la aldea fue más rápido que el viaje de ida, casi sin paradas. Vinieron con nosotros otros veinte jinetes, porque me había ofrecido a organizar y guiar la emboscada de la caravana tártara, sobre todo para apoderarnos de los caballos. Conocía bien el territorio del curso bajo del Psoz, y allí esperaríamos a la comitiva, en un bosquecillo de abedules que había servido de base para nuestras incursiones en otras ocasiones. Katia cabalgó con nosotros, pero ya nada era como antes.

No volví a dirigirle la palabra, y ella no entendía la razón de ese cambio tan repentino y tenía miedo de acercarse a mí. La amenaza del matrimonio no se había concretado, y no se volvió a mencionar. Vista desde fuera, Katia parecía indiferente, sus ojos eran de un azul helado como las cumbres de Oshamakho, pero yo estaba seguro de que por dentro lloraba en secreto. Al llegar a la aldea, solo hablé con ella para informarle de mi inmediata partida. Nunca volvería a viajar conmigo. Al despedirme, sin embargo, brotaron espontáneas de mi boca las palabras con las que el héroe Warzameg se despidió de Setenaya: cuando estuviera lejos, ella debía pincharse la palma de la mano; si salía leche, estaba vivo y volvería; si era sangre, me habría ido a la Tierra de las Sombras, de la que nadie regresa.

En la aldea había informado a los ancianos de mi proyecto y los había convencido para que me confiaran a veinte jóvenes. A otros los reuní en los pueblos por los que pasaba mientras descendía por el curso del río. Cuando llegamos al llano, éramos casi un centenar. Hice que tres parejas de exploradores fueran hacia el este para que nos mantuvieran informados de la llegada de la caravana y de los rebaños. Mi plan era enviar un pequeño grupo que atacara la cola de la caravana: una mera distracción, porque tendrían que huir de inmediato hacia el oeste y alejar a los soldados de la escolta. Yo y todos los demás, escondidos detrás de los árboles, nos lanzaríamos contra la cabeza de la manada, aterrorizándola y empujándola río arriba. Sin armaduras pesadas, sin yelmos: solo mallas y armas ligeras, no iba a ser una batalla real, solo teníamos que robar algunos caballos.

Acampamos en el bosquecillo de abedules, no lejos de la

desembocadura del Psoz y del mar. Al norte hay una ciudad de mercaderes francos, que lleva el mismo nombre que el ancho río que pasa ante ella, Tane. Al otro lado un pequeño riachuelo que se pierde entre las ciénagas. Lugares muy diferentes a nuestras montañas. Allí no se puede cabalgar bien, porque acecha siempre el peligro de tropezar en alguna zanja o ciénaga y dejar cojo al caballo.

La niebla, que había caído la noche anterior envolviéndolo todo, árboles, caballos y hombres, en un sudario inquieto, se levantó al amanecer, dejando un resplandor lechoso hasta bien entrada la mañana. Bajo el sol, el aire era pesado y húmedo, sin viento, y muchos de los hombres aún dormían, cansados por los rápidos desplazamientos de los días anteriores. El silencio era extraño, poco natural. Incluso los pájaros habían dejado de emitir sus gritos. Solo yo me movía entre los abedules, tratando de avistar en la niebla de los campos a los exploradores que regresaban. Fue entonces cuando vi una figura que avanzaba lentamente entre los juncos de la ciénaga, tirando de un caballo. Empiezo a preparar el arco y a montar una flecha, cuando la figura parece advertir mi presencia y pronuncia una sola palabra, como una pregunta: ¿*ada*, padre?

De la neblina emerge un joven guerrero con una gorra de fieltro oscuro y una pequeña *shashka* en el cinturón. Es Katia, seguida de Estrella. Se planta frente a mí, con las piernas separadas. Me ha seguido a escondidas, después de que saliéramos de la aldea. Debería habérmelo esperado de mi hija. Las palabras, pocas y rápidas, fluyen de su boca como borbotones de sangre de una herida: está aquí para obedecerme, pero si ha de desposarse por el honor de la familia, debe matar a un hombre en la batalla; y, además, si tenemos que luchar por nuestro pueblo, ella también quiere luchar contra los tártaros, y no quiere dejarme solo. Ya no sé qué decir ni qué pensar. No digo nada, avanzo hacia ella y la abrazo con rudeza. Al menos así, pegado a ella, sintiendo los latidos de su corazón, respirando el olor de su pelo, mis ojos no se encuentran con los suyos, y no corro el riesgo de caer en esos abismos azules.

Permanezco así durante un tiempo infinito, descuidando la

vuelta de inspección que había empezado. De repente oigo un sonido de trompeta. Antes de darme cuenta, una flecha pasa zumbando junto a mí y se clava en la corteza de un abedul. Desenfundo mi *shashka*, me doy la vuelta y veo irrumpir en la espesura, por el otro lado, un escuadrón de jinetes y hombres. Los jóvenes que había puesto de guardia en esa zona deben de haberse quedado dormidos o han sido arrollados. Los otros, que descansaban a la sombra de los árboles, se levantan de un salto al toque de la trompeta, acostumbrados a dormir junto a los caballos, armados y con un ojo abierto, y todos me miran a la espera de órdenes.

Me vuelvo hacia el arroyo que debía ser nuestra vía de huida hacia las ciénagas, y veo el movimiento de unas barcas cargadas de hombres entre los juncos. Estamos rodeados. Los cazadores se han convertido en presas. No hay resistencia posible. Grito para que todos salten sobre los caballos y huyan. En unos instantes, decenas de caballos se lanzan a un galope desenfrenado en busca de la salvación, mientras en el lado opuesto algunos de los nuestros, sabiendo muy bien que estaban sacrificando sus vidas para salvar a los demás, intentaban detener a los atacantes, o al menos demorarlos, cayendo bajo sus golpes.

Me giro hacia Katia, que ha permanecido de pie detrás de mí sin moverse, y veo el terror en sus ojos. Poso mis manos en sus hombros, como para darle seguridad, mirando profundamente esos ojos azules que tanto me asustan. Luego la levanto del suelo y la monto sobre Estrella, que se pone en marcha al galope tras un golpe violento de mi *shashka*.

Libre, Katia debe seguir siendo libre.

Trato de llamar a Noche con un silbido, pero el caballo, quizá huido o muerto, no acude.

Y oigo ahora el estruendo de caballos y hombres que gritan en lenguas desconocidas mientras se acercan. Sin un caballo no puedo escapar. Debería darme la vuelta y enfrentarme a ellos con la *shashka*, morir como un hombre e ir en buena compañía al *hedrixe*, pero me siento incapaz. En cambio, trato desesperadamente de no perder de vista a Katia mientras huye hacia los árboles. Mis ojos se han convertido en manos, manos que se extienden hacia ella para tocarla por última

vez, para darle una última caricia paternal. La veo aparecer y desaparecer varias veces entre los abedules, como un destello de luz intermitente.

De repente siento que algo frío me penetra por la espalda, hasta el fondo, traspasa mi corazón y me deja clavado a la madera del árbol. La *shashka* se me cae de la mano. Me quedo así, aferrado a la corteza que me queda entre los dedos como una cáscara de piel endurecida. Siento que mi sangre fluye caliente, a borbotones, hacia la madre Tierra. Sangre por sangre, vida por vida. Un velo blanco cae sobre mis ojos abiertos, antes de que la imagen de ella mientras huye se quede fijada para la eternidad. Libre.

2. Iosafà

Una ciénaga cerca del Tanais,
una mañana de julio de 1439

¿Qué estoy haciendo en esta asquerosa ciénaga?

El agua se me ha metido por las botas, subiéndome por las medias hasta los calzones. En la marisma baja y fangosa, entre los juncos, hace un calor agobiante. Estoy empapado de sudor bajo el peso de la cota de malla. Es la primera vez que me veo en un enfrentamiento armado y que sostengo una espada en la mano. Tengo miedo. El yelmo empeora la situación, una vieja celada que me he ceñido incluso con la correa de la barbilla, porque los circasianos son muy buenos disparando con el arco, y apuntan a los ojos o al cuello. Me han obligado a untar el metal con barro, porque de lo contrario el reflejo podría hacer que me descubran. Sin embargo, aun enjaezado así siento que los mosquitos logran entrar y picarme bajo la camisa o por detrás, en el cuello. Tal vez también haya algunas sanguijuelas en el agua turbia, pero no puedo ahuyentarlas, porque tengo las manos ocupadas: una con la espada, para abrirme paso entre los juncos, la otra con las riendas del caballo que arrastro.

Me detengo. Enfrente, a menos de un tiro de flecha ahora, un bosque de abedules. Un silencio extraño, poco natural. Ni siquiera se oyen los pájaros. Solo el zumbido de estos malditos mosquitos. Otra vez la sensación de pavor, que me revuelve las tripas. Tal vez ya se hayan percatado de nosotros y estén agazapados detrás de los árboles, con las flechas colocadas. El juego de papeles entre cazador y presa puede cambiar rápidamente. En cualquier momento puedo oír un siseo y darme cuenta demasiado tarde de que una punta de hierro ha atravesado la cota y me ha desgarrado el corazón. Hago una señal a los demás para que se detengan y permanezcan escondidos entre los juncos, en silencio. Todo lo que tienen que hacer es esperar la señal.

Entrecierro los ojos. Es en momentos como estos cuando el recuerdo de mi ciudad se vuelve más intenso. La ciudad que parece hecha de agua y piedra y en cambio está hecha de la materia de los sueños, el laberinto de canales, ríos, calles, portegos y sotoportegos, campos y campillos; la gran plaza abierta a la laguna, las cúpulas de San Marcos, los bordados rosáceos del palacio ducal; el terreno de mi casa, cerca de la iglesia de Santa Maria Formosa.

Huérfano de mi padre, Antonio, crecí a toda prisa. Me habían encerrado en una escuela de gramática para que aprendiera bien el latín, y luego las leyes, y pudiera servir a la República en los peldaños más altos y honorables, los de procuradores, consejeros y gobernadores, o tal vez incluso más elevados, quién podía predecirlo, hasta el tocado del dux. Los dineros, los *sghei*, ya los habían acumulado nuestros antepasados, bastaban, ya teníamos mucho: no debíamos ensuciarnos más las manos con trapicheos, lícitos o ilícitos, correderías, negociaciones agotadoras y humillantes con judíos, turcos y toda clase de infieles y sinvergüenzas recorriendo el mundo, ya no teníamos que sofocarnos con el hedor de las sentinas y de los excrementos de las galeras, ni arriesgarnos a morir ahogados en un naufragio. Mucho mejor vivir como señores, construir una hermosa villa en tierra firme y recorrer la plaza con espléndidos brocados. Me habían admitido en el Gran Consejo con apenas veinte años, como *avogador ad curiam forestieri*, pero yo detesté de inmediato los salones del palacio, aquel mundo cerrado de intrigas y luchas por el poder.

Sentía que el mundo real era el de fuera, hecho de colores, olores, de las lenguas y sonidos que bajaban de las chalupas de los barcos con el estandarte del león alado, los que llegaban a los almacenes y desembarcaderos de las Rivas o del Canal Grande: coloridas vestiduras de mercaderes orientales, telas y sedas, oro, plata y gemas, mil aromas de especias y esencias, mil lenguas que acababan mezclándose entre ellas alrededor de los mercados de Rialto. Un mundo sin fronteras, que me imaginaba desde niño escuchando los relatos de los viajeros que pasaban por casa Barbaro, o de los marineros que en los almacenes se jactaban de las mujeres

conquistadas o compradas en los puertos de Oriente, o simplemente mirando durante horas enteras los portulanos catalanes dibujados en pergamino y celosamente guardados en casa de un tío mío, y fantaseando con viajes extraordinarios por las rutas de aquellas rosas de los vientos. Qué fácil me parecía todo en aquellos pergaminos, y qué cercano.

En la escuela de gramática me sentía más aprisionado que quienes estaban encerrados en la cárcel de Piombi, y miraba por las rejas de la planta baja hacia la calle Rialto, hechizado por la visión de las perfumadas esclavas orientales vestidas con velos que eran conducidas a la subasta, con sus piececitos descalzos en las babuchas, a paso rápido, pero no excesivo, para atraer a la clientela. Me quedaba dormido sobre los textos de Cicerón, suscitando el máximo desdoro en mi maestro, y me espabilaba con los que relataban viajes fantásticos o fábulas antiguas, así como con las *Metamorfosis* de Ovidio. En cambio, asombré al maestro, que me consideraba apático e incapaz, cuando traté de aprender griego, que él sabía bien porque había estado nada menos que en Constantinopla y lo había aprendido de un gran maestro bizantino. Solo me gustaba escucharlo cuando hablaba de esa gran ciudad con sus cúpulas y estatuas doradas, y soñaba con ir allí algún día; y también cuando leíamos y traducíamos pasajes de Herodoto, Arriano, Jenofonte y Estrabón.

En casa, a escondidas, me hacía con libros en lengua vernácula o en francés, prohibidos en la escuela, y los leía con avidez: las historias de Alejandro Magno, las novelas y cantares de viajes y aventuras amorosas por el Mediterráneo como el *Filocolo* de *ser* Giovanni Boccaccio, la *Bella Camila* de Piero da Siena y la *Reina de Oriente* de Antonio Pucci, la historia de Apolonio de Tiro, la crónica del mundo de Giovanni di Mandavilla, la *Esfera* de Goro Dati[1] que me prestó un mercader florentino, tan rica en miniaturas, que en la parte final representaba el fabuloso Oriente; y sobre todo la crónica de un increíble viaje hasta el Gattaio[2] realizado por un miembro de la familia Polo, llamado Marco Emilione. Fantaseaba con que un día escribiría yo también una crónica de mis viajes.

La familia me obligó a casarme con la hija de uno de los

patricios más importantes y ricos de la República, Nona Duodo. Pero yo era incapaz de renunciar a mi sueño, y así, cuando los *pregadi* del Senado nombraron a mi suegro Arsenio Duodo cónsul de la remota colonia de Tanais, me despedí de mi esposa e hijos recién nacidos con la excusa de acompañar a mi suegro, y en el año del Señor de 1435 me embarqué en las galeras de Romània que zarpaban hacia el puerto más lejano del imperio veneciano, en los confines del mundo.

Yo solo tenía veintidós años. En mi escaso equipaje llevaba algunos de mis libros más queridos, entre ellos la *Esfera* que nunca llegué a devolver al mercader florentino, y un portulano catalán sustraído a mi tío; los otros libros, como decía el maestro, los llevaba en la cabeza, donde nadie podía robármelos. Después de semanas de navegación a través del Adriático y el Egeo, me vi obligado a hacer una larga y tediosa escala en Constantinopla junto con mi suegro Arsenio y su canciller, el notario-sacerdote Niccolò de Varsis, porque los patrones de los barcos, descontentos con los escasos márgenes de beneficio, se habían negado a continuar más allá del Estrecho. No tardé en descubrir que la capital del imperio, tan espléndida en mis sueños, era en cambio un lúgubre y maloliente receptáculo de todas las basuras y vicios del mundo. Vi de refilón los inmensos edificios, palacios e iglesias bizantinos, enfermos terminales de un larguísimo declive que ahora estaba a punto de terminar en el inminente apocalipsis del castigo divino.

Yo, que quería partir cuanto antes, prefería pasar el rato viajando con un lápiz por las rutas del portulano, e imaginando con emoción lo que llegaría a ver: la capital de fábula de otro imperio, Trabesonda; y sobre todo los lugares míticos sobre los que había leído en los textos de los antiguos: Quersoneso, Cólquida, a la que ahora llamaban Mengrelia, destino del viaje de Jasón y los argonautas en busca del Vellocino de Oro y patria de una estirpe de mujeres guerreras, las amazonas, cuyo solo pensamiento excitaba mi imaginación; y luego la igualmente mítica Ciénaga de Meocia, el Bósforo Cimerio y las tierras de pueblos legendarios como los escitas, los sármatas, los cumanos.

No vi nada de lo que soñaba con el portulano. Cuando pudimos partir de nuevo con el primer barco disponible, empujados por el viento fresco pero impredecible de la incipiente primavera, la ruta apuntaba directamente hacia el norte, hacia Gazaria y la colonia genovesa de Caffa. No me hizo la menor ilusión. No me gustaban los genoveses, debía de ser un sentimiento heredado de mis antepasados y compartido por todos mis conciudadanos; pero antes de partir también me habían explicado que el mar Mayor[3]era casi en su totalidad genovés, y que si querías transitar tranquilo por sus aguas había que colaborar con ellos. Y, además, aquel nombre, Caffa, evocaba una historia escalofriante: se decía que allí, hace casi cien años, había comenzado la espantosa plaga, la Muerte Negra que había devastado Europa.

Los vientos, prósperos al principio, cesaron abruptamente a mitad de nuestro viaje. Durante días y días, en la bruma de la bonanza, la galera tuvo que avanzar exclusivamente a fuerza de remos, y con gran dificultad, a causa del peso de la nave, que se bamboleaba a un lado y a otro. Me asaltaron unos terribles mareos, asqueado por los olores que salían de los bancos de remo y del pescado seco en mal estado. Empezamos a quedarnos sin agua para beber, también me entró el escorbuto y se me cayeron dos dientes, y me juré que nunca más en mi vida volvería a hacer un viaje por mar. Para un aspirante a explorador del mundo, no era un buen comienzo.

Al final, reapareció la tierra, pero no tenía nada de glorioso o mítico. La Ciénaga de Meocia llevaba ahora el nombre poco poético de mar de Zabaque, porque en sus aguas poco profundas podían verse enormes bancos de una especie de sardina llamada *zabach*. El ángulo de abatimiento y la corriente habían desviado el barco hacia el este, fuera de rumbo, y el capitán renunció a ir a Caffa: hizo una breve parada para abastecerse de agua dulce y alimentos frescos en el puerto genovés de Matrega, en el estrecho, y continuó.

En todo caso, hacían falta los remos para abrirse camino hacia el norte a lo largo de las orillas planas que se confundían con ciénagas y marismas hasta la desembocadura del gran río Tanais. Se dice que es tan largo que nadie sabe

dónde comienza, quizá en el paraíso terrenal. La galera remontaba su plácida corriente, hasta que desde lo alto de la cofa el vigía divisó a la derecha las torres de la última ciudad del mundo, Tanais. Pude bajar por fin a tierra, y me conmovió pasar bajo el León de San Marcos esculpido en la puerta de la ribera. Tal vez sea realmente el lugar más lejano al que el León ha llegado para enseñar su gran libro abierto.

Ni siquiera Tanais, sin embargo, me pareció la fabulosa ciudad de la que había oído hablar de niño a los viejos que habían estado allí en el siglo pasado, cuyas espléndidas perspectivas de recuperación alguien había magnificado unos meses antes en el Consiglio dei Pregadi. La realidad era bien diferente, y la Tanais del pasado era algo muy distinto: una feria móvil de oportunidades y aventuras y riquezas repentinas, el punto de llegada de la Ruta de la Seda del Norte, de las caravanas que venían de Astracán, de Samarcanda y del Gattaio. A Tanais llegaban entonces preciosas sedas chinas y persas, alfombras, especias, porcelana, bronce y oro. Luego pasó Tamerlán con sus jinetes del apocalipsis y lo arrasó todo.

Los venecianos regresaron con la mayor cautela unos años más tarde. Habían reanudado relaciones amistosas con los tártaros, que se habían vuelto un poco más apacibles, aunque siempre estuvieran dispuestos a atacar y saquear la colonia. Con el permiso de aquellos inquietos vecinos, apaciguados con el pago del *terratico* por el arrendamiento del terreno y del *comerchio* o *tamunga* por el arancel de los intercambios comerciales, habían comenzado a construir de nuevo depósitos y almacenes, y sobre todo un mejor perímetro de murallas y torres, con tres puertas y una torre más alta que las demás. Volvieron los soldados, los intermediarios, los usureros y los proxenetas de toda clase, etnia, lengua y religión. Los sacerdotes y frailes habían levantado algunas iglesias y algunos campanarios, un poco más altos y visibles que las torres y las murallas. En un callejón maloliente detrás de la taberna había reabierto un burdel, carente de los esplendores y excesos de antaño, animado por unas cuantas bellezas locales marchitas y corpulentas que hablaban su propio idioma, una mezcla de todas las lenguas de la ciudad.

Pero las caravanas de los tiempos dorados nunca habían regresado. Los mercaderes preferían ahora las rutas oceánicas que iban del mar Rojo hasta la India, o empezaban a aventurarse más allá de las Columnas de Hércules. También desde Venecia llegaban menos galeras mercantes, coincidiendo con la llegada de las pocas caravanas del este, y volvían a partir con una carga cada vez más basada en productos locales o provenientes de las estepas del norte o de las montañas del sur: mijo y trigo sarraceno, cueros y pieles, cera, pescado salado y caviar, y en el mejor de los casos cobre y oro de las minas de las montañas.

Dentro de las murallas quedaban todavía vastos espacios vacíos donde las cañas y los matorrales que crecían sobre las ruinas bajas se estremecían al viento, y el viento levantaba nubes de polvo seco en las vastas explanadas que con las lluvias otoñales se convertían en infranqueables lodazales, y en invierno en adamantinas costras de hielo.

Ese primer invierno en Tanais fue el peor para mí. No tardé en enfermar de fiebres y estuve aquejado durante mucho tiempo de una fuerte tos. Ya no podía marcharme para volver a Venecia: en octubre el empeoramiento del clima había interrumpido todas las conexiones marítimas. Descubrí que la vida en Tanais, aislada del resto del mundo, era como el mito de Proserpina: una temporada a la luz, entre los vivos, y una temporada en la oscuridad, entre los muertos, en ultratumba. El viento aullaba constantemente desde el norte, y encontraba siempre la manera de colarse a través de las grietas de las maltrechas contraventanas. Luego empezaron las nevadas, y como remate, el gran río se congeló, e incluso el mar parecía congelado, al menos hasta donde alcanzaba la vista. Todo parecía inmóvil y sin vida. Los hombres, como insectos, se refugiaban alrededor del fuego o de la estufa en lo más hondo de sus casas y almacenes llenos de humo y suciedad y ratas, para sobrevivir al gran invierno.

Me di cuenta de que, si no quería volver humillado a Venecia con el primer barco que zarpara en la primavera, tenía que inventar algo de inmediato, independizarme de mi suegro, y sacar la cabeza de esa apestosa Tanais, así que empecé a explorar lo que había en los alrededores, regiones

con nombres misteriosos como Tartaria, Rusia, Cumania, Alania, Gazaria, Circasia, buscando allí esas aventuras y esas glorias y esas riquezas que me merecía. Existía un atajo con el que hacerse rico, en ese renacer apagado de Tanais tras la destrucción de Tamerlán: el tráfico de los mercaderes de cabezas.

Detrás de los respetables rostros de notarios y sacerdotes, la economía giraba casi exclusivamente en torno a las cabezas. Aún había demanda de varones, jóvenes y fuertes, eslavos, tártaros o circasianos, por parte de los bazares orientales, y sobre todo de Egipto, dominado por la dinastía de los mamelucos, que en realidad habían sido en sus orígenes esclavos circasianos de los sultanes: pero era un comercio formalmente prohibido, tras las protestas de los señores de Chipre que veían cada vez más fortalecido el poder de los infieles. Desde Venecia, en cambio, la principal demanda era de hembras, mujeres y sobre todo muchachas, para destinarlas a trabajar en talleres textiles, o en el servicio doméstico como limpiadoras, nodrizas, cuidadoras de niños o ancianos, y muchas veces también en servicios especiales y más reservados para el señor de la casa, a escondidas de su esposa y de las mujeres de la casa y de los sacerdotes. Por más que, a fin de cuentas, todos lo supieran todo en una ciudad como Venecia, aunque fingieran no saber nada.

Era un tráfico sucio y poco transparente. Se procedía a la legalización de una propiedad sancionada por un notario de la República, generalmente especializado en estos asuntos, mediante la redacción de una escritura que autorizaba a realizar todas las transacciones que pueden hacerse con un objeto, a saber: reventa, alquiler, regalo, herencia. Al igual que un objeto, cuando se rompía o se volvía viejo o inservible, se podía tirar tranquilamente. Con una vieja esclava bastaba realizar un hipócrita acto de liberación, para luego arrojarla fuera de las puertas del palacio a mendigar y a morir en medio de la calle. Se contaba con la condescendencia de la Iglesia, que sin embargo repudiaba formalmente este comercio y se preocupaba por la salud espiritual de las almas, enviando sacerdotes y frailes a bautizar a paganos, dándoles los nombres de santos: Maria, Maddalena, Caterina, Lucia, Benedetta. Alrededor de notarios

y curas, un opaco círculo de intermediarios, corredores y chanchulleros, semejante y contiguo al que había detrás de la floreciente actividad de las cortesanas.

Aquellos trapicheos a mí no me gustaban en absoluto. Así que no encontré otra cosa mejor que hacerme pescador. Con los peces me sentía más limpio que con las cabezas. Gasté todos los cequíes que había traído y empeñé mis vestidos de caballero con un usurero judío, adaptándome a usar ropas mucho más modestas. Logré comprar a una tribu tártara los derechos para explotar un gran vivero para la cría de peces de agua dulce, con unas instalaciones anexas para el secado y la salazón, en el lago Bosagaz, remontando el gran río cuarenta millas al este de Tanais. La idea era buena y rindió sus frutos en muy poco tiempo, porque el pescado seco era uno de los bienes más buscados por las *mude*[4] venecianas, un alimento necesario para los marineros en esos largos viajes por el Mediterráneo que no podían realizarse bordeando la costa. Lástima que el olor a pescado podrido me hiciera vomitar cada vez que me acordaba del viaje por mar, y se me pegara a la ropa y las manos sin esperanza de eliminarlo al lavarme.

Los ríos volvieron a helarse, pero los almacenes estaban llenos de pescado seco y salado destinado a la temporada siguiente, para la llegada de las *mude*. Ahora me sentía bien instalado en Tanais. Empecé a mantener tratos y a trabar amistad con las tribus tártaras que vivían alrededor de la ciudad. Había contratado en el establecimiento, junto con unos bastardos nacidos de venecianos y mujeres locales, a algunos tártaros, y para mi sorpresa, estos se habían traído consigo a sus esclavos, rusos o circasianos, a quienes imponían el duro trabajo mientras ellos, según decían, supervisaban y cobraban su paga. Si lo hacía el *paron* Yusuf, como me llamaban ahora, sentado en un banco inestable en un entrepiso en el almacén, ¿por qué no podían hacer ellos también eso de quedarse sentados y mirar?

Yo, Yusuf, me llevaba bien con esos simpáticos bribones, y al mismo tiempo tenía cuidado de que no vejaran en exceso a sus esclavos. Había prohibido el uso del látigo y me aseguraba de que las raciones de comida nunca faltaran, para ninguno. Había empezado a aprender un poco la lengua de

los tártaros, y también a vestirme como ellos, con calzones anchos metidos en las botas, un pesado abrigo de marta que había solucionado por fin mi problema con el frío, y en la cabeza un bonito *futrzane* puntiagudo, hecho de pieles de zorro blanco. Los *sghei*, los cequíes, los ducados y los escifatos bizantinos de plata, los dirhams y las demás extrañas e inverosímiles monedas usadas por aquellos bárbaros se acumularon en mi arcón. Me había mudado de casa dentro de la ciudad, tras comprarme un edificio de piedra con gran salón, patio, cuadras y huertos, cercano a las murallas, porque me gustaba el aire fresco de los campos y no el hedor de los almacenes cerca de la plaza y las orillas. No tardaría mucho en poder abandonar Tanais, y explorar el vasto continente que se extendía ante mi mirada cuando subía con satisfacción a la torre más alta de la ciudad.

Siempre había sentido pasión por conocer el mundo cuyas descripciones había leído en los libros de los antiguos o escuchado por boca de mi maestro. En mis primeras exploraciones a caballo, acompañado de algunos sirvientes, había tratado de identificar la situación de la antigua Tanais griega, y creí reconocerla en algunos muretes desportillados que ordené excavar en el barro en el lado norte del delta, sin encontrar nada allí excepto alguna moneda antigua completamente desgastada por el tiempo. Alejándome un poco más, había notado que no era raro ver en la estepa montículos de tierra más o menos altos, que probablemente fueran las antiguas sepulturas que esa gente llamaba *kurgan*. Años antes, uno de esos montículos, conocido como Contebbe, había sido hollado durante dos años a través de pozos excavados por un aventurero egipcio llamado Gulbedin. Gulbedin había venido desde El Cairo en busca de un fabuloso tesoro que, según un esclavo tártaro, había escondido allí Indiabu, el último rey de los alanos antes de que su pueblo fuera exterminado por Tamerlán. Tras la muerte de Gulbedin, que no había encontrado nada, se abandonaron las excavaciones, pero la historia del tesoro siguió circulando.

Y así, en una noche gélida y tormentosa de fines de noviembre, me reuní en la casa del mercader Bortolamio

Rosso con otros cinco dignos compadres, Francesco Corner, Catarin Contarini, Zuan Barbarigo da Candia, Moisé Bon d'Alessandro della Giudecca y Zuan da Valle, que ya había sido capitán de una fusta en Derbent, en el mar Caspio, y tenía la poco halagüeña reputación de haberse dedicado a la piratería saqueando los barcos de los infieles que partían de Astracán. Habíamos bebido mucho, un excelente vino de Chipre importado de Bortolamio, y para terminar cambiamos al aguardiente, cantando y destrozando las canciones de gondoleros que recordábamos.

Al final de un sobrexcitado conciliábulo, los siete formamos una compañía para encontrar el tesoro de Contebbe. Las herramientas de excavación y construcción ya habían llegado en julio, alquiladas por Corner en Constantinopla para reforzar las murallas. Catarin redactó el contrato en papel manchado de vino y sebo de cerdo, con una caligrafía mercaderil temblorosa a causa de su mano inestable y de su mirada empañada por la bebida. Hice que se incluyera a la propia santa Catalina como octavo socio, para que nos garantizara suerte y buenas ganancias. Esa noche era precisamente la víspera de la fiesta de santa Catalina de Alejandría, la de la rueda, y yo era muy devoto de ella, porque su historia me había apasionado leyendo la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine. Lo cierto es que estaba algo achispado y repetía a mis compadres que santa Catalina también debía recibir su parte del botín: solo un octavo, que le ofreceríamos frente a su icono en la iglesita de San Francesco alla Tana, hogar del buen obispo Francesco, porque allí había frailes que ayudaban con limosnas a los pobres y a las antiguas esclavas, y a muchas de ellas, casi todas llamadas Caterina, las había visto arrodilladas muchas veces ante la imagen de su patrona, mendigando un trozo de pan.

La empresa, que abordamos en dos ocasiones, a finales de otoño y principios de primavera, fue un completo desastre. Excavamos y excavamos, pero no encontramos casi nada. Santa Catalina no nos ayudó en absoluto, porque perturbar el sueño de los muertos era una empresa impía. Volvimos derrotados a Tanais, y los tártaros se mofaron de nosotros renombrando el montículo destripado como la Cantera de los francos. Yo tenía la moral baja, y no tanto por los ducados

malgastados en la excavación del *kurgan*. De gran explorador de antigüedades me había convertido en un mezquino ladrón de tumbas. Volví a subir a la torre y a mirar la estepa desde lo alto, soñando con escapar pronto de Tanais.

Y en cambio fue desde esa torre que, con la mayor comodidad, sin tener que moverme, presencié, en el invierno sucesivo, el grandioso espectáculo del movimiento de los pueblos. Una parte de la Horda Tártara, dirigida por el kan Kichi, conocido como el pequeño Mahemet, se acercaba a Tanais, moviéndose como una inmensa serpiente de hombres y animales entre los grandes ríos helados. Empezaron a aparecer las primeras escuadras de jinetes, por docenas primero y luego por centenares, un bosque de lanzas, estandartes, yelmos altos y puntiagudos y extraños tocados con adornos de pieles. Por último, después de días y días de aquella interminable procesión, llegó el propio kan, con un séquito de dignatarios, familiares, concubinas, que se alojaron fuera de las murallas de Tanais, dentro de una antigua mezquita en ruinas.

El miedo y la preocupación se propagaron por la ciudad. Los mercaderes atrancaban tiendas y almacenes; judíos y armenios, rememorando sangrientas masacres, se encerraron en casas sin ventanas. El concejo ciudadano decidió dejar las puertas prudentemente cerradas. El principal temor no era el de una incursión o un asedio, sino el de un contagio. En otras ocasiones, en efecto, entre la masa sucia y hambrienta de hombres y animales que seguía a la Horda, se celaban los sutiles y venenosos humores de la Muerte Negra, listos para expandirse sobre un fardo de telas que había de entregarse a un mercader o sobre el velo perfumado de una prostituta. Algunos decían que era inútil cerrar las puertas, las ratas pasarían de todos modos por hendiduras inmundas que solo ellas conocían.

Había que enviar de inmediato una embajada. El cónsul hizo preparar tres cajas de regalos, rollos de seda preciosa pero también pan especiado, vino de manzana y cerveza *bosa*; un cofre para el kan, uno para su madre y otro para el comandante del ejército de Naurus. Como es natural, decidió que fuera su yerno Iosafà, o sea yo, quien por su aspecto ya

parecía un *atartarado*, un medio tártaro, quien se encargara de la entrega, entre otras cosas porque nadie más quería hacerlo. Salí de la ciudad muy orgulloso, vestido de tártaro, entré en la mezquita y me encontré por primera vez con uno de esos grandes príncipes de Oriente dueños de la vida y de la muerte de millones de seres humanos: un muchachote de veintidós años con una mirada aburrida, tumbado sobre una alfombra y entretenido en dar vueltas entre sus manos a una daga atestada de joyas, mientras que el gran y poderoso general Naurus no parecía tener más de veinticinco años.

Naurus me presentó a su señor como el representante de los francos, porque así nos llamaban a todos los latinos occidentales, fuéramos genoveses, venecianos, franceses o catalanes. En ese momento me sentí realmente importante: pensé que dos mundos, dos civilizaciones, estaban a punto de encontrarse, y que yo representaba a la gran civilización occidental, a los antiguos griegos y romanos, a la cristiandad y al papa, al emperador, y a mi serenísima Venecia. Frente a mí, la barbarie de paganos e infieles. Sonreí, pensando que me había tocado a mí, un Barbaro, el honor de conocer al príncipe de los bárbaros.

Naurus me hizo un gesto y yo me arrodillé y saludé al kan con una pequeña frase tártara que había memorizado, *selam rehim itegez*, saludos y bienvenido. El discursillo que siguió, en veneciano, lo tradujo mi trujamán o intérprete, no se sabe cómo: junto con los dones, la ciudad se ofrecía al servicio y a la benevolencia del señor. El kan, sin levantar siquiera la vista, respondió que aceptaba benignamente la ofrenda, y que la ciudad quedaba bajo su protección y podía sentirse tranquila.

Siguió un silencio incómodo. El kan continuó jugando con su daga y yo no sabía qué hacer. ¿Volver a tomar la palabra, sin haber sido autorizado? ¿Marcharme? Ni siquiera cabía planteármelo. De repente, el kan levantó la cabeza y me miró, y miró a mis destartalados compañeros de embajada, y se echó a reír mientras aplaudía, entrecortando las palabras que el trujamán se afanaba por traducirme: ¿a qué clase de ciudad había ido a parar, donde tres hombres no tienen más que tres ojos? Como es natural, Naurus y los demás dignatarios y guerreros, hasta un momento antes muy serios e inmóviles

como estatuas, también se rieron. Me volví hacia mis compañeros. Mi trujamán Buran Taiapietra solo tenía un ojo; Giovanni, el portaestandarte griego del cónsul, también; y lo mismo le ocurría al portador del vino de manzana.

Así terminó la primera gran embajada de messer Iosafà Barbaro, más conocido como Yusuf, orador del cónsul de Tanais, ante el gran kan de la Horda. Y el cónsul tuvo que abrir de par en par la puerta terrestre para dejar entrar, a lomos de una mula demacrada, al recaudador de impuestos tártaro Cozadahut, sudoroso y gordo, impuesto por el kan para cobrar el *tamunga*, el arancel sobre todos los bienes que entraban en Tanais, y a él y a su séquito se les asignó la zona despoblada junto a la puerta y a mi casa, donde estaban las ruinas del antiguo caravasar, rodeadas por sus propios muros.

Después de la partida del kan se reanudó, durante seis días enteros, el interminable desfile de animales, multitudes de hombres y carretas, inmensas manadas de caballos, camellos, bueyes y toda clase de criaturas domésticas. También se llevaban consigo las casas, porque eran construcciones de madera, incluso de varios niveles, montadas sobre grandes carretas y cubiertas con cañas, fieltros o telas. Yo los observaba fascinado desde las murallas de Tanais. Me pareció una visión propia del día del Juicio Final, toda la humanidad junto con todas las criaturas vivientes llamadas a rendir cuentas por sus acciones ante el Todopoderoso.

Solo un mes después supe a dónde se había dirigido toda esa multitud. Cuando el hielo se derritió y fue posible regresar en bote al vivero de Bosagaz, tuve la desagradable sorpresa de descubrir que los pescadores habían pescado mucho en invierno, efectivamente, incluso a través del hielo del río, y habían salado muchos morones y esturiones, pero luego habían pasado los tártaros, miles y miles de ellos, hambrientos como langostas. Los pescadores habían huido y se habían escondido detrás de los árboles. Los tártaros se habían llevado todo el pescado, salado y sin salar, todo el preciado caviar y hasta las reservas de sal, de la gruesa y costosa, excelente para la conservación; habían roto incluso los barriles para quedarse con las duelas y reparar los carros,

y habían roto las muelas de sal para robarles el núcleo de hierro. Contemplé aquella desolación que era el final de mi prometedora carrera empresarial. No me fue de gran consuelo saber que también a mi amigo-enemigo y competidor desleal, Zuan da Valle, le habían robado todo el caviar, nada menos que treinta vasijas escondidas bajo tierra.

No todos los tártaros se habían ido, sin embargo. Dos días después de su partida, se presentó bajo las murallas nada menos que el cuñado del kan, Edelmugh, y me ofreció el honor de convertirme en su *kunak*, o invitado. Para empezar, tuve que hospedarlo en mi casa, donde el tártaro acabó con mis preciadas reservas de vino de Candia. Luego, medio borracho, me invitó a seguirlo hasta el gran campamento tártaro. Acepté con emoción. Por fin podía conocer el mundo, con un tártaro y como un tártaro. Cabalgamos penosamente durante varios días, cruzando ríos aún congelados, y llegamos por fin hasta el río viviente que formaba el pueblo de la Horda, esparcido por doquier a lo largo de la estepa, como hormigas, y todos reconocían a Edelmugh como su señor, y le ofrecían algo de carne, pan y leche; y por último, nos presentamos ante el kan, quien nos recibió bajo el pabellón de audiencia, ante centenares de personas. Así fue como yo, solo, presentado por el borracho Edelmugh, viví entre los tártaros, no sé bien si como huésped o como prisionero, aprendiendo a conocer su vida y sus costumbres. No me dejaron volver a Tanais hasta que la Horda partió nuevamente hacia el norte, para ir a saquear y devastar el país de los rusos. No volví solo. Edelmugh me dio a su hijo Timur en adopción temporal: el mayor honor que un noble tártaro puede conceder.

Recibí con alegría a Timur, un vivaz muchacho de trece años, ojos rasgados y piel aceitunada, que, para mí, que casi había olvidado a la familia dejada en Venecia, se convirtió en un hijo. Yo vivía prácticamente solo, aunque con muchos sirvientes y sirvientas. A diferencia de todos los demás mercaderes, e incluso del sacerdote, que de vez en cuando iban a escoger a alguna temerosa muchacha circasiana o tártara a la tienda del armenio que vendía este tipo de cabezas, ni siquiera tenía mujer que se acostara conmigo. En

los primeros tiempos, mis nuevos amigos me habían llevado al burdel: la visita me bastó para hacer mi propio voto personal de castidad. Por la noche prefería retirarme al pequeño dormitorio del primer piso y quedarme allí solo con los libros que había traído de Venecia, ya medio estropeados, manchados de moho y mordisqueados por ratones y cucarachas, y con un cuaderno que llenaba confusamente de notas y recuerdos.

Así fue como Timur llenó mi casa. Le enseñé algunas palabras y frases en veneciano, riéndome de su acento. Acariciaba sus rizos oscuros mirando sus ojos de gato resplandecientes, y en la tina donde las mujeres habían vertido el agua hirviendo lavaba lentamente su cuerpo esbelto y terso que parecía un pez del lago Bosagaz. Se reía, Timur. Me quería. Me llamaba *abzij Yusuf*, tío Yusuf.

El verano acaba de regresar. Después de las emociones y los problemas causados por el paso de la Horda, he retomado el comercio con los mercaderes que volvieron a Tanais tras el deshielo. He cerrado algunos buenos tratos vendiendo pescado salado del renacido vivero y algunas pieles llegadas de las montañas, y aguardo el oro que me prometió hace un año un mercader de Samarcanda. Es oro de particular pureza, que irá directamente a Venecia, para la floreciente industria de los batidores de oro. Debería llegar en cualquier momento con una gran caravana.

Ayer, temprano en la mañana, fui con Timur a la plaza, la única parte de la ciudad que me recuerda la civilización y mi Venecia: algo de empedrado, las arquerías con tiendas, la casa del cónsul, pomposamente llamada «el Palacio», la lonja anexa con el escritorio del notario, la escalera donde el heraldo lee las ordenanzas, el escudo de armas del León de San Marcos, la fachada de la iglesia de Santa Maria, el achaparrado campanario puntiagudo. Nos detuvimos en el taller de un maestro armero para elegir las puntas más adecuadas para la caza de perdices y becadas que anidan en las hondonadas de la ondulada meseta que rodea la ciudad.

De repente escucho un revuelo debajo del pórtico: acaba de llegar un grupo de tártaros. Dicen que en una arboleda, tres millas al sur de Tanais, junto a un pequeño río, lleva

acampado desde ayer un pelotón de jinetes circasianos, un centenar aproximadamente. Está claro que no están allí para una inocente batida de caza: están tramando algunas incursiones, tal vez hasta las murallas de Tanais. Me preocupo de inmediato por la llegada de la caravana de Samarcanda: los circasianos podrían robar precisamente el camello con mi caja de oro, y perdería la suma ya adelantada, porque no he estipulado ninguna garantía.

En ese momento, desde las sombras de la tienda, oigo una voz: un mercader tártaro, que ha llegado a Tanais con un cargamento de pequeñas semillas, se levanta y propone ir a por esos perros circasianos. Sí, son casi cien, pero el mercader se ofrece a participar en la expedición y con sus sirvientes ya son cinco. Sin saber por qué, intervengo diciendo que podría reunir a otros cuarenta, con la esperanza de que alguien más se involucre y el número aumente. Pero nadie más habla: solo el tártaro, que declara que el número es suficiente: los circasianos no son hombres, dice, sino mujercitas.

Ya me arrepiento de haber hablado con ese loco, y además delante de todos. Sé bien que los circasianos no son mujercitas sino los guerreros más fuertes y valientes sobre la faz de la tierra. En los años anteriores, tras la marcha de Tamerlán y antes de la llegada de esta nueva Horda, unidos por un príncipe y dirigidos por un legendario y despiadado guerrero llamado Jacob, llegaron hasta Tanais para perseguir y ahuyentar a las tribus tártaras de sus inaccesibles montañas. Hacen falta diez de los nuestros para atrapar a un circasiano enfurecido. Cien son realmente demasiados. Pero ahora ya no puedo echarme atrás. Mientras me alejo pensativo por la plaza, Timur me tira de la manga, emocionado ante la inminente aventura. Acudo a mi amigo Francesco da Valle, el hermano menor de Zuan, el más experto en estos asuntos, y juntos organizamos la empresa y la compañía y también el reparto del botín, según el número de participantes en el riesgo. Francesco involucra como socios a un mercader armenio, al capitán ligur de un esquife, a algunos armígeros y ballesteros deseosos de redondear su magro salario, y a algunos de los antiguos miembros de la compañía de Contebbe, con sus sirvientes armados. Timur y yo, con otros tres sirvientes tártaros, somos solo cinco: si consiguiéramos

capturar a todos los circasianos, mi parte sería en todo caso de unas diez cabezas, y sin ningún gasto. No estaría mal para el vivero. Siempre que las cosas no se tuerzan.

El plan de Francesco es simple. Algunos hombres, armados con arcos y ballestas, bajarán a embarcarse en el malecón de la orilla, y llegarán en las barcas hasta la desembocadura del riachuelo, remontándolo hasta la arboleda para bloquear cualquier vía de huida: en cuanto estén en posición, dejarán una paloma blanca libre. ¿Y Timur? Por seguridad, mejor en una barca. Todos los demás, divididos en dos grupos, llegarán desde el norte, escondiéndose con sus caballos entre los juncos y paúles hasta el borde del bosque. Cuando veamos la paloma, habrá que tomar posiciones y montar a caballo. Un sirviente de Francesco tocará la trompeta, y todos saldrán al descubierto, irrumpiendo en el bosque por todos lados. Tenemos que armarnos de forma ligera, solo cotas de malla, arcos, ballestas y espadas, porque no será una auténtica batalla. También debemos tratar de no matar a demasiados circasianos, de lo contrario, las ganancias se desvanecerán. A los que se resistan con más ferocidad, sin embargo, será mejor matarlos de inmediato: son fieras indomables, no se adaptarán a la nueva vida como esclavos, e intentarán escapar o rebelarse.

Vuelvo a abrir los ojos. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez segundos o diez años? He oído un ruido. Por la hendidura del yelmo, a través de los juncos, veo a un muchacho que se acerca al bosquecillo por el otro lado, arrastrando un caballo detrás de él. Un hermoso alazán de pelaje brillante, con una mancha blanca en la frente que parece una estrella. En la plaza, en Tanais, discutimos sobre cómo repartir las cabezas: ¿y los caballos? De ello no se ha hablado. Ese alazán lo quiero yo. Y tal vez al chico también, vestido al estilo circasiano, con un bonito gorro de fieltro oscuro y una pequeña cimitarra metida en el cinturón. Como esclavos, los chicos son mejores que los adultos. Se les educa más fácilmente. ¿O deberíamos decir *criar*? A veces son tan salvajes como animales, no saben nada de la vida civilizada.

Parece que el chico no se ha percatado de nada. Me vuelvo a un arquero tártaro que ya le estaba apuntando y le indico

que baje el arco. Cuando me doy la vuelta, el chico ha desaparecido entre los árboles, o no, tengo la impresión de verlo parado frente a otra figura más alta que ha aparecido frente a él y lo ha abrazado. No hay que moverse. Debemos esperar la señal de las barcas que han remontado el angosto río, el vuelo de una pequeña paloma blanca, solo entonces podemos ponernos en posición y aprestarnos sobre las monturas, listos para lanzarnos por todos lados al toque de la trompeta.

El toque, en cambio, nos toma por sorpresa, ninguno de nosotros ha visto la paloma, nadie se ha preparado para el ataque. Maldita sea, si algo sale mal, esos circasianos nos harán pedazos. En el menor tiempo posible intentamos levantarnos del paúl y montar en nuestros caballos, mientras las flechas ya silban a nuestro alrededor. A mi lado, el tártaro intenta estirar el arco, pero es alcanzado en la garganta y muere al caer mientras la sangre mana de él. Maldición, grito para mis adentros, sin voz, como sucede en los sueños, y tal vez todo esto sea solo un sueño, un mal sueño. No puedo ver bien con este yelmo maltrecho, un vestigio de una vieja guerra con los genoveses que me ha prestado Francesco. Resbalo al intentar montar mi caballo y caigo de bruces en el barro. No debo de parecer muy heroico. Un tártaro me ayuda a poner el pie en el estribo, y mientras todos corren y cabalgan hacia la arboleda gritando, yo también grito, y espoleo, y cabalgo, levantando la espada, fingiendo ser el adalid que no soy.

Antes de llegar a los árboles, veo entre los troncos a un grupo de jinetes circasianos galopar salvajemente, pero no corren hacia nosotros para arrollarnos y aplastarnos. Se dirigen directamente a su izquierda, hacia la salida de la arboleda, a un sendero de tierra donde podrán galopar con seguridad y salvarse. También veo al hermoso alazán volar como una flecha y llevarse al chico lejos de mí. Demasiado tarde. Nunca los alcanzaremos y, además, es demasiado peligroso, conocen bien estas ciénagas, pueden atraernos a una emboscada. De repente, de entre los jinetes de nuestro grupo sale aullando como enloquecido el mercader tártaro, ese que decía que los circasianos eran mujercitas, y se lanza

en su persecución él solo. Le gritan que se detenga, que retroceda. Nada. El tártaro desaparece en una nube de polvo, tras los caballos circasianos. Peor para él.

Entro en la arboleda con los míos. Ya ha acabado todo. Me quito el yelmo, inútil ya, y lo tiro al suelo con enojo. Bajo los árboles, entre muertos, heridos y prisioneros, quedarán unos cuarenta circasianos. Algunos de ellos todavía se retuercen con furia mientras tratan de atarlos, otros ya están en el suelo, silenciosos y sombríos, atados de dos en dos, espalda contra espalda, al alcance de arcos y ballestas. Dispersos aquí y allá, los cadáveres y los heridos, a los que, en su mayoría, ni siquiera merece la pena llevar a Tanais para curarlos, la gangrena no tardará en acabar con ellos. En total, con suerte, quedarán veinte. Dos cabezas por cada socio de la empresa. Y el chico y su hermoso alazán se me escaparon. No hay caballos, todos han huido. Un pésimo negocio, ya que los muertos por nuestra parte son también numerosos, incluidos dos de mis tres siervos. Afortunadamente, Timur está a salvo en una de las barcas.

Me detengo detrás de uno de los circasianos muertos, intrigado por su extraña posición: ha quedado de pie, abrazado a dos abedules, con sus manos aferradas a la corteza. Tiene una profunda herida de espada en la espalda, a la altura del corazón, y debe haber muerto de inmediato. A juzgar por sus ropas, debe de ser el jefe. Tal vez sea el que abrazó al chico, pero no estoy seguro. Parece desarmado, pero la afilada *shashka* se le habrá caído de la mano cuando lo hirieron, y ya se la habrá robado algún tártaro. Qué extraño morir así, dando la espalda al enemigo. Ni siquiera estaba huyendo. Me coloco frente a él y me turba el noble rostro del hombre, con barba y pelo de un rubio grisáceo, y los ojos aún muy abiertos hacia un infinito que ya no puede ver. Con un gesto de piedad se los cierro con la mano, y luego deslizo el cuerpo al suelo, trato de volver a armarlo y ordeno a los tártaros, que hubieran querido cortar algunas cabezas y llevárselas como trofeos, que amontonen los cuerpos y los cubran con tierra y piedras, para no dejarlos a merced de los chacales y los buitres. Los tártaros obedecen a regañadientes, pero solo después de haber despojado cuidadosamente a los cadáveres de todo lo que pueda resultarles útil o pueda

revenderse.

Un grito desde la orilla del río, desde los barcos. Corro. Tengo un mal presentimiento. En un bote, un remero sostiene en sus brazos a un niño de trece años, que ha recibido un flechazo en el corazón. Nadie se había dado cuenta hasta ahora. En un confuso intercambio de flechas entre los barcos y la orilla, Timur se había replegado sobre sí mismo, a popa, dando la impresión de querer ponerse a cubierto. Los hombres se habían lanzado hacia la orilla espada en mano, olvidándose de él. Solo quedó un remero, que al cabo de un rato sacudió al muchacho sin vida por el hombro. Yo grito, lo tomo entre mis brazos, llorando, lo llevo a la orilla, lo cargo en mi caballo para trasladarlo de regreso a Tanais, y me encamino hacia la ciudad seguido del único sirviente que ha quedado vivo, el fiel Airat.

* * *

Es de noche. Alguien llama con golpes decididos a la puerta de casa.

Estoy sentado en un rincón, en la oscuridad, mirando la mesa sobre la que yace el cuerpo de Timur. Parece como si estuviera dormido. A su alrededor el llanto desesperado de las mujeres, que se habían encariñado con el chico. Tras tumbarlo sobre la mesa, lo han desnudado y lo han lavado. Qué hermoso es ese cuerpo de adolescente con su piel aceitunada y brillante; solo un pequeño orificio a la altura del corazón. Su padre está en el campamento del kan, a cinco o seis jornadas de Tanais. Se le ha enviado un mensajero. Hasta su llegada, Timur permanecerá aquí, desnudo, sobre la mesa. Me espabilo y voy a abrir la puerta. En la penumbra veo a Francesco, apenas iluminado por la lámpara temblorosa, y detrás de otra persona, dos o tres figuras borrosas en el cono de sombra.

Francesco me abraza con fuerza y luego aborda de inmediato el tema, porque entre mercaderes y hombres de frontera, los asuntos relacionados con las *buenas ganancias* deben abordarse de inmediato, sin debilidades. Las cabezas están en su almacén en la ribera. Sin coste de corretaje ni gabela, veneciana o tártara: las han descargado en la orilla sin

entrar siquiera en la ciudad, los guardias de la puerta han hecho la vista gorda y han abierto las manos gracias a una buena *manzaria,* soborno. Cuando quiera, puedo ir y elegir primero la parte que me corresponde, mis dos cabezas, los otros compañeros me dejan tener prioridad. El capitán del esquife solo me pide el favor de que me apresure, porque su barco ya está cargado y casi a punto de zarpar; me ruega que no pierda demasiado tiempo en lamentos fúnebres, puesto que los que se han ido ya no están, y los vivos deben pensar en los vivos, y además ese chico que ha muerto ni siquiera era cristiano.

Siento la espuma de la rabia en la boca. No, quisiera gritar, no soy como vosotros, escuché las palabras de humanidad de los antiguos cuando era joven y sé que no hay hombres diferentes cuya muerte importe más o menos, según la etnia o la fe o la condición, y en cambio en esta maldita Tanais me estoy volviendo como vosotros, y también mis ojos se están acostumbrando a brillar ante las *buenas ganancias* y a calcular el beneficio que puede acarrear la venta de las cabezas. En este momento, con Timur muerto sobre la mesa, me importan un bledo las ganancias y las cabezas. Lo mejor sería que los liberaran a todos: ¿cómo es posible arrebatarle la libertad a un ser humano y tratarlo como a una cosa, y venderlo y revenderlo? ¿Para eso han muerto Timur y todos los demás? Basta, basta, quisiera gritar y golpear con violencia a Francesco.

En cambio, me detengo de repente. Mis pupilas se han ido dilatando en la oscuridad, y me parece reconocer por detrás de Francesco la fisonomía de otro muchacho, parecido a Timur en altura y tal vez en edad, todo cubierto de barro, atado con una cuerda y sujeto por dos tártaros. Francesco no sigue con su inútil cháchara, porque basta con mirarme a la cara para comprender que pierde el tiempo. Renuncia incluso a pedirme una compensación de dos o tres cequíes por el yelmo maltrecho que he perdido. Masculla algo apartándose y dejando que la luz ilumine al chico. Entonces lo reconozco con un sobresalto interior: es el chico circasiano que huía con el alazán.

Durante el triste regreso de los asociados a Tanais, Francesco percibió un lamento detrás de un cañaveral, en

medio de la ciénaga. Se acercó con sus sirvientes y encontró al chico arrodillado junto a un caballo que apenas se movía, con una pata doblada de forma poco natural. Debía de ser uno de los circasianos fugitivos, y el caballo se había fracturado la extremidad al resbalar en el lodo. Cuando el chico se percató de su presencia, les hizo frente con decisión sirviéndose de un pequeño puñal, gritando hecho una furia, y faltó muy poco para que les hiriera, pues él también resbaló y cayó en el lodo. Los sirvientes se abalanzaron sobre el chico y lograron maniatarlo no sin esfuerzo. Las lágrimas cruzaban una costra de barro en su rostro y se le oía sollozar y repetir una única palabra incomprensible, *vagwà*. El caballo, que se había vuelto para mirar al niño con grandes ojos húmedos, fue misericordiosamente degollado por el propio Francesco.

Es la mejor cabeza. Él y los asociados han pensado que era apropiado que me quedara yo con él, eso es todo, y que luego… Y que quizá… Ya basta. Francesco da un paso atrás, bajo mi mirada pétrea. Pone la cuerda en mis manos, vuelve a las sombras, se va con sus sirvientes. Aprieto la cuerda y mi mirada se cruza con los ojos asustados del chico. A la luz de la lámpara veo que son de un azul profundo como el del cielo limpio que, en invierno, desde los campanarios de mi lejana ciudad, se ve brillar a lo lejos sobre las montañas.

* * *

Me despierto alcanzado por un rayo de sol.

Estoy en el suelo, dolorido. Debo de haber dormido largo rato, y ahora lo recuerdo todo. En el centro de la sala, la mesa con el cadáver de Timur, ya asediado por las moscas. No puede quedarse allí, quién sabe cuándo vendrá su padre. Detrás de las columnas los ojos de las mujeres me miran en silencio, temerosas, a la espera. Entonces me acuerdo de que hay alguien más en la casa. El chico circasiano. Se lo he dado a una vieja sirvienta, que lo ha encerrado en un gallinero vacío. Tal vez lo haya arrojado allí sin desatarlo siquiera o sin darle un poco de agua. Veo vagamente sus ojos emerger de una máscara de barro endurecido, llenos de miedo y dolor. No es más que un crío, como Timur, que ahora duerme sobre la mesa, en una paz que ya nadie puede perturbar.

Sin levantarme, llamo al fiel Airat. Le digo que vaya a sacar al chico del gallinero y se lo encomiende a dos mujeres para que lo desnuden y lo laven, y luego lo vistan con una camisa limpia y le den un poco de agua, pan y queso. Airat tendrá que quedarse con ellos para vigilar al pequeño salvaje, por si acaso. Luego me retiro a mi mutismo, sentándome en el suelo cerca de la mesa donde Timur duerme plácidamente su sueño sin tiempo.

Siento que me sacuden por el hombro. Es Airat, quien me mira de forma extraña. Me levanto y lo sigo. Encuentro a las dos mujeres fuera de la habitación, que también me miran extrañadas. Una sostiene algo en las manos semejante a un corsé, y parece estar repitiendo en veneciano, pero con acento tártaro, *no xe a putelo, no xe a putelo*, no es un chico, no es un chico. Entro. En la penumbra, en un rincón, su ropa y sus botas, todavía cubiertas de barro; en el centro, cerca de la bañera, de pie, la forma sinuosa de un cuerpo blanco, la cabeza gacha enmarcada por una larga cabellera rubia, las manos cruzadas sobre el vello púbico, la cintura estrechándose levemente entre las caderas y el busto, donde se marcan las curvas de dos pechos pequeños y firmes. En el dedo de la mano izquierda parece tener un anillo. Se percibe el olor a piel fresca, que aún traspira el agua y el jabón del baño. *Xe una putela*, es una chica.

Permanezco inmóvil, sin hablar. La *putela* levanta la vista hacia mí. Tiene los ojos enrojecidos, pero secos. Debe haber agotado todas las lágrimas. Aparte de las manos en sus genitales, no parece avergonzarse de estar desnuda. De hecho, ni siquiera parece tener miedo. Y yo me siento abrumado por una repentina vorágine de pensamientos. ¿Cómo comunicarse con ella? Es la primera vez que me encuentro frente a alguien de ese pueblo. En realidad, es inútil hablar, ella no entendería nada ni yo entendería nada de lo que dijera, todo el mundo sabe que los circasianos hablan el idioma más incomprensible del mundo, compuesto por sonidos y ruidos extraños dentro de la boca o en el fondo de la garganta, casi sin vocales.

¿Quién puede ayudarme a comunicarme? En la casa son todos tártaros, y no conozco a nadie que pueda hacer de intérprete. Tal vez haya solo una persona en Tanais que

conozca ese maldito idioma en la que pueda confiar. Llamo a Airat y lo mando al lupanar, diciéndole que me traiga a la señora, la circasiana Maddalena: la *siora* Lena, lo antes posible. Que tenga mucho cuidado con lo que habla, que no le diga nada a nadie, ni siquiera a Lena. También impongo con gesto amenazador el silencio a las dos mujeres, aunque sepa, resignado, que no durará mucho. Hago que la chica se vista con una sencilla camisa de lino y pido que le traigan algo de comer y de beber, pero ella se sienta en un rincón y no toca nada, y yo me quedo mirándola, *insempiado*, alelado, con los ojos abiertos, la boca muy abierta, como uno de esos pescados salados de mi vivero, apoyado en el marco de la puerta en silencio.

Airat está de vuelta, y anuncia que Lena me está esperando en la sala. Voy a verla, no sin cerrar con llave la puerta de la habitación. Encuentro a Lena contemplando con emoción el rostro del chico muerto, mientras ahuyenta las moscas con su pañuelo. No parece ni circasiana ni puta, vestida de oscuro como una beguina, con una cofia negra cubriéndole el pelo; la única concesión al lujo es un collarcito de oro con una cruz colgante de estilo bizantino, un olor excesivo a lavanda, y anillos demasiado llamativos y engastados con piedras falsas, regalos y recuerdos de antiguos amantes.

Es una buena mujer, fuerte, corpulenta y ajada, hija de una de las esclavas capturadas en tiempos de la devastación de Tamerlán, una de las muchas con las que el intermediario armenio abasteció el burdel muchos años antes, cuando se abrió de nuevo. Es lista, y en sus ojillos brilla la astucia, porque de lo contrario, una mujer no podría sobrevivir en esta guarida de lobos. Consiguió que la liberara un amante notario que también era sacerdote y la bautizó con el nombre, particularmente apropiado, de la santa pecadora Magdalena; acumuló *sghei,* cequíes y se hizo cargo del lupanar comprándoselo al viejo armenio. Debería estarme agradecida, porque hace un año me llevé a trabajar al vivero a un pequeño bastardo que había tenido con un marinero veneciano, y al que su madre no podía atender en el burdel durante las horas de trabajo. Qué extraña la vida, que ahora me obliga a pedir ayuda a una puta: pueden pasar mil cosas

que no te esperas, y siempre puede hacerte falta la ayuda de aquel a quien ayudaste un día.

Intento contarle, emocionado y confuso, los convulsos acontecimientos de los últimos dos días, hasta la aparición de la *putela*. Lena tiene que hablar con ella, interrogarla, tratar de entender quién es y de dónde viene, cómo se llama, aunque lo ideal sería que se quedara unos días aquí; le pagaré bien, para que pueda enseñar a la *putela* las primeras palabras y frases en veneciano.

Lena se sorprende ante esta extraña propuesta. En sus muchos años de honorable profesión, en la que se ha acostumbrado a recibir las solicitudes más extrañas y desmedidas, nadie le ha pedido jamás algo así: hacer de trujamán. Y, además, ¿de qué sirve hablar, comunicarse con palabras? Con una *putela* basta con mirarla, examinar su cuerpo, que no tenga defectos ocultos, adivinar su peso, observar su forma de mirar y de moverse; en resumen, evaluar el precio, para su compra definitiva o para un uso temporal.

¿De qué sirve hablar? Tanais no es Venecia, donde las cortesanas, según le dijo un gentilhombre, recitan poesía y discuten sobre filosofía. En este oficio nuestro no nos andamos con filosofías, hablamos casi solo con el cuerpo, y de mil maneras distintas: con el perfume, el pelo, los ojos, la lengua, las manos, los pies, las hábiles vibraciones del vientre. Muchos clientes, quién sabe por qué, son en cambio molestamente locuaces, y se empeñan en contarles a las *putte* todo sobre su vida, tal vez les haga más falta eso que lo demás, así que la Lena ha entrenado a sus *putte*, que no entienden ni un ápice de esos discursos en lenguas diferentes y mezcladas, para que los escuchen con gesto lánguido, en cuclillas sobre las camas, y para que asientan siempre, y sonrían.

En todo caso, de acuerdo, acepta, se tomará unos días de vacaciones de la gestión del burdel, las *putte* se organizarán solas. Al contrario, es mejor que no esté allí durante los próximos días porque estallará un infierno, está a punto de llegar la caravana de Samarcanda. Ah, claro, la caravana de Samarcanda, se me había olvidado por completo. Le pido la máxima reserva, y seguro que Lena disfruta imaginando lo

que pensarán en la ciudad, y el cónsul, y el cura, de ese *babaluco,* de ese espantajo de Iosafà que se lleva a la Lena a su casa durante varios días y noches, encerrándose dentro con ella. Y además, sabe que en la bodega siempre hay una reserva de buen vino de Candia.

Hago que lleven a la Lena allí, y me quedo solo frente a la mesa donde yace Timur, mientras las moscas parecen volverse más numerosas y agresivas. Su piel comienza a resultar horripilante y muestra manchas verdosas en el abdomen, y una franja de líquido negro y fétido ha aparecido entre sus piernas, como si algo lo estuviera devorando por dentro. Tengo que encontrar una solución también para él, *povaro fiol*, pobre chico. No puedo mantenerlo aquí, a la espera de Edelmugh, con este calor sofocante. Necesitaríamos una caja para encerrarlo como es debido, con clavos y cola de barco.

No tengo tiempo para pensar en eso, porque llaman con fuertes golpes a la puerta. Hay alboroto en la calle, gente yendo y viniendo, toques de trompeta en los muros. Ha llegado la caravana de Samarcanda, se está instalando en el caravasar cercano, y un mensajero grita que el cónsul y Cozadahut me esperan con urgencia. Tengo que irme enseguida, pero mi cabeza confusa sigue ahí, entre la mesa donde duerme Timur y el cuartito donde dejé a la *putela* con la *siora*.

* * *

No consigo volver hasta por la noche, exhausto. Llevo casi dos días sin cambiarme ni lavarme. Debo de haber dormido unas dos horas como mucho, en el suelo, junto a la mesa con el cuerpo de Timur, y todavía estoy completamente dolorido. Excepto por la cota de malla, voy vestido como en la desafortunada empresa de la espesura, con manchas de sudor, barro y sangre, y debo incluso haberme meado encima. Todavía tengo las botas puestas, debería quitármelas, no solo para lavarlas, sino también porque quizá aún haya alguna pequeña sanguijuela dentro. El cónsul ha arrugado la nariz con repugnancia ante el hedor, y el tártaro Cozadahut, que se ha enterado de la gloriosa empresa, se ha echado a reír a

carcajadas de mí y de los demás asociados, y ha dicho, con ese típico humor tártaro que no me gusta en absoluto, que habrá que ver la que se monta cuando Edelmugh vea a su hijo muerto, pues él lo conoce bien, se volverá loco y no parará hasta conseguir cortar y empalar las cabezas de Iosafà y de todos los asociados, y después ha seguido riéndose sin parar. Tampoco debo de haberle causado muy buena impresión al mercader de Samarcanda, que ha cumplido su palabra y me ha traído la caja de oro purísimo, procedente de las montañas entre Persia y la India. No he negociado el precio, he aceptado todo lo que me pedían, dejando boquiabierto al mercader. Mi cabeza está confusa, sigo pensando en Timur y en la *putela*, y solo quiero volver a casa.

Entro con la caja del oro bajo el brazo. Me encuentro en la habitación con Timur, que sigue sobre la mesa, y las habituales moscas revoloteando. El olor a muerte, a putrefacción, que me recuerda a ciertos olores desagradables del vivero, es cada vez más fuerte. En el suelo, un ataúd oblongo de madera tosca, justo para las medidas de Timur. Se las ha tomado mi fiel Airat, adivinando el pensamiento que aún no he tenido tiempo de expresar. Le digo bravo, mi fiel Airat, y le pido que vuelva a llamar a las dos mujeres que lavaron primero a Timur y luego a la *putela*. Ahora deberán volver a limpiar a fondo a Timur, ungirlo con bálsamos y esencias, envolverlo en un sudario y colocarlo en la caja, y Airat deberá cerrarla herméticamente. Es demasiado tarde para llevarlo fuera de las murallas, ya habrán cerrado las puertas. Mañana lo sacarán de la mezquita y lo encerrarán temporalmente en un sarcófago de piedra vacío, donde su padre podrá realizar los ritos funerarios.

Dejo la caja de oro sobre un banco y me acerco en silencio a la pequeña habitación donde están Lena y la *putela*. Oigo un parloteo de una sola voz, la de la *siora.* Siento curiosidad por oír la otra, pero mi deseo queda insatisfecho. Espero un poco, luego me decido a entrar y le digo a la Lena que se vaya a la cocina. Me quedo en la puerta mirando a la muchacha sentada, y ella me mira sin bajar la vista, como en un silencioso reproche. Al final, el que aparta la mirada soy yo, crispado. Retrocedo y cierro la puerta con llave.

La Lena no ha esperado mi llegada y ha empezado a servirse vino en la copa y a tomar con sus manos los muslos y las alas del guiso de becada que han dejado para el amo en una cazuela. De vez en cuando moja una rebanada de pan negro y bebe una copa de vino. Me siento frente a ella y espero a que me cuente. La Lena preferiría seguir comiendo en paz, y con la boca llena me dice que es malo hablar mientras se come, pero mi mirada insistente no suelta la presa, así que empieza a hablar sin dejar de mordisquear los muslos. En la gran chimenea el fuego se va apagando lentamente, entre brasas rojizas. Desde la pared, entre cacerolas de cobre con incrustaciones negras, nos observa un pequeño icono de santa Catalina con la rueda, pintada como una reina. Aunque no me deje ver a menudo por la iglesia, siento mucha devoción por ella y siempre procuro que tenga una vela encendida.

Con una mano grasienta coge la cruz griega que le cuelga del cuello y me la acerca a la cara. Cuando entró en el cuartito, la niña la vio de inmediato y se arrodilló diciendo algo que la Lena no entendió. Iosafà debe tener en cuenta que no resulta fácil entenderse entre ambas, entre la mujer y la niña. Los francos los llaman a todos circasianos, con la misma palabra que usan los tártaros y los turcos, y en cambio allá arriba, entre los valles y las montañas, hay pueblos muy diferentes, emparentados tal vez por orígenes ancestrales, pero ahora con costumbres y lenguas y nombres diversos: zigos son los de las costas del sur, y ella es ziga, y luego están los cherkeses, los adigueses, los shapsug, los besleney, los cabardinos, y así muchos más, cuántos solo el diablo lo sabe. Tal vez tengan muchas palabras en común, o partes de palabras, pero la pronunciación puede ser muy diferente. Si se hablan despacio, sí pueden entenderse. Con todo, no ha sido fácil, y el señor Iosafà debería recordarlo cuando tenga que cuantificar la recompensa de la *siora*.

Tampoco resultó fácil porque al principio la chica estaba completamente encerrada en sí misma. Después de arrodillarse ante la cruz se tranquilizó y volvió a sentarse en su rincón, de cara a la pared y negándose incluso a mirarla. Pero, entonces, ¿es cristiana y está bautizada? No exactamente cristiana como lo entienden los francos y sus

sacerdotes, responde la Lena. La chica adora la cruz como lo hacía ella de niña, sin saber quién era Nuestro Señor ni cuáles son los ritos de la Iglesia, ya sea griega, latina, rusa o armenia. La verdad es que ni ella misma sabe por qué tienen esa extraña costumbre de colgar cruces de madera de los árboles sagrados y de hacer sacrificios en su honor. Sí, suelen bautizarse, pero de cualquier manera, con agua de río. No tienen sacerdotes ni obispos, no saben lo que es el pecado y el infierno. No tienen sacramentos ni los diez mandamientos, pero le rezan al Todopoderoso, honran a sus padres y a los ancianos, mantienen la fe y la palabra dada a costa de la vida, respetan al huésped como algo sagrado, consideran a la mujer igual al hombre y, en definitiva, parecen más cristianos que los cristianos. Y, lo más extraño de todo, no conocen la escritura, no saben leer ni escribir, ni tienen los libros sagrados, los Evangelios y la Biblia. A decir verdad, ni siquiera ahora sabe la Lena leer ni escribir, y se sirve del viejo armenio para las cuentas y la escritura.

Estoy a punto de perder la paciencia, porque Lena es muy charlatana y pierde el hilo cuando habla. No me interesa esta lección sobre los usos y costumbres de los circasianos: tal vez en otro momento, son historias interesantes, y podría transcribirlas en mi diario. Volvamos a la chica. ¿Cómo se llama? ¿Quién es? La Lena deja en el plato un ala de becada roída y levanta otra vez su mano grasienta, enseñándome uno de sus anillos de cerca. Así es como se llama. En el dedo regordete veo un anillo más sencillo que los demás, quizás de peltre desgastado, con un monograma formado por unas letras griegas: A I K. Sin necesidad de quitárselo para leer sus inscripciones, he adivinado de qué se trata, y con gesto inquisitivo pronuncio el nombre en griego: *¿Ekaterini?*

Sí, Caterina, efectivamente. La Lena reconoció de inmediato el anillo en su dedo, tiene el mismo, un círculo de peltre sin valor, una baratija que le dio hace unos años un fullero egipcio, cliente suyo pasajero, un tal Gulbedin, en lugar del dinero que le correspondía, prometiéndole que regresaría pronto con oro y joyas; y en cambio murió poco después, en el curso de una empresa tan tonta que la Lena ni siquiera recuerda exactamente de qué se trataba, excavar tumbas en busca de un tesoro. Gulbedin le había dicho que era un anillo

mágico, porque lo había recibido de un monje en un monasterio del desierto donde se conservaban las reliquias de santa Catalina, y la joya había sido introducida en el arca de piedra, para que, mediante el contacto con el cuerpo sagrado, absorbiera su energía sobrenatural.

La verdad es que la Lena no le había creído en absoluto, enojada por las ganancias perdidas, y si se había quedado con el regalo solo fue por superstición. Sin embargo, ha sido ese anillo, después de la cruz, lo que ha favorecido el contacto entre la chica y ella. La mujer lo intentó al principio con fórmulas de saludo y preguntas en su antigua lengua casi olvidada, su lengua infantil, que rara vez desempolva, cuando llega al prostíbulo una nueva *putta* circasiana, para facilitar el necesario aprendizaje del oficio. Todo inútil. La muchacha no entendía, o fingía no entender, y seguía mirando la pared. Al final, la Lena, con sus ojillos de zorro, se fijó en el anillo mientras hablaba, le tomó la mano y la acercó a la suya, de modo que los dos anillos quedaron emparejados, el de peltre y el de plata. Como fulminada por una intuición, la Lena le dijo una palabra: ¿Caterina? La chica se giró y la miró por fin.

Conque ese es su nombre, Caterina. La chica ya se llamaba así, debe de haber sido bautizada de alguna manera en su pueblo, tiene ese anillo y a saber quién se lo habrá dado, algún peregrino desesperado perdido en aquellas montañas salvajes. Extraño destino, porque Caterina, junto con Maria y Maddalena, es uno de los nombres recurrentes que dan a las esclavas los frailes que van por ahí bautizándolas. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué diablos estaba haciendo en el bosque? ¿Por qué iba vestida de hombre? Se me vienen a la cabeza los cantares que leía de joven: ¿será una guerrera como las amazonas? ¿O se parecerá su historia a la de la bella Camila o a la de la hija de la Reina de Oriente, que recorren el mundo disfrazadas de hombres y solo al final, para casarse con la hija del rey, son transformadas en verdaderos hombres por el arcángel Gabriel?

La Lena refrena mi impaciencia, porque tiene la garganta seca a fuerza de hablar. No puede continuar hasta que beba algo, y me obliga a llenarle otra copa de mi preciado vino de Candia. Y luego hay que acompañar el vino con algo de companaje: la Lena vuelve a mojar el pan negro en la cazuela

y coge de otra sartén una longaniza aromatizada y pimentada, y sigue hablando entre bocado y bocado.

Pues la verdad es que sí, dice, que esta Caterina es de verdad una especie de princesa. Me entrega un envoltorio que se ha traído consigo del cuartito. Lo abro y despliego en toda su amplitud un maravilloso velo de seda tejida en oro, con el emblema de un aciano. El velo todavía está manchado de barro. La Lena lo ha visto entre la ropa tirada en un rincón, junto con el corsé y las botas. La chica debía de llevarlo puesto, tal vez envuelto alrededor del cuello como un chal. Debe de tener un valor enorme, de cientos de cequíes tal vez. Solo una princesa puede poseer algo así. Si Caterina fuera una esclava, con ese velo podría comprar su rescate: pero probablemente no lo sabe, como tampoco sabe en qué va a convertirse.

Al final, la Lena ha logrado que hable un poco, después de haberla apaciguado y tranquilizado tomándola de la mano, con toda su experiencia profesional. Caterina la entiende, aunque pertenezca a una tribu muy diferente a la suya, una tribu orgullosa y guerrera que vive en las montañas más altas e inaccesibles del Cáucaso: se llaman cabardinos. A esa tribu pertenece el príncipe Inal, que los encabezó para expulsar a los tártaros de las montañas y del valle del río Copa, persiguiéndolos hasta las orillas del mar y las murallas de Tanais. En parte mediante palabras y en parte con gestos, porque la Lena no entiende bien esa lengua aún más gutural que la suya, Caterina le dijo que viene de la alta montaña de nieve, que es hija del noble Jacob, el guerrero de Inal que es el más fuerte de su pueblo y del mundo. Ella lo había seguido para luchar junto a él y demostrar su valentía, por eso iba vestida de hombre, pero fue capturada por los francos y no ha vuelto a ver a su padre. Ahora, en el nombre del Todopoderoso y del sagrado anillo mágico, implora a la noble dama de la cruz que la libere, que la deje volver libre con su padre, a sus montañas.

Eso es todo. La Lena vuelve a vaciar la copa. Ella, que al parecer es la noble dama de la cruz, ha prometido referir su petición al noble dueño de la casa, que es uno de los francos más notables y poderosos de la ciudad, y que seguramente la escuchará. Quién sabe por qué tengo la sensación de que me

está tomando el pelo. En las horas siguientes la mujer empezó a enseñarle algunas palabras en veneciano, y Caterina parece aprender deprisa, debe ser una chica despierta y curiosa: unos cuantos saludos, *buenos días* y *buenas noches*, y también *ciao*, pero sin explicarle su verdadero significado, el que le reveló una vez entre risas ese cura-notario que tenía por cliente, que *ciao* viene de *sciao*, es decir, esclavo, y esclavo viene de *sclavo*, porque antiguamente en Venecia los esclavos y sirvientes eran todos eslavos, y no le parece elegante empezar de inmediato con la palabra que se convertirá en el destino de su vida.

La lección continuó con algunas otras palabras y frases más necesarias para la simple supervivencia, acompañadas por el lenguaje de los gestos: *magnar* y *bever*, pan y *aqua*, por más que la Lena prefiera el vino, *ti* y *mi*, tú y yo, *omo, dona*, que también se puede decir *femena, baba, siora*, como lo es ella, y *puta* y *putela*, como lo es Caterina. Pasa revista a las partes del cuerpo, tocando rápidamente los puntos que nombra en la chica, que está desnuda debajo de la camisa: la cabeza, *i oci*, la *boca*, la *teta* y el *bichignol* para dar de mamar a los *putei*, la *pansa* donde crecen los *putei*, y la monna, que se usa para hacer los *putei* al acostarse con los *omini*; pero mejor no hacer *putei*, si hay que trabajar. Por último, algunas palabras más para describir las acciones que la *siora* considera fundamentales en la vida: *basar,* besar, *caressar,* acariciar, *ciuciar,* chupar, *ciavar,* follar, *montar,* copular. Caterina las repetía todas sin entenderlas, esforzándose por pronunciarlas bien y con el acento en el lugar correcto, y la Lena se echaba a reír a carcajadas con los dientes podridos, arrancándole por fin una mueca que podía parecer una sonrisa.

Tal vez pretenda la Lena hacerme sonreír a mí también, pero no es posible. Mientras hablaba, lo he entendido todo: yo he visto al padre de Caterina, el gran guerrero Jacob, era sin duda el cadáver aferrado a los abedules. He visto las profundidades de sus ojos sin vida. Caterina no lo sabe, pero su padre ahora está libre, goza de esa libertad infinita que la criatura humana solo puede alcanzar cuando cruza la barrera del tiempo. Podría dejarla ir, pero a su padre nunca volverá a verlo. Sí, lo he decidido, para mí Caterina es libre, mañana la acompañaré a las murallas, le daré un caballo y la dejaré

marchar. Con una simple plegaria interior que me concede por fin la paz, encomiendo el alma de la muchacha y de su padre y también la del pobre Timur, que ni siquiera está bautizado, pero da igual, a santa Catalina, de quien soy muy devoto.

Mientras acerca la mano a una bandeja de almendras garrapiñadas, la Lena quisiera seguir hablando, pero no sabe cómo interrumpir mi lúgubre silencio, cómo atraer mi mirada ausente. No está borracha en absoluto, conserva toda su lucidez. Basta con mirarla a los ojos para adivinar lo que está a punto de decir. Es como un libro abierto. Ahora llega la parte más difícil para ella. Convencer a ese *insemenio*, a ese embobado de Iosafà, de que es mejor que a Caterina se la quede ella. Ha examinado con atención aquel gran pedazo de *putela* mientras la palpaba, e Iosafà debe dársela a toda costa. Nunca ha encontrado a una así para su local. Ella será su princesa, la reina de Tanais, a ella acudirán todos los viajeros, de Oriente y de Occidente. La educará y la amará como a una hija, le enseñará todo, la hará rica y quizás algún día la libere. A Iosafà le pagará lo justo, como es justo. El contrato lo hará mañana mismo su amigo el cura-notario. Y además ella ha sido más que honesta. El velo de seda y oro, que vale más que Caterina, se lo dio enseguida, podría habérselo escondido en la falda y amén. De hecho, él debería dársela gratis. Como mínimo, podría concederle algún derecho de usufructo. Un pequeño porcentaje, por supuesto, en efectivo o en especie. Iosafà podrá ir a yacer con ella cuando quiera. Gratis.

Puedo leer todo ello en sus ojos, antes de que tenga tiempo de pronunciar siquiera una palabra de todas las que le rondan por la cabeza, en su lengua mixta veneciano-circasiana. Y no puede hacerlo, no porque yo se lo impida, sino porque el postigo de madera del ventanuco de la cocina golpea repentinamente con una violenta ráfaga de viento. Desde afuera se escucha un estallido de gritos asustados: *el fogo, el fogo, ut, ut!* Me levanto de un salto, vuelco la mesa y la Lena acaba en el suelo con todas las almendras garrapiñadas. Me olvido de la mujer, del velo de oro y de todo, corro hacia la

puerta de la casa. Fuera hay un pandemonio de gente que corre enloquecida en todas direcciones. Un acre olor a quemado se siente en el aire, revolotean cenizas y fragmentos incandescentes que, al caer sobre los techos de paja de las chozas y establos más humildes, prenden rápidamente con nuevas llamas más altas. La noche está iluminada por los destellos de un repentino incendio que ya está engullendo esta parte de la ciudad.

Por las frases fragmentadas de la pequeña multitud reunida aquí frente a mí, entiendo que el fuego se ha propagado desde el antiguo bazar y caravasar, el actual alojamiento del recaudador de impuestos tártaro Cozadahut y de su séquito. El cónsul vocifera que hay que salvarlo a toda costa, o el kan dirá que es culpa nuestra y arrasará la ciudad, y rodarán muchas cabezas. La plaza y los almacenes y comercios parecen a salvo, así como los muelles de la orilla y los barcos fondeados allí, porque los grandes espacios libres y las ruinas dificultan la propagación del incendio. El fuego, alimentado por un repentino viento seco del norte, amenaza en cambio el viejo barrio cercano a las murallas. Se dice que las posibles salidas del caravasar ya se han derrumbado, y que las personas que han quedado atrapadas dentro están condenadas a quemarse vivas, porque nadie sabe cómo rescatarlas y en la oscuridad y el caos nadie puede encontrar las herramientas para retirar los cascotes.

Al otro lado de los muros, gritos desesperados. Alguien intenta bajar a las mujeres y los niños con cuerdas, pero las cuerdas se rompen y los desventurados caen al suelo. En ese momento tengo una revelación. Acabo de rezar a santa Catalina por la muchacha prisionera en mi casa, ofreciéndole la libertad de la *putela*, y ahora santa Catalina me recompensa viniendo en mi rescate y en el de la ciudad. Yo quise a la santa como octavo asociado de la desafortunada empresa de Contebbe, y ahora, ¿dónde está oxidándose una parte de las herramientas de excavación alquiladas y nunca devueltas? En el almacén detrás de mi casa, porque yo era el maestro excavador del *kurgan*. Esas herramientas destinadas a sustraer tesoros de las tumbas y a perturbar el sueño de los muertos, una impiedad que santa Catalina había impedido con razón, pueden ahora transformarse en instrumentos de salvación.

Corro a buscarlas, doy algunas a los demás, pero sobre todo soy yo quien se pone a trabajar en el muro, cavando con furia y sin dejar de gritar *santa Catalina, santa Catalina*, hasta que se abre un hueco del que sacamos a más de cuarenta personas ahumadas y casi asfixiadas, incluido el aterrorizado Cozadahut, tan gordo que se queda encajado en el agujero y hay que sacarlo a la fuerza, todo desollado.

* * *

Al amanecer el fuego ha quedado domado. Mi casa también está a salvo. Vuelvo exhausto, todavía vestido con la misma camisa, los mismos calzones y botas sucias de hace dos días. A la paleta de colores en la que se ha convertido mi rostro se suman ahora el negro del hollín y el rojo de los ojos inyectados en sangre, así que luzco peor que el gigante Ronciglione.

La puerta está abierta de par en par. Qué raro. Grito y nadie responde, ni siquiera el fiel Airat. Me arrastro hacia el pasillo, donde el cuerpo inmóvil de Timur todavía está sobre la mesa, y cada vez hay más moscas. Pero ya no veo en el suelo el ataúd de madera que estaba destinado a él. Tampoco hay rastro del velo de seda y oro, ni de la caja del oro. Reúno fuerzas para continuar hacia el cuartito. La puerta está abierta, el pestillo forzado. No hay nadie dentro. No queda nada en el suelo, ni ropa ni botas. Quiero gritar, pero las fuerzas me fallan y me desplomo en el suelo con un último pensamiento antes de perder la consciencia. Caterina ha huido.

3. Termo

A orillas del río Tanais, un día
de julio de 1439, en la cuarta vigilia de la noche

De pie en el alcázar, con las manos en la amurada.

Tengo los ojos entrecerrados, es con mis otros sentidos con los que trato de percibir sonidos, señales y olores en el aire cálido que sube del lecho húmedo del río. En la calima, iluminada apenas por el prolongado crepúsculo, una lámpara rojiza oscila a lo lejos, llevada por los guardias en lo alto de las murallas de la ciudad. Otras dos o tres luces se balancean sobre los barcos en el muelle o fondeados en un recodo a resguardo de la corriente. Una linterna brilla bajo la puerta con el León de San Marcos: los pesados batientes de madera deberían estar cerrados, pero parecen estar tan solo entornados, y el puente levadizo aún está bajado. Sentados en un escalón de piedra, dos soldados esperan la partida del barco como único acontecimiento capaz de aliviar el hastío de esta noche demasiado tranquila.

La corriente se desliza casi sin ruido, abriéndose a los costados del barco. El casco se mueve ligeramente cerca del largo muelle, como si quisiera entregarse a ese abrazo, pero retrocede enseguida, retenido por las guindalezas con un quedo chirrido. En los desgarrones del silencio, los tañidos de la campana de Santa Maria. La cuarta vigilia de la noche. El viento de tierra podría levantarse en cualquier momento y arreciar impetuosamente. Tenemos que estar listos para las maniobras y los remos, listos para soltar amarras, levantar anclas y lanzarnos hacia el centro del gran río negro, corriendo junto a él rumbo a mar abierto.

Me vuelvo hacia el otro lado, para contemplar la nave. Mi nave. Esos *belìn,* esos idiotas de los venecianos, la llaman *gripparia*, pero para mí es mucho más, es como una persona viva, como una amante, es mi mujer. A ella me encomiendo con seguridad, a sus brazos de madera, a su melena de cuerda y velas con olor a sal y a los humores de todas las criaturas

que viven a su alrededor, las gaviotas y las garzas en el cielo, los peces que juegan bajo la quilla, los hombres que se afanan en su dorso o en su vientre. La llamo por su nombre, y su nombre, en los papeles y en los libros de cuentas de los mercaderes, es Santa Caterina: la de la rueda, toscamente grabada en un trozo de madera del mascarón y pintada en un pequeño icono griego de tres al cuarto clavado en la puerta de mi camarote. Pero para mí es simplemente la Caterina, porque así es más fácil invocarla, y porque para la tripulación de infieles y renegados con los que he de lidiar, el concepto de santidad y castidad inviolable de una mujer resulta difícil de entender.

Los remeros, sentados en los bancos separados por la larga plataforma central, mantienen sus remos suspendidos en el aire. Como oscuras sombras inmóviles, esparcidas por el puente, sobre la obencadura, sobre la cofa, como gatos negros en la noche, los marineros están preparados para realizar todas las maniobras, desde las anclas hasta las amarras, esperando un gesto o cualquier orden de su capitán.

Siento como un soplo en el rostro, entre mi pelo siempre revuelto y mi barba rojiza. Un aliento que roza las jarcias y las escotas, haciéndolas vibrar. Levanto la mano y la mantengo suspendida en lo alto. En el muelle, dos marineros agarran las amarras de proa y popa, aún sujetas a los bolardos herrumbrosos. En la proa empiezan a sacar el ancla del fondo fangoso. El barco se agita ligeramente con la corriente que lo golpea desde popa. El viento se refuerza en unos minutos. Desciende por el gran río negro desde el norte, barriendo cualquier resto de neblina. Sobre la cofa del palo mayor aparece una noche estrellada, iluminada al este por la luna llena naciente. El agua comienza a encresparse con pequeñas olas, con cientos de pequeñas lunas plateadas.

Estoy a punto de bajar la mano cuando noto un olor extraño e inesperado en el aire. Cierro los ojos para entender mejor de lo que se trata. Olor a fuego. Algo seco que arde, y arde muy rápidamente, como la paja, la hojarasca, la leña seca. Cuando abro los ojos de nuevo, veo lenguas de fuego que se alzan detrás de las murallas, alimentadas por el viento repentino. No deben de estar cerca del río, porque el crepitar resuena amortiguado por la distancia. Parecen rozar la torre

más alta, al sur, al otro lado de la ciudad, donde está el viejo caravasar asignado a los tártaros, atestado de cabañas y chozas destartaladas. El farol que se movía en la muralla desaparece rápidamente. Los soldados de la puerta, convocados por los gritos, se pierden también al otro lado de los olvidados batientes abiertos. El vigor de las llamas aumenta y su altura crece, elevando al cielo una fantasmagoría de chispas que, atrapadas por el viento, se agitan en el aire inestable y vuelven a caer como una lluvia de estrellas.

Me quedo como un pasmarote, con la mano levantada. Hago un gesto a los hombres para que se detengan. Quiero entender lo que está pasando, aunque sea consciente del peligro mortal que corren los barcos y las barcas amarrados en los muelles o fondeados en el meandro resguardado del río. En principio, estamos a salvo, a contraviento, pero no se necesita mucho para que un brusco cambio de dirección arroje un fragmento brillante hacia atrás, que se agarre voraz a las velas y tablones de madera. Sin embargo, no consigo apartar los ojos del terrible espectáculo del fuego que devora la ciudad.

Tres figuras emergen furtivas por la puerta desguarnecida. Parecen tártaros. Uno de ellos mira a su alrededor, como para asegurarse de que no haya soldados en la puerta o en las murallas. Los otros dos lo siguen, caminando hacia el barco y cargando algo que parece una caja. Armados los tres. Uno de mis marineros en la bita, sin soltar el agarre, se lleva instintivamente una mano al mango del cuchillo metido en su cinturón. Los tres se detienen y su guía llama al capitán, pero en voz baja, como si no quisiera que lo oyeran desde las murallas. Con gestos le pide que baje, deprisa, tiene algo importante para él.

Molesto, bajo por la pasarela, seguido por dos de mis ballesteros. No me fío. En las sombras reconozco la figura de Airat, el traidor sirviente de ese extraño veneciano vestido de tártaro, Iosafà Barbaro, apodado Yusuf, el proveedor del enorme cargamento de caviar y cola de pescado cargado en mi bodega por cuenta de Giovanni da Siena, un mercader toscano residente en Tanais. Estábamos juntos ayer, cuando

nos dejamos involucrar por Francesco da Valle en esa desafortunada cacería de circasianos, para procurarnos esclavos sin costes de mediación ni de aranceles. ¿Cómo podría decirle que no a Francesco? Es el hermano menor de Zuan, mi compañero durante los años de corsario en el mar Caspio, un hijo de su madre igual que yo, que se dedica desde hace poco a la cría de esturiones y a la producción de caviar.

Ayer la cacería no resultó fácil, algunas presas se defendieron ferozmente, y todas las demás huyeron. Al final solo conseguí dos. No me fue mal, porque no tuve bajas, ni muertos ni heridos entre los cuatro ballesteros que me acompañaban en el esquife de la nave: junto con otras dos barcas fuimos bordeando la orilla hasta la desembocadura del pequeño río donde se hallaban la arboleda y el campamento de los circasianos. Cuando terminó la cacería, fui yo quien llevó a una veintena de prisioneros a los botes y los encerró en el almacén de Francesco, en la ribera, justo al pie de las murallas. En cambio, a Iosafà le salió muy caro: perdió a dos sirvientes y a ese muchacho, hijo de un tártaro importante, pariente del kan, según dijo alguien.

Cuando esa misma noche Francesco llevó al almacén una nueva presa hallada entre los juncos del pantano, un chiquillo cubierto de barro y medio inconsciente, le sugerí que se lo dejáramos a Iosafà, y también que le diéramos el derecho de elegir primero las cabezas que le correspondían. Solo le pedí que hiciera el favor de darse prisa. Mi barco ya está cargado, tengo que partir lo antes posible, de lo contrario nunca llegaré a Constantinopla, con todas las escalas programadas a lo largo de las costas del mar Mayor. No tiene sentido perder el tiempo llorando a los muertos: los que se han ido ya no están, y los vivos deben pensar en los vivos. Pero esta mañana he estado esperando en vano en el almacén, Iosafà no ha aparecido, así que al final los asociados se han repartido las cabezas. Yo traje las mías de vuelta al barco y ordené que las ataran en la bodega de popa junto a las carretas de caviar. Mercancía preciosa, caviar: como las cabezas.

¿Qué quiere de mí ese sinvergüenza de Airat? Seguro que lo habrá mandado Iosafà. Noto algo raro, sin embargo: el tártaro parece excitado, tiene prisa, no deja de mirar a su

alrededor, a las murallas y a la puerta, y además toda esta situación es absurda, nosotros en el barco listos para zarpar, el viento que arrecia y silba entre los obenques, los destellos del fuego que devora la ciudad. Airat deposita la caja y la abre con un cuchillo. Con asombro reconozco en su interior la figura entumecida del chico circasiano, con la misma ropa embarrada del día anterior, atado y amordazado. Tiene los ojos cerrados, parece inconsciente. ¿Por qué lo llevan así? La caja ni siquiera tiene un orificio para respirar y parece más adecuada para contener a un muerto que a un vivo. ¿Será que Iosafà quiere venderme al chico, pero en secreto, sin pasar por el control de los guardias? Empiezo a alimentar sospechas, y las sospechas se convierten en certezas cuando Airat abre la mano con una sonrisa oblicua, como pidiendo una recompensa. El siervo fiel ha traicionado y robado a su amo, como hizo Judas con Nuestro Señor. ¿Y qué debería hacer yo? ¿Reducirlo y entregarlo a los guardias? Pero ¿dónde están los guardias? Y, si no me lo quedo yo, ¿qué pasará con el chico? Degollado sin tardanza en la ciénaga para no retrasar la huida de sus captores, o esclavo en algún campamento tártaro, lo que podría ser peor que la muerte.

Todo en la ciudad está ardiendo, y no se ve a nadie en las orillas, solo el alboroto de los otros barcos que están desatando sus amarras y tratando de ponerse a salvo. Sin hablar, con una mirada fría y afilada como una cuchilla, desanudo una escarcela de mi cinturón y la lanzo a los pies de Airat. En el muelle quedan esparcidas unas cuantas monedas de plata, todas diferentes, escifatos de Tanais, Caffa y Trebisonda; no las he contado, pero serán el equivalente a casi cinco cequíes. Cualquiera que sea la cantidad, equivale a las treinta monedas de plata de Judas. El sirviente recoge ansiosamente las monedas, da media vuelta y desaparece con sus compañeros a lo largo de las murallas, en la sombra proyectada por la luz de la luna.

Me inclino sobre la caja, levanto ese bulto ligero en mis brazos de gigante y subo a bordo. Coloco con cuidado el nuevo cargamento de la Caterina en el suelo de mi camarote, asegurándole las muñecas a una cadena que cuelga de una argolla de hierro. Estoy a punto de irme cuando noto que el chico parece haber recuperado la consciencia, aunque respira

con dificultad y tiene los ojos entrecerrados. Bajo la cabeza y le susurro solo dos palabras en lo que debería ser su idioma: *ouptché, négoua*, tranquilo, nos vamos. El chico me mira, parece entender y se calma.

Salgo, cierro la portezuela con llave. Mi cuerpo se recorta contra la luna llena. Levanto la mano y la bajo con un grito. En unos instantes las anclas, las guindalezas y la pasarela son subidas a bordo, la nave se aleja del muelle empujada por la corriente y por los golpes de la pértiga, los remeros sumergen los remos y el jefe de remeros empieza a golpear el tambor, el timonel sostiene firmemente la barra del timón para llevar el barco al medio del río, y los marineros se agazapan en la base de los mástiles para lanzarse a las maniobras.

Al cabo de un cuarto de milla el timonel se vuelve hacia mí y me hace un gesto con la cabeza: estamos en mitad del río, en el centro de la corriente, el viento del norte es constante y empuja el barco de través por la popa. Condiciones perfectas para navegar más allá del delta y quizá hasta el cabo Tarmagno, si el viento perdura. Naturalmente, virando a estribor, como había previsto. Me basta con dar algunas órdenes y los marineros se lanzan a maniobrar con las velas, tiran de las drizas, suben las antenas al cielo, y la mano invisible del viento penetra en las grandes velas triangulares y levanta el barco sobre las pequeñas olas del río. En el palo mayor se despliega glorioso el estandarte blanco con la cruz roja de san Jorge. Como un grifo alado, la Caterina se aleja volando con sus velas de madreperla lunar, y detrás de ella desaparece para siempre lo que semeja una pequeña ciudad infernal, envuelta en llamas dentro de un círculo de murallas y torres negras.

* * *

El hombre de la cofa lanza un grito. Ha visto la punta arenosa del cabo que se extiende como una lengua en medio de las aguas. Por encima de nosotros, el sol está en lo alto, la hora sexta debe de haber pasado ya. He estado despierto toda la noche, de pie junto al timón, y he relevado al cansado timonel al amanecer; hasta hace un momento no le he devuelto la caña, pero me he quedado aquí, sintiendo el

viento en la cara, con los ojos entrecerrados a la luz del mediodía. Acaricio el parapeto, satisfecho de mi Caterina y de cómo ha ido la noche. No recuerdo haber tenido nunca unas condiciones de viento y mar tan favorables en el mar delle Zabacche, quizá la santa de la rueda nos haya ayudado de verdad desde ese paraíso invisible suyo donde vive junto a su esposo Nuestro Señor; porque la santa, que ve en los corazones sin necesidad de que se rece en voz alta, sabe lo que significa para mí este viaje.

Salimos del río en el Casale dei Russi, con la impresión de tener todavía en nuestras fosas nasales el hedor a quemado arrastrado por el viento, que parecía perseguirnos. En mar abierto arreció la tramontana y cambió ligeramente de dirección, por lo que para contenerla mejor orzamos acercándonos a la costa llana y oscura de la Isla de los Zorros, la Cabardia, hasta la desembocadura del río Rojo, luego giramos hacia el sur, cruzando el golfo. El viento ha soplado con fuerza hasta las primeras horas de la mañana, luego se ha ido debilitando gradualmente, aunque sin cambiar nunca de dirección. La luna llena ha acompañado el vuelo de la nave, elevándose sobre ella, sobrepasándola y precediéndola al final como una guía silenciosa que indicaba la dirección hacia el oeste. Las estrellas brillaban en la noche clara.

Además del sonido del agua deslizándose bajo la quilla, solo podía oírse el ritmo cadencioso de los remos al sumergirse y elevarse, y del tambor del cómitre. Un ritmo lento, que bastaba para acompañar la carrera de la Caterina, para decirle al viento que allí también estaban ellos, los brazos y los músculos de los hombres, con su aliento y su voz, con su viejo grito de guerra: *ariracha, ariracha*. Han estado remando toda la noche, alternando turnos de boga y de descanso. En el turno de descanso se estiran un poco en la cubierta, liberan el vientre y la vejiga apoyándose en una tabla que sobresale del casco, se lavan la cara y el torso, y comen una galleta empapada en agua de mar con un arenque seco hidratado por el cocinero. Son pocos los que están encadenados, y ordeno abrir por turnos incluso los escasos cerrojos que quedan. De los ocho bancos, los dos últimos tienen un único remero. El lugar adecuado para los dos recién llegados, encadenados en la bodega junto al caviar. Así queda

completa la boga, dieciséis hombres en cada lado, dos en cada remo largo. También ellos deberán ganarse el pasaje en el barco, como todos los demás.

Sí, todos los remeros son esclavos. De mi propiedad, como la Caterina. Pero no son cosas, como no lo es la Caterina. Son seres vivos igual que yo, con la única diferencia de que yo soy el que manda, y ellos los que obedecen, pues si algo me siento yo no es amo sino jefe. Estamos en el mismo barco, hemos vivido y afrontado los mismos peligros. No hay diferencias de turnos con la tripulación libre y contratada, no hay diferencias de alimentación, todos comemos lo mismo: ellos, yo, los marineros, los ballesteros, el timonel, el escribano, el barbero. Para los más jóvenes soy casi como un padre, porque fueron sus padres quienes me los vendieron a cambio de trigo y mijo para volver a sembrar los campos arrasados por los tártaros y sobrevivir al hambre invernal, y yo los acepté de sus manos jurando que los recibía en *ataliqate*, como si fueran mis propios hijos. Y como hijos los he tratado, premiándolos delante de todos o azotándolos, personalmente, para no propinarles la humillación adicional de que sea otro quien los azote.

Nunca he comerciado con ellos, nunca los revendí sin su consentimiento, ni los abandoné. No tengo papeles de compra, porque odio los papeles y la escritura: todo fullerías. Al cabo de un año suelo quitarles las cadenas. Ninguno ha huido nunca. Después de tres o cuatro años les doy la libertad de elegir: regresar con su pueblo o ser enviados a Egipto para hacer carrera como soldados mamelucos, o quedarse conmigo como hombres libres. Algunos se han quedado, y les gustaría seguir a mi servicio. Pero ahora sé que ya no será posible, que toda esta vida está a punto de acabar. Este es un viaje especial. Un secreto que pesa en mi corazón. Y nadie lo sabrá antes de llegar a Constantinopla.

Los remeros son todos esclavos y todos circasianos. Casi ninguno capturado en combate, o comprado a alguno de esos odiosos intermediarios de las ciudades costeras. Desde hace casi veinte años se los compro a sus propias familias en los pueblos de la península de Taman, trocándolos por alimentos, telas, copas de plata; o bien en los bazares de la Horda entre

Tanais y Sarái, donde encuentro a esos niños asustados encadenados a los carros mirando al gigante pelirrojo y barbudo mientras pasa a caballo por la calle enfangada, rogándole con los ojos que se los lleve. Los compraba para el señor genovés de Matrega, en el estrecho, que los enviaba a casi todos a Egipto, haciendo caso omiso de las prohibiciones del papa, dejándome el derecho de elegir los que quería para mi barco. Pertenecen a tribus completamente diferentes, natujái, shapsug, besleney, cabardinos, por más que todos se llamen a sí mismos adigueses; a veces ni se entienden, con esa lengua maldita que tienen, que ni los demonios del infierno hablan. Pero yo sí, he aprendido a entenderla y a hablarla, lo poco que puedo, y solo gracias a una mujer. Mi mujer.

La primera vez que me enviaron tierra adentro, a un miserable pueblo natujái devorado por las fiebres de las ciénagas al norte de Mapa, el jefe del pueblo, pálido y demacrado tanto por el hambre como por la fiebre, me ofreció a su propia hija y una mula a cambio de trigo y del hermoso caballo árabe en el que había llegado: un intercambio justo, dijo, la mula por el trigo y la hija por el caballo. La mula, un saco andante de huesos, no valía mucho, pero la muchacha, acuclillada sobre una alfombra en la penumbra de la cabaña, con una piel blanca enmarcada por un pelo tan negro como el azabache, ojos verdes con la mirada orgullosa de todas las mujeres circasianas, me hechizó enseguida. Regresé a Mapa a pie, seguido por una fila de jóvenes atados y custodiados por guardias, y por una mula demacrada que montaba una muchacha con velo.

Esa muchacha es ahora la mujer que vive conmigo, junto con nuestras tres hijas, en una pequeña casa en Gálata, frente a Constantinopla y el puerto del Cuerno de Oro. Su nombre es Dakanautchshé, que significa maravillosa de ojos verdes, pero yo me conformo con llamarla Daka, la maravillosa. Hace más de diez años, desde que renuncié a la vida incierta de la patente de corso, fue allí donde la llevé, junto con mis hijas, y allí vuelvo siempre con la Caterina, como siempre vuelve uno a su propia estrella en la corta navegación de la vida: y mi vida, antes de conocerla, era solo un vagabundeo, confuso y sin fin; ahora en cambio siempre es un retorno. Nunca la liberé, ni me casé con ella, porque no hace falta: ¿qué

necesidad hay del cura y del notario? Detesto los papeles y la escritura. Vivimos juntos, yo soy su hombre y ella es mi mujer, ¿qué más necesitamos? Aunque ella, igual que nuestras hijas, hable ahora un genovés bastardeado por el griego levantino, su extraña lengua sigue siendo nuestra lengua secreta. Ahora también, como muchas otras veces, vuelvo a su lado. Pero para decirle algo que no se imagina.

Tras haber doblado la punta, doy la señal de soltar las escotas y bajar las antenas. El barco no aminora, porque los remeros se mueven vigorosamente todos juntos, mientras el timonel lo hace cubrir un amplio círculo evitando los bajíos. Una vez en el otro lado, proseguimos hasta una cala más tranquila, justo antes de la desembocadura de un río. A mi orden cesa la boga, y el barco avanza por sí solo, frenando y ondeando. La sonda marca menos de tres brazas: las aguas son poco profundas, pero no puede verse el fondo. Siempre es así, en este mar que a veces parece una ciénaga brumosa. El ancla de proa se suelta rápidamente, el barco gira sobre sí mismo y se detiene, a menos de doscientos pasos de la playa arenosa. Cae también el ancla de popa, con ruido de cadenas.

Los hombres se relajan cantando y devolviendo el orden a la cubierta. Parece una costa completamente desolada, carente de presencia humana, y en cambio al poco tiempo empiezan a verse figuras en las dunas, que no parecen amenazadoras: mujeres y niños con algunas ovejas, capazos y ánforas, tal vez hayan venido porque saben ya que pueden hacer ventajosos trueques con los marineros de los barcos que acostumbran a refugiarse en este rincón del mundo. Se baja la chalupa, que lleva a tierra a unos marineros y al cocinero, armado con espetón y cuchillos; no estaría mal asar una oveja esta noche, en un fuego en la playa, y los marineros saben que algunas de las mujeres se quedarán luego allí, cerca de la hoguera, para beber aguardiente con ellos de las mismas copas y luego desaparecer juntos entre las dunas. Alguno se desnuda y se tira al agua sabiendo que las mujeres de allá arriba lo están mirando, los remeros se tumban en los bancos con los ojos cerrados, el pequeño escribano demacrado, vestido de negro, protesta de que se recoja el toldo porque esa luz le molesta, pero los remeros de piel dura y agrietada se

burlan de él, y el barco y sus criaturas quedan así, tendidos boca arriba, con la barriga al sol, disfrutando del disco incandescente de la tarde.

Yo bajo al puente de cubierta con el remero jefe para examinar las dos nuevas adquisiciones. Los encuentro más muertos que vivos, colgados de cadenas, sucios de vómitos y excrementos. Como siempre. Con excepción de algunas tribus costeras, los circasianos son montañeses, le temen a esa cosa misteriosa y reluciente que ven desde lo alto de las crestas nevadas y que llaman *xi*, mar, sin imaginar siquiera que ese pequeño mar interior no es nada comparado con el inmenso universo de agua que rodea todas las demás tierras del mundo. Los dos chicos llevan puestos todavía la camisa y los calzones de hace dos días, hechos jirones y sucios de barro, pero el cinturón y las botas no, los tártaros se los robaron enseguida. Los encomiendo al remero jefe para que los suba al sol, pues hay que desnudarlos y lavarlos, darles de comer y de beber. El jefe sabe bien lo que hay que hacer. Luego subo la escalera y entro en mi camarote.

El chico está donde lo dejé anoche, hecho un ovillo sobre los tablones de madera. Está durmiendo. No tengo prisa y me acuesto un rato en mi litera. El camarote es pequeño y bajo: para mí, que tengo que agacharme so pena de golpearme la cabeza, es solo una guarida sucia y maloliente en la que envolverme en mi capa y dormir por breves momentos. Un rayo de sol se filtra por la portezuela entreabierta. Con las manos cruzadas detrás de la cabeza, miro al chico. No se le ve el rostro, oculto por los brazos. Tiene la nuca envuelta en una especie de turbante de tela, del que parece salir un mechón de pelo rubio. La casaca verde oscuro parece ser de buena calidad, de esas tejidas por mujeres circasianas de noble linaje. El cinturón y las botas han desaparecido, por supuesto.

Podría ser un joven noble de alguna de las tribus montañesas, quizá de los cabardinos, los más salvajes y feroces, y eso explicaría la desesperada resistencia del otro día. ¿Qué hacer con él? Tal vez lo mejor sea discutirlo con el señor de Matrega cuando llegue allí. Pero primero hay que ver quién es, mirarlo a la cara, hablarle un poco. No tengo prisa. Por ahora me limitaré a desatarle el nudo de la

mordaza, para que respire mejor. Lo dejé dormir y vuelvo a deslizarme en la litera, vestido como estoy, con el jubón de piel roja y las botas, para descansar también, pero sin cerrar los ojos, mientras llegan desde fuera las voces de los marineros, ahogadas por las risas.

Percibo movimiento, y un sonido suave como un gemido. El chico se ha movido. Ha levantado un poco la cabeza y me mira ahora con dos grandes ojos azules. No parece demasiado asustado, y no debe haber pasado la noche como los otros dos. Más bien parece curioso, ansioso por entender dónde está, cómo ha llegado aquí, a esta cabaña de troncos que se mueve, y quién es el gigante rojo que lo mira desde la litera de enfrente.

Me incorporo y le digo unas palabras en su lengua. Lo tranquilizo, está entre amigos, nadie quiere hacerle daño, ahora tiene que desnudarse y salir a lavarse, luego le daré de comer un bizcocho, y esta noche le irá mejor, si se asa una buena oveja. No estoy seguro de que el chico, que me ha estado escuchando con el ceño fruncido, lo haya entendido todo, pero me parece que algo sí. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero luego se lo piensa mejor y se queda callado. Me levanto, le abro con una llave el cerrojo de la cadena, luego vuelvo a sentarme sin quitarle la vista de encima, por si acaso.

Se levanta con dificultad, se tambalea, se apoya contra el mamparo. Respira hondo, como si quisiera inhalar ese aire de olores y tufaradas que nunca ha sentido, de sal, de incrustaciones de líquenes y rémoras, de guano en las amuradas, de pescado seco, de sudor humano, de orina, de madera húmeda. Luego empieza a desvestirse lentamente. Se suelta el turbante, y de él cae una melena de pelo rubio. Deja caer la casaca, y luego la camisa. Solo entonces veo algo extraño, algo que reconozco de inmediato, porque ya lo descubrí, hace muchos años, en el cuerpo de mi mujer, Daka, la primera noche que la desnudé: un corsé de cuero reforzado con listones rígidos, atado apresuradamente. Antes de que yo tenga tiempo o valor para hablar y anticiparme al gesto, el nudo se desata y el corsé cae. Los dos pequeños senos, comprimidos hasta ese momento, se elevan temblorosos hacia arriba, con los pezones erectos.

Al cabo de un instante de silencio que parece eterno, le hago señas a la chica para que vuelva a ponerse el corsé y la camisa, y se siente en un taburete en el rincón más alejado de la cabina, cuya puerta cierro con cuidado. Silencio de nuevo. Luego retomo las preguntas: ¿quién es?, ¿cómo se llama?, ¿por qué va vestida de varón?, ¿de dónde viene y por qué tuvo la desventura de hallarse donde no debía? Me detengo, porque me doy cuenta de que la chica ya no me sigue; no me entiende, tal vez no me haya expresado bien, o tal vez solo la haya intimidado, con el nerviosismo que se ha apoderado de mí y me ha hecho perder la apariencia de un gigante bueno. Respiro hondo y entonces noto un pequeño anillo de plata en su dedo, uno de esos que he visto otras veces en los dedos de los peregrinos rusos que regresaban de Tierra Santa, peregrinos que habían tenido la audacia de recorrer el largo camino del desierto hasta un remoto monasterio, a los pies de una montaña sagrada, dedicado a mi santa, santa Catalina. En un tono de voz más bajo le pregunto: ¿Caterina? Ella agacha la cabeza y asiente.

Le enseño el icono clavado detrás de la portezuela. Caterina parece inclinar la cabeza, entrecerrando los ojos, como en una muda plegaria a la santa. Entonces debe de ser cristiana y bautizada, pero como lo son los circasianos, es decir, como mi mujer, Daka, que se arrodilla ante una cruz, pero no sabe ni por qué, que nunca ha entrado en una iglesia y no sabe qué son los sacramentos, y que nunca ha logrado aprender el *Pater Noster* más allá del *panem nostrum*: aunque ni yo mismo sé demasiado bien estas cosas, ni me ayudan mucho en la Santa Caterina, con mi chusma de renegados.

Se llama Caterina, por lo tanto. Como mi barco. Yo, en cambio, me llamo Termo, y coloco una mano abierta sobre el pecho. Repito, golpeándome el pecho: Termo, *mi* Termo, *ti* Caterina. Ella comprende de inmediato y dice: *mi* Ektrini, *ti* Trmo. No, la corrijo: Termo, Termo da Sarzana. Pero da igual, Trmo vale también, como ella dice, no importa. Ella, en cambio no es Ektrini, sino Caterina. Así se llama el barco que ahora nos acoge y nos protege. Así se llama mi hija mayor, Cataina o Catainetta, allá, en la casa de Gálata.

Entonces una sombra pasa por mi cara ancha y franca. El

viaje, que acaba de empezar, es largo. Más de treinta días, si todo va bien. ¿Cómo vamos a llevarnos a esta Caterina con nosotros? ¿Dónde la metemos? No, no puede venir con nosotros, no hay lugar para ella en el barco. La dejaré en manos del señor de Matrega, quien quizá la libere y la deje volver con su clan. O quizá la revenda. Tal vez se la quede consigo. Él decidirá. La miro, otra vez embutida en el corsé, y decido enseguida qué hacer mientras tanto. Le doy a entender que debe seguir siendo un chico, nadie sabrá su secreto. Es un chico, un *garsón*, y ahora tiene que cortarse el pelo. Para mi asombro lo comprende de inmediato, de hecho, es como si no quisiera otra cosa. Se acerca a mí y baja la cabeza. Con unas pocas pasadas irregulares de la navaja le corto el pelo muy corto, convirtiéndola en un chicarrón rubio. A partir de ahora la llamaré Tainìn, y nadie sabrá que ahí debajo se esconde Caterina.

* * *

Esta mañana, al amanecer, la Santa Caterina volvió a zarpar, en cuanto percibí el viento adecuado virando de poniente. Ayer por la tarde dejé a Tainìn encerrada en el camarote, al abrigo de la curiosidad de la tripulación. Por seguridad, le coloqué un anillo de hierro alrededor de la muñeca, pero con una cadena más larga que le permite libertad de movimientos. Traté de poner algo de orden en mi litera y de limpiar un poco, lo que no había hecho en años, sacando el viejo jergón lleno de pulgas a cubierta y descubriendo que había una camada de ratoncitos debajo. Los ratones desaparecieron chillando por un agujero en los tablones, y yo, después de haber espantado dos o tres cucarachas de brillantes lomos marrones, clavé encima una tabla. En la base de la litera preparé una cama para Tainìn, un gran saco de lona relleno de paja, y en un rincón dejé un balde para *piscià e cagà,* para mear y cagar. Por la noche le llevé una fuente de chuletas del cordero asado en un gran espetón en la orilla, con una copa de vino tinto, por qué no, pero muy aguado, mientras en la playa los marineros seguían cantando alrededor del fuego, y dos gitanas bailaban para ellos, iluminándoles los ojos.

Cerré la portezuela mientras una famélica Tainìn descarnaba el hueso. Nadie de fuera dijo nada, yo soy el dueño del barco y de todo. Comprendieron que el joven prisionero debía ser una presa importante: no apto para el remo. Solo el metomentodo del escribano, que duerme en el diminuto camarote de al lado junto con el médico barbero, abrió la boca para demandar algo, pero su pregunta se le quedó muerta de inmediato en la garganta, congelada por una mirada feroz del capitán. Esperé a que toda la tripulación regresara, me quedé con el timonel a mirar las estrellas mientras aguardábamos que la luna roja se elevara entre los vapores de las ciénagas, y luego me tumbé en un saco junto al timón, envuelto en mi manto y mis pensamientos.

* * *

Al tercer día de navegación, siempre con prósperos vientos, la Santa Caterina dobló por fin el Cabo de la Cruz, dejando la colonia genovesa de Vosporo a estribor, al otro lado del estrecho. No es fácil proseguir con el viento que se encanala entre los promontorios, de modo que avanzamos únicamente con los remos, acompasados al ritmo del tambor y al sonido agudo de la chirimía. El paisaje de la costa de Taman es extraño e inquietante, quebrado por grietas y excrecencias, residuos de antiguas sacudidas volcánicas. A los marineros les da miedo, porque se dice que está habitado por fantasmas. De hecho, al atardecer pueden verse extraños fuegos que se encienden en las marismas. No son fantasmas, sino pozos de aceite negro que brotan de la tierra y que los bizantinos emplean para su arma más terrible, el fuego griego.

Tras atravesar esos vapores bituminosos, el barco entra en el puerto de Matrega. En la rada, además de algunos pequeños barcos mercantes hay embarcaciones de guerra y de carrera, una fusta, dos jabeques; una esbelta galera está amarrada justo delante de nosotros, con los estandartes de las armas del señor de la Copa. Saludo con el corazón a la bandera genovesa que ondea en la torre más alta. Es la llave de control del estrecho, a través de la cual se concede graciosamente a los venecianos el paso de su *muda* hacia Tanais. Más allá de los muros robustos, aunque no tan altos y

poderosos como los de Caffa o Soldaia, reconozco el campanario de la catedral, y, sobre una loma lateral algo más elevada, algunas torres más altas y severas alrededor de un torreón vertical, junto a una logia a plomo sobre el mar: el castillo del señor, la morada de mi protector y amigo, messer Simone de' Guizulfi. La Santa Caterina atraca en el muelle y se prepara para pasar allí las siguientes dos noches. Un mensajero desciende de la puerta de San Giorgio y me da la bienvenida de parte de su señor, así como una invitación al castillo para mañana.

Me lo esperaba, porque hace un mes le prometí a Simone que pasaría a verlo en mi trayecto de vuelta. Solo Simone sabe lo que significa este viaje para mí. Ahora, sin embargo, tendré que hablarle, no solo de nuestro secreto, sino también de otro más: del nuevo pasajero de la Santa Caterina. Tan pronto como obtenga su consentimiento, le permitiré desembarcar y se lo dejaré a Simone. Abro el camarote y le llevo a Tainìn un pastel de mijo fragante que un marinero acaba de comprar a las mujeres del puerto. Tal vez note en la expresión de mi cara que lamento tenerla encerrada allí, pero es mejor que sea así. Y, además, parece que a Tainìn no le importa demasiado su nueva condición. Debe de haberse lavado a base de bien con una tina de agua y un poco de jabón que le dejé, está descansando y recuperando fuerzas. Debe haberse acostumbrado enseguida a los movimientos del barco, al cabeceo, al balanceo, a los virajes, porque no hay señales de vómito. Aunque el camarote no tiene ventanas ni ojos de buey, Tainìn ha descubierto que hay un agujero en un lateral. Durante la navegación, pega el ojo allí y mira encantada el azul infinito que corre por fuera, y si se sienta en el suelo el camarote se convierte en una cámara oscura sobre cuya sombría pared de madera entra y se ensancha un denso haz de luz, una danza de estrellas de muchos colores.

Tainìn se topó, debajo de la litera, donde estaba el nido de los ratones, con un viejo portulano catalán de pergamino que hacía años que no encontraba, mordisqueado por los desahuciados inquilinos de aquella grieta, y me pidió permiso con los ojos para mirarlo y entretenerse con él. Permiso concedido de inmediato, con una sonrisa, porque Tainìn ni

siquiera sabe qué es eso, esa piel de cordero coloreada de azul, verde y ocre, con muchas líneas curvas y rectas que se entrecruzan y muchos racimos de rotulitos oscuros, pero entiende y reconoce que las figuras dibujadas en esas líneas son figuras de torres, murallas, ciudades, reyes, emperadores, sultanes y califas sentados en grandes sillas o acuclillados sobre alfombras, caballos y jinetes, camellos cargados con sacos, mientras que en las amplias praderas azules, entre dragones y monstruos aterradores, hay extraños animales alargados con hileras de patas oscuras como ciempiés, o redondos, los brazos levantados hacia el cielo con triángulos y cuadrados blancos, y estandartes que exhiben leones, cruces y medias lunas.

Es cierto, no me gustan los papeles ni la escritura, pero este mapa del mundo en cambio sí, no es un fraude como los papeles de los notarios y mercaderes, está hecho de la vida y de la experiencia y de la sangre de hombres que han navegado antes que yo, por más que luego haya podido darme cuenta de que el mundo que no está dibujado en el mapa es mucho más grande y más terrible, desconocido y maravilloso. Tal vez sea eso lo que yo, que nunca he estudiado y no sé hablar bien ninguna lengua, me gustaría decirle a Tainìn. Pero ahora es de noche, y tal vez mañana deje a Tainìn con otro. Mejor no pensar más en ello. Cierro la portezuela con llave y vuelvo a dormir bajo las estrellas, frente a las tenues luces de Matrega.

* * *

La torre de la catedral da la hora sexta.

Después de supervisar las operaciones de carga de una partida de cera preciosa con destino a Trabesonda, confío el barco y la llave de mi camarote al timonel, insistiendo en que vigile atentamente y le lleve algo de comer al joven prisionero, y me encamino solo por la calle principal de Matrega. A un lado y a otro, los tenderetes de los almacenes y las tiendas que dan al camino de tierra batida, pisoteado por botas, babuchas, botines, sandalias, pantuflas, zuecos y pies descalzos de mercaderes, mediadores, vendedores y compradores, mujeres, campesinos, hombres de armas, de

diferentes naciones, lenguas y vestimentas: genoveses, zigos, sármatas, griegos, judíos, armenios, rusos. Hay pocos tártaros, con sus característicos sombreros puntiagudos: aquí, al contrario que en Tanais, no son bienvenidos, porque el territorio que rodea la ciudad, la península de Tamán, ha estado durante algún tiempo bajo el control estable de la tribu circasiana de los zhaney. La ciudad en sí está poblada principalmente por circasianos, que vinieron de la península y del cercano asentamiento de Tamatarkha, que antes era ruso y se llamaba Tmutarakan, la antigua Ermonassa griega, arrasada por los hunos y renacida más tarde en época del imperio jázaro: a estos también los engulló el río del tiempo, como a todos los demás pueblos.

Los genoveses se asentaron aquí cerca, sobre las ruinas de otra ciudad griega, Fanagoria, luego búlgara, jázara y otra vez griega. Han retomado el nombre de la ciudad circasiana, aunque cambiando el bárbaro Tamatarkha por el más maternal y familiar de Matrega. En ella se levantaron las primeras casas de piedra de los mercaderes, con bancos y almacenes en la planta baja, y las viviendas en los pisos superiores, adosadas unas a otras a lo largo de la gran arteria central. En las estrechas aberturas entre los racimos de casas, donde a los rayos de sol les cuesta penetrar, hay un laberinto de callejuelas embarradas, donde se vislumbra un hervidero de niños descalzos, mujeres atareadas con capazos y cestas, y ropa tendida, calzones, camisas y pololos, puesta a secar en las cuerdas entre un muro y otro, o colgada de largos postes oscilantes. A algunos de los *caruggi*, los callejones más oscuros e infames, los han llamado como en Génova: las Carabaghe, la Maddalena, la Boccadoro, igualmente renombrados por el oficio de las damas que allí residen. Lo que dicen es muy cierto: *und'eli van o stan, un'atra Zenoa ge fan*. Los genoveses, dondequiera que vayan, siempre levantan otra Génova. Incluidas las *carabaghe*.

Alguno me reconoce y me saluda, viejos piratas como yo que han cambiado de oficio, han perdido el pelo, han echado tripa y se han vuelto burgueses y tenderos. Correspondo a su saludo levantando la mano, pero sin interrumpir el paso, dando a entender que volveré más tarde y podremos abrazarnos e ir a beber juntos a la taberna. Paso por via di

Pré entre los tenderetes del mercado, donde me encuentro con el cocinero y sus pinches, que han bajado para abastecerse de fruta y verdura. Vuelvo a ver la plaza de San Giorgio, con la logia, el campanario y la fachada desnuda de la catedral, construida a toda prisa para complacer a un papa francés preocupado por la evangelización de estos remotos paganos. No hay muchos católicos latinos: genoveses, mercaderes, escribanos y notarios, barberos y cirujanos, marineros, artesanos, hombres de armas y algunos circasianos descendientes de los bautizados por fray Giovanni. Gentes que entran también libremente a encender velas frente a los iconos de las iglesias de los griegos, rusos y armenios, que corresponden con la misma pacífica tolerancia. El Todopoderoso es el mismo para todos, y es el mismo para la numerosa comunidad judía y para los mahometanos que se arrodillan hacia La Meca en una habitación privada del almacén de un mercader egipcio.

Así es Matrega ahora. No una colonia genovesa, sino un pequeño Estado libre, cuyo señor es mi protector y amigo Simone. Y Simone es judío, un auténtico judío genovés. No muy practicante, a decir verdad, según la tradición de su antiquísima familia, al servicio de los reyes longobardos y de los emperadores alemanes, acostumbrada desde siempre a participar en el gobierno de Génova y a convivir con los cristianos. Visto desde fuera, nadie se percataría de que es judío. El vínculo con la religión de sus padres, que en todo caso es profundo, es una cuestión interior completamente privada, sin prácticas visibles en el exterior.

Si para la Iglesia los judíos siguen siendo el pueblo maldito que mandó crucificar al Mesías, para los más pragmáticos mercaderes genoveses la alianza con la extraordinaria red de relaciones entre las comunidades judías del Mediterráneo nunca ha sido puesta en cuestión. Sin embargo, las cosas en el continente están cambiando, y para peor: en el siglo de la Muerte Negra y del miedo al Apocalipsis, ha crecido el contagio de la intolerancia y la persecución. Los Guizulfi, que siempre han tenido la capacidad de vislumbrar el futuro, optaron por partir por vía marítima, dirigiéndose a las fronteras últimas del imperio de la Soberbia, como se denomina a Génova, y al final llegaron hasta aquí, y

entablaron relaciones con los circasianos de la costa. Simone se convirtió en señor de Matrega y Tamán en el año del Señor de 1419, después de casarse con la princesa circasiana Zhanwas de Tamatarkha y ser reconocido como señor también por los clanes circasianos de la península. Su pequeño reino está bajo la protección formal de la Gazaria genovesa, pero en realidad es totalmente autónomo, sea en el control de los estrechos como en la navegación, en el comercio o en la piratería. El sueño de un Estado libre parece haberse hecho realidad.

Esta historia es también la de mi vida, pienso mientras piso los adoquines hundidos en la tierra por la leve pendiente que lleva al castillo. Una vida que le debo sobre todo a él, a Simone. Fue Simone quien me recogió del barro. Todavía recuerdo el día en que lo vi pasar, a aquel deslumbrante caballero de veinte años, entre las banderas genovesas que seguían al ejército de Battista da Campofregoso, que cubría el camino de Spezia a Val di Magra en una nube de polvo, para ir a hacer la guerra a los marqueses de Malaspina. Yo, que nada sabía de los Campofregoso ni de los Malaspina, era un muchachote descalzo, pelirrojo y de manos grandes, un bastardo huérfano sin nombre que deambulaba en torno a una casa de postas de aquel camino, cerca de Arcola. El posadero me daba de comer y me dejaba dormir en el establo a cambio de que limpiara los caballos y el estiércol de la zanja de los cerdos. Ni siquiera sabía mi nombre, porque nunca nadie me había dado ninguno, para llamarme solo había que silbar o gritar benévolas expresiones como *oé, belín, merdetta, sanababiccio*.

Al haberme criado como un salvaje, de vez en cuando desaparecía en los bosques, porque había descubierto que entre los árboles del promontorio de Carpione se abrían ante mis ojos paisajes increíbles y siempre diferentes, abiertos al infinito: hacia poniente, la amplia bahía de La Spezia y de Portovenere, guaridas de contrabandistas y piratas; hacia levante, el estuario del río, la llanura, y más allá de sus vapores las blancas y hechizadas cumbres de los Alpes Apuanos. Pero el mar era el espectáculo que más me fascinaba, desde lo alto del Carpione, desde Montemarcello,

desde los acantilados de Punta Bianca: un soplo interminable de libertad, que oscuramente sentía que habría de ser mi destino.

Aquella soleada mañana de febrero de 1416, cuando el ejército de Battista da Campofregoso pasó por delante de la taberna de Arcola, aquel muchachote estaba sentado sobre una piedra, empuñando la pala con la que recogía el estiércol, con la boca abierta y los ojos desorbitados, asombrado por los caballeros y las banderas al viento. Sobre todo por una: la de un caballero que alancea un dragón entre dos grifos. El muchacho notó que el que llevaba el estandarte se había detenido, y que, desde lo alto de su caballo, deslumbrante a la luz del sol, lo estaba mirando. Y tal vez le estuviera dirigiendo unas palabras que él no entendía, como si fuera un sueño: ¿cómo te llamas, muchacho? Al no obtener respuesta, el caballero preguntó a su séquito cómo se llamaba ese pueblo. Termo, le contestaron, se llama Termo. El caballero se volvió de nuevo hacia el muchacho: que se fuera con ellos, si quería pan y libertad, parece un joven muy fuerte, *in trappa*, de los que hacen falta en sus barcos. El nombre del caballero era Simone de' Guizulfi, y desde entonces al muchachote pelirrojo lo llamaron Termo. Termo da Sarzana, el nombre del lugar donde me asearon esa noche y me dieron una casaca y un par de calzones, y un primer encargo de confianza: quitar el estiércol de los caballos del señor.

Simone partió ese mismo verano para Gazaria, y me embarcó en su galera, entre los remeros. En poco tiempo dejé los bancos del remo y me subí a los obenques, a los mástiles, a los castillos y al timón: me convertí en marinero, piloto, timonel, capitán. Lo aprendí todo sobre el mar, sin emplear nunca el astrolabio ni la brújula, pues nuestra navegación es casi siempre costera, nos bastan las estrellas, los vientos, los olores de la tierra. Y, si hace falta, en los casos en los que, para esquivar una persecución, nos lanzamos hacia alta mar o nos perdemos en la niebla, tengo un trozo de imán que meto en un cuenco de barro lleno de agua.

Sí, no me avergüenza decir que he practicado la piratería, tanto al servicio de Simone como de otro caballero genovés, Dorino Gattilusio de Lesbos, como también por mi propia

cuenta, de acuerdo con un socio veneciano con el que he estado aliado en Tanais: Zuan da Valle, mi compañero en patente de corso en Derbent, sobre el mar Caspio. He robado. He matado. He traficado con esclavos, proporcionándoselos a mi señor en misiones ante la Horda o en los pueblos circasianos de Tamán y la costa.

Después de años de fiel servicio, le pedí a Simone abandonar la peligrosa actividad de la patente de corso para poder ocuparme de mi mujer circasiana y de mis tres hijas, y Simone me recompensó con un generoso préstamo sin intereses con el que me convertí en propietario de un barco de mi propiedad. Llamado a Metellino de Lesbos para una última incursión, compré allí un bergantín de ocasión, recientemente capturado a los venecianos y en muy mal estado, lo rebauticé Santa Caterina y lo hice reparar a mi manera, para ejercer una actividad de transporte pacífica, por cuenta de mercaderes a lo largo de toda la costa este y sur del mar Mayor, desde Tanais y Matrega hasta Trabesonda y Constantinopla. Simone me permitió trasladar mi residencia a Gálata, con mi esposa y mis hijas, porque sabe que siempre me volverá a ver, al menos una vez al año, puesto que mi verdadero hogar no está en la tierra, está en el mar.

Cuando entro en el patio del castillo, Simone me está esperando, en lo alto de la escalinata. Los guardias ya le han advertido, después de verme subir la colina. Puede que haya una diferencia de cinco o seis años entre Simone y yo, pero él parece mayor y más gordo, con el vestido largo de seda azul que corresponde a un príncipe. Cómo ha cambiado respecto al jinete del camino hacia Arcola o al enjuto aventurero con su coselete de cordobán que desembarcó en Matrega hace veinte años. Conserva, eso sí, la nariz fina y aguileña, la tez morena, los ojos móviles y penetrantes que no han cambiado y que son capaces de leer los entresijos del corazón de un hombre. Levantándose un poco las vestiduras de seda para no tropezar con los escalones, Simone baja y me abraza, llamándome como siempre, como si siguiera siendo el muchachote de Arcola: Termo, chiquillo mío. Yo hubiera querido hablarle de inmediato de las cosas que más me importan, de las últimas noticias y sobre todo del último e

inesperado pasajero de la Santa Caterina, pero Simone me detiene, sonriendo, y me coloca un dedo en la boca. Más tarde, chiquillo mío, más tarde. Subimos juntos la escalinata y entramos en los aposentos de Simone. A pesar de nuestra antigua familiaridad, me siento siempre incómodo cuando entro en esta casa señorial. Antes de bajar del barco, me he aseado y vestido como es debido, en cubierta, bajo la mirada divertida de la tripulación, porque no podía entrar en mi camarote.

Se mueve una pesada cortina de terciopelo. Sin hacer ruido, la princesa Zhanwas, la princesa de nieve, entra en el salón. Sigue siendo una mujer muy hermosa, con la piel blanca como la nieve y los ojos grises como el hielo. Su larga cabellera lacia, que hace veinte años era rubia como el oro hilado, está ahora prematuramente emblanquecida, como por una tragedia repentina. Fríamente, Zhanwas me tiende una mano delgada que emerge de una larga manga de seda y yo doblo una rodilla, inclinando la cabeza. Al rozar su mano con los labios percibo ese intenso aroma a pimienta y hierbas silvestres con el que las mujeres circasianas adoran ungirse. Detrás de ella está su hijo Vincenzo, un chico de veinte años que mezcla las facciones afiladas de su padre con la mirada fría de su madre. Un criado anuncia la llegada del serenísimo príncipe Berzoch, señor de Copa, primo de Zhanwas, y de su hija, la serenísima princesita Bikhakhanim, una niña de tan solo ocho años, que no sabe que ya ha sido destinada a casarse con Vincenzo. Permanecerán unos días aquí, huéspedes de Zhanwas.

Simone hace las presentaciones e invita a todos a sentarse en la larga mesa de madera. Según la costumbre de Matrega, cada uno habla como quiere, mezclando gestos y palabras genovesas, circasianas, griegas, hebreas y rusas, lo importante es entenderse. Hay una sorpresa para el capitán, anuncia el anfitrión. Da una palmada, y entran los criados con una gran sopera de loza vidriada, levantan la tapa, y noto el olor inconfundible de mi infancia desesperada fuera de la taberna Arcola, cuando me moría de hambre y olía los raviolis *u toccu*[5], con una suntuosa salsa de carne, de la que de vez en cuando el mesonero me dejaba un pequeño caldero fuera de la puerta, como a un perro.

Simone aún no me había dicho que se ha traído de Génova a una cocinera de mi región natal, entre La Spezia y Sarzana, porque ya estaba harto de comer gachas de mijo y carnero asado. Los platos tradicionales circasianos, el carnero y los bollos de mijo, se alternan con platos ligures, como la *scarpazza*, el pastel de verduras, los *sgabei*, pasta frita, la *panizza*, harina de garbanzos, buñuelos de bacalao y, para acabar, una buena *spongata*, hojaldre relleno de frutos secos, manzanas y peras. A los comensales circasianos no les gustan mucho estos platos tan exóticos, así que quienes los disfrutamos de verdad somos Simone y yo. Incluso el vino proviene de Génova: un vermentino blanco seco de Luni, que parece evocar los aromas de flores y hierbas de una malvasía andaluza.

Para que la princesita Bikhakhanim no se aburra, Simone ha llamado a un anciano aedo circasiano, que canta un largo relato ruso acompañado del *pshine*, ambientado allí mismo, en Tamán, en la época en la que Tamatarkha era el Tmutarakan ruso. Érase una vez el zar Saltan, sin esposa y sin hijos, porque siempre estaba ocupado haciendo la guerra. Un día, bloqueado por la nieve a las puertas de una aldea, es atraído por el canto de unas muchachas, que él escucha escondido fuera de la isba. Cada una de ellas sueña con casarse con el zar, ofreciéndole a cambio el servicio que considera más excelso: la primera le prepararía un gran banquete, la segunda le tejería un gran manto, y la tercera le daría un hijo que se convertiría en un héroe. En ese momento la puerta se abre de par en par y aparece el zar, que escoge como esposa a la tercera muchacha; las hermanastras también irán a palacio, para ser costurera y cocinera de la corte. Nace un niño espléndido, Guido, pero el zar está de nuevo ausente, lejos otra vez en sus guerras.

Las hermanastras y la vieja Babaricha engañan a los boyardos para que arrojen al mar a la madre y al hijo, encerrados en un tonel. Allí dentro, entre las olas y bajo una noche estrellada, se produce el milagro: Guido crece en pocas horas y se convierte en un joven héroe, y la ola benigna deposita el tonel en la playa de una isla encantada. Madre e hijo están a salvo. Guido se construye un arco y salva a un cisne del ataque de un milano, matando al ave rapaz. El

milano era en realidad un pérfido hechicero, y el cisne una hermosa princesa que tiene la luna en el pelo, una estrella en la frente, el porte de un pavo real, la voz como el murmullo de un arroyo. Un día, cuando se haga mayor, se casará con Guido, y le ayudará también a reunirse con su anciano padre, al que nunca había conocido, el zar Saltan.

Los sirvientes despejan la mesa y traen un picante licor de hierbas amargas en pequeñas copas de peltre. Bikhakhanim se ha dejado caer al suelo, debajo de la mesa, para jugar con la gata persa de Zhanwas, una nube esponjosa de pelaje blanco. Simone me mira y empieza a hablar, dirigiéndose a la familia y a Berzoch. Así pues, su Termo, su muchachote pelirrojo, ha decidido dejarlo. Para siempre. No será una ausencia temporal seguida de un regreso. No volverá. Ya se lo había anticipado hace un año, pidiéndole que guardara el secreto. Este es su último viaje.

Su amigo ha decidido volver a casa, aunque de niño nunca tuviera una casa, antes de convertirse en Termo. Nació con el mar en el corazón, y como todo marinero, en cuanto toca tierra, quiere partir de inmediato. Pero ahora desea volver a su tierra, después de más de veinte años. A Ítaca, como Ulises. Ha emprendido este último viaje siguiendo la costa con el objetivo de ganar lo máximo posible, y luego lo venderá todo en Constantinopla, venderá algunos esclavos y liberará a otros, también venderá la Santa Caterina y se embarcará en una coca genovesa hacia Liguria, junto a su mujer e hijas. Quiere volver al promontorio donde nació, y comprar un terreno desde donde se vean el mar y el río y las blancas cumbres de los Alpes Apuanos. Esto es todo, concluye Simone, que levanta su copa a mi salud y a la prosperidad de mi último viaje, y jura que nunca en su vida ha conocido a un hombre más leal, fuerte y sincero que yo, y que en el fondo de su corazón lamenta no volver a verme más, pero la libertad es el mayor bien que existe, y si Termo desea ser libre, ese también es el deseo de Simone. Los demás también levantan sus copas por mí. En el conmovido silencio, Bikhakhanim no se ha dado cuenta de nada: se acaba de quedar dormida, así como la gata, acurrucada a su lado.

Yo también estoy conmovido. Yo, el huérfano sin nombre, a quien llama amigo el señor de Matrega, el descendiente de una de las más nobles y antiguas familias genovesas, un caballero judío que no sintió repulsa alguna ante el hedor a cerdo de aquel bastardo sucio en la puerta de la taberna de Arcola. Yo también tengo el corazón encogido, pero mi decisión es ya irrevocable. Ha ido madurando lentamente dentro de mí en los últimos años, alimentada por las historias y advertencias recogidas en todos los puertos del mar Mayor: algo terrible está por suceder, algo que trastornará este mundo para siempre, poniéndolo todo patas arriba, mercaderes, bancos, almacenes, arsenales, puertos, ciudades, reinos e imperios.

Simone también lo sabe, sabe que el mundo está cambiando, pero su destino está definitivamente clavado aquí, en el Bósforo cimerio: tal vez su pequeño Estado sepa resistir la ola de barbarie, tal vez se salve, cual último baluarte de la libertad, al aliarse con el zar de los rusos; o tal vez no, pero a estas alturas no puede irse. ¿Por qué huir siempre, por qué correr? ¿Por qué ha sido siempre este el destino del pueblo que se considera elegido? El peligro y la muerte ya están llamando incluso a las puertas de la ciudad imperial que se creía inexpugnable: Constantinopla. Es cuestión de años, o tal vez de meses. En cualquier momento los turcos podrían lanzar el ataque final, y tras el derrumbe de las murallas de Constantinopla se derrumbarán todas las demás murallas del mundo, una tras otra, Trebisonda, Sebastopol, Caffa, Tanais, y tal vez los turcos se expandan por los Balcanes hacia el corazón de Europa. Si nos quedamos en Gálata, el destino de Daka y mis hijas está sellado: la violación, la muerte o la esclavitud en un harén turco.

Siento que ha llegado el momento de hablar de la extraordinaria aventura que me ha sucedido en los últimos días, y de pedirle a Simone que cuide de Tainìn. Esta noche, cuando regrese al barco, se la entregaré a uno de los sirvientes de Simone, quien la llevará al castillo. Estoy a punto de hablar cuando interviene Berzoch, hasta entonces silencioso. Se dirige a mí directamente, interrogándome con brusquedad. ¿No vendrá el capitán por casualidad de Tanais?

En caso afirmativo, ¿hace cuántos días que partió? ¿Embarcó nuevos esclavos o nuevos pasajeros antes de zarpar? Antes de que, asombrado, pueda yo pensar en una respuesta, el príncipe circasiano empieza a explicarme las razones de tales preguntas. Un informante de Tanais acaba de llegar y le ha referido nuevas extraordinarias. Hace seis días, una numerosa partida de cabardinos de las montañas, que se escondía cerca de la ciudad para tender una emboscada a una gran caravana, fue atacada a su vez por los venecianos, que mataron y capturaron a algunos de ellos. Se dice que la banda estaba dirigida por uno de los guerreros más feroces del príncipe Inal, Jacob, que al parecer murió en la batalla; y que su hijo también estaba con él, y se dice que fue conducido en cadenas a Tanais. Además, al día siguiente estalló un terrible incendio que arrasó media ciudad. En la confusión se perdió todo rastro de los prisioneros cabardinos y del hijo de Jacob. Si el capitán sabe algo al respecto, o si tiene a bordo alguno de esos prisioneros, debe decírselo. Esos cabardinos deben serle entregados a él, quien tiene una vieja cuenta que saldar con ellos.

Cuando termina, Zhanwas se levanta. Mirándome con sus ojos de hielo, como una serpiente sibilante, dice que el chico, el hijo de Jacob, debe serle entregado a ella. Inmediatamente entiendo por qué. Sé por qué a Zhanwas, la princesa de las nieves, se le emblanqueció todo el pelo antes de tiempo. Hace diez años, Jacob mató sin piedad a su hermano porque se oponía al príncipe Inal; lo degolló frente a sus guerreros encadenados, para dar ejemplo a todos. Los clanes de la costa siguen siendo hostiles a Inal y los cabardinos, quienes no cejan en sus incursiones, asaltando campos y aldeas, quemando las cosechas y esclavizando a mujeres y niños en sus montañas. Berzoch quiere a los prisioneros cabardinos como rehenes para tratar con Inal. Pero Zhanwas no. Quiere al hijo de Jacob para cumplir de forma cabal con el deber que le impone la *khabza*: la venganza de la *faida*, sangre por sangre, vida por vida, muerte por muerte. Quiere cortarle la garganta con sus propias manos, como hizo Jacob con su hermano.

Una rápida mirada de entendimiento con Simone, que no sabía nada de los acontecimientos de Tanais. Entonces hablo,

esforzándome por no bajar la mirada ante Berzoch y Zhanwas. Declaro solemnemente que no sé nada del enfrentamiento con los cabardinos ni del incendio, debo de haber zarpado poco antes de tales hechos. Simone interviene de inmediato: sí, debe ser absolutamente cierto, porque Termo es la persona más sincera del mundo, no sabe mentir; y, además, porque entre Tanais y Matrega hay casi ciento ochenta millas, ningún marinero, ni siquiera uno experto, y Termo es el más experto de todos, podría cruzar el mar de Zabacche de un extremo al otro en menos de una semana. No hay nada más que añadir. Su amigo Termo no puede saber nada de esos malditos cabardinos.

Los comensales abandonan la sala, mientras una sirvienta recoge del suelo a Bikhakhanim, que aún duerme, echando a un lado a la gata, que se aleja molesta. Simone y yo nos quedamos solos y en silencio, inclinados sobre la balaustrada de la logia, contemplando la puesta de sol sobre el mar. Un largo adiós, sin palabras.

Luego, poniéndose un poco de puntillas porque le saco un palmo de altura, Simone me susurra algo al oído. Termo es para él un libro abierto. Termo no sabe mentir. Está convencido de que ha participado en esa refriega, nunca se echa atrás si está implicado ese otro demonio de Zuan da Valle; tal vez el hijo de Jacob esté en su barco, junto con los otros prisioneros. Pero Simone no me pregunta nada. Se limita a decirme que debo marcharme de inmediato, esa misma noche, en silencio, con los remos pero sin tambor, antes de que Berzoch apareje su galera y me siga para subir a la Santa Caterina y echar un vistazo a la tripulación. Nunca confíes en los cabardinos, dice Simone, quien los conoce bien y sabe lo impredecibles y peligrosos que son cuando se dejan arrastrar por las pasiones o por la obediencia ciega a sus extrañas leyes morales. Su esposa también es así, e incluso después de tantos años sigue siendo un misterio insondable para él. Nos abrazamos con fuerza, el caballero genovés y el muchachote pelirrojo, entre lágrimas, porque ambos sabemos que nunca más nos volveremos a ver.

Bajo a grandes zancadas atajando por los *caruggi*, porque ya no quiero toparme con los viejos amigos que me esperan para

beber algo en la taberna. Me gustaría detenerme en una solitaria *creuza de mâ*, el callejón donde se halla la vieja casa en la que viví hace muchos años con Daka, pero no tengo tiempo para ponerme sentimental. En unos cuantos saltos estoy en el barco. Consejo de guerra en el alcázar con el timonel, el remero mayor y el ballestero jefe. Debemos estar preparados para zarpar en plena noche. En silencio, sin hacer ruido y sin dar a entender que nos estamos preparando. Todo con las luces apagadas. No hay que quitar ojo a esa galera fina de allá, la de la bandera de la Copa, no sea que se arme o salga del muelle para tomar posiciones y tapar la boca de la rada.

Entro en el camarote. Encuentro a Tainìn en el suelo, tranquila, todavía inclinada sobre el portulano. Abro frente a sus narices un grueso hatillo que me ha dado la cocinera en el patio del castillo: *sgabei*, *panizze*, buñuelos de bacalao, y buenos trozos de *scarpazza* y *spongata*. Tainìn no sabe lo que está pasando con su vida, ni lo que le espera, pero siente que ese divertido gigante pelirrojo que siempre se golpea la cabeza contra la viga del techo es de corazón bondadoso, y que ella no tiene nada que temer. Siempre le hago señas de que tenga paciencia, tal vez mañana la deje salir y hable con ella, pero ahora ha de ser paciente, debe estar tranquila. Salgo, cierro con llave y me acurruco cerca del timón, observando el movimiento del puerto y de la ciudad que lentamente se desvanece en el crepúsculo, hasta que se escucha la voz de los guardias que anuncia el levantamiento del puente y el cierre de las puertas.

Todavía no ha llegado la guardia sucesiva cuando el timonel se me acerca sigilosamente, me sacude y me invita a mirar hacia la orilla, al otro lado de la bahía. Parece que un grupo de circasianos armados con arcos abordan un bote y se dirigen hacia la galera. No hay tiempo que perder, entre otras cosas porque siento que el aire se está moviendo, por su olor debe de ser un viento del sur que sopla desde el mar Mayor, tal vez un ábrego de los que rompen en las colinas que rodean la ciudad. Si conseguimos doblar el cabo antes de que la galera se dé cuenta, estaremos a salvo. Si avanzamos solo con los remos, seremos presa fácil para la galera, pero con velas nadie puede alcanzarnos. Solo tenemos que rezar a santa

Catalina. En silencio, con la luz apagada.

En la oscuridad soltamos amarras e izamos las anclas. Los remos bajan y suben lentamente, casi acariciando el agua, sin ruido. Como una sombra negra, el barco se desprende del muelle y alcanza rápidamente la salida de la rada. Solo entonces oímos un grito procedente de la galera, ya lejana, y vemos dos estelas de fuego en el cielo estrellado, dos flechas lanzadas desde allí y perdidas en el mar. Oímos gritos y confusión, alguien que trata de tocar un tambor, remos que chocan entre sí, anclas que no se levantan, tal vez varadas debajo de una roca. Nada, la galera no se mueve. Se me dibuja una sonrisa. Esos circasianos no valen nada como marineros. Solo a mí podía ocurrírseme embarcarlos en mi nave como remeros. Mientras tanto doy la orden de boga plena, ya no hay necesidad de esconderse. Resuena en la noche el ritmo del tambor, y rechina la chirimía. Los remos se hunden y emergen cada vez más rápido. Los marineros suben corriendo por los obenques y preparan las antenas, que se levantan solo pasado el cabo, cuando, desde el suroeste, el viento las envuelve en sus espirales. Con la proa girada hacia levante, se inflan las velas latinas. La Santa Caterina vuelve a volar sobre las aguas oscuras, hacia la libertad.

* * *

Por la tarde cae el ancla en la bahía de Maurazechia, a una distancia prudente de la orilla. Deberíamos estar seguros, resguardados por las montañas, en las costas pobladas por los zigos. Durante la noche vi pasar a lo lejos el puerto de Mapa, y al amanecer la profunda ensenada de Bata. La luna, saliendo por detrás de las montañas, ha iluminado los acantilados blancos a nuestra izquierda, dejando un rastro luminoso delante de la proa para que lo siguiéramos. Las aguas están tranquilas ahora. El timonel suelta la chalupa y baja a tierra con algunos marineros y sacos de sal para trocar por pieles de zorro y marta cibelina, y odres para llenarlos con agua dulce.

Vuelvo al camarote que antes era mío y ahora es de Tainìn. Me apetecía algo de *scarpazza*, pero nada, ella se lo ha zampado todo. Debía de tener mucha hambre. Le cambio el

balde sucio y le traigo uno con agua limpia, para que se lave. Cuando Tainìn ha terminado, vuelvo y por primera vez le abro el cerrojo de la cadena: asombrada, se masajea la muñeca y estira el brazo, por fin libre para moverse. Le hago señas para que se ponga en cuclillas en el suelo y me siento en la litera. Mientras trato de encontrar las palabras adecuadas miro a mi alrededor para ver qué ha ocurrido con el que antes era mi camarote. Sobre los tablones de madera del suelo y de las paredes han aparecido extrañas figuras que previamente no estaban. Debe de haberlas pintado Tainìn con ese trozo de madera ahumada y esa piedra roja tirada en el suelo. Reconozco algunas de ellas, son las mismas figuras que están en el portulano: pequeñas ciudades torreadas con banderas, camellos, reyes entronizados, galeras que parecen ciempiés, monstruos marinos con sus colas serpenteantes completamente retorcidas. Otras se las ha inventado ella: complicados entramados de plantas y flores que parecen nudos, y la imagen de un aciano repetida varias veces. En un rincón, la graciosa figura de un gigante barbudo y despeinado, trazado con piedra roja: se supone que soy yo. Vaya con esta Tainìn, resulta que también sabe dibujar. Pero ¿quién es de verdad?

Le hablo despacio, en voz baja, tratando de hacerme entender. Ambos sabemos cuál es la ley de su pueblo: si eres capturado en la batalla, perteneces a quien te venció. Incluso los circasianos más feroces, que tanto aman su libertad, se someten a ella sin rebelarse y nunca intentan escapar, sería una traición a su ley moral, y por eso, aunque sean esclavos, se les deja libres para deambular por las calles sin cadenas. Ella lo sabe, ¿verdad? Tainìn asiente con la cabeza. Ha sido capturada en batalla, o casi, y entregada a Termo. Ahora Termo es su amo y ella pertenece a Termo. Si quiere permanecer sin cadenas en el barco, tiene que jurar que respetará esta ley. Tainìn se lleva la mano al corazón. Estoy seguro de que nunca escapará.

Ahora sé quién es Tainìn y de dónde viene, pero se lo pregunto de todos modos, y Tainìn responde que viene de las montañas. Le gustaría volver, solo para ver a su padre, que es un jefe, para estar con él. Es su único deseo, pero nunca romperá el juramento que ha hecho, dice con tono de orgullo.

Solo si su amo decide dejarla en libertad, ella será libre.

De repente una nube le atraviesa los ojos, como si recordara algo. Mira a su alrededor, ve el brillo de una esquirla de cristal rota en el suelo y se agacha para recogerla. Antes de que pueda detenerla, se clava la esquirla en la palma de la mano y la sangre mana a borbotones. Su rostro se queda petrificado, luego las lágrimas le brotan de los ojos. No entiendo nada. Estos circasianos están locos. Espero a que se calme y trato de preguntarle qué está pasando. No es leche, solloza desesperadamente Tainìn, no es leche: ¡es sangre! *Sacramescoli*, manda narices, pues claro que es sangre, exclamo enfadado, ¿qué quieres que salga de tu mano si te la desgarras? Nuestro Señor también sangró cuando le clavaron clavos en las manos. Es sangre, sangre, repite Tainìn, muy trastornada: es la señal de que mi padre está muerto.

Yo también me quedo helado. Ya sabía que ese demonio de Jacob estaba muerto, vi su cadáver en la arboleda y Berzoch también lo dijo, y también me había dado cuenta de que Tainìn es su hija. ¿Cómo sabe ella ahora que su padre está muerto? Debe ser una de esas brujerías que solo las mujeres circasianas saben hacer, y que siempre me inquietan, como cuando mi mujer, Daka, trata a sus hijas enfermas con extrañas pociones y cánticos que me dan escalofríos. Tal vez sean todas brujas, estas mujeres circasianas, y sea mejor no molestarlas demasiado. Espero a que se calme, sin decir nada. De repente, Tainìn deja de sollozar. Me mira y me dice que ya no le importa volver a las montañas si su padre está muerto. Su destino es seguir adelante, no retroceder. Y ahora es ella la que hace las preguntas. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué es esta cabaña de madera en la que lleva días y noches encerrada? ¿Es todo esto un hechizo? ¿Es Termo acaso un gran mago?

Yo sonrío. Si soy un mago, mi magia es escuchar la voz del mar y del viento, y comprenderla, y leer las señales del cielo, los caminos trazados por las estrellas y la luna, y seguirlos. Mi magia es recorrer esas praderas líquidas, encontrando siempre el camino a casa. Puedo enseñártela si quieres. Tomo el portulano y lo extiendo sobre el piso de madera. Es un enorme dibujo, explico, que representa el mundo. Las partes ocre y verde, más claras o más oscuras, son las tierras, las montañas, los bosques y las llanuras. ¿Ves estas venas azules

que las recorren? Son los ríos. Los ríos desembocan en estas vastas praderas azuladas que son las mismas que ha visto por las rendijas del camarote: las inmensas extensiones de agua llamadas mares, mucho más grandes que los ríos o los lagos de sus montañas.

Y estos extraños animales largos que parecen ciempiés, o estos otros animales redondos con grandes pañuelos blancos, son los barcos, de remos o de velas. ¿Que no sabe lo que son los barcos? ¿Que cree que son monstruos que se comen a las personas y se las llevan? No, qué va, no debe tenerles miedo, los barcos no son monstruos: están hechos de madera, están hechos por la mano del hombre, y llevan hombres y cosas encima y dentro de ellos. El barco es como un carro, solo que no tiene ruedas. El barco es como un trineo, solo que se desliza sobre el agua y no sobre la nieve. En este mismo momento, digo, y por un instante Tainìn se estremece, estamos justo dentro de las tripas de un barco.

Y esas pequeñas marquitas negras o rojas trazadas en fila junto a los pequeños dibujos de ciudades y castillos, ¿qué son? Son palabras escritas, pero Tainìn no sabe de qué se trata, porque los circasianos desconocen la escritura. Cada una de estas líneas de signos negros o rojos es un nombre: el nombre de un lugar, un puerto, una ciudad. Cuando viajas por el mundo, todo lo que haces es ir de un punto a otro de esta piel de oveja mágica, de un nombre a otro, tal como lo hace ahora tu dedo, pasando de un lado al otro. Es decir, ¿que quieres cruzar este gran mar? Simplemente deslizas tu dedo de aquí hasta allí.

Tainìn se ha quedado con la boca abierta. Este gigante debe de ser realmente un gran mago. Y el gran mago ahora se levanta, dándose un golpe en la cabeza, eso sí, porque siempre se le olvida lo bajo que es el camarote, y la levanta también a ella, le abotona el jubón, y le dice: vamos, muchacho, repitiendo intencionalmente la palabra muchacho, y Tainìn comprende al vuelo que debe seguir siendo un varón, en este viaje que es como un sueño.

* * *

En los días siguientes la navegación continúa solo durante

el día, bordeando la costa. El viento es escaso y la corriente contraria, y no conseguimos recorrer más de veinte o treinta millas por día. Tainìn ahora está siempre afuera, en el alcázar, cerca del capitán y del timonel. Durante la navegación, se aferra a la amurada, porque tiene miedo de caerse y resbalar en el universo móvil. En las paradas, sin embargo, permanece en el castillo de popa, porque tiene miedo de deambular por este barco que no deja de parecerle un monstruo; y, además, nota la mirada de docenas de ojos curiosos sobre él. La tripulación se mantiene a distancia, temerosa del capitán, pero está fascinada por la extraña belleza del muchacho, y por su misterio. Debe de ser una presa importante, que su amo lleva a Constantinopla. Alguno cruza por un instante su mirada con el destello de sus grandes ojos, azules y claros como el cielo, y ella baja de inmediato la suya.

Tainìn siempre está afuera, respirando la libertad del viento y del mar. A los dos o tres días la piel blanca de su rostro se le ha enrojecido por entero, y el médico barbero tiene que aplicarle un ungüento para evitar las quemaduras, y otra crema para proteger la piel: ahora sus ojos claros brillan como estrellas en una tez más oscura. El barbero también le ha cortado mejor el pelo, dejándolo casi al rape, para limpiarlo, y le ha quitado algunos piojos procedentes de mi litera: algo que no consigue con el huraño de su capitán, quien insiste en mantener largo y despeinado su pelo rojo, y su barba aún más hirsuta.

Tainìn, sin embargo, ahora casi nunca se refugia en el camarote, hechizada por el espectáculo de las costas que discurren lentamente ante sus ojos: altas costas blancas erosionadas por el mar y cubiertas de bosques de encinas, pinos y robles; valles y estuarios de ríos que se abren de repente; cascadas que brotan violentas de las crestas de piedra, como regueros de sangre transparente de las heridas vivas de la tierra; costas bajas de guijarros y arena, o de rocas de formas extrañas que emergen del agua y que parecen troncos de árboles petrificados o marañas de cuerpos de criaturas marinas sin vida. Todas las tardes repito los nombres de los lugares de desembarco y los señalo en el mapa: Albazechia, Capo de Cuba, Casto, Layaso; pero a Tainìn

esos nombres no le dicen nada. Ha dejado de mirar el portulano. El mundo de fuera es la magia más grande, y no necesita nombres.

Nos quedamos mirando las estrellas, sentados en el castillo de popa con el timonel y otros hombres de la tripulación, con una botella de malvasía. Por lo general, el timonel, que es un especialista en acertijos, rompe el hielo. En realidad, repite los mismos cinco o seis sencillos enigmas una y otra vez, pero los hombres olvidan las respuestas y se quedan boquiabiertos esperando la solución que han olvidado. Hay una casa que resuena con un ruido muy fuerte, y dentro de ella vive alguien que no hace ruido, y sin embargo ambos no paran quietos: ¿qué es? El mar, y su habitante es el pez. La orilla del agua tiene una dulce amiga que canta con voz suave, mensajera de la lengua, cuando la tocan dedos maestros: ¿qué es? La caña, que, agujereada, se convierte en flauta. Y otra, ¿cuál es la hermosa hija del bosque, larga y que corre rápida sin dejar huella en el camino? ¡Pues es esta galera! ¿Y cuál es la espada doble que lucha con el viento y el agua y muerde la tierra? El ancla. ¿Y qué es eso que no pesa nada, pero si lo pones en agua, pesa? La esponja. ¿Cuáles son las cuatro hermanas que corren juntas y nunca pueden tocarse? Las ruedas del carro.

Luego me toca a mí, que me veo obligado a contar siempre la misma historia, la del zar Saltan, cambiando la mitad de la historia por lo menos en cada ocasión y ampliando siempre las partes ambientadas en el mar, con el añadido de ataques de piratas y batallas con monstruos: la navegación del barril en la noche estrellada, la isla encantada, las naves de los mercaderes, los guerreros que emergen de las olas, el niño que se convierte en un joven héroe y el cisne mágico que se transforma en una princesa. Los hombres, que son como niños, sonríen al escuchar a su viejo capitán, que nunca habla durante el día, pero a quien por la noche le encanta contar o *arcontare* historias: saben que no me importa, porque tal vez me haya acostumbrado a hacerlo con mis tres hijas. Tainìn siempre se duerme antes del final de la historia, que nunca termina de verdad, soñando con ser no la princesa-cisne sino el héroe Guido, que intenta encontrar a su padre. Si no hace frío, le echo una manta encima y la dejo dormir ahí, junto a

ellos. Siento ternura por esa cabecita de pelo rapado, que de vez en cuando se sobresalta por un mal sueño. Si, por el contrario, cae la humedad, la levanto suavemente y la bajo al camarote, y trato de salir en silencio, aunque generalmente me golpeo la cabeza contra el marco de la puerta.

Yendo hacia el sur, el paisaje se vuelve más salvaje, con montañas que llegan casi hasta el mar, cubiertas de impenetrables bosques verdes: un territorio misterioso llamado Abjasia. En la costa las soledades se ven interrumpidas por pequeñas bases genovesas, cuyos faroles brillan en la oscuridad de la noche desolada: Gagra, Santa Sofía, Pesonda. En las ensenadas se empiezan a ver con más frecuencia barcos turcos de pequeño cabotaje, fustas, jabeques y balandras que izan el estandarte rojo con la media luna, y saludan amistosamente la bandera de san Jorge. A partir de aquí comienza la región de Mingrelia; allá, hacia las montañas, está el antiguo reino de Zorzania. A lo lejos, una gran fortaleza en una montaña, el castillo de Anakopia, domina el mar antes del puerto de Sebastopol.

Un día luminoso, después de rodear el cabo de Zicabar, el barco se aproxima a la costa larga y llana de Tamasa. La línea de colinas y montañas bajas se abre a una amplia y profunda llanura, de la que desciende un viento fresco que llena las velas. Es el punto más hermoso del viaje, y le digo a Tainìn que se vuelva hacia la tierra, hacia el lado de donde viene el viento. A una distancia infinita, más allá de la llanura que parece desvanecerse y desaparecer en el indistinguible final de la bruma, se levanta un solemne anfiteatro de montañas azules. Algunos picos están velados por nubes inmóviles o emergen de las nubes como fantásticas islas flotantes. Sobre ese despliegue de vapores blancos y formas azules se yergue un gigante solitario, con dos picos de hielo, dos cuernos de casi la misma altura que parecen tocar el cielo, resplandecientes a la luz del mediodía. Veo temblar a Tainìn. Tal vez su corazón le esté diciendo con un sobresalto que se trata de Oshamakho, su montaña sagrada. La morada de los dioses, la fuente del agua de la vida, donde se detuvo el profeta Noé con su Arca.

Durante la noche, sobre el barco adormecido en las plácidas aguas de la rada, Caterina ya no duerme. Ha permanecido contemplando la gran montaña desde que la oscuridad empezó a envolver el mar y la llanura y luego fue elevándose poco a poco para abrazar las más altas y lejanas montañas, pero no al gigante, cuyos picos siguen iluminados por encima del mar de tinieblas. Al final, solo queda una punta, a la izquierda, un fragmento de luz en la noche, como una de esas estrellas errantes de larga cola que anuncian desventuras o señalan el camino. Caterina recuerda la última vez que vio desaparecer esa luz en la noche; recuerda las mesetas ventosas, los valles que descienden al otro lado del gigante, los bosques, los manantiales helados, los ríos donde saltan los esturiones, su aldea, la voluta de humo que sube del techo de paja de una cabaña algo mayor que las demás. Lo recuerda todo, de repente, como una ola que te arrolla de improviso y te deja sin aliento. Y llora en secreto.

4. Iacomo

Constantinopla, barrio del Embolo,
al alba del 26 de febrero de 1440

Una luz rosa se filtra a través del entelado de las ventanas. La aurora.

Levanto mis ojos del escritorio. Una dura noche de trabajo. La última, por fin. Me quito de la nariz los *rodoli da ogli per lezer*, dos piezas de vidrio gruesas y pesadas montadas en aros de metal unidos por un arquillo en forma de pinza enganchado en la nariz. Para mí siempre han sido un instrumento de tortura, que a lo largo de los años me ha dejado una cicatriz casi permanente en el hueso. Lo cierto es que no siento casi nada de ese lento e infinito tormento cuando estoy inmerso en las tareas de lectura, cálculo, escritura. Mi alma se traslada por completo a un mundo abstracto e inmaterial, carente de dolor y sufrimiento, y de contacto con otros seres humanos.

Mientras me paso un paño húmedo por la nariz para aliviarla, observo mis *rodoli* algo sucios y empañados, con el metal ennegrecido y oxidado en algunos puntos. Un locuaz maestro de Murano me los hizo hace cuatro años, elogiando la calidad de las lentes. Según cuanto decía, servían a la perfección para corregir el defecto visual, pero no tardaron en revelarse poco adecuados, debido quizá a un empeoramiento general de mis condiciones de salud. Demasiado tarde. Solo me di cuenta mientras navegaba hacia Constantinopla, cuando por la noche, sobre la mesa del estrecho camarote y bajo una tenue lámpara oscilante, trataba de leer y memorizar inventarios y documentos de carga, para que todo estuviera bien preparado a nuestra llegada.

Así que tuve que quedarme con esos anteojos durante cuatro años, en Constantinopla no hay un solo cristalero decente al nivel de los venecianos. Me acostumbré a luchar con la escritura, que se iba volviendo poco a poco más borrosa, alejando el libro mayor para poder distinguir mejor

las líneas y los números. Tengo la sensación de que la realidad misma, y mi propia vida, se están volviendo un poco más borrosas y un poco menos legibles cada día. Tan pronto como regrese a Venecia, tendré que volver a hacerme unos anteojos. Eso sí, iré a otro maestro.

Cuando era niño, mis primeros anteojos me los prestó el maestro Zorzi, el abacista. El maestro había notado que a su joven alumno, que no tenía dificultad alguna para seguir de lejos las columnas de números dibujadas con tiza en la pizarra negra de la pared, le costaba en cambio leer su propio cuaderno, y tendía a mantenerlo alejado de su rostro. Es un caso raro, decía, porque los cristales habían sido creados, por la gracia de Nuestro Señor y precisamente en su serenísima ciudad de Venecia, que era tan famosa por haber hecho florecer en sumo grado todas las artes y todas las industrias, para viejecillos como él, que de no ser así habrían tenido que abandonar la actividad de escritura y de ejercicio y de enseñanza; y para los mercaderes más ancianos, con los ojos debilitados por lustros de cuentas hechas de noche a la luz de lamparillas; para los frailes de su convento, que incluso a edad avanzada podían seguir encontrando consuelo en la lectura de las vidas de los santos y de las Escrituras. Es un caso raro, decía, que un joven necesite anteojos. Así que me prestó un par de los suyos, los que mejor se adaptaban al incipiente defecto. Como es natural, no me libré de las burlas de los demás alumnos y de los muchachos del barrio: *el vecio Iacomìn*, me gritaban en las plazas, aquí viene el hombre-topo, por mi costumbre de quedarme enterrado en casa solo y a oscuras, rehuyendo a los demás y la luz del día.

En verdad, hay dos cosas de las que siempre he tenido miedo: la soledad y la oscuridad, y esas dos cosas parecen ser el destino recurrente de mi vida, pero también mi único refugio. Fueron el terror de mi infancia, tal vez desde que, huérfano de mi padre Sebastiano con apenas dos años y abandonado en un cuarto oscuro por mi madre Agnesina, me refugiaba con mi nodriza Maria. Maria era una esclava rusa, concubina ocasional de mi padre, quizá, nodriza de sus hijos legítimos y madre de algunos pequeños bastardos que le eran arrebatados poco después del destete.

Me dijeron que en mis primeros meses de vida el médico de la familia les había sugerido a mis padres que me permitieran dormir al lado de Maria y que me dejaran siempre con ella, incluso cuando no me estuviera amamantando, porque cuando estaba solo me convertía en un diablillo que nunca dormía y siempre estaba llorando y gritando, y era tan pequeño y débil que nadie albergaba demasiadas esperanzas acerca de mi supervivencia, y parecía que solo me sentaba bien ese tibio líquido vital que brotaba copiosamente de sus grandes pechos. Si me quedaba solo en el cuarto oscuro, yo, que aún no sabía caminar, me dejaba caer de la cuna de madera y gateaba tiritando por los pasillos oscuros y fríos del palacio hasta el cuartito de Maria, ocupado por una sola cama grande. Me deslizaba bajo las sábanas y las mantas, y me quedaba dormido junto a su cálido cuerpo, después de aferrarme un rato a un pezón húmedo y sostenerlo entre mis labios, mientras ella me cantaba, en voz baja y profunda, algo en una lengua gutural y desconocida, pero muy dulce.

No recuerdo nada más de Maria, porque mi madre la echó de la casa con ignominia, un año después de la muerte de su marido, es decir de mi padre, con la orden de no dejarse ver por allí, pues de lo contrario recibiría una paliza y sería marcada con fuego. De ella solo me quedan fragmentos confusos, sensaciones que emergen de lo más hondo de mí: el canto que brotaba de su pecho, el olor de su cuerpo y de su pelo, de sus senos que subían y bajaban con la respiración, de su aliento, de sus axilas exudadas, de la suave textura de su piel.

A pesar de la leche de Maria, nunca dejé de ser pequeño y débil. Fui el último nacido del noble Sebastiano Badoer, una de las más antiguas familias venecianas, de esas que hace cientos de años construyeron nuestra ciudad sobre el agua, y más tarde nuestro imperio sobre los mares. Nuestra casa está en el barrio de Castello, a poca distancia del convento de San Francesco della Vigna y del muelle del Arsenale, donde nacen las grandes galeras de la República. Una zona tranquila, lejos del clamor de la plaza de San Marcos o de los mercados de Rialto, silenciosa con sus fragantes huertos y abierta a amplias vistas del cielo y del agua sobre la laguna, pero

también a los despiadados azotes del viento del norte en invierno, cuando a veces la laguna se congela y en el cielo lívido se yerguen las blancas cumbres de los Alpes.

Yo, que era un pobre huérfano solitario, no salía casi nunca de la casa, ni del jardín cercado por el muro que nos separaba de la laguna. En la vieja casa, el cuartito de Maria, donde me refugiaba incluso después de su expulsión, fue tapiado por orden de mi madre. Me quedaba solo en mi habitación, jugando con unas zapatillas viejas que llenaba de piedrecitas y deslizaba por el desnivelado suelo de terracota y me imaginaba que eran galeras cargadas de preciadas mercancías navegando por azarosos mares, o bien iba a ver, en su oscuro y polvoriento cuarto, a mi anciano abuelo Ieronimo, completamente ido, que llevaba unos enormes anteojos rotos y leía y releía viejos libros de cuentas deletreando números y números en voz alta durante horas y horas, sin darse cuenta siquiera de la presencia de su nieto; cuando el abuelo se quedaba dormido, yo me acercaba y miraba esos libros misteriosos, incapaz todavía de entenderlos.

Casi nunca veía a mi madre, que me evitaba, ni tampoco a mis hermanos mayores, Ieronimo y Maffeo, que parecían considerarme como algo inferior, indeseable y deforme. Solo mi hermana Maria, que por ventura se llamaba igual que la nodriza, me llevaba consigo cuando íbamos a misa al convento. Yo nunca me apartaba de ella, con miedo de perderla entre la multitud de devotos, sobre todo mujeres, que abarrotaban la iglesia, procedentes de todos los puntos de la ciudad y también de tierra firme: ricas y pobres, nobles y plebeyas, y también esclavas y antiguas esclavas, todas atraídas por un milagroso crucifijo de madera pintado en vivos colores que hacía unos años los frailes habían empezado a exhibir ante la pública devoción. Me fascinaba aquella figura erguida de hombre, con los brazos extendidos, y clavado en la cruz, huesudo y demacrado, y me asustaba más aún el milagro que ocurría cada Viernes Santo: la boca que se abría y emitía un grito inhumano, y un hilillo de humo con olor a incienso.

Después de la liturgia, los frailes se llevaban el crucifijo con gran secreto y lo encerraban en una habitación oculta en el

claustro. Cuando ya fui un poco mayor, me colé en el convento para intentar encontrarlo y descubrir el misterio del milagro que me trastornaba cuando era pequeño. Deslizándome por detrás de las columnas del claustro, llegué frente a la puertecita cerrada y, a través de la reja, vi en su interior aquella cabeza inclinada con la boca abierta. Mientras me preguntaba cómo me sería posible entrar en el *sancta sanctorum*, oí una voz que deletreaba algo. No eran letanías sino números, tal como solía hacerlo en otros tiempos mi anciano abuelo, ya fallecido. Intrigado, me acerqué a una puerta abierta, un poco más adelante, y me encontré en el umbral de una sala donde estaban sentados en largos bancos unos treinta muchachos escuchando al que parecía un fraile anciano, más maltrecho que los otros frailes, que estaba escribiendo algo con tiza en una pizarra negra colgada en la pared del fondo.

Era el maestro Zorzi, un terciario franciscano que había sido en su juventud un experto en el ábaco y también mercader, y a quien ahora se le había permitido montar una pequeña escuela de ábaco para los hijos de mercaderes en dificultades financieras que no tenían dinero para pagar los honorarios de los más caros y renombrados maestros de Rialto, quienes enseñaban muchas otras cosas completamente inútiles: lógica, teología, filosofía natural, astronomía y bellas letras. El maestro Zorzi, en cambio, con su gran experiencia de vida, enseñaba únicamente las cosas prácticas que todos necesitaban. A partir de entonces seguí yendo a esa sala, hasta que el maestro se percató de mí, escondido en el fondo e intentando escribir los números en el suelo, en el polvo, porque no tenía ni papel ni lápiz.

El maestro me acogió entre sus alumnos, con el consentimiento de mi madre Agnesina y de mi hermano mayor Ieronimo, quienes habrían tenido medios para enviarme a Rialto, pero que quedaron más satisfechos con la muy módica suma que debían pagar al maestro Zorzi, y con el hecho de que la escuela de ábaco sería ciertamente de gran ayuda para el futuro de Iacomìn y para quitárselo de en medio. También empezó a venir a casa un preceptor de gramática latina: un maestro grandón, erudito de tres al cuarto, desde luego no un humanista como el que había

educado a Ieronimo y a Maffeo, a quienes su madre veía ya destinados a las más altas magistraturas de la República; no, al pequeño esperpento de Iacomìn le bastaría con algo de *grammatica secundum mercatores* para entender lo que decía un juez o un notario cuando leía un instrumento, o lo que estaba escrito en las leyes y estatutos. Había que estar bien despierto y con los ojos atentos, en esos laberintos de leyes escritas en latín, porque *vigilantibus et non dormientibus iura subveniunt*. Para lo demás bastaba con saber leer y escribir en nuestra hermosa lengua veneciana, y Iacomìn aprendió a leer y escribir con la típica letra de los mercaderes, clara, pequeña, regular, que los socios de la compañía o los escribanos del almacén podían leer, sin errores ni malentendidos.

En realidad, aprendí a escribir los números antes que las letras, a asociar con signos gráficos la idea de medida y cantidad, cosas concretas como mercancías, productos, monedas, mucho más concretas que los sonidos de las palabras y sus significados. Los signos que vi por primera vez en los viejos libros contables de mi abuelo y en la pizarra del maestro Zorzi fueron, naturalmente, las nueve cifras arábigas o indias y un signo en forma de huevo llamado *zevero*, o cero. Ese era el signo más difícil de comprender, porque mientras los demás correspondían precisamente a una cantidad, ese diabólico *zevero* no correspondía a nada, al contrario, era la nada, era el vacío, era lo-que-no-existe.

El maestro nos había explicado que la palabra *zifera* venía del árabe *zifr*, y que *zevero* se derivaba de esa misma palabra. Sin embargo, no había que tenerles miedo, ni creer, como decían algunos sacerdotes, que esos números arábigos o indios eran un invento del diablo y que era preciso destruirlos y volver a usar los antiguos números romanos. No, el cero no era un número herético, no servía para indicar una cantidad que no existe, sino que era, muy al contrario, una invención extraordinaria que permitía representar gráficamente las operaciones aritméticas más complejas con dos o más dígitos, colocando los números en columnas e identificando inmediatamente las decenas. De esta manera, un experto abacista o mercader estaba en condiciones de realizar toda

clase de cálculos, incluso los más difíciles, con la ayuda de la escritura en los procedimientos más complejos, que antes solo podían hacerse de forma mental.

En todo caso, yo demostré una habilidad poco común para hacer cálculos mentales, sin necesidad de escritura ni herramientas, entrecerrando los ojos, retirándome a mi propio mundo interior, moviendo los labios imperceptiblemente y murmurando cifras y operaciones, como había visto hacer a mi anciano abuelo. Pero del maestro Zorzi aprendí mucho más: las técnicas para ejecutar las operaciones principales, los criterios de divisibilidad, las reglas de los radicales cuadráticos y cúbicos, las fracciones. Aprendí a usar los dedos para agilizar algunos cálculos sin escribirlos, y memoricé muchas reglas fundamentales, como las de la falsa posición, o la regla de tres, basada en la obtención de la cuarta proporcional, y fundamental para la aplicación de diferentes tipos de cambio y para pasar de un sistema de pesos y medidas a otro.

A las reglas teóricas siguió el análisis de todos los casos prácticos que podían darse en la actividad de la mercaduría: la gestión de una compañía y la distribución de beneficios o pérdidas entre los socios en función del capital invertido y del trabajo realizado; los usos del trueque simple y compuesto; las formas de préstamo y crédito, para las que estaba formalmente prohibido cualquier tipo de interés, y de las que se decía que solo podían ejercerlas los impíos *zudeos* y no nosotros los cristianos, cuando en realidad también las empleábamos nosotros bajo cuerda con variados subterfugios; el cálculo de la aleación metálica de las monedas, que no debía ser adulterada; la técnica de la doble entrada en la contabilidad del libro mayor; el uso de letras de cambio, etcétera, etcétera.

Y, sobre todo, decía el maestro Zorzi, el mundo de los números nos acerca a Dios, que hizo el universo *pondere et mensura*. Es más, la creación entera es como un libro, que ha sido escrito con palabras matemáticas, y nuestra tarea es leerlo y comprenderlo, interpretando ese lenguaje. Los números son el lenguaje de Dios, y también el de las buenas y honestas ganancias. Con todo, si no se tiene cuidado, se convierten en el del diablo, porque son el lenguaje del dinero

adquirido con engaño, maldad, usura, fraude, avaricia, y entonces nos llevan directos a arder en las llamas del infierno.

Hubo nuevas muertes en casa de los Badoer. Mi madre Agnesina murió. No lloré en su funeral. Mi hermano Maffeo murió. Tampoco entonces lloré. Mi hermano mayor Ieronimo, ahora cabeza de familia, miembro de los *pregadi* y patrón del Arsenal, se percató de mis progresos con el ábaco y me metió como aprendiz de escribano en el almacén de Rialto. Me concertó un matrimonio con Maria Grimani, hija de uno de los grandes de la República, de quien inmediatamente tuve dos hijos que fueron bautizados con los nombres de mi padre y hermano, Sebastiano y Ieronimo.

Pero Maria también murió. Caí en una profunda depresión, de la que Ieronimo trató de sacarme de todas las formas posibles. Consiguió que me admitieran en el tribunal de Quarantìa, institución antaño ilustre, pero cuyo antiguo esplendor se hallaba en decadencia, donde se me asignaron aquellas tareas molestas que nadie quería, y que yo traté aún peor: quiebras, supervisión de las artimañas de los judíos y de sus casas de empeño, gobierno de la ceca, movimiento de esclavos hacia y desde Venecia. Luego me hizo ganar la licitación de una galera para Alejandría: un viaje fracasado, tanto por nuestras malas relaciones diplomáticas con el Egipto del sultán Barsbay como por el hecho de que yo, que no tenía ganas de viajar por el mundo, no bajé a tierra siquiera para supervisar la contratación, encerrado en mi camarote con mis libros de contabilidad y un terrible dolor de cabeza.

Exasperado, Ieronimo decidió deshacerse de mí y me envió a Constantinopla. Desempeñaría un trabajo importante, me dijo, para la familia y para la República: la supervisión de todos nuestros negocios y comercios en el Levante. En realidad, mi única tarea sería la de llevar la contabilidad, pero eso no me lo dijo. Los negocios y el comercio marcharían por sí solos, gracias a la estrecha red de relaciones ya establecida entre mercaderes, banqueros, prestamistas y especuladores, contratistas y patronos de galeras, que de vez en cuando me ofrecían alguna pequeña participación en sus empresas, algún pequeño negocio, para

darme la ilusión de estar haciendo algo grande: por la familia y por la República, como es natural.

Como siempre, me sometí a la voluntad del cabeza de familia. Me despedí de mis hijos, que ahora tenían más de diez años, y se los encomendé a mi hermano, quien juró que sería como un padre para ellos. Me despedí de mi esclava circasiana Lena, que había sido su nodriza y también mi concubina, desde que mi mujer Maria, embarazada de su segundo hijo, dejó de acostarse conmigo, y yo, que seguía teniendo miedo de la oscuridad y de la noche, sentía una desesperada necesidad del cuerpo de una mujer, de su calor, solo para experimentar algo de seguridad y conciliar el sueño. Y se la confié a mi hermano, que enseguida se la arrendó al viejo Nicolò Dolfin por siete ducados al año. Una propiedad, dijo, nunca debe permanecer estéril. No debía preocuparme. Los siete ducados serían debidamente acreditados en mi cuenta bancaria.

Llegué a Constantinopla el 2 de septiembre de 1436, exactamente al mediodía, después de un exasperante viaje de cuarenta días en la galera del patrón Dardi Moro, en el convoy de galeras de Romània capitaneado por messer Piero Contarini. Mientras el resto de la tripulación subía en su mayor parte a cubierta para contemplar el espectáculo de la ciudad que se aproximaba, sus imponentes muros reflejados en las aguas, sus torres y cúpulas, yo me quedé confinado en mi camarote por un repentino ataque de fiebre y por el último conteo de los gastos de aquel infame viaje: en total siete ducados de oro, para mí y para el joven secretario Antonio Bragadin, un muchacho despierto de dieciséis años que me había encomendado su padre, vecino de Barbaria de le Tole. No vi nada de las murallas, torres y cúpulas, no me importaban mucho. Salí no sin esfuerzo del camarote solo cuando la gran galera mercante se detuvo en la rada del antiguo puerto de Perama, en el Cuerno de Oro, al abrigo de las corrientes del estrecho. Me despedí del capitán, y con la ayuda de Antonio bajé a la chalupa que nos llevó a la orilla, y allí dejé que el intendente local me guiara más allá de la Porta della Piscaria, mientras otros criados descargaban las cajas y la mercancía que había que llevar al almacén.

Pude descansar solo unas horas en el almacén ubicado a pocos pasos de la puerta, en el corazón del barrio veneciano, sin fuerzas siquiera para ir a encender un cirio de agradecimiento en la iglesia de San Marco de Embolo, como era la costumbre y como me habían aconsejado hacer. Para mi gran decepción, el intendente me informó que había resultado imposible encontrar un alojamiento decente para mi noble persona, pues en esos días la ciudad estaba superpoblada de inmigrantes y refugiados debido a la amenaza turca, y los propietarios griegos, a quienes no parecía preocuparles mucho el apocalipsis, se lucraban aún más, dada la penuria de espacio, con alquileres desorbitados. La única casa que había encontrado estaba al otro lado del tramo de mar que separaba el puerto de la ciudad genovesa de Pera; y genovés era el arrendatario, el magnífico Branca Doria, que solo me pedía cuatro bisantes al mes. Un alojamiento temporal, no más de dos meses. A pesar de la fiebre, traduje de inmediato la divisa bizantina a la moneda veneciana: poco más de un ducado. No estaba mal, comparado con los alquileres de la Serenísima.

Nos arrastramos de regreso al puerto, donde nos espera un barquero para llevarnos a todos a la otra orilla, junto con una única caja de modestos efectos personales: he dejado casi todos los papeles en el almacén, que será mi lugar de trabajo. Por fin puedo mirar a mi alrededor, respirando a pleno pulmón el viento que viene del Bósforo, e imaginando que estoy en un transbordador o en una góndola que cruza el Gran Canal o el Canal de Vigano, solo que, en lugar de San Marcos y San Jorge, veo racimos de casas y campanarios que ascienden por la colina de Pera hacia un enorme torreón circular. En el otro lado, a la luz rojiza del ocaso, se destaca majestuosa la cúpula de Santa Sofía.

Esos primeros dos meses en Pera fueron de los peores de mi vida: por la comida, pobre y muchas veces en mal estado a pesar de los altos costes en el mercado; por la dificultad para obtener suministros de los alrededores, infestados de turcos; por el agua pútrida y maloliente de los pozos; y sobre todo por la imposibilidad de dedicarme con la debida tranquilidad a mis cuentas, apuntadas de cualquier manera en una

desordenada masa de notitas sueltas y en un cuaderno. La casa era una especie de torre en ruinas en uno de los peores callejones de Gálata. El 12 de octubre me vi obligado a contratar como chico para todo y como trujamán, dado que sabía tanto griego como turco, a Zorzi Moresini, uno de los muchos bastardos nacidos allí de mercaderes venecianos y mujeres griegas, que me arrancó un sueldo de dos ducados al mes; además de todo lo que me robaba en el almacén, con tanta astucia que nunca pude encontrar pruebas de nada.

Casi todos los días era necesario tomar el transbordador a Perama, con trayectos siempre movidos a causa de los fuertes vientos que empezaron a soplar a finales del verano, encauzándose por ambos lados del Cuerno de Oro. A menudo mandaba en mi lugar a Antonio, que hacía todo lo posible para brillar ante mis ojos. El chico, sin embargo, no tardó en enfermar, con fiebre alta y fuertes dolores abdominales, y a pesar de los cuidados de un médico desmañado, murió a principios de noviembre. Tuve que escribir una dolorosa carta de condolencia a la familia, y pagar todos los gastos, meticulosamente anotados en mi diario: dos bisantes y doce quilates a un chanchullero ladrón, Andrea de Stella, por azúcar, jarabe, una inútil poción llamada *manus Christi* y otras menudencias; un perpirón a una mujer, Margherita, que había cuidado al joven en sus últimos días; dos bisantes y doce quilates para el barbero, y finalmente diez hiperpirones y diecinueve quilates para su entierro. *Requiescat in pace*.

El 15 de noviembre salí de aquella casa que aún olía a enfermedad y a muerte. Un especulador griego, *chir* Anzolo Clida, me había ofrecido alojamiento en el mismo complejo que el almacén, en el barrio veneciano, el Embolo. Un buen trato, solo cincuenta bisantes por año, y acepté de inmediato.

La casa, en varios niveles, da al amplio patio del almacén. Una pequeña ventana entelada mira hacia la animada calle exterior, que une las puertas de Piscaria y Drongario, pasando por el mercado de pescado. En el patio se encuentran tanto el establo como el almacén principal, con los instrumentos de peso y medida, los carritos para el transporte, el depósito de sacos, cestas, ánforas, toneles, cuerdas, un cuarto tosco donde dormían descargadores y trabajadores. En la planta baja, la

despensa y la cocina con una gran chimenea, y en el segundo piso las pequeñas habitaciones de los colaboradores y sirvientes; en el medio, en el primer piso, las dependencias principales, una sala grande con chimenea y mesa de comedor, y una sala más pequeña ocupada íntegramente por una cama alta y un escritorio. El mayor lujo: detrás de una puerta de madera, en una de las esquinas, hay un diminuto cuartucho añadido al exterior del muro y que sobresale sobre una callejuela oscura encajonada entre dos edificios, con un hueco en el suelo de madera donde es posible aliviar el peso superfluo del vientre sin bajar al patio.

El escritorio parece una pequeña Arca de Noé, un único mueble elevado sobre una plataforma y formado por un incómodo banco con el respaldo medio roto, una superficie de escritura ligeramente oblicua, orificios y huecos para plumas, tinteros, rotuladores, estiletes y cortaplumas, y al costado una estantería con baldas destinadas a colocar papeles sueltos, cuadernos y libros, cajas, estuches y carteras en los que guardar, encuadernar o pegar los mil escritos sueltos y diminutos, cartas familiares y comerciales, letras de cambio, escrituras, certificados, pólizas, recibos, apuntes, sentencias de juicios y controversias, recordatorios.

El mobiliario me lo dejó gratis *chir* Anzolo, que no dudó en añadir detalles sobre la vida y la muerte del anterior inquilino, un extraño cura florentino bonachón fallecido el verano anterior a causa de un mal desconocido, la peste tal vez, quién sabe. Tomé posesión de la casa después de una copiosa limpieza con agua y lejía. Mi espacio vital, la cubierta de mando de la embarcación con la que seguir navegando. La carta de navegación no es un portulano o un mapamundi, sino un libro: el libro mayor de mis cuentas.

Sí, me acuerdo todavía de ese momento de gracia, como si fuera hoy. El momento en que empecé a escribir en mi libro.

Desplegué frente a mí los papeles dispersos y los cuadernos que había utilizado hasta entonces: el inventario de bienes y mercancías traídos de Venecia; el memorial o *squartafoglio* en formato alargado y encuadernado en piel de vaca, con las hojas plegadas longitudinalmente y todas repletas, sin orden alguno, de anotaciones diarias; el libro diario en el que

transcribía de manera más ordenada todas las partidas de la jornada. Tomé una de las carpetas grandes de papel *rezzuta*, con una marca de agua de tres montañas coronadas por una cruz que traje conmigo de Venecia, y empecé a escribir el año, 1436, en el centro de la primera hoja en blanco, y luego un poco más abajo, porque así me lo enseñaron, que siempre hay que empezar con el nombre de Dios: *En el nomme de Dios et de las buenas ganancias, libro de mi Iachomo Badoer del viatge de Constantinopla, en cuyo lugar arribé el dìa 2 setembre a medio día chon las galieras capitan meser Piero Chontarini.*

Doy la vuelta a la hoja, y antes que nada escribo el número uno en la esquina exterior de las dos páginas enfrentadas, y procedo de la misma manera en las páginas sucesivas, porque será necesario remitir al número de página cada vez que haya una referencia a la misma operación en la continuación del libro, y así todas las partidas estarán como encadenadas entre sí. En la cabecera de cada página, aislado en el centro, el año, que es 1436. Casi a tres dedos del margen exterior una simple línea vertical, para poner en columna las cifras de las cuentas. Por último, empiezo a transcribir del memorial y del libro diario cada una de las partidas, con mi letra clara de mercader, al estilo de Venecia, en orden cronológico, agrupándolas por cuentas, y de tal manera que a cada cuenta en la página de la izquierda, la del «debe», corresponda la misma cuenta en la página derecha, la del «haber».

Encabezo con meticulosa atención la primera línea de cada cuenta con un pequeño punto y una letra mayúscula, y avanzo siempre en el mismo orden: el título de la cuenta, que puede ser el nombre de un mercader o un banquero, o de un proveedor de bienes o servicios, de una compañía o de la propia mercancía; la indicación de si se trata de una operación de débito o de crédito, *diè dar* o *diè aver*; la fecha en estilo veneciano; el nombre del acreedor o deudor y las notas explicativas; por último añado el número de página donde se mencione la operación, y, al margen, el cómputo global en la moneda bizantina de referencia: besantes, quilates y, rara vez, cuartos. Son divisas abstractas, no corresponden a monedas concretas, pero me sirven para unificar la contabilidad real, que de otro modo se perdería en un laberinto de monedas completamente diferentes, según el

origen de las mercancías, la nación del mercader, y también la fluctuación de los tipos de cambio: ducados de oro o cequíes venecianos; besantes de oro; ducados; torneses; ásperes de plata de Caffa, Tanais, Trabesonda; dirhams; ducados y aspros turcos, etcétera, etcétera.

Al final de la página, o de la cuenta, entre el «debe» y el «haber» ha de obtenerse la misma cantidad, e igualar el balance. Pero no siempre resulta fácil cuadrar las cuentas. La vida y la muerte, con sus casos impredecibles, meten la cuchara; como la que me montó Antonio Bragadin, mi *zovene*, mi aprendiz, que en paz descanse, a quien no se le ocurrió otra cosa que morirse apenas dos meses después de nuestra llegada. Yo acababa de abrir una cuenta a su nombre en el libro mayor con la entrada de un débito a su cargo el 8 de septiembre: un ducado entregado en efectivo a Matio Fasuol, escribano del capitán Moro, por el resto de sus gastos de viaje desde Venecia. Las entradas posteriores, en la página del «debe», se refieren a gastos inesperados en los que incurrimos a causa de la enfermedad y muerte de Antonio, y concluyen con la suma total de veintitrés besantes y quince quilates, naturalmente como débito del difunto. ¿Cómo iba a apañármelas para igualar la cuenta con la página opuesta? Por suerte Andrea de Stella, rebuscando en la bolsa del muerto, encuentra dos ducados de oro, dos besantes y diez monedas venecianas, y me lo entrega todo a mí, que anoto la suma en el crédito del pobre Antonio. Sin embargo, las cuentas quedan abiertas, porque ese dinero no es suficiente aún. Luego, más de un año después, Piero, un maestro esquilador, me da quince besantes en pago por la capa negra de Antonio. Finalmente puedo equilibrar la suma a crédito: veintitrés besantes y quince quilates. Ahora el balance está listo, la cuenta está cerrada y puede archivarse la breve existencia de Antonio.

Escribirlo todo, escribir siempre. Porque lo que no escribes no existe: no es real. La corta vida de Antonio también pertenece a la realidad, porque produjo las pocas líneas de escritura de sus cuentas, de lo contrario se habría escurrido como el polvo de este reloj de arena. Todo pasa en la escritura, que avanza sin detenerse, al igual que los días del

tiempo, que nunca retroceden. En el libro tienes que dar cuenta de cada operación, de cada gasto, de cada ganancia, de cada detalle, por minúsculo que sea. Otro mercader registraría los gastos menores de una venta bajo el único epígrafe de *gastos de mercadería*, porque sabe por experiencia que se trata siempre de la misma cifra pequeña, que por término medio puede redondearse a cuatro, cinco o seis ducados. Yo no, con precisión maníaca lo enumero todo: la tela para coser sacos y bolsas, las cajas, los barriles y las cuerdas, y además al inspector, el pesador, el carretero ansioso, el descargador y el estibador, el barquero, el cura, el corredor, los marineros y los remeros de la galera, el almacenaje, el recibo de la galera y el de los griegos, el *comerchio* o derecho de aduana del emperador, e incluso las propinas, *le manzarie o magnarie, le cortesie, el beverazo, el singardanàl* y regalos para sobornar a algún funcionario: para algunos basta con un paquete de almendras garrapiñadas o de queso, un paquete de jabón o de cera, mientras que otros solo se ablandan con especias raras y telas finas.

Enumero todos los pequeños gastos personales de ropa, casa, comida: cerraduras, cofres, muebles, madera, azúcar, vino de Apulia o griego, pan, leche y queso, el uso de la barca y el varadero en el sótano de las orillas. Como mi salud es precaria, y siempre me entra algún achaque, desde sarna hasta dolor de muelas, los médicos codiciosos y charlatanes se aprovechan de mí, como el que me vendió el inútil brebaje de *manus Christi* para el pobre Antonio, o como el griego Panaridos, que intentó curarme la sarna con una crema apestosa, exigiendo el pago en efectivo de ciertos azúcares y medicamentos comprados a otro médico griego, Siropulos. Por encima de todo, me pesan los gastos por lujos como mantener un caballo bayo que casi no uso, comprado el 10 de diciembre de 1436 por solo treinta besantes, pero mucho más costoso luego a causa de toda la cebada que come, ese hambriento animal, el heno, la hierba y la paja, el herrado, la gualdrapa, la silla y la brida, y el mozo que lo almohaza. Por último, entre las salidas, también registro los tres besantes *per zerta almosina fecha a povres personas*, o los diez besantes donados a *un pobre ome que fu rescatado* de manos de turcos. Un poco de bondad nunca está de más: pero eso también debe

quedar por escrito.

Cuando regrese a Venecia, les daré con el libro en las narices de mi hermano Ieronimo y sus escribanos de mirada aguda, para demostrar toda mi honestidad y rigor. Mi horizonte está todo aquí, encerrado por la pequeña ventana entelada de mi dormitorio-estudio, por los muros del almacén y por los límites del barrio veneciano, por las no pocas operaciones en las que tengo que intervenir personalmente: encuentros con el *bailo*, el embajador veneciano, y con los funcionarios de la Serenísima, negociaciones y compraventas, supervisión de la carga y descarga a la llegada y salida de los barcos, trueques, fianzas, escrituras y poderes notariales y todas las distintas tareas que atañen a los impuestos y derechos aduaneros de la intrincada administración bizantina.

Todo pasa al libro, en una red de relaciones, viajes y correspondencias que se extiende desde las localidades más próximas a Constantinopla hasta los puertos más remotos del mar Mayor y del Mediterráneo, de Tanais a Trabesonda, de Negroponte a Chipre y Alejandría, de Messina a Maiorica. La red cruza fronteras entre pueblos, lenguas y religiones que parecen infranqueables, pero nunca lo son para los mercaderes: como si a pocos kilómetros de las murallas de Constantinopla y del otro lado del estrecho no hubiera una inmensa horda dispuesta a atacar y a conquistar la ciudad y el mundo entero. A través de las páginas del libro se materializa un mapa de rutas al que no le hace falta portulano, formado por hombres, mercancías, barcos que se mueven incansables sobre el gran mar salado para generar riqueza y bienestar. La mercaduría, decía el maestro, es el arte que encuentran los hombres para suplir lo que la naturaleza no ha podido hacer, o lo que Dios no ha querido hacer, de producir en cada país todo lo necesario o conveniente para el vivir humano. Gracias a ella, que pone en comunicación hombres y países lejanísimos, el mundo se convierte en una sola ciudad.

Desde Venecia mantengo correspondencia con mi hermano Ieronimo y con los patricios y banqueros Piero Michiel y Marino Barbo, registrando todas las transacciones de débito y crédito y enviando letras de cambio. En tres años y medio me ocupo de la importación desde Venecia de enormes cantidades de mercancías de todo tipo, desde tejidos

preciados de lana y seda hasta manufacturas de plata y cristal de Murano, y envío allí cera búlgara y valaca, especias, pimienta, seda, cueros y pieles, metales, cereales y provisiones, vinos, por un volumen de negocio que alcanza la astronómica cifra de al menos quinientos mil besantes, es decir, ciento setenta mil ducados de oro. Y todo ello sin que casi en ningún momento, a excepción de pequeñas sumas, esa enorme masa de dinero tenga que materializarse en nuestras manos y en las de nuestros socios en forma de monedas de oro, plata y aleación, que solo serían un peso para las bolsas y los cofres, o correrían el riesgo de acabar en el fondo del mar o en las manos codiciosas de los piratas.

De nuevo, es el papel, es la escritura, lo que basta para que ese río de dinero cobre existencia: letras de cambio, pagarés y libros de cuentas bancarias, que registran créditos y mandatos de pago, depósitos, partidas de transferencia, deudas y créditos. Los bancos son los lugares que más he visitado en estos tres años, mucho más que la iglesia de San Marcos, abriendo muchas cuentas a la vez. Una simple hoja de papel, un simple trazo de pluma y listo, el beneficio obtenido en Constantinopla queda ingresado en Venecia. Gracias a la escritura. Y lo que no escribes no existe.

Todo mi mundo está en este libro que abro cada día, por la tarde o por la noche, a la luz del candil. Horas y horas pasadas en la penumbra, clasificando los extractos de hojas volantes, pólizas y cartelas, y los registros del memorial y del libro diario; echando cuentas, siempre solo, y por lo general mentalmente; transcribiéndolo todo con orden en el libro, sin dejar nunca de anotar en qué otra página ya tengo registrada esa cuenta. Después de reemplazar el banco roto con una cómoda *chariegia cortese da sentar* comprada al carpintero de Pera a través de Zorzi, estoy cada vez más hundido dentro del arca sagrada del escritorio.

Salgo cada vez menos, y menos aún si es por solaz, y solo cuando realmente no puedo evitarlo, por conveniencia social y comercial: como en el carnaval de 1437, cuando ofrecí incluso un banquete en mi casa en el que no faltaron los músicos, desangrándome con un gasto de nueve besantes; o en julio de 1438, para homenajear al *bailo*, a punto de

regresar a Venecia al final de su mandato. Mi espíritu, ya tímido y melancólico, se está volviendo cada vez más sombrío, solitario, hosco, misántropo, y al mismo tiempo minucioso, metódico, preciso, quisquilloso con los pequeños hábitos, y con los horarios de la vida cotidiana, marcados por el reloj mecánico de la torre del palacio del *bailo* y la logia de los mercaderes, pues hace algunos años quisieron instalar orgullosamente allí un hermano menor del reloj que daba las horas en la torrecilla de Sant'Alipio, en la esquina de la basílica de San Marco, para tener al menos la ilusión de estar en casa.

Incluso el tiempo ha cambiado, se me ocurre pensar cuando escucho esos tañidos: se ha vuelto objetivo, abstracto, hasta excesivamente medible, ligado a promesas de pago, al cálculo de tiempos de transporte y de recorrido, los vencimientos de las letras y de los pagarés, las llegadas y salidas de las galeras mercantes, la vigencia de los contratos aseguradores o de *sigurtà*. Algo que puedo controlar, o al menos tener la ilusión de controlar: ¿quizá para alejar el miedo a la muerte? El capital, el *cavedal*, va más allá de la muerte del individuo o la quiebra y el fin de la compañía, y parece convertirse en una entidad inmaterial, espiritual. Tal vez algún día el mundo entero se vea envuelto en una red invisible e infinita de entidades inmateriales, cada una relacionada con todas las demás, y el dinero se moverá por el aire, invisible también como los espíritus, o los demonios: y tal vez, cuando esto acontezca, también estará próximo el día del Juicio Final, cuando Nuestro Señor decida que ya no tiene necesidad de estas miserables criaturas suyas que han adorado a otro dios en su lugar, y pronunciará sus palabras de condena, terribles, que exhalará con olor a incienso, como desde la boca de un viejo crucifijo de madera pintada.

Tengo la costumbre de trabajar hasta tarde, cada vez hasta más tarde, porque cuando cae la noche, y las campanadas del reloj se oyen con más claridad en el silencio de la calle, vuelve a mí el mismo terror que sentía de niño: el de la oscuridad. Sencillamente, estando solo no consigo conciliar el sueño. Tengo una necesidad absoluta de aferrarme a otro cuerpo, de sentirme seguro, como cuando me aferraba a

Maria, o en los últimos años a Lena. Pero no para yacer de forma pecaminosa, uniéndome carnalmente al cuerpo de la hembra, no. Con Lena era como con Maria, me bastaba con hundir la cabeza entre sus pechos, y mantener su pezón en mi boca, y me quedaba dormido casi de inmediato. Hago una rápida cuenta mental: en los aproximadamente seis años en los que me iba a dormir, todas las noches de todos los días, a la cama de Lena, la habré penetrado no más de cuatro veces, y casi sin darme cuenta, acurrucado detrás de ella.

Ahora siento de nuevo la necesidad de un cuerpo, cálido y suave como el de Maria y Lena; y también necesitaría expulsar periódicamente el semen, el médico Panaridos me ha dicho que debo hacerlo por lo menos una vez al mes, pues de lo contrario su retención podría ser perjudicial para mi gota; debería llevar asimismo una contabilidad precisa de esto, en otro memorial. Si duermo mal, o no duermo nada, estoy irascible al día siguiente y cometo con frecuencia errores de cálculo y de transcripción. Eso no es bueno. La mejor y más rápida solución, en Constantinopla, consiste en comprarse ese cuerpo cálido y suave. Una esclava o, como dicen aquí, una cabeza. Y también es un buen negocio, porque los bienes comprados cerca del lugar de origen cuestan mucho menos que en Venecia, y hay que pagar menos impuestos y derechos de aduana.

Las cabezas, lo sé, provienen casi todas de los mercados del mar Mayor, en particular de Tanais. Así que me esfuerzo por establecer de inmediato una estrecha relación con el corresponsal de allí, Francesco Corner, hermano de Iacomo Corner, mi socio en Constantinopla. Le abro una cuenta en el libro grande y me ocupo de varias ventas y cobros de letras de cambio tanto para él como para sus amigos de Tanais, Zuan Barbarigo, Bortolamio Rosso y Moisé Bon, y a la compañía se incorpora un antiguo ballestero en busca de fortuna, Catarin Contarini. No sé si confiar plenamente en estos aventureros temerarios y sin escrúpulos: incluso me llegan rumores de que han montado una compañía para ir a buscar tesoros en medio de la nada, una auténtica locura, robando además las herramientas que yo les había enviado desde Constantinopla. Pero no tengo otra opción. Son ellos los que están en Tanais, no yo, y de allí provienen caviar,

pimienta, cobre, mijo, telas escarlatas, pieles de marta, lomos de esturión secos y esturiones en escabeche; y sobre todo cabezas. Todas ellas cosas *de buenas ganancias*.

El caso es que no me hace falta esperar a que llegue la *muda* de Tanais. Me basta con tomar el transbordador e ir al otro lado del Cuerno de Oro, al almacén de un mercader genovés de Pera, el 15 de enero de 1437, para comprar una *sclava russa de edade de años sovre 16 de nazion russa llamada Maria*, anotando escrupulosamente en el memorial, y luego en el libro grande, *sana de todo mal segund usanza*: una nota, *segund usanza*, que se añade no sobre la base de una simple declaración del vendedor, sino solo después de un cuidadoso examen de la mercancía.

Segund usanza, Maria debe permanecer desnuda de pie en la gran sala. Tiene dieciséis años, pero es más alta que yo, con una larga melena negra que cae sobre la piel blanquísima de su espalda, pequeños ojos color ámbar en un rostro afilado que me recuerda el de un animal salvaje, y dos pechos firmes cuya calidad exalta el intermediario, Piero dal Pozo, para justificar su no bajo precio: nada menos que 114 besantes, casi veinte más de lo que suele pedirse aquí por una joven esclava en las mismas condiciones. El genovés la ha recibido recientemente desde Porto Pisano, a través de un mediador tártaro que la compró en un harén de mujeres secuestradas en las recientes incursiones en Rusia. No dice nada sobre la virginidad, tal vez la mercancía ya haya sido estropeada cuando estuvo en Tartaria, pero no tengo ganas de profundizar en estos detalles. Acaba de ser bautizada como Maria, con bautismo católico y latino, el bueno, por el fraile de San Francisco, aunque ya fuera una cristiana rusa llamada Mariya, pero todavía no sabe una sola palabra que no sea de su lengua. Es musculosa en brazos y piernas, podrá trabajar bien y durante mucho tiempo.

Piero me invita a comprobar la calidad de la mercancía, guiando mi mano por el cuerpo de Maria, pero me limito a palparle los pechos. Debajo de las yemas de los dedos, la textura de la piel es suave como la seda y me recuerda a mi nodriza Maria, incluso en el olor. No levanta la vista, no me mira, no ve a nadie, sus ojos están en otra parte. Hace frío en

ese enorme cuarto húmedo, pero la chica desnuda no parece sentirlo, tal vez esté acostumbrada, porque viene de una tierra de hielo y nieve; solo demuestra un leve indicio de temblor, que siento en las puntas de sus pezones cuando la toco. Pero tal vez no sea el frío.

Acepto todas las condiciones del intermediario, hago que vistan a Maria con una extraña túnica andrajosa que debe ser la misma con la que ha llegado desde Porto Pisano, y me la llevo a casa. Durante algún tiempo la confino en la planta baja, en manos de una vieja sirvienta griega que la lava y la desasilvestra un poco, y la hace dormir en un gran saco de paja en el suelo. Le he explicado a la vieja lo que debe hacerle entender, con palabras y sobre todo con gestos, y espero que no sea muy difícil convencerla. Una noche, mientras estoy trabajando en mi escritorio, escucho el ruido de unos pies descalzos que pasan de la sala a mi habitación, una camisa que cae al suelo, un crujido del jergón y el olor a piel fresca. Hago como si nada y no me doy la vuelta, completando la escritura de una cuenta. Luego me levanto, apago la lámpara, me desvisto y me deslizo bajo las sábanas, enlazándome con ese cuerpo más grande que el mío y quedándome dormido casi de inmediato.

Desde entonces, el ritual se ha repetido todas las noches. Maria lava los platos en la otra habitación, completa alguna de sus tareas del día, cose o prepara la lejía o pela las legumbres, mientras yo estoy inmerso en mi libro mayor en el dormitorio. Cuando la luz del candil se atenúa, Maria tiene que entrar en silencio, pasar por detrás del escritorio, desnudarse y meterse en la cama, sin ser vista por el amo, quien al rato cierra el libro grande, apaga la luz, va a orinar en el cuartucho, y luego se acuesta a su lado, sin mirarla en ningún momento. Al amanecer se levanta antes que yo y se marcha sin despertarme, y baja al patio para empezar el nuevo día. Por más que todos en el almacén sepan dónde duerme por la noche, nadie la ha visto nunca con el amo; pero nadie tiene motivos de queja ni de murmuración, porque gracias a esta santa Maria el amo parece haberse humanizado, y ya no la toma con todos sus trabajadores.

Maria no permanece mucho tiempo sola a mi servicio. El

23 de noviembre de 1437, el libro mayor registra la llegada de un esclavo abjasio llamado Zorzi, un muchachote robusto y necio de dieciocho años, comprado por noventa y cinco besantes al genovés Imperial Spinola, y de nuevo a través de Piero, que se ha convertido en mi intermediario de confianza en este delicado sector de productos, junto a su hermano Zuan. Maria y Zorzi se quedan en casa *para mi uso*, pero a estas alturas me he embarcado en este nuevo oficio, que implica mayores riesgos de conservación, deterioro y pérdida de la mercancía, pero que también puede reportar relevantes beneficios.

Ya no es como antes, hace cuarenta o cincuenta años, es decir, antes de que el paso de Tamerlán arrasara el Levante y el Cáucaso. Aunque Tanais haya sido reconstruida, la oferta ha cambiado. Antes las cabezas más buscadas eran las de Circasia, ahora prevalece la oferta de cabezas rusas, seguidas de las tártaras. Los tártaros, también llamados balabanos, valen menos; y los varones menos que las hembras. También las rutas comerciales difieren bastante entre varones y hembras. Los varones pueden ser encadenados de inmediato a los remos de las galeras, o enviados a trabajos forzados en Sicilia y España. Las hembras, especialmente las mujeres jóvenes de veinte años, o las niñas y adolescentes, en cambio, son muy demandadas en Italia, en nuestros principales mercados de distribución, Venecia y Génova.

Debo tener en cuenta que el mercado de seres humanos es un mercado estacional, como el de los cereales: los tártaros saquean la materia prima en primavera-verano y la transportan a Constantinopla en agosto-septiembre. Las variaciones de precio son notables: en Tanais, una esclavilla de once a dieciséis años me puede costar tan solo seiscientos aspros de plata, es decir, diez ducados de oro; en Constantinopla, en cambio, me hacen pagar casi el triple, pero en Venecia puedo revenderla por cincuenta ducados e incluso más. Sin embargo, del precio final de venta debo deducir los gastos de mediación, de manutención de las esclavas, que mientras tanto deben comer algo y también estar convenientemente vestidas, de los cuidados médicos si por desgracia se hacen necesarios, del transporte, de los aranceles e impuestos. Me he informado, existe incluso una

tarifa con todo incluido: de Tanais a Venecia, cuatro ducados y medio. Aparte, he de pagar la *sigurtà*, porque a veces la cabeza se muere, de peste u otra dolencia, y la ganancia se esfuma si no ha sido asegurada. Hago mis cálculos mentalmente, llego a la conclusión de que este es un comercio bastante rentable y empiezo a comerciar con cabezas por mi cuenta, *de mia rason*, o por cuenta de otros.

Escribirlo todo, escribir siempre, y lo que no escribes no existe, me repito cada vez que en los listados de mercancías que van y vienen por el Mediterráneo por encargo mío tengo ocasión, y no es raro, de anotar seres humanos y no cosas. En estas líneas de mi libraco que dejan constancia del nombre y la edad y a veces de los rasgos físicos o los defectos de cada uno de ellos, quizá quede una minúscula señal de sus miserables existencias, y no se disuelvan invisibles en el río de la vida, sin voz y sin forma.

Y, sin embargo, sé bien que no todo puede quedar por escrito. En una calurosa tarde de agosto de 1439 escucho un alboroto en el patio, e inmediatamente después fuertes golpes en la puerta de mi despacho. ¿Quién puede ser? Tanto Maria como los demás fámulos y sirvientes saben que nadie puede molestarme cuando termino las prácticas de la vida externa y me retiro al escritorio como un san Jerónimo para trabajar en el libraco. Antes de que pueda responder, la puerta se abre de golpe y la habitación se llena con la voluminosa presencia de un gigante encapuchado. El gigante se quita la capucha y revela un pelo y una barba que conozco bien, pelirrojos, enmarañados y sudorosos. La molestia se convierte en sorpresa y la sorpresa en alegría.

Conocí al capitán una trágica tarde de noviembre de 1436. Caminaba por la callejuela solitaria de mi hogar temporal en Gálata, tras la vana y angustiosa búsqueda de una medicina más eficaz que la *manus Christi* para el agonizante *zovene* Antonio. De repente me encontré rodeado por cuatro figuras, de las que solo veía relucir las puntas de sus cuchillos en la oscuridad. Ni siquiera tuve tiempo de asustarme de verdad, porque un gigante pelirrojo salió de la nada y con sus manos desnudas se enzarzó con los cuatro que, uno tras otro, acabaron rodando cuesta abajo. El gigante me acompañó

hasta las escaleras de la casa y permaneció a mi lado cuando descubrimos a Antonio ya sin vida, y a la mujer que lo cuidaba llorando de manera torrencial; nos ayudó a componer el cuerpo, a vestirlo con sus modestas ropas de aprendiz, y fue él quien lo bajó en brazos y lo depositó, con una delicadeza que no me habría esperado, sobre el carro del sepulturero, para un funeral económico en el convento de San Francisco.

Termo vive aún cerca de aquí, con su mujer y sus tres hijas. En realidad, casi nunca está, vuelve dos o tres veces al año, tras largos periplos de navegación y comercio en torno al mar Mayor con el bergantín que posee. Pero desde aquella noche no deja de venir a verme, a ver cómo estoy, siempre encapuchado y a escondidas, porque teme que, al otro lado del Cuerno de Oro, en Constantinopla y en el barrio veneciano, perduren algún bando y alguna recompensa por su vieja cabeza de pirata genovés. Yo lo ayudo cada vez que necesita asistencia legal y financiera en esta ciudad de zorros, porque Termo apenas sabe leer y escribir, y detesta los papeles y la escritura porque está convencido de que solo son fraude y engaño; y en realidad no le falta razón.

El mundo de Termo es totalmente diferente al mío: está hecho de apretones de manos, de trueques, de intercambios concretos, de cosas y personas, no de cifras abstractas o escrituras. Y solo por él estoy dispuesto a realizar algunas operaciones en negro, mediaciones que no dejan rastro alguno en mis instrumentos de registro, en el memorial, en el libro diario y en el mayor, y que liberan a Termo de la obligación de acudir a un notario o a comparecer ante un funcionario corrupto del cónsul genovés o del *comerchio* bizantino. Operaciones que, al no estar escritas, no existen en el mundo de Iacomo: pero en el de Termo, sí.

Termo acaba de llegar de Tanais. Necesita la ayuda de Iacomo para pagar el *comerchio* de caviar y cola de pescado que envía Giovanni da Siena, uno que hace negocios con Corner; y, añade, cambiando el tono de voz, por tres cabezas, también *de dita rason*. Comprendo de inmediato que pasa algo raro, y que quizá los tres esclavos no sean de Giovanni sino de Termo, y quiera venderlos bajo cuerda para escapar de controles e impuestos, declarando que están a nombre de

Giovanni. De acuerdo, me encargaré yo mismo mañana, para las cabezas llamaré al corredor Zuan dal Pozo, es de fiar y mantiene la boca cerrada, enviaré al *zovene* Zuaneto con su barca para su traslado desde Pera hasta Constantinopla y para el pago del *comerchio*, que será una bagatela, no más de tres besantes todo incluido. Bromeando, añado que, por primera vez, sin embargo, tendré que escribir su nombre en el libro mayor, para registrar la salida del dinero del arancel, naturalmente por cuenta de Giovanni: en cualquier caso, debo indicar el barco desde el cual se descargan las mercancías, *habidas en Tanais para el bergantín de Termo da Sarzana*.

Termo no sonríe ante el chiste y extrañamente para él la cosa no termina ahí: Iacomo tiene que venir a Pera en persona, añade, tiene que ver algo importante. Enseguida, mañana. No puedo decirle que no, y a la mañana siguiente desembarco al otro lado del Cuerno de Oro. Termo me espera impaciente en el muelle y me acompaña de inmediato a la ensenada donde está anclado su bergantín, el Santa Caterina. Me dice sin rodeos que tiene que venderlo y que tengo que ayudarlo, tiene que conseguir lo máximo que pueda, porque ha decidido dejar Constantinopla para siempre, con su mujer y sus hijas, y volver a instalarse en su tierra para vivir en paz los últimos días que le quedan. Podría habérselo ofrecido a un corredor turco, cuando hizo su última parada en Scutari antes de llegar a Pera, y también habría ganado un buen dinero, pero no quiso: los turcos están comprando y construyendo embarcaciones de todo tipo, grandes y pequeñas, quizá algún día se acabe esa extraña paz que reina entre ambos lados del estrecho, y entonces acabará todo. Termo no quiere darles el Santa Caterina, que con su maniobrabilidad y velocidad podría convertirse en una temible fusta de guerra y ser usado contra los cristianos. No, lo quiere vender allí, en Constantinopla, pero sin notario, sin testigos, sin papeles, sin firmas ni trazos de pluma: un pago en efectivo, y no en moneda bizantina o turca o tártara, que en Val di Magra y en Lunigiana no vale un pimiento; solo quiere ducados, florines o genovinos de oro, que le sean entregados en sus propias manos, en presencia de Iacomo y de nadie más.

Me quedo sin palabras. No me lo esperaba. Termo tiene

toda la razón, este mundo está a punto de acabarse, y cuanto antes te vayas, mejor. Yo también estoy a punto de partir, solo estoy esperando la llegada del próximo convoy de galeras estatales para cargar con mis cuatro cosas y marcharme, pero me han dicho que habrá una demora de meses por culpa de ese inútil emperador de los griegos que ha decidido volver de Italia con el mismo convoy veneciano, acompañado de abundantes bendiciones papales pero sin dinero, armas ni soldados, que le habrían sido mucho más útiles. Con todo, no me imaginaba que también Termo, cuya entera vida está arraigada en el mar Mayor y tiene incluso una mujer circasiana, él que es hombre de mar y también de espada, hubiera llegado a las mismas conclusiones.

No es fácil vender un barco. Observando con atención, noto que apenas queda nadie en la embarcación: solo veo cómo suben y bajan los descargadores portuarios, supervisados por el timonel. ¿Adónde han ido los remeros y la tripulación? Está claro que Termo ha saldado sus cuentas con todos, y probablemente habrá vendido como esclavos a buena parte de los remeros antes de llegar a Pera: quizá en Scutari, a los turcos, o trasladándolos en secreto a un barco genovés con rumbo a Egipto. Un bergantín en buen estado puede valer algunos cientos de ducados: como es natural, Termo tendrá que conformarse con menos, si quiere cerrar el trato con rapidez, y habrá que encontrar a alguien que quiera hacer un buen negocio y que tenga todo ese efectivo disponible en estos tiempos. Sería mucho más seguro y cómodo firmar un simple documento, una letra de cambio que cobraría a su llegada a Génova, pero con Termo es imposible, solo quiere efectivo, el maldito contante y sonante, mucho, y todo de inmediato. Sí, encontraré un buen comprador, me harán falta unos días, el asunto podría interesar sin duda a alguno de los patrones griegos que transitan entre Candia, Salónica y Trabesonda, esos levantinos que siguen ganando dinero y haciendo negocios como si no pasara nada, despreocupados de los turcos y del fin del mundo.

La cosa, sin embargo, no ha terminado aún. Termo me lleva a su almacén, que huele a caviar, cola de pescado y especias. Hay dos jóvenes circasianos encadenados a un poste. Lo entiendo enseguida: será Zuan como siempre quien se

encargue, encontrará al comprador, sin declarar el origen, no hay problema. Pero, ahora me acuerdo, ¿no eran tres las cabezas? Entonces Termo, sin hablar, me arrastra por la cuesta de su casa y me hace subir al primer piso, al gran salón con la chimenea y la cocina, donde me reciben las miradas sonrientes de su familia. Me están esperando. Sobre la mesa, una gran bandeja de buñuelos de bacalao, un cuenco de fino caviar recién traído de Tanais, pan de mijo, una garrafa de vino. Aquí está su mujer, Daka, todavía hermosa y fuerte. Aquí están sus tres hijas. ¿Y quién es ese chico rubio de pelo corto con ropas circasianas acurrucado en un rincón? Si es un esclavo, ¿por qué no estaba en el almacén? ¿Por qué no está encadenado? ¿A qué viene ese gesto hosco y esa mirada baja? No es un chico, dice Termo sin andarse con rodeos: es una chica. Se llama Caterina, debe tener unos trece o catorce años, está perfectamente sana, *segund usanza*, y es de Iacomo, para que se la lleve a Venecia; Termo tiene total confianza en él. No necesita cadenas ni cuerdas, nunca se escapará. Yo, que no sé qué decir, me quedo a almorzar con ellos, pero como poco y bebo menos, en silencio, y luego salgo confundido, seguido de Caterina y acompañado por Termo. Al pie de la barca, antes de despedirme del capitán, como quien no quiere la cosa, le pregunto el precio. Termo, que es un viejo pirata y al que no le gusta regatear, responde en voz baja: *segund usanza*. Bien, dentro de una semana añadiré a la suma que consiga por el barco otros veinte ducados por la esclava, que a primera vista vale mucho más. La barca se mueve. Termo se da la vuelta y se va sin despedirse de mí, como si tuviera prisa, pero un momento antes tuve la impresión de ver en su rostro el minúsculo brillo de una lágrima. Imposible, debe ser un falso reflejo. Termo nunca ha llorado en su vida. Me vuelvo para mirar a la chica. Ha evitado en todo momento cruzar su mirada con la de Termo o la mía. Ahora está acurrucada en el fondo del bote, con la cabeza inclinada entre las piernas abrazadas, totalmente encerrada en su mutismo.

Caterina ha entrado en la casa del almacén. No ha sido inscrita en el libro, y por lo tanto no existe, pero se mueve por el patio, sube y baja las escaleras, obedece y trabaja sin rechistar. Yo no la veo casi nunca. Se la he encomendado a

Maria, que lo primero que hizo fue tirar la ropa de hombre ya andrajosa; la desnudó, la obligó a quitárselo todo, excepto un pequeño anillo de peltre del que la chica no quiso desprenderse por ninguna razón. Le dio un baño caliente, y antes de vestirla con una camisa y una falda larga y deslizarle los pies en un par de toscos zuecos de madera, la tocó y examinó con aparente despreocupación. Le quitó el corsé y le envolvió el pecho con un vendaje de algodón suelto para dejar que esos senos jóvenes respiraran. Resulta graciosa, ahora, vestida como una sirvienta, con el blusón demasiado grande, ese pelo corto e hirsuto y ese aspecto de perro apaleado. Curiosa *putela*, en todo caso: el otro día, desde la ventana, la vi en el patio en un momento de pausa, sentada junto a un montón de tablones de madera y haciendo signos en ellos con un trozo de carbón. ¿Será posible que esa salvaje ignorante sepa escribir? ¿O, peor aún, que sean signos de hechizo o maldición?

Cuando se fue, bajé a mirar: eran dibujos, muy simples, solo las líneas del contorno, pero también hermosos y expresivos; entramados de flores y plantas como nudos, un extraño aciano que parece el lirio de las monedas florentinas, y luego el gato perezoso que duerme junto a la chimenea, mi caballo, el rostro necio del esclavo Zorzi; y también hay una cara que me parece reconocer porque lo veo todas las mañanas en mi espejito, un calvo con anteojos sobre la nariz y una expresión estúpida. Quizá debería hacerla azotar, pero tal vez sea mejor que no: con esta dote innata, en Venecia podría volverse muy hábil haciendo y reproduciendo diseños para las tejedurías. Una noche Maria, a mi lado, con su fuerte acento eslavo y el aliento pesado por la copa de vino de Chipre que se trinca a escondidas en la cocina todas las noches, antes de subir al primer piso, aunque yo ya lo sé y finjo que no pasa nada y nunca se lo reprocho, me susurró: *xe ponzela ancor*, todavía es doncella.

Es el 26 de febrero de 1440 y la luz de la mañana entra ya de lleno en la habitación. Anoche no dormí, y, es más, le ordené a Maria que me dejara solo, y que no me mandara nada de desayuno, bajaré a la cocina a comer algo cuando termine. Me acerco a la jofaina para lavarme la cara y me

miro en el pequeño espejo. Ayer fue mi cumpleaños, pero nadie lo sabe, así he evitado celebraciones innecesarias; y gastos innecesarios. He cumplido treinta y siete años, y en el espejo hay un viejo, pequeño, diminuto, desdentado, medio calvo; y solo. ¿Cuál es el balance de estos años y de toda mi vida? ¿Cómo igualaré alguna vez las páginas de débito y crédito, en el árido libro de cuentas de mi existencia? ¿Podré volver a llenar esas páginas que con demasiada frecuencia he dejado en blanco, por no haber vivido nunca de verdad, no haber amado nunca de verdad?

Me espabilan los tañidos del reloj de la torre, y las voces y los ruidos abajo en el patio, donde hombres y mujeres se afanan ya en los preparativos de nuestra marcha: el vaciado final de los almacenes, la preparación de las últimas cargas dentro de las bolsas *signadi de mio segno,* señaladas con mi marca, el monograma JB coronado por una cruz, el ir y venir de carros y porteadores. He confiado el aburrido inventario a Moresini, que se quedará en Constantinopla para supervisar los negocios de los Badoer; encontrará sin duda la manera de hacer desaparecer algo. El otro *zovene*, Zuaneto, volverá a Venecia conmigo junto con los tres esclavos: Maria, Zorzi y Caterina. El establo ya ha sido vaciado; el caballo gris, el nuevo que había comprado en lugar del hambriento bayo, ya ha sido revendido, con su gualdrapa a la turquesa y la de paño, con la silla y con la brida; y la barca también.

Yo mismo me ocupo de las últimas cosas que quedan en la habitación, las anoto en una hoja y las amontono en dos cajas. En la primera, las pocas ropas de algún valor: una capa escarlata a la moda de Brabante, una túnica negra forrada de zorro, camisas de seda, pañuelos forrados en seda y oro, zapatos y babuchas. Para el viaje en la galera me dejo un jubón más práctico de tela tosca, un chaleco de lana, un gorro de viaje y botas, con una bolsa llena de camisas, calzones, medias, peines, jabones, pañuelos, toallas, útiles de afeitado, y además anteojos, papel, pluma y tintero, y un pequeño memorial en blanco. En una cartera de cuero, que siempre llevaré escondida, algunas joyas y una *ongieta d'oro da curar denti*, una uñita de oro para tratarme los dientes, que tengo en mal estado. En la otra caja, mis escasos objetos de valor: candelabros, copas y cubiertos de plata con el escudo de

armas de los Badoer, y un pequeño icono bizantino de Nuestra Señora de Blachernae que compré en una subasta de almonedas. En una última gran bolsa meto las cajas y las carteras con los papeles sueltos, atados o ensartados, los memoriales y los libros diarios.

Lo único que queda fuera es el libro mayor de cuentas, abierto en la última página, con el último número que he escrito en las esquinas exteriores de ambas caras, 418, y con el *saldo de este libro*. Lo miro por última vez, inmerso en mis pensamientos, y al final cierro la cubierta de cuero, oscurecida por la huella de mis dedos.

5. Mariya

Aún en Constantinopla,
la madrugada del 26 de febrero de 1440

No, es que soy incapaz de recordar el nombre de la minúscula aldea donde nací.

A mi memoria solo afloran fragmentos de la lengua que estoy olvidando, las palabras con las que oía a los ancianos nombrar ese desordenado grupo de casitas de madera en las que vivíamos al borde del gran bosque: *derevushka, narod*. Pero *derevushka* y *narod* no significan otra cosa más que aldea y pueblo, y podrían ser los nombres de cualquier aldea y pueblo del mundo. La otra palabra que usábamos era aún más vasta y confusa: la comunidad de la aldea era el *mir*, que también significa paz y mundo. No me sería posible volver allí solo con preguntar a alguien: ¿dónde se halla mi pueblo, mi mundo, mi paz: *moy narod, moy mir*? Pensarían que estoy loca, y tal vez lo esté de verdad: una criatura sin hogar, sin lengua, sin Dios, sin paz, sin nada. Ni siquiera puedo explicar de dónde provengo. Lo único que podría decir, tal vez, sería: vengo de muy muy lejos, de más allá de ese gran mar que baña la ciudad a la que me trajeron encadenada; de un país de ríos, árboles y tierra negra. ¿Y cómo podría volver a encontrarlo?

Antes de que los jinetes del Apocalipsis me llevaran con ellos, ni siquiera sabía que había algo más allá del horizonte que podía verse desde el pequeño campanario de la iglesita de Svyataya Yekaterina Velikaya, Santa Yekaterina la Grande, una construcción un poco más amplia que las otras isbas, hecha de madera maciza, porque todo allí era de madera, todo nos lo daba el bosque, la piedra no existía. El mundo terminaba donde terminaban los campos cultivados, con el río a un lado, y al otro las lindes del bosque denso y oscuro. Nunca había cruzado esas fronteras, y no tenía la menor idea de lo que había en otros lugares, ni de si había otros lugares,

una tierra y un cielo más vastos de lo que yo veía, tan vastos como para acoger el Reino del Padre nuestro, *Otche Nash*. Solo el agua sabía de dónde venía y hacia dónde iba, el agua que veía correr por el río bajo el talud, el agua siempre diferente y siempre la misma. Pero el agua nada me decía, y seguía fluyendo, muda.

Nada venía de fuera, excepto artistas errantes, músicos y saltimbanquis, los *skomorohi*, en el carnaval de *màslenitsa* y en las fiestas más importantes. De fuera, una vez al año, después de la trilla y la gran fiesta de Iván Kupala, venían también los guardias y recaudadores de impuestos del *knyaz* de Ryazan, un príncipe a quien nadie había visto nunca, y se llevaban todas las preciosas pieles de los animales del bosque, martas, zorros y cibelinas, y una gran parte de la cosecha y los animales. A menudo, los soldados también se llevaban a algunas de las chicas más hermosas, de las que no volvía a saberse nunca nada. Decían que los campesinos del *mir* no eran seres libres: los campesinos, *smierdi*, son todos siervos, esclavos, *rabov*. Y eso que, por lo menos, tienen la suerte de ser hombres, varones, *mujiks*. La mujer, *zhena*, debe permanecer en una posición inferior, apenas más alta que la de los animales que cuida, y después de ocuparse de todas las tareas de la casa, parir y criar a los niños, cultivar lino y cáñamo, trabajar en la preparación de las telas y en la confección de la ropa, tiene que encargarse, cuando es necesario, hasta de los trabajos más duros que hacen los hombres, porque se necesitan todos los brazos, incluso los de los niños, para luchar apresuradamente con la tierra negra en la corta temporada en la que no hay barro o hielo, y en la que hay que recoger los frutos para no morir durante el invierno: arar con las manos desnudas, esparcir estiércol, sembrar, segar, trillar, recoger la paja, levantar las gavillas.

El caso es que aquellos momentos de duro trabajo eran también los que nos hacían sentirnos a todos unidos e iguales, hombres y mujeres, en la tierra y bajo el cielo, como un único y gran *narod*. Y eran sobre todo las mujeres las más felices, porque se sentían libres, y experimentaban en su interior la misma fuerza oscura e invencible que fertilizaba la tierra negra. Incluso yo, que aún era pequeña, con una hoz más grande que yo, bajaba por la cresta de los campos de mijo con

la larga hilera de hombres y mujeres que cantaban al ritmo de docenas y docenas de hojas brillantes, y las hojas se elevaban bajo la luz del sol del verano, sobre las doradas olas del mar de mazorcas curvas y barridas por el viento. Es la época del año en la que el día se vuelve más largo y el sol parece detener su curso y demorarse en el horizonte, antes de desaparecer durante un breve período de tiempo en el crepúsculo y reaparecer al cabo de un rato.

Sí, eso lo recuerdo bien: los ritmos y los sonidos y los olores de los cantos, los brazos y las respiraciones, los cuerpos sudorosos; en los días aún más calurosos de la trilla, nuestros juegos y carreras, siendo niños y luego adolescentes, entre las gavillas, en la pausa del mediodía, mientras los mayores, después del almuerzo de pan negro, *zhito* y manteca, se quedaban cantando y bebiendo la *medovukha* fermentada, dulzona y fuerte, que se te sube a la cabeza, y dejaban que la probaran incluso los más pequeños; y los extraños susurros y gemidos que se escuchaban detrás de algunos montones de paja sin recoger cerca del río. Armándome de valor, una vez me acerqué sola y abrí una hendidura entre los rastrojos para ver mejor: dos cuerpos desnudos fluctuaban y se fundían a la luz del sol, convertidos en un extraño animal jadeante con cuatro brazos y cuatro piernas y dos cabezas.

Yo, que no hacía mucho que había manchado mi *kysku* de sangre por primera vez, había sido amaestrada por mi *màmuchka* quien me dio severas advertencias de que nunca más me tocara allí y de que me mantuviera alejada de todos los *mujiks*, viejos y jóvenes, porque me había convertido en un cervatillo y ellos eran lobos; algún día se encargarían los mayores de buscarme un hombre que me domara y me encerrara en su casa. Pero en ese momento, escondida entre la paja, en lugar de salir corriendo asustada me quedo allí como una tonta, atraída por lo que veo, sin entender qué es. Siento humedad de nuevo entre las piernas, y me toco la *kysku* temiendo que sea sangre, y que luego la *màmuchka* me pegue porque me he ensuciado. En cambio, lo que encuentro en mis dedos es una sustancia transparente, perfumada y pegajosa como la miel de *medovukha* pero noto que es más bien salada cuando me llevo el dedo a la boca, no es dulce y burbujeante como la *medovukha*. Me vuelvo a tocar para

saborear esa miel extraña, pero mis dedos ya no suben hacia mi boca: se quedan abajo recorriendo esos labios de la otra boca que descubro que tengo entre las piernas, y que se abre y destila nuevas gotas de miel, como un panal hinchado, y luego cierro los ojos y ya no entiendo nada.

Cuando cumplo mis quince primaveras, todos me consideran la chica más hermosa de la aldea, *samaya krasivaya devushka*, y por esa razón ningún joven ha tenido valor para pedirme en matrimonio. Siempre voy a la iglesia a rezar a la Santísima Madre de Dios, con cuyo nombre fui bautizada, a la Santísima Virgen del Velo, el *pokrov* que me protege, y siempre beso con devoción su santo icono. Pero, cuando en el campo me quito el pañuelo de colores que llevo atado en la cabeza, mi largo pelo negro cae suelto sobre mis hombros y espalda. Los pequeños ojos de color ámbar en mi afilado rostro son móviles y avispados como los de un zorro de las nieves. Soy alta y musculosa en piernas y brazos, y debajo de mi camisa de cáñamo, en el verano, pues es costumbre no usar nada más en los días largos y calurosos, mis senos se mueven libremente y puedo ver cómo los pezones empujan la tela transparente de la camisa.

No me avergüenzo de mi desnudez cuando me lavo al sol en el río con las otras chicas y los chicos nos observan escondidos detrás de los juncos, y creen que no lo sabemos, cuando en cambio lo sabemos muy bien, y jugamos con el agua y nos tocamos para hacerlos sufrir más, y sabemos que también ellos, detrás de las cañas, se tocan para liberar el semen que los atormenta. Aunque he descubierto que hay un punto de mi cuerpo que me da mucho placer, nunca lo toco sola, sino que dejo que lo hagan mis compañeras, en el río o en la *banja*, donde nuestros cuerpos parecen fundirse y volverse aún más diáfanos en la niebla de vapores calientes; y bromeamos y nos decimos: aquí te va a tocar tu esposo, y aquí, y aquí.

Es el día consagrado a Iván Kupala. El día en que el sol parece detenerse en el cielo de verano, como si quisiera permanecer más allí, robando el tiempo a las tinieblas de la noche. Por la tarde, descalza y vestida solo con una larga camisa de lino transparente, con el pelo suelto y rodeado por

una gran corola de flores, acompaño a mi familia al claro elevado junto al río. Los fieles inician los ritos quemando ramitas de ajenjo para ahuyentar los malos espíritus de la *rusalke* y cantando himnos en honor al gran santo Iván Kupala, el Precursor que bautizó al Cristo. Para que se muestre propicio con el pueblo y rasgue el velo del futuro en la mágica noche que se avecina.

A medida que se acerca la oscuridad, los hombres encienden la gran pila de madera de abedul. Bailamos alrededor del fuego en círculos concéntricos, cada vez más rápido. En el círculo central, nosotras, las adolescentes y las jóvenes, enrojecidas por el resplandor y el calor del fuego, saltamos con ligereza sobre nuestros pies descalzos, y ante los ojos de los chicos nos transformamos en hadas mágicas. Damos vueltas durante un tiempo infinito, sin notar el cansancio o las heridas en los pies. Las corolas caen al suelo, los cabellos se balancean junto con los cuerpos. Los chicos jóvenes, con el torso desnudo, estrechan cada vez más su círculo alrededor del nuestro, como cazadores que rodean a su presa. Sila, el más guapo de los jóvenes del pueblo, me da la mano y juntos corremos y saltamos sobre las llamas purificadoras. La fiesta prosigue con cantos, relatos, prácticas adivinatorias y bebidas rituales alrededor del fuego. Los jóvenes nos desnudamos y empezamos a bajar hacia el río. Nos sumergimos en el agua que lava y borra todas las impurezas, jugamos a salpicarnos, nadamos como *rusalke* pero sin miedo a esas sirenas molestas y letales, porque todos saben que en la primavera abandonan las aguas y se esconden en las ramas más altas hasta el otoño.

De repente siento una presencia oscura detrás de mí, como si un espíritu maligno hubiera surgido del río. Me doy la vuelta. Una forma grande e indistinta. Un hombre a caballo, y otros hombres, muchos hombres, en la orilla, que corren en silencio como lobos en la oscuridad hacia nosotros y hacia la gente, aún toda reunida en el suelo alrededor de la hoguera, inconsciente y feliz. Un chillido aislado, luego muchos gritos, algunos de terror, otros terribles como los de las fieras que paralizan a sus presas antes de despedazarlas con sus garras. Algunos intentan escapar hacia el pueblo, pero decenas de

antorchas se encienden a la vez, y un aterrador círculo de fuego se cierra alrededor del recodo del río y del claro de la hoguera hasta el borde del bosque, cortando cualquier vía de escape. Antes de perder el conocimiento, siento mi cuerpo desnudo, que ha sido purificado por el fuego y el agua, agarrado violentamente por manos que lo levantan y se lo llevan en el viento.

Durante días y días siempre iguales, las delgadas barcas descienden por el río. En los taludes, hay filas de jinetes con turbantes y cascos puntiagudos y, a veces, largas filas de hombres encadenados que se arrastran lentamente por el polvo. En la barca, junto al timonel que sumerge y mueve el largo remo-timón, solo hay niños, muchachas y mujeres vestidos con toscas camisas de lona, amontonados y encadenados. Días y días siempre iguales, con breves paradas para descansar y movernos por la orilla, y recibir un trozo de pan negro. El río se ensancha poco a poco, la empinada orilla a la derecha es cada vez más baja, el bosque se aclara, el agua se vuelve menos rápida y más lenta. Después de un pronunciado meandro, el río se convierte en una especie de lago, y allí vemos el humo y las banderas de un gran campamento tártaro. A la llegada, una primera selección. Se llevan a todos los niños más pequeños, en medio de los gritos desgarradores de sus madres. Nosotras, las jóvenes y las mujeres, desnudas y alineadas, somos examinadas por los jefes de la Horda, que eligen su parte del botín y hacen que todas las demás se embarquen en barcas más grandes.

Tengo la impresión de vivirlo todo como en un sueño. Las cadenas, los contactos con los otros cuerpos agolpados en la barca, los llantos, los rezos, el olor a orines y excrementos que se acumulan en el fondo de la lancha, los ojos impenetrables de hombres de rostro feroz, los golpes de látigo, las manos que tocan un cuerpo que ya no es el mío. Me siento como si estuviera muerta, ya casi ni me muevo, dejándome arrullar por el movimiento de la barca y de los demás cuerpos. Quizá esté muerta de verdad, como todas las demás mujeres, quizá sea el Día del Juicio Final: esos jinetes de la orilla son los Jinetes del Apocalipsis, y esos hombres morenos, de barba negra y ojos inyectados en sangre, con

garfios y látigos, no son hombres sino demonios que nos están llevando al infierno.

De vez en cuando, a escondidas, levanto la mano derecha para hacer tres veces la señal de la cruz, bajándola mecánicamente de la frente al ombligo y subiéndola luego al hombro derecho e izquierdo, y murmurando la ayuda de la Santísima Virgen, cuyo nombre llevo. El barquero nos golpea con el remo: no por un exceso de crueldad gratuita, sino para ver si todavía hay vida en esos cuerpos. Si alguna de nosotras no se mueve, sus ojos siguen cerrados y el aliento no sale ya por su boca entreabierta, los soldados la echan por la borda, un bulto de lona que desaparece sin ruido en el agua, y en el remolino oscuro las demás solo vemos una nube de cabellos o una mano que parece saludarnos mientras se aleja. La luna sube y baja en el cielo, se renueva una o dos veces quizá, ninguna lo sabe, porque ninguna lleva ya la cuenta de los días. Al final, el río, cada vez más ancho, se divide en un laberinto de ríos. La corriente es cada vez más lenta. Las barcas se acercan a un atraque de arena. Todavía tenemos que caminar por la orilla durante días, encadenadas, descalzas, sangrando. Si alguna cae, la azotan hasta que vuelve a levantarse, de lo contrario la desenganchan de la cadena y la dejan allí, ya se encargarán de ella los perros salvajes y esqueléticos que siguen la procesión: a distancia, por miedo a los bastones. Nosotras ni siquiera los notamos ya. Avanzamos dóciles como corderos hacia el sacrificio, obedeciendo a los gritos y a los latigazos, y mirando con asombro cómo el río se convierte en una única extensión de agua que se confunde con el cielo. Es aquí a donde llega el agua que baja de mi aldea, y todas las aguas de todos los ríos y arroyos, ahí está el borde del mundo, por donde tal vez el agua caiga en picado y vuelva al oscuro caos. El infierno está cerca.

Llegamos a un extraño lugar al que llaman puerto, Porto Pisano. Cerca de la orilla, en el agua, hay barcas enormes, que nunca antes había visto, que parecen monstruos, largos y con filas de palos que sobresalen de los costados, o grandes y panzudos y con troncos altos y ramificados que parecen árboles de un bosque. Junto al puerto, otro campamento tártaro, con un corral de animales donde amontonan a las

mujeres. En este largo viaje, entre transbordos y paradas, he perdido a todas las personas que amaba y conocía, pueblos y aldeas han quedado borrados, confundidos, mezclados con otros pueblos y otras lenguas incomprensibles, circasianas, zigas, cumanas y hasta tártaras, de tribus dispersas y errantes. Ya no entiendo nada, perdida entre cuerpos y gemidos, gritos y latigazos, estoy completamente sola. En la soledad solo puedo rezar, con los ojos cerrados y en silencio, a la Santísima Madre, para que vuelva sobre mí su mirada misericordiosa, para que extienda desde el cielo su velo milagroso, el *pokron*, y me proteja del mal y de la muerte. La oración se vuelve aún más intensa y profunda cuando me arrastran a una tienda sucia fuera del recinto: no a mí, sino solo a mi cuerpo, porque en esos momentos encomiendo mi alma con todas mis fuerzas y con toda mi fe a la Santísima Madre, sintiendo el *pokron* que me envuelve y protege, allá arriba, en un cielo azul. Aquí abajo, en cambio, sobre un jergón, mi cuerpo es profanado por un grupo de demonios entre risas bestiales y copas de vino, y luego arrojado de vuelta al recinto.

Un día un jefe tártaro ordena que nos laven. Alguien nos examina, entre las piernas incluso, y nos divide en grupos, luego nos dan túnicas limpias y zuecos de madera. Nos envían a la ciudadela del puerto, y en una explanada nos venden como animales en un mercado. Cuando llega mi turno, subo desnuda con otras adolescentes a una plataforma de madera. Me encuentro frente a decenas de hombres, de apariencia y vestimentas completamente desconocidas para mí, que me observan y escuchan una voz que grita algo en lenguas igualmente desconocidas. Me tocan muchas manos. No a mí, sino a mi cuerpo, porque mi alma está en otra parte. Al final, me agarran otras manos, me visten y me llevan a un almacén oscuro, y al cabo de unos días me meten dentro de una de esas enormes barcas en el agua. No sé cuánto tiempo vivo allí, tirada en el suelo, días y días marcados solo por el ritmo de las necesidades del cuerpo, mientras siento la gran barca moverse, como si resbalara sobre algo, y a veces como si luchara contra un monstruo, subiendo y bajando violentamente, y haciendo que nuestros pobres cuerpos

choquen unos con otros, y se golpeen contra los costados de la bodega. Me aterroriza la idea de que en cualquier momento la barca llegue al borde del agua y caiga en picado hacia el infierno. De vez en cuando se abre la trampilla por encima de nosotras y nos arrojan, como se hace con los perros, trozos de pan negro y arenques secos que se encuentran en el agua del mar. El agua que nos dan de beber, echada en un balde, está podrida, y algunas se ponen enfermas y les entra la fiebre. Cuando dejan de moverse y las moscas se abalanzan sobre sus rostros, los demonios las suben y un poco más tarde se oye un ruido sordo desde el exterior.

Cuando nos sacan a la luz del sol, yo estoy demasiado débil para darme cuenta de lo que me está pasando, y mis pupilas demasiado acostumbradas a la penumbra para distinguir las formas del nuevo mundo que me rodea. Simplemente me arrastran a otra penumbra, a otro almacén, junto con otras chicas. Un día nos obligan a salir, encapuchadas y a escondidas, solo para ir a lo que parece una iglesia, pero de piedra, no de madera. Un rayo de esperanza: reconozco la cruz, aunque sea diferente de la nuestra, y la imagen de la Santísima Virgen y el Niño, y me persigno rápidamente. Tal vez todavía esté viva, tal vez no esté en el infierno, tal vez mis oraciones hayan obtenido respuesta. Un monje que sabe cuatro palabras de mi lengua me pregunta cómo me llamo, y al escuchar el nombre de Mariya, me echa un poco de agua en el pelo con una fórmula que no entiendo y me llama Maria. ¿Será acaso esa ablución el bautismo sagrado que en cambio para nosotros, incluso de mayores, debe hacerse sumergiéndonos en agua? Pero ¿por qué me echa agua si ya he sido bautizada e incluso purificada con fuego en la fiesta de Iván Kupala?

Los días pasan. De nuevo un examen de mi cuerpo desnudo, más manos tocándome, más palabras en una lengua desconocida. Por primera vez, distingo un detalle que nunca había notado: las manos que me han tocado se intercambian también una bolsita de cuero, y de esa bolsa salen pequeños discos de un metal que parece oro, sí, es del mismo color y brillo que la cruz que el *pope* lleva en procesión en la fiesta de la Gran Pascua, con todo el incienso humeante y las vestiduras sagradas. ¿Para qué sirven esos disquitos de oro?

¿Para comprar mi cuerpo? Mi vida, mi alma, mi libertad ¿tienen acaso precio? ¿Y su precio es ese montón de disquitos de oro que pasan de una mano a otra, las mismas manos sucias que me han tocado, incluso dentro de la *pizda*? ¿Mi *pizda* también es propiedad de alguien?

Fuera debe ser invierno. Oigo el silbido del viento y el batir de la lluvia, pero yo, acostumbrada a resbalar en la nieve de las escarpaduras y en las losas heladas del río, no tengo frío, aunque esté desnuda en la enorme sala. Uno de los hombres, el que ha entregado la bolsa con los disquitos de oro, me pone la mano en el pecho, palpa mis senos, roza la piel con la yema de los dedos. Los pezones se endurecen. Ahora oigo que me llaman Maria, no Mariya, y comprendo que estoy a punto de entrar en una nueva realidad. La pesadilla que dio comienzo una noche de verano está a punto de terminar; tal vez empiece otra, tal vez no. Pero todavía estoy viva. Tengo que seguir con vida. Lo conseguiré. Me pongo la túnica andrajosa con la que vine del otro lado del mar y sigo al hombre que me ha comprado, y que es mi amo.

No es un mal hombre. Me ha encomendado a una vieja griega, quien poco a poco me enseña el idioma que hablan el amo y los demás que son como él; es una de las muchas lenguas que resuenan en este patio encerrado entre muros y almacenes, pero parece la más importante, y también la más dulce. Y yo aprendo rápido. La vieja me lava, cura mis cicatrices, hace desaparecer toda imperfección con ungüentos, me quita los piojos, me peina la larga cabellera negra y me deja dormir sobre un gran saco de paja en el suelo, en la cocina, debajo de la mesa rústica; así que, si me quedo despierta, mantengo alejados a los ratones. Pero las primeras noches duermo siempre, duermo profundamente, y sueño con la aldea, el río, el rostro de Sila que se va desvaneciendo poco a poco hasta que desaparece del todo del sueño, y luego mi descenso a los infiernos, cuando soy azotada y poseída por los demonios, que me meten brasas de fuego en la *pizda*, me desgarran el pecho y me comen el corazón. Grito en la noche, y siento la mano de la vieja que me acaricia el pelo, y su voz ronca que me calma, cantándome una cantilena desconocida. Después de algún tiempo empiezo a trabajar en el almacén, y

me convierto en una gran ayuda para la vieja y para todos: lavo las letrinas y los suelos de las habitaciones, preparo la lejía, hago la colada, cuido el fuego, la acompaño al mercado para traer los alimentos de la familia, cocino, sirvo el almuerzo y el vino a los trabajadores y artesanos. Todo es motivo de asombro para mí: las paredes, que son de piedra y no de madera, las ollas de cobre, la abundancia y diversidad de alimentos desconocidos, las fragantes especias, las ropas y los rostros siempre diferentes que entran y salen del almacén, las distintas lenguas, todas diferentes.

La vieja me lleva a los pisos superiores para arreglar los cuartos cuando el amo o sus ayudantes no están. Entramos en la habitación, y la anciana me muestra la enorme cama, que me deja sin palabras. Nunca había visto algo así: los costados altos de madera tallada, un amplio y mullido colchón relleno de lana, cubierto con sábanas y edredones. Riendo, digo que me gustaría probarlo. La vieja sonríe y poco a poco me da a entender que no es un sueño imposible. El amo es un buen hombre, todos lo saben, un hombre importante, tal vez sea más rico que el emperador, pero es como un niño. Por la noche, cuando termina de trabajar, se encierra en esta habitación y se pone a escribir dentro de esa arca de madera, ella lo ha visto por un agujero en la puerta cerrada. Maria sabe lo que es escribir, ¿verdad? Sí, no soy tan bárbara: sé que escribir y leer son cosas sagradas, porque en nuestro pueblo solo sabía hacerlo el *pope*, que levantaba solemnemente ese libro sagrado recubierto de plata y piedras de colores que contenía todas las palabras que nos leía, y que eran las palabras dictadas por Dios. Pero aquí el librote abierto sobre el escritorio no parece tener nada de sagrado, no tiene esos caracteres angulosos del libro del *pope*, familiares, aunque incomprensibles, ni esas bellas figuras coloreadas de los patriarcas y los santos. ¿Será un libro de hechizos, de magia negra?

Estoy a punto de estirar una mano para tocarlo, pero la vieja grita: ¡ay de ti si lo tocas o pasas las páginas cuando arregles la habitación! Todo debe quedar como él lo ha dejado. Hace siempre lo mismo todas las noches, escribe durante dos o tres horas, luego apaga el candil y se va a esa cama, pero no duerme, qué va: gime, no para de dar vueltas,

lloriquea, incluso durante horas, o toda la noche, como un niño. A la mañana siguiente parece transformado en un hombre malvado, ordena azotar a los que no obedecen o hacen algo mal, y hasta a los que no han hecho nada, y los regaña a todos sin razón. Dicen que es víctima de un hechizo lanzado por una bruja en la lejana ciudad de donde proviene, y que por las noches los espíritus malignos que se esconden debajo de la cama lo agarran de los pies y no lo dejan en paz; quizá por eso tiene esa cama tan alta como un castillo, pero no le sirve de nada. Para vencer el hechizo necesita a alguien a su lado. No una esposa o una amante, no. Tal vez lo que necesite sea una madre. O una nodriza. Como en un viejo cuento de hadas ruso, solo una chica joven y fuerte podría ayudarlo a derrotar el hechizo. El amo es un buen hombre, sabrá recompensarla: una nueva vida, la libertad tal vez, quién sabe.

La vieja repite la historia muchas veces, durante muchos días. Al final yo, tras comparar esa cama misteriosa y mi colchón de paja en el suelo con el hocico de algún ratón que me olfatea el pelo, entiendo a dónde quiere ir a parar, y acepto. Las reglas serán simples. No debo hablarle nunca y él nunca hablará conmigo. Ya bien entrada la noche, en lugar de acostarme en la cocina, subiré a la sala del primer piso y esperaré en silencio a que se amortigüe la luz. Entonces entraré en la habitación, sin decir nada, pasando por detrás del escritorio: él no se dará la vuelta y fingirá no haberme oído. Me desnudaré y me meteré dentro de la cama, que calentaré para él. No tardará en venir, y yo no tendré que hacer nada en absoluto. Él dormirá y yo dormiré también. No tendré que tocarlo ni hacerle nada. Si me toca, dejaré que lo haga sin moverme, incluso aunque me haga otras cosas. Al amanecer tengo que despertarme antes que él y marcharme en silencio, sin despertarlo. Eso es todo. Por la noche siempre me lavaré con esmero, pero sin perfumes: el olor fresco de mi cuerpo y de mi cabello es suficiente.

Hago lo que se me pide con escrupulosidad. A mi lado, el amo, en efecto, se queda dormido como un niño, toda la noche, sin despertarse nunca. Su cuerpo desnudo, cuando se quita esas enormes levitas, es diminuto, más pequeño que el mío, y se empequeñece aún más cuando se acurruca a mi

lado. Las primeras veces estoy asustada y no pego ojo, por miedo a que me pase algo terrible. En cambio, nunca me ocurre nada. Poco a poco insinúo algún pequeño gesto, como acariciar los pocos cabellos de esa cabeza casi calva y susurrar una canción de cuna que me recuerda a mi infancia: *tili tili vom, zhakruy glazha skorye*, cierra los ojos, pequeñín, alguien anda por ahí afuera y se lleva a los niños que no duermen… Pocas veces, tal vez una vez al mes, no más, lo siento moverse y tocarse su pequeño *chlyen* que desliza entre mis muslos tibios, pero no adentro, casi de inmediato me ensucia con un líquido pegajoso y luego se queda dormido tranquilamente.

Hablando con la vieja, me he enterado de dónde estoy, y el descubrimiento me llena de asombro: estoy en Constantinopla, la capital del imperio y la residencia del emperador de los romeos. Es uno de los pocos lugares del mundo cuyo nombre y existencia conocí en mi primera vida en la aldea. En la noche de San Basilio, a finales de año, mi anciana abuela preparaba con esmero la *grechka*, la rica sopa de trigo sarraceno, revolviendo sin parar el caldero como una parca, y cantando con palabras antiguas: la *grechka* sembré, la *grechka* hice crecer, la *grechka* hermosa y oscura se la envié al emperador, a Constantinopla para rendirle homenaje, con los príncipes y los boyardos, con avena y con trigo; y ahora está aquí de vuelta con nosotros, se reía la abuela, vertiendo la humeante *grechka* en los tazones de nosotros, los niños.

La vieja sonríe mientras escucha la cantilena y me corrige: Constantinopla no solo es importante para vuestra sopa. En otros tiempos era la dominadora del mundo. Sin embargo, añade llorando, el tiempo todo lo devora, la vida y la belleza. Ella también, en el pasado, era diferente de esta vieja torcida y desdentada. Se llamaba Irene y era monja, expulsada ignominiosamente del monasterio cuando fue sorprendida en la cama con su amante. Excomulgada y arrojada a la calle, sobrevivió durante años prostituyéndose y mendigando fuera de la Porta Aurea, hasta que un mercader veneciano que pasaba por allí se apiadó de ella y la acogió en el almacén para las tareas más humildes y para educar a los esclavos.

Irene cuenta su historia, y yo me conmuevo pensando en

mi apocalipsis, en el *mir* que ha desaparecido de mi vida, en la *màmuchka*, en mis compañeros, en Sila; y desde entonces las dos mujeres nos sentimos más unidas, la vieja puta y la esclava joven, y para mí Irene se convierte en *babushka* Irene, la abuela Irene. Empiezo a acompañar a la *babushka* Irene al mercado, cargando a hombros con sus pesadas bolsas de la compra; y la acompaño en los días de fiesta a las iglesias de los griegos. Yo, que solo he conocido nuestra pequeña iglesia de madera en el pueblo, ¿con qué palabras podría describir la maravillosa belleza de estas, que parecen hechas por la propia mano de Dios? Me gustaría arrodillarme ante la Santísima Madre del Velo, que me protegió y me salvó durante mi viaje al infierno, pero *babushka* Irene me dice entre lágrimas que, por desgracia, el velo milagroso, el *maphorion* y el icono sagrado de Blachernitissa ya no existen, destruidos por un incendio.

Me siento desesperada. ¿No volveré a encontrar a mi virgen? ¿De quién puedo obtener protección? Más tarde, un día de julio, deambulando con la *babushka* Irene y el amo por el mercado de la almoneda, ¿qué veo sobre un carrito, junto a una tetera de cobre y dos calderos abollados? A mi Virgen, que me abre los brazos desplegando el velo, pintado de vivos colores, con un fondo dorado sobre una tabla de madera completamente devorada por la carcoma. Es uno de esos milagros que ocurren cuando y donde menos te lo esperas, sin más, de forma repentina. Grito, señalo el carrito, lloro de alegría, me persigno repetidamente, y como una niña caprichosa, no me muevo a menos que me den ese icono. La *babushka* Irene también se santigua y susurra algo al amo, quien se ve obligado a comprarle al astuto quincallero tanto el icono como la tetera y los calderos. Cuando regrese a su despacho, descubrirá que ya he clavado la Blachernitissa en la pared entre la cama y el escritorio.

Han pasado dos años. Vi llegar a un nuevo esclavo, Zorzi, al que encargaron de inmediato los trabajos más duros y a quien pusieron a dormir en el establo junto al caballo: es un chico abjasio de dieciocho años que no parece saber hablar ni siquiera su propia lengua, y que cuando no está solo se encierra completamente en sí mismo.

Y, por último, llega al patio, siguiendo a su amo, un extraño chico rubio vestido con extrañas ropas andrajosas y botas descosidas. Yo, que estoy arreglando los cuartos en el primer piso, lo observo todo desde arriba. El chico es conducido a la cocina y sale cojeando la *babushka* Irene, que me ve en la ventana y me ordena que baje. Entramos juntas a la cocina. El amo me habla, mirándome a los ojos, como pocas veces lo hace, y señalando con la mano al chico que está de pie en un rincón: tengo que cuidar a Caterina en todo lo que sea necesario; y sin añadir más explicaciones se va, porque su librote lo espera. ¿Cómo? ¿Quién es Caterina? ¿Ese chico rubio? Irene y yo nos miramos perplejas, luego la vieja lo comprende todo y sale a echar a los trabajadores del patio que se habían acumulado curiosos en la puerta, ordena que traigan una tina y algo de ropa, y antes de salir y cerrar la puerta me dice en voz baja lo que debo hacer.

Hiervo agua en la chimenea, lleno la tina y desvisto a Caterina, mirando con curiosidad el corsé que le aprieta el pecho; y sobre todo un extraño anillito de peltre que lleva en el dedo. Trato de quitárselo, pero ella lo defiende ferozmente. Lo dejo donde está, tal vez sea el único recuerdo que le queda de alguien o algo. Desnuda, con su cuerpo adolescente aún inmaduro, Caterina me parece *priekrasni, zhimichételne*, muy hermosa, maravillosa, con brazos y piernas firmes, como alguien acostumbrado a una vida no delicada sino salvaje, en los bosques: muy parecida a mí, de no ser por ese pelo corto y rubio que le da un aspecto ambiguo entre hombre y mujer. No es tártara, es demasiado hermosa; no es bajita, no tiene el rostro chato de las tártaras. Debe de ser una circasiana, ese pueblo de las montañas, porque en el bazar ya he visto pasar a otras esclavas así, salvajes, altas y hermosas, y mi amo también ha comprado algunas, pero para revenderlas y ganar dinero, no para tenerlas junto a él, como solo me concedió a mí, Maria.

La meto en el agua y la lavo esmeradamente con una esponja y un cepillo y un poco de jabón con aroma a sándalo. Cuando sale de la tina fricciono su cuerpo con toallas secas, fascinada por esa piel suave y luminosa, aunque algo seca y agrietada, tal vez a causa de las incomodidades de la travesía marítima. Aplico una pomada aceitosa que me dio la

babushka Irene, extendiéndola lentamente por la espalda y las nalgas, y luego por la frente, el cuello y los senos. La chica, con la mirada ausente, parece completamente pasiva. Cuando me agacho para frotar sus piernas, observo su sexo y, como me explicó Irene, la examino metiendo dos dedos entre sus labios, provocándole un pequeño gemido. Inmediatamente retiro los dedos, porque ya he encontrado lo que debía encontrar; pero el eco de ese gemido sigue resonando dentro de mí, y me inquieta, no sé ni por qué.

Empiezo a vestirla envolviéndole el pecho con una banda de algodón, aunque no demasiado apretada: esos jóvenes senos deben haber estado aplastados por el corsé durante demasiado tiempo, es hora de que respiren un poco. Le pongo una camisa y una falda larga, libre y sin bragas, como todas las mujeres del pueblo, y le deslizo los pies en unos toscos zuecos de madera. Contemplo divertida el resultado de mis esfuerzos, la metamorfosis del chico huraño en una sirvienta anónima, algo cómica por el blusón que le queda grande, el pelo corto y desgreñado y su aspecto de perro apaleado. Pero la chica ni siquiera me mira, y comprendo que en realidad no tenga muchas ganas de bromas. Mañana le ataré un pañuelo de tela gris alrededor de la cabeza a modo de turbante, parecido al que oculta mi larga cabellera negra, para que parezca más una sirvienta, y disimular ese indecoroso pelo corto. Tardará meses en volverle a crecer. Pero ¿por qué todo lo que hacemos las mujeres se considera indecoroso? Si mostramos el pelo largo dicen que es pecado porque encendemos el deseo de los varones; si lo acortamos, es aún peor.

Se está haciendo tarde y las luces del atardecer se encienden en el patio. Siento a Caterina a la mesa, pongo los restos de la *grechka* que preparé ayer y una botella de vino aguado en la mesa y comemos juntas, en silencio. Noto el intenso olor de la piel de Caterina que transpira después del baño, y vuelvo a sentir esa sensación de turbación desconocida que experimenté antes. Al final saco un jergón de una esquina, lo pongo debajo de la mesa, le echo una manta encima y le aclaro a Caterina con cierta brusquedad que esa es su cama. Ella, sin decir nada, se acurruca allí y se da la vuelta. Ya está bien, ahora tengo que subir al primer piso.

Una última cosa: me acerco a un mueble y saco una frasca de vino de Chipre, el fuerte y especiado, no aguado. Bebo una copa generosa, a la salud del *paron*, y me voy.

Por la mañana temprano estoy de buen humor, como siempre. Debo haber soñado con algo muy agradable, pero no me acuerdo. Bajo canturreando en mi antigua lengua, que se me está olvidando, voy a vaciar la vejiga en un rincón escondido levantándome la falda, me lavo la cara y los hombros en la fuente de piedra, y saludo en el patio a los trabajadores y descargadores, que desde las primeras luces del día están ya manos a la obra. Voy a despertar al esclavo Zorzi con un balde de agua, porque tiene que limpiar el establo y dar de comer al caballo. Abro de par en par la puerta de la cocina y sacudo bruscamente el jergón de Caterina, diciendo en voz alta: *dobroe utra, Katiusha, lyubov maya*, buenos días, Katiusha, mi amor. Pero me quedo de piedra oyendo una vocecita que me contesta desde allá abajo: *spasiva*, gracias. Me agacho debajo de la mesa y veo esa cabeza rubia despeinada que emerge cual rastrojo de la manta sucia, y esos ojos que brillan como turquesas, como gemas olvidadas por un mago.

¿Pero cómo, sabe mi lengua? Pero entonces ¿ella también es *rus*? ¿Por qué no me lo dijo de inmediato? Pero he hablado demasiado rápido y Katiusha no entiende nada. Repito más despacio. La muchacha, que mientras tanto se ha sentado, responde mezclando palabras rusas con otras palabras de una lengua desconocida; el caso es que se hace entender más o menos. No, no es *rus*, pero su nodriza era *rus*, Irina; ella le enseñó esas palabras, era su lenguaje secreto, su *chakobska*, una lengua de caza distinta a la de todas las demás mujeres y chicas. Ha dicho *spasiva* porque también quiere darme las gracias por lo de ayer, porque Maria la lavó e incluso comió con ella. Promete que será buena y que siempre obedecerá sus órdenes, y que nunca intentará escapar.

No acabo de entenderla del todo: ¿de dónde ha salido esta? ¿Ha intuido que yo también soy una esclava como ella, y no el ama? Trato de hacérselo entender, pero nuestra comunicación no va mucho más allá. Le digo algo en veneciano y me doy cuenta de que también lo entiende;

responde, pero con el acento meloso de los genoveses que viven al otro lado del Cuerno de Oro. Pues bien, a partir de ahora esta será nuestra lengua, como debe ser *segund usanza*: la lengua del hombre a quien pertenecemos. Nuestras lenguas antiguas, las de nuestra infancia, se han perdido para siempre y debemos olvidarlas. Solo entre nosotras, en secreto, seguiremos lanzándonos sonrientes algunas palabras de nuestra *chakobska*, señal de un entendimiento secreto del que me alegro, porque es como si hubiera encontrado una *siestrenka*, una hermanita: *dobri, karashò, pazhalsta*. Katiusha aprende rápido, porque es tan espabilada como un pequeño zorro. En cambio, no consigue olvidar tan rápido como yo intento hacer, porque cuanto menos recuerdas, menos sufres. Quizá nunca podrá olvidar el mundo de libertad del que procede.

En una Nochebuena inusualmente fría, en la que cayeron incluso algunos copos de nieve sobre la gran ciudad costera, Irene murió. Por fin encontró su paz. La descubrimos debajo de las escaleras donde dormía por las noches, envuelta en sus harapos, con la expresión serena de quien sueña con un ángel, y quizá sea de verdad un ángel el que ha venido en la noche santa para traerle el perdón de la Virgen Theotokos y se la ha llevado. Queda su cuerpo reseco, e insisto al amo para que se le dé un entierro digno, como cristiana: a *babushka* no se la puede tirar a los perros en la basura. Y casi pierdo la paciencia, porque el amo, inclinado sobre el escritorio incluso en ese día de Navidad para completar un complicado cambio entre dirhams y aspros turcos, finge no escuchar, porque Irene no es esclava ni fámula suya, en el librote no hay escritura alguna que la ataña y, por lo tanto, no existe, y además es griega, y puta, por si fuera poco, y una antigua monja excomulgada. Al final, para librarse de mí, me entrega unas monedas de cobre; sin olvidarse de anotar el gasto en el librote, pero con la descripción genérica de *para uso propio*.

Llamo a Katiusha: ¿sabes lo que tienes que hacer? La chica asiente diciendo que recuerda lo que hizo por su abuela: hay que lavarla y ungirla con bálsamo, vestirla con sus mejores ropas, llevarla en una litera a la arboleda sagrada, sentarla en un montón de leña y velarla durante ocho días. Incluso a

través de las lágrimas de dolor por la *babushka*, no puedo evitar una sonrisa ante las palabras de Katiusha: pero ¿de qué mundo viene? No, no podemos hacer nada de lo que dice. En cambio, colocamos con delicadeza el pobre cuerpo ligero encima de una vieja sábana extendida sobre la mesa de la cocina, sin desnudarla, esforzándonos por estirar los miembros ya contraídos por el frío y los rigores de la muerte, le lavamos las manos y la cara y le ceñimos con fuerza la mandíbula y la nuca con una banda cándida, para cerrarle la boca desdentada. La envolvemos en el sudario, ciñendo sus restos. Dos porteadores la llevan a hombros, porque no se necesitan más para ese bulto que apenas pesa, y todos los seguimos. En el aire gris y frío nos dirigimos al pequeño monasterio de Santa Maria dei Mongoli, donde las monjas han aceptado enterrarla bajo un olmo en la tierra de un cementerio que parece una huerta, un rincón de paz rodeado de muros.

Tengo que enseñarle absolutamente todo a mi hermana pequeña, *siestrenka* Katiusha, pues siempre parece que acaba de bajar a esta tierra desde alguna estrella de allá arriba. En primer lugar, le enseño a hacer la señal de la cruz, y de la manera correcta, no al revés como esos herejes latinos, el amo y los demás francos entre ellos; y a saludarnos por la mañana y por la tarde con tres besos. Pero también descubro que los mundos de los que ambas venimos no están tan lejos como parece. Katiusha me cuenta que ella también asistió a una gran fiesta sagrada de verano a orillas de un río, y bailó en círculos, y se bañó desnuda con todos los demás jóvenes, hombres y mujeres, de noche, bajo la luna llena: yo entrecierro los ojos e imagino que estoy rozando el cuerpo lozano de la *siestrenka* en las aguas plateadas del río.

Katiusha también sabe hacer una cosa maravillosa, que nadie en mi aldea sabía hacer, y se decía que solo los santos o los monjes que se dejaban guiar por la mano de un ángel eran capaces de llevarlo a cabo: pintar las figuras de los iconos sagrados. Poco a poco ha llenado la cocina de figuras, dibujadas con carboncillo o piedra roja: el gato que duerme junto a la chimenea, el caballo del amo, la cara de abobado del esclavo Zorzi, y también la del amo, calvo, con los

cristales en la nariz que, si él la viera, podría hacer que la azotaran, y además fantásticos entramados de plantas y flores que parecen nudos, y un extraño aciano. Pero ¿sabe hacer también figuras sagradas? Sin responder, agarra enseguida el carboncillo y dibuja en el enlucido el icono de la santa Virgen del Velo con los brazos abiertos, bendita sea siempre, que ha visto en el piso de arriba, y me brotan las lágrimas de inmediato, y empiezo a santiguarme con devoción. Bendita Katiusha, también su mano debe de guiarla un ángel invisible.

Por mi parte, le enseño todas las tareas necesarias para ser una buena esclava, y nunca la dejo sola, por si acaso. Allá donde aparecen los mechones negros de Maria, apenas retenidos por la cofia, se presentan inmediatamente después los dorados y ya largos otra vez de Katiusha, que arrastra con esfuerzo dos baldes llenos de agua. No tenemos nada que temer del amo, es un buen hombre, que no hace más que trabajar, y se retira luego a su cuarto a jugar con los papeles y las plumas: pero no debemos tener miedo, no hace ningún hechizo con la escritura, porque he colgado el icono sagrado de Blachernitissa detrás del escritorio, que ha ahuyentado incluso a los pequeños demonios traviesos que, escondidos debajo de la cama, le tiran de los pies por la noche y le provocan pesadillas.

No le digo nada más sobre el amo, ni he respondido nunca a ninguna pregunta sobre él. Pero creo que Katiusha no deja de preguntarse por qué por la noche, después de haber comido con ella en la cocina y prepararle su humilde jergón debajo de la mesa rústica, me marcho siempre, dejándola sola y cerrando la puerta con llave. Debe de oír los suaves pasos de mis pies descalzos al subir por la escalera, y luego el crujido de las tablas de madera del suelo del primer piso, donde está el dormitorio del amo; y debe haberse dado cuenta de que duermo con él. Quién sabe qué preguntas se hará. ¿Será acaso Maria la esposa secreta del amo, una princesa disfrazada de esclava que vuelve a ser princesa por la noche y no puede decírselo a nadie? ¿O algo más? ¿Qué hacen un hombre y una mujer cuando yacen juntos? Lamento, con todo, que Katiusha duerma sola: es probable que prefiera dormir conmigo, que le recuerde a su nodriza Irina, y abrazar mi cuerpo cálido y reconfortante.

De los aprendices venecianos, el más simpático es Zuaneto, que suele entretenerse hablando con nosotras, pero sin malicia, siempre sonriente, y ha asumido la responsabilidad de enseñarnos la dulce lengua veneciana, porque corrige pacientemente nuestros errores de pronunciación, gramática y sintaxis, y nos sugiere las palabras adecuadas para nosotras. Al esclavo abjasio, Zorzi, lo mejor es dejarlo solo, es como un animal, y no está claro lo que le pasa por la cabeza; es preferible no quedarse a solas con él, sonreírle o mostrarle un pie descalzo o un hombro, podría pasar algo malo, allá en el establo; y a Katiusha le da pena no poder bajar al establo, porque allí hay una criatura con la que inmediatamente trabó amistad, el caballo tordo del amo, y un día la descubrí abrazándolo, hablándole al oído, acariciándole la crin.

También hay que tener cuidado con Zorzi Moresini, el *factotum* del amo, pero por razones opuestas a las del pobre abjasio. Moresini es astuto e intrigante, quizá demasiado, no hay que hacer caso nunca a sus falsas palabras, y más de una vez, cuando estoy inclinada sobre el lavadero golpeando vigorosamente la colada, se ha apoyado sobre mí para que note su *chlyen* duro y ha tratado de meterme una mano por debajo de la falda, para tocar mis nalgas desnudas, recibiendo un fuerte golpe en la cara con toda la ropa, que lo ha mandado al barro del patio despatarrado. Por lo demás, todos nos respetan: porque todos saben que somos propiedad del amo. Para hacerle entender el concepto, le enseño a Katiusha las bolsas llenas de especias preciosas en el almacén. Mira, ¿ves esa marca impresa en el lienzo? ¿Ese extraño signo coronado por la cruz? Es el símbolo del amo. Nadie se atrevería a tocar o robar esos sacos, porque son de su propiedad. Como lo somos nosotras dos, aunque afortunadamente no es costumbre marcar a las esclavas con hierro candente, como caballos o vacas: pero es lo mismo, es como si tuviéramos esa marca, y esa marca invisible por lo menos nos defiende de otros hombres.

Katiusha me acompaña a hacer la compra diaria, como hacía yo con Irene, y así puede salir por primera vez por la gran puerta del almacén, y ella también empieza a descubrir la ciudad en la que se encuentra, aunque solo sea el barrio

veneciano, porque más allá no podemos ir. El amo será un hombre bueno, pero es severo y tiene un látigo, y una vez incluso yo, que soy esclava de día y nodriza de noche, probé su ira porque había derramado un vino espeso como la tinta y prácticamente indeleble sobre una preciosa alfombra persa. Recorremos juntas los soportales del *émbolos*, la calle principal del bazar, parándonos en las distintas tiendas, y siempre tengo que estar atenta para que no se me pierda Katiusha, desconcertada por el ruido y las novedades, como me ocurría a mí las primeras veces. A menudo nos asomamos por las puertas que se abren en las altas murallas para mirar en silencio los grandes barcos, largos o panzudos, que nos han traído hasta aquí.

La meta favorita de Katiusha es siempre la misma: la riquísima lonja del pescado, que le ofrece un extraordinario espectáculo de criaturas fantásticas, brillantes e iridiscentes, colocadas sobre los mostradores, o incluso vivas y moviéndose dentro de grandes tanques, que le recuerdan a los esturiones de lomo hirsuto que veía en los ríos de su aldea, o las formas mágicas de las *rusalke* que imaginaba en el lecho del arroyo. Katiusha, que es de un pueblo montañés, nunca habría imaginado que bajo la superficie oscura del agua del mar vivieran tantas y tan diferentes criaturas: es más, como también me ocurría a mí, en otros tiempos ni siquiera sabía qué era el mar.

Una noche templada de finales de enero, tras subir como de costumbre al primer piso y desnudarme para entrar a calentar la cama, descubro que por primera vez en tres años el amo me está mirando, violando así una de sus reglas no escritas que siempre hemos respetado estrictamente los dos: no mirarnos nunca el uno al otro. Me observa, y existo, por lo tanto. Y me siento por primera vez en mi vida avergonzada por mi desnudez, como si fuera Eva sorprendida por el Todopoderoso bajo el Árbol del Bien y del Mal. El amo empieza a hablarme, como no lo ha hecho en tres años. Sus días en esta ciudad han llegado a su fin: se dispone a marcharse tan pronto como arriben los barcos venecianos. Maria se irá con él, a su Venecia, que es una ciudad magnífica, como Constantinopla, pero mucho más próspera y

rica, y no reducida a esa desesperada condición ruinosa: hay mercados, tiendas, casas provistas de todo, ropa, sedas, joyas, perfumes, y tal vez él pueda liberarla, para que pueda tener su propia vida, libre.

No pego ojo en toda la noche, a diferencia de mi amo, y sueño despierta con muchas cosas. Vuelvo mis ojos al santo icono y rezo sin cesar. Al amanecer, cuando bajo al patio, mi agitación parece reflejarse en la agitación general de toda la humanidad que vive en el almacén, todos ya despiertos y en movimiento. Ya vienen, se gritan unos a otros: los barcos, ya vienen. Ya habían sido avistados tras los promontorios el día anterior por un bergantín genovés que volvía a toda prisa a Pera. El convoy es escoltado desde lejos por una sospechosa flotilla de fustas turcas. Podrían entrar en el Cuerno de Oro al final de la tarde. También el amo, que acaba de despertarse, baja desaliñado y llama a sus secretarios. Más tarde llega sin aliento un mensajero del *bailo*: después de desembarcar, la procesión imperial pasará por el barrio veneciano, y en ese momento todos los mercaderes, banqueros y los gremios de las artes deberán estar listos para homenajear al soberano y seguirlo en la gran procesión hasta la basílica de Santa Sofía. Lo escucho todo, pero entiendo poco, mientras el amo deambula nervioso por el patio, todavía con su bata, con el gorro de noche en la cabeza calva, y refunfuña: gastos, gastos y más gastos.

Alrededor de la hora nona todo parece estar listo, y podemos respirar aliviados. Llegan desde fuera los gritos de los niños que corren bajo los soportales: ya vienen, ya vienen. Y entonces asisto a un espectáculo nunca visto: por la escalera del patio baja el amo, vestido con un jubón corto de pieles, pantalones metidos en las botas y un gorro de fieltro que disimula su calvicie; parece incluso más joven y casi guapo. Le ordena al bruto de Zorzi que le prepare su caballo, monta con una agilidad insospechada y les dice a Zuaneto y Moresini: vamos a ver estas galeras nuestras. Entonces se percata también de que estamos en un rincón, Maria y Katiusha, como dos hermanas asustadas, cogidas de la mano y con la boca abierta, y grita: venga, sí, *venì anca vù,* venid vosotras también. Zuaneto nos cubre con capas, para que no cojamos frío, y corremos todos sin aliento por la ladera de la

colina, tras el jinete y amo hasta la terraza de un monasterio en ruinas, cerca de una antigua torre desde la que podemos ver la costa del otro continente.

Es un hermoso día soleado de invierno, con el aire despejado y cristalino. Allá abajo, en la corriente del Estrecho, majestuosa, vemos la armada, las grandes galeras de Estado que avanzan a toda vela, con los enormes estandartes rojos, blancos y dorados del León de San Marcos y del águila imperial bicéfala. Los tambores del remo resuenan a ambos lados del Estrecho, las largas trompetas retumban, los remos se sumergen todos juntos en el agua. Las campanas de toda la ciudad empiezan a repicar sin pausa. Vemos al amo que respira a pleno pulmón el aire salado. Parece feliz.

El desembarco no se produce hasta el día siguiente. Nosotras dos, como esclavas, no podemos salir a la calle, así que nos asomamos al ventanuco de la habitación del primer piso, decorada por fuera con una alfombra de colores chillones, mientras que de los clavos de la muralla cuelgan otros paños decorados. Entre nosotras está Zuaneto, que nos cuenta que se siente feliz por estar cerca de dos chicas tan vivaces y tan diferentes de las pálidas *putele* a las que, cuando vivía en Venecia, solo conseguía robar una fugaz mirada en la iglesia antes de que la atenta supervisión de una madre o ama de llaves se percatara; y de vez en cuando su mano se desliza sobre nosotras, a un lado o al otro, pero no importa, estamos todos muy emocionados. Vemos abajo al amo a la espera entre los otros mercaderes, en el almacén, vestido con su capa escarlata a la moda de Brabante, su cabeza calva oculta por un austero birrete de fieltro oscuro. Repican a fiesta las campanas, se oyen tambores, trompetas y pífanos, llegan los guardias del megaduque que empujan a la multitud a ambos lados de la calle para permitir el paso del cortejo. Pasan los armígeros con sus largas picas, los heraldos, las filas de niños y niñas vestidos de blanco, la larga serie de los abanderados con todos los estandartes y símbolos imperiales, e inmediatamente después, precedido por un joven que porta el palio rojo con el águila bicéfala dorada, el emperador de los romeos, el *emperador Caloiani*, viejo, cansado, enfermo, casi invisible bajo el manto adamascado con solapas de armiño y

su alto sombrero puntiagudo.

La gran procesión serpentea hacia Santa Sofía, y nosotros, junto con Zuaneto, la seguimos desde lejos. Naturalmente no podemos entrar en la basílica ya llena. Nos quedamos un rato fuera, escuchando los cantos solemnes de acción de gracias que se filtran por los grandes portones, luego nos alejamos y deambulamos por los alrededores, entre extrañas figuras antiguas, un trípode, un obelisco, una columna en forma de dos serpientes entrelazadas. Volvemos hacia Santa Sofía cuando todo ha terminado y la iglesia se ha vaciado. Fuera solo queda la multitud de los pobres, tratando de saciar su hambre con los restos de comida que quedan en los largos bancos, y nosotros también logramos encontrar un trozo de pan y unos pescaditos fritos por una monja anciana que canturrea para sí misma: «Constantinopla no caerá, no caerá, hasta que estos pececillos salten de la sartén y se alejen volando». Entramos en la basílica. En el vacío solo resuenan nuestros pasos. El inmenso espacio sagrado nos envuelve, con olor a incienso aún, atravesado por los haces de luz que se filtran por los ventanales.

Por encima de nosotros, en la cúpula, nos parece ver un cielo de estrellas, iluminado por una corona circular de astros que reverberan en las teselas vítreas y doradas de los mosaicos; las mil ventanas laterales son como ojos, y los inmensos arcos por encima de ellas, como pestañas. Katiusha no sabe hacia dónde mirar, deslumbrada por el esplendor de los mosaicos y de las incrustaciones de piedras preciosas, mármol, pórfido y jaspe. Yo me santiguo con devoción y rezo ante la imagen de la Theotokos. Subimos a la galería y miramos hacia abajo desde allí. El pavimento, hecho de grandes losas de mármol veteado de azul, parece un mar tormentoso, ondulado por las olas, la superficie surreal de un mar helado.

Al atardecer, cansados, volvemos hacia el almacén. Pasamos bajo una enorme columna coronada por la estatua de bronce del emperador Constantino a caballo, con la cabeza ceñida por una corona de plumas y la mano levantada hacia oriente. Es para alejar a los bárbaros, dice Zuaneto. Pero se estremece del susto al oír una voz ronca y furiosa detrás de nosotros que lo corrige en un veneciano aproximado: no, esa

mano indica precisamente lo contrario, la dirección por la que llegará el invasor, el conquistador de Constantinopla, el instrumento de la cólera divina que se desatará sobre la ciudad para castigarla por su corrupción y por haberle dado la espalda a la verdadera fe católica. Nos damos la vuelta y nos encontramos frente a un viejo monje griego, un profeta de largas barbas que blande una cruz amenazante y reemprende su predicación, dirigida a una pequeña multitud de mujeres aterrorizadas: el final está cerca, arrepentíos ahora, cuando veáis que las señales se aproximan será demasiado tarde. La ciudad caerá cuando un Constantino hijo de Helena ascienda de nuevo al trono, y cuando la luna se oscurezca y caiga una lluvia de sangre, y cuando haya relámpagos y truenos y los dragones bajen del cielo para destripar a las ovejas. Entonces la ciudad caerá, y solo habrá ruina y lamentos.

Martes de carnaval. El barrio veneciano celebra el carnaval con la misma alegría y los mismos colores que quizá haya en Venecia. El amo no está: se ha ido a Pera y se quedará también a dormir, para concluir sus negocios y vaciar los almacenes. Zuaneto, Moresini y todos los demás también están con él. Se me ha encomendado la vigilancia de la casa, con la estricta recomendación de no salir, cerrarlo todo por la noche y encerrarme en la cocina. Por la mañana fui un momento al mercado y regresé enseguida con un capazo, sin decirle nada a Katiusha, luego la mandé a limpiar a fondo el piso de arriba, para poder quedarme sola en la cocina sin que esa niña me molestara.

En febrero oscurece pronto. Escucho que Katiusha, en el piso de arriba, se asoma por el ventanuco para mirar en la calle el alboroto de los enmascarados que pasan con sus antorchas. Es en estos momentos cuando le asalta la melancolía, pobre muchacha, cuando siente toda la soledad de su condición, de nuestra condición, y quisiera llorar, aunque nunca lo haga. Cuando baja a la cocina, le espera una gran sorpresa, porque la recibo en camisa, abrazándola con alegría, besándola tres veces y exclamando buena *màslenitsa*. Un gran fuego en la chimenea inunda de luz y calor toda la estancia, la mesa está repleta de bandejas y cuencos con los

platos que he preparado en secreto: lonchas de atún fresco cocinadas al fuego acompañadas de nuestra crema amarilla hecha con huevos y aceite, mezclada con guisantes y trocitos de nabos y verduras y setas; un queso de cabra suave y ácido con vetas azuladas; un pequeño cuenco de caviar negro y reluciente; y sobre todo, una montaña de buñuelos hechos con mantequilla y huevos, redondos y brillantes como pequeños soles. Son blinis, le explico; ahora que estamos solas y libres quería hacerte un regalo, hacerte sentir feliz y menos sola, celebrar la *màslenitsa* juntas, y estas son las cosas que solíamos preparar en mi aldea, lejos, muy lejos, en el país de los *rus*, cuando por el día disfrutábamos revolcándonos en la nieve y deslizándonos por el río helado, y por las tardes nos reuníamos en las isbas alrededor de los humeantes blinis. Aparte, hay nueces y miel, sé que a Katiusha le encantan. Y nada de agua. Hay varios vinos mezclados: el del amo, el vino de Chipre que llaman *comandaria*, dulce y fuerte, y un moscatel blanco recién llegado de Maiorica. Y también está la música, la de los pífanos y laúdes que se oye desde fuera.

Los reflejos del fuego brillan en el rostro y los ojos risueños de Katiusha, que me parece aún más hermosa. Las copas se llenan y se vacían varias veces. Con creciente pasión le revelo todo lo que me ha dicho el amo: dentro de unos días tendremos que partir en los grandes barcos que hemos visto llegar, cruzaremos otro mar, seguiremos hasta Venecia al amo, que ha prometido liberarme, y acogerme en sus palacios, y darme vestidos, perfumes, joyas, y convertirme en una princesa, venerada y amada por todos los hombres, y Maria entonces ayudará a Katiusha, se la llevará con ella a su palacio, siempre estarán juntas, como hermanas, y nunca se separarán.

Katiusha está emocionada, tiene los ojos húmedos, no sabe si reír o llorar. Le sujeto la mano y se la acaricio, luego le seco las pestañas con un dedo y bajo para acariciar sus mejillas enrojecidas y sus labios entreabiertos, todavía algo manchados de miel, y las puntas de sus pezones que presionan su camisa. Katiusha, feliz, olvidando toda adversidad pasada, excitada por el vino y el fuego, se levanta y baila frente a la chimenea, descalza y con su camisa transparente, a pequeños saltos, al estilo de las circasianas,

moviendo su larga melena rubia, y yo también bailo, completamente hechizada por ese ángel salvaje. Katiusha, sin vergüenza alguna, se quita la camisa y se queda desnuda, y yo también, y me arrodillo ante ella como ante el icono sagrado de Blachernitissa. Temblando de devoción beso sus pezones, que amamantarán a sus hijos, y el vientre que los engendrará, luego la tumbo sobre la estera y le lamo los labios entre las piernas, haciendo que se vuelvan turgentes y palpitantes, y asaeto con mi lengua el relicario más escondido, ya empapado por su miel. El cuerpo de Katiusha tiembla y gime, y experimenta por primera vez el fuego sagrado que nos hace arder de deseo. *Zhimichételne Katiusha, lyubov maya*.

Es el amanecer del gran día. El día de nuestra marcha. En la cocina se filtra la primera luz por debajo de la puerta que da al patio. Tenemos que levantarnos, hay mucho que hacer. Yo, que no he pegado ojo esta última noche, me libero del abrazo de Katiusha, que sigue durmiendo como una niña, y me levanto. Se escuchan las campanadas del reloj de la torre. Me estremezco: qué diferentes son de los tañidos de la campana de mi aldea, tirada por manos humanas, mientras que estas son accionadas por un engranaje de metal que las vuelve todas frías e iguales. He visto en la plaza ese cuadrante blanco con la larga barra dorada. Tal vez sea un invento del diablo para acaparar el tiempo, que Dios, en cambio, entregó a los hombres para que lo aprovecharan viviendo la vida en plenitud y gozo, para su gloria; el tiempo, que es propiedad de Dios y no de los hombres. Pero el malvado artífice quiso hacerles creer que lo era, y que podían emplearlo a su antojo para tomar posesión de todos los seres y todas las cosas de la creación, animales, árboles, piedras, y también los demás seres humanos, hombres y mujeres, todos a quienes Dios ha hecho libres y no esclavos. Un poco más y estaremos en Venecia, y todo cambiará, pienso sacando a Katiusha de su letargo.

6. Donato

Venecia, en el palacio Badoer,
la mañana del 26 de abril de 1440

¿Hace cuánto tiempo que vivo aquí en Venecia?

Ni yo mismo lo sé ya, al igual que no sé cuántos años tengo ni en qué año nací exactamente. He declarado mi edad de diferentes maneras en innumerables ocasiones: en las súplicas para obtener la ciudadanía, en las declaraciones de impuestos, en los miles de papeles en los que te obligan a escribir quién eres, cómo te llamas, cuándo naciste, dónde vives, cuánto ganas, y todo ello solo para tenerte bajo control, para empadronarte en algún sitio, para cargarte de impuestos y tasas, cuando yo en cambio, desde que era niño, lo único que he querido es ser libre, libre y no encadenado como un esclavo a una sola familia, brigada, camarilla, gremio, compañía, ciudad. Ni siquiera Venecia, a la que tanto amo, es al fin y al cabo mi ciudad, porque si lo fuera, yo también sería suyo. No, quiero ser y seguir siendo un hombre libre, y poder irme cuando y como quiera.

Libertad. Era la consigna, la palabra más sagrada y venerada, en la ciudad donde nací, Florencia: *Florentina Libertas*. Era la palabra que gritaba el pueblo cuando se rebelaba contra los ricos y poderosos que siempre lo habían aplastado bajo el peso de leyes, estatutos, cargas, y se lanzaba furioso como un río en crecida a las calles y plazas, como cuando expulsó al duque de Atenas. O cuando los *ciompi*, los humildes trabajadores del gremio de los cardadores de lana, se sublevaron para ver reconocida una dignidad que nunca habían tenido. Todavía recuerdo las historias que me contaba mi padre, Filippo di Salvestro Nati, conocido como el Tinta, quien como todos los artesanos y trabajadores de los gremios menores y el *popolo minuto*, la gente común, también salía a las calles a alborotar y a gritar libertad, y algo se hará.

Mi padre, con todo, no me contaba esas cosas para

educarme en la libertad, ni mucho menos: sus historias siempre acababan de la misma manera, con aquellos que habían levantado la cabeza inclinándola de nuevo, y el poder ocupado otra vez por los mismos, como si nada hubiera pasado, todo cubierto por alguna nueva reforma institucional y por modestas concesiones a algunos plebeyos para que fueran priores o gonfaloneros de distrito durante dos meses para cesar luego en el cargo. Era así como nos la jugaban, con la ilusión de dejarnos compartir un trocito de poder, y mi gente también se vio engañada. Mi padre fue elegido prior nada menos que tres veces, y se pavoneaba en su paletoque negro, pero sus manos nunca dejaron de estar hinchadas, encallecidas y sucias de cola y serrín. El verdadero poder, en cambio, siempre lo tenían las mismas familias, y siempre eran ellas las que se aprovechaban de las revoluciones. La moraleja de mi padre era muy sencilla: quédate en tu sitio, aférrate a tu familia, a tu taller, a tu gremio, aprende bien tu oficio y gánate honestamente un pedazo de pan, y no te muevas, porque si no, acabarás mal.

A mí me importaba un pimiento esa sabia escuela de la vida, reforzada por frecuentes dosis de latigazos. Quería alejarme de esa casa, de ese taller, de esa calle estrecha donde vivíamos. No sabía siquiera lo que quería de verdad, como no lo sabe ningún chico joven cuando todavía está lleno de sueños e ilusiones: solo recuerdo que quería marcharme, y que quería rebelarme contra mi padre y contra todos los que eran como él, y que me iría y les demostraría a él y a los que eran como él que no iba a acabar mal.

Ahora que yo también he llegado a la vejez, siento un poco más de indulgencia hacia mi padre: porque, en los recuerdos, que diluyen con el tiempo los sufrimientos vividos y suavizan las asperezas, se me aparece su figura como la del hombre que se sacrificó durante toda su vida por la familia y el trabajo. Siempre estaba metido en el taller, en la planta baja de nuestra antigua casa en via di Santo Gilio, justo detrás de la iglesia de San Michele Visdomini y a la sombra de las interminables obras de construcción de Santa Reparata, sin respetar nunca las horas de trabajo, que para él iban a menudo mucho más allá de la interrupción obligatoria de las

vísperas, y entonces se encerraba en la parte más interna, la que daba al huerto, con un candil, para completar un último trabajo de cincelado, en secreto, sin que la patrulla de guardias nocturnos se diera cuenta.

Él era cajero, y su padre Salvestro también, y yo también tenía que serlo, y al final lo fui, claro. A pesar de todo lo que he hecho, no he sido capaz de cambiar mi destino. Tal vez tuviera razón mi padre. No hay escapatoria al destino de la familia, que para nosotros los Nati es el de ser cajeros, es decir, subalternos. Un arte menor el de los Cajeros, colocados junto a los Carpinteros. Somos artesanos especializados en la fabricación de contenedores de madera de cualquier clase y para cualquier uso: cajas y baúles de viaje y transporte, cajas de depósito, arcones domésticos para ropa, lencería y ajuares, cajitas portaobjetos y, sobre todo, joyeros, cajitas de tocador, cajas y baúles blindados para los ricos y los banqueros, aunque también para la administración pública, cofres y arcas reforzados con bandas de hierro y complicadas cerraduras, y, por último, una tipología especial de cajitas en las que conservar cuidadosamente los huesitos y restos humanos que son todo lo que nos queda de los cadáveres de los santos hombres y las santas mujeres, y que nuestra santa madre Iglesia nos exige venerar como reliquias.

Mi padre había tenido la inteligencia de comprender que, en un mundo donde los pobres eran cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos y ya no sabían cómo gastar su dinero, de nada le servía esforzarse en hacer grandes y sencillos baúles de viaje y de transporte; era mucho mejor especializarse en la fabricación de unos pocos productos de lujo seleccionados, pues los altivos magnates del *popolo grasso,* el pueblo orondo, estaban dispuestos a gastar la cifra que fuera para exhibir esos objetos en sus hogares y hacer que se murieran de envidia las mujeres y los hombres de la camarilla rival. Sí, había que aprovecharse de ellos. La demanda, tanto en Florencia como también en el exterior, crecía cada vez más.

Entre los objetos más solicitados estaban los cofres y arcones para los ajuares de novia, ricamente decorados en el exterior con tallas doradas y escenas elaboradas por los más renombrados pintores. Sin embargo, a mi padre no le

interesaban, porque su trabajo como carpintero quedaba completamente eclipsado, junto con sus ganancias, por el dorador y el pintor. Podía ganar mucho más con las cajitas, pequeñas pero elaboradas, y ensambladas íntegramente por él por encargo de los clientes. Así, además, controlaba todas las fases de fabricación, incluso aquellas que encomendaba aparte a otros artesanos y artistas, dependiendo de si el cofrecito estaba recubierto de metal precioso, cuero o marfil: el trabajo del hierro para las cerraduras; la fusión y el batido del oro y la plata para el repujado y el nielado; el curtido y teñido de las pieles y la estampación en oro con los tradicionales motivos florentinos, y con la inevitable flor de lis; el corte y la elaboración de las placas de marfil.

Todo lo demás era obra suya: el diseño de la caja, en forma de paralelepípedo o prisma poligonal, que en su interior era un milagro de organización geométrica del espacio, con minúsculos compartimentos y cajones que aparecían y desaparecían, y naturalmente los secretos en los que la *madonna* podía ocultar la nota comprometedora de un amante o un collar de perlas, que solo con él podía llevar sobre su cuerpo desnudo; la cuidada selección de maderas preciosas prácticamente eternas en el tiempo, su minucioso corte, el juego de junturas e incrustaciones con diferentes clases de madera; el diseño del aparato de imágenes que debían aparecer en las placas de oro, plata o marfil, concordadas con el cliente y remitidas a los artistas, y las imágenes más bellas, que eran las de los estuches nupciales, figurillas desnudas de hombres y mujeres que se abrazaban, y de ángeles en vuelo; y, por último, el ensamblaje sobre la estructura de madera, la pequeña obra maestra que una y otra vez, cuando estaba terminada, mi padre miraba a la luz de las velas, en lo profundo de la noche, llorando porque al día siguiente tendría que desprenderse de ella a cambio de una bolsa de monedas de oro, que tal vez no eran nada en comparación con su pasión y su amor.

Pero estas son cosas que me sale decir ahora que yo también soy viejo y he aprendido a comprender y a perdonar a mi padre, que Dios lo tenga en su gloria. Entonces no, lo odiaba con todas mis fuerzas, y solo quería marcharme y no continuar con su oficio, esclavo de un taller durante toda la

vida, esclavo de una mesa de trabajo, esclavo de herramientas desgastadas por el uso y por el sudor de mis manos, esclavo de esos insulsos clientes adinerados que nos trataban como inferiores y nos miraban con menosprecio.

Yo no quería nada de esto, y ya de niño, después de que mi padre me diera una paliza porque había roto, no por error sino por despecho, una figurilla de marfil o alguna otra delicada incrustación, salía corriendo, desesperado, en busca de la libertad, hacia la plaza de Santa Croce, y luego más allá de la Porta alla Croce, escabulléndome entre los guardias, por la orilla del Arno, hacia los campos, hasta el punto donde, después de la Rocca Tedalda, un sendero se encarama por la colina, entre viñedos y extensiones de olivos, hasta una carreterucha en mitad de la ladera. Allí arriba estaba una de nuestras finquitas, y todavía lo está: por encima de la carretera de Terenzano, después del priorato de San Martino y la gran casa de los Gherardini, a la que pomposamente llaman Palagio della Rosa. Un poco más en alto está el Palagetto dei Fortini, notarios y cancilleres de la República. Allí viví durante mis primeros años, porque mi madre se creía una gran señora malmaridada con un vil artesano y no nos soportaba a nosotros, los hijos de su vientre, ni quiso jamás dejar que nos acercáramos a su pecho, y mi padre, que tenía que trabajar, nos dejó al cuidado de Dianora, la mujer de Gratta, el colono, que me pegaba al seno que dejaba libre su hijo Nuccio, mi hermano de leche.

Allá arriba, bajo un olivo, después de que Dianora me hubiera dado algo de comer, siempre tan compasiva conmigo como lo era cuando me ofrecía su leche, me encontraba invariablemente el sirviente de mi padre, quien tenía que llevarme a la fuerza de regreso al taller para recibir otra saludable dosis de azotes. Pero no me importaba. En esos momentos solo miraba el cielo bajo la luz del mediodía y las nubes que corrían sobre las colinas de enfrente, más allá del Arno. Y soñaba con marcharme.

La idea me la sugirieron mis tíos Bardo y Dante, los hermanos mayores de mi padre, que habían abandonado a mi abuelo y el taller familiar hacía muchos años ya para intentar el golpe de suerte, el gran salto social, el tránsito de un

gremio menor a un gremio mayor: de cajero-carpintero a cambista, *campsor*, el primer paso para una prometedora carrera como banquero. Sus nombres fueron sorteados varias veces en las listas del poderoso gremio del Cambio, y también para la elección de un gonfalonero de compañía, prior y miembro de los Bonomini, pero sin resultado alguno, porque siempre estaban ausentes. Ambos se habían marchado de Florencia para poder ejercer de la mejor manera posible el oficio de cambistas, en las ciudades donde las actividades de los mercaderes florentinos eran más florecientes.

En concreto, Dante había aterrizado en Venecia muy joven, a mediados del siglo XIV nada menos, formando hogar y familia en la parroquia de San Cassian, a pocos pasos del corazón financiero de la ciudad en Rialto. Siendo *forinsecus*, es decir, forastero, no podía ejercer legalmente, porque el cambio y los negocios bancarios estaban reservados exclusivamente a los ciudadanos venecianos: así, Dante hizo de todo para obtener la ciudadanía y abrir su propio banco de cambista a la luz del sol. Por suerte para él, Venecia había quedado devastada hacía poco por la peste negra, por lo que el Gran Consejo, con el fin de repoblar la ciudad, decidió que había llegado el momento de *aperire terram* y estableció que era posible adquirir la ciudadanía *de intus*, es decir, la que servía para desempeñarse en los campos societario, inmobiliario y financiero, sin necesidad de residencia previa sino solo la inscripción en un gremio. Dante lo aprovechó de inmediato, y el 1 de enero de 1359 obtuvo el codiciado privilegio, inscribiéndose en los *campsores*.

Cuando solo tenía diez años, conocí al tío Dante, que había regresado brevemente a Florencia para arreglar algunos de sus asuntos. Qué diferencia con mi padre, en la forma de vestir, en los modales, en los juguetitos que nos traía a los chicos, y hasta en su forma de hablar, que había adquirido la cadencia musical del veneciano y con la que nos describía las maravillas de la ciudad construida sobre el agua donde todo parecía posible. Nunca lo volví a ver, porque murió poco después de su regreso a Venecia. Pero ese encuentro fue suficiente para hacerme desear ser como él, y no como mi padre. Yo también quería ir a Venecia, a pesar de la ira de mi padre, que me golpeaba y amenazaba continuamente con

repudiarme y desheredarme; y hoy puedo entenderlo, porque preveía con dolor que el taller en el que se había dejado la sangre y el sudor, y antes que él se había dejado la sangre y el sudor su padre, se cerraría, o peor aún: pasaría a manos de un desconocido y no de su hijo.

Para escapar, aproveché la actividad más rentable de la tienda, la fabricación de cajitas chapadas en marfil. Como es lógico, mi padre no tenía el monopolio. Había aprendido la técnica del maestro Giovanni di Iacopo, que trabajaba en el taller de un noble que ya no era noble y se había convertido en banquero, Baldassarre Ubriachi. Los Ubriachi, o Embriachi como los llaman en Venecia, eran una ilustre familia de los buenos tiempos antiguos, proscritos y exiliados a Venecia por ser gibelinos hasta la médula, y, por si fuera poco, vilipendiados también por Dante Alighieri, que los había arrojado al infierno, como usureros; sin mencionar sus nombres, es cierto, pero con mayor perfidia, porque su escudo familiar, una oca blanca sobre campo rojo, estaba bien a la vista en las bolsas que colgaban del cuello de los condenados. Baldassarre fue el más brillante de los Ubriachi. No contento con acumular dinero, empezó a utilizarlo para atesorar, antes que nadie, el preciado marfil de elefante africano que reaparecía en Europa, y para montar un floreciente taller de elaboración de marfil en Venecia, que creo que fue verdaderamente el más rico e importante del mundo.

Solo cuando le dije a mi padre que quería ir a Venecia, al taller de Baldassarre, quien era su principal proveedor de marfil y de placas ya hermosamente trabajadas, se apaciguó, con la secreta esperanza de que algún día regresara con conocimientos y experiencias que ni él siquiera podía transmitirme, y me convirtiera así en un excelso cajero que heredaría su taller. Una carta de la tía veneciana, la viuda de Dante que se había quedado sola, fue la última razón que hizo posible la fuga, porque me ofreció una pequeña habitación en su casa, sin gastos, con tal de que le hiciera un poco de compañía.

Años heroicos, los primeros que pasé en Venecia: aunque fueran duros no me importaba, todo tenía sabor a libertad, y todo parecía posible al adolescente que, tras despertarse al

alba por los ininterrumpidos repiques de la Marangona, la gran campana de San Marcos que animaba a obreros y artesanos a acudir al trabajo, iba de una *calle* a otra en función de los miles de encargos que podía encomendarte un tipo impredecible como el *paron* Baldassarre. Y no eran solo las tareas del taller de marfil, como ir por todas partes para recoger y traer los distintos tipos de madera de las cajas y supervisar los envíos que llegaban; no, también era necesario ir y venir desde los bancos de San Iacometo a Rialto hasta los de San Marcos con las letras de cambio del *paron*, o ir a pelearme con los pobres por el reembolso del dinero prestado a un interés que ni siquiera los judíos se hubieran atrevido a pedir; o finalmente, adentrarme en almacenes de mala reputación para llevar a oscuros encapuchados extraños billetes sellados, cuyo contenido escrito se desconocía, y era mejor no saberlo si no querías terminar en un río por la noche. Se rumoreaba que el *paron* Baldassarre mantenía incluso pláticas íntimas y muy secretas con los Visconti, los señores de Milán, que muy amigos de Venecia o Florencia no es que fueran. En determinado momento, desapareció por completo y empezó a viajar por el mundo con sus hijos Benedetto y Alessandro, y regresó solo unas pocas veces.

Años duros, los primeros que viví en Venecia, porque mi anciana tía, que había enviudado, había tenido que conformarse con una vivienda muy modesta en una gran casa del Campo Santa Marina, donde en realidad vivíamos todos los miembros de la amplia y heterogénea familia florentina que se reunía en torno al taller del *paron* Baldassarre. Absolutamente todos, desde el maestro Giovanni, que era como un hijo para él, hasta el último de los trabajadores, y obviamente también algunos esclavos, relegados a los depósitos más insalubres a la orilla del río, donde atracaban las góndolas que iban y venían al taller principal que, en cambio, estaba ubicado en Ca' Zane, hacia el Campo Sant'Angelo. Los dos cuartuchos de la tía consistían en un pequeño dormitorio donde dormía ella y una pequeña sala con chimenea donde dormía yo, sobre una estera bajo la mesa.

La casa pertenecía oficialmente a otro florentino,

Giovannino di Iacopo di Giovanni Figiovanni, pariente lejano de Baldassarre, medio banquero pero algo pelagatos, solo y sin hijos, que presumía de ser el factótum y la mano derecha del *paron* y redondeaba sus magros ingresos alquilando cuartos a la gente del *paron*, entre los que se encontraba mi señora tía. Allí conocí a los otros aprendices y trabajadores, y a los otros muchachos, y juntos formamos una cuadrilla: una cuadrilla de golfillos florentinos. Cuando teníamos un poco de libertad de las cadenas del trabajo, nos lanzábamos a las *calli* y *salizzade*, como llaman en Venecia a los callejones y a las calles empedradas, organizando bromas o contándonos historias. El más brillante y astuto de la cuadrilla era Domenico di Masino di Manetto. Él también vivía en la casa de Giovannino con su hermano Manetto: habían seguido hasta Venecia a su tío Giovanni, un buen maestro tallador de marfil que trabajó en otros tiempos para Baldassarre, pero luego tuvo que huir, a causa de una acusación de asesinato.

Era libre, sí, libre de mi padre, pero tenía que trabajar más que un esclavo. Aproveché para aprender de todo, y lo más rápido que pude. En realidad, no aprendí absolutamente nada sobre el oficio del cajero, le gustara o no a mi padre Filippo. Al lado de Domenico, en cambio, me atrajeron los seductores reflejos del oro y la plata, y de los sacos y cajas de monedas que veía deambular en San Iacometo, en los bancos bajo los soportales. La verdad es que parecía un río de oro y plata que afluía de todo el mundo, alimentado por misteriosas e infinitas vetas y manantiales, un inmenso sistema hidrográfico de ríos, arroyos y afluentes en el que uno deseaba zambullirse y chapotear.

Empezamos a frecuentar ese mundo mucho más rutilante, olvidándonos de las cajitas y figuritas de marfil. Los Ubriachi toleraban nuestra presencia, porque a ellos también les hacían falta chicos espabilados. También empecé a acudir al taller de una fundición de metales preciosos, porque me fascinaba la materia purísima y viva que brotaba de los tubos del crisol, la metamorfosis del oro y la plata que se producía en aquella caverna ardiente y burbujeante, que me pareció la cueva de un mago alquimista; tal vez, quién sabe, algún día yo también me convertiría en alquimista y descubriría el legendario

secreto de la piedra filosofal para transformar el plomo en oro o destilar la legendaria quinta esencia.

Acabé dominando todos los secretos de ese difícil arte. Aprendí a fundir el oro para afinarlo en el crisol al fuego lento del carbón, y luego lo sacaba con unas tenazas en filamentos, dejándolo caer gota a gota en una tina de agua fría, hasta depositar en el fondo una infinidad de pequeños granos. Todos los días recogía los granos, los disponía en capas separadas por el cimiento real, tal como se hace con la lasaña y el queso rallado, luego sacaba el metal y repetía la operación varias veces, al fuego de los hornillos, hasta alcanzar la máxima pureza, que para el oro es de veinticuatro quilates y puede probarse con la piedra de toque oscura, que tiene un grano tan fino que, si pasas la barra de oro por ella, solo deja su marca si es pura. Mi especialidad era precisamente preparar el cimiento real, y sobre todo afinar el que ya había usado, porque siempre quedan algunas escamas de oro pegadas. Aquello me parecía realmente una operación alquímica, pues se usa azogue o mercurio, que atrae el oro. Trataba de capturar esos grumos de materia esquiva con una bolsita de cuero, la apretaba para sacar el mercurio y me encontraba con un pequeño bultito de oro dentro.

Me había vuelto tan hábil que podía exprimir más oro que todos los demás mozos, y el maestro me recompensaba de vez en cuando con unas cuantas pajitas brillantes que quedaban en el fondo de la bolsa, sin darse cuenta de que ya le había robado otras pajitas por mi cuenta.

La plata, en cambio, se refinaba y probaba con otras técnicas distintas, recurriendo al azufre, al hierro y al plomo: estas eran sin duda mucho más útiles para hacer aleaciones de monedas. No había problema para las monedas de oro, porque todo el mundo sabe que los florines y los cequíes deben ser de una pureza de veinticuatro quilates; mientras que, para el porcentaje de la plata, que es pura a doce onzas por libra, se planteaba un problema, en cambio, porque la mayoría de las monedas corrientes y en uso son de aleación. Y ahí me encontré con un obstáculo, porque antes de llegar a Venecia me había saltado casi por completo la escuela de ábaco, y no era capaz de realizar los cálculos, complicados

por el hecho de que se necesitan los difíciles números rotos para establecer las porciones exactas de plata y cobre requeridas para un determinado tipo de moneda, a partir de lingotes de diferentes aleaciones. Como es natural, en la práctica sabía cómo llevar a cabo perfectamente las distintas fases del procesamiento y distinguir la elaboración y la pureza del metal incluso a simple vista, al tacto o hasta al gusto, probándolo con la lengua o mordiéndolo: la piastra de plata, por ejemplo, es tanto más pura cuanto más lisa, blanca, espejada, limpia, clara y brillante resulta. Pero es obvio que todo eso no resulta suficiente para conseguir la aleación de la plata de la forma más exacta posible. Además de balanzas de precisión hacen falta el ábaco, los números, la aritmética.

Y así me vi otra vez rompiéndome la cabeza para tratar de aprender algo que no sabía: con esfuerzo y sacrificio, porque no tenía ni dinero ni tiempo para asistir a las costosas escuelas de ábaco de Rialto, a las que asistían los ricos hijos de los mercaderes venecianos, pero había encontrado por suerte un maestro de módicas tarifas en el convento de San Francesco della Vigna, no lejos del Campo Santa Marina, un judío converso de extraordinaria experiencia que ahora se hacía llamar maestro Zorzi, y al que pagaba de vez en cuando con las pajitas de oro que robaba de la fragua. Gracias al maestro no solo aprendí a realizar perfectamente los cálculos de las libras y onzas para la aleación de la plata, sino sobre todo para desenmarañar el laberinto de intercambios que veía efectuar con prodigiosa rapidez y muchas veces solo de forma mental, sin escribir siquiera, en los tenderetes bajo los soportales de San Iacometo o Rialto, que realmente me parecía como el juego de las tres cartas: esta gana y esta pierde, y si no estás despierto siempre pierdes, como es natural.

Estaba listo para tener mi propio banco, o al menos para asociarme a uno de los bancos que ya funcionaban: pero nunca llegaría a ser *campsor* si antes, como había hecho mi tío Dante, no obtenía la ciudadanía veneciana. Y ese me parecía el obstáculo más difícil. Se requerían ocho años de residencia como mínimo para el privilegio *de intus*, y quince por lo menos para el privilegio *de foris*. Yo no tenía ni lo uno ni lo

otro, y era evidente a simple vista que apenas alcanzaba los veinte años. El *paron* Baldassarre, que había reaparecido brevemente de uno de sus viajes, me sugirió un atajo: podía obtenerse un privilegio *de gratia* para el que no hacía falta residencia, bastaba una súplica con juramento de *fidelitas et devotio*, respaldado por un fiador del Gran Consejo y aprobado por la Quarantìa. También me dijo que precisamente en esos mismos días tenía que hacer llegar uno de sus cofres de marfil a un miembro del Consejo, uno poderoso: podía ir yo, así me presentaba en persona y entregaba mi súplica en mano. En la súplica, no pudiendo aún indicar el título de *campsor*, me inventé el de *physicus*, no porque fuera realmente médico, sino por mi habilidad metalúrgica con el oro y la plata, claro.

Fue así como me encontré por primera vez en el vestíbulo de entrada del Palacio Badoer, entre San Zanipolo y San Francesco della Vigna, y fui recibido por el magnífico messer Sebastiano Badoer, quien quedó embelesado por el cofre de marfil, un regalo para apaciguar a su esposa Agnesina, me dijo en broma. El pago, *segund usanza,* ordenaría que se ingresara en el banco de messer Baldassarre, como es costumbre entre personas civilizadas, que no tocan el vil dinero; pero a mí, graciosamente, se dignó arrojarme algo de calderilla como propina. Al aceptar las monedas, armándome de valor y superando la cohibición que me infundía aquel gran hombre arrebujado en seda carmesí en aquella sala cuyas paredes estaban cubiertas de alfombras orientales, deslicé mi modesta súplica en su blanca mano anillada, rogándole a su ilustrísima señoría que se dignara ayudar a un pobre joven que no quería otra cosa que poner su más humilde arte al servicio y gloria de la República, con juramento de eterna fidelidad y devoción, postrado a sus pies cual su más humilde servidor. Un poco sorprendido, el magnífico me dijo simplemente: que así sea.

Escabulléndome con ligereza fuera del palacio, juré en mi corazón que le estaría eternamente agradecido a aquel señor si me concedía la gracia pedida. Y así fue. El 20 de enero de 1404, el Gran Consejo decretó que el *providus vir Donatus Philippi de Silvestro de Florentia*, de profesión *physicus*, obtuviera *per gratiam* la ciudadanía veneciana *de intus*. Con

una sola limitación: la prohibición de negociar con el almacén de Alemania, o de los tudescos. Solo más tarde entendí por qué: casi toda la plata que llegaba a Venecia procedía de las minas de Alemania y Europa central, sujeta a fuertes restricciones impuestas por el emperador Segismundo y vendida por los mercaderes alemanes de ese almacén, a veces incluso de forma fraudulenta. Para la Serenísima yo no dejaba de ser un *foresto*. Mejor mantenerme alejado de la fuente primaria de la plata, de la *ubera lactis* de la República.

El magnífico Sebastiano murió poco después, en 1405, y por desgracia también el *paron* Baldassarre, en 1406. A partir de ese momento tendría que apañármelas yo solo, y me asocié a uno de los bancos existentes: la solución más práctica y menos arriesgada para un pez que todavía era tan pequeño que, de lo contrario, habría corrido el riesgo de ser devorado inmediatamente por un pez más grande. Y, en efecto, durante aquellos años en aquel mundo había visto muchos tiburones voraces, que habían engullido incluso los mejores patrimonios, descarnando hasta los huesos los capitales de bancos que por entonces todos consideraban de lo más sólidos, más sólidos que la vieja Piera del Bando, bajo los soportales de San Iacometo, donde se leían los bandos públicos.

Los bancos de Rialto no eran muchos, me refiero a los importantes, a los bancos de depósito y escritura, donde la actividad fundamental es anotar cada transacción en los libros de contabilidad: lo que no se escribe no existe. De esta forma el banquero, en presencia de los clientes o en virtud de una letra de cambio, puede transferir dinero, débitos o créditos, de una cuenta a otra sin necesidad de sacar las monedas, que quedan resguardadas en las cajas fuertes del banco, o eso es al menos lo que creen los clientes menos informados, porque en realidad en las cajas fuertes solo permanece una pequeña parte, y todo el resto sigue moviéndose y circulando, igual que la materia viva, como el agua de un río o el mercurio vivo que yo usaba para recuperar el oro del cimiento.

Un mecanismo que parece seguro y perfecto pero que es extremadamente frágil a la vez, porque el exterminio de un

banco o el hundimiento de una economía y de una ciudad entera pueden depender del más nimio accidente: basta que en cualquier momento surja la sospecha de una crisis de liquidez o se produzca uno de los innumerables acontecimientos que hacen tan variada e impredecible la vida de los seres humanos, qué sé yo, una guerra, una peste, un aluvión, un capricho del emperador que impide el abastecimiento de metales preciosos y la producción monetaria, una momentánea escasez de dinero porque toda la moneda en circulación ha sido embarcada en las galeras que parten hacia el Levante, y todo puede derrumbarse de un día para otro: porque se derrumba lo más precioso e inmaterial, que es la confianza. En 1405 yo también fui testigo de uno de esos hundimientos, quizá el peor: la quiebra del banco de Piero Benedetto.

Me había asociado con el banco de Antonio Miorati, que también era de origen florentino o, mejor dicho, de Prato, junto con ese diablo de Domenico di Masino, que logró un empleo como representante y contable, con un salario nada menos que de cien ducados al año. Una alianza preciosa, porque era él quien, de acuerdo con Miorati, se encargaba de sacar de las cajas fuertes del banco, a escondidas, los sacos llenos de monedas de plata depositados por los cuentacorrentistas, para que yo volviera a fundir la masa metálica en mi fragua y pudiera revenderla luego en la Ceca, porque en Venecia, para hacer las monedas de uso corriente utilizadas para las guerras, siempre hubo necesidad de plata, más que de oro. Y nosotros también sisábamos: devolvíamos siempre a las cajas lo que salía, usándolo para otras operaciones de préstamos sobre empeño, pero los tres nos embolsábamos un buen pellizco cada vez, como es natural, como buenos compañeros, y sin dejar huella en los libros contables, por supuesto.

Algo, sin embargo, salió mal. El 4 de julio de 1410, durante la pausa del almuerzo entre la hora sexta y la novena, un tal Antonello da Catania, un maldito siciliano que, en lugar de ocuparse de sus propios asuntos y comerse en santa paz su pan con cebolla, vio desde la terraza de enfrente a Domenico, que sacaba por la ventana del desván con la ayuda de un aprendiz dos grandes sacos de monedas destinados a mi

fragua, y fue a denunciarlo. Fueron necesarias todas las amistades y todos los buenos argumentos de Miorati para echar tierra sobre el asunto y convencer a los superintendentes de que no se trataba en absoluto de un robo, sino de una transferencia temporal de moneda contante, operada por razones de discreción y seguridad y en el interés común de la Serenísima República, por supuesto.

Mientras tanto, yo, que era el superior de Domenico, preferí cambiar de aires y regresar a Florencia durante un año, hasta finales de 1411; para ver a mi padre, que me saludó con un gruñido, cada vez más viejo y encorvado en su taburete, con sus cinceles y sus buriles, y para inscribirme, para su vergüenza, en el gremio del Cambio, y hasta fui ascendido y nombrado como prior por nuestro barrio, el de San Giovanni, gonfalón Vaio. Entré en el palacio y durante dos meses llevé puesto el paletoque y el birrete de terciopelo, ambos negros.

Al regresar a Venecia había comprendido que ser banquero no era lo mío: demasiados riesgos, me hacía falta algo distinto. Y, además, lo cierto es que no podía contentarme con una sola actividad e imaginarme atado a un solo gremio durante el resto de mi vida, aunque fuera el oficio más hermoso del mundo, y no poder desligarme de él como y cuando me apeteciera, así sin más, para experimentar novedades, siempre en movimiento, como la materia móvil de azogue o de oro que derretía. Quizá llevara en la sangre, por mi padre y por mi abuelo, esa necesidad de elaborar algo con las manos, de montar un taller en el que se pudiera hacer algo concreto y trabajado de verdad, con ingenio y herramientas, y ganar cotidianamente el pan con honesto esfuerzo. Aquel dinero fácil que se lograba con el cambio de divisas en tiempos de escasez o con préstamos usureros o con mil especulaciones y oscuras operaciones más ya no me parecía tan justo. ¿Volver a ser cajero? No, ya estaban los Ubriachi, imposible igualar su arte. El caso es que me había convertido en un maestro insuperable en la refinación de oro y plata, y había otra forma de explotar mis habilidades, mucho menos peligrosa que la fundición clandestina de monedas del banco y que el contrabando de lingotes con el almacén de los tudescos.

En efecto, en Venecia florecía una actividad empresarial que aún era casi desconocida en Florencia, y que se basaba precisamente en la elaboración del oro y de la plata. Con un poco de riesgo y suerte podría alcanzar el éxito en ese campo y regresar a Florencia, a mi hermoso San Giovanni, rico y coronado de laurel y hojas de oro, dejándome de especulaciones y usuras y otras cosas que podrían dañar tanto mi alma como mi cabeza. Junto a las fraguas estaban los talleres de los batihojas, obreros especializados que, con el hábil movimiento de pesados martillos, batían los lingotes en láminas cada vez más finas que acababan convirtiéndose en finísimas hojas de oro, tan ligeras que había que cerrar todas las ventanas enteladas, pues de lo contrario el viento se las llevaba. Otros mozos, elegidos por su absoluta precisión, cortaban las hojas con tijeras para obtener formas perfectamente cuadradas. Yo, aturdido e hipnotizado por el ritmo cadencioso de los mazos y martillos, miraba fascinado a los batihojas, porque sus movimientos no parecían realizarse con la fuerza bruta o con potencia sino con delicadeza, para no romper la lámina, y casi con dulzura, como si fuera el movimiento del creador que quiere infundir el alma en la materia informe. Y al final el pan de oro parece realmente algo vivo, listo para estremecerse y temblar solo con respirar sobre él, como la piel suave y sedosa del cuello de una mujer en el instante antes de depositar un beso en ella.

En este punto entran precisamente en escena las mujeres, que a mi juicio son el verdadero y absoluto fundamento de la sociedad humana, de la economía y de la vida, mucho más que nosotros los hombres, que nos vanagloriamos en ir a la guerra y matarnos entre nosotros y entrometernos en las magistraturas y en las formas de gobierno y en los gremios, y nunca dejamos de hacer lo que nos place como nos place, pasearnos por ahí, oír y ver muchas cosas, cazar aves y animales, pescar, cabalgar, jugar o mercadear, y creemos que las mujeres son naturalmente inferiores a nosotros, como *ipse Aristotile dixit, mulier animal imperfectum*, y como nos lo enseña la santa Madre Iglesia alegando el mal ejemplo de Eva, por lo que deben estar siempre en una posición subalterna con el fin de servirnos, darnos placer cuando a los varones nos viene en gana, ser fértiles y procrear y criar hijos,

oprimidas por los deseos, caprichos y mandamientos de padres, madres, hermanos y maridos, y encerradas en el pequeño circuito de sus habitaciones.

No, qué va. Aristóteles no entendió nada, ni tampoco la santa Madre Iglesia entendió nada de lo que está escrito en los Evangelios. Yo he visto, a lo largo de mi vida, que lo que de verdad mantiene todo en pie es el trabajo de las mujeres. La nueva riqueza de los Gremios Mayores, los de la lana y la seda, la revolución que ha cambiado nuestras ciudades y nuestros campos tras siglos de silencio y servidumbre y nos hace vivir una época que a algunos les produce la ilusión de un renacimiento, se basa en realidad en el trabajo de miles y miles de mujeres que, en casa o en las hilanderías, por encargo de los empresarios de los gremios o de otras mil empresas más modestas y hasta familiares, hilan y tejen sin parar, con el huso de mano, con la hiladora, con la torcedora, con la rueca, con el telar vertical.

Especialmente aquí, en Venecia, que es la puerta de Oriente, han retomado con fuerza un arte que, como la seda, viene de muy muy lejos, de Constantinopla y más allá, de Persia, India y quizás incluso del Gattaio: la tejeduría *auroserica,* entretejiendo seda y oro o plata. Desde el taller del batihoja, las preciosas hojas de oro o plata son confiadas a las maestras hilanderas, quienes, casi conteniendo la respiración, las enrollan con infinita paciencia alrededor de los hilos de seda. Por último, los hilos de oro o de plata pasan a las maestras tejedoras, que los entrelazan a mano o en telares de trama discontinua a la urdimbre de finísima seda ya confeccionada, creando maravillosos tejidos de raso, brocado o adamascado, realzados con motivos estilizados y fantásticos de hojas, flores, animales, nudos. Aquí en Venecia, hasta los dibujos están hechos por mujeres, con una habilidad excepcional.

E incluso algunos de los empresarios, los mejores quizá, los más atentos y sensibles, son mujeres, aguerridas y sin escrúpulos, muy lejos de ser subalternas de nadie; yo he conocido a muchas. Recuerdo una viuda llamada Lucia que también se había ganado el apodo de *ab auro* y que sabía escribir y hacer cuentas, que compraba el pan de oro barato a los batihojas y luego pasaba el oro y la seda a sus

trabajadoras, que también eran sus esclavas porque las había comprado con todas las escrituras notariales, pero al cabo de poco tiempo las liberaba y las asociaba al taller, aunque no a la par en las ganancias, por supuesto, y trabajaban aún mejor y más, como la antigua esclava circasiana Benvegnuda da Tanais. Y luego estaba esa listilla de Pasqua Zantani, a quien su esposo, un mercader dálmata, le había otorgado total libertad de acción, pero no el dinero, por lo que Pasqua tuvo que valerse por sí misma reuniendo préstamos a diestro y siniestro, que, sin embargo, atendía puntualmente con las ricas ganancias de su arte, de modo que su red se expandió a otras mujeres, generalmente ricas viudas patricias, que le confiaron su dinero como inversión, y a otras tantas a quienes ella se lo prestaba. Una mujer increíble, tenaz, inflexible. Incluso yo me encontré en deuda con ella durante esos años.

El 14 de junio de 1414 obtuve el privilegio de ciudadanía *de extra*, con bula de plomo, residencia por quince años en Venecia, en Santa Marina, y la única limitación del comercio marítimo. Dos años más tarde entré en un *pactum* de cuatro años con otros cuatro socios para la industria de la separación del oro de la plata y la refinación de metales preciosos, y así me encontré con nada menos que dos talleres de batihojas o *di smerciar arienti*: el primero, en sociedad con el banquero Francesco di Leonardo Priuli, estaba a cargo del maestro Iacopo Bonaldi y tenía hasta cuatro trabajadores y cuatro mozos y varias *maistre* que hilaban el oro con la seda en sus casas; el otro lo dirigía el maestro Nicolò Mussolino. Unos años más tarde, de 1424 a 1427, tomé como representante al ya conocido Domenico. Seguí fundiendo metales y haciendo acuñar monedas en la Ceca, especialmente gros de plata, hasta cientos de kilos, y miles de ducados, y redistribuyendo monedas y varillas a los clientes de los bancos de Priuli, y de Miorati, que mientras tanto se había asociado con Nicolò Cocco.

A estas alturas ya parecía todo hecho, me había convertido en *bancherius en Rivoalto* y también en *argentarius*. Mientras tanto, la necesidad de lingotes de plata se había agravado, debido a la guerra entre Venecia y Segismundo por el control de la Patria dei Friuli y del Patriarcado de Aquileia,

finalmente conquistado por la Serenísima en 1420; y Segismundo había tomado represalias bloqueando el río de plata que venía de Europa Central. Pero yo había encontrado la manera de sortear el obstáculo entablando relaciones con el banquero Iacopo Bombeni y su hijo Lodovico, de origen florentino también, residentes en Friuli precisamente, y por lo tanto capaces de recibir envíos del precioso metal que se deslizaban entre los ejércitos enfrentados.

Gracias a ellos entré en contacto con los hijos de un peletero de Portogruaro que se habían hecho muy ricos y poderosos gracias a un hermano patriarca y príncipe de Aquileia, el reverendísimo cardenal Antonio Panziera, quien después de huir de Aquileia se dedicaba a engordar tranquilamente en la corte del papa, mientras que sus hermanos, exhibiendo el nuevo título de condes palatinos que se habían comprado, continuaron enseñoreándose en el Friuli, devastado por las tropas mercenarias. Y fue así como, a cambio de importantes inversiones en la empresa y de una enorme partida de plata, me vi casado en 1420 con una sobrina del patriarca, una muchacha friulana pálida y asustada llamada Chiara, quien al cabo de menos de un año me dio un hijo, a quien, sin dudarlo un instante, puse el nombre del benefactor que me había hecho obtener la primera ciudadanía *de gratia*, como había jurado hacerlo después de su muerte: Sebastiano, por supuesto.

Ni siquiera había visto a la pobre Chiara antes de que sus codiciosos padres y tíos me la entregaran el día de mi boda. Siempre la respeté, siempre la colmé de toda clase de atenciones y de compasión, pero no podía amarla, no sentía nada. Hasta entonces nunca había tenido una mujer, porque quería seguir siendo libre, y no quería limitar la libertad de otro ser humano, porque como ya he dicho, nunca he podido considerar a las mujeres seres inferiores, al contrario, siempre he admirado su fuerza, su inteligencia, su astucia, que innumerables veces he visto muy superiores a nosotros los hombres.

Para mí, que de joven había comenzado a leer las historias del *Decamerón* en un manuscrito que mi padre decía que le había dado el propio autor, y tocado por su mano con delicados dibujos, era solo la confirmación de una realidad

que ya intuía: las verdaderas mujeres eran las del *Decamerón*, y no los etéreos angelitos soñados por los poetas, monna Bice y monna Laura, porque hasta los poetas, cuando quieren hacer el amor de verdad, corren hacia criaturas de carne y hueso, monna Buenorra y monna Pajota. El caso es que yo, si bien no quería convertirme en amo de una mujer, tampoco quería convertirme en su esclavo, porque también había leído historias de signo contrario en el *Corbacho* y en el *Libro de las Mujeres Famosas*, de modo que me limitaba a acudir a la zona del Castelletto, justo detrás de San Iacometo, porque siempre ha habido un vínculo subterráneo entre las altas finanzas y la profesión más antigua del mundo. Es un grupo de casas antiguas y altas, con vistas al Gran Canal junto al Puente de Rialto; casas angostas en callejones aún más angostos, con aperturas supervisadas y cerradas por la noche por los oficiales encargados de velar por la moral pública y las buenas costumbres. Un sábado había visto salir a una muchacha velada y vestida de un llamativo amarillo, que iba a hacer sus devociones a la iglesia de San Mateo. La seguí y he seguido visitándola desde entonces, durante más de quince años.

Se llamaba Luce, así es, Luce y no Lucia, y en verdad era un esplendor, con un fuego estelar en sus ojos y en su mirada, cuando me recibía en su habitación del último piso. Un cequí de oro y los dos éramos totalmente libres: de hacer, pensar y decir lo que quisiéramos. Qué hermosa voz tenía, y qué bien cantaba acompañándose con el laúd. A ella se lo contaba todo, todo se lo confiaba. Solo a mí me concedía el privilegio de quedarme en secreto por las noches, cuando los guardias cerraban las puertas del Castelletto. Cerca de su gran cama con dosel y de la cómoda pintada con el espejo dorado había una escalera que conducía a la azotea, de la que sobresalían los largos palos donde ponía a secar la ropa, enormes sábanas blancas y camisas de seda transparente.

Disfrutaba enormemente escuchándome contar las historias que leía en mis libros: heroínas, príncipes, caballeros, aventuras de amor y de espada, pero también burlas y enredos épicos. Decía que mi divertido veneciano con acento florentino me hacía aún más atractivo, y a veces no me dejaba terminar la historia y se me echaba encima para que

empezáramos de nuevo. Sabía bien cuál era su condición y no me pedía nada más; algunas veces, muy pocas, me confió un sueño suyo: dejar esa vida y tener una hija conmigo, pero luego ya no volvió a hablar de aquello. Desde allí, después de hacer el amor, yo contemplaba en las tardes de verano el Gran Canal y todos los tejados y campanarios de Venecia, entre las grandes chimeneas cilíndricas que se desplegaban hacia lo alto como sombreros de príncipes bizantinos. Lo cierto era que no pensaba en absoluto en la pobre Chiara ni en el pequeño Sebastiano.

Parecía que todo iba a pedir de boca. Venecia prosperaba bajo la sabia guía del viejo dux Mocenigo, quien si bien había conquistado Friuli se mostraba contrario a otras aventuras en el continente, y elogiaba el *imperium* fundado en el dinero: por lo tanto, favorecía todos mis intereses. Me había vuelto casi un noble, casado con la hija de un conde palatino. Había comprado una casa que valía mil ducados y dos talleres de platería que valían doscientos cincuenta, y otras casitas de las que obtenía por alquileres doscientos treinta ducados al año. Y me decía: alma mía, ahora sí que puedes descansar, comer, beber y disfrutar. *Dixit insipiens in corde suo*. Y fue entonces cuando Dios castigó mi insensatez y me hundió en el abismo.

Murió el dux, y a dux muerto, dux puesto, y para peor. Las guerras no terminaban nunca, el crédito y la liquidez estaban en constante crisis, los bancos quebraban uno tras otro. En 1424 me llegó desde Florencia la noticia de que mi padre había muerto: no lo lloré mucho porque me afectó bastante más el tañido de otras campanadas a difuntos, el de mi socio Miorati, fallecido el 31 de agosto tras hacer un testamento ejemplar en el que prohibía cualquier gasto inútil para su funeral y establecía que su féretro fuera acompañado únicamente por los curas de su parroquia y de cuatro candelabros, porque estas pompas fúnebres, según había dictado al notario y yo leí en el pergamino, *tudas son vanitates et desperdicio de moneda mal gastadas*, y es mejor dejar esa moneda a los pobres huérfanos. El problema es que a quienes nos dejó huérfanos, y llenos de deudas, fue a los socios, porque en sus últimos años el buen Miorati se había expandido en desafortunadas inversiones en sus viajes por

Inglaterra y Romània, e incluso había enviado a su hijo Ranieri a Tanais con galeras y cocas, todas las cuales o bien habían naufragado o habían sido saqueadas por piratas. Las pérdidas eran enormes: cientos de miles de ducados. El socio que quedaba, Cocco, decidió liquidarlo todo y llevó los libros de contabilidad a los Cónsules de los Mercaderes, y el 12 de marzo la compañía se declaró en quiebra.

Era el principio del fin. En abril de 1427 me tocó a mí ir a la quiebra, con una deuda de cuatro mil ducados. Abandonando incluso a mi familia, hui a Florencia, a la espera de un salvoconducto para volver a Venecia y recuperar el control de los talleres sin sufrir excesivo acoso por parte de los acreedores, y confiando al buen Domenico de Masino el cuidado de mis cosas. Quien tan bueno no era, a fin de cuentas, como no lo había sido su tío asesino, porque él también me denunció, y tuve que soportar además una dolorosa causa legal por no ceder a sus demandas.

Mientras tanto, en Florencia me vi obligado a ocuparme de todas las cuestiones de la herencia de mi padre, la liquidación de su taller de cajero, el alquiler de la mitad de la casa en Florencia y de la finquita de Terenzano, una deuda de mi cuñada monna Salvestra, que nunca había pagado el alquiler de la otra mitad de la finquita, el incomodo de los doscientos florines del Monte que ni siquiera se podían tocar, un legado a una viuda Antonia, una vieja deuda con un boticario de quien mi padre se servía a crédito… Cuestiones que se complicaron con la fuga de la última esposa de mi padre, Caterina, quien, después de que él muriera y fuera enterrado, se había ido de casa con su amante, llevándose todos los enseres domésticos, libras y libras de lino peinado, estopa y acero, fanegas de trigo y harina, madera, un viejo paletoque negro, dieciséis barriles de vino, y hasta las botas blancas de mi difunto padre, que quizás también le calzaban bien al amante de Caterina. Cosas todas que nunca volveríamos a ver, por supuesto.

Por azares del destino, regresé a Florencia en el peor momento para alguien como yo, que corría el peligro de ver arrasada su vida y perderlo todo, abrumado por la bancarrota y las deudas. 1427 fue el año del gran gravamen, de la institución del Catastro, en virtud del cual todo ciudadano, so

pena de perder los derechos civiles o cosas peores aún, debía declarar todos sus bienes y todas sus rentas, y pagar impuestos de sus ingresos, dondequiera que se produjeran, tanto en su patria como en el extranjero. Para mí fue otro golpe: lo único que me faltaba eran más impuestos.

La declaración general, en nombre de los herederos de Filippo di Salvestro Nati, cajero, fue redactada por un escribano por cuenta de mi hermana, y decía claramente que *el fijo del dicho Filipo istá en Vinegia con su mugier y su familia y dice que volverá y estubo allá como años 40 o más, el fijo de dicho Filipo de nombre Donato*. Yo preparé por separado la declaración de las *Condiziones de mí, Donado de Filipo Nati de quanto se halla en Vinexia*, con fecha 8 de agosto. Recuerdo bien ese momento: alzando la pluma, me percaté por primera vez de que incluso cuando escribía, con mi clara letra cursiva mercaderil, ya no era florentino, sino *venexiano*. Pero ¿cómo?, ¿he escrito Vinexia y no Vinegia, como se dice en Florencia? ¿He escrito Donado y no Donato? Pero era lo adecuado, después de casi treinta años; como si quisiera decirles a los oficiales del Catastro florentino: dejadme en paz, ahora soy un *venexiano*, ¿por qué tengo que pagar impuestos también en Florencia?

En las dos paginillas, casi enfrentadas como si fuera una doble entrada, la despiadada relación de mis deudas con los nombres de todos los que había creído mis amigos; y enfrente, la lista, igualmente despiadada, de mis deudores, es decir, del dinero que había prestado a mansalva y que también podía considerar desaparecido del todo, arrastrado por el viento como todos los demás papeles inútiles. Todos estaban allí: del lado de los deudores, además de los Priuli, también ese infame canalla de Domenico que pretendía ser mi acreedor, y los alquileres que yo pagaba por un taller *di smerciare arienti* y una casa; por el otro, estaban las mujeres a las que, a causa de mi bondad, les había prestado un montón de dinero: incluso la madre de Chiara, la pérfida *madonna* Maria Panziera; había muchos nobles venecianos, ilustres pero malos pagadores, Donà, Mocenigo, Barbaro, etcétera, *todos deudores malos, no pueden disponer de nada y en quiebra que están.* Al final, una sola línea para recordar a mi pobre familia, mi pobre Chiara, mi pobre Bastian: *5 bocas para fazer*

ghastos. ¿Y quién podía pagar ya esos malditos *ghastos*?

Regreso a Venecia decidido a no rendirme y a recuperar por lo menos el taller de los batihojas. Pero me espera un nuevo descalabro, aún peor. Esta vez son precisamente los Priuli, los socios de mi taller, que resistieron una primera insolvencia en 1425, los que han sucumbido ante el asalto, el lunes 12 de septiembre de 1429, de hordas de cuentacorrentistas airados tras darse cuenta de que ya no había dinero en la caja después de zarpar las galeras de Romània. La quiebra llega dos semanas más tarde, con una enorme deuda de cien mil ducados. Se dice por ahí, con una bella metáfora, que Rialto se ha quedado huérfano, como un niño sin padre ni madre. El auténtico huérfano, sin embargo, soy yo, arrollado como todos los demás, con las mercancías incautadas en los almacenes y los libros bloqueados por los magistrados. Una catástrofe, agravada por la crisis de la plata y por la habitual guerra con el duque de Milán, que se ha convertido también en una guerra monetaria, ya que el duque tuvo la diabólica idea de inundar Italia con monedillas de baja aleación, que llevaron a la desaparición efectiva de las venecianas, objeto de acaparamiento, y obligando al gobierno de la Serenísima a fuertes devaluaciones. Un desastre.

Vuelvo a caer, vuelvo a huir para regresar de nuevo, y trato de levantarme otra vez, aceptando la humillación de ir a pedir préstamos a diestra y siniestra, incluso a los odiados suegros y cuñados de los Panziera, que ahora me consideran escoria por la forma en la que he tratado a su pupila, y que se arrepienten de habérsela concedido a un banquero que creían destinado a las más esplendorosas fortunas y que a sus ojos resultó ser, en cambio, nada más que un aventurero de tres al cuarto. La única que no la toma conmigo es precisamente Chiara, buena y paciente incluso cuando desaparezco durante días, y quizá sepa también que me refugio en casa de Luce, pues tengo abandonados su cama y su cuerpo desde hace años. He de lidiar incluso con la vieja Pasqua, que trata de quedarse con mi taller de batihoja, pero luego las cosas también se ponen feas para ella y termina frente a los jueces, representando una vez más el miserable papel de la *pobre mugier, la cual vida suya es toda en fazer gananzias para esta*

tienda, que se ha quedado sola y *desierta*. ¡Vaya con la pobre mujer! En realidad, el que queda solo y abandonado, y con dos palmos de narices, soy yo, que tanto trabajé y me ilusioné al fundar y desarrollar ese taller.

Ya no me va tan bien. Pero tengo que resistir. Tengo casi sesenta años, y doy las gracias al Todopoderoso, que eso por lo menos me lo ha concedido, pues no los llevo mal, al contrario, dicen que aparento cuarenta, no tengo ningún achaque, siempre he trabajado y siempre he estado activo. Pero debo sacar adelante a la familia y aguantar las críticas y calumnias de esos malditos parientes friulanos, que siguen proponiendo a Chiara que me abandone y regrese a su castillo en Zoppolo, llevándose a su hijo, que es mi hijo, nuestro Bastian. Según cuanto dicen, merezco que me manden al infierno y morir solo en algún hospicio, es más, cuanto más pronto muera, mejor, así me quitan la dote antes de que la haga desaparecer para pagar alguna de mis deudas. Qué mal he acabado. Cuando en 1433 toda la comunidad florentina de Venecia acogió exaltada la llegada de Cosme de Médici, que vino como exiliado, pero en realidad fue recibido como embajador o príncipe, y todo gracias a los florines de su banco, yo fui el único que permaneció escondido en mi casa, temeroso de salir por si me perseguían los acreedores en medio de la calle, para vergüenza absoluta de Chiara y de mi hijo, que están mirando por las ventanas.

Al final, sucede lo que ya es inevitable: termino en la cárcel de Piombi por deudas en 1435. Y si salgo es solo gracias a la intervención de los hijos del magnífico Sebastiano Badoer, que Dios tenga en su gloria: el senador Ieronimo, y sobre todo su hermano menor, Iacomo, quien para suerte mía o por designio de la divina Providencia, que parece tener la costumbre de arrojarte primero al polvo y luego levantarte cuando te ve arrepentido y contrito, es precisamente el abogado del tribunal de la Quarantìa encargado de examinar mi caso, y hojeando el expediente descubre que en el origen de mi ciudadanía veneciana estaba la firma de su padre a raíz de una muy modesta súplica por mi parte, y si aparece la firma de un Badoer, el acusado no puede ser un malhechor. E incluso el *avogador ad curiam forestieri*, un tal messer Iosafà

Barbaro, se declara a favor de la indulgencia hacia este pobre diablo, un inmigrante florentino que durante toda su vida no hizo otra cosa que trabajar duramente por la prosperidad común y no por su enriquecimiento particular, como certifican innumerables testigos fidedignos, y que en cambio ha sido perseguido injustamente y considerado culpable de delitos de los que no es autor sino víctima principal, etcétera, etcétera. Gente buena y honesta, messer Iacomo y messer Iosafà: han defendido mi inocencia sin conocerme siquiera, y sin necesidad de ungirlos con *manzaria* alguna. Lamentablemente no tengo ni cómo darles las gracias, porque ambos se han ido al Levante, con encargos importantes, como es natural.

Aunque salí de prisión, mis condiciones ya no mejoraron. Vivo de pequeños préstamos y nadie me hace caso cuando trato de replantear el asunto del taller y obtener créditos que ya nadie quiere concederme. Vuelvo brevemente a Florencia en el año 39, porque fui elegido miembro del gremio de Carpinteros, al que regresé después del fracaso de mi carrera como *campsor*, y también para aclarar algunas cosas con el fisco, que en todos estos años no ha dejado de martillearme exigiéndome aclaraciones de todo tipo, sin saber ni comprender en qué clase de situación me encuentro. Una vez vencido el mandato, vuelvo inmediatamente a Venecia, porque no puedo dejar sola a Chiara como si fuera una viuda. Han pasado muchos años y solo quedamos nosotros dos. Ya ni siquiera tengo el consuelo de Luce para confesarme de vez en cuando: me dijeron que estando yo en la cárcel murió en la isla de las putas, en el hospicio agustino de San Cristoforo e Onorio, fundado por el santo fraile Simonetto da Camerino. Que Dios tenga misericordia de su alma, pecadora pero buena y honesta y llena de alegría; acogida por esos buenos frailes, seguramente habrá encomendado su alma a la Virgen María, y ahora estará en el paraíso, o como mucho en un rincón no demasiado triste del purgatorio.

Chiara y yo casi no hablamos ya, siento constantemente su mirada silenciosa sobre mí, tan fría como la acusación que podría lanzarme, y con razón, de haberla arrastrado al fracaso de mi vida. Y del lado de la madre se alinea también nuestro

hijo, por supuesto, a quien no veo desde hace tiempo. Debe tener ahora veinte años, pero creo que alberga un odio cordial e inextinguible hacia mí, alimentado por los parientes friulanos con los que se refugió, como en una némesis familiar: vive con sus tíos que, encantados de darme disgustos, lo entretienen en cacerías a caballo o en batidas de aves con arco en las barquillas delgadas de la laguna de Marano, y le ilusionan con una vida de señor. Y aquí estoy, preso en una casa alquilada, al final de las Fondamente de Tanais, en la esquina extrema de los muros del Arsenal, porque tuve que venderlo todo para pagar mis deudas.

Conseguí salvar por lo menos algunos utensilios y herramientas del antiguo taller antes de que Pasqua le echara sus garras encima, y he encomendado la rueca y el telar a Chiara, que con otras dos chicas se ha puesto a tejer brocados de lino y de oro *di paiol*, oro falso: telas baratas, pero de buena apariencia, que no me cuesta vender a las mujeres de los pescaderos y de los hortelanos en el mercado del Campo de la Tana.

Hace unos días, me hallaba en la orilla para ver el espectáculo del regreso de las galeras de Romània, engalanadas de fiesta. Y vi nada menos que a messer Iacomo Badoer bajar de la chalupa de la galera Gritta. Dios mío, qué viejo está, tambaleante sobre la pasarela. Lo sigue un joven alegre, dos chicas altas y de ojos salvajes que parecen las típicas esclavas que vienen de Tanais y un esclavo robusto que lleva una inconcebible carga de bolsas y cajas. A causa de la multitud y de la confusión ya no puedo ver nada más, pero tomo de inmediato una decisión. Por la devoción que siento por los Badoer y el difunto messer Sebastiano, que Dios lo tenga en su gloria, iré en los próximos días al Palacio Badoer para expresar a messer Iacomo toda mi gratitud por el asunto del año 35, y quizá también para solicitar un pequeño préstamo que me permita reabrir el taller de batihojas y reanudar la producción de tejidos *auroserici*.

Y así es como hoy, 26 de abril de 1440, me encuentro aquí, en el zaguán del Palacio Badoer, sombrero en mano.

Me hacen esperar largo rato, y eso no es buena señal. Messer Iacomo nunca se ha comportado así, un tipo

expeditivo, pero accesible: solía recibirme de inmediato, e íbamos incluso a dar un paseo por el jardín de detrás de la casa, se divertía oyéndome hablar y me pedía que exagerara el acento florentino. Ahora, sin embargo, silencio. Solo el canto de un ruiseñor del jardín y el aroma de las rosas que comienzan a brotar esta primavera. Es extraño que no haya nadie. El día y la hora que me comunicó el sirviente de la casa Badoer, en respuesta a mi petición de cita, son estos, sin duda: el primer martes después de la fiesta de San Marcos, a la hora tercia. Pero las campanas de San Zanipolo ya la han dado hace un buen rato. Sin embargo, como es bien sabido, los caballeros tienen la costumbre de hacerse esperar. Mientras aguardo, me acerco por el pasillo hasta el jardín. Me atrae una preciosa rosaleda, de la que arranco un precioso *bòcolo* rojo, para disfrutar más de cerca de su aroma. Qué casualidad. Justo ayer fue la fiesta del *bòcoli*.

Así me sorprende el magnífico messer Ieronimo, que ha aparecido silenciosamente de la nada. Lleva la misma túnica carmesí que en mi recuerdo vestía su padre y los mismos anillos en los dedos. Con gesto indulgente, me indica que lo siga a la sala del primer piso, él delante y yo detrás por la escalinata monumental. La sala sigue teniendo el mismo aspecto, con las alfombras orientales colgadas en las paredes y los candelabros de plata sobre la mesa, enorme y maciza, donde ahora hay un mapamundi desenrollado y algunos libros de cuentas abiertos aquí y allá y con innumerables papelitos metidos entre las hojas, como si estuvieran sujetos a minuciosos controles cruzados.

El magnífico va a sentarse en un gigantesco trono curul al otro lado de la mesa, y aguarda a que yo empiece a hablar. Un hombre de pocas palabras. Ni siquiera me ha invitado a sentarme y, además, no hay nada más alrededor de la mesa, solo un taburete desvencijado al final de la sala, pero es evidente que no puedo darle la espalda al ilustrísimo e ir a buscarlo, así que me quedo de pie: maldito *pagiasso*, ya me hubiera gustado verte hace veinte años, cuando yo era más rico que tú, y yerno de un conde palatino. Me calmo, y empiezo.

No estoy aquí solo por la antigua devoción que guardo y guardaré siempre por la memoria de su magnífico padre

messer Sebastiano, a quien Dios tenga en su gloria: no, también quería expresar personalmente mis más profundos sentimientos de gratitud a su magnífico hermano, messer Iacomo, así como, naturalmente, a vuestra ilustrísima aquí presente, en razón de cuanto su señor hermano, en su condición de *avogador* de la serenísima y clarividente Quarantìa, ha hecho por aquel viejo asunto mío del año 35. Y aquí me detengo, evitando cualquier referencia al infierno que viví: la cárcel de Piombi y sus muros que rezuman agua y dolor y las salas de tortura de las que nunca limpian las salpicaduras de sangre coagulada.

Fue deber, nada más que deber, me interrumpe el magnífico. Por inveterada tradición, su familia siempre ha antepuesto a cualquier interés personal el bien de la República y la integridad de sus magistraturas: si mi señor hermano me defendió y me sacó de esa triste *sorzera*, de ese tugurio, eso fue lo que dijo el refinado caballero, que una triste *sorzera* es una justa recompensa para la mísera gente que se atreve a desafiar la santidad del Estado con sus fraudes, entonces mi hermano debe haberlo hecho solo por deber y por amor a la justicia, y sin ningún otro interés personal. No hay necesidad de agradecer nada, porque la virtud no precisa de agradecimientos.

Pero ¿dónde está su señor hermano? Me gustaría saludarlo en persona, la verdad, lo vi bajar de la galera Gritta, pensé que estaba de vuelta en su casa, en Ca' Badoera. Para empezar, esta ya no es su casa, aclara el magnífico. Después de desembarcar, Iacomo se marchó de inmediato: por consejo de su hermano mayor, por supuesto, quien lo vio demasiado enfermo y febril a causa del largo viaje en barco y, preocupado por su salud, lo envió sin demora a una villa en el campo, bajo la amorosa supervisión de dos sirvientes y un cirujano, en tierra firme, donde Iacomo podrá recuperar su salud con seguridad y rapidez. Sí, porque a su regreso le esperan grandes cosas, preparadas para él por su amado hermano: un nuevo y ventajoso matrimonio concertado con la hija solterona del difunto Antonio Moro, que fue uno de los hombres más ricos de Venecia y registró a su nombre un sustancial legado de dote para que alguien la despose por fin; y luego un excelente y lucrativo cargo, el de podestá de

Bassano.

Ese cuento de la estancia en el campo no me convence en absoluto. No faltan muchos motivos para sospechar que ese Caín de Ieronimo le ha hecho una jugarreta al Abel de su hermano, y que a causa de oscuros complots familiares, políticos o comerciales, lo ha confinado en la villa bajo estrecha vigilancia. A pesar de todo, ¿qué puedo decir, sino felicitarme y declararme muy feliz por las buenas nuevas y el radiante futuro de su señor hermano? ¿Qué mejor regalo podría haber para mí, que era conocido como uno de los mejores productores de brocados de seda y oro de la ciudad, que elaborar para messer Iacomo y su futura esposa las más hermosas telas que he trabajado nunca? Con la condición, eso sí, de que la benigna mano de un magnífico mecenas y protector me concediera los medios para retomar la actividad de mi viejo taller, sí, eso es, para poder volver a ponerlo en marcha, y me facilitara un pequeño préstamo y un minúsculo *cavedal*, el capital requerido, simplemente para empezar de nuevo, para las compras necesarias de seda en bruto o semielaborada, y barras y lingotes de oro y plata, y también instrumental de segunda mano incluso, no tendría ningún problema en refinar oro y plata muy puros con la mayor maestría. ¿Cuánto le costaría un pequeño préstamo así, cuánto le costaría a un magnífico caballero como messer Ieronimo, y siempre en nombre y bendita memoria de su nunca olvidado padre, el magnífico messer Sebastiano?

Cuando termino mi pequeño discurso, el magnífico, que en lugar de mirarme se ha puesto a hojear un libro de cuentas fingiendo no escuchar, levanta los ojos y me habla en voz baja y sesgada. Podría ser posible, si bien, como Donato entenderá, porque Donato es hombre de mundo y estas cosas las sabe a la perfección, no sería conveniente que el nombre de una familia *granda e onorada* como la de los Badoer aparezca junto a la oscura figura de un *forinsecus* que ha quebrado no se sabe cuántas veces, y que ha acabado incluso en la *sorzera*, pues en caso contrario la confianza de la gente se resquebrajaría y, como Donato ya sabe, porque es hombre de mundo, la confianza lo es todo para los políticos y los banqueros. Esta sociedad podría constituirse, pero entre

nosotros, sin notario, con escritura privada en un único ejemplar, que se quedaría el magnífico, firmado por Donato solo y bajo las condiciones impuestas por el magnífico. Sí, claro, lo que sea, siento ganas de exclamar, movido por la inesperada y generosa apertura a una nueva perspectiva de vida, a una resurrección.

Al mismo tiempo, me refrena el magnífico, y baja aún más la voz, como si temiera que las paredes de la casa pudieran escucharlo. Son tiempos difíciles, y aptos únicamente para la supervivencia de hombres decididos y valientes. Ese obstinado dux Foscari sigue librando sus guerras en tierra firme, como si quisiera convertirse en el señor de toda Italia, desangrando las arcas de la República, y de sus más insignes familias. Pero mientras tanto, ellos, los buenos, honestos y valientes patricios que constituyen el sostén de la República desde hace siglos, deben hacer algo y hallar compensación en alguna otra parte. La verdad es que nos haría buena falta un hábil platero y refinador de confianza… ¿Y quién mejor que alguien como Donato, que ya tiene experiencia en las cosas del mundo? Uno bueno y de absoluta confianza, pues, que se ocupara, en una de sus fraguas escondidas y apartadas, de acuñar algunas monedillas de baja aleación para repartirlas por el Levante, total esos espantajos de los levantinos, en Baruto o en Alejandría o hasta en Tanais, no se percatarían de nada, y las monedillas seguirían rodando, rodando, por el mundo grande y terrible, y llegarían hasta la India y el Gattaio, dice, pasando la mano sobre el mapamundi y esparciendo sobre él el contenido de una bolsa, obviamente, de monedillas. Todo ello sin que conste nunca la menor asociación con el inmaculado nombre de Badoer. Un secreto para todos, hasta para la pobre Chiara, porque el verse envuelta en algún *scàndol* podría provocarle un grave menoscabo, a causa de esos irascibles parientes suyos en la Patria del Friuli.

No es exactamente lo que yo quería. Mi deseo es empezar de nuevo, pero de forma honrada, sin más fullerías. Y ahora, en cambio, *sto ciavarin*, este baratero perfumado y vestido de seda carmesí me obliga a volver a ser el hombre peor que era hace veinte años. Los crímenes que planea de manera tan cortés podrían incluso valer la pena de muerte por

decapitación: no para él, por supuesto, sino para el pobre diablo al que sorprendieran con las manos en la masa, es decir, yo; y quizá también para los trabajadores y esclavos, de quienes sería fácil obtener confesiones mediante tortura. Está bien, sí, acepto todas sus diabólicas condiciones y firmo su maldito papel sin leerlo siquiera, como si en lugar de tinta estuviera escrito con mi sangre, y en vez del contrato firmara mi alma. Me he perdido otra vez, pero no puedo evitarlo, tengo que volver a trabajar el oro y fundirlo y darle vida.

Solo tengo un problema: ¿dónde encuentro a los trabajadores? El préstamo apenas cubrirá el costo de la materia prima, que conseguiré de contrabando con un mercader de Núremberg o sacaré de copas y cubiertos y objetos viejos de plata comprados en las casas de empeño de amigos judíos en Mestre. Pero no tengo gente. En la fragua trabajaré yo, con mis propias manos; pero ¿y los demás? El viejo Mussolino, el único en quien podría confiar, ha muerto, y la astuta Pasqua también. Para un trabajo tan arriesgado podría recurrir a un batihoja que tiene muchas deudas conmigo, el *mastro* Tomaso Boscarin, que sabe que puedo mandar que lo encadenen cuando quiera, y arruinar a su familia; pero uno solo no es suficiente. Y además, no tengo hilanderas ni tejedoras, salvo esas dos muchachas que no saben hacer nada, y sinceramente me gustaría liberar a la pobre Chiara del trabajo del telar. Benvegnuda da la Tana, la antigua esclava circasiana de Lucia *ab auro*, es una vieja, tiene dolencias en las manos, como mucho podría ayudarme a enseñar la técnica a las mujeres.

Por eso no hay problema, concluye el magnífico. Mañana pasará por mi casa el mozo Zuaneto; por cierto, ¿qué casa? Ya no la hermosa cerca del Rialto, añade con sorna, sabiendo que me causa dolor, esa casa de *siori* que valía mil ducados, que él compró a mitad de precio a los liquidadores del banco quebrado. Le han dicho que Donato vive ahora en una casucha alquilada en las Fondamente de Tanais, justo enfrente de la muralla de Ca' del Canevo, la gigantesca fábrica de cuerdas y calabrotes de la que resulta ser, ya es casualidad, él mismo el *vicedominus,* por la gracia de la Providencia y para el bien de la República; y, pienso yo, para enriquecerse mejor a costa de la República, por supuesto.

Zuaneto se encargará de llevar los haberes, porque él, el magnífico, no toca el vil dinero; y también dos esclavos, que me presta el magnífico, pero, por supuesto, siguen siendo de su propiedad exclusiva, ay si les ocurre algo o se deterioran, Donato deberá reembolsarle todos los posibles daños.

Uno es un abjasio grande y fuerte, necio y silencioso, aprenderá de maravilla a golpear un martillo, y también a quedarse calladito, total, no se entera de nada. La otra es una chica circasiana de catorce años, un pequeño animalejo inmundo como todas las que vienen de Tanais, carnosa y regordeta, la ha examinado desnuda, *segund usanza*, pero es demasiado joven y demasiado tonta para dedicarla a otras actividades, tal vez en unos años, insinúa con picardía; sin embargo, según dice Zuaneto, parece que posee una habilidad innata, y no se sabe de quién la ha sacado y cómo la ha adquirido, esa cabeza de chorlito, pues ya se sabe que las esclavas no tienen alma: sabe dibujar espléndidos diseños ornamentales, plantas, flores, animales fantásticos, nudos y entramados de todas clases. Podría ser empleada en la preparación del dibujo de la trama, para hacer telas que nunca se han visto en Venecia, lo que sería una buena idea, ahora que las damas se han cansado de los motivos sirios y arabescos habituales y quieren lucirse con algo nuevo. Se acabó, el tiempo que me ha sido concedido ha terminado, en San Zanipolo suena la hora cuarta. El magnífico, sin levantarse, aburrido, me hace señas de que puedo marcharme con gesto benigno. Cuando ya estoy en las escaleras, oigo que le grita al sirviente que ha venido a acompañarme para que me haga salir por la puerta de servicio, después de asegurarse de que no haya nadie en el callejón. Naturalmente.

Vuelvo corriendo a casa, a las Fondamente de Tanais, casi volando sobre el puente de San Biagio y el de Cadene. Voy a empezar de nuevo. Hay que prepararlo todo. Zuaneto llegará mañana.

He mandado buscar a *mastro* Tomaso y a *mastra* Benvegnuda: tienen la misma edad que yo, pero están un poco más achacosos, no pueden trabajar, tienen los brazos débiles y las manos también, pero me ayudarán de buena gana a enseñar a los más jóvenes. A Tomaso ni siquiera tuve

que amenazarlo recordándole sus deudas, enseguida me dijo que sí. Benvegnuda se echa a reír cuando le digo que trabajaremos aquí en la casa, con el batihoja debajo, todos juntos, sin necesidad de llevar el oro de aquí para allá ni de escribir nada, como estaba acostumbrada en cambio a hacer con Lucia *ab auro*.

Junto con Chiara y las dos *putele* tejedoras despejamos y limpiamos el almacén de la planta baja, que había permanecido sucio y sin uso desde que nos mudamos. Solo hay dos locales, uno dentro del otro: el primero, grande, cerca de la entrada, da a una callejuela oscura llamada Calle Bassa; el segundo, más pequeño, al fondo, con chimenea, almacén de leña y carbón útil para la fragua, y una salida al Rio di San Gerolamo; desde allí, otra empinada escalera permite subir al primer piso de la casa, sin necesidad de salir a las Fondamente. Sacamos de las cajas las viejas herramientas que salvé de las garras de Pasqua: yunques, martillos, tenazas, tijeras, formas, superficies de lavado y secado, balanzas y balancitas, y además películas de pergamino y papel. Cómo les relucen los ojos a Tomaso y Benvegnuda al tomarlas en sus manos y recordar cuando eran jóvenes y trabajaban el oro y la plata. En el cuartito interno dejo de inmediato en un rincón las herramientas de mi forja secreta: los hornillos, las tenazas, las tinas y barreños, los calderos, los recipientes de terracota. Limpiamos el óxido de todas las herramientas, las lavamos, las secamos con los trapos y las ponemos al sol fuera, en las Fondamente, entre una pequeña muchedumbre curiosa de *putelame* y de *babe scassafate*, de críos y de mujeres ociosas. Aquí en Venecia hay que acostumbrarse. No hay nada que pueda hacerse a escondidas, es como si esos viejos muros empapados por el agua que sube y baja con la marea estuvieran llenos de poros por los que se cuelan las vidas y las historias de las personas, y se intercambian y mezclan entre sí olores y voces y susurros.

* * *

Esta mañana es día de mercado grande.

Es una suerte, porque cuando el barco de Zuaneto se acerca a nuestra casa, no hay nadie en las Fondamente, por lo que la

descarga de los esclavos y la entrega de una gran bolsa de cuero se realiza de la forma más discreta posible. Es mejor que no se sepa que habrá esclavos trabajando en el taller: es muy posible que toda la barriada sepa ya, puesta perfectamente al corriente por las *babe*, por las comadres, que estamos a punto de abrir un taller de batihoja, pero es mejor que nadie vaya a dejar denuncias anónimas en el Consejo de los Diez, porque desde hace tiempo el uso de esclavos en este sector estratégico de la economía no está bien visto y se considera algo peligroso, puesto que, según dicen, priva a los venecianos de su sustento, y también porque los esclavos siempre aspiran a ser libres, y habiendo aprendido el oficio encontrarían entonces razones y formas para escapar de Venecia y llevar el oficio a otras tierras, o podrían ser vendidos a empresarios forasteros. Y sobre todo nadie tendrá que saber nada de la última sala del fondo, porque ahí es donde voy a poner la fragua clandestina.

Entramos enseguida en la gran sala de la planta baja y cerramos la puerta detrás de nosotros. Zuaneto me entrega la bolsa sin hablar, y yo la tomo sin abrirla, ya contaré luego el dinero, yo solo. Me presenta a los esclavos. Uno es alto y robusto, va encadenado y es mejor que siga así hasta que haya entendido bien a fuerza de latigazos quién es el *paron* y lo que debe hacer; se llama Zorzi, un abjasio de veinte años, excelente trabajador, todo músculos, no habla y entiende aún menos. La otra es Caterina: no lleva cadenas porque no se escaparía nunca, tiene buen carácter, es obediente, sumisa, ella tampoco habla, y aunque hablara no se le entendería nada porque es una circasiana. Pero no una *insempiada*, una alelada, al contrario, parece despierta, lo entiende todo al vuelo, y tiene un don innato, sabe hacer bonitos dibujos; cuando Zuaneto los vio casi no se lo creía. En Constantinopla parecía incluso alegre, tanto como puede estarlo una esclava. Pero ahora, desde que llegaron, siempre está triste y callada, no está claro lo que tiene dentro, tal vez le siente bien trabajar con otras mujeres, bajo la guía de la *siora* Chiara, que siendo *siora* por fin se verá libre de trabajar, en la casa y en el telar. Eso es todo, Zuaneto parece tener prisa por marcharse, y se pone en camino de inmediato con su barca. Yo le explico con gestos a Zorzi que ese jergón de paja en la esquina, detrás

del yunque, es su dormitorio, y ese envoltorio de pan y salami es su comida. Lo dejo encerrado y salgo a la callejuela seguido de Caterina.

Antes de subir la escalera, me doy la vuelta y la examino por primera vez. Es más alta de lo normal para una chica de su edad, pero tal vez sea solo a causa de los zuecos altos ocultos debajo de la falda. Bajo el brazo, un bulto que contendrá sus pobres pertenencias: unas faldetas o tal vez unos calcetines de lana para el invierno, unos pañuelos de algodón, cosas que no pueden considerarse de su propiedad, porque ni siquiera se pertenece a sí misma, dado que es una esclava, un objeto que pertenece a otro y que podría hacer con ella lo que quisiera. Esto es algo que nunca me ha gustado demasiado, y ya se había difundido en Florencia antes de que me fuera. Cuando me encontraba con esclavas en mis talleres, al cabo de cierto tiempo hacía como Lucia *ab auro*: las liberaba, y ellas se quedaban conmigo, asalariadas, y trabajaban incluso mejor. Si no puedo considerar a las mujeres inferiores a los hombres, y no puedo imaginar un bien mayor que la libertad, imaginemos lo que pienso de la esclavitud: para mí no debería existir en absoluto, no debería ser posible quitarle la libertad a otro ser humano, es como quitarle la vida.

Vestida con una camisa de lino blanco cubierta por una túnica de tela celeste atada con un cinturón, con la cabeza envuelta en una cofia que apenas deja ver un mechón ondulado rubio como el oro, Caterina mantiene la mirada obstinadamente baja. No me importa, tendrá que levantar la vista tarde o temprano. No me parece tan salvaje, y ni siquiera un animal sucio, es una *putela* de lo más normal, una hija como la que pude haber tenido, de Chiara o de Luce, quién sabe por lo que habrá pasado antes de llegar a este agujero desesperado que es mi hogar. Si es circasiana, proviene sin duda de Tanais. Extraño y sarcástico destino, ser arrancada de los sitios más remotos y salvajes de la tierra hasta Venecia, a un lugar que se llama precisamente Rio de Tanais, porque detrás de ese paño de la muralla, que es el bonito panorama del que se disfruta desde el balcón de mi casa, está la fábrica de cáñamo más grande del mundo, y el cáñamo proviene todo de allí, de Tanais. Esta Caterina es

como ese cáñamo, aún tosca, aún por refinar. Ha viajado de Tanais a Tanais. La vida nos gasta a menudo bromas como esa. La rueda gira y volvemos a encontrarnos en el lugar donde empezamos.

* * *

Caterina duerme en una pequeña habitación en el segundo piso, bajo techo, junto a la terraza donde sobresalen los habituales postes para secar la ropa. Para encargarse de las tareas del hogar y del trabajo, baja por la empinada escalera de piedra, y se oyen los pesados zuecos de madera golpeando los escalones.

No perdimos el tiempo con el taller de batihoja ni con la hilandería. En pocos días me hice con una gran cantidad de metales, sobre todo en el mercado de almoneda, junto con Tomaso, que tiene más olfato que yo para sopesar un candelabro viejo o una copa medio rajada y para calcular cuánta plata se puede obtener de allí y cuánto podemos negociar con el vendedor. A escondidas, hice unas salidas con la barca a Mestre, sin pasar por la aduana, para ir a ver a mis amigos judíos, que sacaron muchos objetos de buena calidad no rescatados de la casa de empeños, y también algunos sacos de monedas de plata; y allí también me vi con cierto mercader de Núremberg que me pasó unos lingotes recién llegados de Bohemia. Compré algo de oro muy puro en Rialto, a la gente de Ores, que lo habían desembarcado recientemente de las galeras de Romània. En la fragua secreta acumulé ladrillos rotos y combustible, y el boticario me mandó un recipiente de azogue, azufre, cobre, hierro, plomo y distintas sales; pero para no perder el tiempo, empezaremos de inmediato con los lingotes de oro más puro, de esta forma nos saltaremos toda la fase de afinamiento con el cimiento real.

Benvegnuda encontró una seda de excelente calidad ya enrollada en bolillos en un taller abandonado, y empezó a enseñar a las dos *putele* y a Caterina las mejores técnicas para la torcedura y la preparación de la urdimbre en el telar, de manera que todo quedara preparado antes de la llegada de la hoja de oro. En la planta de abajo, después de algunos días de

trabajo en la fragua con la ayuda de Zorzi, convoqué a Tomaso, quien le ha enseñado al esclavo los secretos de los martillazos, y Zorzi repite los golpes a la perfección, como si nunca hubiera hecho otra cosa en su vida. El ritmo jubiloso del martillo que sube y baja llena toda la casa, y creo que se quedará con nosotros durante mucho tiempo. En cuanto las primeras hojas están listas, suben volando de inmediato a la primera planta, y las hábiles manos de Benvegnuda, esforzándose por superar la artritis, enseñan a las chicas con qué delicadeza deben ser cortadas, estiradas y envueltas alrededor de los hilos, como un indumento regio que otorga a la seda nueva vida y esplendor.

Durante los descansos en el trabajo de la fragua, también yo subo las escaleras, como hacía siempre en otros tiempos cuando tenía mis talleres, para admirar el maravilloso y perfecto oficio de esas manos femeninas con decenas y cientos y miles de hilos de seda, un trabajo que las manos de los hombres jamás podrían igualar con tanto amor y tanta paciencia. Y es entonces cuando mi mirada se ve atraída por las manos de Caterina, quien parece haber aprendido de inmediato lo que las dos *putele* llevan años esforzándose por aprender. Son manos extrañas, y yo, que siempre he llevado la artesanía en las venas, un hombre mecánico que vive de sus manos, soy un experto en comprender a las personas mirando sus manos. Esa era la habilidad que me hacía adivinar qué enredos estaban preparando mis compañeros cambistas, simplemente mirando lo que hacían sus manos y dedos mientras hablaban. Pero estas manos son extrañas: manos ahusadas y delicadas, dedos largos y delgados, podrían ser las de una intérprete de laúd, con la piel suave y sedosa y ligeramente oscurecidas por el sol y tan diferentes de la palidez de las damas venecianas, pero también manos fuertes, prontas, ágiles, como si hubieran estado acostumbradas a empuñar una espada o estirar un arco, y no solo a girar un huso o hacer rodar una rueca. Sus dedos se mueven con ligereza alrededor del hilo, envolviéndolo con el etéreo pan de oro, como si este se infundiera del mismo aliento que sale de sus labios abiertos, retenido apenas, por miedo a que salga despedido, con el mismo lento y sinuoso movimiento de su pecho que sube y baja en el escote de su camisa. Y yo, de pie

detrás de la puerta, apoyado en la jamba, me quedo como hipnotizado por sus movimientos. Cuando la ilumina un repentino reflejo de luz, me doy cuenta de que Caterina lleva un anillo de plata en el dedo. Aunque está sucio y oscurecido, me parece que tiene algo grabado en relieve. Quién sabe lo que será. Tal vez todo lo que le queda de un ser amado, de un cariño perdido en el país del que la arrancaron y al que nunca volverá. Tal vez sea un anillo de matrimonio, o de compromiso, tal vez ya estuviera casada, a pesar de su corta edad, y por lo tanto la persona que perdió era su esposo. Si quiere, puedo limpiárselo y pulírselo, y quedará como nuevo.

Antes de pasar al telar ya urdido, hay que elegir el dibujo, explica Benvegnuda, y les enseña a las chicas las muestras que ha traído, trozos de brocado y damasco que hizo hace muchos años. Les entrega unas hojas de papel y unos carboncillos, y les pide que reproduzcan uno de los motivos de las telas esparcidas sobre la mesa: a modo de prueba, empiezan con unos simples entramados de volutas y arabescos. Los dos *putele* no saben ni cómo sostener el carbón entre los dedos: una lo rompe y ensucia toda la hoja de polvillo, la otra traza garabatos temblorosos. Me estiro detrás de la puerta para ver, en cambio, lo que está haciendo Caterina, completamente inclinada y concentrada sobre la mesa. Sin apretar el carboncillo, rozando levemente la hoja, su mano deja una marca diáfana y casi imperceptible, como una sombra de humo que pasa por el aire y vela los contornos de las cosas. Es verdad que ha empezado imitando el motivo de brocado que tenía delante, pero luego no ha vuelto a mirarlo y prosigue por su cuenta, sin dejar de girar la línea de la voluta sobre sí misma, retorciéndola y entrelazándola una y otra vez, hasta crear un dibujo fantástico de algo que no existe en este mundo sino quizá solo dentro de su cabeza, en su mundo interior, y ese dibujo presenta otro dentro de él, una hermosa silueta de aciano. Benvegnuda la está mirando como poseída, sin dar crédito a lo que ve. Y yo tampoco, nunca había visto nada parecido. ¿Quién es esta Caterina? ¿De dónde ha salido?

Benvegnuda ha hablado largo y tendido con Caterina. Le he dado permiso para usar lo poco de su antigua lengua que aún

es capaz de recordar: algo que nunca ha podido hacer hasta ahora, porque está severamente prohibido que las esclavas hablen entre ellas en sus idiomas originales, para que no formen camarillas y, sin que se las entienda, tramen enredos y engaños contra sus amos. Los sacerdotes les dicen que deben olvidarse de todo el mundo salvaje y pagano del que proceden, que deben convertirse en cristianas civilizadas como nosotros, por más que se las siga considerando para siempre seres inferiores, siervas, animales de carga. Permanezco escondido detrás de la puerta, no para vigilarlas o espiarlas, sino solo porque me siento incapaz de alejarme, estoy demasiado impresionado con esa increíble muchacha, me gustaría saber algo sobre ella, comprender quién es de verdad. Escucho ahora por primera vez la voz de Caterina: extraña también, al igual que sus manos, dulce y áspera a la vez, femenina y varonil. Tengo la impresión de que también entre ellas, entre Benvegnuda y Caterina, hay ciertas dificultades para entenderse; y al final, para mi sorpresa, es Caterina quien prefiere hablarle en veneciano. Un veneciano mucho más vacilante y divertido que el de Benvegnuda, e incluso con algunas absurdas palabras genovesas, una forma de hablar sencilla en sus frases y palabras, pero bastante clara y efectiva. Debe de haberla aprendido en los pocos meses que estuvo afincada en Constantinopla, antes de ser trasladada a Venecia. Y así continúan, en la nueva lengua franca, la vieja y la joven.

Escucho cosas que casi no puedo creer, aventuras que podrían leerse en una novela o escucharse en un cantar de gesta, pero no creo que sea todo invención de la fantasía de la muchacha. Tiene que haber un fondo de verdad, que se modifica mediante formulaciones fabulosas que me parecen tan extrañas porque provienen de su manera de ver el mundo, y de vernos a nosotros. El mundo del que procede debe ser totalmente diferente al nuestro. Dice que proviene de la montaña más alta de la tierra, cubierta por nieves perennes, la misma donde el profeta Noé se posó con su Arca. Recuerdo haber leído que esa gran montaña se llama Cáucaso y cierra el mar Mayor por el este. De modo que Caterina viene de allí. Y de hecho todo el mundo sabe que Tanais se encuentra en la

parte más septentrional y lejana de ese mar, en medio de la nada, a tres meses de navegación de Venecia por lo menos.

Pero luego empieza a contar cosas tan extrañas que ni siquiera Benvegnuda es capaz de seguirlas: su padre era un príncipe guerrero pero murió en batalla, ella también debía de haber sido una guerrera como él y para ello iba vestida de hombre y armada con un arco y una espada y quería vivir y yacer con su padre, pero los francos la capturaron y le quitaron el velo dorado, y luego un gigante rojo que también era mago pero era bueno se la llevó de allí en el vientre de un monstruo de madera enseñándole la magia de moverse de un lugar a otro, y por arte de magia se encontró en una ciudad con cúpulas doradas con su nueva hermana Maria, quien la cuidó y la hizo comer sopa y beber vino y le dio placer. Y por último el amo Iacomo, que se la llevó de nuevo en un monstruo de madera a esta ciudad construida sobre el agua, donde fue separada de Maria por la fuerza y encerrada sola en un palacio oscuro y desnudada y tocada por el malvado que se llevó a Maria, y ahora ella quiere encontrarla a toda costa y, llorando, ruega con todas sus fuerzas a Benvegnuda para que la deje reunirse con Maria.

Benvegnuda logra calmarla tomándola de las manos, le acerca la cabeza a su pecho y le desabrocha la cofia, le desata el pelo y comienza a acariciárselo mientras susurra algo que suena a una cantilena o una canción en su lengua desconocida; y esos cabellos sobre los que se desliza la mano de Benvegnuda me parecen infinitamente más hermosos y resplandecientes que el oro purísimo que se funde en mi fragua. Caterina deja de llorar y se abandona lentamente al sueño. La anciana maestra la acompaña al piso de arriba y no se va hasta estar segura de que se ha quedado dormida. Al salir me lanza una mirada severa, se ha dado cuenta de que he estado escuchándolo todo a escondidas y, por lo tanto, no tiene nada más que decirme, y se va.

El taller empieza a ir bien. Los brocados que producimos tienen dibujos tan novedosos y originales que comienza a correrse la voz por Venecia de que hay un nuevo y pequeño taller cerca de Castello que hace cosas extraordinarias. Contrato a otro mozo para batir el oro, y a otra *putela* que

viene de Mestre para hilar y tejer, que se queda a dormir con Caterina; es mejor que no se quede mucho tiempo sola, porque si no, se pone a recordar y a pensar en esas cosas raras suyas y no es bueno. Y parece que la cosa funciona, y que está un poco más serena, aunque nunca la veo sonreír, y en todo caso nunca ha hablado hasta ahora ni conmigo ni con nadie más a excepción de Benvegnuda, y tampoco levanta nunca la mirada hacia mí. Yo también estoy más sereno, y tanto es así que le doy permiso a mi esposa para ir a tierra firme a visitar a nuestro hijo Bastian, tal vez con la secreta esperanza de que eso ayude a recuperar mi relación con él y conseguir que perdone las faltas y crímenes que me atribuye, probablemente con razón.

Guardo el dinero ganado en efectivo en una caja cerrada con llave en el primer piso: ya no me fío de los bancos, los conozco demasiado bien y demasiado de cerca; y poco a poco empiezo a pagar cierta deuda que pesa sobre mi conciencia. Y también conservo todas las cartas de crédito de años pasados, todos los compromisos firmados por mis antiguos deudores, y todos los expedientes de préstamos de deuda pública que suscribí, nunca se sabe, tal vez algún día aún puedan serme útiles. Todo iría realmente bien, si no fuera por la parte oscura de esta historia: el trabajo secreto que, en días festivos, a escondidas y a menudo por la noche, hago en la fragua de abajo, el trabajo sucio de falsificador, en nombre del magnífico e irreprensible senador Ieronimo Badoer. Por la puertecilla que da al río, de noche, he cargado ya varias veces pesados sacos en la lancha de un Zuaneto cada vez más cauteloso, que se escabulle en la oscuridad entrando en el Arsenal por un pasadizo oculto; evidentemente los guardias también están compinchados con ellos, Ieronimo es el *vicedominus* del Arsenal. La última vez descargó del bote un montón de monedas de plata buenas, que escondí en un nicho en la pared. Es la única sombra que queda en mi vida. Si tan solo pudiera encontrar mi libertad de nuevo.

* * *

Martes de Carnaval. Este año el carnaval ha sido aún más desmedido, tal vez a causa de la larga ola de alboroto que

rodeó la boda del joven Foscari, como si toda la ciudad quisiera seguir con la fiesta y el jolgorio, derrochando todas sus riquezas en una única e inmensa orgía colectiva que pueda ayudar a la gente a olvidar las angustias del futuro, de la guerra a las puertas de casa, de las catástrofes financieras que acechan, de los mil peligros que parecen amenazar el destino de la República. Pero al menos nuestro taller ha funcionado bien. Ahora cierra durante unos días, incluso la *putela* de Mestre ha ido a visitar a sus familiares.

Chiara nunca volvió de Friuli. Después de meses de silencio en los que tampoco yo la busqué, me escribió una carta; o, mejor dicho, no la escribió ella, se la dictó a un escribano, y solo al final la firmó de su puño y letra con letra angulosa: *Ciara*. Son demasiadas las veces que la he abandonado y traicionado, demasiadas las que la he engañado con falsas esperanzas para defraudarla después y sumirla en la miseria y la vergüenza. Su último descubrimiento es que he estado vendiendo a escondidas todas sus joyas más preciadas, cuando en cambio le había dicho que solo las había empeñado con un amigo judío en Mestre y que las rescataría lo antes posible; también hice desaparecer la dote para pagar mis deudas, y todo esto se lo he hecho a ella, noble e hija de nobles, que ahora prefiere permanecer cerca del único tesoro que le queda, su amadísimo hijo Bastian. Ha dictado *su*, no *nuestro*, por supuesto.

Le respondí de inmediato, con palabras sinceras, sin engaños, porque entre nosotros, a nuestra edad, no hay necesidad de fingir un amor que nunca ha existido. Pocas palabras, en las que reconozco como cierto todo de lo que se me acusa, y solo le pido una cosa: perdón. Y luego añado noticias del taller, y le imploro que me crea, lo que le cuento es la verdad, no mis patrañas habituales de otros tiempos; es cierto que tengo una caja llena de ducados, he pagado casi todas mis deudas, y tal vez podamos expandir el negocio y hasta invertir el capital de los parientes Panziera. Solo le pido que me dé una última oportunidad y que regrese a Venecia.

La respuesta llegó hace unos días. Acepta, porque ante Dios sigue siendo mi mujer, y está obligada a serlo hasta que la muerte nos separe. Volverá, pero no en los días de carnaval, porque viste definitivamente de oscuro, como si fuera una

monja o una viuda ya de luto, y no tiene ganas de mezclarse con esa gente enmascarada y disoluta. Llegará mañana, Miércoles de Ceniza, para que sea ese el día señalado para el comienzo de un tiempo de arrepentimiento y expiación. No vendrá sola. La acompañarán su hijo Bastian y su cuñado, para comprobar que todo lo que escribo es verdad.

Es hora de vísperas. Fuera se avecina una tormenta: una tormenta de las malas, porque sopla un viento extraño y furioso que viene del sudeste y no es frío. Si la nieve se derrite y el mar sube hay riesgo de agua alta, así que coloco por precaución tablones protectores en la planta baja y aseguro bien el bote en la puerta de la fragua, en el Rio de San Gerolamo. Nos llegan apagados los sonidos de un carnaval demasiado lejano, apenas alguien que pasa cantando en una góndola, nada más, en este remoto rincón del Tanais. El carnaval no es para mí, nada me impulsa a salir a celebrar por ahí, disfrazado con una máscara. Rezo mis oraciones solo, y luego llamo a Caterina para que prepare algo de comer, para nosotros y para Zorzi, que está abajo en el taller, solo como un perro, otro desgraciado. Ella aviva el fuego, pero no parece tener frío, no se ha puesto indumentos de lana más gruesa y ni siquiera medias en sus pies, ligeramente enrojecidos, que emergen desnudos de los zuecos cuando mueve la falda; quizá en el país de donde proviene estaba acostumbrada a jugar con la nieve y el hielo. Mientras remueve el caldero con el cucharón, me percato de nuevo de su pequeño anillo de plata. Se me había olvidado. Me llena la copa de vino, me sirve la sopa hirviendo con unos excelentes *tortelli* rellenos de calabaza, mostaza de pera y algunas especias preciosas que he conseguido que me den en la botica, pimienta, jengibre y nuez moscada, y hace ademán de alejarse para preparar el cuenco que le llevará a Zorzi y luego consumir su ración en un rincón, en silencio, porque no puede sentarse en mi mesa.

La idea del anillo, sin embargo, no me ha abandonado: la detengo y le pido que me lo enseñe. Me mira con cierto recelo, como si temiese que fuera a quitárselo, luego acerca la mano izquierda para dejarme que lo vea, aunque siempre a distancia. Efectivamente, está bastante sucio, no se entiende

nada en absoluto de lo que está grabado en él. Tal vez no se lo haya quitado del dedo en meses o años. Me cuesta mucho trabajo que entienda mi propuesta: bajar a la fragua y limpiar bien su anillo, si para ella es algo importante, lo razonable es que vuelva a brillar. No debe tener miedo, no se lo voy a quitar, no soy un ladrón, añado en broma, ni se me ocurriría llevarlo a la casa de empeños de *mastro* Salomon. Nada, Caterina no entiende el chiste, hace ademán de alejarse, esconde una mano dentro de la otra. Tiene miedo.

Al final, para convencerla, recordando cómo le contaba su propia historia a Benvegnuda, se me ocurre una idea: hablarle con su mismo estilo de fabulación. Le digo que no debe tenerme miedo, porque yo también soy un gran mago, igual que ese gigante pelirrojo que la sacó de su país, y ella ya ha visto que soy un gran mago, un hechicero, un alquimista, ya ha visto cómo los metales obedecen mis órdenes, cómo brotan brillantes del crisol, qué felices son cuando les infundo vida y calor. Toda mi magia está ahí, una magia de creación: y para mí es un hechizo de lo más fácil devolverle la vida y la luz a ese pequeño anillo, y también infundirle nueva magia, porque me he dado cuenta enseguida de que se trata de un anillo mágico, como ciertos anillos que leí en alguna parte que te vuelven invisible y te protegen y te transportan de un lugar a otro. Si quiere, por ella y solo por ella, lanzaré ese hechizo, con una fórmula secreta y misteriosa propia, y el anillo será aún más mágico.

Sí, así funciona, Caterina se convence y me sigue en silencio. Bajamos a la planta inferior con el cuenco de Zorzi y una jarra de vino también para él, que está tirado con la mirada inexpresiva detrás del yunque. Me da pena ese chico y, a veces, incluso miedo. Es un poco más alto que yo. Es imposible descifrar lo que le pasa por esa cabeza, si él también tiene alma o no. El caso es que trabaja bien. Con el martillo, cuando lo deja caer sobre la plancha de oro, hace una pirueta que es todo un espectáculo, y baja solo con su peso y sin potencia. Enciendo la gran chimenea de la fragua, así las salas se calientan un poco; aunque creo que también Zorzi es insensible al frío, pues vendrá de quién sabe qué montaña de nieve.

Me siento en un taburete en el banco del recorte y el

trabajo fino, y le pido a Caterina que me traiga una palangana con agua hirviendo y esos botes de sales, que vierto y mezclo hasta que se disuelven por completo. Ahora llega la parte más difícil: que Caterina me dé el anillo. Tiendo la mano abierta. Ella intenta quitárselo del dedo, pero nada, sencillamente no sale. Le digo que se siente en el taburete de al lado. Sujeto su mano izquierda, que al principio hace ademán de retirar y luego abandona en la mía. Es cálida, con la piel sedosa y suave. Dejo caer una gota de aceite de cáñamo en el dedo anular y giro delicadamente el anillo hasta que se lo quito. Lo limpio del aceite y lo sumerjo en el recipiente, donde permanece un rato. Su mirada no se aleja ni por un instante, tal vez tema que algún extraño hechizo lo haga desaparecer de repente. Yo, en cambio, la miro a ella, sus grandes ojos abiertos, y me percato por primera vez de su azul ultramar, más intenso, diáfano y precioso que cualquier joya que haya tenido en mis manos, lapislázulis o aguamarinas. No me doy cuenta del tiempo que pasa, mientras las sales muerden el metal, así como no me percato, ni ella tampoco, de que mientras tanto sigo sujetando su mano tibia con la mía, y ella no la ha retirado. Como una hija con su padre.

El anillo está listo, las sales han disuelto la suciedad y las incrustaciones. Lo saco, lo seco, lo froto bien con paños de fieltro. Un bonito anillo reluciente, y por fin puedo ver lo que está grabado en él: un monograma y algunas letras griegas. Por suerte, al vivir aquí en Venecia he aprendido a descifrar al menos el alfabeto. Leo con dificultad: *Aikaterine*. Sí, por supuesto, Caterina. Recuerdo haber visto ya un anillo parecido en el dedo de Iacomo Badoer cuando volvió de su viaje a Alejandría. Me dijo que se lo había dado un compañero que se había aventurado hasta el monasterio perdido en el desierto del Sinaí, bajo la montaña de Moisés, donde se conserva el cuerpo incorrupto de santa Catalina, y los peregrinos tienen la costumbre de recibir de manos de los monjes esos anillos, bendecidos por el contacto con las reliquias de la santa. Sí, es el anillo de santa Catalina. Quién sabe quién se lo habrá dado. No vale nada, pero tal vez tenga un valor inestimable para ella, porque es el último recuerdo de algo que ha perdido. Se lo devuelvo y ella me mira

agradecida. Nunca la había visto tan luminosa.

Se me ocurre que tal vez pueda rematar mejor el grabado del monograma, pero me acuerdo de haber dejado en la planta de arriba el punzón con la punta de diamante. Me levanto para ir a buscarlo. Caterina se está poniendo el anillo en el dedo y se la ve feliz. Está tan absorta en mirarlo, en moverlo para captar los reflejos de la llama sobre su superficie lisa, que parece volverse más ligera, sentada justo en el borde del taburete, y se levanta sobre sus pies descalzos que sobresalen por debajo de la falda. Antes de irme, echo un vistazo con el rabillo del ojo a Zorzi, que ya no está tirado en la esquina, sino que parece estar mirando fijamente los pies de Caterina. No me gusta. Pero no tengo de qué preocuparme, volveré enseguida.

En la habitación rebusco un buen rato en la caja, pero no encuentro ese dichoso punzón. De repente oigo un grito, seguido de un ruido sordo. Bajo corriendo las escaleras y me quedo de piedra, horrorizado. El taburete está volcado en el suelo. El cuerpo animalesco de Zorzi se mueve salvajemente sobre otro cuerpo que intenta defenderse en vano, entre dos piernas desnudas separadas a la fuerza y dos brazos sujetos por el férreo agarre de esas manos acostumbradas a bajar el martillo, y veo la boca de Caterina tapada con el pañuelo que antes le recogía el pelo, y su melena revuelta en la paja, y sus ojos desorbitados. Un instante después me lanzo sobre Zorzi y lo agarro por los hombros, para detener ese acto inmundo. Se levanta gruñendo y con puñetazo me arroja contra la pared. Desde el suelo, con la visión borrosa por el golpe y la sangre goteándome del pelo, lo veo acercarse con una barra de hierro al rojo vivo, tal vez decidido a acabar conmigo. Me las arreglo para esquivar el mandoble rodando hacia un lado. Mi mano, desesperada, actúa por sí sola, agarra algo, el martillo para batir el oro, y lo lanza con fuerza contra la cabeza de Zorzi, que cae hacia atrás. Luego, durante interminables momentos, nada. Solo escucho el crepitar de las llamas, un estertor que se va desvaneciendo y proviene del lugar donde debe de haber caído Zorzi, y un gemido desde donde aún debe de estar Caterina. Me toco la frente, donde me he dado el golpe contra la pared, y la mano se mancha de sangre.

Hago un esfuerzo y abro los ojos.

El yunque está cubierto de sangre y fragmentos de hueso y cerebro. Zorzi yace con una extraña postura en un charco que se ensancha alrededor de su cabeza, partida por el yunque. La sangre oscura se mueve lentamente, como el oro fundido, pero con más lentitud que el azogue. Giro mi dolorida cabeza con dificultad hacia la esquina al lado del yunque. Sobre la paja, el cuerpo desnudo de Caterina, con la camisa y la túnica desgarradas y levantadas por encima de los senos, las piernas todavía abiertas y temblorosas, la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados, pero sacudida por los sollozos. Gracias a Dios está viva. Me arrastro hacia ella. Trato de bajarle la ropa y cubrirla lo mejor que puedo. Le aprieto la mano con fuerza y le susurro como lo haría un padre a una hija asustada: cálmate, se acabó. Le quito el pañuelo de la boca para dejarla respirar. Los sollozos se van acallando. Sus ojos de animal herido se abren y me miran. Se acabó.

Ahora actúo sin pensar, me muevo como en sueños. Me siento devastado. He podido mancharme de mil crímenes a lo largo de mi vida, pero jamás le había quitado la vida a un ser humano, aunque fuera un bruto como Zorzi. Lo envuelvo en una alfombra vieja que ato por los extremos y arrastro hasta el bote. Lavo toda la sangre que veo y esparzo por encima el polvo de cemento. Rompo la delgada mampostería de un nicho y saco la bolsa de las monedas, donde meto todo lo que recojo de la caja de arriba, y también me llevo un puñal, tal vez me haga falta. Bajo también dos gruesas capas con capuchas, ropa de lana y las cuatro cosas de Caterina, además de un par de botas mías, que, aunque le estén anchas, deberían quedarle bien. Le doy un poco de agua para beber, le pongo las medias y luego las botas y la ayudo a subir al bote. El agua ha subido, y el viento silba como un demonio, casi no hace falta remar, parece como si una mano invisible nos empujara Rio de San Gerolamo arriba. Justo cuando estamos a punto de girar en Rio delle Vergini, me parece ver unas luces que se acercan a mi casa, hombres que llevan linternas y picas, no son máscaras de carnaval y no es la ronda nocturna, tal vez estén ahí por mí. ¿Cómo es posible que se hayan enterado tan rápido de lo que ha ocurrido?

Desde luego, no voy a volver para preguntárselo.

Delante de la catedral de San Piero el viento nos azota por la derecha con mayor violencia y nos lanza de inmediato a la laguna en dirección a Murano. Tengo que luchar con los remos contra las olas y contra la corriente, que quiere arrastrarnos y sumergirnos, mientras trato de mantenerme lo más resguardado posible, bordeando los muros del Arsenal. Siento que la cabeza me va a estallar. Caterina está acurrucada en la barca, agarrada al saco, presa del terror. Cuando un trueno espantoso estalla justo encima de nosotros, suelto los remos y deslizo el cuerpo de Zorzi en las aguas revueltas, que parecen garras que quieren arrastrarme al infierno también, y que en cambio solo logran agarrar los remos y llevárselos. Es el final, vamos a la deriva, el agua nos puede sumergir en cualquier momento. Es el Apocalipsis que está a punto de destruir el mundo, con el fuego de las saetas que serpentean entre el cielo y el mar. Me acurruco en el fondo del bote y cierro los ojos, a la espera de que llegue nuestra hora, y busco la mano de Caterina en la oscuridad. La encuentro, la aprieto y ella aprieta la mía.

Una sacudida repentina nos lanza contra el fondo húmedo del casco, uno encima del otro. La barca ha encallado en una franja de arena y oigo gritar a Caterina. Yo también levanto los ojos y distingo en la oscuridad iluminada por los relámpagos la silueta de un gigante negro que extiende sus brazos hacia nosotros. Pero no, no es un gigante, es un viejo molino de viento en ruinas. Y un poco más allá hay un campanario, una iglesia, un edificio de viviendas, una ventana en la que brilla tenue una luz. Tal vez podamos salvarnos, reconozco el hospicio de los Santos Cristoforo e Onorio. Sé que aquí vive un fraile que antes de convertirse era un especulador como yo, intermediario, proxeneta y putero, Lodovico Zorzi. Cambió radicalmente, de vida y de nombre: ahora se llama Cristoforo, en honor al patrón del convento y a la misión caritativa de ese gran santo, salvar las almas perdidas, llevarlas sobre sus hombros expiando el peso del pecado, y transportarlas a un puerto seguro. Sí, porque el hospicio es el último refugio de las mujeres perdidas de Venecia quienes, viejas y enfermas, rechazadas por todos,

vienen aquí para recobrar al menos algo de dignidad como seres humanos y morir en paz en este lugar. También le hacen un favor a la República, que destina algunos subsidios a los frailes, porque con esta solución de la isla de las putas las elegantes calles de la ciudad quedan limpias de la vergonzosa presencia de esas sucias viejas pecadoras, que antaño abarrotaban los cruces de las calles mendigando. Eso es lo que significa aquí la barca de San Cristóbal: es la que te lleva al otro lado del río de la vida, a la paz del reino de los muertos; y quizá, para quien cree en ello, a la paz de una dimensión eterna y sin sufrimientos.

Ayudo a Caterina a levantarse, pongo el bote a salvo y escondo el saco debajo de un montón de ramas, y bajo la lluvia torrencial que ha comenzado a caer intentamos llegar al convento. Llamamos a la puerta. La luz desaparece del ventanuco de arriba, y poco después vuelve a aparecer por la mirilla que se abre. Es fray Cristoforo en persona, por más que haya cambiado mucho desde los enfervorizados años de Rialto: ha envejecido, tiene el rostro lleno de arrugas, una larga barba blanca, pero sus grandes ojos claros transmiten una expresión de serenidad. El que en otros tiempos fue mi amigo nos hace pasar a su nuevo mundo, me abraza fuerte, y no tiene el menor problema en dejar entrar al convento a una mujer por la noche, porque el hospicio está destinado justo a eso, a las mujeres que lo necesitan. Ella irá a descansar a ese edificio de allá, un antiguo granero que los frailes han remodelado en un único y ancho corredor con hileras de camas a un lado y al otro para las pobres acogidas. Caterina, todavía traumatizada, se deja acompañar hasta allí sin decir nada, y es confiada a una de esas mujeres, que la lleva adentro.

Fray Cristoforo no me pregunta nada sobre por qué me he presentado en la isla a esas horas de la noche, con esa muchacha, y con ese corte en la cabeza. Se limita a llevarme a la enfermería y a curarme la herida, y dice que es completamente superficial, que no hay nada grave, y me obliga a tomar un vasito de uno de sus licores de hierbas, fortísimo y amargo como la hiel; tal vez sea esto también un rito penitencial. Luego me observa sin hablar, y su forma de

mirar es aún más desarmadora que si me hubiera lanzado una andanada de preguntas, de modo que soy yo quien se pone a hablar y le cuenta todas las catástrofes de mi vida, hasta esta maldita última noche y esta huida desesperada.

Acabo de matar a un hombre, a un muchacho, le confieso a mi amigo, y estoy devastado, lo maté a pesar de no querer hacerlo, y le pido perdón a Dios con toda mi alma, pero no tuve más remedio, para poder salvar a esa muchacha que estaba a punto de ser violada, y yo no quería que le hicieran ningún daño a esa pobre chica, una esclava venida de quién sabe dónde y que ya ha sufrido quién sabe cuáles y cuántos padecimientos, y ahora no sé qué hacer, tal vez no debí haberme escapado; se dice que los que huyen lo hacen perseguidos por la culpa, pero yo lo hice por impulso, como en un sueño, y ahora tal vez los guardias ya me estén buscando, y la buscarán a ella también, y si la capturan quizá la traten con más crueldad aún y la sometan a tortura para hacerle confesar algún crimen que nunca ha cometido, pobre criatura, cuando no tiene culpa alguna. Y me echo a llorar a lágrima viva, yo, el viejo y fuerte Donato, que ha pasado por tantas cosas en su vida y creía haberlo visto todo y experimentado todo. Fray Cristoforo me pone la mano en el hombro y sonríe como siempre y no dice nada. Se limita a invitarme a rezar y a dar gracias al Señor por habernos salvado a ambos de tan enorme peligro, y luego a descansar, porque en una noche como esta no es bueno ir dando tumbos por ahí. Me despertará con los maitines, y junto con los hermanos y las penitentes iremos a la iglesia para el rito de las Cenizas. Me quedo allí, tendido en el catre de la enfermería y envuelto en mi capa, y poco después me duermo, sumido en un sueño sin sueños.

* * *

El sol se eleva sobre la laguna, ahora tranquila. La tormenta ha pasado.

Salimos de la iglesia, con las cabezas cubiertas de cenizas. Mientras Caterina da la vuelta por el claustro, fray Cristoforo me lleva aparte y hace que me siente entre dos columnas, quiere hablar conmigo. Lo primero que hace es bendecirme y

pronunciar la fórmula de la absolución en latín, *ego te absolvo,* pues lo que escuchó de mí anoche lo considera una confesión, regular y completa, porque nunca me ha visto tan sinceramente arrepentido y contrito. Luego continúa. Lleva mucho tiempo esperándome aquí en el hospicio. Incluso me ha mandado varios billetes, a los que yo, sumido en la depresión de mi fracaso, nunca he respondido: pero en su interior sabía que tarde o temprano la Providencia me haría desembarcar en este islote. Tal vez, a causa de los inescrutables designios de la mente divina, esto había de suceder precisamente en el curso de una tempestad que parecía haber sido levantada por los infiernos, y en una noche en la que incluso me convertí en un asesino, después de los muchos otros delitos que he cometido en el curso de mi vida: robos, trueques, corrupción, especulación, usura, fraude, engaño, traición, falsas declaraciones, falsificación de monedas y metales, blasfemias, y por último, si bien menos graves que los demás, incluso un buen número de pecados de gula y lujuria, delitos todos ellos que él, fray Cristoforo, conocía bien cuando era todavía el corredor Lodovico, mucho más criminal que yo.

Pero no es de eso de lo que quiere hablarme. Me pregunta si me acuerdo de una prostituta de Castelletto llamada Luce. La respuesta la conoce ya. La frecuentaba y la conocía bien él también; y recuerda que cuando acabé en la cárcel de Piombi, Luce estaba tan desesperada que ya no quiso recibir a nadie, ni siquiera a él, que seguía siendo Lodovico, para permanecer fiel a Donato y esperarlo. Unos meses después, él también acabó en prisión, más dura y larga que la mía, y no supo nunca más nada de Luce, porque cuando salió en libertad el hombre viejo, Lodovico, había muerto y en su lugar estaba el hombre nuevo, Cristoforo.

El santo fraile Simonetto lo asignó inmediatamente, por su ardor de caridad, a este hospicio para desamparadas. Poco después de su llegada, el prior lo llamó y le entregó un papel doblado varias veces. Y ese papel arrugado y amarillento está aquí ahora, junto con un anillo, emerge de las manos de Cristoforo y pasa a las mías, y tengo miedo de leerlo, presagiando una revelación que podría trastornarme. La letra temblorosa y llena de errores es de Luce. Pide que esa niña,

que lleva metidos en los pañales que la envuelven el anillo y la nota, sea bautizada como Polissena y encomendada a la misericordia de Dios y al amor de su padre, si la Providencia permite que la reconozca por medio de este anillo. En efecto, el anillo es el que le di a Luce cuando la conocí, engastado con un grueso diamante falso, y Políxena es uno de los muchos nombres de las historias de antiguas heroínas que ella quería que le contara del *Libro de mujeres famosas*, aquella que hizo morir de amor incluso a Aquiles. Polissena es mi hija, y nunca he sabido nada de ella.

Después de un largo silencio, Cristoforo me dice que la niña está aquí, ha sido bautizada como Luce quería. Se ha criado en el convento. ¿Me siento capaz de verla? Interpreta mi nuevo silencio como otro sí, y hace un gesto con la cabeza a un fraile que ha estado esperando todo el rato al fondo del claustro y que se acerca con una niña de seis años cogida de la mano, de pelo largo y oscuro y ojos grandes que se me antojan los mismos que los de Luce. Me dejo llevar por el llanto y los temblores, no puedo ni levantarme cuando Cristoforo me dice: Donato, aquí está tu hija; y pone su manita en la mía. Se la aprieto con fuerza, pero no demasiado, para no lastimarla, mientras ella me mira, y tal vez se pregunte si ese señor alto y fuerte, con algunas arrugas y muchos cabellos blancos y los ojos húmedos como si estuviera cortando una cebolla, es de verdad su padre, al que nunca conoció.

Como si hablara consigo mismo, Cristoforo continúa en voz baja, para que solo yo pueda oírlo. No le ha costado entender que me hallo en un momento difícil. No puedo quedarme en el convento ni volver a Venecia, tengo que irme. Polissena, por su parte, puede quedarse, está a salvo aquí. Es suficiente que yo sepa dónde está y rece por ella, y ella rezará por mí, esto es lo más importante ante Dios, luego la Providencia y los frailes se encargarán de todo. Cuando Polissena crezca, podrá ayudar en el hospicio y más tarde, con una pequeña dote, podrá casarse con un artesano honesto. Quizá pueda proveer yo mismo, aunque sea desde lejos, y enviar algo para la niña y para el hospicio. Dios perdona muchas cosas por una obra de misericordia.

Oímos un grito que viene del otro lado del claustro, y parece la voz de Caterina. Los dos frailes corren hacia ella y yo los sigo con mi hija en brazos. Encontramos a Caterina arrodillada en el suelo, llorando, sosteniendo la mano de una de esas pobres mujeres tumbadas y agonizantes en una camilla, piadosamente cubierta con un tosco sayo de tela y con un rosario en sus manos esqueléticas y temblorosas; tal vez se la estuvieran llevando para darle los últimos sacramentos. Pero no parece una vieja puta: aunque devorada por la fiebre, es una joven alta, de unos veinte años, con el pelo oscuro que alguien ha debido de cortarle como para infligirle un terrible castigo, y en su rostro hundido se ven marcas tumefactas de cicatrices y quemaduras. Oigo a Caterina susurrar un solo nombre: Maria, Maria, y una o dos palabras en un idioma incomprensible. Maria, que no ha abierto los ojos en ningún momento, parece estremecerse, luego nada más.

Cristoforo, detrás de mí, me cuenta lo que sabe. Un pescador la encontró en las aguas de la laguna, desnuda pero aún viva, allá abajo, cerca de los muros del Arsenal, y la trajo aquí en muy mal estado. Nunca se recuperó y nunca llegó a abrir los ojos, las otras mujeres intentaron darle de comer y hacerle beber, pero fue en vano. Él trató de averiguar algo a través de otro fraile de la ciudad. Se rumorea que una esclava rusa llamada Maria fue llevada a la fuerza al Arsenal para entretener a los remeros de las galeras, pero esta se atrevió a rebelarse y para defenderse apuñaló incluso, aunque no de gravedad, a un hombre importante, un senador cuyo nombre se desconoce. Debe de haber sido este quien, por venganza, ordenó que la mataran a golpes. Donato no puede imaginarse la de casos parecidos que llegan al hospicio. Aquí, por lo menos, después de tanto sufrimiento, encuentran por fin la paz. Y señala los cipreses del pequeño cementerio al final de la isla. La vida es solo un tránsito, un breve pasaje.

Con dos remos nuevos bogo vigorosamente en las aguas tranquilas de la laguna, mientras las últimas nubes de la tormenta nocturna se alejan lentamente por las montañas blancas. Un aire fresco y limpio, un cielo diáfano y lleno de

esperanza. Transporto hacia la salvación en una barca, como San Cristóbal, dos cuerpos inmóviles, con todo su peso de mal y dolor: la bolsa de monedas y a Caterina. Abracé fuertemente a Polissena, incapaz de separarme de ella. Quién sabe qué recordará de nuestro encuentro: yo no lo olvidaré nunca, y será una luz para mí que me guiará en los días oscuros, y si la Providencia me ayuda, tal vez algún día pueda volver a abrazarla. Recibí devotamente la bendición de Cristoforo para todos nosotros, para nuestro futuro, para nuestro viaje, el presente, tan incierto, y el de la vida, igualmente incierto y quizá incluso más. Arranqué a Caterina de la camilla de Maria, y recordando la historia incoherente que le había contado a Benvegnuda, relacioné todos los fragmentos y entendí quién era Maria, y quién era el senador sin nombre, y me di cuenta de la magnitud de la tragedia que esas dos pobres muchachas han vivido desde el día en que alguien violó sus vidas y les arrebató la libertad. Ah, si pudiera blandir el martillo del batihoja contra todos ellos, o contra el senador sin nombre. Pero quizá se trate de un deseo de venganza que el buen Cristoforo y el buen Dios no aprobarían.

Giro alejándome de la isla de Campoalto, que tiene una pequeña guarnición de soldados, y también de la isla de San Giuliano y la Torre de Malghera; mejor evitar la *palada,* la empalizada con los controles aduaneros, aun a costa de renunciar al acceso más fácil a Mestre, por el canal de la Fossa Gradeniga. En cambio, arribo cerca del Passo di Campoalto, levanto a Caterina, que se apoya en mí como si estuviera borracha, y seguimos a pie por los bosques de álamos y abedules, con circunspección, para no encontrarnos con leñadores o guardabosques. Aquí están las casas de Mestre y el arrabal donde viven los judíos. Voy a la casa de mi amigo Moisé, un prestamista que es pariente del maestro de ábaco Zorzi: me debe muchos más favores de los que yo le debo a él, he salvado su vida y sus bienes en varias ocasiones. Se sorprende de verme tan de improviso, en estas condiciones y junto a Caterina, pero me deja entrar sin hacer preguntas. No es la primera vez que me ve huir de Venecia, y tiene cierta fe en mí, pues sabe que siempre he salido airoso y que me las apaño para volver, una y otra vez, cuando la tormenta ha

pasado. Debo pedirle un enorme favor, solo él puede ayudarme, ya no confío en los cainitas de mis colegas cristianos: tengo una gran suma en efectivo y quiero confiársela, pero que quede entre nosotros, dentro de su red privada de banqueros judíos; y él me dará una letra de cambio que pueda cobrar de su corresponsal judío en Florencia. Todo ello con una generosa comisión para el maestro Moisé, por supuesto.

Con la necesidad que hay de buen dinero y de buena plata, el maestro Moisé no puede negarse, aceptando además todos los riesgos anexos y conexos, en estos tiempos difíciles en que los predicadores alzan la voz contra los judíos impíos e incitan a la multitud a castigarlos, porque el mero hecho de que vivan y respiren se considera un acto sacrílego. Al menos aquí en Mestre están un poco más relajados, mientras que en Venecia no pueden permanecer más de dos semanas seguidas, y además tienen que llevar en la capa ese odioso signo amarillo de reconocimiento, para que, si a alguien le apetece apalearlos o matarlos, pueda hacerlo con más facilidad. No le cuesta comprender que por debajo hay algo, entre otras cosas porque conoce mi pasado y sabe que es mejor no investigar el origen del dinero. De acuerdo, pero entonces es mejor que me vaya inmediatamente después de concluir la transacción. Trae los papeles y el libro mayor, abro el saco grande, pido una bolsa pequeña y meto en ella lo que había sacado de mi caja, el dinero que era realmente el fruto de mi trabajo y todos los papeles de mis deudores, y le dejo contar rápidamente todo lo demás, que es mucho, y es dinero del diablo. Le quito el equivalente a unos diez ducados y le pido que se los haga llegar de mi parte a fray Cristoforo de la religión de san Agustín, en el hospicio de los Santos Cristoforo e Onorio, él sabe por qué.

Al final Moisé me abraza calurosamente, me dice *shalom*, y llama a un mozo que nos lleva a un bote amarrado en un canal ya a punto de zarpar, y nos esconde bajo la tela que resguarda de la lluvia un cargamento de cereales, proporcionándonos una bota de agua y tortas. La barca se pone en marcha de inmediato y emprende su viaje en un laberinto de canales y ríos y valles, empujada por los remeros, y nosotros bajo la lona, de nuevo como en un sueño, solo

oímos el chapoteo del agua, el ruido de los remos, el breve intercambio de palabras con los reguladores de las esclusas o con los recaudadores de gabelas y vigilantes, a quienes una pronta *manzaria* convence para renunciar al inútil control de una mercancía tan vil como los cereales. Tras una última esclusa, mientras los remeros continúan con su trabajo, el mozo nos permite salir a la luz del sol poniente; en el último tramo ya no hay esclusas ni aduanas, casi hemos llegado.

Mientras los remeros atracan y se dedican a la descarga, el chico nos ayuda a bajar y nos lleva a su casa. Su nombre es Abraham, y nos presenta a su padre, Giuseppe, que no llegará a tener cuarenta años pero parece mayor que yo, quizá por lo que ha pasado en su vida, y de hecho ni siquiera habla, su mano tiembla cuando nos saluda. Abraham no sabe cuál es el verdadero nombre de su familia en hebreo, aunque aquí todos los llaman tudescos, porque vienen de Alemania, son asquenazis que huyen del miedo y de la muerte. Él también ha visto cosas, pero ya no quiere recordarlas ni tampoco hablar de ello. Puedo imaginármelo. En su casa viven los dos solos. No hay madre, no hay hermanas. Tal vez sean los únicos supervivientes de una familia numerosa. Luego Abraham nos enseña una bolsa de cuero, y llorando, señala un trozo de pergamino enteramente escrito en hebreo entre marcos elaborados y dos dibujos de cervatillos: eso es todo lo que le queda de su madre, el *ketouvà*, el contrato de matrimonio con su padre, y esas son las filacterias de su abuelo: eso es todo lo que se ha salvado de su familia, cuando los cristianos los quemaron vivos dentro de sus casas. Su padre se los entregó como algo sagrado y le mandó que un día se los pasara a su hijo, y así seguirán su camino de generación en generación, para no olvidar el holocausto, nunca, hasta que venga el Mesías y las tribus dispersas de Israel se reúnan en el Templo al final de los tiempos para pedirle consuelo y justificación.

Podemos quedarnos a dormir si queremos, mañana nos acompañará hasta el gran río, y cuando lo hayamos cruzado estaremos a salvo. Nos prepara algo de comer. Le pregunto por qué nos ayudan: después de todo lo que han sufrido deberían odiarnos a todos, a nosotros que nos llamamos cristianos y luego a la hora de obrar hacemos lo contrario de

lo que Jesús nos enseñó. Abraham me mira con dulzura, y parece mucho más adulto y maduro de lo que debería ser a su edad: todos somos seres humanos, todos somos criaturas en fuga, en peligro, es justo que nos ayudemos unos a otros. A ellos también los salvó alguien, los cristianos no eran todos monstruos. Toda vida es un milagro irrepetible y hay que salvarla a toda costa; si se pierde, desaparece con ella todo un universo de afectos y de recuerdos, de rostros y de caricias.

* * *

Un último salto hacia la libertad.

El carro desvencijado avanza lentamente por el camino de sirga. En un paisaje desolado de ciénagas y paúles discurren las hileras temblorosas de álamos. El viento se levanta y el cielo se cierra, tal vez no sea fácil cruzar el gran río. Llegamos a una caseta de madera sobre una barcaza amarrada a la orilla: un molino con una gran rueda. Abraham negocia con un arisco molinero, que acepta que uno de sus mozos nos cruce en la barcaza del molino, pero lo antes posible, sin embargo, porque el río está crecido, y de un momento a otro podría no ser posible ya; y además porque se ha dejado ver una escuadra de jinetes venecianos que no debería estar aquí, estas son tierras de Ferrara, pero desafortunadamente también son tierras de paso, sin ley, y aquí cada uno hace lo que le viene en gana, y esos jinetes deambulan por las orillas como si estuvieran buscando a alguien, a unos fugitivos o delincuentes; y diciendo esto nos mira a Caterina y a mí con recelo.

Montamos en la barcaza y el remero se pone en marcha, maniobrando con dificultad en la corriente. El viento del este se levanta, tan violento como la otra noche, y parece hacernos retroceder. De repente, un relámpago ilumina el cielo oscuro y se oye el rugido de un trueno, y una lluvia violenta, oblicua, impulsada por el viento empieza a caer. El río brama como un toro y parece un mar, y ya no podemos ver la otra orilla, la salvación y la libertad que hace un momento parecían tan cerca de nosotros que casi podíamos tocarlas. En cambio, la orilla de la que partimos todavía está demasiado cerca y es claramente visible, el viento y la

corriente nos empujan hacia atrás: y allá arriba aparecen las formas oscuras de los jinetes, gritándonos algo, y veo una ballesta en las manos de uno de ellos, y parece apuntar a Caterina. Me pongo de pie, instintivamente, para protegerla con mi cuerpo. Un silbido, una punta que me desgarra el jubón y la carne y se aleja, y yo pierdo el equilibrio y caigo y me hundo en los remolinos.

Siento el agua fría que me envuelve. Se me filtra en las medias y en la camisa y llena mi boca que quiere gritar, pero no puede. Las manos se mueven en el vórtice sin encontrar un punto de apoyo, las piernas patean entre los escombros y los troncos, que las golpean y hieren. ¿Es solo un breve sueño, la vida, que ahora ha llegado a su fin?

Antes de perder el conocimiento y de confiar mi alma de pecador a la Virgen María *in hora mortis nostrae*, una última imagen, iluminada por el relámpago: la mano ahusada de un ángel tendiéndose hacia mí, el reflejo de un anillo de plata que resplandece en la noche.

7. Ginevra

Florencia, en el barrio de Santa Maria Novella,
una mañana de junio de 1441

Se me ha pasado la melancolía de inmediato, cuando he visto la cesta de albérchigos.

Son los primeros de la temporada, en efecto, preciosos, firmes, rellenitos, risueños, de un color casi rosado con un tinte rojo un poco más acentuado a los lados, que se parecen a mis mejillas cuando las maquillo con polvos de carmín. Qué extraña coincidencia. Justo esta mañana, que me he despertado demasiado temprano y fuera aún estaba oscuro, ha sido mi primer pensamiento: unas fuertes ganas de los primeros albérchigos de la temporada, sentada frente al espejo, que parece devolverme la imagen de una Magdalena despeinada y dolorosa, semidesnuda con una camisola holgada, el rostro todavía cubierto por la mascarilla de harina y clara de huevo que me puse anoche. Antes de retirarla con agua fresca de rosas, contemplo insegura la imagen reflejada de mí misma. ¿Un toque de carmín, apenas, con el pincel más pequeño? Y los ojos, ¿qué hacer con los ojos, y con estas arrugas que ya empiezan a enmarcarlos, y con las cejas demasiado espesas y demasiado oscuras?

Unos golpes en la puerta aún cerrada interrumpen bruscamente mi meditación matutina, mientras el ángelus empieza a sonar en el campanario de Santa Maria del Fiore. Espero un momento, con la esperanza de que ese ruido inoportuno no se repita y que solo sea el error de un mercader ambulante, un campesino adormilado nuevo en la ciudad que no encuentra el camino hacia el Mercado Viejo, o de un vagabundo aún borracho que se ha equivocado de portal. Algo que no es raro, para nosotros que vivimos aquí en el centro, en el corazón de la ciudad vieja, en el barrio de Santa Maria Novella, gonfalón Víbora, entre Calimala y el mercado. Hoy en casa solo estamos las mujeres, los señores hermanos Tommaso y Andrea y los sirvientes se han ido por

sus asuntos al Mugello, dejándome más de mil recomendaciones sobre la correcta vigilancia y custodia de la casa; todas dirigidas a mí y solo a mí, Ginevra, porque dicen que soy la más sensata de las mujeres de la casa, y tengo por lo tanto que supervisar a las demás y hacer que se acuesten temprano y despertarlas por la mañana, y atrancar la puerta por la noche y no dejar que se abra hasta que me haya levantado, y es que hay que encargarse de todo y tener el alma puesta en la casa y en la familia más que en la rueca o en la aguja, porque no se podría remediar ni en cien años el daño que nos causarían en una hora si vinieran a nuestra casa a apandar o a causar daño; y por lo tanto, concluyen siempre los señores hermanos cuando se van y me dejan el gran manojo de llaves, que tenga en cuenta que soy una mujer y ya no una niña, ahora que entro en la treintena.

Yo, que estoy un poco harta de tantos sermones, no replico nada, por su tranquilidad y por la mía, y siempre digo que sí: total sé bien que, en cuanto los señores hermanos se hayan alejado en sus cabalgaduras, seré yo la que manda aquí; y sobre todo entraré en el estudio como una señora, para disfrutar de lo que es para mí el tesoro más preciado que tenemos en la casa: no el cofre con el dinero o las joyas sino los libros, reunidos uno a uno o incluso copiados personalmente por mi abuelo *ser* Tommaso y luego por mi padre Antonio, quien me enseñó a leer y escribir y a hacer cuentas, y pasaré un rato a solas conversando con esos amigos secretos; a escondidas, naturalmente, porque los curas repiten que no es bueno que las mujeres lean, sobre todo cuando, como en mi caso, prefieren la *Centonovelle* o el *Cancionero* a las vidas de los santos padres y las leyendas de la Tebaida.

Desgraciadamente los golpes vuelven a sonar, insistentes y tediosos, y tengo que bajar las escaleras tal como estoy, una Magdalena despeinada y dolorida, un san Pedro desgreñado con todas sus llaves, porque las otras mujeres, mi hermana, mi anciana tía, mi señora cuñada y sus sirvientas están todas durmiendo felizmente. Meto la llave más grande en la cerradura, la giro varias veces, quito la gran barra horizontal, entreabro la puerta, y es entonces cuando aparece la visión de los albérchigos. Como un gato que extiende la pata con cautela para atrapar a su desprevenida presa, yo también

quisiera alargar la mano entre las hojas, pero sin dejarme ver demasiado desde la calle, porque la máscara de la belleza sigue toda ahí, seca y agrietada en mi cara. En cambio, me encuentro frente a otra máscara, la del rostro al natural de Nuccio del Gratta, conocido como el Simplón, el viejo trabajador de la finca de Terenzano.

Nuccio tendrá sesenta años, pero en realidad nadie lo sabe, entre otras cosas porque dicen que siempre ha tenido el mismo aspecto sin edad, las mismas arrugas, los mismos ojos, el mismo pelo de estopa gris y ligeramente amarillento, que cuando era joven parecía un viejo y ahora que es viejo parece joven, y yo tampoco soy capaz de recordarlo distinto a sí mismo, desde la primera vez que lo vi cuando era una niña, allá en los campos. Aquí hay alguien que ha descubierto el secreto de la eterna juventud, pienso, en parte por burla y en parte por envidia; alguien que no necesita maquillarse la cara ni teñirse el pelo, ni entablar todos los días la batalla contra el tiempo, perdida incluso antes de empezar, el tiempo que según nuestro sabio filósofo Ovidio consume todas las cosas y, envidioso de la belleza, la muerde poco a poco con los dientes de la vejez, y en última instancia con los de la muerte.

Sin embargo, el tiempo también pasa para él, y Nuccio, con las extremidades debilitadas, ya está demasiado maltrecho como para inclinarse con el azadón y la pala sobre los fatigosos terrones de tierra, por lo que el nuevo colono, Bernaba di Iacopo da Settignano, le permite quedarse a vivir en una casucha cerca de la carretera con su perro Argo, un viejo pastor de Maremma, tan maltrecho como él, a cambio de que se encarguen ambos de ladrar a los caminantes o a los peregrinos romeros hambrientos de fruta ajena, y de bajar aquí a la ciudad, una vez a la semana por lo menos, a traer verduras y frutas a Silvestro di Francesco, el mercader ambulante del mercado viejo. Y aquí está Nuccio, vestido con harapos y calzado con pieles atadas con cuerdas, como siempre, en el carro tirado por el burro, triunfante entre cestas de lechuga y albérchigos.

Pero ¿por qué ha llamado a nuestra puerta? Jamás lo ha hecho: va directo al mercado sin detenerse nunca, sin hablar con nadie, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, como su mula, porque Bernaba siempre le ordena que no se distraiga

con los pilluelos de Santa Croce y que no deje que le apanden la fruta. Bien lo sé yo, pues lo he visto pasar más de una vez por la ventana y lo he llamado para que se detuviera un momento a descansar en el patio y mientras tanto comprarle los mejores frutos y a menor precio, antes de que llegaran al tenderete del mercader, y él ni caso, como mucho inclinaba la cabeza con su mechón de estopa como para expresar un brusco gesto de reverencia a monna Ginevra.

Nuccio me mira desconcertado, y por un instante me entra la duda de que sea por la visión de mi extraña cara, aún cubierta por la máscara de belleza y envuelta en serpenteantes mechones de cabello suelto como la Medusa. Pero no, la razón es la misma por la que se ha parado y ha llamado al portal, es decir, para decirme algo, para traerme un mensaje importante del campo. Aquí precisamente radica el problema, y por eso el Gratta se ha ganado el apodo de simplón.

Incluso en condiciones normales, Nuccio habla mal, con dificultad, tartamudeando y enredándose. Dicen que está así desde que enfermó de peste a los veinte años y se recuperó, pero vio morir junto a él a todos sus seres queridos, uno tras otro: a su mujer, que todavía era una niña, y a los mellizos recién nacidos y a su madre Dianora, viuda, a quien aún recuerdan como una de las nodrizas más sanas y ubérrimas de aquella zona. Y Nuccio, abatido por la fiebre y el delirio durante días sobre el jergón, no podía hacer nada por ellos, y así lo encontraron los encapuchados oficiales sanitarios en la aislada casa de la finca a la que nadie se atrevía a acercarse desde hacía días, temblando, rodeado solo de cadáveres fríos, pero vivo. Pobre Nuccio, y pobre gente, porque las últimas plagas parecen apegarse sobre todo a ellos, a los obreros y artesanos más humildes y a las esclavas, que se ven obligadas a salir a trabajar todos los días como si la guadaña de la muerte no estuviera allí entre ellos, mientras que nosotros, los señores, nos encerramos en nuestras casas, nos aprovisionamos de comida y vino, nos cubrimos la cabeza y la boca con velos y nos llenamos la nariz con esencias aromáticas y vapores para mantener a raya el morbo, y huimos a las casas campestres para esperar el fin de la plaga engañando al tiempo y a la muerte con alguna ocupación

grata y honorable.

El caso es que esta vez a Nuccio se le entiende aún menos lo que intenta comunicar, casi nada en realidad, porque se ve que le embarga la emoción y la urgencia de algo grande. ¿Qué habrá pasado esta vez? ¿Habrá muerto el viejo Argo? ¿Habrá apaleado Bernaba a su mujer o, más probablemente, será su mujer la que le haya apaleado porque ha perdido el dinero que debía por el alquiler jugando a los dados en la taberna de Girone? No, no, gesticula Nuccio con las manos anchas y encallecidas, y sus ojos se abren como platos: en Terenzano, está el diablo en Terenzano, pero es el diablo bueno, la herida, la fiebre, la muerte, también hay un ángel tan rubio como el oro, un milagro, una aparición, san Miguel Arcángel. Hay que ir, ir, rápido, ver, hacer, rápido, a Terenzano. Y presa de la agitación y del miedo, pega al mulo con la soga y la carreta echa a andar hacia el mercado, dejándome allí en la puerta pasmada, y sin darme ni un albérchigo.

Vuelvo a subir, pensativa, mientras despierto a las criadas y pongo en marcha los asuntos de la casa. Otra vez frente al espejo, lavándome furiosamente la máscara, sigo atormentándome por un único pensamiento. Terenzano significa una sola cosa para mí: Donato. ¿Habrá vuelto y estará allí? No, eso no es posible. Donato está muerto.

Nuestra finca, con una pequeña casa de labor, linda con otra, mucho más rica, de los Fortini, y con una más pequeña que pertenece a los herederos de Filippo Nati, el cajero, cultivada también primero por Gratta y luego por Bernaba. A mi padre Antonio le encantaba ir allí, y despojarse de preocupaciones y tareas ciudadanas y también de sus vestiduras, la segunda piel que indicaba su posición social y cultural, de la que se libraba con alegría, quedándose en calzones como un trabajador de la tierra, entre la huerta y el frutal, y sobre todo entre los olivos. Y le gustaba llevarnos allí en el verano, cuando volvían las golondrinas y todo estaba cubierto de flores y podías recoger la fruta llena y madura de las ramas justo antes de que cayera y se pudriera, y por último las jugosas uvas de los sarmientos durante la vendimia.

A nosotras las chicas nos encantaba acompañarlo y ayudarlo a recoger frutas y verduras, porque nos parecía que éramos más libres, sobre todo si no venía nuestra madre, que no quería ensuciarse con la tierra y sentir la amenaza de ratones e insectos, y si no venían nuestros señores los hermanos, que siempre encontraban algún pretexto para reunirse en camarillas con los jóvenes de alguna otra familia y ser invitados a villas más magníficas y delicadas que la nuestra, y salir a cazar, a montar a caballo o a divertirse, sin entrometerse, como ellos decían, en las viles ocupaciones de trabajadores o de mujeres.

Y era verdad que éramos más libres. Sin estar encerradas en casa, como era nuestra condición normal desde que la criada se daba cuenta de que nos habíamos convertido en mujeres y corría a llevarle las enaguas manchadas de sangre a nuestra madre, y desde ese momento nos vigilaban de cerca como a animales peligrosos para la integridad, el honor y la herencia de la familia. Nada de ropa ceñida, que ahora debía esconder todo, cofias y velos que debían ocultar perennemente a la vista las ondas del cabello, de las que se decía que eran lazos y redes que, de quedar sueltos, podían atrapar las almas de los incautos amantes e incitarlos a la lujuria. En el campo, en los días de más calor, mi padre nos daba permiso para hacer lo que él hacía: despojarnos de nuestra ropa de ciudad y quedarnos solo con la falda y el blusón, con los pies libres en chinelas ligeras, o descalzos incluso, de modo que podías sentir el placer de la hierba fresca o la aspereza de la tierra caliente y reseca bajo la piel.

Era un verano dulce, y yo solo tenía diecisiete años. Según mi madre y mis hermanos, no era conveniente que siguiera sin estar casada, y todas las gestiones para encontrarme marido, siempre entabladas y negociadas por los señores varones completamente a mis espaldas, como era la costumbre, terminaban echadas a perder mucho antes de que se lograra llegar a un acuerdo, aunque solo fuera preliminar. Mis amigas se apresuraron a hacerme llegar también el malicioso rumor que circulaba por ahí, y que me atribuía a mí la principal culpa de aquella situación, y no, como más bien creo yo que pasaba, a los escasos y mediocres argumentos de

peso que mis familiares, notoriamente tacaños, ponían en el plato de la balanza reservada para la dote. Corrían voces de que yo era una chica de carácter excesivamente independiente y rebelde, una fierecilla que pretendía obrar por su cuenta, carente de modestia y nada propensa a obedecer los deseos de su marido. Y además era fea, bajita y regordeta. Y lo que es peor, inteligente también.

Era un verano dulce, la campana de San Martino ya había tocado el avemaría, y las chicas, después de la oración, preparábamos la cena junto con las mujeres de un vecino, el cochero Chiasso, cortando hierbecitas y cebollas para la sopa de guisantes, en remojo desde la noche anterior, y llorando y riendo entre nosotras, y mi padre y Bernaba y Chiasso fingían hablar de cosas serias y de cosechas y siembras y enseres, pero en el fondo se veía que en lo hondo de sus corazones estaban junto a nosotras y hablaban entre ellos solo para demostrar que los hombres hablan de las cosas serias propias de varones, y Nuccio preparaba la pila de leña en el corral para cocer el asado y los chorizos sobre las brasas, y cortaba abundantes lonchas de su queso marceño, para degustar sobre pan tostado o con las peras. La luz disminuía rápidamente después del ocaso, y la montaña al otro lado del Arno se oscurecía de inmediato, pero el cielo seguía despejado entre los olivos y lo cruzaba una miríada de golondrinas en vuelo.

Mientras estábamos alrededor del fuego, apareció una figura alta y elegante con almilla y botines de ante que venía del lado de la finca de los Nati: un hombre guapo, rubio, con una sonrisa franca, que se inclina ante mi padre, saluda a Chiasso y Bernaba, y abraza al pobre Nuccio, al que se le humedecen los ojos y empieza a tartamudear. Luego habla, con un extraño acento musical que he aprendido a reconocer como veneciano, y dice que se ha enterado de que Nuccio, desde que se quedó solo, pastorea con un pequeño rebaño por el Monte Beni, de modo que, con permiso de messer Antonio, le ha traído un regalo, para que Nuccio se acuerde de él y rece por él a Nuestra Señora de la Impruneta; y diciendo esto le entrega un bulto que tenía escondido detrás de la espalda, y Nuccio abre el bulto y descubre que dentro hay un ser vivo, blanco, peludo y palpitante, un cachorro de pastor de la Maremma, y se conmueve abrazándolo y besándolo. Se llama

Argo, añade el hombre, y cuando sea mayor también te daré la carlanca, para que no tenga nada que temer del lobo.

Yo estaba sentada al lado de mi padre, que también se sentía más libre por la ausencia de su mujer y de sus hijos varones, y que, achispado y bromista, me susurraba al oído: este sí que sería un buen partido, ¿no? ¿Te rendirías por fin? Es Donato di Filippo di Salvestro Nati, uno de los herederos del pobre Filippo y de la media finquita que está detrás de esos árboles. No debo extrañarme de semejantes muestras de cariño de un señor hacia un desgraciado como Nuccio. Donato es su hermano de leche. Cuando era un niño, su padre lo envió aquí para que lo amamantara la buena de Dianora, que en paz descanse, la madre de Nuccio, de manera que los dos niños se criaron juntos, pegados a las mismas ubres, y desde entonces Donato reaparece de vez en cuando, así de repente, como si fuera un espectro o una criatura caída de otro planeta, para abrazar a su hermano y traerle siempre algún regalo: un hocino nuevo, un gorro de piel, y ahora el perro. A veces incluso hace llegar dinero a Antonio o a Chiasso para contribuir a las necesidades de Nuccio, pero en secreto, con la recomendación de que no lo sepa; sobre todo después de enterarse de la tragedia que había sufrido y del exterminio que la peste había causado en su pequeña familia.

Quizá Donato haya hecho lo único inteligente que cabe hacer en estos tiempos sombríos: de joven dejó Florencia, donde habría estado obligado a seguir el destino de su modesta familia de artesanos, e hizo fortuna en Venecia como banquero, y quizá tenga ahora un buen patrimonio, tal vez no como los Strozzi, los Médici, los Pazzi o los Alberti, pero sin duda mejor que mi padre, que a los cincuenta y dos años y con siete bocas que alimentar, tras una vida dedicada a ocupar cargos de servicio público, después de ser gonfalonero de compañía y prior y chambelán a las puertas de la ciudad, apenas cuenta ahora con una exigua renta anual de 542 florines.

Más inteligente demostró ser su padre, es decir, mi abuelo, el magnífico notario *ser* Tommaso del Reddito di Fresco da Leccio, embajador de la Señoría y notario de los priores, que desposó a la hermana del célebre usurero Agostino Migliorelli, apodado el Perro, que era desde luego un perro

gruñón con los desgraciados que no pagaban sus deudas, pero luego se convirtió y trató de devolver los bienes robados a sus víctimas, y hasta le dejó trescientos florines a mi tío Francesco. Mis dos tíos estaban en los gremios, Francesco como lanero y Carlo como colchonero. Hizo mucho mejor Donato, sentenciaba mi padre, que reunió valor para liberarse de todo esto y de la falsa democracia de nuestra República y de los falsos magistrados del pueblo para huir a Venecia, ciudad abierta al mar y al mundo y rica en oportunidades, para intentar amasar fortuna.

Años después, recordando el razonamiento que me susurró mi padre frente al fuego, entendí perfectamente lo que quería decir: que quizá Donato pertenecía también a un linaje similar al de mi abuela, hermana del usurero Perro, y que no había mejor partido para entregarme en matrimonio que un aventurero y usurero, que además emigró y se volvió forastero en su propia ciudad de origen.

Mi padre hablaba, pero yo no oía ninguna de sus palabras; enardecida por la hoguera y por algo de vino, miraba fija y atentamente el rostro de Donato, que sonreía y enrojecía por los reflejos del fuego, y me parecía que él también me miraba y me sonreía, y que nos abrasábamos y ardíamos juntos dentro de la gran llama, esa cornuda llama, como les ocurrió a Ulises y Diomedes, según había leído, pero sin dolor. Era otra clase de fuego, que te hace arder sin quemarte y te hiela sin congelarte; una sierpe que se desliza invisible a través de la hierba alta; un veneno que sin que te percates desciende lentamente por el corazón. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para pensar, aunque fuera remotamente, o para disponer alguna forma de defensa.

Sin saber qué me impulsó a hacerlo, en los días siguientes empecé a alejarme de la casa y de los demás, deambulando entre los olivos hasta el borde de la finca. Nadie me dijo nada: cuando me veían tan absorta todos se mantenían a distancia de mí por miedo a que les contestara mal, porque, ya se sabía, yo era una lunática. Hacía mucho calor y entré en un pequeño desfiladero donde el agua brota entre las aristas vivas, bajando descalza para no resbalar con las babuchas y levantándome la falda por encima de las rodillas.

Mientras me inclinaba para beber un poco de agua fresca con las manos ahuecadas, me percaté con el rabillo del ojo de que había una figura detrás de los árboles. Estaba segura de que era él. Hice como si nada y me recliné sobre una pequeña elevación cubierta de hierba a la sombra de un cerro, como si quisiera aliviarme del calor y del cansancio. Entrecerré los ojos, dejé suelto mi hermoso pelo oscuro, eché la cabeza hacia atrás con un suspiro, descubrí mis piernas levantando mi falda y abriéndolas un poco, desabroché mi camisola transparente dejándola abierta en el pecho y esperé.

No sé quién o qué me impulsó a tanto valor, o a tanta temeridad, no sé quién o qué me enseñó y me llevó a esos gestos de puta que nunca había hecho. Tal vez exista realmente un dios del amor que te suelta los miembros y te obliga a hacer lo que no quieres o no sabes hacer. En un instante había olvidado todo el descontento conmigo misma o con mi cuerpo, que creía feo y repelente y nada hermoso y deseable como el de las otras mujeres de mi edad que ya habían sido dadas todas en matrimonio, mientras que yo, en cambio, me amojamaba prisionera en nuestra vieja casa. Pero también se dice que es el deseo lo que le otorga a la mujer la verdadera belleza, que es una belleza inmaterial a la que ningún hombre puede resistirse, y que la hace florecer de repente y por un tiempo muy breve como una flor carnosa y fecunda. Y yo, en ese momento, deseaba a Donato.

Al principio solo me parece oír los latidos de mi corazón, luego empiezo a distinguir el murmullo del agua que corre sobre los guijarros, el canto del jilguero, el susurro de las hojas del roble; y por fin un ruido de hojas pisoteadas, unos pasos que se acercan. El juego se pone serio. Cierro aún más los ojos y finjo estar completamente dormida, como en aquella historia de Ifigenia con Cimón. Siento sus ojos contemplándome y acariciándome y desnudándome por completo, y luego le oigo susurrar algo en mi oído, como si fuera consciente del juego al que se ha dejado arrastrar y que ahora comparte, y lo que susurra son versos que yo también conozco, *oh fresca rosa, fragante y jocunda*, y cuando oigo *la boca me besó todo él temblando* ya es demasiado tarde para abrir los ojos de nuevo. Sus labios se unen con los míos, y su cuerpo se funde con el mío. Llegó el agua y el fuego pudo

apagarse.

Seguimos viéndonos en secreto en los campos, los días que siguieron. Hacíamos el amor en la hierba y bajo el sol, sin hablar, sin decirnos nada. Yo, totalmente inconsciente, le estaba inmensamente agradecida por haberme tomado y liberado del peso de la pureza virginal y de la obsesión por el desposorio y por el honor familiar. Para mí había sido la primera vez, pero resultó maravillosa y no tuve ningún remordimiento. Todo se había derretido como la nieve al sol. Nada me importaba ya. Quería elegir yo misma a mi hombre, y lo había elegido. Si los hombres dicen que van a tomar mujer, también las mujeres tenemos todo el derecho de tomar hombre. Un día me casaría con Donato y con nadie más.

Donato tuvo que regresar a Venecia y se marchó después de una rápida despedida. Volvimos a Florencia y pasé los peores meses de mi vida, y no solo por la ausencia de Donato y la absoluta falta de noticias suyas. Qué idiota había sido al entregarme a él sin conocerlo, sin saber absolutamente nada. Llorando a mares fui a confesarme a San Marcos, porque era un lugar hermoso con todas esas dulces pinturas de fray Angélico, y fui a ver a un fraile del que todos decían que era un santo, que al final me dio la absolución pero no sin amenazarme con las más terribles penas del infierno, porque después de obligarme a describirle detalladamente lo que había sucedido la primera vez, y cómo me había tendido en la hierba, y qué partes de mi cuerpo había desnudado fingiendo dormir y siendo en cambio muy consciente de ser observada, concluyó tronando que yo me había manchado con el crimen más abominable de Eva, que es el de haber inducido a un hombre inocente al pecado mortal de la lujuria y haberlo expuesto por lo tanto al peligro de la condenación eterna del alma. En definitiva, la culpa era por entero mía. Y obviamente también de la manzana de Eva, que acarrea con la culpa de todo el resto de la humanidad.

La absolución no me otorgó paz alguna. Empecé a sentirme aterrorizada ante la posibilidad de haberme quedado preñada, y de hecho descubrí que lo estaba, porque después de un mes dejó de venirme la regla. Un hijo de Donato. Debería haberme sentido feliz, pero en este momento era solo una maldición.

¿Qué pasaría cuando mi madre lo descubriera? Me encerrarían en el desván para ocultar al vecindario el deshonor de la familia, y después del parto, siempre que no muriera, lo que era un hecho probable, seguro que se llevarían al niño y lo expondrían en la Logia del Bigallo, en el anonimato más absoluto de la Compañía de la Misericordia. En cuanto a mí, constatarían la evidencia de la amenaza que había salido a relucir, y no de forma velada, tras el fracaso del último proyecto matrimonial: esta hija, ahora está claro, no está hecha para el mundo, habrá que encerrarla en un monasterio de clausura, donde podrá expiar sus pecados y encontrar la verdadera felicidad casándose con Nuestro Señor.

Traté de ocultar mi condición de todas las formas posibles, atribuyendo mis modestas dolencias, dolor de cabeza, ojos llorosos, saciedad de estómago y vómitos, a las causas más imaginativas, pero tenía la sospecha de que a estas alturas mi madre podía haber intuido algo. Mis mayores sufrimientos no eran físicos: me sentía completamente sola, sin nadie con quien poder hablar ni de quien obtener consuelo. En la soledad, que tal vez era verdaderamente un preludio del destino que me esperaba en el monasterio, encontré algo de verdadera paz encomendándome a la oración y a la Santísima Virgen María, puesto que es mujer y madre para nosotros y es la única que puede comprender la desesperación de una muchacha que lleva en su interior a una criatura que, aunque sea hija del pecado, no deja de ser sin embargo una criatura de Dios, y yo se la encomendaba a ella, a su abrazo, y le pedía perdón por mi pecado, porque yo había pecado no por malicia sino solo por amor, y ella, que ve dentro de nuestros corazones, lo sabía. Y si el niño acababa naciendo, que se hiciera la voluntad del Señor, y también todo lo que me pasara sería su voluntad, y yo lo aceptaría.

La voluntad del Señor fue otra, en cambio. Un día lluvioso de octubre estaba encerrada en mi habitación, tirada por los suelos y víctima de atroces dolores. ¿Era ese el castigo divino por mis pecados y por el pecado original de ser una mujer como Eva? Ah, si los hombres pudieran sentir solo por un instante el dolor que sentimos nosotras, si pudieran compartirlo con nosotras, tal vez podrían entendernos mejor.

Cuando abría los ojos, en momentos de pausa del dolor, los fijaba en la pared, en un icono de la Virgen de la Impruneta, como para aferrarme a sus vestiduras milagrosas, e hice un voto dentro de mí: si su mano me salvaba, yo, a mi vez, ayudaría a la niña o mujer que, en mi misma condición de extremo peligro y desesperación, la Providencia pusiera en mi camino.

De repente sentí unas terribles convulsiones en el vientre, seguidas de un cálido flujo que me bañaba los muslos, y una sensación de agotamiento y liberación. Conseguí contener un grito, para no crear alarma y evitar que acudiera alguien, pero perdí el conocimiento, y cuando volví en mí me encontré manchada de sangre oscura, y en el suelo un pequeño grumo inerte que era la pequeña vida que había llevado dentro de mí. Exhausta y pálida por la sangre perdida, aplastada por un dolor inmenso en el alma, me armé de valor y me limpié, y lavé el piso, y lavé mi falda y mi ropa yo misma, y nadie se percató de nada.

Al cabo de unos meses, mientras iba a la iglesia con la criada, se me acercó Aronne, el prestamista judío al que los hermanos recurrían de vez en cuando. No sé cómo lo hizo, pero en el corto trayecto logró hablarme, aprovechando las momentáneas distracciones de la criada en el mostrador de tal o cual tienda, y deslizar un billete entre mis manos. Era amigo y corresponsal de Donato, y aquel era un billete para mí que venía de Venecia. Si había una respuesta, podía contar con su absoluta lealtad y entrega. Su almacén estaba al final de la Vaccherecia, al lado del letrero de ese orfebre. Desapareció tal como había aparecido y me dejó con las piernas temblando y la cabeza que no siguió nada de la función divina en la iglesita a donde, entretanto, habíamos llegado. Con el corazón desbocado y el billete estrujado en la mano porque no sabía dónde guardarlo, obligué a la criada a volver a la carrera a casa, mientras que normalmente el regreso entre las tiendas solía realizarse con una lentitud exasperante.

Así fue como empezó de nuevo nuestra relación: un hermoso amor a distancia, como decían los antiguos trovadores. No eran cartas de verdad, porque Donato no

quería. Enviaba billetitos sellados con lacre y escritos con una sencilla clave que Aronne me enseñó a interpretar. No quería que le respondiera por escrito: tenía que decirle a Aronne en voz alta lo que quería decirle, y el mensajero, que viajaba entre Florencia y Venecia, le comunicaría fielmente mis palabras. Nos bastaba con saber que estábamos bien y vivos, y la mayoría de las pocas palabras que intercambiábamos con todos aquellos intermediarios eran al final siempre las mismas: que Dios os bendiga, que Dios os guarde de todo mal, que Dios os conceda cosas buenas y así sucesivamente. No mucho para una conversación amorosa.

En el otoño de 1429, un billete me anunció por fin su regreso. Estábamos casi en Navidad y soplaba un ventorro frío, así que me había puesto mis medias de lana más gruesas debajo de las faldetas. Nos vimos a escondidas en un rincón oscuro de la iglesia de Santa Maria Novella, entre las bóvedas en las que en otros tiempos resonaban los sermones de fray Leonardo Dati, y que yo, en cambio, me imaginaba recorridas por las sombras de diez jóvenes iguales a mí, siete chicas y tres chicos, que se refugiaban allí para escapar de la peste y la muerte. No lo había vuelto a ver ni había hablado con él desde aquel verano en Terenzano, y además ni siquiera puedo decir que razonáramos en exceso entonces, ni mucho menos, porque cuando nos veíamos en el campo enseguida hacíamos el amor, con furia, sin perder tiempo, y luego nos mirábamos asombrados y sin hablar.

En la gran iglesia apenas iluminada por la luz temblorosa de las velas, bajo un gran crucifijo pintado al fresco por el maestro Maso, no pudimos hacer nada más que tomarnos de la mano detrás de una columna, procurando que no nos viera un fraile que deambulaba por los pasillos precisamente para evitar ese tipo de encuentros clandestinos y pecaminosos que todos sabían que se producían aun delante de sus propias narices. Donato era mucho más alto que yo, que era baja y estaba más regordeta que aquella vez, y escondía mi rostro dentro de la capucha por temor a haberme vuelto aún más fea a causa de mi soledad melanconiosa, y a no ser ya la Ifigenia que se había entregado a él en el desfiladero.

Guardé silencio, y en todo caso no pensaba decirle nada sobre la preñez abortada y el niño perdido; y él nunca llegaría

a saberlo. Pero él también estaba emocionado y hablaba entrecortadamente, en voz baja. No me había olvidado, y me amaba, y le hubiera gustado volver para vivir conmigo, pero no tenía más remedio que decirme una cosa, un secreto que le pesaba en el alma y que no podía seguir callando, y luego yo sería libre de tomar la decisión que quisiera respecto a nosotros, y él lo comprendería y me dejaría ir. Yo no entendía nada y aquel preámbulo me había dejado muy asustada.

Donato no podía volver y pedir mi mano y vivir conmigo porque ya estaba casado en Venecia y tenía un hijo. Sentí que el mundo se derrumbaba a mi alrededor y que los pilares de la iglesia empezaban a temblar. Él seguía hablando, pero ya no lo escuchaba. Al final sentí algo dentro de mí, como siempre me ocurre en los momentos difíciles, algo que se endurecía y crecía y se fortalecía y tomaba una decisión. Lo interrumpí y le dije unas pocas palabras, pero con total certeza. Frente a ese crucifijo pintado juré que sería suya, y que él era mío, hasta que la muerte nos separara. Nada me importaba, ni el tiempo ni la distancia, ni otra mujer u otras mujeres. Algún día él regresaría y yo estaría aquí si Dios así lo quería. Le apreté la mano con fuerza y me alejé, sin darme la vuelta ni esperar una respuesta.

El asedio de mi madre y de mis hermanos tratando de concertar un buen matrimonio para mí continuó, pero hice fracasar todos sus planes, sin necesidad de parecer más intratable o malhumorada de lo que había acabado siendo. Me bastaba con ser yo misma y los pretendientes se esfumaban de inmediato, para enfado de mi madre y de mis hermanos; no de mi padre, pobre hombre, que tal vez me entendía y desde luego me quería, y al que le seguía rondando aquella idea suya que se le había ocurrido frente a la hoguera una tarde de verano, y no podía ni imaginar que esa idea ya se había hecho realidad, y que yo ya me consideraba casada en secreto con Donato, en cuerpo y alma, y sí, incluso ante Dios, porque Dios ve todos nuestros actos, y cuando un día fuéramos a la iglesia el cura se limitaría a bendecir y confirmar ese vínculo que ya nos unía de manera indisoluble.

Vi a Donato una sola vez, al cabo de diez años, en 1439: hace dos años. En todo ese tiempo las notitas fueron disminuyendo, y durante una época desaparecieron casi por completo; pero yo no las necesitaba, Donato estaba dentro de mi corazón, era el secreto que me daba la fuerza para seguir viviendo en mi familia, defendiendo mi independencia, mi condición de mujer soltera que no quería ser obligada a hacer algo en contra de su voluntad, a verse desposada con un hombre al que no conocía en interés de la familia, o a hacerse monja a la fuerza. Mi pobre padre murió, mi madre también, y mis hermanos ya no me molestaban, sino que, por el contrario, se habían dado cuenta de que yo era la más despierta y autónoma de las mujeres de la casa, y empezaron a confiarme la administración, y luego también las fastidiosas relaciones con algunos de los arrendatarios de las fincas, y cuando estaban de viaje, también la clasificación de cartas, la ejecución de mandatos y poderes, el cobro de deudas, el control de algunos instrumentos en el banco de un notario en la Badia y, por último, las tareas más tediosas de todas: el cuidado de las más variadas prácticas en las oficinas del Palacio de la Señoría y del de la Mercaduría, sobre todo en las oficinas del fisco y del Catastro, obligaciones que llevaba a cabo con una paciencia obsesiva e insistente que obligaba a ceder hasta a los burócratas más tozudos y latosos.

De todo ello dejaba constancia en un cuaderno y diligentemente metía todas las pólizas y recibos en él. No cabía duda de que era más libre de lo que solía ser, libre incluso para salir sola y no necesariamente para ir a la iglesia. Para no escandalizar a nadie ni que me molestaran, me disfrazaba de mujer casada o viuda, poniéndome un brial de cuello alto, y una capa cenicienta echada sobre la cabeza y sin volantes, y zapatillas bajas y cómodas y no sandalias planas con cuñas, porque prefería andar bien a parecer más alta de lo que era. De haberlo necesitado, a fuerza de encubrirme, hasta me hubiera hecho terciaria.

Me encargaba de la familia, y eso era para ellos, los varones, el mérito más grande: pero lo hacía de buena gana, porque lo hacía con libertad, sin que nadie me obligara, lo que me permitió demostrar y expresar mis capacidades y mi inteligencia al máximo. La casa, como dice Aristóteles, es una

pequeña república, y era yo quien la gobernaba. Cuando estaban de buen humor, los hermanos hasta me alababan, con lo que para ellos era el mayor elogio que podía dedicarse a una mujer: a saber, que tenía aspecto de hombre y que estaba dotada de virtudes viriles.

Yo aceptaba en silencio esa suerte de elogio, esbozando una sonrisa, pero en realidad estaba furiosa por dentro. Pero ¿cómo?, ¿todo ese esfuerzo solo por parecer un hombre, por ser una mala copia de un hombre? No me parecía un gran logro. Y mientras tanto era yo la que sacaba adelante a la familia, y no ellos, ni tampoco sus esposas, mocosas y de poco seso, que no entendían mi actitud ni por qué me había quedado soltera y no estaba interesada en lo más mínimo en obtener los ricos regalos que da un marido para comprar la libertad, un cofre pintado o una caja de marfil llena de joyas, y me consideraban algo rara, y me miraban con cierto recelo. Eso sí, estaban encantadas de confiarme el cuidado de sus hijos, los hijos que yo no tenía y con los que me encariñé mucho: los dos Tonini, así los llamaba, al hijo de Tommaso y al de Andrea.

Los dos niños también me querían mucho a mí. Su amor no provenía de que yo fuera condescendiente o les diese lo que quisieran, al contrario, yo solía ser muy dura con todos; no, les gustaba quedarse y hablar con la extraña tía Ginevra porque a la tía Ginevra, cuando estaba de buenas, le gustaba charlar libremente sobre cualquier cosa, y abrir y leer esos extraños y hermosos libros que pertenecieron a su bisabuelo Tommaso y a su abuelo Antonio y que cuentan las cosas verdaderas de la vida, divertidas o tristes y trágicas, pero siempre verdaderas, las cosas que les suceden a los seres humanos, sin importar si son hombres o mujeres, nobles o plebeyos, ricos o pobres.

También se divertían porque me veían aparentemente poco devota, no una santurrona tragasantos como las demás, y llegado el caso, crítica incluso con ese cura o aquel fraile que no tenían buena reputación, y además habían descubierto que yo salía encapuchada a escondidas para hacer donaciones y limosnas anónimas a la Compañía de la Misericordia para los huérfanos expuestos sin nombre, y al orfanato de los Inocentes en construcción. Tal vez no fuera a misa todas las

mañanas, pero buenas obras sí que hacía, y creo que al Padre Eterno eso le parecía bastante mejor.

Cuando reapareció en 1439, tuve la sensación de que Donato había cambiado mucho. Su hermoso pelo rubio largo y brillante se veía más claro y parcialmente blanqueado, y enralecido en las sienes, sus ojos estaban un poco más hundidos y su rostro, antes cuidadosamente afeitado, mostraba ahora una ligera barba, casi toda blanca. Pero por lo demás seguía siendo él, la figura alta y bien erguida, la pisada segura, y parecía aparentar muchos años menos de los casi sesenta que tenía. Pero había algo raro en él. Parecía que tenía miedo o sospechaba de algo indefinido que no quería contarme. Y también me asombró el hecho de que hubiera sido elegido no para el gremio de los Cambistas sino para el de los Carpinteros, es decir, en el gremio menor de Cajeros al que pertenecían su padre y sus mayores.

¿Qué le había ocurrido en Venecia? ¿Y qué había sido de su familia y de su esposa? Todas ellas preguntas que me guardaba para mí, porque las pocas veces que nos vimos me había jurado a mí misma que nunca le preguntaría nada sobre su otra vida veneciana, que para mí no existía, y probablemente él se habría jurado a sí mismo no contarme nada de todo ello nunca, y así lo hizo. Creo que realmente estábamos hechos el uno para el otro, porque nos entendíamos sin necesidad de razonar. Lo que yo pensaba él también lo pensaba. Cuando empezaba un razonamiento superponiéndome a algo que él estaba diciendo, nos interrumpíamos de inmediato entre risas después de oírnos emplear las mismas palabras; y eso sucedió no una vez, sino muchas. Y, sin embargo, llevábamos diez años sin vernos, y antes de eso nunca habíamos tenido trato ni nos conocíamos bien. Había una perfecta sintonía entre nosotros, y esto casi me daba miedo.

¿Por qué, pues, me apresuro ahora por el camino de Terenzano, azuzando impaciente mi blanco caballo de silla a golpes de brida? ¿Qué espero encontrar allá arriba?

Sé bien que Donato está muerto. Me lo dijo llorando el viejo Aronne hace un mes. Me hizo llamar a su banco, cerró

todo y me enseñó una comunicación de uno de sus corresponsales en Mestre, ser Moisé, que le pedía que acreditara a Donato y liquidara en sus propias manos una suma que me pareció enorme, en ducados venecianos y liras de *grosso* que cambiar por florines sellados al tipo de cambio de hoy, que es incluso mejor que hace unos meses. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar, y de preguntarle por qué me hablaba precisamente a mí de los negocios de Donato, de los que nada sé y nada había querido saber nunca, porque hasta ahora, desde hace casi quince años, la relación entre nosotros, mediada por Aronne, se limitaba a sus notas escritas de diez o veinte palabras a lo sumo en las que decía que estaba bien y que me encomendaba a la gracia de Dios, y a mis respuestas orales traducidas quién sabe cómo a la lengua judía veneciana del corresponsal veneciano.

Aronne adivinó mis pensamientos y se anticipó a mi pregunta añadiendo solo unas palabras fatales: el problema, y es un gran problema para un banquero, dijo, sin apartar la carta de crédito de ser Moisé, es que Donato ha muerto. Un gran problema: una gran suma de dinero que ha de entregarse en efectivo en manos de quien ya no está entre nosotros, de quien ya no se mueve, y en las que ya no corre sangre. Y luego me tradujo otra nota en clave, era de un mozo, también judío, Abramo di Giuseppe dei Tedeschi de Chioggia. Fue él quien acompañó a Donato, fugitivo de Venecia y perseguido por los guardias, lo acogió en su propia casa y luego lo llevó al otro lado de la frontera hasta Ferrara, al transbordador del Po, a la Osteria della Fornace.

El tiempo era terrible, pero Donato logró embarcarse en la barcaza de un molino, aunque entonces aparecieron los jinetes venecianos, y Abramo, que se había quedado en el terraplén, da fe de haber visto a Donato, alcanzado por la saeta de una ballesta, caer entre las olas del río y desaparecer entre los remolinos; y luego nada más, porque el chico huyó entre los juncos de la llanura aluvial para escapar de los jinetes. Ambos mensajes, como me dejó ver Aronne, la carta de Moisé y la nota de Abramo, estaban fechados a principios de marzo, y ahora estamos en mayo. Quiso aguardar un poco, con la esperanza de una desmentida milagrosa, pero ya ha pasado demasiado tiempo. Donato ha desaparecido. Donato

está muerto.

¿Por qué, entonces, continúo trepando entre los olivos, y el caballo se cansa y no quiere seguir avanzando, y yo me pongo furiosa y sigo a pie descalza, como una campesina, quitándome las zapatillas?

Llego por fin a San Martino y al Palagio della Rosa. Unos metros más y estoy en la curva del Palagetto. Hace ya calor y los olivos todavía están en flor. No hay nadie aquí en el olivar, porque los labradores están todos abajo, trabajando en los campos de trigo que ya están dorados de espigas, o en los huertos, preparando los surcos para sembrar coles, puerros y calabazas. Me acerco a la choza de Nuccio y oigo el aullido del viejo Argo, que me reconoce y hace ademán de acercarse a saludarme con regocijo. Pero la verdad es que es raro: permanece cerca de la puerta, como para proteger a alguien dentro. Levanto la piel de oveja clavada a modo de puerta y entro.

Ahí está, tendido en el jergón y cubierto con capas forradas de pieles. Sabía que estaba vivo, no había creído ni una sola palabra de lo que Aronne me había contado: tal vez alguien lo haya visto desaparecer de verdad, puede que hasta lo haya visto morir, pero Donato, como el diablo, siempre reaparece en alguna otra parte, tiene más vidas que los gatos, y ahí está, en efecto. No pierdo el tiempo emocionándome ni llorando como una mujeruca. Hay que ser fuerte, y yo lo soy. Me acerco, pero él no se percata de mí.

Tiene los ojos cerrados y está casi irreconocible, parece un diablo de verdad, con largas barbas blancas y el pelo también, desgreñado y más escaso aún, que parece haber encanecido de golpe como a causa de un acontecimiento terrible y repentino. Me da la impresión de que está temblando, pero el día es caluroso, debe de llevar el frío por dentro, en la sangre, deben de ser fiebres tercianas; he aprendido a reconocerlas porque en casa también tengo que ser médico para todos: mujeres, viejos y niños. Le tomo el pulso, y late demasiado rápido. Ahora lo único que puedo hacer antes que nada es tratar de bajarle la temperatura. Tengo que ir rápidamente al desfiladero y limpiarlo con agua fresca, y lavarlo también, está sucio y huele mal.

Levanto la piel de oveja e inmediatamente me quedo congelada. Frente a mí está lo que parece un chico, con un jubón de piel y botas, el pelo corto y rubio. Aparentemente también tiene un puñal en su cinturón. También él se ha quedado inmóvil cuando me ha visto salir de la choza, como presa de una parálisis. ¿Quién es? ¿Alguien que ha ayudado a Donato a llegar hasta aquí, al lugar original de su infancia, a la choza de su hermano de leche? ¿Alguien que lo salvó de las aguas del gran río y que luego lo ayudó a arrastrarse durante días y semanas, por llanos y valles y montañas, hasta este lugar donde quizá Donato haya venido a morir en paz y poner fin a su existencia aventurera, perpetuamente en fuga de alguien o de algo, o tal vez solo de sí mismo? ¿Será acaso un ángel, como decía Nuccio, el arcángel Miguel circundado por la luz del mediodía, el que se me aparece en el hueco de la puerta?

Sea quien sea, este ángel providencial ha traído justo el balde de agua que necesito. Sin preguntarme nada más, lo tomo y vuelvo a entrar para encargarme de Donato. Aparto las capas y lo despojo de todo, botas, calzones, almilla, hasta que queda desnudo frente a mí, pero no es un hermoso espectáculo: una fea cicatriz con coágulos de sangre seca en el costado, tal vez el recuerdo de un disparo de ballesta, un gran hematoma en la frente y otras feas marcas oscuras en piernas y brazos. Empapo unos trapos y empiezo a limpiar el cuerpo de este hombre martirizado, como si yo fuera la Magdalena inclinada sobre el cuerpo del Cristo muerto.

Donato, entre jadeos, no recobra la conciencia, sino que continúa en su delirio quedo de sonidos y fragmentos de palabras que soy incapaz de entender. En determinado momento siento que el chico ha entrado también, y se arrodilla en silencio del otro lado. Me mira a los ojos y luego él también empieza a pasar los trapos húmedos sobre la piel de Donato. Cuando me doy cuenta de que el cuerpo está más fresco y que Donato ha dejado de temblar, miro a mi alrededor y encuentro una tela ligera, que extiendo sobre ese cuerpo como un sudario. Luego salgo, porque yo también estoy sudada y necesito recuperarme de tantas emociones. Todo lo que queda es esperar, esperar y rezar.

Me siento en un escalón de piedra serena, a la sombra leve de un olivo, con la mirada perdida en lo que tengo delante. Argo se acurruca triste a mis pies. Quisiera ordenar mis pensamientos, tratar de entender lo que ha ocurrido y decidir qué hacer, pero nada, no puedo, me siento vacía con un solo pensamiento y una sola angustia en mi interior: que Donato está ahí, a mi lado, y que tal vez se esté muriendo de verdad, y ya no sé qué hacer. Rezar, pero no soy capaz. Llorar, tal vez. Por Donato, que está enfermo. Por mí, que he tirado mi vida por la borda sin saber cómo y por qué, quizá sin vivirla realmente jamás de verdad.

En el momento de desesperación más oscuro, la salvación llega por donde menos te lo esperas, y en la forma más insólita: la redondez rolliza de un albérchigo. Es el muchacho quien me lo ofrece, debe de haberlo cogido del árbol cargado de frutos con el que Nuccio llena la cesta que lleva al mercado. Lo sujeto con la mano, un poco dubitativa ante la oportunidad de ceder a un evidente pecado de gula en tan trágico momento de suspensión entre la vida y la muerte; y luego concluyo que sí, el chico tiene razón, animémonos y démosle un buen bocado a este albérchigo, y tal vez a otros también que saquemos de la planta.

Qué dulce y maduro está, parece casi mermelada, porque lo ha calentado ese mediodía de hermoso sol. Sonrío al chico, y él me corresponde sonriendo solo con los ojos, que son de un hermoso color azul. Se levanta y en dos brincos me va a buscar otro puñado de frutos, aún más dulces y maduros que el primero, y nos atiborramos, y no me importa si me ensucio la ropa. El chico no parece excesivamente preocupado por Donato, quizá haya visto situaciones peores y considera buenas sus condiciones actuales; así que me sosiego yo también.

El joven parece sereno y tranquilo, no se ha sorprendido en absoluto por mi llegada y está sentado a mi lado comiendo albérchigos como si fuera la cosa más natural del mundo. Pero sigue mirándome, y tal vez estudiándome, aunque sin hablar, como esperando que dé yo el primer paso. Es guapo, muy guapo, delgado y con curvas. Ya me gustaría a mí ser como él. Pero hay algo extraño en su rostro y ojos, un aire ambiguo, femenino tal vez. Él también tiene calor y se quita

la chaqueta.

Dios mío, no es un chico. Esas dos manchas oscuras que sobresalen de la camisa son los pezones de una adolescente. Pero ¿y el pelo corto? ¿Y por qué va vestida así? ¿Qué hace con Donato? ¿Quién es, su hija o su amante? La chica capta enseguida mi cambio de expresión e intenta hablar, abre la boca, pero no puede decir nada a causa de la emoción. Entonces se le ocurre una idea, se desabrocha la camisa y me muestra su seno desnudo, sus pechos todavía pequeños y firmes, y baja la cabeza varias veces, como diciendo que sí, que es mujer. Luego habla por fin, con cadencia veneciana y un acento extranjero hecho de sonidos guturales y casi sin vocales, como podría serlo el del pueblo más bárbaro y perdido del fin del mundo, y dice, señalándose a sí misma: *mi Catarina, sclava Donado*.

Me siento abrumada por la sencillez de esta confesión, por su luz, por ese pecho desnudo que me expone con tanta naturalidad a la luz del sol y bajo el olivo, y también por su inocencia, en la que creo inmediatamente, espantando cualquier sospecha o mal pensamiento sobre lo que pueda haber entre ella y Donato. Y además, aunque fuera así, ¿qué más me da? Es ella quien lo ha salvado y lo ha traído hasta aquí. Me entran ganas de reír, una risa de liberación de la angustia y el miedo. Dios mío, una esclava. La esclava de Donato. Y allí estaba ella, vestida de hombre, la Bella Camila, y él dentro delirando entre la vida y la muerte, y yo sentada descalza devorando albérchigos, con el viejo Argo acurrucado a mis pies.

Qué locura de situación. Qué hermosa es. Y qué infinitamente lejana y difuminada entre los vapores, allá abajo, en el valle del Arno, me parece mi vieja ciudad, encerrada entre sus muros de piedra con todos sus prejuicios morales y sociales, sus reglas y sus leyes, sus jaulas y sus cárceles. Y aquí arriba, sin embargo, bajo el sol y bajo los olivos, esta esclava me da la mayor y más hermosa lección de libertad que he recibido en mi vida. Y riendo, acepto otro albérchigo de sus manos.

No resulta fácil entender a Caterina cuando habla. Hasta me entra la risa, porque de un rostro tan hermoso y de tan

dulces labios te esperas oír una voz angelical y perfecta, una voz del paraíso, y en cambio solo salen sonidos inciertos y extraños. Y no resulta fácil entenderla, además, porque es lo que cuenta lo que resulta extraño, como si su experiencia de la vida y del mundo estuviera filtrada por unos ojos totalmente diferentes a los nuestros, ojos salvajes, parecidos a los puntiagudos de un animal, un zorro o un águila, todavía capaces de percibir tal vez la presencia de los dioses a nuestro alrededor, o de ver los prodigios y las metamorfosis de la naturaleza: algo de lo que nosotros, seres civilizados, ya no somos capaces. Ni siquiera necesito hacerle preguntas, es ella la que empieza a hablar, como si entendiera de inmediato que quiero saberlo todo: qué ha ocurrido, cómo han llegado hasta aquí; y es evidente que ella confía en mí, en esta mujercita regordeta y descalza que ha aparecido de la nada dentro de la choza, y que intuye que está vinculada a Donato de manera profunda y misteriosa.

Fue entregada como esclava a *padron* Donato, y *padron* Donato fue bueno con ella, nunca la golpeó ni la azotó, la hacía trabajar con las otras mujeres trenzando hilos de oro y plata y dibujando y tejiendo ropa y cortinas. Eso es lo que solía hacer con sus manos, y me las enseña, son manos ahusadas, de dedos rectos y parejos, y me llama la atención el hermoso anillo de plata que lleva en el dedo anular. Una noche el amo la salvó de la violencia, de la muerte, del fuego y de las aguas, pero los dioses del agua y del fuego quisieron vengarse de él porque los dioses sienten envidia de nuestra vida y de nuestra felicidad, y a veces son malvados, y no podían aceptar que *padron* Donato pudiera vencerlos y escapar de su destino, así que lo esperaron a orillas del gran río.

Del cielo descendía fuego y las aguas se elevaban hacia lo alto, y una saeta lo alcanzó, y las manos de las *rusalke* lo agarraron y tiraron de él hacia el fondo. Él se defendió de ellas, con los brazos y el pelo enredado entre los árboles y troncos arrastrados por la corriente, pero en cierto momento se dejó llevar. Y entonces Caterina venció el miedo que la paralizaba, el miedo a las *rusalke*, y asomándose fuera del bote sumergió las manos en el agua, ya sin temor a ser agarrada y arrastrada hacia el mundo de esas criaturas hechas

de la materia del iris, y sintió una mano que se deslizaba junto a la suya, y la aferró con todas sus fuerzas y no la soltó, y no sabe quién le dio tantas fuerzas, tal vez la gran madre Setenaya o su hijo nacido de la piedra y el fuego, el fortísimo Sosruko.

La barca, más arrastrada por la corriente que por el remo del barquero, encalló entre las raíces de un viejo sauce en la otra orilla, y solo allí lograron bajar, al barro, y sacar a Donato. Donato estaba muerto, los dioses le habían arrebatado el alma porque así lo habían decidido, y nadie puede oponerse a las decisiones de los dioses. Caterina se arrodilló a su lado, devastada pero sin llorar, porque en su pueblo no se debe llorar ni mostrar debilidad.

Como un gesto de extrema misericordia, empezó a limpiar la sangre y el barro del hermoso rostro de Donato, y a alisar su larga cabellera blanca y rubia. Y fue entonces cuando vio en su rostro, por primera vez, algo del de su padre, el noble Jacob. Rezó con todo su corazón a su santa, Catalina la Grande, para que le devolviera el alma. Y le rozó los ojos cerrados con el anillo de plata que lleva en el dedo. Y se produjo el milagro. Donato empezó a toser de forma convulsiva y a vomitar agua, barro y sangre. Y Caterina ya no pudo contenerse y empezó a llorar y reír.

El barquero los abandonó tan pronto como pudo, y pasaron la primera noche en un breñal frío y húmedo. Caterina arrastró el cuerpo de Donato a un lugar más elevado y un poco más seco, envolviéndolo en su capa porque ella no sentía frío; recogió la bolsa y el bulto que el barquero le había tirado de mala manera y se sentó a su lado. No durmió esa noche, pero no tenía miedo. Sentía la protección de santa Catalina y para armarse de valor tocaba el anillo.

Por la mañana se hizo cargo del todavía inconsciente Donato. Lo desnudó, le abrió la almilla y vio la herida: no era grave y no salía sangre; para limpiarla buscó agua corriente y no estancada, y hierbas que se parecían a las que se usaban en su pueblo para curar las heridas de los guerreros o de los animales. No tenía mortero, así que las masticó y las volvió a masticar, escupió sobre ellas y escupió sobre la herida, aplicó

la compresa y la apretó con fuerza, ciñendo y atando un largo vendaje alrededor del pecho, y por último tocó la cara de Donato con el anillo, pronunciando una fórmula mágica que, sin embargo, quizá estuviera equivocada, porque no la recordaba bien. E hizo eso todos los días, a cada amanecer, hasta la luna nueva.

Los dioses, por intercesión de santa Catalina, fueron benévolos con Donato y le devolvieron el alma, pero se quedaron con un trocito. Cuando Donato despertó, ni siquiera ella entendía a qué se refería cuando hablaba. Esto sucede cuando, por voluntad de los dioses o por el hechizo de una bruja, te quitan una parte de tu alma, y entonces sigues viviendo, sí, pero haciendo cosas raras, y en su aldea también había una mujer así, y era respetada por todos porque esa enfermedad te acerca a los dioses. Ella cree que Donato también se ha vuelto así. Habla con los dioses y los muertos. Cuando abrió los ojos, lo primero que le dijo fue *hija, hija mía, bendita seas entre todas las mujeres*. Quizá quien estuviera hablando por su boca fuera el alma de su padre Jacob, que lo inspiró en el corto espacio de tiempo en el que el alma de Donato vagó por el reino de los muertos.

Ahora Donato está convencido de que Caterina es hija suya. Además, estaba obsesionado con un fardo de tela encerada que lleva en su bolsa: fue lo primero que le preguntó, si se había perdido o salvado, como si fuera más precioso que su propia vida o su alma. Y esta es otra clara señal de locura, porque Caterina encontró ese fardo, y vio que dentro solo había papeluchos inútiles, cubiertos de esos signos incomprensibles que llaman escritura; y sí, estaban todos allí, y no se habían estropeado ni mojado, por lo que Donato se calmó. Y luego, de repente, volvió a entrar en frenesí y la miraba como un loco, repitiendo una sola palabra: Florencia, Florencia.

Durante unos días Caterina lo cuidó y le consiguió, no se sabe cómo, algo de comida: unas hierbas amargas que masticó previamente y le metió en la boca, raíces, bellotas, pequeños huevos de codorniz que encontró buscando nidos por aquí y por allá, un pescado crudo que agarró con un movimiento rápido de las manos y desgarró con sus dientes;

luego encontró el puñal en la bolsa y empezó a usarlo también. Mientras tanto, por comodidad, e intuyendo tal vez que sería mejor y más seguro para los dos, se quitó la falda y se puso unos calzones de repuesto de Donato, metiéndolos dentro de sus botas, y uno de sus jubones, que se ajustó para que no le bailara encima y, sobre todo, tras afilar la hoja del puñal en una piedra, se cortó todo el pelo como un chico. Mejor no ser mujer en el viaje que se disponían a emprender.

Levantó a Donato, renqueante y aturdido, se cubrieron con capas y capirotes, y con la ayuda de dos bastones emprendieron el camino, como dos pobres peregrinos y mendigos, un anciano padre y su hijo, implorando a otros viandantes y peregrinos la caridad de algo de comida y buscando un establo y un cobijo para pasar la noche, y preguntando por el camino hacia ese lugar desconocido cuyo nombre Donato no dejaba de repetir: Florencia, Florencia. No sabe cuánto tiempo pasó, vio la luna renovarse varias veces, pero no ha contado los días. Caminaron y caminaron. Cruzaron ríos, ciénagas, canales, se escondieron detrás de los matorrales cuando pasaban bandas de mercenarios que quemaban y saqueaban pueblos, los acogieron bajo las arcadas de los hospitales frailes misericordiosos y durmieron bajo las estrellas entre las rocas de las altas montañas que reflejaban la luna llena. Cuando se adentraban en tupidas espesuras donde resonaban los aullidos de los lobos, ella agarraba el puñal con más fuerza. Cazaba liebres y pescaba peces en los arroyos, encendía el fuego y cocinaba para Donato, que no dejaba de repetir, con la vista perdida: Florencia, Florencia.

Sus ojos revivieron cuando descendieron por un valle que él pareció reconocer, y daba la impresión de que recobraba sus fuerzas, y ella tuvo que contenerlo, porque también le subía la fiebre, y la sangre se le calentaba de nuevo. Llovía, llovía sin interrupción en aquel valle boscoso, y los salvó la hospitalidad de un convento de frailes. Uno de sus limosneros, que iba a ese lugar llamado Florencia, se ofreció a llevarlos en una de sus carretas por el camino que serpenteaba entre las montañas que perdían altura y se transformaban en cerros, hasta ir a parar a un valle donde

brillaba a lo lejos la plata de un río. Donato desgranó los ojos y le indicó tembloroso al fraile que girara aquí y allá, entre viñedos y olivos, hasta dejarlos en la esquina de una pequeña iglesia y un campanario. Llegaron ayer. Donato hizo que Caterina lo arrastrara por el camino polvoriento un rato más. Oyeron ladrar a un perro, y luego apareció un viejo campesino y gritó, y abrazó a Donato y se lo llevó a su choza. Y eso es todo, ese ha sido su viaje.

Me he quedado hechizada con la novela de Caterina, cómo salvó a mi Donato. Qué hermosa historia. Más hermosa y más verdadera que esos cantares idiotas de Antonio Pucci o Piero da Siena. Y mientras tanto comemos pan negro y queso marceño que nos ha dejado Nuccio, y ella bebe de una jarrita de vino que luego me pasa, limpiando el pico con la lengua y yo lo acepto sin repugnancia.

¿Quién es esta Caterina? Si es una esclava, ¿de dónde viene? Se le han pasado las ganas de hablar, y sobre todo las de hablar de sí misma. Si ha hablado tanto de su camino y el de Donato es porque tal vez se haya dado cuenta de que entre él y yo hay un vínculo, y ahora siente que ha llegado al final del camino y de su misión, y me lo está encomendando o entregando, para saldar una deuda, con Nuestro Señor, o con santa Catalina, o con esos misteriosos dioses suyos. Se limita a decir que era una noble princesa, hija del príncipe Jacob del pueblo de las montañas, que fue asesinado por los francos, y ella se convirtió en esclava. Recuerda el nombre de ese lugar, el nombre de una ciudad y de un gran río, Tanais, porque Donato se lo repetía, y curiosamente también era el nombre del lugar donde él vivía en Venecia.

Desde Tanais, Caterina fue transportada sobre las aguas y dentro de un monstruo de madera por un gigante rojo hasta una ciudad hecha de oro, y luego dentro de otro monstruo de madera a una ciudad hecha de agua, donde fue entregada a *padron* Donato. Comprendo que está hablando de Constantinopla y de Venecia. Me encanta la idea de viajar, de vagar por el mundo ancho y terrible, y solo puedo imaginar lo que Caterina vio antes de llegar a Venecia: sus navegaciones por el Mediterráneo y el Egeo y el mar Mayor, las islas griegas, las costas de la Tróade y la Cólquida; y yo, en

cambio, el viaje más largo que he hecho en mi vida me llevó de Florencia a Prato, y alrededor de mi cuarto, con mi imaginación, sobre mis amados libros.

En Venecia Donato la salvó de la violencia y la muerte, y luego ella salvó a Donato y lo trajo hasta aquí. Y ahora es ella la que me pregunta: este lugar es Florencia, ¿verdad?, ¿ya hemos llegado? ¿Este olivar es Florencia, esta choza y ese pequeño campanario? Pues entonces Florencia es muy bonito, es un lugar hermoso, porque está abierto y libre bajo el cielo, entre los árboles y la hierba y la tierra. No es un sitio cerrado y lúgubre como la ciudad del agua donde estaba antes. Odia las casas de piedra, que significan encarcelamiento y esclavitud, y se alegra de que no haya casas en Florencia, solo árboles y hierba. Qué bonito es eso, qué bonito es Florencia bajo el sol. Está contenta. La única pega es que hace demasiado calor.

Me echo a reír, y me siento contenta yo también. Caterina es demasiado hermosa, y demasiado sincera y demasiado simple. Es un ángel de verdad, como enseguida intuyó ese otro simple de Nuccio: y bienaventurados los simples, porque pasarán intactos entre los males de la Tierra. Si viene de Tanais, es una esclava circasiana, y se nota inmediatamente por su cuerpo y por su belleza: no es bajita y chata como las tártaras, ni descolorida como las rusas. No me despierta sospechas, ni celos.

Y así, hablando las dos, la civilizada dama de una orgullosa familia burguesa florentina y la salvaje esclava circasiana que es también una princesa bárbara, hemos olvidado el paso del tiempo, y también nos hemos olvidado de Donato, y desde dentro nos llega su gruñido. Corro a verle, tiene los ojos abiertos, me reconoce y se echa a llorar, murmurando mi nombre. Me arrojo sobre él, y tal vez le haga daño porque no soy lo que se dice ligera, y lo abrazo y lo estrecho contra mí y yo también murmuro su nombre. No necesito darme la vuelta para saber que Caterina nos está mirando desde la puerta.

* * *

Tomo de inmediato el control de la situación. Como hago siempre, por lo demás. Con la ayuda de Caterina, que es

extraordinaria y ejecuta a la perfección todo lo que le digo incluso antes de que se lo pida, instalo al convaleciente Donato en casa de Bernaba durante cierto período, aliviando a Nuccio de una carga demasiado pesada para su vejez. Físicamente va mejorando, quizá sea la fuerza y la energía de esta tierra donde nació y creció lo que le sienta bien, quizá sea la alegría de esta hermosa estación del año. Sin embargo, en lo que a su estado mental se refiere, me temo que Caterina tiene razón. Los dioses, como ella dice, le han arrebatado un pedacito de alma a cambio del favor de devolverle la vida. Y de hecho Donato siempre tiene momentos de delirio, y a ratos dice una cosa y a ratos otra, y a ratos parece razonar perfectamente y a ratos divaga en cosas sin sentido, y entonces pone los ojos en blanco y mueve la mano en el aire como si blandiera un martillo, y grita *Zorzi, no, Zorzi*, y luego *sangre, sangre*, y luego rechina los dientes y escupe contra la pared, silbando *maldito senador*, y *malditos asimismo el oro y la plata*.

Pero todo esto me da igual. Me casé con él ante Dios y la madre naturaleza, aunque todavía no ante los hombres y los sacerdotes: y tal como prescribe el matrimonio, hemos de ayudarnos siempre y prestarnos asistencia el uno al otro, siempre, en la prosperidad y en la adversidad, en los días claros y en los oscuros, y estos son días oscuros para Donato, y quizá a estas alturas lo sean hasta el final de su vida, pero no me importa. Ha vuelto a mí, y lo ha hecho aquí en Terenzano, donde nació nuestro amor. Y aunque delire, no deja de reconocerme, y me sonríe dulcemente, y susurra mi nombre como una plegaria, como si yo fuera el más sublime ángel del paraíso, allá arriba en lo más alto de los cielos.

Mientras tanto, con el fin de no descuidar las cosas de aquí abajo, en esta tierra, me he llevado el fardo de tela encerada con los papeles de Donato, ese fardo que a Caterina le parece tan inútil, porque no está lleno de cosas importantes como comida o utensilios, sino solo de papeluchos, pero, en todo caso, ella lo salvó en su peligroso viaje. Me ha llevado días y noches examinar todos esos dichosos papeluchos, y es quizá un tesoro mayor que el que Donato hizo acreditar a Aronne: decenas de cédulas de títulos de Estado con interés fructífero

comprados en la Cámara de Préstamos de Venecia y muchos documentos e instrumentos de otros créditos exigibles a particulares y a compañías y sociedades mercantiles de la misma ciudad.

Vuelvo a visitar a Aronne con mucha circunspección, le enseño los papeles y le doy pruebas de que Donato está vivo, y de que está a salvo, y le digo que en cuanto le sea posible se acercará al mostrador a cobrar su crédito; pero sobre todo le pido que nos haga un favor enorme a Donato y a mí: tratar de averiguar, a través de su red de mercaderes y banqueros judíos, qué se dice realmente de él en Venecia, y si en verdad le busca la justicia, y si pesa sobre él alguna grave acusación, porque entonces sería peligroso permitir que reaparezca en público. En estos días, Venecia y Florencia son demasiado amigas y aliadas para no intercambiarse aunque no sea más que pequeños favores, entre ellos facilitar la extradición mutua de peligrosos criminales capturados en el territorio de una u otra República. Y si así fuera, adiós a cualquier título o crédito: todo será confiscado y devorado por las fauces del Serenísimo León de San Marcos. Necesito absolutamente saber qué ha ocurrido de verdad. Y está claro que no puedo averiguarlo a través de Donato, que mientras tanto, todavía aturdido, sigue tranquilamente en Terenzano.

Hasta mediados de septiembre no llegan algunas cartas cifradas de Venecia y Mestre. Estos judíos son increíbles en sus contactos, y tal vez haya sido esa su estrategia de supervivencia en mundos hostiles e inhumanos durante siglos y milenios. Vengo a saber así, no sin estupor, que a Donato no se le busca en absoluto en Venecia, ni hay ninguna recompensa o acusación pendiente sobre su cabeza. La gente se limita a preguntarse por qué desapareció así, de la noche a la mañana, cuando había vuelto a montar un pequeño pero ya floreciente taller de batihoja y tejido de brocados en oro y plata, con diseños que hacían morir de envidia a los demás talleres venecianos, y todo gracias a una joven esclava circasiana, que había demostrado ser una extraordinaria maestra del dibujo. Quién sabe por qué, estoy segura de que esa esclava, cuyo nombre no se menciona, es nuestra Caterina. Solo puede ser ella. En definitiva, Donato desapareció, parece ser que en la última noche de carnaval, y

esa esclava desapareció también con él, y eso quizá pueda constituir un delito, aunque no muy grave, porque para exportar un esclavo de la República se necesita un permiso, hay que pagar una penalidad, y un arancel, y además parece ser que está prohibido exportar esclavos en sectores económicos tan estratégicos, porque tal vez hayan aprendido secretos de taller celosamente escondidos que corren el riesgo de ser revelados a la competencia extranjera.

Y ya está, eso es lo que dicen en Venecia. Y también se dice algo más: que, al día siguiente de su desaparición, irrumpieron en su casa su mujer, una noble friulana, con su hijo y un pariente, y que los tres se pusieron furiosos, porque esa historia la han tomado *in malam partem*, es decir, con la interpretación más trivial y sórdida posible, que el amo fornicó con una hermosa esclava durante el carnaval y luego se largó con ella. Y tal vez esto también podría ser considerado un crimen por la justicia veneciana, pero no muy grave, al haber sido cometido por un hombre y no por una mujer, y además con su propia esclava, que es de su propiedad, y por si fuera poco parece que no hay denuncia por la parte afectada, es decir, por parte de la esposa.

Sin embargo, se dice que hay indagaciones en curso, porque Donato es un viejo conocido para la justicia veneciana: investigado dos veces ya por quiebra y encarcelado una vez por deudas. Y aquí empiezo a descubrir por primera vez que detrás de la fachada luminosa de un empresario de éxito en Venecia, en la que todos aquí en Florencia creíamos, empezando por mi padre, se oculta una realidad mucho más amarga, una dura existencia de luchas y caídas y resurrecciones, de las que Donato nunca me ha dicho nada en nuestro tácito pacto de comunicarnos solo nuestro amor, en nuestra escasa correspondencia y en las rarísimas veces en las que nos vimos a lo largo de casi quince años.

Pero en ese caso ¿esos jinetes venecianos que los persiguieron en las orillas del Po? ¿Y ese tiro de ballesta? ¿Por qué, si Donato no era un fugitivo, intentaron detenerlo y matarlo? Y entonces Aronne saca un billete de un querido amigo médico, el maestro Moisé, que parece gozar hasta de la confianza del viejo y enfermo dux; recoge dicha nota, con

palabras sibilinas, el rumor que circula en los aposentos secretos de las altas esferas del poder, una turbia historia de especulación y fraude en perjuicio del Estado en la que parece estar implicado uno de los más importantes senadores de la República, cuyo nombre no puede mencionarse. Esa misma noche de Carnaval, se vio deambular por el Arsenal a unos tipejos mal encarados y armados que entraron en casa de Donato, como para capturar o matar a alguien, acaso solo culpable de haber sido testigo de algo comprometedor: pero Donato, tal vez puesto en guardia por un ángel en un sueño, o tal vez protegido por la Providencia, ya había huido. Luego, un escuadrón de jinetes venecianos igualmente sospechosos había sido visto más allá de las fronteras del Estado, en la zona de Polesine, provocando casi un incidente diplomático con el señor de Este por invadir y asaltar sus tierras. No se trataba de guardias sino de asesinos, sicarios. Eran tan solo rumores, y los investigadores no habían podido averiguar nada más, aunque a ellos también les habría gustado echar mano a Donato, no porque fuera culpable de nada sino para interrogarlo, aunque fuera con determinados métodos bien experimentados y efectivos, en lo más hondo de la cárcel de Piombi.

Esperamos unos meses más y mientras tanto me entero de que en la antigua casa florentina de Donato, que no está demasiado lejos de la mía, en via di Santo Gilio, justo después de la iglesia de San Michele Visdomini, al otro lado de la catedral, casi a la sombra de la gran cúpula, pues bien, en esa vieja casa, una de cuyas mitades ya estaba alquilada, se ha quedado libre también la otra mitad, después de la muerte de la hermana de Donato. Es una buena oportunidad para llevarlo de vuelta a la ciudad. Tratamos de devolver a Donato el aspecto de un hombre civilizado, lo vestimos con un largo pellote pardo, más adecuado para un anciano que una almilla, pero no nos permite que le cortemos su larga y desgreñada barba blanca, que le hace asemejarse a uno de esos filósofos griegos que siguen al emperador Juan. Nos organizamos con Caterina, Bernaba y Nuccio, y lo bajamos con mi caballo de silla y su mula con la carreta, y ocupamos discretamente la zona vacía de la casa, donde vuelve a vivir Donato, en el

cuarto que fue suyo de joven, mientras que Caterina se instala en la planta baja, para cuidar de la casa y del amo. A efectos prácticos, sigue dependiendo de mí. Ella no está muy contenta, porque ha descubierto que Florencia no es un agradable lugar campestre sino una ciudad hecha completamente de piedra; eso sí, cuando entramos por la puerta de la Cruz, no paró de caminar con la nariz en alto asombrada por lo que veía, y casi asustada por las enormes edificaciones que de vez en cuando vislumbraba entre los aleros de los edificios, la gran torre del palacio, el campanario de la Badia, y sobre todo la cúpula de Santa Maria del Fiore, que se cierne sobre la casa de Donato. La belleza es un lenguaje universal, y Caterina la entiende como nosotros, y tal vez mejor que nosotros.

En cuanto puedo, aprovecho un día en el que Donato no delira y lo llevo por fin a ver a Aronne, quien se maravilla de ver a quien creía un fantasma y luego liquida la suma acreditada desde Venecia directamente en mis manos. Sin perder tiempo, hago que compre algunas tierras de inmediato. Convoco en su casa a los vendedores y a un notario, y bajo mi supervisión y sin darse cuenta Donato acaba siendo propietario o arrendatario y a su vez arrendador de varias fincas, además de la de Terenzano.

Y por último, el 28 de agosto de 1442, le entrego también la declaración catastral, porque mientras tanto se ha establecido la nueva tributación, y debe cumplir con su deber si quiere volver a ser un buen ciudadano florentino y disfrutar de los derechos civiles, y dejar de ser un expatriado y un gallo de montaña o un ave salvaje, y él escribe dócilmente con mano un poco vacilante y temblorosa, ya no tan segura como antaño, pero siempre con sus incurables resabios venecianos: *Al nomme de Dios a día del 28 de aghosto de 1442. Ante vos señores de la conservazione y ante vos oficiales de la chomunidade del pueblo y munizipio de Florencia. Sustanzias de mi Donado de Filipo di Salvestro Nacido en el Ghonfalon del Vaio*; y sigue toda la lista de propiedades, desde la casa vieja hasta las huertas y viñedos, y también las sumas depositadas en el Monte; pero ante todo las bocas que viven en esa casa: *Yo Donado di Filipo antedicho, y d'edad d'años 63 / e una fantescha que d'años faz 15.*

¿Qué edad tendrá Caterina? Yo no lo sé. Y ella tampoco lo sabe. A simple vista, los quince años los ha cumplido. En el país salvaje donde nació no habrá acta de nacimiento ni acta de bautismo, aunque parece que fue bautizada, pero luego no sabe casi nada de liturgias, oraciones y sacramentos, sigue siendo medio pagana, habrá que hacer un pequeño esfuerzo para hacerla cristiana de verdad, pero con calma, sin violencia, yo no soy fray Antonino.

Tantas idas y venidas no han pasado desapercibidas para mis hermanos, a quienes me veo obligada a decirles algo, pero a estas alturas ellos me otorgan su plena confianza, porque saben que soy sensata y absolutamente discreta, y recuerdan que Donato le caía muy bien a nuestro padre, que en paz descanse, que lo consideraba un villano, sí, pero brillante. Es más, con su ayuda, en ese mismo año de 1442, Donato, sin entender por qué ni cómo, fue elegido incluso gonfalonero del pueblo para su barrio, San Giovanni, gonfalón Vaio, que es un cargo completamente formal que solo dura cuatro meses, pero que sirve para decirles a sus conciudadanos que Donato está vivo, que Donato ha vuelto y que está aquí de nuevo para servir a su comunidad.

La siguiente vez, en 1444, no le fue tan bien, porque se extrajo su nombre, pero no resultó electo por considerarlo *in speculo,* es decir, bajo investigación para verificar un posible fraude o tejemaneje fiscal. Alguien, quizá con oídos en Venecia, se habrá inmiscuido en asuntos ajenos y habrá ido a chismorrear sobre ciertas sospechas que vienen de fuera.

Mientras tanto, a través de Aronne, también ha llegado un billete de su esposa veneciana, Chiara Panziera, quien pide noticias de él y se declara dispuesta a perdonarlo también por su última fuga, e incluso dispuesta a reunirse con él aquí en Florencia. Lo hablo con el viejo banquero judío: entre los documentos de crédito que tiene Donato en Venecia hay bastantes a nombre de los familiares de su mujer. Tal vez, dice, sería prudente acceder a sus peticiones. A mí me parece que no solo sería prudente, sino también un acto de justicia. Chiara es su esposa frente a los hombres y, además, ¿qué puedo saber yo de ella? Es una mujer como yo, arrollada por el río de la vida. Lo correcto es que ella también venga, su

lugar está al lado de Donato. No diré nada, la ayudaré. Mientras tanto, es mejor que siga guardando yo todos los papeles de Donato, en mi cajón secreto.

Después de dictarle a Donato una larga y precavida carta de respuesta para su mujer, me encargo de nuevo, con paciencia, de reorganizarlo todo y de recoser los rotos. Caterina no puede ni debe quedarse en su casa. Chiara no lo entendería. No podría entenderlo. Con un expediente rápido, se la compro, a un precio simbólico, y Caterina se viene a vivir conmigo: mi nueva esclava, como se la presento a mis estupefactos hermanos, porque tener una esclava, para una mujer soltera y sin hijos, es un lujo que pocas gentilhembras de esta ciudad pueden permitirse; aunque en casa siempre vienen bien otras manos. Unos meses después llega un carro a via Santo Gilio con varios baúles y una mujercita esbelta, pálida y de aspecto triste. Está sola, su hijo se ha negado a venir: debe haber sido un gran dolor para ella verse obligada a escoger entre su hijo y su marido, y ha escogido a su marido. Donato la recibe en la puerta con cariño, y detrás de él estamos casi todos, yo con mis hermanos Tommaso y Andrea y sus esposas, Bernaba y Nuccio, y también Aronne, para presentarle a Chiara el nuevo mundo al que ha llegado tan desconcertada, y también para estar pendientes de Donato. Pero ya no me preocupo por Donato, porque de vez en cuando me lanza una mirada de complicidad y sabe que, ante cualquier necesidad, estoy dispuesta a ayudarlos.

En primer lugar, para hacer cuentas, mantener la casa y sobrevivir en una jungla como Florencia, lo que no es tarea fácil para una pobre patricia friulana empobrecida y un expatriado florentino medio loco. Como es lógico, sigo siendo yo quien dicta a Donato su declaración en el Catastro en 1446, en la que actualizamos la situación de la casa de via Santo Gilio con los límites modificados por la compra de los huertos traseros por la Ópera de Santa Maria del Fiore, que los necesita para ampliar sus tiendas y talleres, cada vez más ocupados en terminar la gran cúpula realizada por Pippo di ser Brunellesco en 1436. Y sobre todo con las bocas que la habitan, que ahora son solo las de los dos viejos esposos: *Donatto antedicho d'edat d'años 65 / la mujer mía Chiara Panziera 54*. Hay que declarar además un último cambio, que

me da especial pena: la venta de la finquita de Terenzano. Donato necesitaba dinero para vivir y ese magro alquiler no era suficiente para él. Así, un pedazo de nuestra vida desaparece para siempre. Tal vez no deberíamos apegarnos demasiado a los bienes materiales. Es posible que esa tierra haya cambiado, y también los árboles. Nuccio ha muerto y Bernaba está viejo y solo, y Donato está demasiado maltrecho para subir hasta allí. Pero el recuerdo de Terenzano, lo que queda en tu corazón, no está en venta. Permanece para siempre dentro de ti y te da calor en los momentos de frío de la vida.

Caterina ahora vive conmigo, que empiezo a tener algunos achaques, y me ayuda en todo. Para mí es una experiencia totalmente nueva. Nunca he sido dueña de un ser humano y la cosa en sí misma no me gusta nada.

De hecho, no hubo una auténtica compraventa entre Donato y yo. Jamás se me ocurriría vender a Caterina, no puedo considerarla un objeto para mi uso personal, como un espejo o un peine. Quise que el notario redactara una escritura con escasas fórmulas, casi se la dicté yo, dado que sé latín, algo rápido. Ni siquiera tengo el documento, porque me bastó que el notario transcribiera el acto en su libro de registro. Eso sí, por curiosidad le pedí que me dejara echar un vistazo a otros registros compendiados similares, solo para entender lo que les pasa a estas chicas y mujeres que viven con nosotros en nuestra civilizadísima ciudad, pero totalmente marginadas y ajenas a ella, y de las que en realidad no sabemos nada, ni de dónde provienen ni cuál es su religión o su mundo ni sus esperanzas o sentimientos.

Ni siquiera sabemos sus verdaderos nombres, porque normalmente solo aparece el nombre de bautizada, y rara vez el antiguo, cuyo destino es ser despreciado u olvidado, precedido por la fórmula *olim vocatam*. En todo caso, hojeando un poco las páginas, a veces encuentro sus nombres originarios en lengua tártara, rusa o circasiana, nombres increíbles y hermosos que evocan por sí solos ojos negros y verdes relucientes, y salvajes mechones de pelo movidos por el viento del desierto o de la estepa, y me parece sentir los aromas de las especias que emanan de sus cuerpos: Cotlut,

Aydix, Aza, Dobra, Nastassia. Y aquí, en cambio, se han convertido todas en Marie, Maddalene y Caterine, todas iguales, homologadas, con los ojos grises apagados y el pelo envuelto y escondido en pañuelos de ásperas telas. Mi Caterina no: me reveló que fue bautizada así de niña, en su pueblo del fin del mundo, en honor a la santa de Alejandría, cuyo anillo lleva con devoción, creyendo que es un amuleto mágico. Y en efecto sus ojos no se han vuelto opacos, sino que tienen toda la movilidad de un cielo azul lleno de viento.

A continuación, aparece una indicación genérica de origen: tártara, rusa, circasiana, ziga, abjasia, kazaka, mongola, armenia, griega, judía, sarracena, y hasta del lejanísimo Gattaio; pero nada sabemos de lo que hay detrás de esos nombres de pueblos. ¿De qué aldea remota, de qué oscuro bosque o montaña fueron violentamente arrebatadas estas niñas o muchachas, o tal vez vendidas por sus propias familias, interrumpiendo para siempre los sueños de su niñez y adolescencia? Luego la edad, siempre aproximada, siempre *circa*, porque nadie sabe la que tienen realmente, de modo que se les atribuye una edad aparente en función de lo que se ve, si el cuerpo ya ha desarrollado los signos de la feminidad o no, cuán anchas son las caderas y cuán redondos y firmes son los senos, y cuán largo es el pelo; y luego la estatura, que puede ser *parvam, mediocrem, ultra mediocrem, magnam*; el color de la piel, *alba, nigra, ulivigna, fusca*; y hasta los menores detalles físicos, que suelen reseñarse como señal de reconocimiento en caso de fuga o robo y posterior captura: una nariz grande, lunares, orejas perforadas, el hoyuelo en el mentón, los terribles signos de la viruela. Si carece de rasgos particulares, sus amos se los infligen: un tatuaje de una cruz o una estrella, un corte, una cicatriz o una marca a fuego como una vaca.

El aburrido notario me explica que, por lo general, cuando uno compra una esclava, debería examinarla bien, como se hace con una mercancía valiosa, como una lana o un tejido de seda: y la esclava, con lo que cueste, es un bien valioso; por lo general, ese minucioso examen se realiza desnudándola y palpándola y tocándola en sus partes íntimas. Yo no lo he hecho con Caterina y no quiero hacerlo, me vale así como está. ¿Será que quizá todavía albergo el temor de que no sea

virgen y sospeche que ha podido yacer con Donato?

El notario me hace saber entonces que tendrá que escribir la fórmula ritual: es decir, que la acepto tal como está, *sanam et integram de persona et de omnibus et singulis suis membris, cum omnibus vitiis et magagnis latentibus et manifestis et de morbo caduco*. También me advierte que, si la esclava muere de alguna enfermedad oculta durante el año, no me corresponderá reembolso alguno. En cambio, podré notificarla en la declaración de la renta junto con el caballo de silla y los animales que poseo, porque puedo beneficiarme de una pequeña deducción de impuestos ya que es una boca que consume alimentos. El acto tiene lugar en su presencia, y por tanto la bárbara Caterina, aunque no entienda latín y no sepa leer ni escribir, figura en él como *presentem, intelligentem et consentientem*. Pero ¿consentir el qué, si ella es el objeto de la venta? Qué hipocresía, y qué absurdo todo. La verdad es que no soporto a estos dichosos notarios.

Las demás mujeres me ponen en guardia, especialmente Lesandra Macinghi, la viuda más agria que conozco. Dicen que he de ir con cuidado ahora que tengo al enemigo en mi casa. Debo guardar bajo llave las botellas de vino, que las esclavas parecen desear como rasgo universal, y precaverme ante el robo y el engaño, la lujuria y la impudicia, porque en el fondo no son más que salvajes que contaminan nuestras ciudades y nuestros hogares igual que un torrente turbio ensucia un río diáfano. Son como animales, y no se sabe si tienen alma. De las circasianas se dice que su sangre es vigorosa y que son un poco mejores que las demás.

No presto mayor atención a esta cháchara insulsa. Caterina no es más que un ser humano, una persona que vive conmigo, en mi casa, o como dicen, *a uno pan et a uno vino*. Tal vez algún día, ya veremos, podré liberarla. Su destino aquí no es ni mejor ni peor que el de cualquier otra pobre muchacha del pueblo o del campo, al contrario, en algunos aspectos es mejor, porque yo estoy atenta a ella, no corre peligros ni tiene responsabilidades.

De modo que Caterina trabaja conmigo, y nunca se cansa, y si acaba antes de tiempo lo que tiene que hacer en la casa, me pide permiso para empezar a hilar lino y hasta seda, y cose y

teje camisas y pañuelos, toallas de tela, cuellos de lino para las almillas, para mí y para mis hermanos y sus hijos. Ninguna de nosotras tiene tanta habilidad como ella, quien se benefició evidentemente de una práctica excepcional en el taller de Donato en Venecia. Qué pena no poder verla trabajar como lo hacía en Venecia, pero no quiero cansarla demasiado ni explotarla por un interés económico. Sin embargo, tengo curiosidad por ver si de verdad sabe dibujar tan bien como se decía de esa esclava de Donato en Venecia, así que la dejo entrar al despachito donde guardo mis papeles y cuadernos y libros.

Ella queda muy sorprendida al ver que yo, una mujer, sé hacer todas esas cosas, y con su divertida manera de hablar me explica que entonces debo ser una hechicera, porque su padre Jacob le enseñó que la escritura es una forma de magia, inaccesible e incomprensible para los seres normales, desconocida entre su pueblo de las montañas, pero muy practicada en los lugares donde vivió después, en la ciudad del oro y en la ciudad del agua. Luego, sin embargo, coge un trozo de piedra roja que yo solo uso a veces para subrayar una partida de una póliza o para tacharla con una equis si la cuenta está cerrada, o también para destacar o marcar un pasaje o un vocablo bonito e interesante, y empieza a trazar en una hoja de papel algo que es superior a cualquier magia que yo sea capaz de hacer con la escritura: fantásticos entramados de volutas, animales estilizados, plantas y flores, y un gran aciano que se parece mucho a nuestro lirio florentino.

Caterina es una chica serena. Nunca llora, nunca se pone melancólica, aunque a veces la haya visto mirar pensativa por la ventana, pero no hacia la calle, movida por la curiosidad de ver pasar a la gente, sino hacia arriba, al cielo, siguiendo el vuelo libre de los pájaros, a los que ama como a todos los animales. Se obstina en no querer comer carne, porque la idea de que hay que matar a un ser animado la horroriza, y poco a poco también me ha obligado a mí a una dieta casi vegetariana, lo que ciertamente me beneficia. Sin embargo, esa aguachirle que preparó la vez que cometí el error de preguntarle cómo se cenaba en su pueblo era absolutamente

incomible; en cambio, esa especie de buñuelos de huevo y mantequilla que ella llama blinis son deliciosos, y he de tener cuidado para no comer demasiados.

Recuerdo un episodio de su extravagancia. Estábamos de paso por el mercado y nos atrajo un concierto muy dulce: el puesto de un vendedor de pájaros cantores, con jaulas llenas de esas criaturitas que trinaban, jilgueros y pinzones reales, pinzones vulgares y luganos. Caterina se puso pálida y me estrechó la mano con fuerza. Asombrada, le pregunté qué pasaba y ella, como si hubiera entendido el lenguaje de los pájaros, me contestó que aquel era un desgarrador canto de dolor por la libertad perdida. Me quedé tan turbada que terminé comprando todos los pájaros, y le dije con la mirada a Caterina que podía hacer con ellos lo que quisiera. Con inmensa alegría abrió todas las jaulas y los dejó volar libres por el cielo.

Las estaciones se suceden con rapidez. Chiara también murió y Donato volvió a quedarse solo. De acuerdo con mis hermanos volvimos todos a su casa, y para salvar las apariencias dejo que ellos propongan a Donato que me tome por esposa con una dote de seiscientos florines de oro. Yo mismo se lo impuse a mis hermanos, y ellos aceptaron, porque debe considerarse como la parte correspondiente de la herencia de nuestro padre, y porque saben que toda la suma se quedará conmigo, nada se perderá. Donato, como es natural, acepta. ¿Y qué otra cosa podría hacer? Por fin ese viejo maltrecho de sesenta y ocho años puede acompañar al altar a esta joven que ahora tiene cuarenta y se muda para siempre a la antigua casa de via Santo Gilio. Y, por supuesto, Caterina se viene conmigo y está encantada de reunirse de nuevo con el amo Donato. Y, mientras tanto, nuestro patrimonio aumenta también, porque compramos juntos, de los liquidadores de una quiebra en Prato, una hermosa finca que produce veinticinco fanegas de trigo, catorce fanegas de panizo y tres fanegas de cebada, tres barriles de vino y dos docenas de lino cada año.

* * *

Este verano de 1449 lo está cambiando todo. Un feo verano, y se vio desde el principio que las cosas iban a ir mal, con un calor agobiante y húmedo que hace que te falte el aire. Y luego, de repente, los primeros casos de mortandad. La plaga habitual que llega cuando menos te lo esperas, desapercibida, desde el campo, o tras el paso de una compañía de mercenarios forasteros. Ni siquiera podemos refugiarnos en el campo, en una de nuestras fincas, porque Donato no se encuentra muy bien y yo también empiezo a sufrir los primeros síntomas de una enfermedad que es el justo castigo de Dios por mis pecados de glotonería, es decir, la podagra. Y así nos encerramos todos en casa, aquí en via di Santo Gilio.

Caterina tiene ahora más de veinte años y se ha convertido en una espléndida mujer. Esas pequeñas ubres suyas de cervatilla se han vuelto grandes y firmes, y esos pezones túrgidos harán las delicias de los niños que los aprieten entre sus labios y succionen su leche. Un día quise disipar definitivamente cierta duda que tenía e hice que la lavara una campesina, con la excusa de la higiene impuesta por el peligro de la mortandad. Y la mujer vino después a verme a escondidas y me lo confirmó. Es virgen, como cuando salió del vientre de su madre. Donato nunca la tocó ni la poseyó, y nadie más lo ha hecho. Ella parece por encima de esa clase de instintos terrenales, no hace absolutamente nada por vestirse mejor ni por tratar de llamar la atención, y ahora estamos segregados en casa, pero en los meses anteriores pude notar cómo se arremolinaban a su alrededor, cual animales hambrientos, las miradas de los varones, cuando me acompañaba al mercado o a la iglesia.

Y eso que siempre he procurado vestirla de la manera más sobria, no dejo que se vea nada de su espléndido pelo rubio, lleva la cabeza siempre oculta y velada, y su ropa es más cenicienta que la de una monja. Pero no hay nada que hacer. Los varones sienten algo en el aire, un olor, un aura invisible, y se vuelven hacia ella y la miran, y tratan de entender qué es lo que los embelesa con su hechizo al pasar. Y de todo esto Caterina parece totalmente inconsciente, y sigue su camino, afable, con los ojos bajos, vestida solo con su humildad. Casi ni yo misma podría creerlo, si no la conociera como ahora

puedo afirmar que la conozco, en las honduras de su corazón, tan simple y puro y lleno de vida. Y todos los días doy gracias al Señor por ella, yo que soy una pecadora y no sé rezar demasiado bien, a ese Señor que quiso que la acompañara en el peligroso camino de la vida algún ángel de la guarda que hasta ahora la ha conservado intacta en toda su pureza e inocencia, que es para mí algo verdadero y espiritual, del fondo del alma, y no desde luego, como creen los varones, esa estúpida membrana de piel que el miembro viril rompe con sangre y dolor cuando nos penetra por primera vez.

El lobo, sin embargo, acecha en este fatídico verano. Y entra en tu casa cuando menos te lo esperas, disfrazado con un sayo rojo de notario y con el rostro cubierto por un pañuelo empapado en medicamentos por miedo a la peste. Un joven alto y delgado, y no puedo decir que sea guapo: en fin, que no me gusta. Y yo, que no he tenido hijos, me siento como una especie de madre respecto a Caterina, a quien el loco de Donato llama hija, y siento que es mi deber protegerla. Pero Donato confía en este notariucho, nos lo ha mandado ese viejo usurero de Vanni di Niccolò para ayudarlo a poner en orden sus papeles: nada más, porque es demasiado joven e inexperto para estipular asuntos serios. Se dice que, siendo primerizo, intenta salir adelante tratando de hacerse una clientela entre mujeres o viudas en asuntos de compraventa o de asignación de pupilos, o entre curas, frailes y monjas de conventos destartalados y apartados. Aunque algunos de sus antepasados eran notarios, él no es hijo de notario y, por lo tanto, tiene que empezar desde cero. Además, es un medio aldeano de modales bastante rústicos que trata de ocultar bajo todas esas fórmulas latinas que ha memorizado a lo largo de años de estudio, para poder presentarse a los difíciles exámenes de notario.

En mi opinión, ni siquiera el paletoque es suyo: debe de haberlo comprado de segunda mano en la liquidación de los bienes de un notario muerto de peste, y tiene un remiendo en el trasero. Tampoco sabe afeitarse bien, como solía hacer en cambio mi Donato en los viejos tiempos. Y no anda con buenas compañías: vive en casa de ese usurero Vanni en via Ghibellina. Viene de un pueblucho más allá de Mont'Albano,

entre Arno y Valdinievole, pero se da aires de gran juez. ¿Cómo se llama ese pueblo del que viene? Ah, sí, me parece que se llama Vinci. Como los nudos, sí, como los nudos.

El notario volvió varias veces, porque le dijo a ese bobalicón de Donato que los papeles estaban demasiado confusos, faltaba una firma aquí y un codicilo allá, y que tenía que hacer una pequeña verificación en una oficina del palacio, y que volvería otra vez, y Donato, que siempre está medio atontado, se traga todo lo que le dicen. Yo también acabé fiándome de él y un día lo dejé solo con Donato, porque tenía que salir a revisar un documento de mi dote en la oficina del Monte, y otra vez tenía que ir al sastre. Luego el notariucho desapareció de repente, sin más, de la noche a la mañana. Parece que se ha ido a Mugello o incluso a Pisa.

La sospecha sigue atormentándome, junto con el recuerdo de un sermón que me impresionó hace algunos años, en Santa Croce. Me parece que fue precisamente ese santo fraile sienés, Bernardino, quien despotricaba desde el púlpito contra quienes dejan desatendidas a las jóvenes en sus casas, expuestas a la concupiscencia de los jóvenes varones, e íbamos a escucharlo como si fuera un espectáculo, porque Bernardino decía las cosas de una manera que te entraba en el corazón, con las palabras justas y directas y, como él mismo decía, *clarito clarito*. Sí, esas palabras siguen resonando dentro de mí, como una obsesión, no como si fueran un sermón sino una profecía: *Oh, mujer que tienes una hija, mira bien quién te ronda por casa. Oh, madre, ¿tienes una hija ya mayor? No existe mayor tesoro que ese que hayas de vigilar*.

* * *

La plaga se ha atenuado un poco y podemos volver a salir. Pero Caterina no se encuentra bien y ya no quiere acompañarme en mis paseos. Siempre parece cansada y de mal humor. La encontraron en un rincón del patio vomitando. Y lo peor es que, por primera vez desde que la conozco, parece rehuirme a propósito y ocultarme algo. No consigo encontrar una ocasión adecuada para hablar con ella, y por otro lado tampoco puedo rebajarme a perseguirla hasta su cuarto, donde se encierra a menudo, y preguntarle

abiertamente qué le ocurre. Sigo siendo el ama, y ella es mi esclava. Desde la escalera, sin embargo, oigo en el piso de arriba, detrás de su puerta, un llanto suave, un sollozo contenido, que me conmueve y hace que yo también me sienta mal. Algo grave ha debido de ocurrir: tan grave que por primera vez Caterina se ha encerrado en sí misma y no quiere hablarme.

Por fin, una tarde de noviembre, advierto su presencia detrás de mí, cuando estoy inclinada sobre el escritorio, con pluma y tintero, absorta en escribir las cuentas del día en mi cuadernito, y todos saben que nadie puede interrumpirme en este sagrado momento. Si está aquí, eso significa que es algo vital para ella, y es la única persona que puede atreverse a molestarme. Me doy la vuelta y le hago señas para que se acerque. Lleva el pelo suelto y su rostro está húmedo y deshecho, como si hubiera llorado mucho, y a la vez lleno y reluciente, con una luz nueva que emana de su piel fresca. Si es posible, se la ve aún más hermosa de lo que es. Sin atreverse a mirarme a la cara, empieza a hablarme con su extraña forma de contar las cosas y al principio, como siempre, no entiendo nada. Son más de dos lunas que no ha tenido el flujo de sangre entre sus piernas. Tal vez yo, que soy una hechicera porque tengo el poder de detener las palabras con la escritura, pueda curarla y permitirle que recupere su sangre la próxima luna.

Aterrorizada, ahora lo entiendo todo. Me levanto, con una cara furiosa que asusta a Caterina y la hace retroceder. Coloco bruscamente una mano sobre su vientre y le pregunto si siente algo allí. Ella dice que sí. Agarro sus manos y le pregunto con tono aún más duro si no tiene algo más que contarme. Y ella estalla en un llanto desesperado y confiesa.

Ese hombre vestido de rojo que venía a ver al amo Donato, un día, antes de irse, la siguió a escondidas escaleras arriba y entró en su habitación, le sonrió y se acercó a ella. Caterina estaba a punto de gritar, pero él se detuvo, sin tocarla y se arrodilló frente a ella, preguntándole solo si podía contemplar su pelo. Tranquilizada porque el joven era amable y elegante y vestía de rojo y no la había tocado y si se hallaba en esa casa y hablaba con el amo Donato debía de ser un buen hombre, Caterina se sentó en el borde de su catre, liberó su

melena y lo soltó. Le hacía gracia ver a ese joven tan gracioso con su traje rojo arrodillado en adoración ante ella, con la boca abierta y los ojos desorbitados, y parecía estar temblando, luego le preguntó si podía acariciarle el pelo, y ella le dijo sí y se sintió feliz, y él la acariciaba, dulcemente, muy dulcemente, y ella cerró los ojos, y no fue culpa suya, no fue culpa suya, porque en ese momento empezó a recordar la mano de su padre que le acariciaba la cabeza, y luego la de su hermana Maria que le acariciaba la cabeza, y se tumbó como lo hacía con Maria, desnudándose y abriendo las piernas, sin abrir los ojos y creyendo que el joven haría como Maria, que la besaba allí y la volvía loca con su lengua.

Y en cambio sintió un dolor repentino que nunca antes había sentido, y el cuerpo de él encima de ella y dentro de ella, y quiso gritar, pero entre sus labios estaba su lengua presionándola, y entonces sintió una dulzura que nunca había experimentado, mucho más grande que la que había sentido con Maria, y su alma voló al paraíso y ya no sintió su cuerpo. Todo duró unos instantes o una eternidad, no lo sabe. El joven permaneció dentro de ella, como muerto, respirando con dificultad, para luego susurrarle palabras como *amor mío y ángel mío para siempre*. Y luego vio que ella estaba manchada de sangre y salió corriendo aterrorizado, perdiendo incluso un pantuflo debajo de la cama. Volvió, dos o tres veces, y ella lo estaba esperando, y lo volvieron a hacer, y cada vez era más hermoso, y ella no sabía que eso era malo, nadie se lo había dicho nunca. Y le devolvió incluso su pantuflo. Y luego él ya no volvió. Y ahora está desesperada y quiere morirse, y su estúpido anillo no la ha protegido. Y ella ni siquiera sabe cómo se llama.

Y yo también estoy desesperada y lloro de rabia y de furia junto con ella, y tiro la pluma y el tintero. ¿Qué le han hecho a mi Caterina? Lo único que puedo hacer es abrazarla fuerte, como una madre podría abrazar a su hija.

8. Francesco

Florencia, en el Castillo de Altafronte,
un día de abril de 1450

Sus gritos resuenan desgarradores entre las bóvedas del palacio.

Señor Dios, ¿por qué es tan difícil entrar en esta vida? ¿Y por qué se nos dice que somos los amos de la creación, si luego como contrapartida se nos impone un precio tan cruel? ¿Qué es la naturaleza para nosotros, una buena madre o una cruel madrastra? Nacemos con dificultad, y con grave riesgo de muerte, desnudos y abandonados al llanto, y es nuestra propia vida la que da comienzo entre lágrimas, desde el primer momento. Tal vez fuera mejor no nacer en absoluto, o morir lo antes posible, y volver de inmediato a esa oscuridad de la que todos venimos.

Deambulo por las habitaciones vacías del palacio, demasiado grandes para nuestra exigua familia, pero los gritos de ella me siguen por doquier, como si fueran capaces de penetrar no solo las puertas de madera pintada sino también los gruesos muros de piedra. Subo al mirador entre los torreones, necesito respirar, tomar un poco de aire fresco, quitarme de la nariz ese olor a secreciones y a medicinas y a sangre que exhala la puerta cerrada de su habitación; pero me echa para atrás la tempestad de viento y agua que azota el río y la ciudad desde el sudeste, y que lanza otro lamento lúgubre entre las almenas y los revestimientos de tela sacudidos por su furia. Vuelvo a las escaleras y me envuelven de nuevo los gritos, como ganchudas manos invisibles que aferran y desgarran el corazón. Bajo corriendo a los sótanos, donde el gemido del viento y los gritos de la mujer parecen sosegarse por fin y desaparecer casi por completo. Me siento sobre un sillarejo, lleno de angustia por el acontecimiento que está a punto de ocurrir y ante el cual me siento completamente impotente.

Este rincón secreto del palacio siempre ha sido mi refugio. Un rincón oscuro apenas iluminado por un haz de luz que se filtra por una trampilla. Una mesa, un taburete, un cofre cerrado con llave. Para darme fuerzas y seguridad tengo la costumbre de apoyarme en los grandes arcos de piedra que atraviesan el espacio vacío del sótano, anchos hombros de gigantes que podrían sostener una montaña o un mundo entero. Aquí sirven para mantener en pie, contra la furia de los elementos, del agua del río, del aire y del fuego de las tormentas, de la tierra sacudida en los terremotos, no el mundo sino una casa que en otros tiempos fue un castillo, y a la que todavía llaman así: el Castillo de Altafronte. Barrio de Santa Croce, gonfalón Carro.

¿Cuántos años llevan estas piedras aquí? Nadie lo sabe con certeza. Cuatro o cinco siglos por lo menos, en esta elevación del Lungarno donde se prolongaba el antiguo trazado de las murallas entre el Ponte Vecchio y el Ponte Rubaconte, como para desafiar la terrible potencia del río. Y el río estuvo una vez a punto de conquistar el castillo, habitado entonces por Bencivenni di Tornaquincio Buonsostegni. Fue en tiempos de mi abuelo Michele di Vanni di ser Lotto Castellani, cuando él era niño y vivía al lado del castillo, y así se lo contaba a mi padre Matteo, el menor de sus hijos, tal vez para divertirse asustándolo con la descripción de la catástrofe; y así me lo contaba mi padre a mí cuando era un niño, inculcándome el miedo al río que discurre por debajo de la ventana. Y en efecto, no se recuerda en la memoria de los hombres mayor inundación de agua que haya arrasado nuestra ciudad, y precisamente en el momento en que se creía más próspera y feliz, y entonces recibió el castigo del juicio de Dios porque había olvidado el santo precepto evangélico: *Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora*. Después de cuatro días y cuatro noches de lluvias ininterrumpidas y espantosas tormentas de truenos y relámpagos, la oleada de la crecida, engrosada por los afluentes y por toda clase de residuos, cúmulos de árboles y restos de puentes y molinos y batanes, llegó a Florencia el día 4 de noviembre del año de la Encarnación de Cristo Nuestro Señor de 1333, elevándose más de siete brazos y desbordándose por la tarde y por la noche, y la gente gritaba: misericordia, misericordia. El río invadió toda la ciudad,

arrasó torres y casas y puentes, y dejó tras de sí una estela de muerte y lodo hediondo. Su fuerza fue tal que logró alcanzar y franquear incluso la elevación del castillo, desbaratándolo y arrastrando consigo una ruina de piedras y ladrillos. Pero no los arcos de los cimientos: frente a ellos, aunque lamiéndolos con un lodo oscuro, el río tuvo que retirarse despechado.

Una vez adulto y rico, el abuelo Michele compró las ruinas a los herederos de Bencivenni, muerto a causa de la peste, que necesitaban dinero para dotar a una hermana. Inició su reconstrucción en forma de palacio, pero conservando su aspecto antiguo y casi feudal de fortificación, su forma maciza y cuadrada, con torrecillas en las esquinas y almenas güelfas, y ventanas abovedadas rebajadas que se abrían en los muros de piedra vista. Le gustaba así, como si tuviera que defenderse de la ciudad y del resto del mundo, sin demasiadas concesiones al lujo, y el patio, en efecto, era pequeño y sin ventilación, y las escaleras, estrechas e incómodas. Y pronto tuvo que sufrir otro destructivo diluvio. Las clases populares odiaban a los sujetos como él, que se había enriquecido importando lana catalana e inglesa y luego había saltado de un gremio a otro, de la Lana al Cambio, multiplicando su riqueza con la actividad de préstamos, incluso a usura. El abuelo siguió al pie de la letra el precepto bíblico, *creced y multiplicaos*, trayendo al mundo una numerosa prole; y lo mismo parecía decirles a sus florines y sus enseres domésticos, y estos y aquellos crecían y se multiplicaban, y se convertían en otras casas, tierras, haciendas fortificadas. En su desesperada rebelión, los *ciompi* quemaron las casas donde vivía, al lado de las obras del castillo, y lo obligaron a huir. Él, sin embargo, supo esperar pacientemente el momento de la revancha y lo reconstruyó todo, y también se dio el capricho de salvar a aquel improvisado cabecilla del pueblo que había sido Salvestro de' Médici de la venganza de los oligarcas que habían vuelto al poder.

No puedo decir que conociera a mi padre. Casi nunca estaba en casa ni con la familia, porque siempre andaba por ahí, lejos de Florencia con importantes encargos y embajadas de la República. De una de esas misiones, a Nápoles en 1415,

volvió incluso con el título de caballero, que le concedió un príncipe aventurero francés a cambio de ayuda política y económica. En una ciudad como la nuestra, que se precia de haber expulsado a todos los nobles y de ser gobernada por gente del pueblo, es algo que siempre causa una gran impresión y evoca un remoto pasado de sugestivas costumbres y hazañas caballerescas que a estas alturas solo conocemos en el pálido reflejo de la ficción literaria de cantares y novelas. Yo nací dos años después, cuando él ya tenía cincuenta. Hijo único, crecí prácticamente solo, criado en un castillo dominado solo por mujeres, como Aquiles en Esciro: mi madre Giovanna di Giovanni di Ranieri Peruzzi, la nodriza que había permanecido a nuestro servicio, una vieja tía solterona, la cocinera, las demás criadas y las esclavas. Mi educación tuvo lugar íntegramente aquí, y aprendí a leer y escribir con mi madre, quien, además, para engañar el tedio de las largas tardes de invierno encerrada en casa, y para despecho de su consorte, que se atrevía a mantenerla en un estado de semiviudez, a ella, descendiente de una progenie mucho más antigua e ilustre, se vengó educándome como si fuera una niña, y tal vez hubiera deseado de verdad tener una niña en lugar de un niño. Sin más, por despecho.

Yo era, entonces como ahora, de complexión pequeña y delicada, con la cabeza cubierta por una cascada de rizos rubios, y mi madre, junto con la nodriza, se entretenía vistiéndome con faldetas, brial y gonete, adaptando retales de telas preciosas y de velos de sedas en forma de vestiduras de mujer, en sesiones de prueba frente al espejo que eran mi mayor diversión, y me ponía collares y joyas, y también me enseñó el uso del maquillaje y de los perfumes, costura, música y danza. Nunca fui a la escuela. En determinado momento mi padre se acordó de contratar un maestro de gramática para mí, que vino a vivir a casa, pero completamente separado del capullo femenino en el que yo vivía envuelto. Cuando bajaba a seguir sus lecciones, siempre solo, tenía que acordarme de hacer una rápida inspección frente al espejo y eliminar cualquier resto de maquillaje o lápiz labial de la cara, y quitarme del pelo un collar de perlas o una redecilla.

Esa infancia dorada terminó repentinamente el 3 de septiembre del año 1429, cuando mi padre, que acababa de regresar de una importante embajada con el duque de Milán y también había sido elegido gonfalonero de la compañía, murió dejándome huérfano a los doce años, heredero de su nombre, y de parte del castillo y de los bienes que luego resultaron poco adecuados para tantos cargos, y también para el título de caballero. Su cuerpo yació durante tres días en la sala de la planta baja sobre un catafalco cubierto con paños de terciopelo negro y fue llevado después en procesión por la ciudad hasta Santa Croce, seguido por mí, el tío Vanni, mis primos, mi madre, familiares y fámulos: veintiocho personas en total. Después de depositar el cuerpo en la cripta de nuestra capilla, me llevaron al altar mayor, donde los Oficiales de los Pupilos me quitaron las ropas negras, y los grandes de la República, que eran buenos amigos de mi padre también, Lorenzo Ridolfi, Palla Strozzi y Giovanni di Luigi di Piero Guicciardini, me vistieron de verde nuevo y me hicieron caballero, transfiriéndome el título que mi padre había obtenido en Nápoles.

Recuerdo cómo el día 2 de octubre del antedicho año me llevaron primero al Palacio de los Priores y luego al de la Parte Güelfa para confiarme las insignias del Pueblo y de la Parte, las espléndidas banderas de tafetán florentino bordadas en plata y orladas de seda verde y oro, y pintadas por Pesello con sus respectivos escudos: cruz roja sobre plata en la primera, y águila roja que aferra un dragón verde sobre plata en la segunda. Con ellas cabalgué hasta casa acompañado de señores, caballeros y ciudadanos; y todavía las conservo en una caja de abeto, envueltas en tela rala. Yo era un caballero niño, pero era un caballero.

Las ceremonias y los honores me llenaron de un vano orgullo, pero no me sirvieron para abrirme los ojos a la realidad de la lucha política que arreciaba detrás de esa fachada, y de la que, de hecho, siempre estuve excluido, aunque saliera ileso de las catástrofes que se abatieron, ensangrentándolas, sobre familias mucho más poderosas y ricas que la mía. Para los oligarcas yo era solo un títere elegante y refinado del que presumir en ocasiones oficiales. Los magistrados de los Pupilos se ocupaban de todos los

asuntos que me incumbían, y mientras tanto mi aparentemente cuantioso patrimonio empezaba a diluirse y a sufrir la erosión de las cargas fiscales y las deudas, y también por los repartos y disputas hereditarias de los numerosos parientes que descendían por las ramas de los numerosos hijos de mi abuelo.

Tras la muerte de mi padre, y siempre bajo la sombra protectora de Palla Strozzi, empecé a salir de casa y a relacionarme con los intelectuales afines a Palla, empezando por el maestro de griego y humanidades del Estudio, Francesco Filelfo da Tolentino, quien despertaba el entusiasmo de nosotros los jóvenes al leernos no solo los clásicos antiguos, latinos y griegos, sino también a Dante. De pronto se abrieron ante mí nuevos horizontes, mucho más amplios que las mezquinas enseñanzas del preceptor doméstico y de los bárbaros versos de su *Doctrinal*. Y así nació mi pasión desenfrenada por los libros, empezando por los que me legó mi padre, que estaban minuciosamente registrados por los magistrados de los Pupilos. En resumen, me he convertido en un cazador de libros, como ese loco de Niccolò Niccoli, un auténtico *libripeta*, como dice Battista degli Alberti.

No eran muchos, pero todos espléndidos, por su elaboración e ilustraciones, dignos de la biblioteca de un príncipe: una gruesa biblia vernácula, una crónica universal y nuestra crónica local, la de Giovanni Villani, así como un pequeño pero precioso *Libro de Nuestra Señora*. A lo largo de los años he seguido comprando libros por mi cuenta o tomándolos prestados para leerlos y copiarlos: Virgilio, Horacio, Cicerón, Justino, Suetonio, el *Corbacho* de Boccaccio y, para no desatender el lado contrario, *De re uxoria* del caballero veneciano Francesco Barbaro, que me había prestado Matteo Strozzi en 1434, quizá para convencerme de que madurara y tomase mujer yo también. Me valía de la complicidad de los Strozzi, con sus consejos y su biblioteca, y más tarde de un joven papelero y librero, Vespasiano da Bisticci, que montó una tienda en una esquina enfrente de la Badia, a pocos pasos de mi casa. Cómplices fueron, desde luego, porque en el fondo mi pasión por los libros y por la

lectura, sobre todo de los antiguos autores paganos, es casi un crimen, dado que se acerca y se confunde peligrosamente con uno de los pecados más malignos e insidiosos para nuestra alma, como nos advierte nuestro santo obispo Antonino en sus sermones: la curiosidad del intelecto, el pretender o querer saber lo que no conviene, o, en el caso de que convenga, el hacerlo no como es debido sino de manera desordenada, y esa parece precisamente mi manera de leer y estudiar, un vagabundeo sin un propósito preciso, un deambular por una selva desconocida en busca de una presa para cazar a hurtadillas y con sigilo, como un ladrón o un cazador furtivo. Aunque sabía latín mucho mejor que mi padre, e incluso griego, no era un estudiante ni un profesor de humanidades y letras humanas, o como se dice hoy en día, un humanista, sino que leía y estudiaba por placer personal, y de forma desordenada, de modo que estaba claro, según nuestro santo obispo, que eso era pecado mortal.

Más tarde, en 1434, Cosme de Médici volvió del exilio al que lo habían condenado los amigos de mi difunto padre, los Albizzi y los Strozzi, y se vengó desterrando para siempre a todos ellos. Conmigo, en cambio, mantuvo siempre una actitud de ambiguo y afable paternalismo. Eso sí, sabía que yo había sido alumno de Filelfo, que también era enemigo suyo y que también había huido, con la amenaza de que le cortarían su lengua viperina si se atrevía a dejarse ver en la ciudad. Sin embargo, convencido de que yo era bastante inofensivo, me permitió tomar parte en su círculo cultural, el trato de intelectuales cercanos a él y el intercambio y la libre consulta de libros; pero al mismo tiempo se aseguró de que yo quedara sistemáticamente excluido, y para siempre, de cualquier participación directa en la vida pública de la ciudad, en cargos o magistraturas. Le bastaba que me quedara tranquilo y calladito, encerrado en la jaula dorada del castillo con mi madre y todas las demás mujeres, y de vez en cuando me hacía el honor de invitarme a cabalgar delante del pueblo con un hermoso estandarte. Al final, acabé siendo un don nadie para la ciudad, como si no existiera en absoluto. No era mercader, no estaba inscrito en ningún gremio, no desempeñaba actividad alguna, no ocupaba ningún cargo. Yo era simplemente Francesco Matteo Castellani, un caballero.

Para otros, en cambio, seguía existiendo, y mi nombre estaba escrito con tinta indeleble en sus inflexibles registros: las oficinas de impuestos de la Señoría de Florencia, que poco a poco me iban despojando de todos mis bienes. Al final, mi madre me obligó a abrir los ojos de una vez y a darme cuenta de que nos arriesgábamos a perder incluso el castillo. Fue entonces cuando empecé a hacer lo que hacen todos los demás mercaderes y ciudadanos que se preocupan por la familia y su patrimonio y la memoria de la una y del otro: compré en la papelería una resma de papel de barba y me puse a escribir en él mis remembranzas, empezando por supuesto con el monograma griego del nombre de Cristo, XPS, una cruz y el año 1436, y luego una fórmula sagrada: *En el nomme de Dios y de su sanctísima madre siempre Virgen Nuestra Señora Santa Maria y de toda la corte celestial del Paraíso amén.* Fórmula hermosa y tal vez un poco redundante, pero que en ese momento me pareció menos mezquina que la que solía ver en el encabezamiento de los libros de cuentas y de recuerdos, que rezaban *En el nombre de Dios y del beneficio*, o del florín. Y más abajo añadí: *Este quaderno me pertenece a mí Francesco Matheo Chastellani,* y ahí, en lugar de escribir *caballero* tracé, según el uso medieval, una ka coronada con la cruz, y luego continué: … *en el cual escribiré mis recuerdos y otros fechos míos según mande la necesitat, comenzando en el nomme de Dios el día primero de septiembre de 1436, y llámase Remembranza marcada A.*

El primer recuerdo, en la página siguiente, fue precisamente la fullería con la que salvé la casa, que en aquel septiembre había sido vendida por los Reguladores del Municipio por una cantidad irrisoria que habría terminado en el abismo de deudas de mis gravámenes; y en cambio conseguí que me la recomprara, junto con la finca de Antella y otras propiedades, un testaferro, un pobre diablo de San Gimignano. Fue solo el primero de muchos recuerdos que iba a dedicar a la gestión de la casa y de nuestras otras propiedades, y a su defensa de la rapacidad de las autoridades fiscales y de los parientes: las ventas falsas para evitar el pago de impuestos, los alquileres, especialmente de las casitas adyacentes al castillo, los pleitos, los laudos y los

compromisos con los primos por las partes del castillo que aún era de entender que les pertenecían, desde la época del tío Vanni. Cuántas molestias.

De todas esas propiedades, administradas en parte directamente por mi madre con la ayuda de un avispado contable, solo una realmente me dio placer: el viejo horno al lado de la casa, porque de allí subía el olor a pan caliente y fragante, y era el olor de mi infancia. Me esforcé por que estuviera siempre arrendado y en funcionamiento, favoreciendo a los panaderos y cocineros que lo alquilaban. En casa nunca faltaba el buen pan: en los acuerdos con los panaderos se prescribía siempre que el pan y los asados de casa se cocinaran en el horno.

Parecía que me había convertido en un adulto y que había llegado el momento de tomar mujer. Y, de hecho, ese mismo año de 1436, me casé con Ginevra di Palla Strozzi. Un gravísimo error político que me marginaría aún más, porque Palla, el gran enemigo de Cosme, había terminado en el exilio, y no volvería jamás. Pero esos eran los desposorios que mi padre había soñado para mí diez años antes, y quién sabe si él y Palla alguna vez hablaron o bromearon al respecto. Mi madre, viuda y ajena al cambio de situación política, se sintió obligada a cumplir ese sueño póstumo de tan ilustre parentesco y de poder decir que su hijo era yerno del gran Palla, y por lo tanto casi un hermano para sus hijos.

Ginevra era una novia niña, solo tenía trece años y murió ocho años después sin engendrarme hijo alguno. En realidad, no resultaba sorprendente. Ni siquiera consumamos el matrimonio, porque yo tenía miedo hasta de tocar a esa niña grácil y melancólica, y ella sentía lo mismo, e incluso cuando pasaba algo, era tan raro y casto e inconcluso que bien podría decirse que la relación que manteníamos Ginevra y yo era la de hermano y hermana. Tal vez nos bloqueaba la sensación o, mejor dicho, la conciencia de ser muy o demasiado parecidos, tanto en nuestra persona y fisonomía como en nuestro carácter y modales, de ser casi un doble el uno del otro, víctimas los dos de un tiempo y una sociedad crueles, ambos encerrados frente al mundo exterior y aterrorizados por el río embravecido de la vida.

De ese río Ginevra no tardaría en salir, desembarcando en las orillas de la muerte aún muy joven, y cumpliendo así el deseo de los antiguos sabios que para mí, en cambio, no se hizo realidad. En los últimos tiempos estaba cada vez más pálida y febril; al principio parecía un malestar pasajero, pero luego sintió dificultad para respirar, con una tos maligna y persistente que dejaba leves brotes de manchitas rojas en sus pañuelos de lino blanco y perfumado. El médico que solía venir a casa la examinó detenidamente. Escuchó su respiración, analizó sus heces, olió y probó su orina, y también consultó un papelito con el horóscopo que un célebre astrólogo le había hecho inmediatamente después de su nacimiento y que predijo una vida larga y pacífica. El maestro no tuvo dudas. Nos aconsejó que la enviáramos de inmediato a Petriolo: que el agua milagrosa, más caliente que la sangre calentada por las tercianas, disolvería y adelgazaría los humores que, *signis certissimis*, era como si se hubieran petrificado entre el corazón y los pulmones.

Recuerdo cómo partió Ginevra el día 23 de marzo del año de 1444, en la carroza de viaje alquilada al cochero, junto con su cuñada, monna Caterina Pandolfini, con todas las cestas, ropas, medicinas y confituras y el variado personal de servicio, que obviamente la siguió a pie. Todavía recuerdo cuando me saludó sonriente, vestida con el precioso brial de carisea blanca con pequeñas mangas abullonadas como saquitos, la garnacha de algodón tosco y la capa doble de paño verde. Es verdad que la primavera le dio la ilusión de reflorecer, y al cabo de un mes envié a mi fámulo de confianza, Andrea di Nicolò da San Casciano, a recogerla con tres caballos. Pero no fue más que una fugaz ilusión.

Recuerdo cómo el día 13 de octubre del antedicho año fue voluntad de nuestro Señor Dios, por su misericordia y gracia, que el alma bendita de mi señora Ginevra fuera llamada entre los elegidos a la vida eterna. Amén.

Giro la llave en la cerradura y abro el arcón. En la oscuridad localizo al tacto todos los objetos que tengo guardados allí y que valen mucho más para mí que cualquier libro de recuerdos y que esas insulsas remembranzas que me esfuerzo por escribir porque así me dijeron que debía hacerlo.

Estas, en cambio, son cosas, y no palabras. Son reliquias sagradas dignas de veneración, amuletos preciosos, finos vestigios materiales de existencias desvanecidas, hilos que desenredar en el laberinto y que tal vez puedan ponerme en contacto con otra dimensión incognoscible e impenetrable.

Un mechón de cabello de Ginevra, finísimo y suave como hilos de seda, que le corté furtivamente cuando ella ya dormía el sueño eterno en su lecho de muerte, envolviéndolo en un pañuelo bordado que aún conserva su casi imperceptible aroma. Otro pañuelito de lino, adornado con diminutas manchas de su preciosísima sangre. Una cajita de marfil con una peineta, anillos, pendientes, aretes y un pequeño espejo engarzado en su interior, que, como todos los espejos, debe haber capturado algo de su alma al empañarse con su aliento cuando se miraba en él. Una camisa fina y larga de seda transparente con dobladillos dorados, que cuando la llevaba desnuda se abría levemente sobre el pecho inmaduro y plano, revelado apenas por los pequeños pezones, y me parecía entonces un purísimo ángel del cielo, y yo me arrodillaba y me postraba y le besaba los dedos de los pies, y salía temblando de su aposento y me iba a dormir al mío, porque nunca dormíamos ni yacíamos juntos. Un pañuelo amarillento empapado en el humor salado que una vez me permitió lamer entre sus piernas, aún impregnado por un olor que me había embriagado, mi rostro hundido en su pelusilla, antes de salir corriendo, aterrorizado ante la idea de haber osado acaso un gesto sacrílego.

¿Dónde está su alma ahora? Me sigo preguntando lo mismo una y otra vez, y utilizo ese mismo pañuelo para secarme las lágrimas, y lo sostengo junto a mi nariz para sentir su presencia. Como arrastrado por un oscuro impulso, sin saber por qué, me desabrocho el pequeño jubón de filadiz aterciopelado carmesí, me desnudo y me pongo su camisa de seda, me trenzo el pelo como hacía ella, me pongo sus anillos y sus perlas, me excito sintiendo la caricia de la seda en la piel y los pezones, y en el espejo revivo el milagro de ver su imagen sonriéndome.

Así fue como me encontró un día Guida, la joven criada de mi madre, que entró de repente en mi habitación para ordenarla creyendo que yo no estaba allí. O tal vez fue todo

lo contrario, siempre he tenido la sospecha de que Guida había sido enviada a propósito por mi madre, quien necesitaba aclarar sus angustiosas sospechas sobre mi virilidad, sospechas que habían crecido en el curso de los años de mi desafortunado y estéril matrimonio con Ginevra. De hecho, Guida no pareció demasiado sorprendida de verme así, vestido como una mujer, pero con el miembro erecto y duro bajo el velo de seda. Ella me miró un buen rato, y otro buen rato miró mi entrepierna. Yo permanecía inmóvil, incapaz de moverme. Se acercó, hizo que me tendiera de espaldas en la cama, se subió encima de mí y me cerró los ojos. Retirado a un rincón oscuro de mi alma, sin saber ya quién era, si Francesco o Ginevra, viví todos los momentos que siguieron como si fueran acontecimientos que le ocurrían a un cuerpo distinto del mío, en otro tiempo y en otro espacio, del que solo me llegaba, a través de las venas y los nervios, el eco lejano del movimiento rítmico del cuerpo que me cubría y de su respiración agitada.

Pues bien, ahora en el arcón hay también un pañuelo con olor al vientre de Guida, tan diferente al delicado de Ginevra, un olor salvaje, almizclado, casi animal; y también está el cordón umbilical, anudado sobre sí mismo, de nuestro hijo Niccolò, mi primogénito e ilegítimo. Nació en septiembre de 1448, grande y hermoso y lleno de vida y salud, como suele suceder con los hijos ilegítimos nacidos de mujeres del pueblo o esclavas de buena sangre. Mi madre envió a Guida de vuelta al campo con una buena donación y mandó a Niccolò, para que lo amamantara monna Cipriana, mujer de Francesco Papi del Danza, a las afueras de Porta San Gallo, con un salario de veinte *grossi* al mes para darle leche buena y sana.

En el arcón secreto del sótano el objeto más preciado es un libro, escondido debajo de la camisa de seda de la pobre Ginevra. Un manuscrito que me dio Cosme, después de una larga conversación sobre el tema de la inmortalidad del alma. Un texto desconocido de un poeta antiguo, descubierto hace unos años en un monasterio alemán.

Es tan diferente de los lujosos manuscritos iluminados que se pavonean sobre el escritorio del primer piso: solo unas

cuantas docenas de pliegos, en humilde papel y no en pergamino. El tamaño será aproximadamente la mitad de la gran biblia vernácula, no más de ciento cincuenta hojas. La escritura retoma la elegante cancilleresca de Niccoli, de hecho, tal vez sea la suya propia, ciertamente más bella y regular y más clara y espaciosa que nuestra tosca mercantil. El título no promete nada emocionante: *De rerum natura*, de la naturaleza de las cosas. Cuando lo leí por primera vez, pensé que sería el mismo aburrido material alegórico y didáctico sobre qué es el mundo y cuáles son las especies de las aves y cuáles las de los peces y dónde están los manantiales milagrosos y por qué por debajo de cierta latitud los hombres nacen todos negros.

En cambio, es un poema de impactante belleza. Todavía recuerdo la emoción con que comencé a leer los primeros versos, *Aeneadum genetrix hominum divomque voluptas*, *alma Venus*: oh Venus, tú que nos das vida y alimento, madre de los Enéadas, voluptuosidad de hombres y dioses; un verdadero himno pagano en honor a quien es considerada no solo diosa del amor sino madre de todos los seres vivientes, celebrada en el misterio de la concepción de la vida, del soplo fecundador de Favonio que hace nacer flores y criaturas del *daedala tellus*, es decir, de la tierra que crea y forja todas las formas de las criaturas, artífice e inventora como el mítico Dédalo. El poeta romano se convierte en apóstol de la filosofía de Epicuro, hasta ahora totalmente desconocida para nosotros, de no ser por algunos retazos de segunda mano transmitidos y tergiversados por otros escritores romanos o por padres de la Iglesia ferozmente adversos a esa visión del mundo. Por primera vez, al cabo de los siglos, todo un sistema filosófico basado exclusivamente en el conocimiento profundo de la naturaleza material de las cosas emerge de las tinieblas, se revela a nuestro conocimiento y desafía las certezas de la cultura y de la religión. Y yo me cuento entre los primeros en ser iluminados por esta luz.

En todo caso, la lectura continuada del libro se me hace casi imposible, porque muchas cosas superan mis posibilidades de comprensión y me son completamente oscuras. De este modo, el poema se ha convertido para mí en una especie de libro de las suertes, un oráculo que, escondido

en este arcón relicario, bajo a interrogar en los momentos difíciles, abriéndolo al azar. Y eso es lo que estoy haciendo ahora, encerrado en el sótano, mientras una ráfaga de viento abre la puerta de la escalera y el eco de los gritos llega hasta aquí abajo. En la penumbra trato de seguir las líneas rectas de los versos en la página donde mi dedo se ha detenido: siento que mi corazón se acelera cuando descubro que el libro, en esa página, me ofrece los mismos pensamientos que antes pululaban dentro de mí, cuando hui de su habitación, aterrorizado por la sangre y los dolores del parto.

En este mismo momento me percato de que un extraño silencio se ha apoderado de las escaleras y del palacio, y que fuera el viento ha dejado de aullar también. ¿Qué ha ocurrido? Presa de un terrible presentimiento, me lanzo escaleras arriba. Choco con la Mattea, toda desgreñada, perdemos el equilibrio y es un milagro que no caigamos rodando por las escaleras de caracol. Y Mattea me grita toda feliz: es una niña, hermosa como una flor. Cuando entramos a la habitación, la niña grita en los brazos de mi esposa Lena, quien me sonríe, agotada por ese parto prematuro y difícil, entre mi madre y la partera. Con voz débil Lena pide que la niña sea bautizada Maria, porque cuando temía que hubiera llegado su última hora a causa de los dolores, se encomendó a la Santísima Virgen.

* * *

Me casé con Lena, es decir, Elena di Francesco di Piero Alamanni, el día 13 de noviembre de 1448, apenas dos meses después del nacimiento de Niccolò, a quien mi madre monna Giovanna, providencial, ya había hecho desaparecer rápidamente, enviándolo con una nodriza fuera de casa. Ella aportó una dote de mil setecientos florines, con la mediación de messer Cosme y la bendición de mi madre, quien, a pesar de que yo era su único y amadísimo hijo, y no le gustara en absoluto cederme a los brazos de otra mujer, a excepción de Ginevra, porque era hija de Palla y además una niña, estaba obsesionada, como todos, por el miedo a las casas familiares vacías, que poco a poco se deterioran y se secan como plantas a las que les falta la linfa vital: nuestra casa parecía estar

empezando a encaminarse en tal dirección. Hacía falta una mujer, una fecunda máquina de procreación, algo que la pobre Ginevra no era, y que ella misma, monna Giovanna, tampoco había sido capaz de ser, tal vez por culpa de mi padre, que ya era viejo y con poco vigor. Sin embargo, Lena, espabilada y vivaz, aunque pequeña de estatura, la conquistó de inmediato y también la tranquilizó en cuanto a su capacidad para empujarme u obligarme a cumplir con mi deber conyugal.

Algo que se verificó puntualmente en el verano del 49, cuando todos habíamos huido a Castelnuovo dell'Incisa para escapar de la plaga, a casa de nuestros primos, los hijos de *zio* Vanni, y allí, apretujados en unas pocas habitaciones, Lena y yo tuvimos que dormir juntos a la fuerza en la misma camita, y yo, privado de mis libros, no podía aducir la excusa de tener que quedarme despierto en el estudio para terminar de leer o escribir algo enormemente importante, o de subir al tejado para observar el paso de un cometa. Lena, que sabía mucho mejor que yo lo que había que hacer, no tardó en quedar grávida, y para que no le faltara de nada y hacer la habitación más confortable y hermosa, tomé prestados dos colchoncitos pequeños de fámulo sin almohadas de plumas, e incluso un paño de tapiz con letras y grifos que colgué sobre la cama: cuando las criadas vinieran a limpiar, que vieran bien que soy yo el verdadero caballero, y no esos palurdos de mis primos. El 18 de febrero de 1450, aunque aún no había desaparecido la plaga en Florencia, tuve que mandarlas de vuelta a casa a ella y a mi madre, porque el parto parecía inminente ya.

Pero ahora Lena está demasiado débil para amamantar a Maria. Le hubiera gustado, y lo ha intentado de todas las formas posibles, por el apego que sintió de inmediato con la pequeña, y también porque es devota de san Bernardino, quien decía que confiar los hijos a las nodrizas es pecado mortal. Matteo Palmieri, que ha venido a traernos preparados de hierbas de su farmacia, nos dice que lo adecuado es que el recién nacido siga recibiendo el humor vital de quien lo ha criado en su seno; de hecho, la leche materna no es más que la sangre vivificante que, después del nacimiento, se dirige

hacia las partes superiores y, de ese modo, influye en el crecimiento del bebé de manera decisiva. Y, además, lo peor de todo, el pequeño terminaría sintiendo amor por la nodriza, y no por su verdadera madre.

Por desgracia, no queda otro remedio. El embarazo y el parto han consumido todos los humores vitales de Lena, y al cabo de un rato el de por sí exiguo hilillo de leche de sus pechos queda reducido a unas pocas gotas, y Maria no deja de llorar y corre peligro de muerte. La necesidad de una nodriza se vuelve apremiante, pero no una de fuera: hay que encontrar una que se quede en casa, entre otras cosas porque Lena no quiere en absoluto separarse de su criatura, a la que con tanta tenacidad deseaba y ha parido con tanto valor y sufrimiento. Por lo general, de estas cosas suelen encargarse los hombres, que durante el resto del embarazo y del parto quedan rigurosamente excluidos por las mujeres, como si se tratara de misterios que solo ellas y solo entre ellas pueden celebrar, como sacerdotisas de la vida, y por desgracia a menudo también de la muerte. Y de tal exclusión he quedado muy dolido, porque después de haber vivido un período de extraordinaria intimidad con Lena por primera vez en mi vida, me vi de repente apartado de ella, expulsado de su habitación, mantenido a oscuras de todas las prácticas que mi madre llevaba a cabo con la comadrona y las demás mujeres de la casa.

Y, sobre todo, en las horas convulsas y desesperadas en las que Lena dio a luz y yo me refugié en el sótano, experimenté toda la profunda injusticia, imputable a la naturaleza o al creador, de que el sufrimiento y el dolor del parto no puedan ser compartidos plenamente también por nosotros los hombres. ¿Por qué, por qué no poder vivir esos momentos juntos también?

De modo que encontrar a la nodriza es un mezquino asunto de hombres, porque son ellos quienes tienen que ponerse de acuerdo sobre los términos y el precio. Un contrato normal de trabajo o arrendamiento entre dos propietarios, entre el marido de la madre y el padre o marido de la nodriza, es decir, el nodrizo. Generalmente en estos contratos no participan las mujeres, y apenas se hace mención de ellas,

como si se tratara de arrendar una mula o una huerta. Y hay algo más que estos contratos no dicen, y no se refleja por escrito. Para tener leche, una mujer debe ser madre. Y ser madre significa haber pasado por toda una serie de hechos estremecedores de la vida que ninguna escritura podría jamás registrar: haber amado a un hombre y haber ayuntado su propio cuerpo al del varón y haber recibido su simiente, haber concebido en su seno un diminuto grumo de átomos cuyo corazón microscópico comienza a latir, participando del milagro de la creación de Dios o de la recomposición de las formas de la naturaleza, haberle transmitido la vida durante nueve largos meses, conviviendo con él en perfecta simbiosis, y por último, haberlo dado a luz con un sufrimiento indecible. ¿Y todo esto para separarse de su propia criatura y dar su leche a una extraña?

Por suerte no tengo que hacer ningún contrato, me ahorro la tediosa tarea. En nuestra casa, dominada por mujeres, incluso de eso se encargan ellas, es decir, mi madre, monna Giovanna, que me dice que cuando llegue la nodriza solo tendré que ocuparme de sacar los florines del salario y del corretaje. Ella se encargará de todo, sabe lo que hay que hacer y lo ha hecho ya por Niccolò, sin escrúpulos. Sabe moverse en ese mundo gris y turbio que está a medio camino entre las casas ricas y altas, las nuestras, los burgueses acomodados, y las viviendas sucias y malolientes de los barrios populares y artesanos, o las chozas de las aldeas de los alrededores, donde las mujeres y las muchachas que acaban de abandonar la pubertad hornean hijos que luego difícilmente podrán mantener. Y, sin embargo, la providencia parece dotarlas de un flujo mucho mayor, mejor e imparable de leche rica y nutritiva, como para compensar de antemano a esas criaturas del pan del que se verán privados en el futuro.

Dado que es impensable que monna Giovanna, con sus chinelas y su brial de brocado, vaya llamando a las puertas de los pobres para preguntar si hay leche fresca disponible, hace falta un terciador, un medianero. Y esto me parece lo más repugnante, porque no me cuesta imaginarme todas estas turbias figuras que se pasan la vida vigilando a las familias

indigentes de un barrio o aldea del campo, y recogiendo en las explanadas de las iglesias todas las habladurías y rumores sobre muchachas embarazadas y sobre esposas adúlteras de boca de mojigatas meapilas y santurrones tragasantos, y que, por las mismas razones profesionales, frecuentan también tabernas y talleres de barberos. Parásitos que viven de la vida y la muerte de los demás. En cuanto se sabe que en un cuchitril ha nacido una nueva vida de un embarazo ilícito, y todo el mundo está al corriente en ese callejón y en esta ciudad porosa, el medianero espera con paciencia fuera de la puerta, se interesa hipócritamente por las condiciones de salud de la puérpera, que tal vez ya se haya desangrado, en cuyo caso el medianero pasa a otra puerta, y ya no hay nada que hacer, el niño será llevado a la rueda de los Inocentes, donde lo dejarán como un expósito.

En cambio, si la muchacha se encuentra bien y se recupera sin novedad, y comienza a pegar al recién nacido a su pecho, y después de algunos días de humores densos y amarillentos llega una dulce y abundante avalancha blanca, entonces empieza el verdadero trabajo del medianero: hablar con los padres, convencerlos de lo que ya saben, que un día les será imposible alimentar esa boca de más, que es hija del pecado, y puede que sea incluso una niña y por lo tanto una maldición más para una familia pobre, y en todo caso no es pecado deshacerse de ella, y hay mucha gente buena que podrá acogerla desde que está el Orfanato de los Inocentes. Y la muchacha madre, bendecida por Nuestro Señor con toda esa leche, podría en cambio resultar útil para la familia y expiar su grave pecado de lujuria, haciendo ganar al viejo cabeza de familia unos bonitos florines contantes y sonantes, porque es sabido que las ricas familias florentinas están dispuestas a pagar cualquier precio para alimentar y hacer sobrevivir a su mísera descendencia, porque sus altivas damas o no tienen nada de leche o prefieren no amamantar para no deformarse y seguir hermosas y volver a bailar y vivir la buena vida con sus caballeros, e incluso quedarse de nuevo preñadas rápidamente por el bien y el futuro de la familia.

* * *

Vamos a buscar a esta nodriza, me dice mi madre. Se ha puesto de acuerdo con monna Ginevra di Antonio del Reddito, de quien todo el mundo habla porque pasados los cuarenta años se casó con un aventurero de setenta, emigrado a Venecia y repatriado hace unos años: Donato di Filippo del Tinta. Cajero, ahora medio alelado, se dice que de joven era banquero en Venecia y dueño también de talleres de batihojas, y llegó a ser muy rico, pero luego lo perdió todo. Viven detrás de Santa Reparata, detrás de la iglesia de San Michele Visdomini, en via di Santo Gilio, y por lo tanto yo podría ir a caballo y mi madre con el carruaje del cochero habitual, de modo que pueda correr las cortinas y no ser pasto de la curiosidad y la murmuración de los plebeyos.

La nodriza, dice mi madre, es de lo mejor que hemos podido encontrar. No es una tosca muchachota pueblerina o montañesa, de esas que luego transmiten a la niña sus modales y su zafia manera de hablar. Es una esclava, la esclava personal de monna Ginevra, le pertenece de verdad a ella, y no a messer Donato, que se ha vuelto un viejo alelado. Pero no es una esclava cualquiera: modesta, sencilla, virtuosa, de excelente complexión de humores y buena sangre, parece noble en su persona y en sus modales, a pesar de sus orígenes bárbaros, y en efecto es circasiana, pero limpia. Monna Giovanna la ha visto y tocado, y monna Ginevra dice que es nada menos que una princesa que de niña cabalgaba y usaba armas como una amazona, y no está claro si lo dice de verdad o en broma, como monna Ginevra siempre tiene por costumbre. Y además la ha educado a lo largo de estos años, para hablar de manera inteligible y también cocinar bien.

Como es lógico, algún defecto no le falta: no es una santa virgen inmaculada, para tener leche debe haber parido de reciente, y si se quedó preñada no fue fecundada ciertamente por el Espíritu Santo ni por el ángel Gabriel. Pero ya sabe: estas circasianas, que son muy hermosas, también son viciosas. Pero monna Ginevra jura y perjura en defensa de su honor, y esta vez habla en serio, y dice que la chica era muy casta y nunca había conocido a un hombre, y que no fue culpa suya, y ahora es necesario encubrir un posible escándalo. En estos días, bajo el látigo del obispo Antonino, es mejor portarse bien.

Hace poco que ha parido, y no se sabe quién es el padre, y enseguida llevaron a su pequeñín de forma anónima y discreta al torno de los Inocentes, y ella está ahora desconsolada sin él, y con un río de leche en crecida, estupenda y dulce, que le mana del pecho sin control, obligándola a cambiarse constantemente la camisa sucia. Seguro que le encanta amamantar a Maria, entre otras cosas para compensar la pérdida de su criatura. Eso sí, cuesta mucho, pero compensa su alto precio: dieciocho florines al año, que hay que versar, obviamente, en manos de monna Ginevra, su ama. Quien, repite, no la alquila por dinero, sino solo por amor y respeto a monna Giovanna, pero es justo que todo tenga su valor.

Ah, casi se me olvida. ¿Sabes cómo se llama la esclava? Caterina. Ya ves. ¡Qué imaginación! El nombre habitual de las esclavas.

El 6 de mayo de 1450 es, desde muy temprano en la mañana, un hermoso día de primavera y empieza a notarse el aroma de las rosas en los jardines. Me visto bien, como siempre: medias negras de Perpiñán y un traje corto de terciopelo. La gente de ahí fuera, en sus talleres y en las puertas, cuando los castellanos salen de su castillo y pasan por la calle, siempre esperan verlos vestidos de todo punto, y no podemos decepcionarlos: es el papel que nos corresponde en la representación colectiva de esta ciudad. Mi madre ocupa su sitio en el carruaje tirado por la mula y conducido por Andrea, porque el cochero prefiere no salir de casa por miedo a la plaga, y yo monto en mi pequeño rocín cervuno, equipado con una silla roja con motivos de oro; todos por supuesto con el rostro cubierto con pañuelos empapados en esencias perfumadas de moscatel, porque la peste sigue vagando invisible por la ciudad aunque ya a nadie le importa, y todos, cansados de las prohibiciones y del terror, se entreguen al destino o a la providencia, y en caso de contagiarse de la traidora enfermedad, afronten con cristiana resignación el breve padecimiento y la muerte. Podríamos acortar el camino y pasar por Canto dei Cartolai, por la Badia y el Palazzo del Capitano, pero hace un día estupendo y da gusto subir por la plaza y recorrer Calimala hasta la

explanada de Santa Reparata. Hay mucha gente en la calle, y parece que ya no hay miedo a la plaga. Muchos van vestidos con el hábito y el bastón de los peregrinos que marchan a Roma para el gran jubileo proclamado por el papa Nicolás V, con la esperanza de la indulgencia plenaria por sus pecados. Si siguen aglomerándose así, en los lupanares y las posadas más que en iglesias, para encontrar alivio al fatigoso viaje, la plaga les permitirá alcanzar el cielo o el infierno mucho antes de llegar a la Puerta Santa de San Pedro.

Mi intención era pasar justo delante del hermoso San Giovanni y el admirable esplendor dorado de la Puerta del Paraíso, obra del maestro Lorenzo Ghiberti, pero nos espera una desagradable sorpresa. Ese espacio, que debería reservarse solo para la contemplación de la gran belleza que nuestros artesanos han creado y donado a la ciudad, el Baptisterio con sus puertas, la torre de Arnolfo, la cúpula de Pippo que da miedo con solo mirarla, se ha convertido hoy en cambio en un escenario atroz de suplicio y muerte, en nombre de esa loca superstición que el libro escondido en el sótano de mi casa condena sin paliativos. Nos obligan a desviarnos por detrás del Baptisterio, porque la zona frente a Santa Reparata está ocupada por una larga tribuna, un efímero púlpito de madera y un montón de leña alrededor de un alto poste. Desgraciadamente reconozco la escenografía. Es la que se destina a albergar la sagrada y edificante representación de la hoguera de un hereje, para purificar con el fuego el terrible pecado de haber osado defender algo contrario a la verdad y al dogma de la Iglesia.

Espoleo el caballo, quiero alejarme de este lugar lo antes posible, y le hago señas a Andrea para que apresure el paso de la mula y el carruaje. Ensombrecido por mis pensamientos y olvidando casi el feliz motivo de nuestra salida, llego a via Santo Gilio. Permanezco casi completamente ausente y abstraído mientras monna Giovanna y monna Ginevra rematan su acuerdo y firman su escritura, y una entrega el dinero y la otra entrega a la esclava con su fardo de pobres cosas, y ni siquiera la miro; y mientras tanto el bonachón de messer Donato no aparta la mirada de la ventana, completamente cautivado por el vuelo de una mariposa multicolor. Concluido el trato y tras montar en el carruaje,

volvemos tristes y lentos por otra calle, por el lado de via dei Servi, y yo, que ya no tengo ganas de cabalgar y ser visto por la gente, me bajo del rocín y tiro de él por la brida.

Lo que no he previsto, sin embargo, es que, al ir por detrás para evitar el lugar de la ejecución, acabaríamos justo enfrente del otro lugar donde el desgraciado estaba recluido y había pasado la última noche de su vida, la capilla del Palacio del Capitán. En medio de la multitud, ante el estrecho pasaje del Canto del Proconsole, le ordeno a Andrea que se encargue de mi caballo también y que tome un desvío hacia via dei Pandolfini, y que se apresure, pero con cautela, para no aplastar a nadie bajo las ruedas. Yo los seguiré a pie. Me levanto un poco los ropajes, para no contaminarme demasiado con esa gente sucia y plebeya.

El caso es que, rodeado y empujado por la multitud ruidosa y casi alborozada, me veo alejado de la carroza e irresistiblemente atraído por la morbosa curiosidad ante ese teatro de crueldad. Yo también termino frente a Santa Reparata. El arzobispo arremete desde el púlpito contra el reo de herejía, blasfemia y nigromancia, y ordena quemar públicamente todos sus libros. Estamos en el último acto. Redoblan los tambores. Una benigna concesión determina que el hereje se libre del sufrimiento extremo de la hoguera. Así pues, no lo arrastran a la pila de leña sino a otro patíbulo, y allí lo ahorcan rápidamente y sin demasiadas ceremonias. Luego, a ese monigote sin vida que una vez fue un ser humano lo atan al palo y lo queman hasta que no quedan más que cenizas. Cuando todo ha terminado y las llamas se han extinguido, los encapuchados de la hermandad de los Negros cantan el último himno, *Omnes Sancti et Sanctae Dei*.

* * *

Lena sintió cariño por Caterina de inmediato, desde el primer momento en que la vio. Así me lo dijo por la noche, cuando yo, descompuesto, con el vestido corto arrugado y sucio de barro y ceniza, volví por fin a casa, después de un largo vagabundeo por las murallas y más allá del Arno, hasta San Miniato al Monte. Todavía débil y en la cama, la recibió en su habitación, donde mi madre la llevó después de su

llegada. Las mujeres se organizaron inmediatamente entre ellas. Llevaron a Caterina a su pequeña habitación en el segundo piso, para que pudiera arreglarse y lavarse, y luego volvió abajo. Ella contempló a Maria en la cuna, sonrió con gran dulzura y Lena tuvo la impresión de que Maria le respondía, con sus ojazos abiertos y hambrientos, pero no es posible, todavía es demasiado pequeña. Caterina le preguntó con una mirada silenciosa si podía proceder y Lena asintió. Luego tomó delicadamente a Maria y la acunó en sus brazos, canturreando algo con la boca cerrada en lo más hondo de su pecho, después se acurrucó cómodamente sobre un almohadón en el suelo, al lado de la cama grande de Lena, en camisa y con muchos pañuelos, descubrió la ubre ya hinchada con el pezón que empezaba a rezumar gotas blancas y acercó a él la boquita de Maria, sin más, con la mayor sencillez. Con los ojos cerrados, la niña volvió la cabeza en esa dirección, como si fuera lo más natural del mundo percibir dónde se halla la fuente de la vida, de la misma manera misteriosa en que el rabdomante encuentra el manantial de agua con su vara. Aferró el pezón entre sus labios y empezó a succionar y a sentir el cálido líquido que entraba en ella. Lena la miraba deleitada, e incluso la abuela Giovanna, a quien la vida ha endurecido y es menos propensa a las emociones, estaba encantada.

Cuando llegué encontré a Maria durmiendo en los brazos de Lena. Mi madre ya se había ido a dormir, después de un día demasiado largo, del cual logré ahorrarle la peor parte. Caterina está arriba descansando, pero lista para bajar si Maria se despierta y Lena la llama agitando un cencerro. Me siento feliz al ver a Lena feliz por su criatura; y la fuerza de la vida y del amor expulsa por fin de mi alma todo el veneno de la muerte y del odio. Quisiera acercarme a ella y besarla, pero no puedo, y me detengo en la puerta. Tengo miedo de que se me haya pegado la enfermedad, en este día aciago, estrujado entre gente que transmitía el contagio tocándose y mezclando alientos y humores y golpes de tos y gritos y estornudos, y tengo que mantenerme alejado de mis seres queridos dos o tres semanas por lo menos.

Recibo una petición singular de Lena. Dice que contemplar

a Caterina mientras amamanta a Maria ha sido una experiencia maravillosa para ella, un consuelo que el Señor Dios le dio para compensarla por no poder amamantarla ella misma, y que la expresión de dicha que ve en los rostros de Caterina y de Maria se le ha transmitido a ella, que también lo ha experimentado: por eso quiere que Caterina amamante a Maria siempre a su lado, porque de esta manera sentirá que participa activa e intensamente en el crecimiento de su hija. Sabe que no es una petición habitual, y que muchas otras damas de otras familias nobles prefieren que la lactancia se realice en otro lugar, así tienen más libertad para maquillarse o vestirse o salir por sus propios asuntos; pero no, a ella no le importa, solo quiere estar con Maria y darle todo su amor, y también hablarle, y cantarle cantilenas, mientras Caterina le da la leche. Y Maria, cuando duerma, debe permanecer siempre en la cuna junto a su cama, y no en la habitación de Caterina. Me parece una petición muy justa y hermosa, e inmediatamente doy mi consentimiento, aunque preveo cierta contrariedad por parte de mi madre. Pero esta vez tendrá que resignarse: no se puede hacer todo lo que monna Giovanna quiere.

Y luego Lena me dice algo más, y eso sí que supone de verdad una noticia inesperada. Una cosa que ha pensado ahora que está sola y también ha pensado en mí, en nosotros. Tiene plena conciencia de que durante la época del embarazo y con motivo del parto, debí de sufrir no solo por ella, sino también por cierta sensación de exclusión de lo que ella estaba viviendo, porque sabe que siempre ocurre lo mismo. No es verdad lo que los hombres pensamos de ellas las mujeres, que viven solo para las ocupaciones del cuerpo y de la belleza o del amor y para las tareas del hogar y del marido y de los hijos. No, no es cierto, ellas también tienen inteligencia y sensibilidad, y dan vueltas a las cosas, quizá incluso más que nosotros los hombres, que siempre estamos deambulando por ahí. De modo que ella es consciente de que, por lo general, los hombres y las mujeres, que deberían ser compañeros en la vida, viven en cambio existencias completamente separadas, por lo que le gustaría poner remedio de alguna manera y mostrarme todo su amor, y su inmensa gratitud por esa criatura que le he dado y por las

próximas que generaré con ella. Por lo tanto, le gustaría que, en el futuro, cuando Caterina amamante, yo también esté a veces presente junto a ella. Quiere que le dé la mano en esos momentos, que participe de su felicidad y la de ellas, y que sienta que yo también formo parte del crecimiento de Maria y de su entrada en la vida.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me gustaría arrodillarme al borde de la cama y besar sus manos y las manitas de Maria, pero no puedo. Con este deseo suyo, y con la fuerza de su amor, Lena realiza una pequeña pero inmensa revolución. Reúne el valor necesario para cruzar esa barrera que nos separa y siempre nos ha separado, a nosotros los hombres y a ellas las mujeres, y trata de hacerme partícipe de su mundo y de sus sentimientos, de hacerme mejor de lo que soy, de salvarme de mis fantasmas y de mis miedos, y de abrirme por fin a la vida. A la vida real, que quienes la comprenden de manera plena y absoluta no son los hombres, sino las mujeres y las madres, en lo más profundo de su ser y de sus cuerpos, antes de que lo hagan el pensamiento y la razón y la filosofía. Esa vida que no es solo la que está en los libros.

No sé, sin embargo, si este sueño alguna vez se hará realidad. Quizá dentro de unos días empiece a tener fiebre y descubra aterrorizado unas oscuras hinchazones en las ingles y debajo de las axilas, y luego me entre el delirio y dentro de una semana deje este valle de lágrimas. O tal vez no lo deje en absoluto, porque la muerte no existe y no hay otra vida. Mis átomos, los del cuerpo y los del alma, quedarán aquí mismo, deambulando por la casa, porque se disolverán y al cabo de un momento volverán a vagar por la gran totalidad del universo.

* * *

No he enfermado de peste. Estamos a finales de mayo y no se ha manifestado en mí ningún síntoma de la terrible enfermedad, tanto es así que volví a salir y le compré a Antonio di Giovanni Canigiani un brazo y cuarto de sarga milanesa blanca para hacerme unas medias con buena suela y teñidas en granate para esta hermosa estación que se abre de nuevo a la vida. Pero en la ciudad las cosas no van tan bien,

todo lo contrario. La plaga se ha multiplicado a causa del calor y de la mayor afluencia de peregrinos, y sobre todo debido a la infausta ocasión de contagio provocada por la aglomeración de personas para el suplicio del hereje, que ahora desde su nueva dimensión inmaterial parece volver a vengarse de sus verdugos. El flagelo se abate sobre todos en los barrios del pueblo, porque los que habían acudido en masa a la llamada a la ejecución capital eran en su mayoría plebeyos, y ahora enferman a centenares en esos callejones, y echan los cadáveres fuera de las puertas, y cada mañana pasa el carro mandado por los oficiales de higiene, con dos o tres frailes supervivientes, para recoger los muertos y llevarlos a las fosas comunes extramuros.

Parece haber vuelto el miedo de hace cien años. Recuerdo bien lo que leí al principio del *Decamerón*. Pero ahora a esa terrible historia se le superpone otra mucho más trágica, que leo al final del manuscrito secreto escondido en el cofre del sótano: la historia de la peste que asoló la ciudad de Atenas. ¿Y no es acaso nuestra Florencia la nueva Atenas? El poeta describe minuciosamente los detalles físicos más macabros de la enfermedad, los signos más seguros del avance de la muerte. La peor agonía, sin embargo, es otra: la enfermedad que se apodera de tu alma y te hace perder tu humanidad y toda capacidad para comunicarte con otros seres humanos y para ayudarlos y aliviar sus sufrimientos, en la guerra común contra el común enemigo.

Decidimos retirarnos a la villa, en la Torre dell'Antella, hasta que la plaga haya remitido. Mi madre se quedará en casa, empieza a sentir el cansancio de los años y no quiere afrontar las incomodidades de la vida del campo, más dura: no añade nada más, pero sabemos que el verdadero motivo es otro. Está enfurruñada por las decisiones de Lena y no aprueba su excesiva familiaridad con una esclava; ni tampoco la nueva independencia de mi esposa que, según dice, se ha puesto a pensar y a razonar demasiado, y esto no es conveniente para una mujer. A nosotros, en cambio, seguro que nos sentará bien volver a estar en contacto con la naturaleza; y también estar alejados un poco de mi querida madre, que tiene por lo demás la costumbre de controlarlo

todo y a todos de manera asfixiante. Este año Antella se ha salvado del contagio y no se ha descuidado en exceso el cultivo de campos y huertas. Andrea y yo también echaremos una mano: pronto llegará la época de la siega y la trilla.

Antes de nuestra marcha, mi madre todavía tiene ocasión de regañarme por última vez, porque aún no tengo registrada la llegada de Caterina en mi libro de recuerdos: eso no está bien, repite, siempre hay que anotarlo todo, y lo que no escribes no existe, dónde vamos a ir a parar si no se guarda memoria de los contratos y de los alquileres y del dinero que entra y que sale, y más en mi caso, que en cuanto manirroto soy peor que mi padre y solo pienso en gastar para comprarme ropa bonita y libros inútiles y dañinos acaso, y tengo una esposa que ahora me guarda las espaldas y ya no escucha a su sabia suegra, acabaré arruinando la familia. Y así, pacientemente, para que se calme, tomo el libro, mojo la pluma en el tintero y escribo.

Sin duda, en una cosa tiene razón mi madre. Hay que anotar la remembranza de inmediato, en el mismo día o poco después, de lo contrario los detalles, incluso los importantes, empiezan a desvanecerse de la memoria, borrados por los acontecimientos que se empujan unos tras otros como olas sucesivas del río del tiempo que sigue deslizándose implacable. Y lo cierto es que, con el tiempo que ha pasado, me doy cuenta de que ya no recuerdo el día exacto en que llegó Caterina, y dejo el espacio en blanco. Tampoco recuerdo cómo se llama el marido bobalicón de monna Ginevra: ¿Filippo o Donato? Luego, cuando fuimos a buscar a la esclava y monna Ginevra le pidió que se presentara ella misma, Caterina también nos dijo un patronímico, y recuerdo bien este detalle porque era una cosa de lo más raro, pues las esclavas nunca dicen el nombre de su padre, carecen de origen; pero por desgracia no la entendí bien en ese aciago día, debe haber dicho algo así como *Caterina de Yakov* o *Yakuv*, no lo sé, será un nombre bárbaro de su pueblo, así que lo dejaré en blanco también, y también el nombre del medianero, del cual solo recuerdo que era un zafio chamarilero.

* * *

Es hora de irnos. Yo a caballo y Lena y Caterina y Maria en el carruaje conducido por Andrea, todas vestidas con sencillos y ligeros tabardos de tela tosca, cruzamos el puente Rubaconte, salimos de la ciudad enferma por la puerta de San Niccolò, cruzamos también el puente Ema y el pueblo de Antella y llegamos a nuestra vieja torre, que domina la casa solariega y las casas de los trabajadores, a quienes ya se ha avisado y nos esperan en la era con sus mujeres y sus familias y sus numerosos hijos.

Es aquí en Antella, bajo la luz estival de la campiña, donde veo por primera vez a Caterina, que hasta ahora en el palacio florentino solo se me había aparecido de pasada, como una figura anónima que entraba y salía de la habitación de mi mujer. Y nunca le había hecho mucho caso. Aquí por fin se cumplió la promesa de Lena. Obtuve permiso para asistir al ritual de la lactancia. Sin el apremio de la presencia de mi madre, Lena se siente aquí mucho más libre y viste de forma suelta y sencilla, al estilo campesino. Ha dejado en Florencia todos sus vestidos, que en realidad son pesados y poco adecuados para este calor. Si pienso en lo que costaron sus tabardos, los briales y gonetes con mangas, y sobre todo los suntuosos ropajes carmesí de arriba y abajo, todos bordados en oro y perlas con extraños motivos… Cuando volvamos los haré deshacer. Las perlas siempre son útiles y pueden revenderse.

A veces, Lena va incluso descalza; mi madre se pondría hecha una furia si lo supiera. Incluso ha mandado colocar el almohadón de Caterina en un rincón de su propia habitación, junto a la cuna de Maria. Y eso también haría que monna Giovanna se enfadara: pero ¿dónde se ha visto, dormir con una esclava? Para mi comodidad, yo prefiero dormir en la otra habitación con Andrea; no importa que sea mi fámulo, lo cierto es que se ha convertido en un hermano para mí, cuido su forma de vestir y nada digo de su único vicio, que también le consiento, con mesura: el del juego. Durante la lactancia, Lena no deja a Caterina en el almohadón, sino que la hace subir directamente a la cama familiar, al alto armazón de madera, y ella también se sube y se sienta junto a ella,

acariciando la cabecita de Maria y susurrándole las cosas más dulces de este mundo y cantando su nana cuando se sacia y se queda dormida.

Así las encuentro yo, como un cuadro sagrado, un maravilloso conjunto de cuerpos llenos de vida, Lena, Caterina y Maria, cuando abro la puerta temeroso y miro dentro de su habitación, medio en penumbra por el entelado de las ventanas para protegerla del calor y de la violenta luz del mediodía. Lena ha dejado a Maria sobre el pecho de Caterina y se ha sentado junto a ella, mientras la niña se aferra al pezón y empieza a succionar. También Caterina, que no se avergüenza en absoluto de mi presencia, entrecierra los ojos y sonríe, una leve sonrisa, apenas perceptible en el arco de sus labios entreabiertos, y en ella parece entreverado un dolor indefinido, pues tal vez esté pensando en el hijito que le fue arrebatado. Lena me hace un gesto, invitándome a sentarme en el taburete junto a la cama y me da su cálida mano. Y yo me quedo contemplándolas mientras el tiempo se detiene a nuestro alrededor y me parece oír cada minúsculo ruido e instante del milagro de la vida que fluye: los labios de Maria, el pecho de Caterina, la respiración de Lena, el zumbido de una mosca que intenta salir de la tela, el canto lejano de la cigarra, el batir de un ala allá arriba en el azul infinito.

Lena comienza a hablar con Caterina, y a veces yo también las escucho, sintiendo curiosidad por esa bárbara que, sin embargo, tiene modales y personalidad de princesa, y una predisposición poco común hacia la belleza y la armonía. Por ejemplo, monna Ginevra, su ama, nos dijo que posee un don extraordinario: dibuja mejor que un pintor. La pondré a prueba cuando regresemos a Florencia, y tal vez incluso le enseñe las figuras de mis libros o la lleve con nosotros a Santa Croce, cuando tengamos funciones especiales en nuestra capilla familiar, la más hermosa de Florencia. Le enseñaré los frescos que la decoran. Pensándolo bien, cuando la vi sin cofia y con el pelo suelto, unos espléndidos y largos cabellos rubios y naturales, Caterina me pareció una de las figuras de la capilla, la que más me impresiona, desde que era niño: la santa mártir Apolonia, violentamente arrastrada por el pelo

por un esbirro e inclinada sobre sí misma de manera antinatural, mientras el otro verdugo le arranca de la boca todos los dientes uno por uno, como un barbero. No, afortunadamente Caterina no es Apolonia, y sus dientes blancos están todos muy sanos, y nadie es tan cruel como para querer arrancárselos.

Poco a poco Caterina se sincera con Lena y le cuenta la increíble historia de su corta vida: parece ser que es hija de un príncipe de un pueblo guerrero de las montañas sobre el mar Mayor, la mítica región más allá de la Cólquida de la que los argonautas se llevaron el vellocino de oro. Tal vez provenga precisamente de la antigua tierra de las amazonas, pues ella también era una joven y feroz guerrera a caballo, y de hecho demuestra una atracción poco común entre las mujeres por los caballos, y mima y acaricia a mi rocín, el de la estrella en la frente, y casi parece hablar con él y calmarlo cuando está nervioso, algo que yo nunca he conseguido. Es evidente que es una salvaje. Nada más llegar al campo, parece como si hubiera vuelto a florecer, y siempre anda descalza. Aunque quizá, precisamente por su carácter asilvestrado, esté mucho más cerca que nosotros del estado natural, de esa humanidad dura y primitiva que se nutría directamente de la madre tierra. Aquí tratamos de evitarle el trabajo duro, para que la leche no se le eche a perder, procuramos que coma bien y en nuestra mesa. Le encantan las verduras y las frutas y, quién sabe por qué, le vuelven loca los albérchigos. Es cristiana bautizada, aunque no sepa decir bien las oraciones, y Lena trata de ayudarla y la lleva con nosotros con la niña en brazos a oír misa en la capilla de la villa a la que sube todos los domingos el sacerdote de Antella, y parece muy devota, con los ojos siempre húmedos frente a la cruz y una tabla de la Virgen de la Leche que un pintor de la capilla le regaló a mi abuelo.

Capturada y reducida a la esclavitud en la colonia veneciana de Tanais, Caterina pasó por Constantinopla y Venecia: lo recuerda todo sobre esos lugares y la gente a la que conoció. Desde luego, ha viajado mucho más que yo, que nunca he ido más allá de Volterra, y tiene un conocimiento directo del mundo infinitamente superior al que yo puedo

tener, que leo a Plinio y hojeo las tablas de Ptolomeo. Nos describe las bellezas de esas lejanas ciudades y la procesión del emperador griego, a quien vio regresar después de que el soberano estuviera aquí en Florencia, con su hermano el déspota Demetrio, a quien incluso tuve como huésped en mi casa. El único problema es que no resulta fácil entenderla cuando habla. Tiene una curiosa cadencia veneciana y la costumbre de saltarse vocales y enmarañar las consonantes que pronuncia en lo más hondo de su garganta. Al margen de la forma, sin embargo, los conceptos son siempre muy claros y hermosos, en una dimensión algo fantástica que transforma algunas cosas muy normales de nuestra vida cotidiana en situaciones míticas o incluso mágicas.

Por ejemplo, le dan miedo las campanas, que la hacen sobresaltarse, y los relojes, como el grande de la torre del palacio: dice que no es un buen comportamiento ante los dioses intentar apoderarse del tiempo, que no nos pertenece, y medirlo está mal, sería como medir el agua que corre en un río. La escritura, que para nosotros es una herramienta imprescindible y completamente natural, es para ella una especie de magia, y quien la practica es a su vez un mago, un hechicero, que atrapa las palabras en el aire, las ensarta con una pluma y las aprisiona en el papel para reutilizarlas luego a su voluntad: eso no es bueno, porque cuando las palabras están en el aire siguen vivas y libres como pájaros, y cuando están en papel están muertas como mariposas pinchadas con una aguja. Parece increíble, pero su pueblo desconoce su uso en absoluto, así como no emplea el dinero ni otros hallazgos de la civilización humana. Siempre me mira con asombro cuando tomo la pluma y la mojo en el tintero y luego trazo esos signos negros en la hoja de papel, y me pide que los lea en voz alta, y se esfuerza por entender por qué arcana razón ese sonido corresponde a esa línea recta o redonda o a esos cortes horizontales, y así sucesivamente. Lo más inquietante es que dice también que cuando hablamos sale de nuestra boca el aliento, que es una emanación del alma, y por lo tanto el hechicero que captura la palabra que sale de la boca también podría aprisionar al alma que la emitió, tal como lo hace el hechicero que captura las imágenes, y aquí creo que quiere referirse a los pintores. Cuando Caterina dice ciertas

cosas, debo de poner una cara tan rara que se detiene de inmediato y piensa en otra cosa.

Tiene un pequeño anillo en un dedo, del que nunca se separa. Lena le pidió que se lo enseñara y ella lo hizo con cierta reluctancia, sin quitárselo. Un pequeño anillo de peltre de poco valor, que empieza a quedarle grande por el desgaste y el uso continuo y diario que hace de él; se me viene a la cabeza mi poeta, que dice que los átomos son invisibles y se van sustrayendo de las cosas con un lento e imperceptible desgaste, como la piedra atravesada por la gota, el adoquinado desgastado desde los pies, y también el anillo que se lleva en el dedo que con los años se vuelve cada vez más delgado por dentro. Su anillo tiene grabados un monograma y una palabra griega, que leo fácilmente: *Aikaterine*, pero los griegos modernos la pronuncian *Ekaterini*.

Lo reconozco, un mercader que volvía de una peregrinación a Tierra Santa me enseñó uno igual, que había conseguido con los monjes de Santa Catalina de Alejandría en el Sinaí, al pie del monte de Moisés. Caterina está convencida de que es un anillo mágico que la ha protegido en los momentos más difíciles de su vida y la protegerá siempre. No, no lo consiguió en Egipto. Su padre se lo regaló y es el único recuerdo que tiene de él. Y este es uno de los raros momentos en que vemos que a Caterina, siempre radiante por lo general, se le humedecen los ojos y se queda callada. También evitamos hablar con ella o hacer la más mínima referencia de ese hijo que parió hace unos meses y del que fue inmediatamente separada y ahora está perdido, porque nos damos cuenta de que para ella significaría renovar una herida aún abierta, y que solo en parte se ve compensada por el amor que derrama sobre Maria, junto con su leche.

* * *

Julio de 1451. Ha pasado otro año. La plaga ha pasado también y, tras haber sobrevivido todos, incluida mi madre monna Giovanna, estamos de vuelta en Florencia, donde nos espera una sorpresa. También ha vuelto a casa el pequeño Niccolò, mi hijo ilegítimo y, por lo tanto, hermanastro de Maria. Su nodriza, monna Cipriana, ya no puede tenerlo en

casa y además el período de lactancia ha terminado, el niño se ha hecho mayor y camina y casi ha empezado a hablar. Nos mira asustado, porque nunca nos ha visto, y Caterina es la primera que se acerca a él, lo toma en sus brazos, le gasta bromas y lo hace reír.

Lena, aunque lo sabía todo sobre Niccolò, tiene un momento inicial de perplejidad, pero luego lo acepta plenamente en la familia: es un niño hermoso y afectuoso, se encariña de inmediato con su nueva madre. Tampoco para mi madre supone un problema: todo el mundo tiene un bastardo en la familia, incluso los Médici. Es seguridad para el futuro de la familia, añade con su sensibilidad habitual, porque nunca se sabe si la Providencia querrá mandarnos ese bendito hijo varón. Entonces Lena, mirando al ahora destetado Niccolò, me confía su preocupación por el futuro próximo: ¿qué haremos cuando Maria cumpla dos años? ¿Caterina tendrá que volver de verdad con monna Ginevra? ¿No podríamos quedárnosla?

Hoy ha venido al castillo un joven notario, un tal *ser* Piero da Vinci. Lo conocí en el taller de Vespasiano, mientras hojeaba por encima unos hermosos manuscritos iluminados y él, más modestamente, solo necesitaba una resma de papel de barba, del que los notarios siempre andan deseosos, pero precisó que se conformaba también con el de calidad inferior, no demasiado costoso. Vespasiano se molestó y se disponía a echarlo con cajas destempladas: su papel es todo de excelente calidad, para papeluchos así es mejor que vaya a la esquina de Gianni Parigi. A primera vista, no parece que al notario las cosas le vayan muy bien, y cuando abre la boca huele a campo. Se afeita y se lava mal, está flaco y demacrado y despide cierto olor a ajo, y el paletoque rojo le queda holgado, ceñido por la pretina de la que lleva colgado su obligado plumier. Menudo paletoque, por cierto: está roto, y remendado además.

Es él quien me saluda primero, inclinándose con humilde deferencia y ofreciéndome sus servicios. A mí jamás se me ocurriría dirigirle la palabra a un aldeano que, por el mero hecho de pertenecer a un gremio, se cree el amo de nuestra ciudad. Asiento como respuesta, por mera cortesía, e

inmediatamente se siente autorizado a hablar. Ha vuelto recientemente de Pisa, vive cerca y tiene su puesto en la Badia, como otros notarios jóvenes y pobres. Descubro que proviene de Vinci y le pregunto si conoce a fulano y si conoce a mengano, y responde una y otra vez que sí, que puede decirse que conoce a todo el mundo entre Vinci, Sovigliana, Empoli y Cerreto, terratenientes y granjeros y trabajadores y artesanos; y añade que, si él no los conoce personalmente, seguro que los conoce su viejo padre, Antonio da Vinci, que aún vive en el pueblo. Tal vez este chico, a pesar del olor a ajo, sea precisamente la persona que necesito. Tenemos varias posesiones en Vinci y Sovigliana, que ni siquiera sé bien cuáles son, y demasiados asuntos pendientes por cuestiones de rentas e impuestos y confines: demasiados líos. Necesitamos un notario joven de allí, novato y sin pretensiones elevadas, porque los grandes notarios florentinos que conozco no se rebajan a negociar *de minimis*, ni puedo ir yo en persona, el *cavaliere* Castellani. Tal vez a este notario, en lugar de pagarle, haga que le confeccionen un paletoque nuevo: sin gastar nada, con la tela sobrante que tengo abajo en el almacén. Me gusta vestir a las personas y darles una nueva piel.

Lo llevo a mi estudio del primer piso y coloco todos los papeles en el escritorio frente a él, y lo dejo solo para examinarlos, mientras voy a la habitación de al lado para llevarles un pañal a Lena y a Caterina que está amamantando a Maria. Sin darme cuenta, debí de dejar la puerta abierta, o quizá el notario, por la costumbre de los notarios de inmiscuirse en asuntos ajenos, haya echado un vistazo. Al rato vuelvo y me lo encuentro agarrado a los brazos del sillón, visiblemente alterado y pálido como la cera, como si hubiera visto un fantasma. Suda y respira con dificultad, tal vez sea el calor. Tartamudeando dice que hay un buen lío con esos papeles y que tendrá que volver varias veces, y luego ir a Vinci para arreglar todos los asuntos *in situ*. No hay problema, respondo con calma, el señor notario puede volver cuando quiera.

El joven se despide y se retira apresuradamente, avergonzado e inseguro, y huye escaleras abajo. Intrigado, me acerco a la ventana para verlo salir por la puerta. Ahí está, ya

ha salido. Parece tambalearse, perder el equilibrio. En lugar de volver a la abadía se dirige hacia el río, se apoya contra el parapeto, mira hacia las ventanas del castillo y se sujeta la cabeza entre las manos, parece estar llorando. ¿Qué le habrá ocurrido? No parece demasiado de fiar: tal vez este joven notario no haya sido la mejor elección. Ya veremos si vuelve en los próximos días. Y con desdén ahuyento un mosquito que se ha posado en mi manga bordada de damasco.

Ah, la vana agitación de estos pequeños seres humanos, pienso para mis adentros al observar el revoloteo de esa mancha roja mientras se aleja nervioso por la calle y se pierde en la multitud heterogénea y vociferante de artesanos y mercaderes y plebeyas que suben como un río hacia el palacio y la Badia, y que poco a poco se van apoderando de nuestra bella ciudad. Qué diferencia entre el alboroto de ahí fuera y la paz de mi estudio. Desde los estantes, mis viejos amigos, Virgilio, Cicerón, Justino, Suetonio, me miran tranquilizadores, y desde el sótano escucho la voz de mi poeta, que es una seductora voz de sirena.

Es dulce mirar la tormenta desde la orilla, dulce observar la batalla de lejos, y sin correr peligro. Pero nada es más dulce de contemplar que el tumulto del mundo desde lo alto de mi castillo, desde este templo fortificado construido por la sabiduría de los antiguos, y ver allá abajo a los demás, mientras se mueven y se afanan por nada y buscan desperdigados su camino en la vida. Son como átomos que vagan sin rumbo en el caos del universo, que al azar se encuentran y se separan, al azar se entrelazan y disuelven sus vidas, al azar se unen y participan en el perenne e inexplicable milagro de la formación de nuevos grumos de átomos en los vientres de las madres. Mucho mejor quedarse aquí arriba para observarlos. Sin moverme.

9. Antonio

Pueblo de Vinci, al amanecer
del segundo día de abril de 1452

He tenido un sueño.

Había subido la colina para comprobar un injerto. Hacía calor y mis viejas piernas estaban cansadas, de modo que me senté en una piedra plana bajo los olivos y cerré los ojos. La brisa que sube del valle es dulce, pero extraña, el olor no es a flores o a hierba sino a espuma salada y algas muertas, y mis pies están mojados. Vuelvo a abrir los ojos y me encuentro en la orilla del mar, casi desnudo, con los pies hundidos en la arena y acariciados por las olas. Oigo una voz que me llama y me doy la vuelta. Y he aquí que de oriente aparece una mujer preñada con las manos en el vientre y una mirada de dolor que implora ayuda. Mi ayuda. Lleva en su dedo un anillo reluciente. Quiero avanzar hacia ella, pero no puedo, la arena aprisiona mis pies; quiero gritar, pero de mi boca sale solo un sonido desarticulado. El cielo se vuelve negro y el mar, rojo sangre. La mujer se derrumba y llora, y da a luz a un niño vestido de luz. Aterrorizado, veo surgir del mar rojo un dragón verde con alas ahorquilladas y esporas de serpientes.

Grité, y en ese momento me desperté, desvelando también a Lucia, mi mujer. Llevamos cuarenta años casados, pero seguimos durmiendo juntos, en esta vieja y alta cama de madera de cerezo que es una de las pocas cosas que hemos podido conservar de mi padre, y que tal vez fuera de su padre. El problema, según dice Lucia, es que yo sueño mucho, es más, sueño siempre, sueño demasiado. Y me gusta, además. A mi edad, con todo lo que he vivido y que la vida y el buen Dios me han ofrecido generosamente, he acumulado un capital y patrimonio no de dinero ni de bienes sino de recuerdos, algunos duros y dolorosos, claro, pero casi todos los demás hermosos y brillantes. Y por eso también doy siempre gracias a Nuestro Señor. Muchos recuerdos, que nunca quise poner por escrito en un libro, como hacen

muchas personas más importantes que yo. ¿Qué necesidad hay? Para mí lo que cuenta es que están escritos aquí dentro, en el corazón y en la cabeza, en el cuarto oscuro de la memoria. Es toda mi vida la que aflora y se confunde caóticamente, mezclando pasado, presente y futuro en los sueños, que son otra vida, paralela y misteriosa, que vivimos durante la noche, cuando el cuerpo y el alma, cansados de las obras del día, se abandonan a la inconsciencia y al dulce olvido del sueño, que tanto se parece al de la muerte.

No es la primera vez que la despierto sobresaltándola, pobre Lucia, en medio de la noche o con las primeras luces del alba, cuando se oyen desde fuera los tristes gritos de la golondrina o el primer canto del ruiseñor. Estos son los sueños que más me impactan, y algunas veces hasta me asustan, porque suelen parecer tan reales que tengo la impresión de hallarme de verdad en una habitación de esta casa, o en el jardín, o en la colina, y luego todo se transforma y aparece una figura enigmática o un animal fantástico, y le tengo miedo, como cuando era niño, porque sé que estos sueños no son falaces sino verdaderos, no engaños de los sentidos ni del diablo sino desgarros en el velo del futuro, que se ofrecen a los mortales como admonición o advertencia.

A veces Lucia pierde la paciencia. Como ahora, que se incorpora, apoyada en el alto cabecero, y empieza a regañarme por despertarla tan temprano, demasiado temprano, hoy que es fiesta grande, Domingo de Ramos, y desde ayer ya lo tiene casi todo listo, manteles limpios y recién lavados, las telas que han de exhibirse en la calle al paso de la procesión, tortas rústicas y huevos y dulces de pascua, porque hoy viene todo el mundo, hijos y parientes, y le hubiera gustado levantarse bien descansada para la larga jornada, porque, como es bien sabido, siempre son ellas, las mujeres, las que trabajan y lo hacen todo, y los hombres se limitan a quedarse mirando, sentados en la mesa esperando con la cuchara en mano, o bien se entretienen en la plaza o en el mercado charlando de cosas inútiles. Ante mi tímido intento de decirle que era un sueño importante, es más, un sueño profético, en mi opinión, y que debía hablarlo inmediatamente con el sacerdote, casi se enfada: ella también estaba teniendo un bonito sueño, y la he interrumpido en lo

mejor. Luego, todavía refunfuñando, se levanta, se viste y baja a trabajar en la cocina.

Abatido, yo también me levanto y me acerco a un nicho excavado en la pared donde suelo dejar mis papeles, mis objetos más queridos y algunos libros y registros. Con los ojos aún somnolientos encuentro un gran cuaderno en el que he copiado en Florencia, de un volumen misceláneo de Antonio Pucci, varios cuentos, poemas, refranes y otras moralejas útiles para la vida, así como, por último, un abecedario de sueños aún más útil, que los que saben más que yo atribuyen al gran profeta Daniel. El sueño está demasiado fresco, quiero encontrar una explicación a lo que vi antes de que se derrita como la nieve al sol. Me vi casi desnudo, y esto significa pobreza, daño. Una mujer preñada debería profetizar la muerte de alguien, pero el verla parir es señal segura de alborozo. El mar en calma, que es alegría, se transforma en tempestad, que es tribulación, y el cielo oscuro y la sangre roja también indican daño. Quise correr y no pude, y eso significa impedimento. Y, por último, el dragón es diligencia, pero también puede ser ganancia. No es que se entienda mucho de estos sueños; todo podría significar una cosa o la contraria. Veamos también el lunario: a partir de la luna nueva, esta ha sido la duodécima noche, estamos casi en la luna llena y, por lo tanto, *lo que se te apareció será.* Lo que he visto se hará realidad sin duda alguna.

Me doy cuenta de que Lucia, que ha vuelto para maquillarse y peinarse, me mira apoyada en la jamba con la boca abierta. Debo de haber leído en voz alta, como siempre hago desde que era un niño, y todavía pienso igual, en voz alta, y ella lo ha oído todo. Quizá ahora también esté un poco impresionada, pero enseguida se repone y se dirige a mí con la fórmula solemne que usa cuando quiere tomarme el pelo: messer Antonio di *ser* Piero di *ser* Guido di Michele da Vinci, ¿es que te has vuelto tonto? Claro que es un sueño profético, el dragón verde sobre el campo rojo es el escudo de armas de nuestro gonfalón de Florencia, que quiere devorar todos nuestros bienes con los impuestos que tendremos que pagar al Catastro, si no estoy atento con la declaración de impuestos. Luego su voz se vuelve más seria y más suave: no tendría que preocuparme en exceso, a veces soñamos con cosas extrañas y

perturbadoras porque tenemos algunas preocupaciones dentro de nuestro corazón que nos quitan el sosiego, y ella sabe cuáles son mis preocupaciones en estos días. Ella también ha leído el billete de nuestro hijo Piero, con el que queríamos celebrar juntos el día de Ramos, y en cambio nos informa que no podrá llegar a Vinci antes de vísperas. Tomará el camino de Santa Lucia a Paterno, pasando por el monte hasta la Torre di Sant'Alluccio. Me pidió que lo esperara allá arriba, al lado de la almazara de Anchiano, porque tiene que decirme algo importante antes de bajar al pueblo.

Tal vez sea así, Lucia tiene razón, es que estoy preocupado por Piero, que pugna por abrirse camino allá en Florencia, que sigue solo a sus veintiséis años, cuando debería decidirse a tomar mujer y a darnos nietos. Tal vez me sienta algo cansado, y sin duda ya estoy viejo. Mejor no darle más vueltas e intentar pasar este domingo serenamente con nuestros otros hijos, Francesco y Violante, y con el idiota de Simone, su marido. Por la tarde, solo, daré un paseo hasta la almazara, para esperar a Piero.

¿Por qué siempre aparece el mar en mis sueños? Porque la parte más aventurera e intensa de mis primeros años de vida transcurrió en el mar. Cuando era niño, mi destino parecía encarrilado en el de mi familia, que desde Vinci se había mudado a Florencia. El momento era propicio para nosotros, los del campo. La gran plaga se había llevado consigo a la mitad de la gente de la ciudad, así como todo el orgullo de la mitad que se había librado y que ahora necesitaba gente nueva para reemprender la vida, el trabajo, los talleres, los oficios. Junto con su hermano mayor, Giovanni, mi padre se había convertido en ciudadano, *civis florentinus*, instalándose en el centro de Florencia, en la parroquia de San Michele Berteldi, e integrándose a la perfección en la vida de la ciudad: fue nombrado embajador y su nombre sonaba para los principales cargos, y una vez fue incluso notario de la Señoría. Era notario e hijo de notario, y por lo tanto yo también, su único hijo y el de Bartolomea di Francesco Dini, debería haberlo sido. Me enseñaron a leer y escribir, y luego me iniciaron en el estudio de la gramática y los estudios preliminares del oficio, que nunca terminé. Sentía que no

sería capaz de vivir toda la vida con una pluma en la mano, escribiendo miles y miles de papeles para los embrollos y los negocios de otras personas. No me gustaba ese oficio. No me gustaba Florencia. Tampoco me gustaban los otros chicos de la escuela del colegio notarial, porque se burlaban de mí por mi forma de hablar, por mi incurable cadencia campestre. Quería alejarme de esa ciudad hecha de casas demasiado altas que estrechan las calles y no te dejan ver el cielo. Quería ser libre y volver al pueblo, a la campiña, a los árboles, a la tierra.

Luego sucedió lo impredecible: mi tío *ser* Giovanni lo dejó todo y se mudó con su esposa Lottiera de' Beccanugi y su hijo Frosino a Barcelona, donde se estaba asentando una comunidad de mercaderes florentinos interesados en el comercio del Mediterráneo occidental, entre las Islas Baleares, la península ibérica y África, siguiendo la ruta que, más allá de las Columnas de Hércules, subía por las costas del continente hasta Flandes e Inglaterra. Yo no era más que un niño, así que no me daba cuenta de nada, pero empecé a leer un libro del que mi padre había sacado una copia cuando era joven y que me ocultaba celosamente, pero que yo siempre me las apañaba para encontrar cuando él se demoraba en el trabajo de su escritorio en el palacio: se titulaba *Decamerón*, es decir, libro de los diez días, y era sobre diez jóvenes como yo que huían de Florencia. El autor era un tal messer Giovanni da Certaldo, hijo ilegítimo del mercader Boccaccino: mi padre recordaba haberlo oído leer apasionadamente a Dante en Santa Reparata. Los diez jóvenes del libro se habían refugiado en una villa para escapar de la peste, y desde allí seguían viajando con su imaginación por las historias que se contaban. De esas historias leía sobre todo las que evocaban viajes a países lejanos y me imaginaba a mi primo Frosino en los mismos lugares mencionados en esos cuentos, desde el Mediterráneo hasta las Columnas de Hércules, desde Babilonia de Egipto hasta Mallorca y el fabuloso Reino del Garbo, y en las mismas aventuras, terribles tormentas, naufragios, batallas contra piratas y contra sarracenos, muchachas maravillosas como Alatiel y Alibech. Y lo envidiaba profundamente.

Y un buen día reapareció Frosino. Regresó por poco tiempo

a Florencia para la entrega y distribución de un gran envío de lana menorquina. Se presentó en nuestra casa con un tabardo de raso azul y medias rosas y nos hechizó con sus historias sobre el mar y el comercio. La mercancía se la había encargado el año anterior la compañía de Francesco Datini de Prato, y Frosino había fletado el barco en Barcelona al mando de Giovanni Marese, se había encargado de todas las fases de la carga en Peñíscola, Tortosa y Menorca, y había llegado por último a Porto Pisano. Incluso había contratado y embarcado a quince ballesteros para hacer frente al peligro de un ataque pirata. Ahora le hacía falta un joven despierto que supiera organizar una distribución lo más extensa posible de la lana en la campiña para que las mujeres del pueblo, pero también las esposas de artesanos y profesionales de la zona, realizaran el hilado, sobre todo en Vinci y Cerreto Guidi. Me resultaba imposible creer que pudiera entrar en esa enorme empresa y huir de casa y de Florencia, y dije que sí, y me puse enseguida manos a la obra, ganándome el aprecio de la Compañía y embolsándome mis primeros florines. La contrariedad de mi padre se acrecentó aún más cuando al año siguiente le comuniqué que quería abandonar mis estudios y convertirme no en notario sino en mercader, y por lo tanto reunirme de inmediato con Frosino en Barcelona.

Me embarqué en Porto Pisano, y a los pocos días ya me había arrepentido, porque empecé a sufrir náuseas y mareos, metido en la bodega sobre las balas de papel de Colle Val d'Elsa. Un viejo y rudo marinero, que había descendido bajo cubierta para darme un poco de agua y ver si aún estaba vivo, me obligó a salir al aire libre, diciendo que, si me sentía mal, era mejor fuera que dentro, porque era más fácil lavar mi vómito del combés; y aun en el caso de que muriera era mejor fuera que dentro, así era más fácil tirarme por la borda. Tenía razón. Gracias a ese convincente y amable discurso me recuperé de inmediato, y desde entonces permanecí constantemente en cubierta durante toda la travesía, para respirar a pleno pulmón el intenso y benéfico aire salobre. Durante el día avanzábamos entre las olas que alzaban los fuertes vientos de tierra, siguiendo las costas de Liguria y el golfo de León, y de noche, bajo las estrellas. Aquello no me

parecía verdad, estar en pleno mar abierto, yo, que era un simple muchacho de campo destinado a convertirme en notario. Era joven, y casi sin ninguna formación, salvo mis interrumpidos estudios de notario, pero tenía una única riqueza, y solo con eso me bastaba: mis deseos de recorrer el mundo en busca de fortuna.

Barcelona era para mí una ciudad fantástica, una ciudad abierta y llena de futuro. El centro de poder se concentraba alrededor del palacio real y de la catedral, pero la verdadera vida se hallaba junto al mar. No había almacenes, y ni siquiera un consulado para nosotros los florentinos, sino una única y enorme lonja, donde se reunían todos los mercaderes de todas las naciones. Se acababa de terminar una gran iglesia, magnífica por dentro por la forma en que la luz la atravesaba y penetraba, construida a expensas de los mercaderes y de todos los trabajadores del puerto y descargadores reunidos en el poderoso gremio de los *bastaixos*: Santa María del Mar. Muy reciente era asimismo la construcción de la Lonja del Mar, cerca de la playa, que albergaba los puestos de los notarios y cambistas, en una confusión general de voces y lenguas diferentes y los gritos continuos de los medianeros, los *corredors d'orella*, que corrían de un lado a otro de la lonja sin parar. Casa da Vinci no estaba lejos, en el barrio de la Ribera. Era una casa preciosa, parecida a las otras, con una terraza muy bonita con vistas al mar y un jardín de naranjos, que allí crecen de forma natural como aquí crecen los jazmines, y que se pueden cultivar de manera que formen un seto o una planta trepadora sobre una pérgola.

En Barcelona, Frosino, que incluso se había casado con una catalana, se había vuelto medio catalán, y deformaba bárbaramente el nombre de nuestro pueblo y de nuestra familia: ya no Vinci, sino Venz o Vench; y yo también tuve que apañármelas lo mejor que pude en la babel lingüística de la Lonja y de la playa, aprendiendo un poco de catalán y hablando una especie de lengua franca bastarda para entenderme con los *bastaixos* y los *corredors*. Frosino era ya, desde hacía años, *civis Barcinionensis* y gozaba, por lo tanto, de privilegios e ingresos especiales y no pagaba aranceles. Me

presentó de inmediato al corresponsal de Datini y socio de la Compañía de Cataluña, Simone di Andrea Bellandi, que vivía en la plaza del Born, carrer de la Fusteria, y no compartía del todo nuestro entusiasmo. Los catalanes, decía, son la gente más astuta y avispada del mundo, y en este país del diablo, si no estás muy atento, puedes perderlo todo en un santiamén.

Pronto descubrí que no era precisamente la amistad lo que reinaba allí. La clase dirigente local, los nobles que no hacían nada y vivían de las rentas y algunos viejos mercaderes acostumbrados a antiguos privilegios nos veían como peligrosos competidores, y se reunían periódicamente en asambleas llamadas cortes y lograban convencer al rey, que andaba siempre necesitado del dinero de sus donaciones para hacer sus guerras, de que promulgara medidas contra todos los italianos, excepto los malditos genoveses y los pisanos de siempre. Decían que nosotros, los florentinos en particular, teníamos demasiado dinero y por lo tanto contaminábamos el mercado comprando los mejores productos por adelantado, y que además éramos bien conocidos por el ingenio sutil y diabólico que nos llevaba a apoderarnos de la riqueza de manera fraudulenta, e incluso a falsificar moneda.

En realidad, el rey Martín, al que no por casualidad apodaban el Humano, solo fingía maltratarnos, y en el fondo nos protegía, y sus medidas de expulsión podían ser fácilmente eludidas porque no afectaban a los que ya habían adquirido la ciudadanía, es decir, a Frosino, o el salvoconducto, es decir, las grandes compañías, y por lo tanto todos los amigos de Datini. El rey no podía permitirse el lujo de que nos fuéramos de allí, pues siempre estábamos dispuestos a facilitarle cuantiosos préstamos, más generosos y rápidos que los concedidos por las cortes, o a proporcionarle valiosos paños tejidos con oro y plata y otros artículos de lujo.

Poco a poco fui descubriendo otras cosas que no me gustaban nada. No se veía a un solo judío por ahí, y Frosino me explicó que unos años antes había estallado una sangrienta persecución con masacres y conversiones forzosas. Luego, cuando fui a visitar algunos de los talleres más grandes, no me encontré con trabajadores y artesanos cansados pero felices con su trabajo, sino con esclavos y

esclavas, y así, según me dijeron, funcionaba toda la producción a gran escala, con seres humanos capturados en la guerra o comprados en el mercado y provenientes de tierras muy lejanas, desde los confines del mundo hasta Oriente. La luminosa Barcelona empezaba a enseñarme su lado oscuro, y me entraron ganas de irme de nuevo.

Muy bien, dijo Frosino, pero no creas que las cosas están mejor en otros lugares. Tal vez deberíamos ir a Mallorca. El corresponsal local de la Compañía, Cristofano di Bartolo Carocci, que parece mucho más despierto que messer Simone, necesita restablecer los contactos con los puertos de la Berbería. De allí provienen las mejores especias y los pigmentos y materiales más solicitados para la industria textil florentina: la grana barbaresca, el polvo de urchilla, la laca, el tártaro, el alumbre de roca. Y, además, lana de la mejor calidad, la de los carneros y ovejas criados en los altos pastos del Atlas, y los cereales, y las preciosas maderas de cedro para las cajitas taraceadas. Desde el sur, de tierras desconocidas que se encuentran más allá de los desiertos completamente desprovistos de vida, llega un río inagotable de oro y plata y piedras preciosas, y el marfil de los elefantes, y los esclavos de piel negra. De tener el valor para bajar hasta allí, vería cosas extraordinarias y no correría más peligros que los que normalmente te acechan en los países cristianos. Los sarracenos, aunque sean infieles, son fieles a su fe y a su palabra mucho más que nosotros, y consideran sagrado el deber de la hospitalidad.

El único peligro real son los piratas, no los sarracenos sino los cristianos y castellanos. Por eso, antes de irme debería haber hecho algo completamente nuevo para mí, una *carta de segurança*, un contrato de seguro por mi vida y por las mercancías que transportaba y por cualquier rescate que hubiera tenido que pagar en caso de secuestro. Yo lo escuchaba asombrado, divertido y hasta un poco asustado: si un papel te da la seguridad sobre tu vida y tus mercancías, y te reembolsa lo que finalmente pierdes, es una verdadera apuesta con el destino, con la suerte e incluso con el Señor Dios. Una idea como esa solo podría haberla sugerido el diablo.

Esa, sin embargo, fue solo una de las muchas cosas extrañas que tuve que aprender a toda prisa en aquellos escasos meses. Había llegado a Cataluña sin formación, sin haber sido aprendiz en ningún almacén, con pocos conocimientos de ábaco y sin experiencia en ese gran juego que era el comercio internacional. Era uno de esos jóvenes de quienes los mercaderes más ancianos decían con desprecio que querían ser maestros sin tener maestro. Me había lanzado a un mundo completamente desconocido, que yo creía hecho de hombres y cosas, de monedas de oro y plata contantes y sonantes, de barcos y aventuras, de tormentas y piratas y hermosas princesas, y en parte también era así: pero no tardé en descubrir que el gélido corazón de aquel mundo estaba hecho de papel y de tinta, exactamente igual que el mundo de los notarios del que había huido. De hecho, vi muy pocas monedas de verdad en circulación: además de las nuestras, florines, ducados y liras, entre mis manos bailaban algunas barcelonesas grandes y pequeñas, las viles mallorquinas, y algunas monedas sarracenas aún más viles, los dirhams o los milloreses. Había soñado con cofres llenos de dobles y florines, y para las sumas más grandes, por el contrario, solo circulaban papeles, las letras de cambio, que por lo general ni siquiera se convertían en monedas, sino que se transformaban en nuevas letras y nuevos escritos. Había que escribir todo el rato, escribirlo todo: pólizas, avisos, cartas comerciales, recibos, quitanzas, inventarios, minutas, libros de cuentas. Y lo que no escribías no existía.

Bien provisto de *carta de segurança* pero también de algunos ballesteros alistados por Frosino, después de haber cargado paños valencianos y finos tejidos florentinos de colores en Tortosa y Valencia para venderlos a los sarracenos, mi navío puso rumbo en pleno mar abierto, empujado por un viento favorable, hacia el oeste y hacia el sur. Al cabo de unos días, los marineros avistaron una montaña marrón que se acercaba en el horizonte. Era nuestro destino: el cabo de las Tres Horcas, que dejamos a nuestra izquierda, bordeándolo durante unas millas hasta la ensenada donde se abría un puerto con otras naves y dos galeras venecianas. Más allá de la playa y encaramada en la colina se alzaba una ciudad

completamente blanca, con sus murallas y sus torres. Era Alcudia de Barbería, también llamada Casassa, el punto de llegada de las pistas de caravanas que venían de Fesse, la capital de aquella tierra, que es la última antes del océano donde se pone el sol y por eso se llama *gharb*, que significa poniente, y *maghreb*, que quiere decir ocaso. El navío echó el ancla en la rada, y nosotros bajamos a los botes; nos quitamos el calzado porque no había muelles, teníamos que saltar y caminar en el agua hasta la arena de la orilla. Estar allí era una sensación apasionante, en esas claras y tibias aguas turquesas y bajo ese intenso sol, y en la orilla hice lo mismo que los marineros: me desnudé y me lancé a las olas. Aquella era África, que me abrazaba.

Una figura alta se acerca desde la orilla y me llama. Es el hermano de Cristofano, Giovanni. Tiene una tablilla de cera y un punzón en la mano, debe tomar nota de todas las mercancías que vamos a descargar. Con él está Abdalah Benvixit, el intérprete e intendente árabe, de tez morena, ojos vivos y barba puntiaguda. Ya basta de diversión, no hay tiempo que perder, tenemos que revisar la descarga; solo nos detendremos unas horas, la caravana ya está lista y nos espera desde hace días, allá, debajo de las palmeras, que son esas plantas de troncos gruesos que en vez de tener ramas y hojas tienen una especie de corona de abanicos. Y diviso una hilera de animales agazapados que nunca había visto y que no son caballos, tienen una joroba y un extraño hocico: se llaman camellos. Llevarán el peso de las mercancías, y también el de los mercaderes. Hay tiendas, muchas tiendas, y hombres vestidos con largos mantos y capuchas y paños enrollados en la cabeza, que se llaman turbantes, y van y vienen, todos absortos en sus ocupaciones, llevando comida a los camellos, cargando sacos y fardos, y no se dignan a lanzarnos una sola mirada, como si fuera algo completamente natural para ellos que estos infieles se bajaran de la lancha y deambularan muy aturdidos, tambaleándose aún por la travesía marítima y sintiendo el peso del sol abrasador en la cabeza.

Zarpamos por la tarde y viajamos de noche, que es extraordinariamente clara incluso sin luna, y llena de

estrellas. Los camellos caminan lentamente en una larga fila, uno tras otro, sobre la cresta de las colinas desde donde aún puede verse la superficie oscura del mar y, a lo lejos, la extensión infinita de valles y montañas, y luego lo que parece otro mar, pero que no lo es: solo arena, dunas y dunas de arena continuamente remodeladas por el viento. El gran desierto. Por la mañana descendemos por ese camino hasta una mancha oscura y temblorosa que, a medida que nos acercamos, se revela como un grupo de palmeras. Allí hay agua, me explica Abdalah, por eso hay vida. Ese lugar se llama oasis. Hay grandes tiendas puntiagudas, y unos guerreros a caballo vienen hacia nosotros, con casi toda la cabeza envuelta en turbantes azules que dejan solo al descubierto el espacio para los ojos, y una espada curva metida en la faja. Son bereberes, tribus orgullosas y guerreras, pero no tenemos nada que temer, llevamos un salvoconducto del rey, exhibido puntualmente por Abdalah, que les habla en su lengua aterciopelada y musical. Le pido que me lo enseñe: está cubierto por extraños signos que suben y bajan, con ringorrangos y rúbricas, con un punto de vez en cuando, que parece puesto ahí al azar. Es escritura árabe, se ríe Abdalah, se lee al revés, de derecha a izquierda. Por más que no entienda nada, me gusta, es hermosa y fluida, y decido que en el futuro disfrutaré imitando algunos de esos ringorrangos en mi caligrafía de mercader. Si esa es una escritura, entonces es perfecta para esta lengua, pues escucharla es como mecerse y balancearse al mismo tiempo, igual que andar a lomos de un camello subiendo y bajando por las dunas, en el viento y la arena, que al cabo de unas horas apenas hace que sientas un terrible dolor de espalda.

Durante varios días más subimos por las laderas de una montaña grande y temible que ellos llamaban *gebel*, esculpida por las aguas y los vientos, pero hermosa también en su salvaje grandeza. Ahora podíamos caminar durante el día y acampar por la noche. Había cascadas y también cuevas misteriosas que se abrían en las rocas. Llegamos a una especie de puerto entre las montañas y la meseta, y a una ciudad amurallada llamada Taza, donde nos detuvimos a descansar en el caravasar. Allí nos cruzamos con otra caravana que iba

en sentido contrario, desde la capital hacia el mar. Una caravana importante, porque iba escoltada por la guardia del rey. Del primero de los camellos saltó ágilmente al suelo un sarraceno bajo y delgado, que saludó a Giovanni desde lejos y se acercó de inmediato a nosotros. Cuando se quitó la capucha puntiaguda, apareció el rostro alargado de un anciano, de pelo y barba blancos y recortados, penetrantes ojos azules. Y cuál fue mi asombro cuando abrazó a Giovanni y le habló no en árabe sino en perfecto florentino, con un acento antiguo teñido de cadencia veneciana. Giovanni me presentó como el nuevo aprendiz enviado desde Barcelona, y así fue como, en aquel patio polvoriento y maloliente de excrementos de camellos y hombres, estreché la mano rugosa del gran Baldassarre degli Ubriachi.

Yo ya conocía su nombre: era una leyenda tanto en los talleres de Florencia como en los de Barcelona, Valencia y Mallorca. Era como un encantador, un alquimista. Allá donde llegaba una de sus cartas o un billete suyo, al cabo de un tiempo aparecían también oro, plata, ámbar, gemas, perlas, corales, marfil, esencias de maderas preciosas, y nadie era capaz de entender cómo o desde dónde. La suya era una familia noble exiliada de Florencia en tiempos de Dante, y, por si fuera poco, el divino poeta los había enviado además al infierno, con la infame acusación de ser todos usureros. Él había nacido en Aviñón y allí trabó amistad con el joven Francesco Datini. Messer Baldassarre era tal vez la única persona en el mundo que podía entrar sin hacer antecámara en los aposentos privados de los reyes de Aragón y de Castilla, de Francia y de Inglaterra, del duque de Berry y del de Milán, y hablar con ellos de igual a igual, sin que nadie les dijera nada: entre otras cosas, porque podía transmitir, verbalmente y en secreto, mensajes personales que escapaban a las cancillerías y a las cortes. El centro de su imperio era un taller en Venecia, donde hacía que confluyeran las materias primas para transformarlas en extraordinarios objetos con incrustaciones de marfil, que se disputaban los soberanos y príncipes de toda Europa: relicarios, frontales, cajitas y espejos.

Esa noche, messer Baldassarre nos invitó a su mesa, en el

salón de los mercaderes. El cocinero sarraceno había preparado un extraño mejunje especiado con granos de sémola y carne de cordero, al que Abdalah llamó *cuscús*. Sentí de inmediato la boca en llamas y pedí desesperadamente agua. Entre risas, Baldassarre sacó una bolsa de granos oscuros, que había hecho moler y agregar al plato: era amomo, o granos del paraíso, es mejor que la pimienta y cuesta menos, llega del África Negra después de un largo viaje, es muy bueno para el corazón y los intestinos y proporciona una larga vida; también puede masticarse o mezclarse con vino. Por cierto, también hay vino. Por lo poco que me habían contado de las costumbres de los sarracenos, creí que no lo probaría nunca durante ese viaje. En cambio, el líquido rojo que fluyó de la bota de cuero de Baldassarre era el mejor, el más denso y fuerte que había probado en mi vida. Y se producía precisamente en Fesse, en un huerto perteneciente al sultán, quien por sugerencia suya había hecho plantar una viña a unos esclavos cristianos: solo para ofrecer la bebida a los invitados infieles, se apresuró a afirmar después, para no empañar su fidelidad a los dictados del Profeta y su carisma como protector de los creyentes. Con el vino, Baldassarre se puso aún de mejor humor, y me tomó cariño. Le complació ver a un joven aprendiz desafiar lo desconocido de ese continente desconocido, y por mis ojos podía verse que para mí era la primera vez. Podría haber sido su hijo.

Con orgullo mal disimulado, Baldassarre nos explicó qué nuevos tesoros estaba llevando hacia el mar. Las galeras venecianas que esperaban en el puerto de Alcudia habían sido fletadas por él. Y ya habíamos visto la caravana: cuántos camellos, cuántos fardos y cajas, cuántos guardias. Sí, a nosotros nos lo podía decir, éramos una compañía amiga, como la de los Alberti en Fesse, con el agente Aliso degli Alberti. Era el mayor envío de marfil de elefante que jamás había comprado, y por eso había venido en persona. El marfil procedía del corazón del continente africano, y hacía dos o tres años que lo tenía reservado, a través de sus emisarios que habían viajado hasta más allá del desierto, a una ciudad mítica llamada Timbouctú y gobernada por un gran rey negro de piel y cubierta de oro. Pero entonces había vida más allá

del desierto, exclamé, había otros pueblos y otras culturas *allende el sol, en la región sin gentes*. El mundo no acababa allí, ni en el Cabo de Finisterre. Baldassarre sonrió: mi joven amigo, el mundo es mucho mayor de lo que imaginas o de lo que encuentras escrito en tus libros o dibujado en sus atlas.

Al cabo de dos días, la visión de la ciudad imperial, Fesse, *al-Aliya*, la Suprema, la ciudad santa fundada por el descendiente del Profeta, como nos explicó el orgulloso Abdalah, apareció ante nuestros ojos. Así pude distinguir la parte antigua a la derecha, Fesse *el-Bali*, y la nueva con el palacio del sultán a la izquierda, Fesse *el-Jadid*. Una deslumbrante extensión de cúpulas y altas torres puntiagudas. ¿Cómo podría describir de todo punto tantas maravillas? No soy un escritor, un hombre de letras, un historiador. Solo soy un viejo que ha vivido mucho tiempo y a quien Dios le ha concedido vivir dos vidas dentro de una, y ahora puedo revivir esas cosas con la experiencia de los años y evocar la sensación de asombro que sentí entonces con el recuerdo de ese mismo asombro.

Quedé hechizado de inmediato por ese nuevo mundo. Nuestro alojamiento estaba en el caravasar, al que llamaban *fondouk*, en el barrio de Nejjarine, una especie de gran hotel para mercaderes forasteros que consistía en un amplio patio al que se asomaban dos pisos de balconadas con nuestras habitaciones. Dinteles, balaustradas, enrejados, puertas, todo estaba hecho de cedro finamente tallado y decorado, y de las bóvedas colgaban fantásticas lámparas con cristales de diferentes colores. En un rincón había una fuente con el omnipresente murmullo del agua que corría, para las abluciones y la limpieza del cuerpo, que preocupan más a los infieles que a nosotros los cristianos. En todas partes había baños grandes y estufas con agua fría y caliente donde lavarse y pasar el tiempo. Y por todas partes descubría los signos de un inmenso culto a la belleza. Abdalah, asombrado por mi interés y mi curiosidad hacia su cultura y religión, me llevó a conocer su universidad, llamada Madrasa Bou Inania, un lugar precioso con fuentes y jardines. Enfrente había una extraña casa con una hilera de doce ventanas pequeñas, debajo de cada una de las cuales había un anaquel con un

cuenco dorado. Pregunté quién vivía allí y la respuesta resultó sorprendente: el tiempo. Era la Dar al-Magana, la casa del reloj: una increíble clepsidra que hay que ajustar cada tarde, porque marca las doce horas del día siguiendo su desigual duración en las distintas estaciones del año, más corta en invierno, más larga en verano. Gota a gota, el agua sale de un tanque y hace avanzar el mecanismo, y cuando se completa la hora, una esfera de metal cae en un cuenco. Para ellos, el tiempo es fluido como el agua y no frío como el hierro, como lo es para nosotros, con el implacable tictac de las ruedas y los engranajes del gran reloj del Palacio de los Priores.

Nuestro *fondouk* estaba en el centro de la ciudad vieja, en la Medina, cerca de la gran mezquita de Caruven, y no costaba demasiado llegar hasta la gran plaza de los mercaderes, la *kaysaria*. A mí, sin embargo, me encantaba perderme en el laberinto de callejones de la ciudad vieja en cuanto podía. En mis andanzas, para escapar del nauseabundo hedor a orina del barrio de los curtidores de Chouara, acabé en el zoco el-Attarin, el mercado de los perfumes. Deambulaba como borracho por aquellos callejones casi con los ojos cerrados, siguiendo la estela de olores desconocidos, muy dulces e intensos, que se mezclaban con el tufo de la piel de las mujeres, quienes, en lo más recóndito de las tiendas, se los probaban en las manos, el cuello, las axilas o, como me imaginaba, en sus partes más íntimas, que nunca había visto ni conocido ni sabía siquiera cómo eran. Sentí que me estaba volviendo loco. Tenía visiones de flores carnosas que florecían en desiertos hechos no de arena abrasadora sino de dunas negras de polvo molido de pimienta y amomo y nuez moscada, y de fieras sinuosas de pasos sigilosos y pelaje moteado bañándose en las pozas de agua de los oasis, gacelas y onzas ligeras y rápidas. Los animales del pecado.

Escondido detrás de una pequeña rejilla, pude contemplar las manos de una mujer joven sobre las que se estaba realizando un dibujo fantástico: un palito de madera aplicaba delicadamente la pasta sobre la piel, trazando finas líneas que se entrelazaban entre sí. Esas manos eran la única parte del cuerpo de una mujer que había conseguido ver desde mi llegada a África. No faltaban las mujeres, claro está, en las

calles y en los mercados, pero a excepción de las manos, lo único que veía ante mí era una multitud de ropajes negros y azules que se agitaban y lo cubrían todo: brazos, piernas y pies, la cabeza estaba completamente oculta por un paño oscuro, y el rostro por un velo que solo dejaba ver los ojos. Escondidas así, ofreciendo a mi vista solo sus manos ahusadas y pintadas y las miradas fugaces de sus ojos, aquellas criaturas despertaban deseos que nunca había experimentado. Y me imaginaba que todas eran hermosas, maravillosos ángeles del paraíso.

Otro infiel como nosotros vino a visitarnos, Aliso degli Alberti, quien nos trajo una invitación de bienvenida del mercader judío Salameticussi, el gran proveedor de messer Baldassarre. Nos encaminamos hacia la ciudad nueva, hacia la gran mole del palacio del sultán. Allí vivían los judíos, bajo su sombra y su protección, y ese era también el barrio de los orfebres, porque los orfebres eran todos judíos.

En el gran salón de la casa de Salameticussi ya estaba todo cocinado y dispuesto en grandes platos de cobre, sobre mesas bajas sin mantel ni paños. El sábado acababa de empezar, y para los judíos no puede hacerse nada después de la puesta del sol. Solo teníamos que agacharnos sobre las alfombras, esperar la bendición del pan y el vino de nuestro anfitrión y dar comienzo al banquete. No teníamos platos ni cubiertos individuales: todos nos servíamos del mismo plato y comíamos con las manos. No había necesidad de intérprete, el judío hablaba nuestro idioma y también castellano y catalán. Era originario de Andalucía, de Sevilla, de donde había huido tras la última matanza. Pero ahora también estaba descontento con su nuevo país y se quejaba de su decadencia, y luego empezó a disertar de política y comercio.

Yo no lo escuchaba en absoluto. Desde el primer momento en el que entré en esa casa sentí una presencia silenciosa. Dos ojos negros y profundos como la noche, una cascada de pelo negro que brillaba como el plumaje de un cuervo. Era Shagal, la hija del mercader, una adolescente recién florecida, que me miraba desde la galería del primer piso, con una mezcla de curiosidad y desafío. Al no ser sarracena, no estaba velada. Llevaba brazaletes en las muñecas y tobilleras de oro en los

pies descalzos, y tenía el pelo suelto, la piel muy blanca, las mejillas teñidas de un halo rosado. Y me sonrió. Fue entonces cuando me enamoré perdidamente de ella. Durante la cena era incapaz de escapar de su mirada. Tampoco pude decir nada más durante las conversaciones, excepto una pregunta que a todos les pareció tonta: ¿qué día es hoy? Nadie entendió que quería marcar para siempre en mi memoria ese momento de la vida que corría como el agua en el reloj de la casa del tiempo. Y nunca he olvidado la respuesta que me dio su padre, porque fijó el instante de mi enamoramiento en el horizonte bíblico de la historia universal. Aquel día era el 23 del mes de Iyar del año 5158 desde la creación del mundo.

Los tres o cuatro años que siguieron se confunden en mi memoria. Recuerdo que me las ingenié de todas las maneras posibles para volver a Fesse con las caravanas de Alcudia y comerciar con especias y cuero y telas de lana. Toda ocasión era buena para visitar al viejo Salameticussi y hablar de las aventuras de messer Baldassarre, quien le escribía largas cartas, y mirar con insistencia, aunque a hurtadillas, a Shagal. El anciano no sospechaba nada. Un día que él no estaba, su mujer me invitó a acompañarlos fuera de la ciudad, a su maravilloso jardín de naranjos dulces. Yo tenía la impresión de estar en el paraíso terrestre. Shagal, con el pelo recogido con una corona de flores, su esbelto cuerpo envuelto en una larga túnica de lino blanco transparente, flotaba entre los naranjos y recogía los frutos para llevarlos a nuestra mesa bajo la pérgola.

De repente el viento arreció y el horizonte se cubrió con una mancha oscura que se fue haciendo cada vez mayor. Era una tormenta de arena. La señora ordenó que nos marcháramos y nos encaminamos de inmediato en dirección a la ciudad. No sé cómo, pero Shagal y yo, más rápidos que los demás, impulsados por el miedo o tal vez por la mano invisible del amor, habíamos adelantado con creces al resto cuando la tormenta cayó sobre nosotros y nos separó del grupo, que encontró cobijo en casas campesinas. Nos quedamos solos en el vórtice. Ya no veíamos nada. Con gran dificultad encontramos una casa de ladrillos de adobe en ruinas. Allí nos acurrucamos atemorizados detrás de una

pared. Sentía su cuerpo sobre el mío, y no pude evitar decir que deseaba que la tormenta nunca acabara, si podíamos seguir así abrazados. Para mi sorpresa, ella respondió que ese era su mismo deseo. Hasta ese momento nunca habíamos intercambiado una sola palabra, y yo no sabía que ella, hija de mercaderes y judíos, conocía tanto nuestra lengua vernácula como el castellano, el catalán y el árabe, y en esas lenguas también sabía leer y escribir. Pero la conversación no fue más allá. Mientras el fin del mundo rugía fuera, nosotros, simplemente, nos mantuvimos unidos y nos amamos.

A partir de entonces seguimos amándonos en secreto cada vez que yo volvía a Fesse, y siempre con alguna excusa para pasar por la judería. Subíamos a la torre que dominaba su casa, donde ella tenía un cuartito de recreo desde el que podía ver casi toda la ciudad y una pequeña terraza con un palomar repleto de palomas muy blancas. Los pájaros sagrados de Venus. Y Shagal ataba hilos de lana alrededor de mis muñecas con extraños flecos llamados *tsitsit,* que, según dijo, eran los números correspondientes a las letras de su nombre. Y con ellos envolvía y anudaba mi corazón también.

Cuando descubrió que estaba preñada, mi primer impulso fue de absoluta cobardía: huir. Yo era extranjero e infiel, la justicia se mostraría inflexible conmigo. Pero ella se mantuvo firme y me dijo que, si me marchaba sin ella, se suicidaría. Y no solo por el amor que sentía hacia mí. Ella también quería fugarse de su mundo. Ya no soportaba escuchar a su padre recitar las tres bendiciones de la mañana dando las gracias al Señor por no haberlo hecho gentil, esclavo ni mujer. No podía soportar ningún tipo de separación entre las personas, entre judíos y gentiles, entre fieles e infieles, entre esclavos y seres libres, entre hombres y mujeres. No aceptaba su destino de mujer judía en esa sociedad donde la mujer tenía que ser totalmente sumisa, escondida, invisible. Era una niña cuando huyeron de Sevilla, y en sus pesadillas se repetían siempre el resplandor de las llamas, los gritos de las mujeres violadas, el Guadalquivir convertido en río de sangre, los cadáveres con los que chocaba su barca en la oscuridad.

Traté de explicarle que en otros países cristianos la situación no era mejor en absoluto para las mujeres y los

judíos, pero todo fue en vano. Conociendo su firmeza de ánimo, mucho mayor que la mía, tuve que ceder. Acepté llevármela conmigo al otro lado del mar; después escribiríamos a su padre y llegaríamos a un acuerdo. Con el único que hablé del asunto fue con Abdalah, quien quedó aterrorizado y preocupado, además, por las gravísimas consecuencias que tendría para sus negocios, porque se decía que Salameticussi, además de ser íntimo del Gran Visir, también era muy vengativo y no solo no perdonaría fácilmente, sino que juraría vengarse de todos nosotros, empezando por Aliso, que había llevado la serpiente a su casa. Pero se resignó de todos modos a organizar nuestra huida.

Partimos de noche, disfrazados de peregrinos, en una caravana que se dirigía a Egipto por la ruta del desierto, y a los pocos días abandonamos la caravana en el oasis y alquilamos dos caballos y corrimos hacia Alcudia, perseguidos por el viento cálido y seco del *harmattan*. Fueron días angustiosos, porque tenía miedo de que aparecieran en cualquier momento los guardias del sultán. El barco, que había alquilado previamente para el viaje de regreso y que se suponía que estaría listo para zarpar, no lo estaba en absoluto. La carga aún no se había efectuado debido a dificultades con los mercaderes locales. A tal propósito, me decidí a escribir una carta desesperada a Cristofano, en Mallorca. Al final, sin embargo, conseguimos marcharnos y llegamos a Barcelona, a casa de mi atónito primo. Consciente de los peligros que corría una joven judía en Barcelona, Frosino logró convencer a Shagal para que se bautizara, y ella aceptó, advirtiéndome que, en su corazón, sin embargo, se mantendría fiel a su ley. Le pregunté qué significaba su nombre, Shagal, y ella me señaló las violetas que florecían en el jardín. Desde entonces entre los cristianos se la llamó Violante. Nos casamos en una capilla de campo, los dos solos, acompañados por Frosino y su hijo, porque su mujer catalana se negó a conocer a la judía. Acordamos no hablar con nadie sobre ese matrimonio y no escribir nada al respecto a mi padre. El Señor, que nos había concedido la gracia de ver bendecido nuestro amor, no quiso concedernos en cambio la de un hijo, que nació prematuro y sin vida, quizá a causa del

cansancio y las penalidades del viaje.

Desafortunadamente, nunca volví a África. Las actividades de Frosino habían cambiado de repente y, por lo tanto, las mías también. Por gratitud ante sus servicios el rey le había encomendado el *dret des italiens*, es decir, el derecho de exigir a todos los mercaderes italianos una tasa de tres denarios por lira sobre todos los productos importados y exportados, y mi primo tuvo que contratar incluso al gran jurista Pere Descoll, con un salario de cien florines, para obligar a pagar a los evasores. Frosino tenía que ir muchas veces a Valencia para velar por sus intereses, y por eso me nombró su apoderado para el cobro del *dret*.

Parecía un gran avance social, pero en realidad empeoró nuestra situación. Poco a poco, los viejos amigos del pasado empezaron a darnos la espalda, considerándonos poco más que unos desagradecidos, sanguijuelas vendidas al rey y a los catalanes. El asunto tampoco es que me gustara en exceso a mí. Las relaciones con Simone y Cristofano, los agentes de Datini, eran tensas y cada vez más frías debido a la historia de Shagal, que algunos consideraban nada más que un secuestro. Salameticussi, habiendo rechazado todas mis cartas y sin saber a quién echarle la culpa, estuvo a punto de hacer morir de terror al pobre Aliso degli Alberti, encarcelado en las fétidas mazmorras de Fesse, hasta que una carta del rey Martín al sultán logró liberarlo. Aliso volvió hecho trizas, su compañía quebró y nunca llegó a recuperarse. También los negocios de messer Baldassarre, a quien nunca volví a ver, iban mal. En Florencia le habían embargado todos sus bienes, y desde entonces se había visto obligado a hacer circular sus cartas y mercancías fingiendo que pertenecían a la compañía Datini, pero era evidente que tenía problemas de liquidez, quizá los grandes soberanos que tanto le habían halagado no fueran tan rápidos en pagar como lo habían sido en echar mano de sus admirables objetos.

Para tener noticias de él, fui al taller de un maestro cartógrafo de quien sabía que le había hecho algunos encargos. Violante me acompañó, porque el maestro era un judío que había sobrevivido a la masacre y se había convertido a la fuerza diez años antes y ella quería conocerlo.

Los oí hablar en su lengua sagrada, y luego el maestro me mostró sus tesoros: grandes hojas de pergamino cosidas entre sí en las que, con un largo y paciente trabajo de compás y escuadra, trazaba el perfil de las costas del Mediterráneo y de los continentes que lo rodean. Al maestro lo llamábamos Giame Riba, pero su verdadero nombre judío era Giuda Cresques, y había aprendido tal arte en Mallorca de su padre Abraham. A partir de entonces Violante se acostumbró a ir a visitarlo y a ayudarlo a transcribir los nombres geográficos en los mapas. Escribir esos nombres le daba casi la ilusión de conocer el mundo, y la hacía soñar con el viaje de una vida futura junto a su amado.

El tiempo feliz de mi primera vida, sin embargo, estaba llegando a su fin. Las esferas metálicas caían inexorablemente en los cuencos dorados de ese gran reloj de agua que es este mundo. Murió mi tío Giovanni y la tía Lottiera, asistida por Frosino, se vio obligada a enviar poderes a mi padre para vender las propiedades que aún tenían en Florencia, y por lo tanto la casa de San Michele Berteldi. Messer Baldassarre murió en Nápoles en oscuras circunstancias. Murió también messer Francesco Datini. Murió el rey Martín, que había protegido a Frosino y también a los pocos judíos supervivientes.

Un desventurado día, Violante salió sola para ir a ayudar al viejo maestro Giame, como siempre. A su regreso fue agredida por una pandilla de muchachos que comenzaron a gritar que había que matar a la judía, arrojándole las grandes piedras que habían sobrado de la construcción de la Catedral del Mar. Trató de refugiarse en una iglesia, pero el sacerdote, al oír la palabra judía, le cerró la puerta en las narices. La encontraron allí, en la anteiglesia, con su pelo negro empapado en sangre. Todavía estaba viva. Desesperado, en los días en que el médico intentaba reanimarla, fui en peregrinación a un monasterio escondido entre las altísimas rocas de Montserrat, y allí recé a la Virgen Negra con toda la fe que pude, pero aquella estatua de madera permaneció muda e impasible. A mi regreso comprobé que no se había producido milagro alguno. Violante había muerto.

Me hice a la mar de nuevo. En el camino de regreso, mis

alforjas estaban más vacías que cuando había llegado, joven y lleno de esperanzas en el futuro. No disponía de ganancias en dinero, ni en monedas de oro ni acreditadas en alguna cuenta. Llevaba pocas cosas conmigo. La tosca carta de navegar, arrugada y doblada, que había usado en mi primer fatídico viaje a África. Un simple imán encerrado en una pequeña caja, que no me había ayudado mucho en la navegación de la vida. Papeles y dibujos de Violante en escritura árabe y hebrea. Un mapa enrollado del maestro Giame, inacabado, pero con los nombres escritos por la mano de Violante. Y, por último, un hilo de lana lleno de nudos y flecos. De ella, de su existencia, de su sonrisa, no me quedaba nada más.

Mi segunda vida empezó después de regresar a Florencia. Yo no era nadie. Nunca llegaría a ser mercader ni tampoco notario, y a los cuarenta años no podía improvisar ningún otro oficio y, por lo tanto, no tendría ningún cargo ni posición en la vida pública. Me recluí en mí mismo y no quise contarle a nadie lo que me había ocurrido en ultramar. Frosino, desde Barcelona, se mantuvo fiel a su juramento: nunca reveló nada de Violante, que siguió siendo un secreto sepultado en mi corazón. Dentro de mí sentía realmente como si yo mismo hubiera muerto, y en parte era cierto: mi primera vida había terminado en algún lugar de allí, al otro lado del mar, y ese joven mercader que navegaba por las aguas del Mediterráneo siguiendo los vientos y las corrientes había muerto también, ya no existía.

Mi viejo padre trató de ayudarme, a pesar de la hostilidad de monna Bartolomea, su mujer, que también era mi madre pero que nunca me había perdonado la fuga de hacía quince años y jamás volvió a dirigirme la palabra. *Ser* Piero, considerando que Florencia no tendría nada que ofrecerme, me aconsejó que volviera al pueblo para encargarme de algunas propiedades que aún teníamos allí: después de una vida tan tormentosa por tierra y por mar, tal vez el sosiego del campo me fuera beneficioso y me asegurara también cierta tranquilidad económica, modesta pero segura. Había que vigilar el cultivo de los terrenos, los contratos de arrendamiento, los niveles, la compraventa de lo que producíamos, el vino, el aceite, el trigo, el lino, había que

tener cuidado con los enredos de trabajadores y vecinos, no cejando en las disputas, cuidar de algunos animales, asegurar la manutención de las casas, establos, graneros, y restaurarlos si se hacía necesario. No tendría ocasión de aburrirme ni de rumiar pensamientos sombríos. Solo faltaba una cosa en ese horizonte de tranquilidad: tenía que tomar esposa.

Él ya me había encontrado a esa mujer, mientras esperaba mi regreso, haciendo un trato con un notario de pueblo que tenía la misma edad que yo y cuyo aprendizaje había seguido en Florencia, *ser* Piero di Zoso di Giovanni da Bacchereto, un pueblo cerca de Vinci, al otro lado de Mont'Albano, en una de las carreteras que bajaban hacia Artimino y luego hacia la ciudad. Su hija Lucia tenía veinte años y yo podría ser su padre. Probablemente, los primeros años también fueron difíciles para ella, que se había casado con alguien como yo, con aspecto de viejo ya, que casi no hablaba y que nunca le abrí mi corazón, ni le conté nada de mi pasado. Pero Lucia no me reprochó nada: si sufría, lo hacía en silencio. Durante años, encerrado en mi dolor, no me percaté del suyo.

Vivíamos en un cuartito de la casa de mi padre: completamente independiente, porque monna Bartolomea no quería vernos ni a Lucia ni a mí. Después de una silenciosa cena, mientras yo miraba las brasas que se apagaban poco a poco en la chimenea, ella tejía algo para mí, un par de gruesos calcetines de lana para el invierno, una camisa de lino para el verano, un bordado en un mantel nuevo, un pañuelo, porque no teníamos dinero para comprarle cosas nuevas al mercero. Cuando terminaba de trabajar, si aún quedaba un poco de aceite en el candil, leía una o dos páginas de un libro que le gustaba mucho, sobre la vida de los santos y de las santas, rezaba sus oraciones frente a un cuadrito de Nuestra Señora con el Niño, y solo después, cuando veía que yo estaba profundamente dormido, se subía a la cama y se acostaba del otro lado, porque ya se había resignado a que yo ni siquiera la tocara. Como si fuera una santa.

Mi padre no pudo disfrutar mucho de nuestro matrimonio ni ver cumplido su deseo de continuidad familiar con unos hijos que nunca acababan de llegar. Murió pocos años después. Sin más ingresos que las pequeñas rentas que

llegaban del campo y la ayuda que proporcionaba Lucia con su pequeña dote y algunos trabajitos de hilado a domicilio, nos mudamos a una casita alquilada en el barrio popular de San Frediano. Monna Bartolomea ni siquiera nos saludó desde la ventana. Pero en San Frediano nos encontramos mucho mejor. En el mercado se gastaba menos y reinaba una gran animación entre el pueblo, los artesanos y los obreros que trabajaban en la industria de la lana involucrando muchas veces a sus mujeres e hijas en el hilado y el tejido. Era la dimensión del trabajo verdadero, auténtico, la del cansancio y el sudor de las manos, que yo comprendía mucho mejor que la de los banqueros y los usureros.

Yo me ganaba la vida rondando por la plaza Santo Spirito, ofreciendo mis servicios de escribano o de mediador a algún cardador analfabeto o a alguna viuda del barrio, casi como un notario: un astuto consejero, un hombre de mundo con experiencia; y esforzándome también por apoyar al hombre fuerte del barrio, Cristofano di Francesco Masini. Cristofano vivía en el Fondaccio, entre el convento de Santo Spirito y el Arno, y gracias a mi propaganda llegó a ser magistrado y gonfalonero y prior, y me estuvo eternamente agradecido, ayudándonos a salir adelante. Yo pasaba mucho tiempo en los talleres y en las hilanderías y en las curtidurías, y trataba de dispensar consejos de viejo sabio y de contar las cosas extraordinarias que había visto en Barcelona, Mallorca, Valencia y, sobre todo, en Fesse. Los obreros y los maestros me dejaban hablar, pero al rato se aburrían y volvían a trabajar, porque no tenían tiempo que perder y los patrones los atormentaban si no trabajaban, y las excentricidades de los sarracenos les importaban un bledo, y cuando quería darme cuenta, estaba hablando prácticamente solo, y únicamente me escuchaba el idiota del barrio.

Salíamos muchas veces de excursión, Lucia y yo, con motivo de algunas celebraciones religiosas en pequeñas iglesias rurales o santuarios que atraían la devoción de los peregrinos por la presencia de una importante reliquia o de un santo fraile que sabía regalarnos la paz del alma con su palabra y con el ejemplo de su vida. Uno de estos lugares fue el monasterio de San Bartolomeo o Monteoliveto, entregado

como encomienda a los olivetanos de San Miniato al Monte y favorecido por los Strozzi y los Capponi. El convento estaba rodeado de huertas y viñedos y era uno de los lugares predilectos para las excursiones fuera de la ciudad incluso antes de la llegada de los monjes, hace cien años quizá, cuando el oratorio estaba dedicado a Santa Maria del Castagno y era la sede de una hermandad laica llamada, no sin razón, de los Cichadiposos, que celebraban lo sagrado y lo profano en enormes y ruidosas comilonas al aire libre. Los santos monjes, por el contrario, habían preferido que Monteoliveto fuera más conocido por causa de la devoción que por las salchichas y el vino de los Cichadiposos.

La iglesia estaba desnuda y deteriorada, los monjes acostumbraban a decir que no tardarían en reconstruirla, encargando alguna otra hermosa obra como la tabla del altar mayor realizada por el pintor Lorenzo Monaco: la Virgen con el Niño y cuatro grandes santos. A Lucia le gustaba mucho y leía siempre la inscripción *Ave gratia plena Dominus tecum*, sin dejar de rezar con fervor a la Virgen para que le concediera la gracia de los hijos. Gracia para cuya obtención era necesaria otra, que Lucia no tenía el valor de expresar a la Virgen sin sonrojarse en secreto: la gracia de encender en mí el deseo, la gracia de unir su cuerpo al mío, porque sin ese paso obligado los hijos nunca llegarían.

Después de la misa, Lucia y yo, cogidos de la mano, nos sentamos en un murete desde el que, entre encinas y cipreses, podíamos disfrutar de una maravillosa vista de nuestra Florencia, dominada ahora por las gigantescas obras de construcción de la cúpula de Santa Reparata, y de las montañas lejanas, desde Fiesole hasta los Apeninos. En esa visión, en silencio, cada uno de nosotros veía algo diferente, que le ocultaba al otro. Lucia sentía el deseo de volver a ver esa silueta montañosa desde la terraza de su casa en Bacchereto, en Mont'Albano. Yo soñaba con las montañas del Rif, cuando corría a caballo por el desierto hacia el mar y hacia mi destino. Sin darme cuenta, mi mano resbalaba y acababa soltando la de Lucia.

Al cabo de unos años nos decidimos por fin a dejar Florencia y a establecernos en Vinci. Lucia y su familia

estaban encantados, y en su corazón ella confiaba en que ese cambio también nos trajera a nosotros la doble gracia que le pedía a Nuestra Señora. Pero todos me aconsejaron, incluido Cristofano Masini, que no abandonara la ciudadanía florentina, con los derechos y privilegios anejos que no tenían los de los campos aledaños. No me lo decían por mí, pues ya estaba claro que la ciudadanía no me servía de nada, sino por el bien de los hijos que algún día el Señor Dios nos haría la gracia de concedernos, y que, hasta ese momento, después de más de diez años de matrimonio, aún no se habían visto. Y así seguí siendo *civis florentinus* durante toda mi vida, apegado a la hermosa gente de San Frediano donde estaba nuestra pequeña y pobre casa. Barrio de Santo Spirito. Gonfalón del Dragón.

Alquilé una carreta con un caballo y cochero y cargamos en ella nuestras pobres cosas y a nosotros mismos, que no éramos menos pobres: lo más voluminoso era la vieja y alta cama de madera de cerezo, cuidadosamente desarmada, el chirriante lecho familiar que había pertenecido a mi padre y en el que había sido yo concebido y luego parido por mi madre, y en el que Lucia rezaba para ser madre algún día; y luego el colchón lleno de lana, la colcha con dos almohadones, y nuestras dos almohadas; un baúl para la ropa de Lucia y otro más pequeño para la mía; un arca de harina y dos morillos, y algunos utensilios y vajilla; y un cofrecito con mis cosas más queridas, algunos libros, los registros de minutas de mi padre y mi abuelo, un viejo portulano, una brújula y el mapamundi del maestro Giame. Empezaba la navegación de mi segunda y nueva vida, en aquel carro destartalado que era nuestro nuevo navío: nuestro, mío y de Lucia, por fin.

En Vinci ni siquiera teníamos casa propia. Llegamos a un acuerdo con un granjero que me debía dinero, porque yo siempre he tenido la costumbre de prestar dinero a los necesitados, sin intereses, y no siempre lo he recuperado. Antonio di Lionardo di Cecco me debía sus buenos dieciocho florines, de modo que Lucia y yo nos instalamos en una casita medio en ruinas en el campo: la casa era suya y el dinero era mío. Vivíamos, además de la hilandería de Lucia, de lo poco

que rendían las fincas de la herencia de mi padre: un terreno en Costereccia en el barrio de Santa Maria al Pruno, otro en Colombaia en el barrio de Santa Croce cerca de la iglesia y el castillo de Vinci, y varios otros trozos de tierra. En total, sacábamos apenas cincuenta fanegas de trigo, veintiséis toneles y medio de vino, dos tinajas de aceite y seis fanegas de sorgo. Había también dos solares para hacer casas, uno en el castillo y otro en el pueblo, en la lonja.

Íbamos a menudo a Bacchereto, sobre todo para comer un poco mejor y en abundancia, con ocasión de algunas fiestas, en la mesa de mis suegros. Lucia tenía un hermano aún niño, Baldassarre, nacido de una segunda esposa de su padre, y nos habíamos encariñado mucho con él. En esas breves excursiones al otro lado de la montaña, también me había interesado por la actividad de los hornos alfareros que prosperaban en ese pueblo, en particular el de Toia, propiedad de mi suegro, especializado en la producción de hermosos cántaros de vivaces colores. Solía ir a hablar con los horneros, para ver cómo preparaban las mezclas de arcilla y cómo las cocían y hacían los esmaltes.

Pasaba el tiempo, pero los hijos no llegaban. Ya teníamos cierta edad. Éramos como Abraham y Sara, a quienes les parecía imposible que se cumpliera la promesa del Señor de tener una descendencia más numerosa que las estrellas en el cielo. Pero al final las oraciones de Lucia fueron atendidas y las dos gracias que ella pedía le fueron concedidas, y la segunda vino como consecuencia de la primera, lo que, para los dos, después de tantos años de haber sido ignorados, fue un maravilloso descubrimiento y un consuelo maravilloso, tener un compañero y una compañera para la vida que nos restaba al que poder abrazar, al que poder amar y junto a quien dormir, en nuestra gran cama familiar.

El 19 de abril de 1426, un viernes, nació nuestro primer hijo, y no tuvimos la menor duda en llamarlo Piero, que era el nombre tanto de mi padre como de mi suegro. Pero el segundo nombre se lo impuse yo: el de mi primo Frosino, que no solo había sido un primo para mí, sino mentor y amigo a lo largo de toda mi primera vida, por más que la primera y la segunda vida no eran ni podían ser historias separadas. Había

continuidad entre ambas: seguía siendo yo quien caminaba por la carretera, seguía siendo yo quien llevaba encima esta cara que iba llenándose de arrugas.

El domingo llevamos con orgullo a un lloriqueante Piero Frosino, tan envuelto en sus fajas blancas que solo asomaba su cabecita, a la iglesia de Sant'Andrea y Santa Croce, para que lo bautizara en la antigua pila bautismal de piedra el párroco *ser* Filippo, y para la ocasión invité como testigos a todas las personas importantes que conocía. Pocos de Vinci, sin embargo, porque, dada la forma en la que me habían recibido en los primeros días aquellas gentes, que me consideraron un forastero florentino altanero pero insustancial, no quería tener mucho que ver con ellos ni establecer vínculos, aunque solo fueran de bautismo. Logré que Cristofano Masini viniera de Florencia como padrino, y de Empoli, el canciller de Petroio.

A todos les impresionó la presencia de una personalidad como Masini, y tuve la sensación de que él, feliz de distraerse de los quebraderos de cabeza florentinos en aquel día festivo de abril con esa excursión al campo, también había querido burlarse de las simples gentes de Vinci presentándose con todo su aparataje de miembro de las instituciones, a caballo y con gualdrapa, con librea y capuchón, acompañado de uno de sus fámulos disfrazado de heraldo; y también me ayudó pagando el banquete al aire libre en el jardín del cura e invitando a medio pueblo y pasándoselo muy bien. Mis paisanos, que hasta ese momento ni siquiera se habían percatado de mi existencia, empezaron a pensar que yo también debía de ser una persona de todo respeto. No tardaron en asignarme el título de *ser*: *ser* Antonio di *ser* Piero me llamaban, conjeturando que una persona de mi importancia, que sabía leer y escribir y hablar y contar historias sin terminarlas nunca, no podía ser sino notario y hombre de letras, uno que hablaba en pie de igualdad con el cura y el podestá.

Sin vivir todavía en el pueblo, me las arreglé como hacen de verdad los notarios de Florencia: me instalé en la posada entre el castillo y el pueblo, en un puesto propio, y entre vaso y vaso de vino recibía a mis paisanos en mi confesionario, y les ayudaba a calcular la declaración del Catastro o incluso la

redactaba yo mismo o la firmaba, y a estipular contratos, y a mediar entre dos litigantes, como un juez de paz; a veces prestaba dinero o daba consejos sobre tal o cual compra; otras veces simplemente los escuchaba gratis, sin preocuparme por el tiempo que pasaba, porque de una manera u otra hay que pasar el tiempo; por último, llegado el caso, si alguien tenía un antepasado que había sido cliente de mi padre o de mi abuelo, localizaba los protocolos notariales antiguos y elaboraba una copia de la escritura que le hacía falta.

La noche del bautismo de Piero Frosino era precisamente el último registro de mi padre *ser* Piero lo que tenía en mis manos. Parecía una señal del destino, casi un paso de testigo de un Piero a otro, de una generación a otra. La familia que se prolongaba, por fin. Mi padre se hubiera sentido feliz, y tal vez nos estuviera mirando desde otra dimensión y nos bendijera. Me pareció un acto de justicia, de este modo, abrir ese registro por el final, donde mi padre había dejado la última cara en blanco. Allí donde se había detenido la existencia de *ser* Piero di *ser* Guido, y también su escritura, daban comienzo una nueva existencia y una nueva escritura, y nuestra familia reanudaba su camino. Como aprendiz de notario y aprendiz de mercader, había aprendido que lo que no se escribe no existe, pero al final no me había convertido ni en mercader ni en notario. Como es natural, Piero Frosino existía por sí mismo, sin necesidad de que yo escribiera nada. La escritura no crea la vida, sino que la persigue, y fija para siempre un momento en el imparable flujo del tiempo, para que un día sea posible consignar su memoria: a ti mismo o a los que vengan después de ti, después de tu muerte. Y así, con mi bonita escritura de mercader, con los ringorrangos que me había acostumbrado a trazar en África veinte años antes, y de la forma más solemne que un notario frustrado podía ser capaz de lucir, empecé a escribir, cambiando de línea cada vez que me parecía haber escrito un nombre o algo importante: *1426 / A dìa de 19 de abril siendo viernes nazió uno de mis fijos;* y, más adelante, por fin: *El antedicho muchacho recibió por nombre Piero y Fruosino.*

La planta siguió dando sus frutos. El 31 de mayo de 1428 nació otro hijo mío, y tuvo como padrino nada menos que a

Schiatta dei Cavalcanti, entonces podestá de Vinci, de la ilustre familia del poeta Guido, amigo de Dante. Fue bautizado con el nombre de Giuliano, pero para desgracia nuestra el Señor quiso llamarlo de inmediato y convertirlo en un ángel de la corte del paraíso. Nos lo compensó pocos años después el nacimiento de una hermosa niña, el 31 de mayo de 1432. El primer nombre lo elegí yo y Lucia el segundo: Violante y Lena. Ante el asombro de Lucia, que nunca había oído ese nombre en el barrio ni en la familia y tenía dudas de si había habido alguna vez una santa Violante en alguna parte, yo insistí en que me gustaba porque lo había leído en uno de mis libros. Al final, Lucia se rindió y aceptó. La niña fue bautizada por un sacerdote de paso, Iacopo da Roma, que se entretuvo encantado para asistir al banquete, abundante en salchichón de hinojo y zorzales asados con hojas de laurel y buen vino. Lucia ya tenía cuarenta años, pero el Señor le concedió una última gracia, cuando ya no la esperábamos. Es más, su ciclo parecía haberse detenido, por lo que, cuando vimos crecer su barriga, comprendimos cuál era el motivo de sus náuseas y de ciertos mareos. Francesco Guido nació el 14 de junio de 1436 y fue bautizado por *ser* Filippo, sacerdote de la iglesia de Santo Manto.

Para cada uno de estos nacimientos, en la noche del día del bautismo, abría el antiguo libro de protocolo de mi padre y escribía cuidadosamente la memoria de lo acontecido. Siempre de la misma manera y en el mismo orden: primero, aislado en el centro de la línea, el año de la Encarnación de Nuestro Señor; luego el día y el mes, y a veces también el día de la semana y la hora del día, mañana o vísperas; los nombres que habían sido elegidos; y, por último, los padrinos y madrinas. Volviendo a mirar la página, noto que el espacio dedicado a cada hijo es diferente: hasta once líneas para el primogénito Piero, y solo cuatro líneas para cada uno de los otros, e incluso la escritura es menos cuidada y más cursiva. A esas alturas, la llegada de un nuevo hijo no era ya para nosotros un acontecimiento milagroso, sino casi un asunto de administración ordinaria.

En cambio, siempre me rompe el corazón leer las pocas líneas dedicadas al pobre Giuliano. El recién nacido murió pocas horas después del bautizo, cuando aún se estaba

celebrando el banquete en la era. Oímos un grito desde el interior de nuestra rústica cabaña. En la cama, Lucia, tras despertar de una momentánea cabezada, se había dado cuenta de que la criatura simplemente había dejado de respirar, y que su corazoncito ya no latía. Cuando por la noche reuní fuerzas para reabrir el registro notarial, no era capaz siquiera de escribir ni de recordar los nombres de los padrinos. Y en mi desesperación olvidé hasta transcribir el nombre del pequeño, que ya había abandonado este valle de lágrimas. Solo lo agregué más tarde, al final de la línea: *Recibió por nombre Giuliano*.

Ahora la página está casi completa, solo queda un pequeño espacio en la parte inferior: y permanecerá definitivamente vacío. El tiempo que se nos ha concedido para fecundar y dar fruto ha terminado. Si yo me he convertido en una vieja planta, el caso de mi buena Lucia no es muy diferente. Nuestras oraciones están consagradas ahora a nuestros hijos, a las nuevas plantas y a los nuevos frutos de nuestra familia.

Cuando nació, Violante inauguró prácticamente con sus gritos nuestra nueva casa en el pueblo, que yo había logrado comprar a los carmelitas del Spedale di Santa Maria Nuova de Florencia, con los buenos oficios de mi amigo Domenico di Brettone. Es casi una bisagra entre las dos almas de Vinci, el castillo y el pueblo. Por un lado, se asoma a la calle que sube del mercado al castillo, y por el otro da a un pequeño huerto y jardín, y linda con las casas y propiedades de Piero di Bartolomeo di Pagneca, el sacerdote, que ahora es el rector de la iglesia.

Los años han pasado con rapidez y más rápido aún han crecido mis hijos. Piero se ha convertido en un chico alto, delgado, taciturno, solitario e introvertido, y casi parece sentir desdén ante las zalamerías de Violante y los caprichos de Francesco, que tiene diez años menos que él y siempre le molesta porque quiere jugar mientras Piero tiene que leer y estudiar y ejercitarse en la escritura. Cuando el terrible Francesco o el aún más terrible gato negro al que con razón he llamado Saladino saltan sobre su mesa, tirando todos los papeles y la pluma y el tintero y manchándolo todo de tinta, Piero se marcha furibundo y dando un portazo. No se lleva

muy bien conmigo, y cuando se hizo más mayor y le pregunté por qué, me contestó que no hubiera debido marcharme y abandonar a mi padre y a mi familia y la profesión de notario.

Quién sabe cómo se le ocurrió esta idea: tal vez mirando los protocolos notariales de la familia y viendo lo importantes que eran, cuando algún aldeano venía a mi casa y me pedía una copia de un instrumento. Piero comenzó muy pronto. Cuando por la noche Lucia o yo empezábamos a leer algo en voz alta, o cuando tenía que escribir una carta y me quedaba con la pluma en el aire antes de mojarla en el tintero tratando de establecer la palabra o expresión correcta, advertíamos siempre una presencia que nos espiaba desde la sombra de la puerta, los dos ojitos asombrados de ese niño solitario que descubría la magia que los mayores hacemos con la pluma y el papel. Luego creció y quiso adueñarse de esa magia. Y empezó a guardarme resquemor. Yo a Piero nunca se lo tomaba en cuenta. Sí, lo siento mucho, pero en el fondo lo entiendo. Es diferente a mí, y es razonable que así sea. Lleva la tinta del notario en la sangre. Y quiere irse a Florencia. Vinci se le queda estrecho.

Le enseñé a leer y escribir con una tabla del alfabeto, y luego quise que estudiara los principios de las letras con el cura, que sin duda sabía más que yo, que ya me había olvidado de todo. Pero todavía conservaba el manual del arte notarial que había usado, y que aún servía cuando Piero empezó a asistir a una escuela en Florencia. Nunca me dijo cómo le fueron las cosas allí, ni yo se lo pregunté, pero no creo que lo pasara demasiado bien. Recuerdo las atroces bromas que me gastaban mis compañeros de clase, vástagos de ilustres notarios florentinos, que se mofaban del chico de campo y le cortaban las plumas y le ensuciaban el estuche: no debió de ser muy diferente en su caso. Y, además, no es que pudiéramos darle dinero en exceso. Monna Lucia le remendaba la ropa, o se la cosía recuperando retazos de tela usados, no podíamos comprar vestidos nuevos. Mientras tanto, también Violante se fue de casa para casarse con Simone d'Antonio da Pistoia, un holgazán amante del juego a quien nunca he podido soportar y que todavía me da la lata afirmando que no le he pagado todo el dinero de la dote.

Al final Piero, tenaz y testarudo, lo consiguió, y por su propio esfuerzo. Llegó a ser notario. Se convirtió en *ser* Piero d'Antonio di *ser* Piero di *ser* Guido di Michele da Vinci. Eso sí, en la retahíla de sus mayores ese Antonio sin *ser* no causa una buena impresión, y no cabe duda de que Piero se avergüenza de ello, y sé que nunca me lo perdonará. Aun así, como buen hijo, ha empezado a ayudarme mientras tanto con las tareas que este pobre viejo ya no puede hacer del todo: por ejemplo, entregar en mano la declaración catastral de 1446, que él llevó en mi nombre a Florencia. Y además hace tres años que empezó a trabajar, pero con cuántos esfuerzos al principio, puesto que tenía que hacerlo todo él solo, y la culpa era mía, que muchos años antes había cortado la continuidad profesional entre una generación y otra.

Hizo pequeños trabajitos en Florencia, montando su puesto a veces en Santa Felicita y otras en Badia, y luego se desplazó a Pisa, y después regresó. Orgulloso como es, nunca me cuenta nada y no quiere dineros, dice que le basta con los de su trabajo. Que no deben de ser abundantes. De esta manera, el dinero para mantenerlo en Florencia durante muchos años hice que se lo diera monna Lucia, pues de ella lo acepta. Poco a poco tuve que vender varias pequeñas parcelas alrededor de Vinci.

Piero siempre tiene alguna deuda: con el papelero, con el vinatero, con la Badia por el derecho a instalar su mesa. Se compró un paletoque rojo de segunda mano en la venta de los bienes de un notario muerto y se lo dio a monna Lucia para que arreglara y remendara un agujero. Estoy preocupado por él. Hay algo que no me gusta de la gente con la que tiene tratos en Florencia, como ese usurero Vanni di Niccolò di *ser* Vanni: cuando murió hace unos meses, parece que le dejó el usufructo de por vida de su casa en via Ghibellina a mi Piero y su propia viuda. ¿Por qué? ¿Por qué misteriosa razón alguien como Vanni decide regalar algo a un desconocido notario de provincias? Y, además, ¿cuál es el origen de la propiedad de esa casa y todos los demás bienes de Vanni? Seguramente los habrá ganado por medios ilícitos, no creo que salga nunca nada bueno de todo ello.

* * *

Piero está a punto de llegar aquí a Anchiano.

A primera hora de la tarde he subido lentamente apoyándome en mi bastón, a los ochenta años mis piernas ya no son lo que eran. Me he parado un rato para recobrar aliento en Ferrale y beber una copa de vino con Arrigo del Tedesco. Prosigo por la carretera desierta; a estas horas no hay nadie, las familias están en las eras y en los patios disfrutando juntos de la fiesta y del hermoso día de primavera. Un perro me ladra desde lejos, luego me reconoce y se deja acariciar. Rezo un avemaría en el tabernáculo en la cima de la colina. En Anchiano la almazara está cerrada, al igual que las casas vecinas: todos han ido a la cena de grupo con el cura Benedetto a la iglesia del pueblo, Santa Lucia a Paterno.

Tenía ganas de charlar un rato con otros viejos de aquí, como suelo hacer siempre, y siempre soy yo el que habla, porque tengo tantas cosas que contar y tantas historias que nunca termino, sobre tormentas y monstruos marinos, batallas con moros y piratas, gigantes encontrados en el desierto, amores con bellas mujeres, que es la parte que más les gusta a mis atentos oyentes, que nunca han ido más allá de la ciénaga de Fucecchio, que a ellos ya les parece el gran mar océano, antes de que caiga la tarde y nos retiremos dentro a jugar a las cartas o a una mesa con una buena botella de vino. Pero no hay nadie por aquí, debajo de los olivos. Solo esta brisa dulce y cálida de la tarde que sube del valle. Qué se le va a hacer, me quedaré solo con mis recuerdos. El sol, aunque empieza a ponerse por la ladera del Monte Pisano, me molesta un poco. No hay mucha sombra, los olivos han sido podados recientemente y esta mañana nos han dado los ramitos bendecidos. Me siento allí, en esa piedra plana al lado de la carretera.

Me gusta estar aquí en Anchiano. En épocas más feroces había incluso un castillo. Hoy solo emergen de la tierra unas cuantas ruinas desbaratadas, algún fragmento de muralla, los cimientos de una torre cubiertos de hiedra y de zarzas. Las casas están dispersas en la cresta, no es un pueblo de verdad. Cien almas, no más. Su corazón es la sencilla iglesita de Santa

Lucia a Paterno, tan querida por mi esposa, que viene hasta aquí para rezar las devociones a su santa homónima; y santa Lucia protege además nuestras aceitunas, las celebraciones al final de la cosecha y antes de que caiga la larga noche de invierno son siempre en su honor. De la pequeña grey de seres humanos se encarga el buen sacerdote Benedetto da Prato, que siente devoción también por el buen vino y el aceite intenso, y se queja conmigo de los chupatintas de la curia de Pistoia que el año pasado, la única vez que pasaron por estos lares para ver en qué estado se hallaban los bienes de la iglesia y si el cura seguía vivo, le reprocharon que las tierras no estaban bien trabajadas y que había que arreglar el tejado lo antes posible. Y a *ser* Benedetto no le fue mal: sé que su colega de Faltognano, el cura Lionardo, fue severamente amonestado porque vive con una mujer e incluso tiene hijos, y todos los conocemos, a ella y a sus hijos, y les tenemos cariño, y en cambio los de la curia la llaman *la concubina* y quieren excomulgarlos.

Este conglomerado de casas me gusta sobre todo en el punto donde la pendiente se suaviza formando una pequeña meseta y los olivos se recortan en la cresta contra el cielo azul, y donde el viento que sube desde los llanos o los barrancos es más dulce y fragante. Las construcciones son sencillas todas, rústicas, con hileras horizontales de piedra serena a la vista. Las ventanas y aberturas son escasas, porque en invierno el viento es malo y en verano la canícula sofoca. La vista es maravillosa, más amplia y abierta que la que teníamos desde Monteoliveto en Florencia, y es más hermosa aún por la tarde y en el ocaso. A la derecha, las cumbres blancas de los Alpes Apuanos. Al oeste, más allá del aire denso de la ciénaga, los montes pisanos. Al mediodía, los valles y las colinas se suceden unos a otros, confundiéndose y difuminándose entre los vapores y la niebla. Me parece ver el mar, muy a lo lejos.

Hay un molino de aceite, que hace tres años el propietario, que es amigo mío, *ser* Tomme di Marco Bracci, alquiló en parte a Orso di Benedetto y a Francesco di Iacopo, yo también estaba aquí ese día y me pidieron que escribiera el contrato, interrumpiendo una partida de tablas reales. El edificio más grande tiene una sucesión de amplias salas pavimentadas con

baldosas de arcilla. No hay armarios, sino grandes nichos que parecen excavados en la mampostería, según la antigua usanza de los trabajadores. También grandes chimeneas para los fuegos, especialmente en la cocina. Junto a los otros huecos, un horno para hacer pan, tortas y pasteles. Un palomar sin palomas. Más allá de un murete, las escarpadas laderas del cañón, misterioso, con la tupida y agreste vegetación que se eleva desde el desfiladero, atravesado por el murmullo del agua. Debe de ser bonito vivir aquí, debe de ser bonito nacer o morir aquí.

Debo haberme quedado traspuesto. No sé si he soñado, no me acuerdo. Habré dormido unos minutos, o tal vez una hora, quién sabe. Es culpa de la dulce brisa que asciende desde el valle, con sus aromas a flores y a pasto. Escucho una voz que grita *padre*, y me giro hacia el costado del camino que baja desde Santa Lucia. Aquí llega Piero, a pie; no lleva paletoque, va vestido con un práctico jubón de piel sin mangas, y calzado con botas. Parece un cazador. Detrás de él, un pequeño carro tapado con cortinas, cuyo arriero parece tener especial cuidado en guiar al caballo y en retenerlo en la bajada, para que no sufra sacudidas con baches o piedras que sobresalgan.

Me levanto y estoy todo dolorido. Piero me ayuda, y me parece verlo distinto. Parece cambiado. Tiene un aspecto extraño, preocupado pero también maduro, como quien, de un momento a otro, ha recibido de la vida una lección repentina y terrible, y ha entendido cuáles son las cosas que importan y las que no. Nos miramos largo rato sin palabras bajo el olivo. De repente me abraza, se estrecha contra mí con fuerza y empieza a llorar. La verdad es que no sé qué pensar. Mi hijo nunca había hecho algo así. Nunca me había abrazado así. Correspondo a su abrazo con amor y dejo que sus brazos jóvenes ciñan mis cuatro huesos de anciano. Cuando nos apartamos, Piero se recompone. Se seca las lágrimas con la manga de la camisa, me toma de la mano y me conduce lentamente hacia el carro y descorre las cortinas.

Iluminado por la luz del sol poniente, se me aparece el rostro de una mujer preñada, hermosa incluso en sus muecas

de sufrimiento, tendida sobre un almohadón, con las manos sobre su abultado vientre, unos ojos azules que me miran y suplican ayuda. Ayuda de mí. En el dedo de una mano lleva un anillo que brilla bajo el reflejo del sol. Mi corazón se siente turbado. Ella es la mujer del sueño, y el sueño se está haciendo realidad: *lo que se te apareció será*. Quisiera retirarme y huir como en el sueño, pero soy incapaz de moverme o de comprender del todo las palabras confusas y sin sentido que Piero intenta decirme. Señala a la mujer y la llama Caterina, y luego su vientre, y dice *mi hijo*, y añade algo acerca de una fuga de Florencia y la amenaza de leyes y escándalos y castigos extremadamente severos y ejemplares, y no sabe qué hacer, y está desesperado.

Me bastan las palabras *mi hijo* para comprender. Y la palabra fuga me recuerda la historia de un joven mercader que por amor huyó con una muchacha judía por el desierto del Magreb. Las palabras se convierten en pensamientos, y los pensamientos en acciones que han de realizarse de inmediato, sin perder tiempo en hacer preguntas o tratar de comprender lo que no hace falta comprender: porque el misterio inmenso de una vida que nace en el vientre de una madre no necesita ser entendido, ha de vivirse y nada más.

Sonrío a la mujer que se llama Caterina, y no sé quién es, pero no me importa, es la mujer de mi hijo y lleva en su seno el fruto de su amor. La vida es una gracia, un milagro del cielo. En los próximos días, con calma, ya abordaremos los problemas y angustias que todo milagro trae consigo; pero por ahora basta con aceptarlo con alegría, con entusiasmo. ¿Cuál es el problema si el hijo es ilegítimo, si nace fuera del matrimonio? Es un don de Dios y del amor. Hay montones de bastardos así por ahí, a los que luego el Señor bendijo y llegaron a ser príncipes o señores. El Señor nos da la vida y la vida es sagrada, será su Providencia la que nos ayude, igual que ayuda a las aves del cielo, será la Providencia la que nos dé agua si tenemos sed y comida si tenemos hambre.

Estrecho la mano de Caterina y acaricio su vientre, ella no se espera el gesto de cariño de este viejo desconocido, pero sonríe también, tan dulcemente como puede. Por su aspecto, debe de estar muy cerca de parir, podría ocurrir ahora mismo, en medio de la carretera, a causa del trajín del viaje

desde Florencia, o en unos días. Debemos buscar inmediatamente un refugio para ella, y personas amables y de confianza capaces de brindarle toda la ayuda que pueda necesitar. Lucia se encargará de la comadrona: la que la ayudó con Francesco tiene ya cierta edad también, pero aún ejerce. Sin embargo, la joven no puede venir con nosotros al pueblo, la casa es pequeña y allí ya están Violante con su marido y Francesco, y ahora también Piero, que sin embargo imagino que querrá quedarse al lado de su mujer, como debe ser. Y además es Semana Santa, el pueblo está lleno de gente, de procesiones, de rituales, están el podestá y los funcionarios florentinos. No, necesitamos tranquilidad, paz. Caterina debe detenerse aquí, en Anchiano.

Le hago una seña al cochero, que conduce el carro lejos del camino y de la curiosidad de los transeúntes, hacia una explanada entre las casas. Suena la campana del ángelus. Por la carretera de Santa Lucia empieza a bajar gente. Se acerca el atardecer y *ser* Benedetto empieza a despedir a sus feligreses. Distingo la figura familiar de Orso y de su mujer, que viven junto a la almazara. Se alegran de verme, nos abrazamos e intercambiamos saludos, pero no acaban de entender qué están haciendo allí Piero, vestido de forma extraña, y ese carrito con cortinas. Tomo a Orso del brazo y me demoro antes de ir al grano, con la voz persuasiva que uso cuando cuento mis aventuras de ultramar. Mi querido Orso, el más querido de mis amigos, sabe bien con cuánto afán lo recomendé a *ser* Tomme, que no quería ni oír hablar de perder nada de los derechos de la almazara. ¿Qué tal las cosas ahora? ¿Le van bien? Este año el aceite ha salido estupendo. Estaríamos encantados de invitarlos al pueblo, a él y a su mujer, a cenar con monna Lucia, o a la casa del aduanero; podríamos echar una buena partida de tablas reales como la última vez, podría presentarle a alguien importante en Florencia que le compre todo el aceite a un precio mejor que nunca.

Embobándolo con mi cháchara, y sin soltarle el brazo, entro en la casa, cuya puerta ya ha abierto su mujer mientras tanto, y confirmo lo que ya sabía: el cuartito del fondo, después de la cocina, sigue estando vacío, no hay nada. Esperaban un hijo, pero el Señor no les concedió la gracia. Me

planto frente a ambos, Orso y su esposa, y me pongo serio: deben hacerme un enorme favor, y el Señor Dios sabrá recompensarlos en esta vida y en la otra, y yo quedaré en deuda con ellos para siempre. Se trata de acoger a una joven pobre, solo por unos días, una o dos semanas como máximo. Una joven preñada que no sabe adónde ir, como Nuestra Señora en Belén, y que lleva dentro de sí una pobre criaturita inocente. Lleva dentro al hijo, o a la hija, de mi hijo. Tenemos que ayudarlos. Dios nos ayudará a nosotros.

Orso y su esposa son más buenos que el pan; mejores que yo. Llamo a Piero y al cochero, que se han quedado esperando fuera y entran sujetando a Caterina. La mujer de Orso coge un jergón de paja y un viejo almohadón y los tira en el suelo del cuartito, hace que Caterina se acueste encima, le coloca las piernas en una posición más cómoda y empieza a proporcionarle cuidados de inmediato: un poco de agua, un paño húmedo en la frente caliente, unas cuantas palabras de consuelo, que cuando una mujer se las dice a otra mujer son mucho más efectivas.

Mi papel, nuestro papel, como hombres, ha acabado ya; las cosas retoman siempre su curso natural cuando se confían a las mujeres. Orso saca unas sobras de la fiesta de Santa Lucia de una alforja y da de comer al cochero, que pasará la noche en el establo y se marchará mañana. Yo también permanezco sentado con ellos en la cocina, pero con el rabillo del ojo veo a Piero que se ha sentado en el suelo junto a Caterina y susurra algo para tranquilizarla. Nunca lo he visto así. No creía que fuera capaz de amar.

Fuera ya ha oscurecido, pero no nos atrevemos a volver al pueblo hasta asegurarnos de que Caterina está fuera de peligro. Se ha recuperado y han cesado los dolores del vientre, hasta ha comido un poco de sopa de verduras caliente y bebido una copa de vino, y luego se ha quedado dormida enseguida, y la tapamos con una colcha vieja. La mujer de Orso nos dice que no nos preocupemos: la muchacha parece tranquila, lo importante es evitar cualquier forma de agitación; se acostará a su lado y, si es necesario, Orso correrá a llamarnos. Podemos irnos si queremos. Miro a Piero, que no quiere dejar a Caterina. Si él no viene conmigo, yo tampoco puedo irme, con todo tan oscuro y el camino

empinado terminaría rodando hasta el molino y haciendo trizas todos estos viejos huesos; y además, su madre estará esperándolo y se habrá preocupado por no habernos visto aún. Volveremos mañana, temprano, con muchas cosas buenas para Caterina y sus anfitriones. De mala gana, Piero se levanta. Deposita un beso en la frente de Caterina: muy leve, para que no despierte del dulce sueño en el que seguramente estará acunando al niño que lleva dentro. Salimos entre los olivos mientras la luna está a punto de surgir por detrás de la montaña. Es casi una luna llena.

* * *

¿Quién podrá olvidar jamás la Semana Santa del año de Nuestro Señor de 1452? El sentido de lo que está por ocurrir penetra en cada una de nuestras acciones, hasta las más pequeñas, inspira cada uno de nuestros pensamientos. Participamos en las misas y en los ritos sagrados, pero nuestra mente está en otra parte: en Anchiano. Las oraciones y las velas son todas para Caterina y su hijo. No solo oraciones, también le llevamos comida: allá arriba tienen unos excelentes huevos frescos y buena ricota de oveja, así que le buscamos algún corte de carne magro y nutritivo, y Lucia le prepara grandes empanadas de verduras. En cuanto podemos, subimos corriendo, con hatillos, cestas, bultos de telas y camisas. Quizá lo de corriendo sea una expresión exagerada, por lo menos para Lucia y para mí: digamos que vamos con todo el vigor posible para dos viejos vivaces como nosotros, a quienes la inminente llegada de una nueva vida parece haberles quitado veinte años, devolviéndonos, podríamos decir, a una nueva primavera. Una primavera espléndida, además. Nunca se habían visto tantas golondrinas, tantas flores en los campos. Es la vida, la vida que renace.

Lucia es como yo. No hizo preguntas. Y además la noticia la dejó impresionada y algo asustada, porque ella es la única que conoce mi sueño, pues no se lo he revelado a nadie más, ni siquiera al cura; total, no hay necesidad de interpretarlo, puesto que ya se ha hecho realidad. Lucia se puso de inmediato en movimiento para ocuparse de este hijo que está por llegar. Acompañó a la comadrona a Anchiano y volvió

por la noche, cansada pero aliviada: Caterina goza de buena salud, ha superado completamente el esfuerzo del viaje; en su barriga el niño se siente fuerte y sano, se mueve y patea a veces, tiene que ser bastante grande.

En nuestra casa ha estallado la revolución, peor que el levantamiento de los *ciompi*. Violante está de lo más emocionada y en cuanto puede ella también se acerca hasta Anchiano, seguida por su esposo, que masculla que no quiere saber nada de estas historias. Aún más feliz parece Francesco, a quien le cuesta creer que va a convertirse en tío con solo dieciséis años: me ha confiado que, si nadie lo quiere, se queda él con el niño, en el campo, para educarlo viviendo en la naturaleza, como a él le gusta, jugando y corriendo junto a los animales.

Por supuesto, el secreto no siguió siendo tal mucho tiempo. ¿Cómo podría ser de otra manera en este pueblo nuestro? En Anchiano, con la complicidad de los días festivos, el rumor se extendió de inmediato: hay una chica misteriosa escondida en el molino de aceite de *ser* Tomme, es la mujer del joven *ser* Piero d'Antonio, aún no están casados, pero el Señor ya los ha bendecido con la gracia de un hijo que está a punto de nacer. De la chica solo se sabe que es de Florencia y que se llama Caterina, y nada más, porque el viejo Antonio la somete a una vigilancia feroz y no permite que se sepa nada más. Se dice que viene de una familia importante, muy importante, pero no se puede decir de cuál, porque el hijo es ilegítimo. Quienes la han visto, espiando por la cocina de Orso y eludiendo la vigilancia de su mujer, dicen que es tan hermosa como una Virgen pintada, muy dulce, de cabellos dorados y ojos celestes. Siempre está allí muy tranquila, contemplando soñadoramente su vientre. Y nadie la ha oído hablar nunca. Seguro que es una princesa o una gran dama.

Desde Anchiano, la noticia se difundió rápidamente por los pueblos de las colinas, fue de Vitolini hasta Orbignano y luego llegó a Vinci y a la campiña, desde Campo Zeppi hasta Streda y San Donato in Greti. De vez en cuando se ve algún grupito de curiosos que con la excusa de ir de cacería al monte o de su devoción a santa Lucía deambulan por los parajes de Anchiano, pero siempre se topan conmigo o con Orso o con el perro de Ferrale. Al final, hasta el padre Piero,

que ve a su grey cada vez más distraída, cuando debería concentrarse en los misterios de la Pasión y Resurrección de Nuestro Señor, viene a llamar a mi puerta en el pueblo, porque entre otras cosas es vecino mío, y se lo cuento todo; o casi todo, porque aún no sé quién es Caterina: Piero, abrumado por el nerviosismo, nunca me lo ha explicado, y yo no se lo he preguntado todavía. De este modo, también el padre Piero cree en la historia que he inventado y difundido en Anchiano: la historia de una misteriosa muchacha de noble pero decadente familia florentina, gran amor de Piero pero que por ahora no puede desposarla por determinados impedimentos; pero seguro que lo hará lo antes posible. Al final, el padre Piero también cede y acepta formar parte de esta gran conjura de pueblo para llevar el embarazo de Caterina a una feliz conclusión. Será él quien conduzca al niño hasta la pila bautismal de su iglesia de Santa Croce e Sant'Andrea, a tiro de piedra, sin necesidad de ir hasta San Donato.

Estupendo, lo del primer padrino está arreglado. Ahora pensemos en los demás. Paso a ver a todos los vecinos y también a los amigos de Anchiano, que insisten en participar en la futura celebración bautismal. Son todos gente como yo, esta vez no invito a forasteros ni a las que llaman personas importantes. Papino di Nanni Banti es un pequeño terrateniente, y su padre comerciaba también un poco con alcarrazas y enseres domésticos y tenía una tienducha debajo de su casa, al lado de la mía, pero en realidad reside en Santa Lucia a Paterno. Meo di Tonino Martini, un agricultor por cuenta propia que vive aquí en el pueblo, también es originario de Santa Lucia. Piero di Andrea Bartolini, conocido como Malvolto, de una familia de Santa Lucia pero que ahora vive en la plaza, fue padrino, con solo quince años, de mi hijo Piero en 1426; y su madre Fiore cuida de Caterina en Anchiano. Luego está el herrero, Nanni di Venzo, que vive a mi lado y al lado de Meo y Papino, y dijo que llevaría a su hija Maria, de diecisiete años pero ya desposada, y a su cuñada monna Pippa di Previcone. Tampoco puede faltar Arrigo di Giovanni Tedesco, que es el mayoral de las tierras de Ridolfi en Campo Zeppi, las que lindan con los Buti.

Monna Lucia, por su parte, me comunica que ya ha

enrolado a todas sus amigas y futuras comadres, y me entero de que en los últimos días la han acompañado arriba y abajo por la cuesta de Anchiano y ya han ido todas a visitar a Caterina y se han prendado de ella y dicen que va a nacer un angelito del paraíso, y quieren ser las primeras en tenerlo entre sus brazos y llevarlo a la fuente de agua bendita. ¿Cómo puedes oponerte a esta feroz patrulla de mujeres? La lista se alarga inmediatamente: monna Lisa, viuda de Domenico di Brettone di Chellino, que era otro vecino de los Buti en Quartaia, junto al arroyo Vincio, natural también de Santa Lucia; monna Antonia, segunda esposa de Giuliano Bonaccorsi, tratante de ganado en el mercado; y monna Nicolosa, viuda de Barna di Nanni di Meo, un granjero acomodado de Santa Maria del Pruno, donde están mis terrenos de la Costereccia. Además, casi todas están emparentadas entre sí, es una especie de familia numerosa la que abre los brazos al niño que está a punto de nacer: las hijas de monna Nicolosa, Fiore y Domenica, son las mujeres de Nanni y Malvolto. Bueno, estamos empatados: cinco compadres y cinco comadres. Monna Lucia no puede quejarse.

Pero ¿quién es realmente Caterina? Yo, por lo menos, creo que debería saberlo. Y Piero es consciente, sin duda. Solo de él podría obtener información, porque Caterina parece muda, no habla con nadie, se limita a sonreír, de una manera muy dulce y ambigua, y a veces la mujer de Orso le ha oído susurrar una cantilena en un idioma desconocido, con los ojos cerrados y las manos en el vientre. Intentamos que salga un poco, pero camina con dificultad, y la comadrona nos desaconseja que haga movimientos o esfuerzos inútiles. La tarde del día de Pascua aproveché que nos quedamos juntos en Anchiano para pasar un rato con Piero charlando entre los olivos. Mi hijo ya está más tranquilo, no cabe duda de que volver a Vinci y a Anchiano le ha sentado bien, ha visto que no tiene nada que temer por su mujer y quizá también esté asombrado por la competición de solidaridad de la gente de Santa Lucia, que ha acogido con calor a Caterina. No se lo esperaba.

Después de años de silencio, Piero finalmente se abre

conmigo, con su padre. Me revela todas sus penas secretas, los sufrimientos que por su maldito orgullo nunca quiso confiarme, y por eso se los guardaba dentro sin poder desahogarse con nadie, alimentando la hostilidad y el rencor. Recibo confirmación de todo lo que hasta ahora solo sospechaba: su amarga vida, la pobreza, las humillaciones de los grandes señores que lo llamaban y luego ni siquiera le pagaban, los pequeños engorros y los pequeños enredos, los personajes de mala reputación como Vanni o un tal Donato di Filippo, el venderse por poco dinero esperando todo el día a que apareciera un cliente sin blanca en su puesto en Badia, sintiéndose mezquino y despreciado, con su paletoque remendado, en una ciudad como Florencia donde los ricos ostentan con desenfreno el lujo y la riqueza a despecho de los pobres, el tener que adaptarse a redactar instrumentos para mujeres y viudas y destartalados conventos, y luego su largo y turbulento traslado a Pisa. Es un río embravecido: necesita librarse de todos sus fantasmas.

Una única luz en todos esos años, una sola: cuando Caterina se le apareció por primera vez, en un cuartucho de una lúgubre casa florentina. Ella es simple, pura, luminosa. Su alma es libre como el viento. Él se enamoró de ella tan pronto como la vio, y ella le correspondió de inmediato. Nunca había conocido varón antes que él. Era virgen. Pensé que se refería al momento en que concibieron al hijo o hija que está a punto de nacer ahora. Pero no. La conoció hace tres años y ya ha tenido un hijo con ella, que acabó en los Inocentes. Él huyó a Pisa, pero luego, al volver a Florencia, la encontró sin buscarla, por casualidad o por destino, el pasado verano, porque era la nodriza en el palacio del caballero Francesco Castellani, el dueño de todas esas tierras en Greti.

¿Una nodriza? Pero entonces… Sí, Caterina es una esclava. Del Levante. De buena sangre. No es propiedad del caballero, sino de una mujer florentina que, cuando supo que estaba preñada por primera vez, se deshizo del niño y arrendó a la muchacha para que amamantara a la hija del caballero. Y ahora la historia se ha repetido, y al cabo de casi nueve meses han huido de Florencia. El caballero, que es una especie de extraño filósofo, los ayudó. Mantuvo oculta la preñez de Caterina haciéndole creer a la dueña que seguía

amamantando a su hija. Y los mandó hasta aquí con su cochero cuando se vio que había llegado el momento, y claramente no podía parir en su palacio.

La situación es más grave de lo que pensaba. Una revelación tras otra. Es indudable que Piero sabrá mejor que yo cuáles pueden ser las consecuencias de un gesto que puede arruinar su vida para siempre y cercenar una honrosa carrera como notario y el acceso a los cargos públicos. Raptar a una esclava o dejarla embarazada se considera un delito contra la propiedad por la ley florentina de 1366. Hay fuertes multas y el infractor tendrá que pagar los costes del parto y reembolsar al amo un tercio del precio de la esclava o el valor total si la desgraciada muere. El hijo debe seguir la condición del padre, quien deberá hacerse cargo de su futuro: *partus natus condicionem patris sequatur*. Así que el niño, aunque sea hijo de una esclava, nacerá libre e hijo de Piero. Pero parece que este año precisamente se prevé un endurecimiento de las penas, promovido por la cruzada moralizadora de nuestro santo arzobispo: quien secuestre u oculte esclavas durante más de tres días contra la voluntad del amo, y este podría ser precisamente el caso de quienes esconden a nuestra Caterina en Anchiano, puede ser condenado a muerte en la horca; pero entonces ¿deberían ahorcar a la mitad del pueblo? Cualquiera que entre en casa ajena para yacer con una esclava, y este es exactamente el caso de Piero, puede recibir una multa de mil liras, una suma enorme para la que no nos bastaría con vender todas nuestras propiedades, y así Piero acabaría muriendo en la cárcel de las Stinche.

Pero entonces, ¿por qué han venido aquí? ¿Por qué no recurrir a la solución de los Inocentes como hace dos años? Porque Caterina le dijo que nunca accedería a abandonar a su hijo por segunda vez inmediatamente después del parto. La única gracia que le ha pedido a Nuestro Señor Dios es que permita que su criatura nazca y viva libre; incluso aunque tenga que separarse de ella algún día, si es necesario, pero que se críe con Piero como su propio hijo; la única gracia que le pide a Piero para sí misma, a cambio del amor que le ha dado libremente, sin cálculo ni interés, es que la ayude, si es posible y Dios lo quiere, a recobrar su libertad.

La elección de Caterina, firme e irrevocable, me recuerda a

la de Violante en mi primera vida. Por eso han venido aquí Piero y Caterina: Piero quiere cumplir con todos los deseos de Caterina. Quiere quedarse con el niño, como le impone incluso la ley, y no abandonarlo en los Inocentes como hizo con su primogénito. Quiere hacer todo lo que esté a su alcance para liberar a Caterina. Y, añade, con la ayuda de Dios y un poco de suerte, lo logrará. Aún no sabe cómo, pero lo conseguirá. Y yo sé bien en mi corazón que cuando Piero está decidido a conseguir algo, ciertamente lo consigue. Yo lo ayudaré, todos lo ayudaremos, para acoger a este hijo o hija. Será más que un nieto para mí. Será un nuevo retoño de esta vieja planta. Un regalo de Dios.

¿Cómo lo vamos a llamar? Es una elección importante. Los nombres de la familia no son adecuados cuando el hijo no es legítimo. Si fuera varón, deberíamos descartar por lo tanto Michele, Guido, Giovanni y también Frosino. Piero me dice que él y Caterina ya han elegido el nombre. El nombre del santo que libra de las cadenas, que libra de la esclavitud, para que le dé la gracia suprema que todo ser humano anhela: la gracia de la libertad. San Leonardo de Noblac, el ermitaño de Limoges. Sí, también es uno de nuestros santos, venerado en Cerreto y en nuestras tierras. Me parece un hermoso nombre para un niño o niña que será tan fuerte como un león y tan fogoso como una llama. Un símbolo de libertad. Será él, o ella, quien libere a Caterina.

* * *

Debido a la suavidad del clima y a la tranquilidad de Anchiano, el momento del parto parece retrasarse para Caterina. La Pascua ha terminado, pasan también los días de la semana *in albis*. Piero está nervioso, porque el sábado 15 lo esperan en Florencia para confeccionar una lista de capitanes: un encargo importante, al que no puede renunciar. Pasamos largas horas en silencio frente a la puerta de la casa de Anchiano. Él se queda incluso a dormir allí, en otro cuartito preparado por la mujer de Orso.

Por fin, en la tarde del viernes 14 de abril, rompe aguas y empieza el parto, que resultó ser largo y difícil. La comadrona se esfuerza durante horas en ayudar a Caterina, pero todo

parece inútil. El niño es demasiado grande, no consigue salir. De vez en cuando, las mujeres salen desconsoladas con trapos ensangrentados de la casa, de la que nos han echado a los hombres. Se escuchan gritos terribles entre los olivos. Piero tiembla, llora, se sienta con la cabeza entre las manos. Yo no me aparto de su lado, trato de infundirle valor. Detrás de nosotros, a lo lejos, una pequeña y silenciosa multitud de vecinos y amigos de Santa Lucia, e incluso algunos que han subido desde Vinci. También viene el cura Benedetto, tal vez tema que sea necesaria su presencia. Trata de consolarme, dice que todo saldrá bien. Para distraerme me pregunta si ya hemos pensado en el nombre por si fuera varón. Al oír el nombre de Leonardo me exhorta a rezar al santo con toda mi fe, porque san Leonardo también protege a las mujeres preñadas: su mayor milagro fue salvar a una reina que parió sola en un bosque, de modo que puede salvar a la criatura humana cuando, con el riesgo de morir, se libera de la prisión oscura y protectora del vientre de su madre. Y luego deambula entre los olivos y pide a las otras mujeres que recen con devoción a san Leonardo.

Cae la noche y vamos perdiendo toda esperanza. Después de la puesta del sol, empieza el nuevo día: 15 de abril. Desde adentro, los gritos de Caterina parecen cada vez más débiles. Tal vez pronto habrá terminado todo. De repente, a la hora tercera de la noche, en el silencio, se escucha el llanto de un recién nacido. Aquí fuera la gente llora, ríe, se abraza. Yo también abrazo con fuerza a Piero, lo levanto, corremos hacia la puerta. La comadrona sale, descompuesta por el cansancio y la tensión, con un niño en los brazos ensangrentados. Es un varón. Caterina está bien. Ha perdido mucha sangre y se ha dejado todas sus fuerzas para dar vida al recién nacido, pero está a salvo. Las mujeres se esfuerzan por detener a Piero, que logra entrar a pesar de todo. Debe de haberse acostado junto a ella, porque cuando sale está cubierto de sangre. Lo lavamos en la fuente, porque poco después, vestido como está, con un farol en la mano y acompañado por un infante del podestá, se dirige a Florencia. Caminará toda la noche y por la mañana estipulará en el palacio.

* * *

A día 16 de abril de 1452. Domingo *in albis*. Piero se ha ido. Caterina está demasiado débil para moverse. Me toca a mí, apoyado en Violante y Francesco y acompañado por Lucia y seguido por la gente de Anchiano, llevar al recién nacido todo fajado hasta Vinci y darle su nombre. Por suerte, el pequeño está durmiendo. Es tan guapo y grande y regordete que algunas mujeres murmuran, y todavía puedo oírlas bien: Oh, bendito sea el Señor, cómo se ve que es de buena sangre. El cura Piero nos espera en el atrio de la iglesia, junto con los demás padrinos y las otras madrinas y la gente de Vinci. En la vieja fuente de piedra escuchamos la antigua fórmula del agua que salva y purifica: *Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Escribo el nombre en el cuaderno grande que el cura Piero ha hecho encuadernar recientemente: *Lionardo di ser Piero d'Antonio di ser Piero di ser Guido di Michele da Vinci.*

Después de la misa volvemos a subir todos y el niño bautizado es devuelto a su madre. Las mujeres de Anchiano y Santa Lucia han preparado largas mesas frente a la casa donde ha nacido. Ha venido mucha gente a la que ni conozco y a la que no he invitado. El párroco de Faltognano también se presenta con su esposa e hijos y brinda alegremente con los padres Benedetto y Piero. Solo falta mi Piero. Monna Lucia está feliz, no esperaba este milagro. Yo también me siento feliz, por supuesto, pero ahora, después de tantas emociones, después de todo lo que ha pasado en estas dos semanas, en estos pocos días que han trastornado nuestra tranquila vida de pueblo y mi propia vida, no sé, me siento cansado, no tengo ganas de celebraciones con los demás. Quisiera sentarme solo, allá, en esa piedra plana, bajo los olivos, y adormecerme bajo el calor del sol que desciende hacia el mar, y soñar tal vez con otro tiempo y otro mar.

Ahora es de noche en la casa del pueblo. Me gustaría irme a dormir al lado de Lucia, que ya está durmiendo, pero no puedo. Hay una última cosa que he de hacer. Saco el viejo protocolo notarial de mi padre. Alguien tendrá que transcribir también el recuerdo del nacimiento y bautismo de este niño maravilloso. Piero no está aquí, tengo que hacerlo yo por él.

Abro la última página, donde había quedado ese espacio en blanco. Fue la Providencia, con sus misteriosos designios, la que hizo que la dejara vacía. Tomo pluma y tintero y escribo. Ahora la página está completa. Puedo ir a dormir.

1452

Naze un nieto mío fijo de ser Piero mi fijo a día 15 de aprile un sabato a las 3 de la noche. Recibió como nomme el de Lionardo. Bautizolo el cura Piero di Bartolomeo da Vinci, Papino di Nanni Banti, Meo di Tonino, Piero di Malvolto, Nanni di Venzo, Arigho di Giovanni Tedescho, monna Lisa di Domenicho di Brettone, monna Antonia di Giuliano, monna Nicholosa del Barna, monna Maria fija de Nanni di Venzo, monna Pippa de Nanni di Venzo di Previchone.

10. Piero, y de nuevo Donato

Florencia, en via di Santo Gilio,
el 2 de noviembre de 1452

Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi.

El verano de hace tres años, en esta habitación. Estaba sentado en esta misma mesa, con la cabeza enterrada en un montón de documentos desordenados. Noté un movimiento detrás de mí. Un crujido. Me di la vuelta y allí estaba ella, en el hueco de la escalera. Era muy hermosa, con el pelo rubio recogido detrás de la nuca, la cabeza ligeramente inclinada, una gracia natural, sencilla y virginal. El gonete, apenas levantado, dejaba ver sus pies descalzos: el izquierdo estaba echado hacia adelante sobre la losa de piedra, y el derecho estaba a punto de subir el escalón, las puntas de los dedos todavía en el suelo mientras que la planta y el calcañar se elevaban casi verticales. El tiempo se detuvo. Un momento después había desaparecido.

Me parece estar en un prado, soy un niño que aún no puede caminar, la hierba y las flores son más altas que yo. Una mujer estira sus brazos desnudos para colgar grandes sábanas blancas de una cuerda. Bajo la luz deslumbrante solo veo sus pies descalzos, los calcañares que se elevan y quedan suspendidos en el aire. Luego, la mujer desaparece por la grieta en el muro de una vieja casa labriega. Empiezo a llorar, desesperado, convencido de haber sido abandonado. Más allá de una mata de hierba, en la tierra reseca por el sol, se desliza una lagartija.

No sé si se trata de una creación de mi fantasía o de un recuerdo de mi infancia, el más antiguo quizá. Lo único que sé es que esta imagen vuelve a mis sueños a menudo, sobre todo en estos últimos años, desde que vivo solo. Si se trata de un recuerdo real, esa mujer es mi madre y esa casa labriega es el lugar donde nací hace veintiséis años. Es raro, porque no

recuerdo haberla visto nunca: mis mayores se mudaron al pueblo cuando yo tenía solo seis años. Ni siquiera de la campiña recuerdo gran cosa. Solía quedarme en casa desde que era pequeño, casi me daba miedo salir. Además, nuestra casa en el pueblo era pequeña y oscura, con pocas ventanas, a pesar de que la parte de atrás diera a un huerto al que se bajaba por unas escaleras de la cocina. Yo era un chico alto y delgado, de pocas palabras, y prefería estar solo, sin participar en los juegos de mi hermana y mi hermano, Violante y Francesco, que tenían seis y diez años menos que yo. Después de que naciera Violante, me enteré de que cuando yo tenía dos años había nacido otro hermano, pero que murió casi de inmediato, y parece ser que dije que me alegraba de que el Señor se lo hubiera llevado: mi madre se echó a llorar y mi padre me sacudió.

Nunca me he llevado bien con mi padre. Cuando nací, él tenía más de cincuenta años. Hay demasiada diferencia entre nosotros, y no solo de edad. Es alguien que habla con todos en el pueblo, les cuenta a todos sus cosas, las historias y aventuras de su juventud, se afana por ayudar a los demás, presta su dinero y no se enfada si no se lo devuelven. Cuando éramos pequeños siempre estaba jugando y bromeando con Violante y con Francesco y con el gato Saladino, pero conmigo no, me veía demasiado serio y diferente, y ahora también sabe que su parloteo y sus historias no me gustaban. Sin embargo, pudo darse cuenta de que sí había una cosa que me gustaba: cuando se ponía a escribir. Lo comprendió cuando me descubrió medio escondido debajo del escritorio, mirándolo con la nariz en alto, mis grandes ojos muy abiertos. Me cogió en brazos sonriendo, me puso la pluma de oca en la mano y me contó una fábula que se inventó en ese mismo momento: había una vez una oca gorda que andaba por el corral quejándose de que alguien le había arrancado una pluma, cuando de repente se topó precisamente con su pluma, que le dijo: tonta, no te quejes, esta pluma tuya hará que las palabras de los hombres vivan incluso después de su muerte, mientras que de ti solo quedarán unos pocos huesos mondos una vez que te hayan asado.

¿Cómo es posible conseguir que las palabras sigan vivas después de la muerte de quienes las pronunciaron? Con la

escritura, respondía mi padre: así, sumergiendo la pluma en esta botellita que se llama tintero, sacando esta gota de sangre negra llamada tinta, que hay que esparcir cuidadosamente entre los surcos de esta superficie delgada y rugosa llamada papel, y que es como un campo blanco que ha de ser arado y sembrado.

No tardó en enseñarme a escribir, primero con una tabla del abecedario, luego haciéndome descifrar y copiar sus papeles y los de mi abuelo y bisabuelo. Al principio imitaba su escritura de mercader, pero luego, yendo a clases con el cura y mirando las cartas y bulas que recibía de la curia de Pistoia o de Florencia, traté de crearme mi propia escritura, más clara y fluida, algo intermedio entre la mercantil y la de cancillería. A veces mi padre despertaba el mayor asombro en mí, cuando sacaba de su cofre secreto unos viejos papeles cubiertos de signos ininteligibles, diciendo que nuestra escritura, al igual que nuestra lengua, es solo una de las muchas que usan y han usado los pueblos del mundo, y entonces me enseñaba la escritura más antigua del mundo, la del pueblo judío, que había puesto por escrito la propia palabra y la ley de Dios, y luego la de los sarracenos, que también habían registrado fielmente la palabra de Dios revelada al profeta Mahoma. Mis hermanos pequeños, en cambio, que solo querían jugar y a quienes no les importaba en absoluto la escritura, siempre me molestaban cuando intentaba practicar. Francesco en particular era terrible, y peor que él solo era el gato negro Saladino, un pequeño demonio con garras que emergía de la oscuridad y saltaba sobre la mesa y tiraba el tintero, y la tinta salpicaba los papeles pero no al gato, que se marchaba lejos, negro ya de todos modos.

Para nosotros, escribir es una tradición familiar. Algo normal desde hace cuatro generaciones por lo menos. Mi abuelo era notario, y su hermano también, y también su padre: y para los notarios, es bien sabido, la escritura es el cimiento y la herramienta del oficio. Deben escribirlo todo, deben escribir siempre: lo que no está escrito no existe, porque no posee realidad jurídica, no es auténtico, no puede saberse si es algo verdadero o no, si no lleva rúbrica o *signum*. Pero por desgracia, toda esa hermosa tradición familiar se vio

interrumpida. La culpa fue de mi padre, que renunció a sus estudios y decidió ser mercader y recorrer el Mediterráneo, volviendo sin suerte y sin dinero. No debería haberlo hecho. No debería haberse marchado y abandonadoa su padre, su familia, su profesión. Yo sentía que la hostilidad hacia él crecía en mi interior y que una decisión maduraba firmemente en mí. Yo no acabaría siendo un pequeño propietario que malvivía en un simple pueblo rural. Me convertiría en notario, retomaría y continuaría la tradición familiar. Quería irme lejos, a la gran Florencia. Vinci se me quedaba pequeño.

Estudié gramática latina con el cura, memorizando algo de los Salmos, los Proverbios, el Libro de la Sabiduría y el Eclesiástico, y luego me puse a estudiar por mi cuenta el viejo libro arrugado que había pertenecido a mi abuelo y a mi bisabuelo, y que mi padre también había hojeado sin mucho fruto, la *Summa* del maestro boloñés Rolandino.

Todavía era un crío cuando mi padre me envió a Florencia para asistir a cursos de preparación para los exámenes de habilitación. El dinero no era mucho, así que terminé en un cuartucho alquilado en el último piso de una casa-torre medio en ruinas, al lado de las habitaciones para los sirvientes y la gente común. Mi madre trató de coser y remendar lo mejor que había en casa, deshaciendo algún bonito vestido suyo y volviéndolo a tejer en forma de almillas o tabardos, y comprando algunas medias de segunda mano a un mercero ambulante: pero no había forma de ocultar que yo era alguien que venía del campo, se veía hasta en mi forma de moverme o de hablar. Los otros chicos que asistían al curso, hijos de notarios ciudadanos ricos e importantes, me convirtieron en el blanco de sus bromas crueles, rompiéndome las plumas, ensuciando mis papeles y poniendo excrementos en mi estuche. Yo seguía adelante en silencio, estudiando todos los casos y sin dejar de memorizar las fórmulas.

Tan pronto como pude, me presenté a los exámenes en el Palacio del gremio de los Jueces y los Notarios en via del Proconsolo, una especie de torre a pocos pasos de la Badia y del Palacio del Podestá. La antigua sala con los frescos de las artes del trivio, de San Ivo, protector del gremio y de los

grandes poetas, y en el techo todos los escudos de armas de la ciudad, de sus barrios y de sus corporaciones, me cohibía, pero más lo hizo la ceñuda comisión examinadora, decidida a hacer cada vez más difícil el acceso a una profesión y un gremio que se consideraba uno de los niveles más altos de la sociedad florentina. Los estatutos ya excluían a judíos, clérigos, hijos ilegítimos, maestros de primaria, extranjeros y gibelinos: de excluir a los demás, a los hijos de los artesanos y a los del campo, ya se encargaban los examinadores.

Suspendí el primer examen de gramática y contratos, y tuve que esperar un año antes de aprobar la parte de gramática y tres años antes de superar la de contratos. Para el segundo examen me enfrenté a una comisión aún más temible, integrada por el procónsul en persona, los cónsules, consejeros y otros doctores y notarios, que me sometieron a un fuego cruzado de preguntas *in grammaticcalibus et notaria*, y esa vez también caí y no pude volver a presentarme hasta pasado un año. Al final logré llegar a la tercera y última prueba, ante el Consejo del gremio, realizando de manera satisfactoria el examen escrito y oral, discutiendo la forma y el contenido de dos contratos y culminando la redacción de la cláusula primera de un instrumento. La calificación fue positiva. Presté juramento, mi nombre fue inscrito en el registro de los nuevos miembros y el privilegio para el ejercicio de la profesión quedó en mis manos. Me había convertido en *notarius publicus florentinus et iudex ordinarius imperiali auctoritate.*

Lo primero que tuve que hacer fue inventar un *signum* para acompañar y autenticar mi firma. Soy bueno escribiendo, pero muy malo dibujando. No tengo mucha imaginación, y alguien como yo nunca podría ser un buen dibujante. Soy un hombre de leyes, un hombre de orden, no uno de esos pintores de hoy tan poco de fiar. Después de una serie de dolorosos esfuerzos, tracé una especie de montaña inclinada que tal vez recordara la forma de mi Mont'Albano: en su interior estaba la inicial de mi nombre, la letra P, y encima de ella estaba clavada una espada coronada por una piña y una cruz. La espada en la piedra. Tal vez fuera una historia que había leído en alguna parte.

Con los pocos florines que me quedaban, compré un paletoque de segunda mano en la subasta de los bienes de un notario muerto de peste, y en un tenderete de papelería, lo necesario para empezar a trabajar: plumas, navajita, cortaplumas, tintero y tinta y todo lo demás. Tenía veintitrés años. Después de haber practicado un poco ayudando a un notario más experimentado, *ser* Bartolomeo di Antonio Nuti, me aventuré por fin en mis primeros actos, yendo y viniendo entre Pisa y Florencia, entre marzo y abril de 1449.

Luego, durante unos meses, en ese primer cuaderno no escribí nada más. No había ganado casi nada con los primeros actos. Así no podría salir adelante, yendo por la mañana temprano al claustro de la Badia o a los alrededores del Palacio del Capitán a esperar que alguien me llamara para actuar como testigo por unas monedas. Me sentía como una prostituta a la espera de clientes. Éramos demasiados, todos notarios jóvenes, pobres y ambulantes. Volví una temporada a Vinci, donde mi madre me remendó el paletoque y me dio algo de dinero que mi padre había reunido vendiendo algunas pequeñas fincas suyas y procurando siempre que no me enterara: pero yo lo sabía todo y en mi corazón ya no estaba enfadado con él, ahora que trataba de ayudarme en todo lo que podía. Es más, desde hace unos años intento ayudarle con pequeñas tareas burocráticas que ya no puede realizar, como la cumplimentación y entrega en mano de la declaración en el Catastro.

Regresé a Florencia aceptando la invitación de un viejo banquero con fama de usurero, Vanni di Niccolò di *ser* Vanni Vecchietti, quien me alquiló una habitación en su casa a cambio de mi ayuda profesional para poner en orden sus infinitas escrituras, y para comenzar a preparar su testamento. Decía que quería empezar a pensar en eso ahora que, aunque tuviera setenta años, todavía se encontraba bien, porque, como muchos en Florencia, temía lo que se decía sobre el nuevo arzobispo Antonino, quien incluso cuando era todavía un simple fraile del convento de San Marcos arremetía desde el púlpito contra el grave pecado de la usura; y a las palabras le seguían ahora los hechos, impugnando

testamentos y promoviendo la incautación de bienes considerados el resultado de actividades ilícitas, que luego se revendían para distribuir lo obtenido entre los pobres y las víctimas de la usura. A Vanni no le gustaba mucho esa cruzada moralizadora, y quería tomar medidas a tiempo. Y yo, que no tenía otros medios para salir adelante, lo secundé.

Qué sujeto más extraño era Vanni, hijo de un carpintero al que apodaban Muchascosas, por entrometerse en cualquier trato y prometer cualquier cosa, habilidad que había legado a su hijo. Según sus palabras, no poseía nada, y sus denuncias al Catastro estaban llenas de quejas, pero en realidad sí que tenía dinero: el fruto de la usura. Para conseguir el perdón de Nuestro Señor, además de dar públicamente algunas limosnas, era un hermano muy activo de la Compañía de Santa Maria della Croce al Tempio, es decir de los Negros, que asisten y acompañan a los condenados a muerte a la horca.

Vivía en una casa en via Ghibellina, barriada de San Pier Maggiore, barrio de Santa Croce, gonfalón de Ruedas. La casa era grande y también tenía un anejo trasero que daba a via di San Procolo ya fuera de las murallas, pero no podía destinarse a uso alguno a causa del estado de desorden en el que se hallaba, debido a los montones de enseres domésticos y objetos valiosos incluso, apilados aquí y allá, procedentes probablemente de embargos forzosos de los bienes de deudores insolventes y desesperados.

La confusión de la casa se acrecentaba por sus propios y heterogéneos habitantes, que no constituían una verdadera familia. Nuestro Señor, que tal vez no viera con buenos ojos a aquel viejo maleante, no le había concedido la gracia de la progenie, por lo que en aquella casa mandaba una segunda esposa treinta años más joven, aunque también sin hijos, monna Agnola, de esas que se casan con los viejos ricachones con el objetivo de una herencia inminente y la libertad personal como viudas ricas, dotada además con toda la arrogancia de sus mayores, los Bandini Baroncelli, que como los Pazzi odian a los Médici y han jurado verlos muertos. Tenían en su casa, como a un hijo, a su sobrino Piero di

Bernardo, de cincuenta años, lisiado y cojo, y a un hijo adoptivo, Domenico di Nanni, un insoportable chico de doce años, encontrado en Santa Maria a Olmi nel Mugello, donde Vanni poseía sus mejores tierras y una gran casa solariega; y se decía que era hijo ilegítimo suyo, concebido con una campesina de por allí. Además, estaba el maestro de Domenico, que le enseñaba un poco de gramática y parecía pasar el resto de su tiempo deambulando por las cocinas, junto con otros sobrinos y familiares muy pobres y hambrientos de Vanni que iban y venían del campo. Se me olvidaba: también había una esclava llamada Caterina, al servicio personal de monna Agnola, la gran señora.

Y al final yo también acabé en el desván de esa casa de locos. Podría haber sido una casa bonita, pero su aspecto era triste y su uso, mejorable. Si fuera mía, pensé, le daría todo el lustre que se merece, y la llenaría con los muchos hijos que me daría mi mujer. Hijos legítimos nacidos de un matrimonio bendecido por el Señor y reconocido por las leyes de los hombres, y no esos bastardos que salen a relucir sin saber cómo ni dónde y son arrojados a los Inocentes, hijos del pecado y de la sucia coyunda carnal con plebeyas o esclavas. No, me juré a mí mismo que yo nunca cometería esos errores. *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum*.

El castigo de Dios por nuestros actos de soberbia llega cuando menos lo esperas, y siempre es terrible, y te hace consciente de cuán inmensa es nuestra debilidad y nuestra incapacidad para resistir a la tentación. El pecado o el diablo, como de costumbre, se me aparecieron con las maravillosas formas de la belleza y la gracia de un ángel; pero tal vez me equivoque al hablar así: no fue un demonio sino un ángel de verdad, que me salvó y me liberó de mí mismo. Cada vez que pienso en esta historia, que es mi historia, o mejor dicho la nuestra, empiezo a razonar de manera confusa, y me siento incapaz de clasificar los casos de la existencia real y tratarlos de manera ordenada como si fueran los casos abstractos del *ars notaria*, y a disponerlos con cuidado y con las fórmulas de uso en el protocolo de las minutas de mi vida. No, ya no es posible; cuando te sientes trastornado en tu interior, cuando te tiemblan las piernas y no puedes hablar, te quedas sin

aliento, y no consigues siquiera pensar en nada más, ni tampoco dormir por la noche.

El verano había vuelto. Un horrendo verano, sobre todo en mi desván, bajo los sillarejos, donde hacía un calor espantoso y no corría el aire. Por si faltaba algo, había vuelto también la plaga, que afloraba con los primeros casos de peste traída del campo o por algunos soldados, y yo también, cuando salía, me cubría la cara con un pañuelo empapado en agua de almizcle. No tenía muchas cosas que hacer, todos los posibles clientes parecían haber huido, desaparecido o muerto, así que Vanni se acordó de un viejo amigo suyo tan fullero como él y me envió a ayudarlo, como hacía con él, a poner sus papeles en orden. Su nombre era Donato di Filippo di Salvestro. No vivía muy lejos, en via di Santo Gilio, pasado el hospital de Santa Maria Nuova. En otros tiempos había sido banquero y tuvo un taller de batihojas en Venecia, pero luego lo perdió todo y regresó humillado a Florencia; o eso se decía. Vanni, que se las sabía todas, estaba convencido de que tenía una gran riqueza oculta a las autoridades fiscales o disfrazada en forma de cartas de crédito o valores con intereses a largo plazo.

Donato es un vejestorio como Vanni y como mi padre, pero mucho más maltrecho, como si le hubiera pasado algo grave que le ha dejado marcados el cuerpo y el alma para siempre. De hecho, ya no razona demasiado bien, parece un niño perdido detrás de sus fantasías: de vez en cuando vuelve en sí y dice cosas sorprendentes y agudas, pero luego se abstrae de nuevo, mirando al vacío con ojos ausentes. No es fácil seguirlo en lo que difícilmente podríamos llamar razonamientos o soportar con paciencia sus largos silencios; sus papeles están mucho más enredados que los de Vanni y, lo que es peor, se refieren a un mundo y a una sociedad como la veneciana, de la que no conozco ni costumbres ni hábitos.

Cuando fui a su casa por primera vez, noté que detrás de él siempre estaba su segunda esposa, monna Ginevra, treinta años más joven pero gorda y gotosa, que nos vigilaba como un perro guardián; notaba siempre su mirada inquisitiva sobre mí, asegurándose de que Donato no firmara nada:

ninguna promesa o donación que pudiera robarle algunos florines de su futura herencia, que ella preveía no muy lejana. Sin embargo, también tuve la impresión de que su severa guardia no atañía tan solo a su marido y a sus riquezas, fueran estas reales o imaginarias. Debía de haber algún otro tesoro en esa casa, que monna Ginevra guardaba celosamente.

Recuerdo aquel día a la perfección.

Estaba sentado en esta misma mesa, en esta habitación, con la cabeza entre los papeles. Cada vez hacía más calor. Me había quedado solo. Donato, tambaleante, había ido a vaciar la vejiga.

Fue la visión de un instante. El suave paso de sus pies descalzos sobre la piedra, el crujido de sus amplias y livianas ropas de sirvienta que apenas ocultaban sus senos, un halo, un olor a piel fresca y humores que cubrían y vencían el olor rancio de los papeles colonizados por el moho.

Desde entonces no pude quitármela de la cabeza. Traté con todos los pretextos posibles de volver a esa casa, hasta que un día se hizo realidad lo que esperaba: una pausa en la férrea vigilancia de monna Ginevra, que había salido a hacer algunos recados. Dejo a Donato en la mesa, jugando muy tranquilo con la navaja y el cortaplumas, y me deslizo como una lagartija por el hueco de la escalera. Mi corazón late con fuerza mientras subo por la estrecha espiral. El sudor me pega el paletoque a la camisa, y vendería mi alma para deshacerme de él. Llego frente a una puertecita entrecerrada. Ella está allí, de espaldas, apoyada en el alféizar de una ventana, bañada por la luz. Parece contemplar el espectáculo que se abre ante ella, la gran cúpula de Santa Reparata que se yergue detrás de esta casa. En la mano, apoyada en la jamba, brilla un pequeño anillo de peltre.

Debe haber notado mi presencia. Se vuelve sorprendida, tal vez asustada por este joven alto y delgado con un paletoque rojo que la mira con ojos de poseso. Por primera vez se cruzan nuestras miradas, y me pierdo en sus ojos, tan azules como el cielo. Sin darme cuenta me acerco poco a poco y ella abre los labios para gritar. Me detengo y me arrodillo a sus pies, con voz débil le pido que se suelte el pelo. Parece

tranquilizarse, se sienta en el borde de la cama, se desata el nudo detrás del cuello y deja caer una cascada de oro sobre sus hombros y espalda. Temblando, le pregunto si puedo acariciárselo, y ella accede y cierra los ojos, y yo cierro los míos también, mientras mi mano sueña con volver a jugar y trenzar el pelo de mi madre. Cuando los abro de nuevo, quien está frente a mí no es mi madre, sino el cuerpo blanco y desnudo de una diosa.

Ya no recuerdo nada de lo que pasó después, de lo que hice yo o alguien más en mi lugar, de lo que hizo mi cuerpo o nuestros cuerpos que se hicieron uno solo. Lo que nos movió fue una fuerza invencible, más grande que nosotros, que nos hizo jadear y salir volando por esa ventana, libres, hacia el cielo. Para mí fue la primera vez. Y con terror, en cuanto recuperé la conciencia y me encontré en sus brazos, descubrí que también lo era para ella. Era virgen. Y la sábana estaba manchada de sangre.

Salí corriendo. Y volví una y otra vez, y nuestros cuerpos se entrelazaron y se amaron. Eran los cuerpos los que hablaban entre sí, y a través de sus palabras también hablaban nuestras almas. En cambio, nunca razonamos entre nosotros: de esta forma, no tardé en darme cuenta de que ni siquiera sabía el nombre de ese ángel que me había liberado de las cadenas de mi cuerpo y de mis miedos. No se lo había preguntado. Pero mientras tanto, una parte de mí quería huir, huir de esa casa y de esa ciudad, lleno de vergüenza por el pecado de lujuria que había cometido, y de terror ante el castigo divino que no tardaría en llegar. *Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me.*

Nuestro Señor no era el único juez al que le tenía miedo. Era consciente de que el crimen que había cometido infringía también las leyes de los hombres, y que había penas muy severas para quien atentaba con el engaño contra la propiedad ajena, y peor aún si la propiedad resultaba deteriorada, aunque fuera en parte. Porque, de eso estaba seguro, esa muchacha era una esclava, y una esclava es una propiedad privada, una mercancía valiosa como el raso o el brocado, y si se deteriora, es decir, si queda preñada, el delito es aún más grave. Y, además, si lo que había vivido era amor

de verdad, y mi loco corazón respondía que sí, entonces era un amor imposible, era una locura imaginar siquiera poder seguir viviéndolo, y haría trizas para siempre toda mi vida.

Vanni, a quien nunca le revelé nada, me obligó a quedarme en Florencia, y para mí fue un tormento indecible. Su testamento se dictó por fin en Santa Maria degli Angeli, en la capilla Alberti, en presencia de unos austeros frailes camaldulenses, el 19 de septiembre, y yo tuve que redactar la versión en lengua vernácula. Pero mi cabeza estaba en otra parte y todas esas miserias no tenían la menor importancia para mí.

Eso sí, desempeñé bien mi tarea. Es posible que la mano y la pluma se movieran solas, sin que yo las guiara. Vanni quiso recompensarme, y quizá me considerara casi como un hijo: el que nunca había tenido y al que nunca podría haber reemplazado con el idiota de su sobrino o con el niño adoptivo. Me hizo volver el 29 de noviembre, para que añadiera a su testamento una serie de codicilos que enfurecieron a monna Agnola, en quien evidentemente no confiaba mucho: no solo me convertí en albacea testamentario en su lugar, sino que también obtuve el derecho de usufructo, junto con ella y su sobrino, de la propiedad de Olmi y sobre todo de la casa de via Ghibellina. Para mí resultaba algo difícil de creer, así que no puse demasiadas esperanzas en ello. Monna Agnola nunca soltaría a su presa; y, además, corría el rumor de que también el arzobispo, que por desgracia estaba muy al tanto de las actividades y los enredos de Vanni, nutría sospechas acerca de esa herencia a los Girolamini y había empezado a hacer indagaciones por su cuenta, para ver si era posible invalidarlo todo. Pero en aquel entonces no me preocupaba en exceso. Lo único que quería era huir de Florencia, porque cada vez que pasaba por la cúpula de Santa Reparata, o incluso si solo la veía de lejos, pensaba en aquella vez que la había visto enorme desde la ventana de un cuartito en via di Santo Gilio, donde un ángel me había liberado y me había enseñado a volar.

En diciembre me fui a Pisa, donde había necesidad de notarios jóvenes con pagas bajas y exigencias aún menores.

Desde que fue conquistada por Florencia, Pisa había estado sujeta a un dominio directo que poco a poco había privado de su poder a las antiguas clases dominantes, obligándolas a la marginalidad o a la emigración. Se abrieron enormes espacios para nosotros, los florentinos, que saqueamos como langostas la otrora gloriosa ciudad sobre los mares: podestá, capitanes, magistrados, comisarios, oficiales, funcionarios grandes y pequeños, aduaneros y recaudadores de impuestos, mercaderes, artesanos, trabajadores y, como es natural, notarios también. Se estaba construyendo la nueva fortaleza, según un diseño de Brunelleschi, en el barrio sur de Chinzica, cerca del Arno, para controlar los puentes de la Spina y el Mar. En realidad, los florentinos siempre nos mostramos retraídos y desconfiados, porque los pisanos nos odiaban con todo su corazón: para construir la fortaleza habíamos demolido todo el hospital de Sant'Andrea y las casas de noventa familias. Me sumergí en el trabajo, llenando las hojas de mi libro de protocolo con acto tras acto durante más de un año, hasta finales de 1450, es decir, en enero. En mis raros regresos a Vinci, solo mi padre se mostraba satisfecho con mi traslado a Pisa: para él era una oportunidad de renovar una vez más el flujo de recuerdos y relatos de su juventud, y de hablar sin pausa de cuando de joven fue a Porto Pisano y navegó hacia Poniente y la aventura.

Yo, sin embargo, nunca lo escuchaba. Dentro de mí siempre había otro pensamiento que no me daba sosiego. Y no era ya la preocupación egoísta por mí mismo, por el riesgo que habían corrido mi carrera y mi vida a causa de una sola cesión al pecado, de un solo gesto irreflexivo. No, en el exilio pisano solo pensaba en ella.

¿Qué le habría ocurrido? De haber quedado preñada, podría pagar las consecuencias de manera terrible, pues, al fin y al cabo, según las leyes y costumbres, se la consideraba en los niveles más bajos de la sociedad humana: solo era una esclava y una hembra. Y, además, ¿cómo habría sacado adelante ella sola la preñez? ¿Y la angustia y el sufrimiento del parto? Puede que ni siquiera hubiera sobrevivido, y en ese caso habría sido una muerte misericordiosa la que cerrara sus ojos y pusiera fin a sus sufrimientos. Y si en lugar de eso hubiera tenido un niño, ¿qué habría ocurrido? ¿Dónde lo

habrían abandonado? Dios mío, ese niño era mi hijo. ¿Cómo había podido dejarla así, sin asumir en absoluto mis responsabilidades como padre? Lo que más me dolía era no conocer siquiera un nombre que pudiera invocar o por el que rezar en los momentos de soledad. Un nombre para confiarlo a la Santísima Virgen María, con el fin de que les protegiera a ella y a su hijo. A nuestro hijo.

Cuando regresé a Florencia en 1451 no la había olvidado, desde luego. Nunca la olvidaría. Pero al mismo tiempo, reconfortado por mi éxito profesional en Pisa, también había adquirido otra dolorosa certeza. El río de la vida, que no dejaba de fluir, nos había separado para siempre. Nunca volvería a verla. Eso sí, su recuerdo permanecería imborrable en mí: el recuerdo de la luz con la que la había visto circundada, el recuerdo de su cuerpo que me acogía, el recuerdo de sus ojos. Nunca volvería a verla, pero nada nos separaría jamás en lo más hondo de mi corazón.

En Florencia había pasado la plaga y se esperaba una nueva primavera. Había vuelto a la casa de Vanni, pero el ambiente allí era irrespirable. Monna Agnola no me dirigía la palabra, ni tampoco su sobrino lisiado ni su hijo adoptivo. Caterina, la esclava, parecía entenderse bien con su sobrino, intrigando para ser liberada y tal vez incluso casarse. El 16 de marzo Vanni añadió un último codicilo a su testamento, pero estaba enfermo, casi siempre en la cama, y sentía acercarse con preocupación el final de su existencia terrenal y el momento de reunirse con el juez del otro lado. Tenía miedo de los últimos sermones amenazadores del arzobispo contra los usureros. Ya ni siquiera quería ponerse el hábito de los Negros, porque se había negado a participar en la horrible ejecución y quema de un pobre médico acusado de ser un hereje epicúreo.

Desde marzo empecé a otorgar documentos en los lugares de enjundia, en el corazón de la ciudad y cerca del centro del poder: en la Badia, apoyándome en el taller de *ser* Piero di Gagliano; en Santa Maria degli Angeli, donde me había introducido el viejo Vanni; en el Palacio del Podestá. Pero había poco trabajo: en cuatro meses solo seis actos. Cuando me cansaba de esperar en los pórticos de la Badia o en el

patio del Palacio, recorría las tiendas y los almacenes.

Mis tiendas favoritas son las de la barriada de los papeleros. Me gusta el olor a papel fresco recién traído de las fábricas. Es mi principal herramienta de trabajo, pero lamentablemente el mejor cuesta demasiado y todavía no puedo permitírmelo, así que lo hojeo, lo huelo, lo toco para sentir cómo palpita en las arrugas e hilos metálicos, es un material vivo nacido de la transformación de viejos harapos y residuos, y listo para revivir con la magia de la escritura.

Lo miro a contraluz para ver las marcas de agua y trato de adivinar qué viaje ha cubierto antes de llegar a este banco y en qué aguas de qué ríos se ha macerado la pulpa: el Elsa en Colle, el Serchio en Lucca, el Pescia en Valdinievole, el Giano en Fabriano. Cuántas figuras fantásticas aparecen y se mueven en la luz: nuestro lirio florentino, la cruz trilobulada, el basilisco, la cabeza de buey, la rueda, el capelo cardenalicio, la sirena. En los papeles árabes de mi padre, en cambio, no hay marcas de agua. Luego están los pergaminos para las escrituras originales *in mundum*, que hay que elegir con cuidado porque si no, por el lado de la carne se escribe mal y la tinta se corre por todas partes: pero solo lo compro cuando es necesario y se lo cobro al cliente. El papelero Gianni Parigi, benévolo y resignado, me lo permite y también me da crédito. Aunque sabe que no compraré nada o como mucho le pediré una resma de papel de barba más barato, la que se vende a los tenderos o a los oficiales de los Catastros. Le gusta sin embargo mi actitud de entendido, que hace que incluso otros clientes mejor abastecidos de dinero se detengan sintiendo curiosidad.

Más adelante, en el taller del maestro Vespasiano, puedo tocar y mirar con reverencia objetos maravillosos que, no obstante, nunca podré permitirme: manuscritos en pergamino en la nueva escritura al estilo antiguo, ahora de moda, decorados con elaborados entretejidos y blancos oropeles, retratos de autores, ilustraciones. Aquí he de tener más cuidado y hacerme a un lado respetuosamente cuando aparecen personajes como Cosme de Médici o Giannozzo Manetti; sobre todo porque el maestro Vespasiano me echa de vez en cuando, refunfuñando que estropeo a sus pupilos, como él llama a sus libros. A veces ni siquiera puedo

acercarme a los libros, porque el lugar lo ocupa un elegante caballero en garnacha, messer Francesco Castellani, que vive en ese palacio que parece un castillo al final del camino, en el Arno. ¿Quién no lo reconoce cuando pasa? Yo también he aprendido a distinguir la pluma de papagayo en su gorro, desde que el barbero me la mostró burlonamente.

Un día me armo de valor y lo saludo humildemente, inclinándome y ofreciéndole mis servicios. Para mi completa sorpresa me responde: de arriba abajo y con evidente desprecio, pero me responde, y entabla incluso conversación conmigo. Me pregunta de dónde soy, y al oír Vinci vuelve a preguntarme si conozco a este y a este otro, y es como forzar una puerta abierta: los conozco a todos, o más bien es mi padre quien los conoce a todos, entre Vinci, Sovigliana, San Donato in Greti, Cerreto, Empoli. El caballero tiene varias propiedades en ese territorio y ni siquiera él mismo sabe cuáles son, a causa de los excesivos e intrincados asuntos de herencias y arrendamientos y gabelas y confines. En definitiva, lo que le hace falta es un notario joven de allí, despierto y hábil como yo, eso es exactamente lo que dice, diestro en tratar asuntos de gran trascendencia, como los que afectan a un caballero como él. No acabo de creérmelo. Trabajar para el gran caballero Castellani. Es posible, como suelen hacer por lo general estos grandes señores, que ni siquiera me pague, como no me han pagado ni Vanni, quien dice que lo hace al alojarme gratis en su casa, ni Donato, que finge estar demasiado atontado para pensar en cosas así: pero seguro que alguien como Castellani tendrá la casa llena de paños y telas finas, ¿cuánto le costará darme una para un paletoque nuevo?

Sin perder tiempo, el caballero me lleva a su castillo, me hace subir a su estudio en el primer piso y llena el escritorio de papeles tirados al tuntún y con desprecio, que se nota que nunca consulta porque lo aburren y lo distraen de sus más elevadas ocupaciones como caballero; e incluso me deja solo, marchándose a una habitación contigua cuya puerta deja abierta por descuido. Lo confieso, como todo notario tengo el vicio de meterme en asuntos ajenos y de husmear donde no debo. Trato de echar un vistazo con el rabillo del ojo entre las hojas pintadas de la puerta, pero no puedo ver mucho. Hay

un ruido raro que agudiza aún más mi curiosidad y evoca en mí un confuso recuerdo de mi infancia: tal vez de cuando yo era niño y en nuestra casa acababa de nacer Violante, y yo me veía separado otra vez de mi madre, que se dedicaba solo a esa nueva pequeña intrusa y le daba todo su cariño.

Me levanto, me acerco a la puerta. Por la rendija lo veo todo. La cama grande y alta con un cabecero pintado. Una mujer joven que amamanta a un recién nacido, sosteniendo la mano de otra mujer. La reconozco, reconozco su seno que sube y baja, su pelo rubio, y tengo la impresión de que ella también levanta sus grandes ojos azules un instante y me mira. No puede ser ella, no puede estar aquí ahora, es una aparición.

Retrocedo tambaleándome y caigo pesadamente en la silla, agarrado a los reposabrazos. Toda la sangre se me ha retirado a la concavidad del corazón, tengo las manos frías, no puedo respirar. En este estado me encuentra el caballero. Farfullando, logro recomponerme y le digo que hay demasiada confusión en los papeles y que tendré que volver varias veces, y probablemente ir a Vinci para controlarlo todo de cerca. Me despido con desapego, huyo por las estrechas y empinadas escaleras, arriesgándome a tropezar y caer a cada paso. Estoy fuera, no sé a dónde ir, me apoyo contra un murete bajo que da al río, quizá lo que sienta sean ganas de tirarme y ahogarme. Miro hacia las ventanas, creo ver una sombra observándome detrás del vidrio emplomado. Tengo la impresión de estar volviéndome loco. Me sujeto la cabeza entre las manos y me echo a llorar.

A la mañana siguiente estoy de vuelta en el castillo, en el escritorio del caballero, que se ha ido después de recibirme. No parece haber nadie, ni siquiera la otra mujer que debe de ser su mujer. Hojeo mecánicamente los papeles sin conseguir leerlos, esperando con ansia que ocurra algo. Y algo ocurre. Tras aparecer no sé cuándo y no sé de dónde, en un rincón, ella me mira en silencio. No soy capaz de decir qué hay en esa mirada, pero no cabe duda de que no es reproche ni odio; pero tampoco es alegría, sino más bien un aire de melancolía, de resignada tristeza. Ella también debió de reconocerme el día anterior, al verme desde la cama. Se da la vuelta y se

escabulle por una puerta trasera, mirándome una última vez como para invitarme a seguirla. Como en un sueño, me levanto, cruzo la puerta, empiezo a subir las escaleras. En lo alto salgo a un mirador abierto entre dos pequeñas torres que da al río y está repleto de sábanas tendidas a secar, ondas de velos blancos que se estremecen al viento.

Ella me espera allí, siempre en silencio. Solo puedo decirle unas pocas palabras, que son una petición de perdón. Ella responde con una pregunta: ¿qué significa el perdón si la abandoné, desaparecí sin decir nada, sin despedirme? No es a ella a quien tengo que pedir perdón. Es a mi hijo a quien debo pedir perdón: a nuestro hijo, de quien fue separada inmediatamente después del parto, y a quien hemos perdido para siempre. Caigo al suelo, me acurruco junto a la pared y empiezo a llorar como un niño. Se acerca, me acaricia la cabeza y me pregunta: ¿cómo te llamas? Levanto la vista y la observo con los ojos húmedos, y respondo. Y ella: Caterina, yo me llamo Caterina. Nos quedamos así, mirándonos, asombrados, en silencio, entre las sábanas que parecen querer volar como las velas de un barco.

Desde entonces nos hemos visto casi todos los días. Trabajé duramente para el caballero y fui a menudo a Vinci, y ayudé también a mi anciano padre escribiéndole la declaración para el Catastro que luego llevé personalmente a Florencia: solo mientras me la dictaba descubrí cuántas fincas había tenido que vender para mantenerme. En el castillo, Caterina y yo teníamos toda la libertad que quisiéramos, porque el caballero nunca se dejaba ver: o se escondía en uno de sus sótanos o rondaba por los talleres de orfebres y sederos. Su esposa solo la necesitaba para amamantar a Maria, no más de una o dos veces al día, puesto que la niña tenía más de un año y ya la estaban destetando, y por lo tanto monna Lena dejaba a la esclava completamente libre, porque, decía, Caterina tenía que descansar y comer bien y acumular buena sangre y buena leche. Me asombraba el cariño y la generosidad con que la trataban, no era desde luego como suele tratarse a una esclava.

Conseguíamos vernos a escondidas en el lugar de siempre: en el mirador de la azotea, abierta al sol y al aire, donde

normalmente solo subía Caterina con la ropa. Las primeras veces ni siquiera tuvimos el coraje de tocarnos, de rozarnos, ni siquiera de darnos las manos, tal era la fuerza del recuerdo de la tormenta interior que nos había arrollado dos años antes, y que todavía nos asustaba. Ahora en cambio hablamos, y pude conocer el alma maravillosa que se asomaba a sus ojos.

Me entero de todo lo que le ha ocurrido desde mi fuga. Cuando comprendió que estaba preñada se lo reveló a su dueña, monna Ginevra, quien, para evitar escándalos, quiso mantener la preñez en secreto e inmediatamente después del parto la alquiló como nodriza a esta familia Castellani, porque monna Lena había tenido recientemente una niña, pero ella carecía de leche. En cambio, su hijo, un niño, le fue arrebatado casi de inmediato, y para ella, que lo tuvo en su vientre durante nueve meses y lo sintió crecer poco a poco y le transmitió su sangre y su vida y le murmuró cantilenas cuando aún estaba dentro, supuso un dolor inmenso, un desgarro que no puede expresarse con palabras: tal vez más grande que el que sintió en su cuerpo cuando el niño salió a la luz. Una violencia terrible, una herida que aún no ha cicatrizado.

Siento por primera vez el mismo dolor, por ella y por el niño, y toda la vergüenza por mí mismo, pues tenía el deber de estar cerca de ella y de reconocer mi culpa con monna Ginevra, y de quedarme con el niño y educarle, como prescriben las leyes a los que no tienen corazón para saber por sí mismos lo que es justo y correcto. En lugar de eso, hui y el niño se perdió. Ni siquiera Caterina sabe dónde está, ni si ha sido bautizado, ni qué nombre tiene. Debe de tener la misma edad que la pequeña Maria, y cada vez que amamanta a Maria los ojos de Caterina se velan de tristeza, porque piensa en su chiquitín sin nombre y sin futuro. Ha oído hablar de un lugar al que llaman los Inocentes, donde llevan a estos hijos sin padres. Debe haber ido a parar allí, tal vez todavía esté vivo, atendido por una nodriza contratada por el hospital.

Le hablo a Caterina de mí, de mi familia y de mi vida, de mi infancia triste y solitaria, de la lucha por encontrar mi

propio camino y mi libertad, que ahora trato de defender día a día como una agotadora conquista. Ella, por el contrario, no tiene ganas de hablar de su pasado. Es un pasado que poco a poco se va borrando: un mundo tan diferente a este en el que vive ahora que a veces se pregunta si alguna vez existió en realidad o si sus recuerdos no serán meros sueños recurrentes, ensoñaciones de algo que no existe. Un mundo fantástico, según lo poco que logro que me cuente. Incluso su manera de hablar nuestra lengua es extraña: casi sin vocales, muy gutural, con algo que recuerda a la entonación veneciana. Como el viejo Donato.

Caterina viene de las montañas del fin del mundo, donde se posó el Arca de Noé después del Diluvio, donde Prometeo fue encadenado por los dioses, donde Alejandro Magno cerró el paso con unas gigantescas puertas a la bárbara e inmensa horda de Gog y Magog. De allí proviene Caterina, hija de un príncipe llamado Jacob. El nombre Caterina, que suele ser un nombre de esclava, uno de esos que los frailes dan a las esclavas paganas recién llegadas sin demasiada imaginación, es en su caso su nombre real: fue bautizada así en honor a Santa Catalina de Alejandría, de la que lleva un anillo de plata con una inscripción en griego que es el único recuerdo que le queda de su padre. Ella es una cristiana bautizada, aunque tenga algunas ideas extrañas sobre la doctrina, y es mejor no profundizar demasiado en estos asuntos; al fin y al cabo, en nuestras tierras, ¿qué sabe el pueblo sobre las sutilezas de los maestros teólogos?

Caterina fue capturada y esclavizada en Tanais, la localidad de avanzadilla veneciana en la extremidad del mar Mayor, y arrastrada más tarde a través de los mares del mundo, y vio las cúpulas doradas de Constantinopla, vio el laberinto de agua de Venecia y llegó a Florencia con messer Donato. Solo hay una cosa en la que Caterina insiste con fuerza y orgullo cuando habla: nació libre, como el viento y como los animales salvajes, en un pueblo para el que la libertad es el bien supremo. Ya no soporta vivir en esta condición de esclavitud, ni ser considerada una cosa, un objeto. En algunos momentos, como cuando le arrancaron a su hijo, quiso morir, y tal vez algún día abrace la muerte por propia elección y con su propia mano, porque ese gesto extremo sería el único acto de

libertad que le queda. Se cortará la garganta o saltará al vacío desde esta azotea. Por eso no tiene más deseos que volver a ser libre y morir como mujer libre.

Después de las palabras, también nuestras manos volvieron a entrelazarse, y luego nuestros cuerpos empezaron a hablarse con el lenguaje universal que va más allá de todas las diferencias de lenguas y culturas. En el mirador del castillo, a la luz y al sol, volvimos a amarnos, no con la angustia y el torbellino de la primera vez, sino con la plenitud de un entendimiento alcanzado, de una fusión absoluta de corazón y deseo. Nos amábamos en el presente, un presente absoluto sin memoria del pasado, sin miedo alguno ni conciencia del futuro. El amor de Caterina me liberaba de mí mismo, me daba fuerza y seguridad, me hacía ser otra persona.

En esos meses dorados murió Vanni, el 24 de octubre; acudí a su funeral en Santa Croce y me vi enredado en la ejecución de su testamento, que no llegó muy lejos, como bien había previsto. Pero no me importaba. Ahora solo pensaba en Caterina.

Un día Caterina se dio cuenta de que estaba preñada de nuevo. Messer Castellani, perdido tras sus libros y sus brocados, nunca se percató de nada, hasta que, constatando que Caterina ya no podía seguir ocultando su vientre, fui yo quien se lo dijo. No se descompuso en absoluto, al contrario, me dijo que el rollizo niño que había visto corretear por la casa, Niccolò, también lo había tenido él mismo con una criada, antes de casarse con Lena. Cada vida que nace es un desafío al destino, una apuesta con la Madre Naturaleza.

El caso es que habrá que hacer algo. Caterina no es de su propiedad, sino de monna Ginevra. El caballero, como arrendador de la nodriza, también podría ser considerado responsable de cualquier deterioro que se produjese en su propia casa, es decir, de la nueva preñez, y algo así no era conveniente. No puede permitir que su buen y honrado nombre quede implicado en ningún escándalo. Todo se mantendrá oculto aquí en el castillo, nadie se dará cuenta. A monna Ginevra se le dirá que todavía tienen necesidad de la buena leche de la nodriza, la pequeña Maria es incapaz de

renunciar a ella. Cuando llegue el momento, sin embargo, no nos quedará más remedio que marcharnos. Tendré que llevarme a Caterina a parir a otro lado. Él no quiere verse enredado en estas cosas de hembras.

Y así fue. Con una decisión firme y compartida, a la criatura que Caterina llevaba en su seno nunca la abandonaríamos. En esto, Caterina fue clara e inflexible. Ella había rezado mucho en ese tiempo, y había pedido una sola gracia al Señor Todopoderoso: que el niño naciera y viviera libre, no le importaba si debía separarse de él, siempre y cuando no fuera abandonado y lo criara yo como un hijo. De ser posible, me pedía en cambio solo otra gracia: que la ayudara a recuperar su libertad, su dignidad como ser humano. Le juré que así sería y que haría todo lo posible para que su sueño se hiciera realidad, y en mi interior sentí la certeza de que, con la ayuda de Dios y de la Virgen María, lo lograría. Por esa razón también elegimos juntos a qué santo dedicar el nacimiento de esa nueva vida e implorar la gracia de su libertad: san Leonardo, el que libera de las cadenas, el protector de los esclavos y prisioneros y de las parturientas. Nuestra criatura se llamaría Leonarda o Leonardo. Un símbolo de libertad. La libertad de Caterina.

El 2 de abril de 1452, después de un viaje lento y fatigoso a causa del estado de Caterina, el cochero del caballero nos llevó casi hasta Vinci: al molino de aceite de Anchiano, donde nos esperaba mi padre. Temía el encuentro con él. Todavía no sabía nada. Tenía miedo de que se indignara por lo que había hecho y me echara ignominiosamente del pueblo, obligándome a llevar a parir a la esclava ramera a otro lugar, y entonces ese sería nuestro final. Pero en cambio, se produjo el milagro. El viejo se enamoró de Caterina, y con él mi madre, y luego medio pueblo, y todos trataban de ayudarla a dar a luz, en aquella pequeña casa de campo, el fruto de nuestro amor. Que fue niño, y recibió el nombre de Leonardo.

Leonardo nació a última hora de la tarde, y poco después tuve que marcharme a pie hacia Florencia, acompañado de un infante del podestá, porque a la mañana siguiente, 15 de abril de 1452, tenía que otorgar una lista de capitanes. No pude asistir al bautizo, que fue, según me dijeron, una memorable

celebración en Anchiano. Tan pronto como me fue posible regresé a Vinci, donde Caterina y el niño se habían trasladado a la casa de mi padre en el pueblo, pues allí era más fácil atenderlos. Caterina se recuperó rápidamente y con la fuerza de su buena sangre respondió de inmediato a la llamada que la Madre Naturaleza había inscrito en su cuerpo, y empezó a amamantar al pequeño Leonardo. Se instalaron en el cuartito donde nosotros habíamos vivido durante tantos años de niños, al lado de la habitación de mis padres, durmiendo en una única cama grande; el cuartito donde yo intentaba escribir en la mesita mientras Violante acunaba a Franceschino y le peinaba los rizos, y el gato Saladino, que aún era pequeño, saltaba como un duendecillo. Violante y yo ya nos habíamos ido, y Francesco, orgulloso de su nuevo papel de tío, no puso problemas por tener que dejar su sitio a Caterina y a su sobrino Leonardo, yéndose a dormir a la cocina.

También el pobre Saladino, que murió de viejo, se había ido a algún paraíso felino a pesar de todas sus fechorías y su apodo sarraceno: un pequeño paraíso donde van sus pequeñas almas, y cuya existencia desconocemos los humanos. Pero el abuelo Antonio, al que ahora todos llamaban así, y ya no *ser* Antonio o tío Antonio, no lo dudó un instante y lo remedió enseguida. La primera vez que llegué a casa sentí cómo se deslizaba entre mis piernas un nuevo diablillo negro y escurridizo. Donde hay un niño no puede faltar un gato, sentenció el abuelo: en realidad era porque le gustaban a él, y se refugiaban en su regazo a ronronear y dormir, sobre la manta, porque para entonces el abuelo estaba casi siempre sentado. Su nombre era Segundo. Pero su verdadero nombre era Saladino Segundo.

A pesar de mi aversión hacia los gatos, me sentía tan feliz que incluso lo acaricié; y lo tuve en mis brazos cuando iba a ver a Caterina. Ella me dio permiso para entrar cuando estaba amamantando, y recuerdo esos momentos como los más hermosos de mi vida. Ya no podía haber entre nosotros la intimidad total, enloquecida y libre que habíamos experimentado en Florencia: yo sabía que nunca más la habría. Sin embargo, la había sustituido una intimidad mayor y más intensa, no física sino espiritual, en torno a aquella

criatura que día tras día estaba más hermosa y saludable, alimentada por Caterina en la misma fuente de vida. Para mí, sentado frente a ella en silencio, eran momentos de oración al icono de la Virgen María que la abuela Lucia había colgado encima de la cama.

Regresé a Florencia el 30 de abril para otra escritura pública, y sobre todo para dar cuenta al caballero de todo lo que había ocurrido. Lo encontré con una expresión en el rostro, generalmente irónica y sarcástica, que nunca había visto: algo que se asemejaba vagamente a una tranquila felicidad. Y hasta monna Lena tenía una mirada extraña: un halo de felicidad impregnaba la piel luminosa de sus mejillas, cierta indolencia que la mantenía siempre en la cama, mimando o acunando a su hija. Como luego supe, en el mismo mes en el que nació nuestro Leonardo, ella también había sido bendecida por Dios al quedar preñada. Monna Lena lo sabía todo sobre Caterina y había aprobado completamente la decisión de protegerla y llevarla a Vinci. Así que ahora ambos estaban allí para hablar conmigo sobre el futuro de Caterina. Tenía que quedarse en Vinci, recuperar fuerzas, dedicarse solo al niño. De monna Ginevra se encargarían ellos y, cuando llegara el momento, me harían saber lo que debía hacer. Probablemente debería traer a Caterina de vuelta a Florencia con el niño. Monna Lena estaba ansiosa por tomarlo en sus brazos.

Como notario, me encomendaron de inmediato la tarea que me correspondía: la liberación de Caterina. Tuve que volver a estudiar, en mi enorme libraco notarial, la parte dedicada a la *manumissio* y la *emancipatio*. Tenía que empezar a preparar la escritura, que no era algo demasiado sencillo y que nunca había hecho. La tradición jurídica se remontaba al derecho romano, pero se refería a la antigua sociedad romana en la que la esclavitud era una condición dura pero regulada por las leyes, y generalmente considerada transitoria: los antiguos no se planteaban arduos problemas teológicos, como si los esclavos tenían alma o no. Después de la encarnación de Nuestro Señor, su Evangelio fue también un mensaje de liberación de la esclavitud y de las cadenas, pero, por desgracia, en los siglos que siguieron, en los que unos pocos

grandes señores feudales ejercían, en nombre del emperador, un dominio absoluto sobre las tierras de sus feudos y sobre todo lo que vivía, crecía y pastaba en ellas, y por lo tanto también sobre los seres humanos que no eran más que siervos, las cosas habían ido de manera muy diferente.

En el fondo, todos éramos esclavos de unos pocos amos: incluso los antepasados de mis mayores, los que vivieron antes de Michele da Vinci, de quienes ni siquiera sabíamos cómo se llamaban porque no eran más que siervos sin nombre. Hace doscientos años ese poder se quebró y nuestras ciudades se convirtieron en comunas de hombres libres, al igual que los campos y los pequeños pueblos como Vinci. Pero luego volvió esa inhumana costumbre de comprar y vender seres humanos, considerándolos objetos, cosas o animales, inferiores y carentes de alma. Sí, tengo que encontrar todas las fórmulas adecuadas, porque este instrumento será el acto más importante de toda mi vida. No es la liberación de ningún esclavo. Es la liberación de mi Caterina. De la madre de mi hijo.

Por eso estoy aquí ahora, el día 2 de noviembre de 1452, en el lugar donde todo empezó, en el salón de la casa de Donato di Filippo di Salvestro, en via di Santo Gilio.

Por ahora sigo solo, pero de un momento a otro aparecerán todos. Ya he preparado la minuta y también he traído conmigo un rollo de pergamino para copiar de inmediato el original *in mundum* y ponerlo en manos de Caterina. No quiero hacerla esperar un momento más para ser libre.

Entra monna Ginevra con el viejo Donato del brazo. No es la primera vez que vuelvo a verla, de modo que ya no reina la incomodidad entre nosotros. Hace un mes el caballero, que ya había ido a hablar con ella para intentar convencerla, me comunicó que la señora había accedido por fin a que el notario se presentara en su casa. No me dijo nada más, pero yo sabía que el caballero ya le había pagado el precio de la liberación, saldando no solo su arrendamiento como nodriza hasta el día de la escritura, sino añadiendo una suma ulterior. Y sabía además que para mí no era solo una reunión profesional. Era un examen, peor que los que había afrontado

para llegar a ser notario. Monna Ginevra quería mirarme a la cara, quería ver si tenía valor siquiera para hablarle, si yo era de verdad el malvado hipócrita que estaba convencida de que era. Solo entonces decidiría. Tenía que estar dispuesto a sufrir cualquier cosa, incluso el desprecio y la humillación, sin reaccionar. Lo que estaba en juego era demasiado valioso. Tenía que hacerlo por Caterina.

Sí, ese primer encuentro con monna Ginevra fue extremadamente frío. No me veía desde hacía tres años, desde aquel fatídico verano. Pero enseguida comprendí que no era por una cuestión de mezquino interés: no la tenía tomada conmigo por haber dañado una de sus propiedades. La había juzgado mal. A Caterina la quiere de verdad. Casi como a una hija: la hija que nunca tuvo de Donato. Quizá nunca quiso separarse de ella, o quizá pretendía dejarla en libertad y darle una pequeña dote para casarse. Como supe más tarde, Caterina fue nada menos que la salvadora de Donato en el momento más trágico de su vida, y quien lo trajo a Florencia a los brazos de Ginevra, que lo había estado esperando durante quince años. Pensaría casi que se trata de una novela, de no tener la certeza de que es una historia real. La suerte se había invertido: fue la esclava quien salvó a un hombre antes rico y poderoso y lo devolvió a la vida y a la libertad. Pero ¿cuál iba a ser la decisión de monna Ginevra? Todo dependía de ella, de su arbitrio. Podría hacer cualquier cosa. Podría denunciarme por seducir a Caterina y dejarla preñada no una sino dos veces, y luego además secuestrarla y llevarla al campo. Podría causar mi ruina para siempre, y también la de Caterina, y vengarse de la manera más atroz. Pero no lo hizo, porque la quiere.

Yo, en cambio, era para ella el malhechor, era el criminal. Me lo habría hecho pagar amargamente de poder hacerlo sin causar daño a Caterina y a su hijo. Su rabia hacia mí era furibunda, sobre todo por cómo me había comportado la primera vez, cuando había huido sin más, incapaz de tener el valor de ir a hablar con ella y reconocer mi responsabilidad, dejándola a ella y a Caterina con esa preñez y ese niño, y obligándola a ella, a monna Ginevra, a llevarlo en persona, disfrazada de criada, al torno de los Inocentes, diciendo que aquel bulto era hijo de una esclava y de un veneciano de paso

y sin nombre. Mientras monna Ginevra me hablaba y me acusaba de esa manera, con palabras duras y terribles, yo me sentía morir por dentro, pensando en todo lo que había sufrido Caterina y en lo que probablemente todavía estaba sufriendo ese niño, a quien el destino había obligado a nacer huérfano de padre y madre y a afrontar la vida completamente solo.

Mientras yo lo admitía todo, y declaraba cada una de mis culpas, poco a poco monna Ginevra fue suavizando su dureza y comprendió que las lágrimas que apremiaban por salir de mis ojos enrojecidos eran sinceras. No estaba allí ante ella solo para evitar las duras consecuencias de una condena en mi vida y en mi carrera, y ahora ella lo entendía. Lo que nos había pasado a nosotros no era tal vez muy diferente de algo que también le había pasado a ella cuando era joven. Tal vez fuera simplemente el poder del amor, que todo lo vence: las leyes y religiones de los hombres y las cadenas de la esclavitud. Tal vez un día ella también se entregó a un hombre solo por amor. Para casarse con su Donato esperó hasta los cuarenta años. Tal vez ella también sepa lo que significa la palabra libertad, cuál es todo su valor, porque ella, en su vida, cuando aún era una mujer soltera que se negaba a someterse a un matrimonio arreglado por su familia, tuvo que defender también con uñas y dientes su libertad, en esta sociedad nuestra donde las mujeres son consideradas seres débiles e inferiores, carentes de derechos, o incluso animales imperfectos.

Monna Ginevra es digna de admiración, pequeña, regordeta y lamentablemente ya enferma de gota, por su fuerza y su libertad de espíritu. Estas son las mujeres que hacen las revoluciones. Una mujer práctica, que nunca pierde el sentido y la medida de las cosas, y sabe lo que es correcto hacer en el momento oportuno. Mientras yo lloraba, me tomó de la mano y me dijo simplemente: vamos, messer notario, no nos demoremos en tomar notas, porque la sopa se está enfriando.

Antes de que lleguen los demás, hago que monna Ginevra lea todas las notas que ya he preparado y que luego transcribiré en la minuta. He anotado escrupulosamente todo lo que me ha dicho, *extense vel saltem sub caeteris et*

imbreviaturis, nihili de substantialibus omittendo, y ella sigue mi escritura con atención, porque no solo sabe leer sino que también domina el latín. He dejado en blanco los datos relativos a la escritura de procedencia, pero me dice que lo pase por alto, ella no tiene esos papeles porque nunca ha pedido que le hicieran una copia, pues nunca pensó en comerciar con Caterina, ni siquiera recuerda quién fue el notario, y nadie quiere perder el tiempo buscándolo. A quién le importa quién se la vendió y a qué precio, mientras sepamos entre nosotros que Caterina se la regaló Donato, y que Donato la consiguió en Venecia, no sabemos de quién y no sabemos cómo; y ni pensar en retroceder más, hasta Constantinopla, hasta Tanais, hasta las brumas del país de los cimerios. ¿Cómo encuentras un papel que diga, sí, esta persona una vez fue libre, nació libre e hija de Dios, y hoy es esclava? ¿Dónde empezó toda esta cadena de crímenes contra el ser humano, este inmundo comercio de cuerpos y almas? Y aquí frunce el ceño, y está claro que incluso el mero hecho de hablar de estas cosas la molesta mucho. No quiero contrariarla en absoluto. Así vale perfectamente, será suficiente con escribir que compró a Caterina hace muchos años, sin decir de quién, y que es propiedad exclusiva de ella, y no de Donato.

Llegan los testigos, que son dos amigos y vecinos y parecen ajenos a todo. Oigo cierto alboroto en el patio, ha llegado un carruaje del palacio Castellani, precedido por el caballero, naturalmente a caballo. Los latidos de mi corazón se aceleran. Entra el caballero, ayudando a monna Lena con su barriga, entra Caterina con Leonardo en brazos, todo arropado y protegido con una caperucita de fieltro, porque ya hace frío fuera y amenaza lluvia. Menos mal que Leonardo duerme tranquilo, de lo contrario no tardaríamos en oírlo: Caterina debe de haberlo amamantado antes de salir. Hay miradas que se cruzan. Sobre todo, las de Ginevra y Caterina, que no se habían visto desde el día en que la joven se marchó para hacer de nodriza con los Castellani. Caterina se detiene y parece bajar los ojos, pero es Ginevra quien se levanta y va hacia ella y la abraza suavemente para no despertar al niño. Permanecen así, abrazadas, por un momento, y luego Ginevra

regresa a su puesto de mando.

Empiezo a leer la *invocatio* y la *datatio* con las indicaciones completas de año, indicción, día y mes: *In Dei nomine amen, anno ab eiusdem salutifera incarnatione millesimo quadringentesimo quinquagesimo secundo, indictione prima, et die*; y entonces me doy cuenta de que he escrito mal el día, yo que nunca me equivoco y tengo una auténtica obsesión por las fechas y por la precisión, pues he puesto XXX, treinta en números romanos, *mensis octobris*, y en cambio hoy es 2 de noviembre, el Día de Difuntos. Lo corrijo inmediatamente. Estoy demasiado confundido, nunca he tenido ocasión de otorgar una escritura en la que, sin que se mencione en ningún momento, no solo soy el notario sino también uno de los protagonistas. Continúo con el *actum*, la indicación del lugar, en esta parroquia de San Michele Visdomini, y en presencia de testigos. Sigue la cláusula del *mundualdo*, la potestad familiar, porque monna Ginevra es mujer y según el bárbaro derecho longobardo, que absurdamente todavía seguimos, no puede hacer nada si no está autorizada por su amo y señor, quien en el curso de la vida de una mujer puede ser un padre, un esposo o un pariente cercano, pero siempre un varón. En su caso, la potestad familiar pertenece a su marido, Donato, que mientras tanto se ha puesto a jugar con la peonza de Leonardo.

Continúo con las declaraciones de Ginevra respecto a su legítimo y exclusivo derecho de propiedad sobre la esclava objeto del presente acto, a quien se identifica como Caterina, hija de Jacob, originaria de Circasia: *Caterina filia Jacobi eius schlava seu serva de partibus Circassie.* Ginevra declara que la había comprado *de suis propriis pecuniis et denariis* antes de casarse con messer Donato, quien por lo tanto no tiene derecho ni usufructo sobre la esclava, mientras que monna Ginevra tiene pleno poder para hacerla trabajar, transferirla, venderla, etcétera, etcétera. Aquí y allá noto más errores y palabras que faltan: nunca había escrito peor una minuta. Y, por último, la *dispositio*, y cuando la escribía, la pluma volaba. Dado que desde hace varios años y hasta el día de hoy la mencionada esclava Caterina ha servido a monna Ginevra y a su familia con fidelidad y buena fe, monna Ginevra, deseando

expresarle su gratitud, en plena posesión de sus capacidades mentales, no por error ni por dolo ni por miedo sino solo por amor de Dios, por sí misma y por sus sucesores y herederos, libera y emancipa a dicha Caterina de la esclavitud: *liberavit et absolvit ab eius servitute*.

En ese momento, monna Ginevra me interrumpe con frialdad: nos falta una cosa. Por supuesto, digo yo, es necesaria la indicación de que la beneficiaria está presente y da su consentimiento, se me había olvidado incluirla: borro la última línea, la más importante, y escribo *presentem et acceptantem*, y me dispongo a concluir el acto, pero Ginevra me detiene de nuevo. No es solo eso lo que falta. También ha de añadirse una *conditio*, que ninguno de nosotros conocía previamente, y me la empieza a dictar en latín, delante de los testigos. Caterina tendrá que seguir sirviendo a Ginevra y su familia hasta la muerte de su ama, y solo después será verdaderamente libre y podrá hacer todas aquellas cosas que puede hacer una mujer libre, como si hubiera nacido de una mujer cristiana; y si, por el contrario, Caterina se porta mal y con ingratitud hacia monna Ginevra, todo quedará cancelado, y la esclava podrá incluso ser cedida o revendida a otros. Es una sorpresa desagradable, y por el momento solo el caballero y yo, que sabemos latín, lo entendemos. Retomo mecánicamente las sucesivas fórmulas de rigor, con el corazón encogido. Ginevra ha cambiado de parecer, no quiere dejar que Caterina se marche, quiere que se quede con ella. Ella es quien reparte las cartas en este juego, es ella quien decide nuestras vidas. Del niño nada aparece escrito. Ya es libre, porque sigue la condición de su padre. Tengo que quedarme con él, como exige la ley.

Cuando termino, monna Ginevra me pide que registre asimismo una pequeña donación para Caterina, también *post mortem suam*, por supuesto, lo más tarde posible: una cama, un cofre con dos cerraduras, una colcha, un par de sábanas, una manta; en resumen, los pocos objetos que quedaban en la habitación de Caterina, más alguna otra cosa a elección de Ginevra. Hemos acabado. Caterina nunca será libre. Y yo tendré que quitarle el niño.

Silencio. Caterina desde su rincón, *presentem et acceptantem*, me sonríe, porque cree que todo ha ido bien y que yo, con la magia y el poder de la escritura, he logrado quebrar sus cadenas y devolverle la libertad. ¿Quién me dará el valor de decirle la verdad? ¿De qué sirve este inútil rollo de pergamino, que ya tenía preparado para copiarlo todo en limpio y entregárselo?

Sin embargo, la cosa no ha terminado. Para sorpresa de todos, y especialmente de monna Ginevra, el viejo Donato se pone de pie, muy erguido. Con paso firme se dirige hacia Caterina y le devuelve la peonza de Leonardo. Se inclina hacia ella y la besa en la frente, luego se vuelve hacia nosotros y empieza a hablar, y no es la voz de un viejo alelado. Caterina es libre, siempre ha sido libre desde que él la conoce, más libre que cualquiera de las personas que están en esta sala, libre de prejuicios, de leyes, de maldad, de mezquindad, de las infinitas cadenas que nos hacen a cada uno esclavos de lo peor de nosotros mismos. Caterina le regaló a él, a Donato, la vida y la libertad, en un momento en que estaba a punto de perder tanto una como la otra. Y probablemente nos ha regalado a muchos de nosotros en esta sala la alegría de vivir y el amor, libremente, sin cálculo ni interés. Caterina ya es un ser libre, ¿qué necesidad hay de condiciones? La jaula está abierta, dejémosla volar. Y luego vuelve a sentarse, encerrándose en su silencio.

Nunca olvidaré la cara de monna Ginevra. No, no es despecho. Aún sigue amando profundamente al canalla de su marido. Y Donato ha dicho verdades que ninguno de nosotros se atreve a decir, ni siquiera Ginevra. Pero es solo por un momento. Monna Ginevra se repone inmediatamente y me quita el protocolo de las manos: el acto ya ha sido concluido, dice, sus deseos han sido registrados en presencia de testigos, no hay nada más que añadir, y me ordena que proceda de inmediato con la redacción del original *in mundum*, bajo su dictado, sin perder tiempo. Los testigos guardan silencio, no han entendido nada de lo sucedido. Monna Lena quisiera intervenir indignada, pero su marido le estrecha la mano para darle a entender que se calle: ellos no están siquiera formalmente presentes. Caterina, que no sabe nada, está tranquila en su rincón y acuna a Leonardo, que sigue

durmiendo plácidamente. ¿Y yo? ¿Qué puedo hacer sino desenrollar el pergamino, estirarlo y fijarlo con las dos varillas, tomar la pluma y mojarla de nuevo en la tinta del tintero, y ponerme a escribir lo que Ginevra me dicta? No soy más que un notario. Alguien que transcribe la voluntad de los demás.

Avanzo línea tras línea, aún con el corazón apesadumbrado. Sin embargo, después de las palabras *presentem et acceptantem*, y antes de esa maldita *conditio*, me detengo, porque monna Ginevra también se ha detenido. Levanto la cabeza y la veo pensativa, con la mirada fija en el papel. Luego mira a Caterina, y Caterina le responde con los ojos y con una maravillosa sonrisa de gratitud. ¿Me engaño o es posible que, solo por un instante, también los ojos de Ginevra se humedezcan a causa de la emoción? Se vuelve hacia mí y dice: el señor notario es demasiado lento a causa de su amor por la hermosa escritura, saltémonos algunas líneas inútiles, de lo contrario se hará de noche; y empieza otra vez a dictar: *liberavit et absolvit ab eius servitute*. Luego se salta toda la *conditio* y va a las fórmulas y la donación final. Sigo escribiendo con frenesí, y la letra probablemente empeora, y tal vez cometa algunos errores, y no llego a entender del todo lo que ha ocurrido. Trazo mi *signum* de una manera tan apresurada y descuidada que espero que nuestro pequeño Leonardo no herede mis pobres habilidades de dibujo. Y cierro con una rúbrica aún más abundante que de costumbre, porque es mi alegría la que se desborda: *ego Petrus Antonii ser Petri de Vintio civis et notarius Florentinus imperiali auctoritate iudex ordinarius notariusque publicus de omnibus et singulis suprascriptis rogatus fui et meo solito et consueto signo subscripsi.* Enrollo el pergamino y, temblando, se lo entrego a Caterina. Un sueño se ha hecho realidad. Caterina es una mujer libre. Desde ahora.

La tensión se ha difuminado. Ya ha terminado todo de verdad. A todos nos gustaría abrazarnos, pero la conveniencia y el decoro nos lo impiden. Monna Ginevra también está contenta. Antes de dejar que me marche, quiere decirme unas palabras más. Los demás ya están en el patio y se alejan con la carroza, porque está empezando a llover. Solo quedamos

ella y yo en la habitación. Ginevra no quería dejarme a Caterina porque tiene miedo de lo que le espera ahí fuera a una mujer soltera. Por desgracia, una mujer nunca es verdaderamente libre en este mundo. Es solo una ilusión. Siempre hay alguien ahí fuera dispuesto a aprovecharse de ella, a imponer su voluntad, a ejercer la violencia o el abuso. Por eso no quería dejarla ir. Pero ahora que Caterina está fuera de la jaula, tengo que jurarle en el nombre de Nuestro Señor que no solo me encargaré del niño sino también del futuro de ella, en las formas y tiempos que nuestra sociedad lo consienta. Discretamente, tendré que pensar en su felicidad, en esta libertad suya conquistada al precio de tanto sufrimiento.

Una última cosa antes de irnos. Me entrega un trapito enrollado. En el interior hay una medalla de la Virgen, partida por la mitad. No sin angustia, creo entender de qué se trata, y Ginevra me lo confirma de inmediato. La otra mitad está colgada del cuello del primer hijo que tuvimos Caterina y yo, en los Inocentes. Si quiero encontrarlo y ayudarlo en el camino de la vida, y Dios me lo concede, esa será la señal que me permitirá reconocerlo: el que las dos mitades coincidan perfectamente. Monna Ginevra lo hizo bautizar con dos nombres: el primero se lo puso ella, porque le pareció justo que el niño llevara el nombre de quien tenía la gran responsabilidad de haberlo engendrado; el segundo se lo sugirió Donato, quien tal vez pensaba con pesar en el padre al que había abandonado de joven. El niño, que es el hermano mayor de Leonardo, se llama Piero y Filippo.

Llego con dificultad al palacio Castellani, luchando contra el fragor del aguacero, mientras la gente huye de las orillas del río gritando que se cierren casas y comercios, porque el Arno está subiendo y tal vez se desborde. Quiero despedirme del caballero y de su mujer, y de Caterina y Leonardo. Mañana por la mañana me iré a Vinci, tengo muchas cosas de las que encargarme. Esta noche no quiero molestar a nadie, para dormir ya he reservado un cuartito en la posada del Guante, aquí enfrente, en casa de los Bernardini: siempre que no se desborde el Arno y nos arrastre a todos. Me inclino ante monna Lena y su hija Maria y abrazo a Caterina, que tiene

que correr para cambiarse y luego amamantar a Leonardo. La sigo con mis ojos y mi corazón mientras se van: solo volveré a verlos cuando regrese, y regresaré solo cuando haya hecho lo que le he jurado a monna Ginevra, y aún no sé cómo hacerlo, pero de alguna manera se hará. La Providencia, que nos ha ayudado hasta ahora, no nos abandonará a mitad de camino.

Me quedo solo con el caballero, que desciende por primera vez de su olimpo, me invita a quedarme un momento y me sirve una copa de vino, del suyo, del buen vino de Antella. Bebamos juntos por primera vez. Sí, es un vino buenísimo, y me calienta, pues todavía estoy completamente empapado. Sobre la mesa está el pergamino, que Caterina se ha olvidado; para ella no tiene mucha importancia, hay cosas más urgentes en que pensar. El caballero lo desenrolla y luego se ríe. Menudo notario que tenemos, dice, logra nada menos que otorgar escrituras hasta en el futuro. Y me pone la *datatio* delante de las narices, y veo que he escrito *die secunda mensis decembris*. Pero ¿cómo que diciembre? Hoy es 2 de noviembre. Por mi culpa tendrá que pagar a monna Ginevra el alquiler de otro mes de nodriza; y se echa a reír de nuevo. ¿Cómo es posible cometer un error semejante? Suspendí mis exámenes de notario por mucho menos. Vuelvo a abrir mi protocolo, escondido en la bolsa para salvarlo de la lluvia, para revisarlo, y descubro un lío aún peor: ahí escribí *die XXX octobris*, y luego corregí apresuradamente, no con el 2 de noviembre sino con *die prima novembris*. Quiero decir, ¿qué día es hoy? Vamos, vamos, concluye el caballero vaciando su copa de cristal de roca, ¿qué más nos da ahora? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es un día, un mes o un año en la vida del universo? Una nimiedad. El aleteo de las alas de una mariposa nocturna.

* * *

Florencia, en via di Santo Gilio,
el 16 de abril de 1466

Dicen que cuando se acerca el momento de dejar esta vida terrenal, pasa ante tus ojos todo lo que has vivido, incluso lo que has olvidado, lo que has dejado desvanecerse en la noche.

Tal vez sea la carpintería de la prisión del cuerpo que empieza a debilitarse y a deshacerse, y de este modo, desde lo más hondo de algún oscuro recoveco, libres de las cadenas, comienzan a asomarse los fantasmas del pasado, como visitantes al principio tímidos, suspendidos y temerosos, en el umbral de una puerta o ventana, y luego entrometidos y vociferantes, un río embravecido que llena de repente y a la vez todas las habitaciones. Eso es lo que me ha estado ocurriendo desde hace dos o tres semanas, mientras fuera vuelve a iniciarse el milagro o la ilusión de una nueva primavera, que no viviré. Tengo el claro presentimiento de que esta primavera será la última para mí. Si estos son los signos, más claros y evidentes que los físicos, de la enfermedad que me obliga a guardar cama desde hace meses y que me quita cada día un poco de sangre y de aliento, entonces ha llegado verdaderamente el momento del fin de mi historia. *Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum.*

Es como si me despertara de un largo sueño. Justo ahora que estoy en la vigilia de un sueño mucho más largo, profundo y sin sueños. Me acuerdo de todo. De cada hecho, incluso de los ínfimos. Mi padre que trabajaba hasta altas horas de la noche en esta misma casa donde me estoy muriendo, en la gran sala de la planta baja, ahora vacía y abandonada, pero que entonces era el corazón de su taller y de su vida, con vistas a un huerto que ya no existe y que durante el día estaba lleno de luz, que tampoco existe ya, robada por la sombra de la gran cúpula que se cierne sobre nuestra casa. De niño lo espiaba desde detrás de la puerta, para ver cómo movía el buril, cómo excavaba en la madera de cedro ese último surco destinado a envolver una tira de nácar como un blando lecho acoge el cuerpo perfumado de un amante.

Ah, los detalles, las sensaciones de la vida que me está abandonando. Los recuerdos de las cosas, que son los más fuertes, hincados como clavos en nuestra pobre carne. Los azotes que me daba mi padre con una rama de sauce, viva y escurridiza como una serpiente, el dolor y el ardor, el olor metálico de mi propia sangre. El aroma del oro y de la plata fundidos que goteaban del crisol, el olor de los viejos ladrillos

triturados para hacer la argamasa, la música varonil de los martillos de los batihojas, el hedor a ratones y moho en las celdas de la cárcel de Piombi, el olor a mar y a algas y a seres humanos que salía de las galeras que llegaban a Venecia. Y luego las voces, las lenguas, los dialectos que se mezclaban en el Rialto y en los almacenes, los venecianos, los patavinos, los clodienses, los friulanos, los judíos, los alemanes, los bohemios, los turcos, los griegos, los armenios; y los susurros de las putas y los gritos de los cambistas de San Iacometo, y las campanas de San Marcos y la oriflama del Bucintoro ondeando al viento. Qué emocionante fue. Y qué hermoso era ser joven.

Cuántas caras, cuántos ojos, cuántas sonrisas que alguna vez estuvieron vivas y ahora ya no existen. El viejo *paron* Baldassarre, cuando volvía de sus viajes por mundos fantásticos y remotos. El magnífico Sebastiano Badoer. El buen Mussolino y la astuta Pasqua. Mastro Tomaso y monna Benvegnuda. La pobre Chiara, mi infeliz esposa. El esclavo Zorzi y el horror de su sangre esparcida por el suelo. El santo fray Cristoforo. Todos muertos ya. Y tú, Luce, el único amor de mi vida. Tú que tenías en los ojos el fuego de dos estrellas, y cantabas acompañándote con el laúd, y ahora también recuerdo todas las palabras que me cantabas. *Sí, te adoro, y luego digo: estrella clara, ¿cuándo alegrarás mi corazón?*

Pero pensemos en los vivos, visto que la vida aún no nos ha abandonado y la muerte misericordiosa nos concede un último y breve respiro. Y mi primer pensamiento es para Ginevra, luchando contra todo y todos e incluso contra mí mismo, que ni siquiera me había dado cuenta de su existencia y del regalo que me dio, siendo aún una muchacha, de su virginidad y de su amor, hasta que el destino me entregó, náufrago desnudo y harapiento y necesitado de todo, a sus brazos, y por fin logró tenerme y casarse conmigo. Pienso en Sebastiano, que es mi hijo, que vive en Venecia, y de quien nada sé, si está vivo o muerto: pero creo que está vivo y con buena salud, y esperando la noticia de que soy yo en cambio quien ha estirado la pata. Pienso en Polissena, la hija que tuvimos Luce y yo, que será ya una mujer de treinta años, el único testimonio que sobrevive de que un día un hombre y

una mujer se amaron. Pero ¿dónde estará ahora? ¿Qué habrá sido de ella?

Y luego está Caterina. Qué diáfano es el recuerdo de cuando, con un ligero salto, pasó de la barca de Zuaneto al muelle. No llevaba cadenas y no parecía una esclava sino una princesa levantina que, saliendo de una galera de oro, marfil y seda, miraba a su alrededor con desdén para ver si el mundo al que había descendido era digno de ella. Sus cabellos dorados, sus ojos tan azules como el cielo. Sus manos largas y ahusadas, su piel suave y sedosa y ligeramente bruñida. El cuerpo fresco y sinuoso de un animal salvaje. Pero nunca tuve, ni por un instante, el deseo de poseerlo. Ella era mi esclava, cualquiera podría haberlo hecho para desahogar sus más bajos instintos. Yo, sin embargo, sentí desde el principio la energía de su libertad, una energía interior que ninguna fuerza o documento podría violar jamás. Y supe en lo más hondo de mi corazón que era un ángel. Un ángel que había venido a salvarme, a liberarme, incluso de mí mismo y de mis demonios.

Y eso fue lo que ocurrió, cuando me sacó inconsciente de las aguas del gran río y me trajo a Florencia. Fue también a partir de ese momento cuando dio comienzo mi largo sueño, como si la misma Caterina, transformada en hechicera, me hubiera envuelto en un hechizo que me hizo niño otra vez y me devolvió la inocencia, haciéndome sobrevivir en el laberinto del mundo sin que tuviera consciencia de ello. Y ahora que estoy a punto de morir, ese hechizo se ha roto, y el velo se ha rasgado, y la memoria se ha aclarado de nuevo: pero solo la de los años que precedieron al naufragio en el gran río, porque de lo de después me queda una niebla confusa. Ginevra me ha dicho que esa niebla no ha durado solo una breve noche entre el ocaso y el alba. Han pasado veinticinco años.

Sé que ahora Caterina es libre, está casada, tiene una vida propia y serena, y muchos hijos. Debo de haberla visto por última vez, en el salón de allí, con un niño que parecía un ángel como ella. Pero me parece recordar también a otro, otro ángel, que ella había tenido dos años antes, y que Ginevra le quitó para dejarlo en los Inocentes, y al que hizo bautizar

como Pierfilippo. Fueron los frutos de su gran amor con el notario, con *ser* Piero: porque, y esta es la belleza de la vida, Caterina no es realmente un ángel fuera del mundo, sino un ser humano como todos nosotros, una mujer hecha de sangre y sentimientos, capaz de enamorar y de amar y de dar vida.

Ahora que estoy mejor y he vuelto a razonar, Ginevra me pone rápidamente al día acerca de esos últimos veinticinco años que me he perdido. No tengo el menor interés en las altas esferas, en saber quién manda ahora en Florencia ni en qué pasó con los que alguna vez mandaron. Solo quiero saber de las personas más próximas a mí, de las vicisitudes de las criaturas humanas cuyas vidas se han entrelazado con la mía, eso es todo lo que quiero saber; como si al borde de la muerte necesitáramos comprender, rebobinar la madeja, el ovillo, encontrar el hilo que nos une a la vida de los demás, que es lo que al final puede darnos la ilusión de que nuestra vida ha servido para algo por lo menos, quizá incluso a nuestro pesar o sin nuestro conocimiento, y que uno de nuestros gestos involuntarios ha tenido grandes y duraderas consecuencias en las vidas de los demás.

Y así Piero demostró ser una persona de palabra. Cuando Ginevra liberó a Caterina, asumió todas sus responsabilidades como padre y como hombre. Desposó honorablemente a Caterina con un trabajador de Vinci y él se desposó a su vez con la hija de un zapatero, Albiera di Giovanni Amadori, y vivió con ellos en Borgo de' Greci. Se llevó consigo a un hermano desempleado, Francesco, al que desposó con la hermana menor de Albiera, Alessandra. Ginevra dice que, por lo que ella sabe, ninguna de las dos novias aportó dote. Piero y Albiera se trasladaron más tarde a un edificio perteneciente al gremio de los Cambistas en la plaza de Parte Güelfa, pero desafortunadamente no obtuvieron la gracia de la progenie, y la pobre Albiera murió además de parto. Con él vivía el hijo que tuvo con Caterina, Leonardo, que había venido de Vinci a los diez años y a quien metió en la escuela de ábaco, pero al quedarse solo, *ser* Piero ya no pudo encargarse de él, y lo colocó en el taller del maestro Andrea di Michele, conocido como el Verrocchio. *Ser* Piero debe de ser un buen amigo suyo y de confianza, pues hace unos meses el maestro le encomendó la nada fácil tarea de mediar con su hermano

Maso por la herencia de su padre. Ginevra también me dice que han visto a *ser* Piero entrar varias veces en el orfanato de los Inocentes, y no a causa de documentos que estipular para el hospital: tal vez esté cuidando en secreto a su otro hijo bastardo, Pierfilippo.

Otra casa sobre la que se abatió la desventura fue la de los Castellani. Cuando el caballero vino a nuestra casa para liberar a Caterina, lo acompañaba su esposa preñada, monna Lena. El niño nació el 12 de enero de 1453, y dio al caballero la inmensa alegría del primogénito varón legítimo, que fue bautizado Matteo, al día siguiente de la fiesta del Perdón, y nada menos que en el baptisterio de San Giovanni, por el arzobispo Antonino y por fray Mariano Salvini, prior de la Annunziata, y *ser* Giovanni, capellán del arzobispo. El caballero no reparó en gastos para las luces y las limosnas destinadas al bautista y a los pobres, pañales para la nueva nodriza que había tomado el lugar de Caterina, almendras garrapiñadas para las mujeres que venían a visitarlos. Tanta alegría, sin embargo, no tardó en transmutarse en dolor, pues apenas un mes después el recién nacido fue hallado muerto, asfixiado tal vez sin darse cuenta por la nodriza. *Eius animam inter innocentes suos Deus noster suscipiat in gloria etterna. Amen.*

Apenas puedo recordar lo que he hecho durante todos estos años. A veces Ginevra o alguno de sus hermanos me vestía de punta en blanco con mi garnacha buena, me llevaban de aquí para allá y me decían haz esto y haz lo otro y no digas nada. Creo que fui elegido gonfalonero de compañía para nuestro barrio en 1457, pero no sabría decir qué podía hacer exactamente un viejo de ochenta años como comandante de la compañía armada local para mantener el orden público y sofocar posibles revueltas: probablemente en esos tres meses de mi mandato no ocurrió absolutamente nada. Del mismo modo, el año pasado, parece ser que me eligieron entre los Doce Hombres Probos y en el priorato del gremio de los Cajeros, y tampoco en ese caso recuerdo nada, salvo que de vez en cuando, en esos tres meses, otros once vejestorios y yo teníamos que sentarnos muy calladitos fingiendo escuchar a los priores que fingían tomar decisiones que ya se habían tomado en otros lugares. Bueno, así la posteridad podrá decir

por lo menos que el viejo Donato, en las postrimerías de su vida aventurera, también participó activamente en la vida institucional de esta gloriosa República.

Al final, hace pocos meses desperté. Vi las aguas del Arno desbordar los pretiles y correr arriba y abajo por las calles y callejones de Santa Croce. Hace un mes, la última vez que salí de esta casa, vi a nuestra santa Señora de la Impruneta avanzar velada entre la multitud devota hacia San Felice in Piazza. Inmediatamente después del paso del santo icono debí caer al suelo inconsciente, y cuando me trajeron a casa ya tenía las marcas de la muerte en mi rostro.

Como sucede en estos casos, son muchos los parientes, amigos y conocidos que, aunque hace años que no se dejan ver, se acuerdan de repente del enfermo y se presentan en su casa preocupados por la salud y el testamento del moribundo. Los primeros en llegar, como siempre, fueron los frailes: con sus túnicas blancas que revolotean con capirote, cinturón, cogulla y manto, dos monjes del convento de San Bartolomeo de Monteoliveto, fray Lorenzo d'Antonio dei Salvetti y fray Battista di Francesco da Pisa, acompañados por alguien que decía ser mi viejo amigo, pero a quien no recordaba en absoluto, Andrea di Neri, llamado el Pintasso.

Sí, alguna vez Ginevra me había llevado a tomar el aire en Monteoliveto, saliendo por la puerta de San Frediano, y era en verdad un sitio precioso, un lugar de paz y meditación, desde el cual también se puede disfrutar de una encantadora vista de Florencia: como es natural, una vez muerto, las vistas no es que te importen mucho, pero en el futuro al menos podrían hacer más agradable a algún descendiente o pariente el deber de subir hasta allí para decir una oración en sufragio de quien está enterrado en ese convento.

Y así, sentado en el murete del jardín, conversando con fray Lorenzo, que proviene de una ilustre familia de notarios amiga de la de mi mujer, me resultó natural expresar el deseo de ser enterrado entre los muros de aquel cenobio, quizá en una sencilla capilla familiar a la que trasladar también los cuatro huesos de mis mayores, bajo el blasón de nuestra familia de humildes cajeros que, con la fuerza de su trabajo, han logrado ennoblecerse, y bajo la bendición de la Santísima

Virgen María, pintada en una bonita tabla que quisiera tener sobre el altar, encima de mi tumba. No se esperaría menos de alguien como yo, que puede presumir de haber sido mozo del gran Baldassarre degli Ubriachi.

Claro, eso estaría bien, respondió melancólicamente fray Lorenzo. Lástima que la iglesia y el convento sigan en tan mal estado. Las obras de renovación empezaron hace más de diez años, y aún no se vislumbra el final, y ha muerto además el buen maestro albañil Andrea, y el maestro Giovanni di Salvestro no ha reemprendido los trabajos hasta ahora. Incluso ellos, los monjes, tienen dificultades para vivir entre esas interminables obras de construcción y ejercer las obras de misericordia impuestas por la regla olivetana, las limosnas públicas y la distribución del pan a los pobres, porque todos sus escasos dineros se los comen esos maestros que de vez en cuando suben allí a disertar acerca de las columnas del claustro, que deben ser más hermosas que las de San Lorenzo, o las vidrieras que instalarán los jesuatos, y nunca concluyen nada; y mientras tanto cada vez tenemos menos dinero, porque parece que el corazón de los ricos mercaderes florentinos se está endureciendo cada vez más, y nadie deja sus bienes *in articulo mortis* a los conventos para salvar su alma. Tal vez porque, engañados por algún hereje, ya no creen en la inmortalidad del alma.

Cuál es el problema, les digo yo: tengo dinero, tengo mucho, os lo dejaré todo, arreglad la iglesia y el convento y construid una hermosa capilla en memoria de Donato di Filippo di Salvestro Nati del Tinta, para él y su familia, dedicada a Santa Maria Annunziata, y enterradme allí, y haced pintar también luego una tabla de la Anunciación, más hermosa que todas las que hay hoy en Florencia, más hermosa que las de fray Angélico y de fray Filippo. Quiero que el ángel se arrodille ante María no en medio de una ciudad, debajo de un porche o entre casas o, peor aún, dentro de un cuarto cerrado. Quiero que el anuncio de la salvación se produzca al aire libre, como en este jardín, con estos árboles de fondo, las encinas y cipreses que hay detrás del murete. Si tengo que quedarme encerrado en una tumba, me gustaría que al menos María y el ángel estuvieran al aire libre. Estoy harto de los espacios cerrados en los que he

estado prisionero durante toda mi vida: el taller, el almacén, el banco e incluso la casa de via di Santo Gilio. Me gustaría que mi alma volara libre entre los prados y olivos de Terenzano, allá, al otro lado del Arno.

Y de esta manera, los frailes se presentan puntuales en mi casa, para predicar sobre la salvación del alma. Desde mi lecho de moribundo, para despedirlos rápido, digo que sí a todo, pero en el fondo me parecen sinceros, tal vez haya esperanzas de que construyan de verdad mi capillita, algo que no me importaría. Cuando llega y se da cuenta de que no solo hay gente rezando con devoción junto a mi cama, sino que el bueno de Pintasso está escribiendo todo lo que digo en uno de sus papelujos, Ginevra se enfurece y los echa a todos porque su pobre Donato está sufriendo demasiado y no hay que cansarlo con tonterías como esas. Ya les mandará llamar ella cuando llegue el momento. Luego, como de costumbre, toma el control de la situación: aquí, antes que un cura, lo que hace falta de inmediato es un notario, y el único de confianza es el de siempre, *ser* Piero.

Después de la historia de Caterina, Ginevra ha seguido utilizando sus servicios. Además, el notario, en estos últimos años, no solo ha crecido en reputación y clientela, sino que se ha especializado precisamente en la rama de conventos y similares. No hay mejor notario que él para tratar con esa parte de la humanidad formada por frailes y religiosas, monjes y monjas, clérigos y canónigos, que no solo atienden las cosas de las alturas, sino también las de aquí abajo: contratos, valores, ventas, poderes, pleitos, etcétera, etcétera. Y luego, es el único que vio mis papeles venecianos hace muchos años ya, y sabe lo que debe hacerse para recuperar todos esos créditos: una tarea que ahora corresponderá a quienes me sobrevivan.

Ser Piero ha regresado a nuestra casa. Me confiesa, él, que siempre se muestra tan frío, que le impresiona volver a ver al cabo de tantos años la habitación donde empezó a examinar mis papeles y donde vio a Caterina por primera vez. Ginevra, anticipándose a una posible petición por su parte, le dice que no puede volver a ver el cuartito de arriba, está ocupado de nuevo: ahí vive la pequeña esclava que compró poco después

de la liberación de Caterina, y que ahora ya tiene veintidós años. El tiempo pasa con rapidez para todos. Yo ya no puedo levantarme de la cama, respiro con dificultad, por lo que el notario se acomoda en esta misma sala y comienza a anotar todo lo que le digo, mientras Ginevra le entrega los papeles y documentos que necesita. Es una escritura bastante larga. Al final, poco a poco, *ser* Piero me la dicta, para la aprobación final. Fijamos la fecha para el miércoles 16 de abril. Le pido un último favor: si puede traer a su hijo, el hijo de Caterina, el que ahora está con Verrocchio, me gustaría conocerlo.

Ha llegado el día. Y siento que estamos casi al final. Ni siquiera puedo incorporarme de la almohada y hablo con dificultad. Ginevra está sentada a mi lado, me sostiene la cabeza, de vez en cuando me da un poco de agua. No tengo que hacer nada. Solo asentir de vez en cuando. *Ser* Piero llega primero y prepara la mesita, en la que despliega las hojas sueltas de la minuta que leerá delante de mí y de los testigos; el cuaderno completo en pergamino y los extractos *in mundum* los preparará luego, con calma, en su casa. Ginevra ha hecho que traigan algunas sillas más. Fuera de la puerta vislumbro a un adolescente, alto y delgado como *ser* Piero, pero con una cascada de rizos rubios: debe de ser su hijo. Y el de Caterina.

Es hora de vísperas. Ginevra me ayuda a rezar el ángelus y luego enciende algunos candiles. Los primeros en llegar son los testigos que he convocado yo, una pequeña multitud de amigos de confianza. *Ser* Piero comienza a leer, con su voz indiferente de notario, y parece como si esa voz fuera una pluma que se mueve por el aire y escribe las palabras en un papel invisible, una por una.

Cum nihil sit certius morte et nihil incertius hora mortis, el *providus vir* Donato di Filippo di Silvestro Nati, por la gracia del Altísimo Creador nuestro Señor Jesucristo, sano de mente, sentidos, vista, oído e intelecto, pero enfermo de cuerpo, dicta el siguiente testamento nuncupativo. En primer lugar, encomienda humilde y piadosamente su alma a Dios todopoderoso y a toda la corte celestial del paraíso. En cuanto a la sepultura de su cuerpo, en cambio, cuando le toque abandonar esta vida, establece que esta se realice en la iglesia del monasterio del capítulo y convento de los frailes de

Monteoliveto, cerca de Florencia, y que para su funeral se gaste aquello que estime apropiado monna Ginevra, su esposa. Habrá que dejar algo de dinero, como hacen todos los florentinos, para la edificación de la catedral y la nueva sacristía, y también para la construcción de las murallas de la ciudad. A Ginevra, mi amada esposa, le dejo los seiscientos florines que recibí para su dote, así como los créditos contra el Monte y ropas de lana y lino, *et unum mancipium et salarium dicti mancipii*: su nueva esclava.

Y llegamos por fin al legado a San Bartolomeo di Monteoliveto, *amore Dei et pro remedio anime sue*. Todos los créditos a mi nombre contra el Monte o contra la Cámara de Préstamos en la buena ciudad de Venecia van a los frailes, con todas las cédulas e intereses relativos a ellos y acumulados durante casi treinta años. Ni siquiera recuerdo cuánto es, pero supone una suma considerable, en títulos de deuda pública veneciana, que devengan intereses, redimibles, enajenables. Más que suficiente para la capilla, y servirá también para la iglesia y el convento. Doy a los frailes plenos poderes para exigir el pago de los créditos, y estoy seguro de que no les costará conseguirlo: las instituciones religiosas son potencias económicas y políticas capaces de actuar incluso más allá de las fronteras de los Estados y señoríos, gracias a la red de conventos y monasterios repartidos por toda Europa.

Pongo solo dos condiciones: los frailes deberán pagar la quinta parte neta de las sumas recaudadas a Ginevra, una vez descontados todos los gastos; y sobre todo tendrán que encontrar a mi hija Polissena y pagarle cinco ducados de oro cada año.

Heredera universal: mi Ginevra. Ejecutores testamentarios: la propia Ginevra, junto con el sedero Filippo di Bastiano y el citado Pintasso, propuesto por los frailes.

Suena la hora tercera de la noche. Casi todos se han marchado, y Ginevra también ha ido a la cocina a prepararme algo caliente. *Ser* Piero recoge lentamente sus pertenencias, las hojas de papel, el tintero, el estuche. Le hago señas para que se acerque, quiero decirle algo. Puede que me esté muriendo, pero no me han gustado esas miradas de complicidad entre fray Lorenzo y Pintasso: atento, *ser* Piero,

los frailes podrían intentar apoderarse de toda la herencia, y no solo de los créditos venecianos, tal vez obteniendo un laudo de algún juez complaciente. El notario me tranquiliza: preparará de inmediato los originales en pergamino, no tengo que preocuparme, los derechos de monna Ginevra quedarán tutelados, y él, que está acostumbrado a tratar con conventos y monasterios, también velará por que todo transcurra con regularidad, en lo que a la futura capilla de San Bartolomeo se refiere. La única duda que tiene, sin embargo, atañe a la propia monna Ginevra. *Ser* Piero, que es una persona honesta, se siente obligado a hacerme una última pregunta, embarazosa y dolorosa, acerca de un rumor que ha oído en el palacio: ¿es cierto que monna Ginevra ya ha hablado con Tommaso di *ser* Iacopo Salvetti para casarse con él después de mi muerte? Vaya con el notario, es peor que yo: lo ha entendido todo.

Claro que lo sé, querido notario: le dije yo que pensara en sí misma después de mi muerte. Total, sé bien que seguirá amándome de todos modos: el amor es eterno, eso está fuera de discusión. Pero no es bueno que una mujer viuda se quede sola en esta ciudad, y menos una persona como ella, con su fuerza y su autonomía. Solo tiene cincuenta y seis años, y Tommaso Salvetti es otro vejestorio de setenta y seis años. Ni siquiera la tocará, todo el mundo sabe que le gustan más los chicos que las chicas. Ella lo dominará y lo obligará a hacer lo que quiera. En caso extremo, si le conviene, para evitar cualquier choque con Monteoliveto podría incluso renunciar a la herencia, está claro que no la necesita para vivir, y la dote le corresponde por derecho. Y, además, Tommaso Salvetti es primo de fray Lorenzo y lo obligará a hacer lo que quiera, es decir, lo que quiera Ginevra. En definitiva, ¿queremos construir la capilla Nati o no? ¿Dónde meteremos estos cuatro huesos míos? Ya no falta mucho, y no me gustaría quedarme resecándome muchos años en una caja de madera tirada en el almacén del convento, entre el polvo y los ladrillos de los albañiles.

¿Y ahora puedo conocer por fin a ese hijo tuyo y de Caterina, que lleva esperando fuera de la puerta todo este rato? *Ser* Piero, que ya ha salido, deja entrar a su hijo, él lo

esperará abajo. Le dice que se dé prisa, porque ya han salido los Oficiales de la Ronda de Noche, y no quiere que lo encuentren vagando solo, un chico guapo como él… Mejor será, para estar tranquilos, que lo acompañe personalmente al taller de Verrocchio.

Leonardo entra en el cono de luz parpadeante del candil que empieza a apagarse, tal vez Ginevra no lo haya llenado bien de aceite. El parecido con su madre es impresionante: el mismo pelo rubio, los mismos ojos claros. La nariz quizá sea de su padre. Viste una almilla de cuello alto y abotonado, con unas bonitas medias rosas. Debe de tener catorce años. Se acerca algo temeroso. Tal vez sepa quién soy. Tal vez su madre le haya contado algo sobre Ginevra y yo. A mí también me gustaría hablar con él, me gustaría contarle muchas cosas: de su madre, de su historia, pero no puedo, me estoy quedando sin tiempo y sin fuerzas. Levanto mi mano temblorosa, acaricio sus hermosos rizos rubios, que son como las pequeñas olas de un suave arroyo. Solo consigo murmurar algo, una especie de pregunta: si está contento con el maestro Andrea, si está empezando a aprender alguna de las muchas artes que el maestro sabe y enseña.

El chico sonríe, y su sonrisa se parece a la de su madre, y responde que sí, aunque no le resulte fácil orientarse entre tantas actividades: en ese taller se hace de todo, hay fogones y crisoles, se bate oro y plata, se construyen resortes y engranajes para relojes y extrañas maquinarias, se cincela mármol y piedra, se modelan metales y se preparan los moldes para fundir las obras del maestro Andrea, se hace terracota, se mezclan los colores, se dibuja en vivo, y quizás algún día, si el maestro así lo quiere, él también pueda empezar a colorear. Entonces, mirándolo a los ojos, los mismos ojos luminosos de su madre, le pregunto si puede hacerme una promesa, que no tiene que cumplir de inmediato, sino solo cuando se convierta en pintor y llegue el momento adecuado. Y la promesa es muy simple: quiero que haga su primera obra para mí. Su primer encargo, un asunto serio. No se le puede decir que no a alguien que está a punto de morir. También se lo diré a su padre, que se lo dirá a los frailes y al maestro Giovanni, que supervisa las obras de Monteoliveto.

Quiero una tabla, no demasiado grande. Para mi capilla, sobre mi tumba. Una tabla de Nuestra Señora, para proteger y ayudar a mi alma pecadora en este viaje que estoy a punto de emprender en una oscuridad aterradora. La Santísima Virgen María recibe del Ángel el anuncio de que ha sido elegida por Dios, ella precisamente, una humilde muchacha oscura como Caterina, para ser madre de su hijo y de todos nosotros, instrumento de salvación. La salvación de todos, y quizá la mía también. Debe ser la Anunciación más hermosa jamás pintada, mucho más hermosa que las de fray Angélico y fray Filippo. Todo en el exterior, al aire libre, bajo la luz, en la naturaleza, libre de las limitaciones de un espacio cerrado. El milagro de la vida que nace en el vientre de la Mujer. La vida de la naturaleza y de las criaturas, de las flores, de las plantas, de los árboles. La vida del aire, de la tierra, del agua.

Veo los ojos del muchacho brillar a la luz del candil moribundo, como si ya estuvieran empezando a ver lo que yo, de forma tan confusa, he tratado de describir. Mis últimas palabras son poco más que un balbuceo: Caterina, ángel mío, la mano, el anillo. Finalmente, poco a poco, incluso esos ojos azules desaparecen, velados por la niebla que oscurece los míos.

Un último pensamiento antes de perder el conocimiento. Ginevra no debería ahorrar tanto en el aceite de los candiles. Ya se ha apagado, todo está oscuro.

11. Antonio, el otro

Campo Zeppi, cerca de Vinci,
un día cualquiera de 1490

Mi nombre es Antonio.

Soy hijo de Piero, hijo de Andrea di Giovanni di Buto, a quien todos llamaban Andrea del Cischia, pero Piero lo llamaba «del Vacca». A mí, en cambio, me llaman el Buscarruidos, y bien se sabe por qué. Es un nombre de soldado. A los dieciocho mandé a mi padre al infierno y me asoldé. Lo mandé al infierno porque no era nadie para él. Yo no era el primer varón, a quien se le debía todo y a quien le hubiera gustado dejarle todo lo que tenía. Tampoco fui el último en nacer, a quien amaba más que a los demás porque era un hermoso niño rubio que lo engatusaba. Yo estaba en el medio, no era ni Caín ni Abel. Pero era yo el que se levantaba antes que nadie al amanecer y salía a trabajar en los campos cuando era necesario arar trabajosamente con los bueyes y segar las mieses al sol, y trillar y cosechar y recoger las aceitunas, y hacer todo lo que había que hacer, porque la tierra nos entrega sus frutos, a nosotros, la descendencia maldita de Adán, pero solo con esfuerzo y sudor de la frente.

Nuestra tierra. Porque esta tierra siempre ha sido nuestra. Nadie sabe cuánto tiempo llevamos aquí. Algunos dicen que los Buti bajaron de la montaña de Pisa, esa que se ve allí en el horizonte, recortada contra la puesta del sol, de un pueblo hecho por entero de *buti*, que quiere decir boyeros; pero uno de los ancianos jura por el contrario que el nombre de Buto, el padre de Giovanni, significa buena ayuda. Yo siempre me pregunté: ¿buena ayuda de quién? Del buen Dios no creo, quien no parece haberse preocupado nunca mucho por nosotros. La buena ayuda es la que nos damos nosotros mismos, con nuestras propias manos.

No tenemos escrituras antiguas, a decir verdad, ni siquiera nuevas, ninguno de nosotros sabe leer o escribir de manera aceptable, y nunca lo ha sabido hacer nadie. La memoria pasa

de generación en generación y luego desaparece poco a poco. ¿Quién estuvo aquí antes de Giovanni y de Buto? En realidad, de qué sirve saberlo, si las estaciones vuelven siempre iguales en esta tierra y el sudor y la sangre de los hombres junto con el agua de la lluvia y los rayos del sol penetran en el terrón y lo fecundan, y nuestros cuerpos también vuelven allí, y vuelven a ser terrones.

En los orígenes, contaban los viejos, todos éramos siervos. En lo más alto estaban los señores, los condes Guidi. Nadie los veía nunca, a quienes veíamos en su lugar era a todos los que decían que actuaban en su nombre. Guardias, mayorales, sacerdotes. Venían siempre, puntuales como la muerte, una o dos o más veces al año, a exigir el tributo de cereales y forrajes y animales. A veces, los jóvenes más aptos se veían obligados a seguirlos como soldados. A veces, pero más raramente, una de las chicas más hermosas desaparecía. Luego, un día, todo terminó, los señores desaparecieron y la tierra que trabajábamos pasó a ser nuestra. Pero la paz terminó también. No entendíamos por qué, ni siquiera sabíamos quiénes eran el papa y el emperador, ni por qué el que estaba con el papa se llamaba güelfo y era bueno, y el que estaba con el emperador se llamaba gibelino y era malo y excomulgado. Por lo general, los gibelinos eran viejos nobles y caballeros. Nosotros éramos todos güelfos. Ejércitos y bandas de hombres armados devastaban nuestra tierra, que era tierra de frontera y de lucha entre ciudades y señoríos que eran como fieras rapaces entre sí: Pisa, Florencia, Lucca, Siena.

El castillo de Vinci siempre fue florentino y güelfo, resistiendo todos los ataques y todos los intentos de conquistarlo, incluso el asalto de un asesino inglés llamado Giovanni Acuto. Los gibelinos, y todos los que tenían fama de gibelinos, fueron ahorcados o exiliados o sus libertades y derechos quedaron severamente restringidos. Entre los primeros de la lista estaban los siempre rebeldes habitantes de Anchiano, cuyo castillo fue arrasado y a quienes se les prohibió portar armas o herramientas capaces de herir, ni una hoz siquiera. Nosotros, por el contrario, que nos habíamos apresurado a declararnos todos auténticos y genuinos güelfos,

vimos confirmada por lo tanto la posesión de la tierra. En la época del bisabuelo Giovanni, el municipio de Vinci se dividió en barrios, y nuestra tierra y la parroquia de San Pantaleo cayeron en el barrio del plano o de San Bartolomeo a Streda, y los nombres del bisabuelo Giovanni y de sus hijos Andrea, Pasquino y Marco fueron inscritos en un amplio registro entre los nombres de los que podían ser sorteados para ocupar cargos públicos. Pero nadie los sorteó nunca.

El corazón de nuestra tierra estaba en Campo Zeppi, un cerro largo y de poca altura que se extiende junto al curso del arroyo Vincio, a poco más de un kilómetro y medio del pueblo. En el punto más alto hay un grupo de casas, unas junto a otras, que forma una especie de pequeña aldea con una explanada central, un gran patio abierto entre cuadras, graneros y bodegas. Desde aquí tienes la sensación de estar en el centro del mundo, rodeado por todos lados por la silueta de lugares y pueblos familiares: enfrente se ve la colina con la pequeña iglesia de San Pantaleo, luego la torre del castillo de Vinci y el campanario de la iglesia, el Mont'Albano con sus pueblos. Una hermosa tierra, casi treinta fanegadas, la mayor parte de las cuales están destinadas a viñedos, y el resto a cultivo o arbolado; con las otras fincas en Campo Zeppi y en los alrededores, en Mignattaia, en Quartaia, en la via Franconese y en otros lugares, se llegaba a un total de noventa y dos fanegadas, que cuando iban bien producían nueve fanegas de trigo y sesenta barriles de vino; y además estaban las ovejas, unas sesenta por lo menos, y los bueyes, los becerros, los cerdos, las mulas, los potros.

Cuando nací, hace sesenta y cuatro años, éramos tres las familias que vivíamos allí: la de Pasquino y Marco, hijos de Giovanni, con mujeres, hijos y nietos, y la de mi padre Piero, porque el abuelo Andrea ya había muerto, con su mujer Piera, la abuela Lippa, mi hermana Betta y mi hermano Iacopo. Recuerdo aquellas casas repletas de niños ruidosos, descalzos y sucios, y yo era uno de ellos, reprendidos constantemente y recibiendo a veces algún golpe de los mayores, a quienes, sin embargo, se les veía felices mientras la vida florecía y crecía en Campo Zeppi.

Con las nuevas estaciones nacían más niños y perdíamos a los viejos. El hijo de Pasquino, Monte, se había mudado con su esposa e hijos a Pisa, donde trabajaba como herrador. En el lugar de Marco se quedaron sus hijos Matteo y Maso, quienes poco a poco formaron sus propias familias. De la vieja guardia ahora solo quedaba mi padre Piero, convertido en el jefe de nuestro pequeño pueblo. Había tenido otro hijo, Andrea, de mi madre Piera, quien por desgracia murió al poco tiempo; y Piero se había vuelto a casar rápidamente, y de su nueva esposa, monna Antonia, había tenido otro hijo, Benedetto. Para mi padre, yo casi no existía. Todas sus atenciones eran para su hijo mayor Iacopo, quien tan pronto como alcanzó la mayoría de edad se encontró de inmediato con parte de las propiedades a su nombre: una casa en el castillo de Vinci y diez fanegadas de tierra en Campo Zeppi, lo que le proporcionaba tres fanegas de trigo y un barril de vino. Todo el afecto de Piero era en cambio para su nueva esposa y para su último hijo. Yo ya había decidido marcharme en cuanto alcanzara la mayoría de edad, y a la misma decisión había llegado también mi hermano menor Andrea, desbancado en la primacía del amor paternal por el pequeño Benedetto. Ya estaba bien de esclavitud. Quería ser libre. Libre de esa casa vieja y esa tierra maldita donde me quebraba la espalda todos los días, desde el alba hasta el atardecer.

Años difíciles, cuando yo era joven. Porque estábamos otra vez en guerra. Ya no, afortunadamente, como en los tiempos de Giovanni Acuto, cuando un mercenario disperso podía salir de detrás de la viña y degollar a un campesino solo para gozar de su mujer o de su hija, o para comer algo después de un día de ayuno. Pero había que soportar en todo caso las cargas impuestas por la República y el paso constante de soldados. Y por donde pasaban los soldados, la tierra ya no se podía sembrar o quedaba completamente abandonada. Yo tenía unos seis años y todos tuvimos que quedarnos en casa mientras los escuadrones de jinetes e infantes descendían hacia Fucecchio, y se decía que había habido una gran batalla con muchos muertos y mucha sangre al otro lado del Arno, bajo el castillo de Montopoli, en San Romano. Unos diez

inviernos después, un grupo de soldados, tal vez una mesnada licenciada y sin paga, se había quedado a pasar el invierno junto al Vincio, en la granja abandonada. Hacían grandes fogatas con la leña que nos robaban y algunos banquetes con las ovejas que nos desaparecían. Para que no hubiera problemas, mi padre Piero también les mandó de regalo un tonel de vino, pero a todos, varones y sobre todo hembras, nos prohibió pasar por aquellos parajes hasta que los soldados se hubieran ido.

Andrea y yo, en cambio, como atraídos por algo más grande que nosotros, nos acercamos a la granja en lo que debía de ser la última noche de estancia de nuestros inoportunos vecinos, llamados de regreso a Pisa a principios de la primavera. Teníamos curiosidad por ver cuál sería su último festín. Escondidos tras el seto de zarzamoras, asistíamos con los ojos desorbitados a un espectáculo que fascinaba y al mismo tiempo infundía miedo, porque parecía materializar todas las peores visiones que el cura de San Pantaleo pretendía evocar en sus sermones penitenciales. Un enorme espetón con el último cabrito que nos habían arrebatado giraba sobre el fuego, y la grasa caía chisporroteando sobre las llamas. Alrededor de la hoguera bailaban dos mujeres despeinadas y con los pies descalzos, mientras los soldados, sentados en círculo, bebían nuestro vino y reían y aplaudían. Parecía una auténtica escena de Sabbat infernal, en la que los demonios se habían encarnado en aquellos hombretones borrachos, de rostro tosco y a veces desfigurado por cortes y cicatrices, o en aquellas criaturas del pecado y la lujuria, las hembras que bailaban desenfrenadas, levantándose las faldas sin pudor.

Estábamos a punto de escabullirnos cuando sentimos que nos agarraban con fuerza por los hombros, y dos de los soldados, que incluso cuando estaban borrachos acostumbraban a estar en guardia y se habían percatado por lo tanto de nuestra presencia mucho antes de que nosotros nos percatáramos de la suya, nos levantaron en vilo y nos arrastraron hasta el claro frente al fuego, riendo y gritando: hemos atrapado dos tordos más para asar al fuego. Nos tiraron con brusquedad al suelo, y el más feo de ellos, un gigante de barba roja y ojos de fuego, nos apuntó al cuello

con un gran sable, preguntando con voz infernal: hermanos, ¿qué hacemos con estos espías pisanos? Y todos se echaron a reír, porque probablemente era ese el estilo de bromear de la soldadesca, mientras Andrea y yo, que no entendíamos su sentido del humor, nos moríamos de miedo, y recuerdo que los calzones de mi hermanito estaban completamente empapados. Se había meado encima. Un soldado lo señaló y las risas se volvieron aún más fuertes. Otro nos iluminó la cara con un tizón y observó que éramos tan guapos como niñas, y con el pelo rizado, y que también podíamos servir para otras cosas más placenteras. Nuestro miedo aumentó, pero por suerte una de las bailarinas se enfureció con el soldado que había declarado que prefería los chicos a las mujeres y lo golpeó con un tronco.

El gigante comefuego, que era el jefe, pensó que la broma ya había durado lo suficiente. Calmó a la tropa y a las mujeres: el cabrito estaba perfectamente hecho. Con actitud más benévola, nos levantó con sus manazas, nos obligó a sentarnos a su lado y puso en nuestras manos una copa de madera llena de un vino que en otros tiempos era nuestro, y un codillo de cabrito asado y rezumante, que también había sido nuestro. Era una extraña fiesta esa a la que estábamos asistiendo, pero que nos dio la ilusión de que aquella era la vida de verdad, la vida de libertad que soñábamos. Admiramos su sentimiento de pertenencia a un grupo, un grupo de varones, fuertes e independientes, que parecían capaces de hacer lo que quisieran y cuando quisieran, más allá de las leyes y las reglas, libres del Estado y de los sacerdotes y de las familias, y para ir a donde quisieran. Cuando en el corazón de la noche nos preguntaron si queríamos irnos con ellos a Pisa, Andrea y yo, borrachos de vino y fuego, gritamos que sí. Huimos sin mirar atrás, sin volver siquiera a despedirnos de nuestros mayores.

Así empezó mi historia como soldado, y me convertí en el Buscarruidos, porque en las batallas yo era el primero que se lanzaba a la refriega gritando sin pensármelo, así como en Campo Zeppi yo era el primero que se levantaba al amanecer y empezaba a partir terrones de tierra sin pensármelo, como un animal que hace las cosas que tiene que hacer por instinto

o por costumbre. Ahora, el instinto predominante en mí era el primordial de todo ser vivo, el instinto que anima hasta al animal más vil de nuestra tierra, el cerdo o la gallina: mantenerse con vida, alejar y retrasar todo lo posible el fatal momento en el que su cuerpo muera y su unidad se deshaga, un trozo va aquí y otro allá: una cabeza, un muslo, un ala. Y para que esto fuera posible, era necesario acostumbrarse a mover y dejar caer herramientas no muy diferentes a las que se usan en el campo: guadañas, hocinos, hachas. Acostumbrarse, en efecto, sin pensárselo demasiado, a propinar el golpe, a horadar no la tierra sino la carne viva de un brazo o de una pierna, a arar un vientre sacando de él el largo gusano del intestino, a partir un cráneo como se parten esas molestas piedras que entorpecen la labranza, segando vidas humanas como espigas maduras en pleno verano, e irrigando la tierra con el viscoso humor de la sangre. Y ya está, todo eso es la guerra. Un trabajo agotador. Sucio. Que hay que hacer como una costumbre. Sin pensárselo.

Por la gracia de Nuestro Señor, no tuve que hacer casi nunca ese trabajo, cuyo horror sentía por entero de todos modos. Nos habíamos convertido en soldados en un breve e ilusorio período de paz, y acabamos reforzando por lo tanto la soldadesca florentina en Pisa, la que trabajaba en la construcción de la nueva fortaleza y que servía para mantener sometida la ciudad y los alrededores. No hubo verdaderos enfrentamientos militares: de vez en cuando íbamos a castigar algún pueblo donde habían matado a algún recaudador de impuestos o a algún soldado que se había tomado demasiadas libertades con las mujeres. Frente a nosotros se plantaban algunos campesinos que nos amenazaban armados con guadañas y tridentes, y nuestros ballesteros mataban a uno de lejos y todos los demás huían, y nosotros los infantes quemábamos y saqueábamos, pero sin excesos, nos exhortaba el comisario, solo para dar un escarmiento, y no debíamos violar a las mujeres.

En Pisa volvimos a ver a nuestro primo mayor con su familia, Monte di Pasquino, que era herrador de los caballos de la guarnición. Monte vivía y tenía taller con uno de Vinci, Nanni di Ferrante, en la parroquia de Santa Maria Maddalena. Nos resarcía un poco de la nostalgia de casa, que empezaba a

dejarse notar: poco en mi caso, pero mucho más en el de Andrea, que a veces lloraba de noche y quería volver a Campo Zeppi, aunque no pudiera hacerlo hasta que terminara la leva. No éramos tan libres como habíamos creído, al contrario, parecía que éramos aún más esclavos que antes: no de un padre amo, sino de un Estado amo, lo que era mucho peor, puesto que nos obligaba a quedarnos allí para mantener esclavizada otra ciudad y otro Estado. Vivíamos en el barrio de Guazzalongo o Chinzica, entre las callejuelas de las curtidurías y las dedicadas a otras actividades, como su nombre sugería: la Belle Donne, la Maddalena, la Nunziata y la Nunziatina. Mi primo vivía justo allí en medio. El poco dinero que nos daban iba a parar por entero a esas tabernas, para vino y fugaces ratos de placer con hembras que venían de no sabía dónde.

En la fortaleza teníamos que practicar con el maestro de armas. Nosotros los de los campos estábamos destinados a ser simples soldados de infantería, esos a los que en las batallas de verdad se manda a primera línea como carne de cañón, para cansar al enemigo; pero afortunadamente ya no había batallas de verdad en aquella zona. Las sesiones, que empezaban siempre *en nombre de Dios y de messer San Giorgio*, eran zafias, y la enseñanza principal era simple y clara, sin demasiada retórica: mata si no quieres que te maten. Frente a ti no hay un ser humano, sino alguien que quiere matarte, y solo tienes que ser más rápido y más hábil. Practicábamos todo el tiempo, los movimientos tenían que volverse automáticos, había que hacerlos sin pensárselo: como una costumbre. El cuerpo tenía que estar fuerte y entrenado, porque la batalla es como trabajar la tierra durante todo un día, desde el alba hasta el ocaso. La batalla no se gana con un único y luminoso acto de heroísmo del caballero, sino con el sudor y el esfuerzo de aquellos que pueden sostener el combate cuerpo a cuerpo durante más tiempo. El que cae, vencido por el cansancio más que por el golpe del enemigo, puede darse por muerto. Son pocos los que, una vez caídos, tienen la suerte de sobrevivir, y es discutible que se trate de suerte: el encarcelamiento puede convertirse en un largo infierno de hambre y enfermedad, y la herida más pequeña,

en una atroz agonía. Es mejor no caer prisionero, repite seráficamente el maestro. Es mejor no ser herido. Es mejor no morir.

Las primeras técnicas que se aprendían eran las del *abbrazzare*, y no se trata del abrazo de amor entre un varón y una mujer, sino del de la muerte. Son todas técnicas con las manos desnudas, con los brazos, las piernas, los pies, incluso con la boca y los dientes, a mordiscos: como luchan los animales y como luchaban los hombres antes de la invención de las armas. Al principio Andrea y yo nos reíamos, nos parecían las mismas peleas que librábamos entre los chicos en la era de Campo Zeppi, pero en realidad eran muy distintas: el maestro y los soldados siempre conseguían derribarnos, dislocarnos los brazos, hacernos un daño terrible, apretarnos la garganta de manera que si hubieran querido estaríamos más que muertos. Fue en uno de esos *abbrazzari* cuando recibí el puñetazo que me partió el hueso de la nariz y me lo clavé en la cara, y desde entonces me he quedado con esta fea cara de Buscarruidos.

Luego practicamos el duelo, con un puñal de madera, y allí el golpe bien dado se llama *juego*. En cualquier caso, habían sido claros con nosotros, los últimos llegados del campo. Más que luchar, teníamos que actuar como auxiliares, armados con palas y azadones: íbamos a ser los que se afanan para transportar equipos, los que cortan y cargan troncos para construir puentes sobre los cursos de agua, los que palean la tierra para nivelar caminos o cavar una trinchera o levantar un terraplén, los que van a quemar los campos y las casas de la tierra enemiga. Por eso no nos dieron nada más que un jubón de piel, una rueda de madera, un casco, una daga corta y un puñal. El oficio de las armas, el de caballeros y armígeros, no era para nosotros.

El maestro era un capitán lleno de cicatrices que había luchado valientemente en las guerras de los años anteriores y en batallas que cuando nos las contaba parecían leyendas increíbles, choques de gigantes: San Romano y Anghiari. Su nombre era Iacopo di Nanni y era de Castelfranco di Sotto, no lejos de nuestra tierra, pero todos lo llamaban el Buscarruidos, y fue él quien me puso su mismo apodo.

La buena vida pisana no duró mucho. El rey aragonés de Nápoles, aliado con los pérfidos sieneses de siempre, invadió la Toscana. En el invierno, Florencia asumió la defensa de Campiglia y envió otro ejército a Spedaletto, cerca de Pienza; pero nosotros seguíamos en Pisa, a la espera. En primavera, el rey, que había hecho creer que quería sitiar Campiglia, atacó Piombino. Piombino no podía perderse. En Livorno se armaron apresuradamente cuatro galeazas que nos llevaron formando dos o tres compañías hasta Piombino. Tomamos posiciones en el Caldane, entre Campiglia y Piombino, metidos en ciénagas y marismas, con el temor de ver cómo caía sobre nosotros todo el ejército aragonés en cualquier momento. Andrea tenía miedo: él nunca había matado a nadie y decía que no sería capaz de hacerlo si se encontraba cara a cara con otro chico que lo mirara con un puñal en la mano, y tenía el presentimiento de que le tocaría morir a él, y tenía miedo de la espada que te atraviesa, de la sangre que brota de la garganta, de la muerte y de la oscuridad y del frío. Yo trataba de consolarlo, jurándole que siempre estaría a su lado y que lo protegería de cualquier peligro. Podía estar seguro de que nunca le pasaría nada.

Estábamos en una pésima situación. No había nada para comer, porque las tierras circundantes, ya escasamente pobladas, habían sido completamente abandonadas por temor a la guerra; y nos faltaban hasta esos pocos tragos de vino que en las veladas alrededor del fuego podían levantarte el ánimo. Sin esperanzas de ser socorridos, sobrevivíamos con calduchos de forraje y lagartijas. No hacíamos más que murmurar y quejarnos del calor y de las moscas y mosquitos, del agua pútrida y mala y de las enfermedades que nos contagiaban y devastaban. Al final no pudimos mantener la posición: temerosos de una rebelión, los comisarios prefirieron sacarnos de allí y enzarzarnos en otras escaramuzas para reconquistar algunos castillos aún en manos del rey.

Al enemigo, sin embargo, no le fue mucho mejor. Ese gran ejército, mucho más armado y alimentado que el nuestro, obligado a quedarse quieto en las ciénagas, fue derrotado por la propia Maremma, por los mosquitos y las tercianas, y cuando se marchó, casi sin luchar, dejó más de dos mil

muertos en el terreno, incluidos casi todos los desertores saqueadores, castigados por la justicia divina por su traición. Nosotros también volvimos, con dos galeazas que venían a buscarnos. Pero regresé solo a Pisa. Aquella guerra sin gloria, la única en la que había participado, me exigió un pesado tributo: mi hermano Andrea murió de fiebre en una choza inmunda, mientras en su delirio invocaba el nombre de la Virgen y de nuestra madre Piera. Y yo no había logrado protegerlo de la guadaña de la muerte.

Fue en este estado, y con el ánimo más sombrío, cuando conocí al hijo de Antonio di *ser* Piero da Vinci. ¿Quién no conocía al viejo Antonio en Vinci? ¿Quién no lo conocía en nuestra familia? Yo lo recuerdo bien, había venido incluso un par de veces a Campo Zeppi, tenía unos terrenos lindantes con los nuestros y nunca desaprovechaba la oportunidad de acercarse a vernos y probar cómo había salido el vino nuevo y lo bien que había envejecido el del año anterior, y luego hablaba y hablaba, y nosotros lo escuchábamos, porque los Buti estamos hechos así: somos de pocas palabras, trabajadores, y gente más bien de hechos, recelosos de los que hablan demasiado y escriben también palabras para engañarnos, pero con el viejo Antonio era diferente. Tenía una necesidad absoluta de hablar, de comunicarse con nosotros y con todas las demás personas de la aldea. Necesitaba contar historias, que según él eran ciertas, pero todos sabían que eran invenciones de su imaginación: viajes por mar a los confines del mundo, a países sarracenos, ataques de piratas, inmensas tierras desérticas habitadas tan solo por serpientes, leones y gigantes, muchachas maravillosas y fragantes que te entregaban su flor con la mayor libertad del mundo, solo porque les apetecía hacerlo. Yo quería mucho al viejo Antonio. Era hijo de notarios y a veces hasta nos ayudaba, con unos papeles que no sabíamos leer o con algún impuesto que no queríamos pagar. Y luego se volvía de lo más contento al pueblo, con el capón y la botella de vino que le regalaba nuestro padre.

Al hijo, en cambio, nunca había llegado a conocerlo, entre otras cosas porque nunca subíamos al pueblo, y él no bajaba al campo. Desde hacía poco, se había convertido en notario.

Lo habían enviado a trabajar para los florentinos en Pisa, en San Sebastiano in Chinzica, en la Lonja de los Bancos junto al Arno. Un día se acercó al taller de Monte para herrar su caballo, y yo también estaba allí, pensando en acabar con mi vida militar, pero sin saber cómo hacerlo ni a dónde ir. Era marzo de 1449. Hace más de cuarenta años. Sin dejar de golpear el hierro, Monte nos presentó. Piero y yo nos miramos a los ojos antes de darnos la mano. Éramos muy parecidos. Teníamos la misma edad. Aunque era notario, sentí que se podía confiar en él y no me equivoqué. Era hijo de Antonio, así que tenía que ser como él. Una persona de bien.

Por las pocas palabras que le dije, comprendió enseguida todo lo que se agitaba en mi corazón, el deseo de volver al pueblo, y con un espíritu práctico lo enlazó con la cuestión principal: ¿para qué iba a volver al pueblo después de haber roto con mi padre, que prácticamente me echaba la culpa por haber arrastrado a Andrea conmigo en la aventura militar? No sabía que Andrea había muerto, y nadie se lo dijo nunca: solo sabía que se había marchado y que no se había vuelto a saber nada de él, ni si estaba vivo o muerto. ¿En qué iba a trabajar, dado que mi padre difícilmente toleraría mi proximidad en los campos? En el taller de mi primo Monte, entre los ruidos pesados de los martillazos, la idea surgió casi espontáneamente. ¿Por qué no convertirme en artesano, después de haber aprendido tantos oficios de asoldado y en la construcción de la fortaleza? De hecho, precisamente por haberme dedicado predominantemente a esto último, había trabajado durante esos años en el horno que producía los ladrillos para los muros.

Sí, eso podría ser una buena solución. Yo no sabía que en mi ausencia mi padre había comprado la mitad de un horno de ladrillos en el Mercatale di Vinci, en el camino que lleva al Arno, y la otra mitad pertenecía a las monjas de San Pietro Martire en Florencia, que también eran propietarias de la vecina tierra que iba desde San Pantaleo hasta San Donato a Greti. *Ser* Piero lo sabía, porque la propiedad de las monjas lindaba con las tierras de su padre Antonio y de Marco di ser Tomme. También el viejo Antonio conocía a las monjas, y *ser* Piero podía mediar fácilmente: si alquilaba la mitad de las monjas, se podía montar el negocio. Si necesitaba ayuda,

estaba su cuñado Simone d'Antonio da Pistoia, que se había casado recientemente con su hermana Violante: él también era hornero. Y la familia de su madre en Bacchereto poseía otro horno, aunque este especializado más bien en jarras y botijos.

Regresé a Vinci. Mi padre me recibió con frialdad, sin ninguna de las celebraciones que el Evangelio nos exhorta a hacer cuando regresa un hijo pródigo. No tenía nada en contra de la idea del horno, que estaba abandonado y no generaba ingresos, siempre que dejara de molestar lo antes posible y no me quedara en su casa de Campo Zeppi. Las cosas habían cambiado mucho, todos los viejos habían muerto, y ahora, además de mi padre y de mi madrastra monna Antonia, vivían allí Matteo y Maso, hijos de Marco, con sus familias, y Piero, hijo de Monte, que había venido de Pisa. Mi hermano Iacopo se había quedado con la tierra que le había sido donada, pero vivía en la casa del castillo y se daba aires de señor con su joven esposa Fiore. Gracias a la mediación de *ser* Piero, las monjas me alquilaron el horno por ocho liras al año, y prometí pagarles puntualmente.

Al principio, las cosas no fueron mal. Puse todos mis esfuerzos, con la cabeza gacha, trabajando solo como una mula, como de costumbre, para restaurar el edificio, que incluía una pequeña casa, un establo, un patio y, obviamente, el horno. En la casita era donde vivía, dado que no podía volver a Campo Zeppi: mi padre no me quería y en su declaración catastral ni siquiera incluía mi nombre, aunque el oficial luego lo añadía por su cuenta y registraba también el medio horno. En el horno remendé los agujeros en la cámara de combustión semienterrada y consolidé los arcos de soporte, y limpié a fondo la cámara de cocción de encima. Como era de esperar, tuve que hacerlo todo yo solo, porque ese tal Simone d'Antonio era un fanfarrón y nunca se dejaba ver: recolectar leña y astillas, excavar la arcilla buena, amasarla, dar forma al adobe y dejarlo secar. Y luego llegaron por fin los días del fuego y esos adobes se transformaron en sólidos y eternos ladrillos rojizos.

Sí, las cosas fueron bien al principio. Pero luego se

torcieron. Y mucho. Todo por culpa de Simone y su maldito vicio del juego, al que también me arrastró a mí. Por eso nunca pagué a las monjas: el poco dinero que había empezado a ganar, después de pagar todos los gastos iniciales, lo perdía jugando. En connivencia con Simone estaba un granuja compadre suyo, el cura de Vitolini, *ser* Andrea, aunque luego se pelearon entre ellos por alguna mezquindad y Simone lo denunció al obispo. *Ser* Andrea era un sacerdote desalmado e impío, que dejaba pastar a sus cerdos en la tierra bendita del cementerio, y los cerdos desenterraban y roían los huesos de los muertos. En lugar de pensar en las cosas del espíritu, se dedicaba al juego dondequiera que se hallara, como si fuera una necesidad corporal urgente que no podía contener: en la casa parroquial, en su propia casa hasta de noche, en la casa de Nannone fuera del pueblo, e incluso al pie de un pajar en Santa Lucia, en Paterno. En casa de Nannone me había ganado un gran florín y dos liras, sin duda haciendo trampa, y luego había fingido comprarle a Simone trescientos ladrillos de mi horno, pero ganándole en el juego el dinero con el que se suponía que debía pagar. Probablemente Simone y *ser* Andrea ya se habían puesto de acuerdo antes. Y así me quedé sin ladrillos y sin dinero. Y ya no podía pagar a las monjas, a las que nunca había pagado en esos tres años.

Tuve que volver a pedir ayuda a *ser* Piero, pero tenía miedo de hacerlo. Me habían llegado voces desde Vinci de que él también se había metido en un enorme lío a causa de unas faldas: y es bien cierto lo que dicen, que la hembra es fuente de todos los males. De *ser* Piero nunca me lo hubiera esperado: caer así en las lisonjas de la seducción, en brazos de una mujer, él, alguien que había estudiado y no un trabajador fogoso y sin cabeza como yo, alguien tan frío que te daba siempre la impresión de tenerlo todo bajo control, y resulta que en cambio él también había perdido la cabeza, como todos los demás, y se había convertido en esclavo de una mujer. A aquella mujer misteriosa, en Semana Santa, la había llevado preñada y en secreto a Anchiano, pero el pueblo entero se enteró de todas formas, y muchos habían ido incluso a verla, y habían participado en el bautismo del niño.

Los que la habían visto decían que era muy hermosa, un ángel que habría ablandado hasta el más duro de los corazones. A partir de ese momento fue el abuelo Antonio quien se hizo cargo de ella y del niño, acogiéndolos en su casa. *Ser* Piero volvió a Florencia, desde donde me hizo saber que las diligentes monjas ya habían escrito mi nombre y la deuda de veinticuatro liras en su libro de deudores y acreedores, y que si no quería perder mi trabajo tenía que empezar a pagar.

¿Qué hacer? Tal vez solo Antonio podría ayudarme, con un préstamo quizá, o con un buen consejo por lo menos. Al fin y al cabo, si me hallaba en esa situación era por culpa de su yerno Simone. Era una mañana fría de febrero, soplaba un viento gélido del norte y los campos estaban blancos a causa de un poco de nieve que había caído sobre ellos. Envuelto en mi capa, me puse en camino por el pueblo, crucé una plaza de mercado casi desierta, subí hasta la casa de Antonio, justo antes de las murallas del castillo. Me esperaba frente a un buen fuego, contento de volver a verme después de tantos años. Estaba sentado en una silla alta, con una manta gruesa sobre las piernas y un hermoso gato negro encima de la manta. Monna Lucia no estaba. Había ido a la panadería a comprar tortitas y la pasta frita de carnaval que tanto le gustaban a Antonio: yo lamenté no habérselas traído yo, que me había presentado con las manos vacías, peor que un palurdo, pero más vacíos que mis manos estaban mis bolsillos.

No sé si se acordaba de verdad de mí. En Campo Zeppi, cuando venía, éramos muchos los chicos que nos reuníamos a escuchar sus historias, y yo no tenía nada que me distinguiera de los demás. Pero Piero le había hablado sobre mí y mis desventuras, y ya lo sabía todo: lo que había vivido como soldado y también la pérdida de Andrea, aunque se daba cuenta de que era un gran secreto, y también sabía no hablar cuando era necesario. Me ofreció su vino, sonriendo, para que me calentara. Me advirtió que no era tan bueno como el nuestro, y de hecho quiso reservar para un futuro tanto el vino como el aceite de Campo Zeppi. Le recordé que no podía darle ni vino ni aceite, la tierra no me pertenecía ya: los dueños eran mi padre, mi hermano, mis primos; yo no era

nadie y no tenía nada, solo sabía hacer cuatro ladrillos, que no me rendían en absoluto. Quién sabe, quién sabe, dijo sonriendo, el futuro para los jóvenes es un cielo que sigue abierto, no es el cielo de los viejos que se cierra poco a poco y en el que va diluyéndose la luz.

¿Y el horno? ¿Y las monjas? No he de preocuparme tanto por eso, prosigue. Son buenas religiosas, temerosas de Dios, acostumbradas a ayudar a los pobres. Su convento de Florencia está en un barrio popular, justo al lado de Porta Romana. Como es natural, deben recibir lo que les corresponde, es lo justo, los acuerdos han de respetarse. Pero también saben comprender las dificultades de un pobre cristiano y cuando es necesario no se andan con formalidades si el pago del campo se hace en especie: un barril de vino o una tinaja de aceite, que por ejemplo puede valer hasta cinco liras, eso es más de la mitad de la renta de un año. Claro, añade el abuelo Antonio, mirándome fijamente como si siguiera el hilo de su razonamiento, para poder disponer de un poco de vino o de aceite de Campo Zeppi algo tendría que cambiar, habría que empezar a hacer las paces con el viejo Piero d'Andrea del Vacca. Y además, tal vez habría que dejar ese fatigoso trabajo del horno y volver a la tierra, uno está mejor en la tierra. Sí, algo tiene que cambiar. Haría falta una mujer. Y niños. Solo así se conmueve el viejo Piero: cuando tiene niños en brazos; y entonces se alegra, porque ve que la familia continúa, como cuando ve que fructifican los injertos que ha hecho en los árboles. Así es el viejo Piero. No es mala persona, él lo conoce bien.

Yo no sé qué contestar. He venido a hablar de las monjas y el abuelo Antonio me dice que tome mujer y me vuelva a vivir con mi padre. No, nunca. Me lo juré a mí mismo cuando estaba en Pisa. Para entonces la vida no me parecía otra cosa que pasar de una esclavitud a otra: la esclavitud de la tierra, la esclavitud de la familia, la esclavitud de los curas, la esclavitud de la soldada, y ahora también la esclavitud del horno, de las deudas, del juego. Añádele la esclavitud de la hembra: pura locura. Si me hace falta una mujer, bajo a Empoli con ese desalmado de Simone y por poco dinero puedo obtener en una posada cerca del Arno todo lo que me apetezca. No, jamás me convertiré en esclavo de una mujer.

Pero tampoco quiero responder mal al abuelo Antonio, que ha sido tan amable conmigo y hasta me ha ofrecido su vino, que al fin y al cabo no es tan malo: mejor desde luego que el vinagre que dan a los soldados.

De modo que me lo tomo a chanza; pero es una chanza amarga, porque siento necesidad de desahogarme, de abrirme, de hablar de verdad con alguien, algo que nunca he hecho en toda mi vida. *Ser* Antonio tiene ganas de bromas: ¿qué mujer tomaría como marido a alguien arruinado como yo, arruinado muchas veces, como hijo, trabajador, soldado, tonelero y hombre feo y malencarado, con la nariz rota y torcida, con la cara medio picada por las enfermedades del pantano que pilló en la guerra de Piombino, uno que ha matado y violado, con el vicio del juego y de las putas? ¿Qué mujer dejaría que la acariciaran estas manos grandes y ásperas y agrietadas después de años de trabajar con la pala, el azadón y el hacha, y luego con la arcilla y el fuego? Si hubiera un ángel así en esta tierra, y sé que no existe, porque sé que en el mundo, a excepción de mi madre Piera y de la Virgen, todas las hembras son estúpidas o diabólicas; si realmente hubiera un angelito tan bueno como para aceptarme y amarme siendo tan feo y malo como soy, como para salvarme y liberarme de mi esclavitud, entonces sí, claro, me casaría con ella, me la quedaría con todos los sacramentos de Nuestro Señor y de la santa Iglesia Romana.

El abuelo Antonio, que es un hombre de mundo, me sigue la broma y se ríe también: claro, claro, un angelito así no existe y no puede existir para un tiparraco como el Buscarruidos, y nunca existirá, sabemos muy bien lo que son las hembras, creadas por el Todopoderoso para que los hombres no nos deleitemos demasiado en la ilusión de la paz, y casi parecería que fueron hechas a propósito para darnos un poco de purgatorio e infierno ya en esta tierra y hacernos expiar un poco los pecados por adelantado. Pero supongamos, por absurdo que sea, que este angelito existe realmente; ¿se casaría entonces el Buscarruidos con ella? Por supuesto que se casaría con ella. Sin dudarlo. Pero supongamos además que este angelito, dotado de todas las virtudes y bellezas del Cielo, es también muy pobre y está completamente desprovista de dote; ¿sería entonces menos deseable a los ojos

del Buscarruidos? Por supuesto que no, no dejaría de ser un angelito del cielo y el Buscarruidos se casaría con ella de todos modos, aunque fuera pobre, aunque fuera la última entre los últimos en esta tierra, porque también el Buscarruidos es el último entre los últimos en esta tierra. Y además, aunque no fuera tan hermosa, no le importaría mucho, lo importante es que sea buena y honesta y dulce, como lo era su madre Piera, que Antonio nunca la ha olvidado, de lo dulce y buena que era.

Y si, en cambio, ese ángel del cielo ya hubiera sufrido tormentos indecibles en esta corta vida terrenal y hasta hubiera tenido hijos de otro hombre, ¿sería despreciable entonces por el mero hecho de no poder ofrecer las primicias de su flor al Buscarruidos, por más que nunca haya dejado de ser muy pura y casta de corazón? Con esto, el abuelo Antonio me pone las cosas difíciles, y enseguida le replico que no me haría demasiada gracia tomar a una mujer que ya ha yacido con otro hombre; pero como la nuestra es una discusión abstracta y no lleva a nada, y además este vino es realmente bueno, entonces bien puede concluirse que ni siquiera esta historia de la flor y la virginidad me importa en absoluto, porque si la mujer es buena y virtuosa y promete amarme y serme fiel, y darme dulzura y consuelo como una compañera en la vida tal como yo se lo daré, entonces sí podría aceptarla de verdad a mi lado. Su pasado no me importaría en absoluto, al igual que a ella no le importaría el mío. Viviríamos en el presente, libres por fin de los fantasmas y de los miedos de nuestras historias. Desafortunadamente estos son solo sueños. La realidad es otra.

Nunca he olvidado la sonrisa radiante que iluminó el rostro del viejo Antonio, que le alisó las arrugas y pareció anular en un instante todos los signos que los muchos años de su larga vida habían grabado en él como en la corteza de un árbol anciano; y no lo olvidaré mientras viva. Una sonrisa de felicidad, pero no egoísta: no para sí mismo sino para alguien más, que luego comprendí que no era solo yo, parado frente a él con una jarra llena de su buen vino. De haber podido, habría saltado inmediatamente de su silla alta y me habría abrazado con fuerza, a pesar de que le crujieran los huesos. Y

empecé a intuir que nuestra conversación no había sido tan abstracta como yo pensaba.

En todo caso, el anciano insistió en que lo ayudara a levantarse y a acompañarlo a la habitación de arriba, porque se sentía cansado. Primero tuve que mover al gato Segundo, que se había convertido en una pesada rosquilla y no tenía la menor intención de abandonar su cómoda postura. Apoyado en mi brazo y seguido por Segundo, que mostraba su despecho con la cola recta, el abuelo subió lentamente las escaleras, haciéndome señas varias veces para que avanzara en silencio. Llegamos al corredor. A un lado, la puerta del dormitorio; al otro, una puertecita entrecerrada. Sin dejar de sonreír, el abuelo Antonio volvió a hacerme el gesto del silencio, llevándose el dedo índice a la boca, y me invitó a mirar dentro. En una cama alta, una mujer joven estaba amamantando a un niño. Su cabello suelto era rubio como el de un ángel del cielo. Una queda canción de cuna, un canto a boca cerrada. La visión de la maternidad y de la vida que se transmite de un ser vivo a otro.

El anciano me empuja hacia su habitación y me pide que le ayude a acostarse, y el gato también salta sobre la cama. Ve que estoy conmovido, y que a pesar de mi cara y del nombre que llevo, a fin de cuentas, soy un buen hombre. En voz baja me dice algo más antes de despedirme. Ese angelito del que hablábamos existe de verdad. Es una criatura de carne y hueso como nosotros, una criatura que siente alegría y dolor como nosotros: Dios sabe cuánto sufrió antes de poder disfrutar de este momento de suspensión, de felicidad, en esta casa y con su hijo. Sí, es ella: fue la mujer de *ser* Piero y el niño es el hijo de ambos. Hijo del pecado, del error, de la ilusión del amor terrenal, sin duda, pero la vida, toda la vida, proviene de Dios, es un regalo de Dios, y ese hijo es también un hijo de Dios, un regalo maravilloso por el que nunca se le podrá dar suficientemente las gracias.

Se llama Caterina. Era una esclava, pero ahora es una mujer libre. Piero consiguió su liberación, pero nunca podrá volver a verla. Inmediatamente después de la Epifanía, Antonio hizo que se casara con Albiera, hija de un mercader florentino que tiene tierras en Bacchereto, Giovanni Amadori,

un hombre temeroso de Dios y devoto del beato Giovanni Colombini: sin dote, ya se entiende, por amor a Dios, ahora Piero vive en Florencia con su suegro. Algún día tendrá que encargarse del niño, que por ley lleva su nombre y condición, pero por ahora está mejor en los brazos de la Caterina, que es una mujer fuerte y de buena sangre que lo hace crecer hermoso y sano, con su leche densa, dulce, abundante. La Caterina es una mujer libre, pero está sola, y un día también tendrá que dejar a este niño y esta casa. No tiene nada, nada posee, más que las pobres ropas que viste. Como es natural, no aportará dote alguna. Pero el hombre que la despose será recompensado por Dios con el tesoro más grande de este mundo: una compañera que lo amará y lo honrará, y le dará la alegría de numerosos hijos, y caminará junto a él en el largo y difícil camino de la vida, hasta el final.

El viejo se pone serio y me advierte, estrechándome la mano. Esto no es un contrato y él no es un casamentero. La Caterina es una mujer libre, que ha conquistado toda su libertad a un alto precio de sacrificio y de sufrimiento. Nadie, ni ahora ni nunca, podrá arrogarse el derecho de decidir por ella, de imponerle su voluntad, de volver a ponerle cadenas. El hombre que decida vivir con ella deberá tener el valor de ver en ella una criatura de Dios como él, igual y a la par, no un ser inferior al que dominar y esclavizar. Y será ella quien decida si lo acepta o no. Pues bien, lo que tenía que decirme ya me lo ha dicho y ya puede quedarse dormido, con el gato que ronronea. Ahora es mi turno. Y el de la Caterina.

Nos casamos tan pronto como pasó el tiempo prohibido: después de la Octava de Pascua. Por las flores de marzo se anunciaba una primavera maravillosa y una estación excelente para la tierra. Nos casamos casi a escondidas, no en Vinci ni tampoco en San Pantaleo, sino en San Bartolomeo a Streda. Antonio no pudo venir, no se encontraba bien y monna Lucia tuvo que quedarse a su lado. A la novia la acompañó Francesco, el hermano menor de *ser* Piero, quien también hizo de testigo junto con Nanni di Gian Giocondo, el campesino que trabajaba la mitad de la finca que Antonio poseía cerca, en Linari. Francesco estaba encantado de llevar a cabo una tarea tan importante y para hacer de testigo

declaró que ya era mayor de edad. Para no llamar la atención y no hacer murmurar al pueblo, trajo a Caterina a lomos de una mula, toda arrebujada e invisible a miradas indiscretas. Dentro de ese bulto ella abrazaba a su hijo bien arropado en sus brazos. El día anterior, cargando hasta lo inverosímil un carrito arrastrado por la misma mula, Francesco ya había recorrido el camino de Vinci al Mercatale para llevar a la casita del horno, que yo había acondicionado de la mejor manera que pude, las pocas cosas que constituían las posesiones de la Caterina: una hermosa cama de nogal y un baúl con dos cerraduras que contenía un colchón, un par de sábanas, una manta, un tabardo de tela parda, vestidos, faldetas, medias y toballas. Monna Lucia había añadido una cestita traída de Bacchereto, de la alfarería Toia, era su regalo de bodas: una alcarraza pintada con santa Caterina, y dos jarras.

Aquel día yo me presenté demasiado temprano en la iglesia. Francesco había dicho que llegarían a primera hora de la tarde, cuando no hubiera nadie en la calle, pero yo ya estaba allí desde la hora sexta, solo, frente a la puerta que el sacristán acababa de cerrar para irse a comer. Bien afeitado y vestido un poco mejor que de costumbre, con una casaquita que me había prestado Nanni, me acomodé en una piedra bajo el gran árbol del cementerio, para evitar tanto el sol como la mirada inmóvil del gran ojo que se abría en la fachada vacía de la iglesia. El paisaje era precioso allí, en la cresta, entre los campos y viñedos dominados por la familiar silueta de nuestra montaña: abajo en el valle corre alegremente el agua del Streda, que hace moverse la rueda del molino. Seguía solo cuando la puerta se abrió. Entré en el templo, que se me apareció desnudo y sobrio, y me arrodillé ante la tosca estatua de un San Bartolomé barbudo que me miraba con severidad, con un libro en la mano izquierda y un cuchillo en la derecha.

Un poco más tarde llegó el cura que venía de Cerreto: un sacerdote importante, el párroco de San Leonardo. Su viejo amigo Antonio, que de repente se había convertido en un gran devoto de San Leonardo, se lo había contado todo, y el párroco se había pronunciado inmediatamente a favor de

nuestro matrimonio. La liberación de la Caterina había sido ciertamente un gran milagro de san Leonardo, y él hablaría de aquello en sus sermones como un ejemplo edificante. El abuelo me había mandado a verle para organizarlo todo, y el buen párroco me había hecho volver varias veces, porque decía que yo también era una oveja más que descarriada. Tuve que confesar todos mis pecados, lo que me llevó bastante tiempo. Me instruyó sobre el sacramento del matrimonio, del cual no sabía mucho. El párroco había querido saberlo todo, nuestros nombres, edad, origen de la novia y si era buena cristiana bautizada, y tuve que enseñarle un rollo de pergamino escrito por *ser* Piero que daba fe de su condición de mujer libre. También se había asegurado de que no hubiera ningún impedimento y al final había expuesto un folleto de publicaciones fuera de la parroquia. Confía en mí, dijo sonriendo, de todos modos, no sabes leer. Dada nuestra situación, la boda se celebraría de la manera más sencilla y discreta posible: abajo en San Bartolomeo, la humilde y solitaria iglesia campestre, sin notario, con la bendición y el intercambio de anillos.

¿Y el noviazgo? ¿La Caterina y yo también habíamos estado comprometidos? Yo le contesté que sí. Que la Cuaresma había pasado volando, desde el primer momento en el que la vi y le hablé, tras volver a la casa de Vinci dos días después de la conversación con Antonio. Monna Lucia nos había dejado solos en el jardín, y el pequeño Leonardo gateaba persiguiendo al gato negro, que se escondía detrás de las matas de hierba, y de repente le tendía una emboscada y le ponía la pata en la manita, y Leonardo se echaba a reír una y otra vez. Permanecimos en silencio durante mucho tiempo, ella sentada en un banco de piedra, yo apoyado contra la pared, con mi gorro en las manos. Su pelo había vuelto a ser invisible, recatadamente anudado dentro de la cofia. Fue ella quien reunió valor para hablar primero, alzando los ojos hacia mí. Ojos muy dulces, en los que no había temor ni vergüenza hacia el desconocido que estaba a su lado, pero en los que persistía la luz del amor con el que había seguido los movimientos de su hijo hasta un instante antes. Antonio y Lucia le habían dicho algo, pero dejándole plena libertad para decidir si quería verme y hablar conmigo, y ella había

decidido que sí. Solo me dijo una cosa, con seguridad: háblame de ti.

Para mí fue un examen mucho más difícil que el que luego tuve que hacer con el cura. En la oscuridad de un confesionario, no te cuesta confesar tus culpas a Nuestro Señor si realmente crees que detrás de la reja está Él y no un ser humano, y entonces te sientes más tranquilo, porque sabes que Él ya conoce todas tus faltas y ya ve dentro de tu corazón, aunque no encuentres las palabras adecuadas. Pero en ese momento, bajo la luz de ese jardín, ante los ojos de la Caterina, ¿cómo podía hablarle de mí? Nunca había hecho algo así con nadie en toda mi vida. ¿Por qué le tenía miedo a esa mujer? ¿Por qué era incapaz de hablar? Yo, el Buscarruidos, que había sido soldado, un hombre violento, alguien que hablaba con los hechos y las manos y no con las palabras, y con las hembras había hablado aún menos, comprando sus cuerpos por poco dinero o violándolos alguna vez en el saqueo de una pobre aldea rural. Fue ella otra vez quien tomó la iniciativa y venció mi vergüenza, tal vez porque había entendido algo en mi rostro desfigurado: la expresión del niño solitario e infeliz que había sido en otros tiempos, cuando vagaba por las tierras de Campo Zeppi matándome a trabajar.

Me indicó que me sentara a su lado. Obedecí torpemente, colocando mi mano derecha sobre la piedra. Me tomó la mano y pasó sus dedos largos y ahusados por mi piel dura, agrietada por la arcilla y el fuego. Luego empezó a hablar. Su voz era extraña, no hablaba como nosotros. La voz le salía de la garganta, áspera en ocasiones. De vez en cuando se detenía, con torpeza, como buscando la palabra adecuada. Mirándome la mano, me dijo que esta hablaba por mí: le hablaba de trabajo, de cansancio, de sufrimiento. No necesitaba que le dijera con palabras lo que había hecho. Ella lo sentía. Y su mano también hablaba. Era cálida, hermosa, suave, pero tenía también las marcas del trabajo, grietas y pequeñas cicatrices. En el dedo anular llevaba un anillo de plata algo desgastado, con signos incomprensibles: el nombre de la santa que la protege, santa Catalina. Esa mano me transmitió algo que me pareció entender: un mensaje, una petición y al mismo tiempo un ofrecimiento. De protección,

de amistad, de amor.

No habíamos hablado mucho, la Caterina y yo. No nos hacía falta. Las tres o cuatro veces que había subido al pueblo a verla, monna Lucia, que nos espiaba desde la ventanita fingiendo no darse cuenta de que sabíamos que nos estaba mirando, siempre nos veía así, cogidos de la mano y sentados en el banco del jardín, mientras Leonardo jugaba en el suelo, y luego quería estar en los brazos de este gracioso gigante de nariz torcida que quizá ya sentía cariño por su madre. La última vez que fui allí antes del día de la boda, Antonio quiso vernos juntos, porque sentía que no tenía fuerzas para bajar hasta San Bartolomeo. Quería saludarnos y bendecirnos. Entramos al salón de la chimenea de la mano. Monna Lucia estaba sentada en un rincón acunando a Leonardo. El abuelo me dijo que mi padre había ido a verlo y le había dado encargo de que me diera su bendición, su consentimiento; iba a mandar una vasija de aceite al horno como regalo de bodas. Luego miró a la Caterina y se le humedecieron los ojos: si el padre de esta pobre chica, que viene del otro lado del mundo, estuviera aquí, él también daría su consentimiento con alegría y le impartiría su bendición. Y luego fue él, Antonio di *ser* Piero di *ser* Guido, quien nos bendijo solemnemente en nombre de nuestros padres y nuestras familias, deseándonos una vida larga y plena como la que el Señor les había concedido a él y a monna Lucia.

Apareció Nanni con su mujer, que llevaba un bulto bajo el brazo. Y un poco después vimos a Francesco tirar de la reticente mula de la Caterina detrás de él, y de lejos parecían la Sagrada Familia en la Huida a Egipto. La Caterina tenía calor, estaba harta del tabardo y se lo había quitado, y brillaba luminosa con una sencilla prenda blanca: un brial de diario, pero recién lavado y perfumado. Llevaba el pelo oculto bajo un pañuelo, pero ya cuidadosamente trenzado para nuestra pobre celebración. Una gran faja mantenía pegado a su pecho a Leonardo, un crío ya regordete, que giraba y se movía para tratar de liberarse de las ropas y bandas que lo sujetaban con fuerza. Junto a la cabecita de rizos rubios, apenas retenidos por un gorro, dos ojos claros, vivos y móviles, que no podían quedarse quietos ni dejar de

dar vueltas, y no se saciaban del espectáculo de las cosas nuevas que aparecían por todas partes: el cielo, el sol, los pájaros, los árboles, el mundo entero se le revelaba en su plenitud por primera vez. Cómo me hubiera gustado volver a ver el mundo con esos ojos, con la misma frescura auroral. Nanni bromeaba sobre ese niño demasiado vivaracho, previendo que sería difícil llegar al final de la misa sin gritos y llantos. Su mujer ni siquiera me dio tiempo de saludar como era debido a la novia en la anteiglesia, más que con los ojos, y la arrastró hasta la rectoría con el niño. El saludo de Francesco también fue somero, con gesto misterioso, y entró como una tromba en la iglesia para llevarle un paquete al párroco y luego escabullirse a la rectoría. Los últimos en entrar fuimos Nanni y yo, y me dejó solo de pie frente al altar.

Noté un movimiento detrás de mí y me di la vuelta. Inmersa en el cono de luz que inundaba el espacio sagrado de la nave, entrando por la puerta y por el gran ojo circular, apareció la novia, ataviada con un hermoso manto de encaje blanco prestado por monna Lucia, el rostro cubierto por un velo de seda, el pelo anudado en trenzas y rodeado por una corona de flores. La visión me llenó de asombro: así que era eso lo que habían maquinado monna Lucia y la mujer de Nanni, que ahora sostenía al niño sonriente en sus brazos. La novia caminaba despacio del brazo de Francesco. Se acercaba con lentitud exasperante, y el tiempo mismo pareció demorarse, hasta detenerse casi por completo, y a la par del tiempo también la vida, la respiración, los latidos del corazón se detuvieron. Qué hermosa era. Aún hoy tiemblo solo al recordar ese momento. Sentí una extraña felicidad en mi corazón, pero también miedo. ¿Qué sabía yo de ella? Nada más que lo que mi corazón me había transmitido. ¿Qué me había dicho de sí misma, de su vida, de su historia? Nada más que las palabras que habían entrelazado los dedos de nuestras manos. Ni siquiera sabía de dónde venía, de qué páramo desolado del fin del mundo: ¿y de qué servía saberlo? Para mí el mundo termina al este con el Pratomagno que se ve desde Florencia, y al oeste con el horizonte del mar en Pisa y Piombino. ¿Sería digno de ella? ¿Sabría amarla como sentía que ella estaba dispuesta a amarme, dándome todo su ser?

La Caterina llegó a mi lado, me sonrió y me tocó la mano, como para infundirme valor. Era ella la que me infundía valor a mí, el Buscarruidos. El párroco empezó la misa en latín. La seguimos como en un sueño. No recuerdo casi nada. Solo que en determinado momento me espabiló un fuerte tirón de Nanni, porque el sacerdote esperaba una respuesta por mi parte: *Antonius vis accipere Catherinam hic presentem in tuam legitimam uxorem iuxta ritum sanctae matris Ecclesiae?* Dije precipitadamente la palabra que me habían enseñado: *Volo*. Y lo mismo dijo la Caterina cuando llegó su turno: *Volo*. *Volo*: sí, quiero volar, echar a volar juntos, como dos palomas, como dos cisnes. Luego juntamos nuestras manos y escuchamos las palabras que nos unían ante Dios: *Ego coniungo vos in matrimonium, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*. Un momento de angustia: ¿y los anillos? Lo cierto era que no había pensado en ello, cuando los anillos son imprescindibles para desposarse. El párroco se volvió sonriente hacia Francesco, quien le entregó dos brillantes anillos de oro sobre un pequeño cojín. Era el regalo del abuelo. Francesco me susurró que esperaba que fueran del tamaño adecuado, el de la Caterina sí, porque lo había probado, pero el mío lo había calculado a ojo observando el dedo de mi manaza. El párroco los bendijo y me dio el anillo más pequeño, que le puse en el dedo, sobre su viejo anillo de santa Catalina. Y Caterina también me puso el anillo, el más ancho. Francesco había tenido buen ojo.

Terminado el *Pater noster* el párroco nos miró y dijo: ahora ya basta de latín, la invocación de la novia quiero decirla en nuestra lengua materna, porque es justo que ella también lo entienda todo; esta muchacha ha llegado a nuestra tierra desde muy lejos, ha sufrido y vivido mucho, es justo que pueda comprender. Fue una plegaria maravillosa, de la que todavía recuerdo algunos fragmentos, y a veces me la repito a mí mismo, rezando por la Caterina. Una plegaria que evoca la propia potencia de la creación y nos hace partícipes, a nosotros, pequeñas criaturas humanas, del misterio del amor y de la concepción de la vida.

Oh Dios, que con el poder de tu virtud creaste todas las cosas de la nada y que desde los orígenes del universo hiciste

a la criatura humana a tu imagen, y creaste al hombre y a la mujer, y consagraste su unión para que fueran un solo ser, una unión dichosa y bendita que ni el castigo del pecado original ni el diluvio universal pudieron cancelar. Oh Dios, dirige tu mirada propicia y tu protección hacia esta sierva tuya, con el fin de que pueda llevar el yugo del amor y de la paz, y sea en Cristo una esposa casta y fiel, amable con su esposo como Rebeca, longeva y fiel como Sara, grave en la verecundia, venerable en el pudor, fecunda en la descendencia, íntegra y pura, y pueda alcanzar finalmente la paz de los bienaventurados y el reino de los cielos; y que ambos cónyuges alcancen juntos la vejez deseada y vean a los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación. Amén.

Tal vez lo de llegar a la cuarta generación sea demasiado pedir, pero hemos tenido la dicha de ver a los primeros hijos de nuestras hijas. Los años han pasado. Ni rápidos ni lentos. Con el ritmo adecuado, el del ciclo de la naturaleza y de las estaciones. El tiempo que aplaca las preocupaciones y los malentendidos. Como había previsto el abuelo Antonio, mi padre Piero nos llamó a Campo Zeppi en cuanto se supo que la Caterina estaba preñada. Mi felicidad era completa, no solo por mí, que volvía a la tierra donde nací, a la casa donde me había criado, sino sobre todo porque pude darme cuenta de la felicidad de la Caterina, que evidentemente estaba hecha como yo, nacida libre en la tierra y en la naturaleza, y ahora veía cumplido su sueño de volver a una condición de vida verdadera y auténtica entre las plantas y los animales. Dejé el horno y reanudé el antiguo trabajo de la tierra, que el viejo Piero ya no podía atender solo.

En 1454 nació nuestra primera hija, Piera, y luego, a intervalos casi regulares de dos o tres años, Maria, Lisabetta, Francesco y Sandra: en el momento oportuno, para que la Caterina les diera a cada uno la leche de la vida. Todos bautizados por el buen cura de San Pantaleo, *ser* Francesco Guiducci. Todos nacieron casi sin dolor, porque el camino estaba abierto. A Maria incluso la parió sola detrás de una gavilla, un día que estaba trabajando en el campo cerca del arroyo; se las apañó ella sola, cortó el cordón con su hoz, lavó a la recién nacida en agua corriente, la envolvió en su

pañuelo y yo me la encontré dormida en la cuna cuando llegué a casa. La Caterina parecía creada por Nuestro Señor para fecundar y dar vida.

¿Y Leonardo? Caterina lo amamantó todo el tiempo que pudo, hasta que la barriga en la que llevaba a Piera se hizo más grande. El niño ya era hermoso y saludable, caminaba solo y hasta hablaba, de una manera muy graciosa, porque de vez en cuando salía de sus labios una palabra incomprensible que tal vez le había cantado su madre en una de sus dulces y melancólicas y misteriosas canciones de cuna. Se lo llevamos al abuelo Antonio y a monna Lucia, quienes estuvieron encantados de acogerlo, pero el niño no quería dejar el abrazo de su madre por ningún motivo, así que le explicamos que podía venir a vernos cuando quisiera, y desde entonces Francesco, que siempre deambulaba por las fincas de su padre, se vio obligado durante algunos años a viajar entre Vinci y Campo Zeppi con Leonardo a lomos de su mula. Queríamos tanto a Francesco, adolescente eterno que amaba la vida en el campo tanto como nosotros, que no dudamos en bautizar a nuestro único hijo con su nombre, y el tío Francesco fue su padrino. Luego, cuando Leonardo cumplió seis o siete años, el tío Francesco iba y venía igual, pero para venir a buscarlo, porque era el propio niño quien se escapaba de la tenue vigilancia de monna Lucia y saltaba el murete del huerto por el lado del desfiladero, pasaba furtivamente por encima del pueblo y bajaba él solo por el Vincio entre campos y viñedos hasta la casa de su madre, a quien encontraba siempre en la plenitud de la fecundidad, viva imagen de la maternidad, siempre preñada o en el momento de amamantar a algunas de sus hermanitas.

Fue una época feliz, pero también difícil. La tierra ya no era tan generosa con quienes la trabajaban: quizá ella también hubiera envejecido y producía cada vez menos. La parte de Campo Zeppi que pertenecía a mi padre, y que yo trabajaba, daba ahora apenas cuatro fanegas de trigo y cuatro toneles de vino. La parte de mi hermano Iacopo habíamos tenido que vendérsela a un vecino rico y poderoso, Luigi di Lorenzo Ridolfi, que vivía en Florencia y tal vez no supiera siquiera de nuestra existencia ni de nuestras penurias;

nuestros tratos eran con su mayoral, Arrigo di Giovanni Tedesco, que por lo menos era amigo del abuelo Antonio y padrino de Leonardo; y hubo otras tierras que Iacopo tuvo que vender más tarde. En 1459 presenté mi primera declaración al Catastro, solo para certificar que no tenía posesiones ni oficio y que vivía a cargo de mi padre y en su casa, para no pagar impuestos. En ese papel, por primera vez, junto a mi nombre y el de mis hijas Piera y Maria, vi el nombre de monna *Chaterina*, mi esposa. Lo reconocí con dificultad, porque no sé leer, y el documento lo escribió y lo entregó en el Ayuntamiento mi amigo Simone di Stefano di Cambio.

Los viejos nos dejaron, como las hojas que caen en otoño. Primero mi padre Piero, luego el abuelo Antonio. Llegó el momento en que también tuvimos que separarnos del pequeño Leonardo: monna Lucia ya no podía hacerse cargo del chico, a quien hacía falta ahora una educación que su padre estaba obligado a darle y que el pueblo no podía ofrecerle, y Francesco también tuvo que irse a regañadientes, porque su hermano *ser* Piero había decidido ofrecerle lo que para él era una colocación honrosa en la ciudad: una esposa, Alessandra, la hermana menor de su esposa Albiera, y un hogar y un trabajo en la casa y en el taller del suegro zapatero. Sin embargo, Francesco hubiera preferido mil veces quedarse en el pueblo. Un triste día vinieron a despedirse los dos, el tío Francesco y Leonardo, y sobre todo a abrazar a la Caterina, que aún estaba amamantando a Francesco y ya estaba preñada de Sandra. Nos quedamos largo rato fuera de la puerta para verlos alejarse por el camino, tío y sobrino en la mula, hasta desaparecer en la curva de San Pantaleo.

No fueron despedidas definitivas, con todo. El tío Francesco, en cuanto pudo, volvió a vivir en el pueblo, en las fincas y terrenos que habían pertenecido al abuelo Antonio y que heredó tras la división de bienes con su hermano. Su padre había tratado de dar a Leonardo una educación regular en el ábaco y las letras, pero dada la futilidad de esos intentos prefirió meterlo en el taller de un maestro artesano. Y también el chico, con la complicidad de su tío, huía a Vinci tan pronto como podía y venía a vernos. Era una felicidad

que se renovaba cuando reaparecía en Campo Zeppi, a veces inesperadamente, sin previo aviso, de modo que la Caterina, que ya no era tan joven y notaba el peso de las muchas preñeces, se sintió varias veces a punto de desmayarse y de morir de alegría a causa de un violento sobresalto en el pecho, al ver a su hijo saltar por sorpresa desde detrás del seto de zarzamoras, como los sustos que, en un tiempo ya lejano, le daba a él de niño el difunto gato negro y travieso del abuelo Antonio.

Leonardo siempre le traía algo de regalo a su madre: una pequeña joya de plata trabajada con restos del taller, un broche para la cofia, un trocito de fragante ámbar gris robado quién sabe dónde, una vinagrera con olor a azahar destilado en el alambique: pero la Caterina le decía que el perfume era demasiado fuerte, que prefería los que ella misma elaboraba, con su antiguo y bárbaro arte, macerando en agua fría almendras sin cáscara y flores de rosas, jazmín, lavanda y hierbas silvestres que solo ella conocía. Como una bruja, salía a buscarlas a los campos al amanecer, cuando los tallos aún estaban húmedos de rocío.

Su hijo siempre llevaba consigo algunas hojas de papel, grandes y pequeñas, que no estaban cubiertas sin embargo por la escritura nerviosa de su abuelo y su padre, esa escritura que era más fuerte que los apretones de manos y la palabra dada y que los campesinos habíamos aprendido a temer porque dentro de la escritura solo había recordatorios de deudas y obligaciones, de tierras y contratos y rentas, de condenas y excomuniones. No, en las hojas que Leonardo le daba a su madre solo había figuras: algunas eran flores y plantas del campo, lirios, rosas, gladiolos, bayas de moras; otras eran extraños drapeados sobre finas hojas de papel de lino, que parecían espeluznantes fantasmas sin cabeza; pero la mayoría eran rostros de mujeres o de ángeles sonrientes, con los ojos cerrados, adornados con joyas estupendas.

Decía que las había dibujado pensando en ella y le pedía que le dejara dibujar su rostro del natural, para poder recordarlo mejor. Tenía que pintar su primera tabla: una Anunciación. La Caterina le sonreía, con esa dulce e indefinida sonrisa suya, y siempre le decía que no y otras cosas raras que yo no entendía: que no hay que jugar con las

imágenes, las imágenes son sagradas, forman parte del misterio de la creación, son signos de la divinidad y se llevan siempre consigo el alma y la vida y la belleza de lo que representan, una flor, un pájaro, una mujer. Luego cogía la piedra roja de la mano de Leonardo, quien la escuchaba con la boca abierta, y empezaba a dibujar sobre la hoja: dibujos de nudos, de fantásticos entrecruzamientos de ramas y plantas y flores, que Leonardo seguía hechizado. Y le decía: este es el entrelazamiento de la vida, del amor, de nuestras historias, que al final, aunque nos alejemos, siempre vuelven a cruzarse. Y también me miraba a mí y me estrechaba la mano.

Leonardo estaba fascinado por las manos de la Caterina, largas y ahusadas pero fuertes y seguras también. Siempre quería acariciarlas y trataba de dibujarlas en sus papeles, en todas las posiciones y en todos los movimientos, y la Caterina sonreía y por despecho o en broma las escondía en la gonela. Y luego ella le hablaba y le contaba cosas de su vida, cuentos de animales y seres sobrehumanos, historias de un pasado y de un mundo perdido, y él la escuchaba embelesado, con la boca abierta, siempre con la misma expresión infantil, por más que cuando volvía a vernos era ya un hombre hecho y derecho. Yo sentía algo de celos por sus momentos de intimidad. La Caterina solo hablaba con Leonardo; conmigo y con los demás, incluidos sus hijos, parecía muda, aunque se comunicara muy bien, y mejor que nosotros: sin hablar, con las manos, con los ojos, con una sonrisa. Hace ya casi cuarenta años que la Caterina y yo vivimos juntos y casi nunca nos hemos hablado. A ver, me refiero a hablarnos con palabras. Casi nunca lo hemos necesitado. Nuestros cuerpos siempre han hablado entre sí, intensamente. Nuestros ojos también. Compartimos todo en silencio: el cansancio del campo, el sudor, a veces el hambre en las épocas amargas, la vida agria, la orgullosa pobreza.

A mí, en cambio, Leonardo siempre me hacía preguntas acerca de la vida de soldado y de la guerra, pero no me gustaba recordarla ni hablar de aquello; entre otras cosas porque no me gusta hablar, y menos aún hablar de mí. Luego, aunque ya no tuviera el horno, quería acompañarme a los

puntos donde yo excavaba la tierra y a veces encontraba extrañas conchas petrificadas, los *nicchi*, que no deberían encontrarse aquí en el campo sino en el mar, y el chico me decía que en otros tiempos estuvo aquí el mar, pero más tarde se fue, porque todo se transforma. Y luego quería ver cómo amasaba el barro y con manos y dedos que se parecían a los de su madre me modelaba rápidamente cabezas de ángeles y niños sonrientes, y también dos cabezas que hacían gracia, una regordeta y socarrona, la otra feroz y con la nariz torcida: el tío Francesco y el tío Buscarruidos. Me hubiera gustado llevarle al horno de Bacchereto para que viera la cocción, pero nunca había tiempo. Y esas cabecitas, cuando se iba, siempre acababan destrozadas en los juegos de los más pequeños. Y un final similar debieron sufrir todas las hojas con sus dibujos. Desgarradas por el gato o reducidas a un montón de cenizas en la chimenea.

Una sola tristeza velaba el hermoso rostro de Leonardo, que cuanto más pasaba el tiempo más se parecía al de la Caterina: el hecho de que, desde que se había ido a Florencia, le habían prohibido dirigirse a su madre o hablar de ella con las palabras madre o mamá; para él la Caterina no era más que la Caterina; la palabra madre solo podía usarla con su madrastra Albiera. Desventurada mujer, monna Albiera, que perdió a su primera hija y luego murió en el parto siendo aún joven, en 1464. *Ser* Piero volvió a casarse inmediatamente con Francesca Lanfredini, y ella también murió al cabo de unos años, sin hijos. Volvería a casarse, no una sino dos veces más, y con numerosa progenie, pero para entonces Leonardo ya se había ido solo por el mundo. La última vez que lo vimos fue en 1478. Leonardo había huido de Florencia, enfurecida y ensangrentada tras la conjura de los Pazzi y la venganza de los Médici, y se había refugiado con su tío Francesco. Los vi a ambos el 3 de mayo en el castillo, yo también estaba entre los concejales municipales que concedieron a Francesco y al ausente *ser* Piero la enfiteusis del molino del castillo. Y Francesco insistió en que se añadiera una cláusula especial: el usufructo a Leonardo, *hijo espurio* de *ser* Piero, en caso de muerte de los beneficiarios sin herederos legítimos. Esa fue la última vez que Leonardo bajó a Campo Zeppi y abrazó a su madre.

Pasaron los años y las hijas crecieron y tuvieron que desposarse, aunque fuera con poca dote, de modo que aumentaron los gastos y hubo que vender las tierras. En 1474 se casó Piera y en 1478 le tocó el turno a Maria. Celebramos una gran fiesta en Campo Zeppi, con el notario y el cura de San Pantaleo. Cómo brillaban de felicidad los ojos de la Caterina, a quien todos llamaban monna Caterina, al ver a sus hijas, novias y tan hermosas como ella. Las más hermosas de la zona. Francesco, en cambio, no, todavía no se ha casado. Es como yo cuando era joven. No soporta esta vida, el trabajo de la tierra. Tan pronto como pudo, se fue. De soldado, a Pisa.

Siempre hemos mantenido una estrecha relación con los hermanos de Vinci. *Ser* Piero, gracias a sus conexiones con las monjas de San Pietro Martire, tomó en enfiteusis una casa en el castillo junto con Francesco, y al final también se hizo cargo del horno en Mercatale, que estaba en ruinas, con permiso para reconstruirlo, proporcionando en pago al convento trescientos ladrillos cocidos al año. Cuando es necesario, le sirvo de testigo de algunos de sus actos. Una vez, *ser* Piero insistió en que fuera a Florencia para un testamento importante. Necesitaba una persona de confianza entre los testigos: yo, un campesino ignorante que no sabe leer ni escribir. Fui, aunque de mala gana, porque a *ser* Piero no iba a verlo con tan buena disposición como a Francesco. Pero uno nunca debe ser desagradecido. Le debo mucho al notario. Al fin y al cabo, hace muchos años *ser* Piero me ayudó a dejar la guarnición de Pisa y regresar a casa. Y además está la Caterina: aunque no me guste pensar en ello, debo admitir que, si la Caterina es mi mujer, y mi mayor tesoro, también tiene alguna responsabilidad en ello *ser* Piero.

Nos reunimos en la casa de Giovanni di ser Tomme Bracci, en Santa Trinita, y *ser* Piero otorgó su testamento el 16 de octubre de 1479. La familia Bracci todavía poseía muchas tierras en Vinci, y en particular en Anchiano una granja y una casa con un molino de aceite que *ser* Piero quería adquirir a toda costa. El 28 de diciembre el viejo *ser* Tomme, antes de morir, dejó aquella finca y aquella casa a los frailes servitas de la Annunziata, y tres años más tarde *ser* Piero, que era

procurador de aquellos frailes, se la compró. Cuando, de regreso de Florencia, le conté la historia a la Caterina como ejemplo de la iniciativa de nuestro amigo notario, nunca me hubiera imaginado su conmovida reacción: casi llorando, lo que era completamente inusual en ella, me explicó que aquella era la casa a la que, estando ella preñada de Leonardo y en grave peligro de vida, la habían llevado desde Florencia y donde había dado a luz al niño. Quizá el notario quería asegurarse la posesión de la casa donde se había producido el milagro del nacimiento de Leonardo, para vagar solo por aquellas estancias y recordar la vida y el amor que pudo haber tenido y nunca tuvo, excepto por breves instantes.

Me hubiera gustado preguntarle el porqué, la última vez que lo vi. Fue hace tres años, cuando fui a Florencia a registrar la promesa de matrimonio de Lisa con un campesino de Montespertoli, y su modesta dote de 35 liras. Era el 7 de septiembre, en via Ghibellina, y yo estaba de pie frente al puesto donde escribía *ser* Piero, tranquilo y frío. Al final me quedé en silencio. No le pregunté nada.

Ese mismo año realicé la última declaración al Catastro. No nos queda mucho en Campo Zeppi. La casa es en la que vivimos, que ni siquiera es toda la casa sino solo la mitad; la otra mitad pertenece a mi hermano Iacopo, y limita con la calle, el patio y la propiedad del primo Maso di Marco. En total, las tierras que me quedan son poco más de seis fanegadas, que dan cuatro fanegas y media de trigo y dos toneles y medio de vino. En realidad, rinden un poco más, pero de eso no di cuenta en la oficina de impuestos. Aun así, es una miseria. Poco a poco, los hacendados vecinos, más ricos y más listos, se han ido comiendo casi toda nuestra tierra, y lo poco que nos queda lo trabajo yo, quebrándome la espalda, porque mi hijo Francesco se ha ido y aquí me he quedado yo, solo y viejo, incapaz de seguir tirando de todo, y en casa solo quedan mujeres: la Caterina, que todavía es fuerte y hermosa y trabaja los campos junto a mí y a veces en mi lugar, y la Piera, que volvió a casa viuda y triste, y Sandra que tiene veinticuatro años y quién sabe si alguna vez se casará, con esa edad y sin dote, porque ya no tenemos más dinero. Francesco lo comprendió todo y se fue antes de ver el

final. Nuestro final.

Estoy sentado en el porche de la vieja casa. Veo el sol rojo ponerse detrás de las colinas al final de este día terrenal. Veo a la Caterina que sube por el sendero, seguida por sus hijas Piera y Sandra. Así en fila, una tras otra, me recuerdan a cuando íbamos todos a misa los domingos a San Pantaleo, hace muchos años, seguidos de los niños en fila colocados de mayor a menor, y el anciano cura nos sonreía con afecto desde el pórtico de la iglesia.

Se han ido las tres juntas a recoger leña y fajinas para el hogar. Las escucho bromear y hablar alegremente entre ellas, y luego se ponen un poco más serias, tal vez pensando en el futuro: las chicas, que son mayores y están solas, y su madre que siempre las alienta y las consuela. Son todas mujeres aquí, en esta casa. Se apoyan y ayudan mutuamente, para sobrevivir en este mundo de lobos. Los lobos somos nosotros los hombres, que solo valemos para gruñir, morder y hacer la guerra. En el mejor de los casos, somos para las mujeres amos benévolos. Tal vez algún día todo cambie. Y sean las mujeres quienes manden.

Yo he tratado de no ser lobo ni amo, ni para ellas ni para nadie. Aquí soy el único varón, un anciano que camina con dificultad con un bastón. La Caterina, en cambio, que debería tener más o menos la misma edad que yo, aunque nadie lo sepa exactamente, ni ella siquiera, porque su memoria y su cuenta de los años se pierden en la noche de los tiempos, en una tierra y en un mundo donde quizá el tiempo sea diferente al nuestro y discurra sin necesidad de medirlo, parece mucho más joven.

Quizá sea de verdad una bruja, como dijo una vez, no quedó claro si de chanza o de veras, el nuevo párroco de San Pantaleo, impactado y quizá asustado por la energía vital de esa extraña e indócil feligresa suya. Una de esas brujas que vencen al tiempo y a la muerte yendo a buscar hierbas mágicas al desfiladero en la noche de San Juan, de esas que veneran a las Tres Madres del ciclo lunar, que vuelan en la noche de Todos los Santos, que se cubren la piel desnuda con cremas verdosas hechas de hierbas y barro. Tienen el pelo todo blanco, una venerable cascada de nieve que se parece a

santa María de las Nieves, santa Ana, la Tercera Madre de la Luna. Su rostro sigue siendo dulce. Pocas arrugas. Tiene las manos, eso sí, estropeadas por el trabajo, pero las piernas y los brazos son fuertes y musculosos, y su piel está oscurecida por el sol. Tal vez se frote de verdad el cuerpo con una crema mágica. Siempre sube y baja con sus mujeres, sus hijas, sin parar nunca. Ella es su maestra, su guía.

La vida, creo, no me ha enseñado mucho. No porque sea mala maestra, al contrario: cuando puede, y eso es muy a menudo, siempre nos da lecciones dolorosas y memorables. El problema soy yo, que soy mal escolar y no he aprendido casi nada. Hay una cosa sin embargo que sí aprendí bien, y que me cambió por completo: que aquí todo se mueve gracias a las mujeres, son ellas las que hacen avanzar la historia, las que proporcionan amor y alegría, las que acogen en su cuerpo el misterio de la vida, las que nos alimentan durante nueve meses en total simbiosis y luego nos dan a luz con sufrimiento, y nos siguen alimentando y acompañando en el camino, llevándonos en sus brazos y luego de la mano, enseñándonos a caminar, a hablar, a pensar, a amar. Que ellas, las mujeres, no son seres inferiores y sometidas como siempre han creído y exigido los varones, sino criaturas infinitamente más libres y sensibles que nosotros. En cada una de ellas refulge una chispa de esa belleza que resplandece entera solo en la corte del paraíso. La belleza que nos salvará. Si todavía hay posibilidad de salvación, solo una, en esta tierra, para esta humanidad enferma, pasa a través de la mujer.

No me importa si somos pobres, si tenemos menos tierras o menos cosas que las que tenía mi padre. Lo único que importa es que nuestra vida juntos ha sido hermosa y plena, un regalo inmenso que Dios nos ha dado; y que antes de conocer a la Caterina yo era un esclavo, y ahora soy libre y es ella quien me dio y me enseñó la libertad. ¿Cuántas veces hemos visto este sol salir y ponerse juntos? ¿Cuántas veces hemos ido juntos a partir los terrones de la tierra? ¿Cuántas veces hemos sembrado juntos? ¿Cuántas veces hemos hecho el amor? ¿Cuántas veces nos hemos acurrucado en la cama bajo la manta en invierno, acogiendo a nuestros hijos asustados por el estruendo de la tormenta como cachorros perdidos en la

noche, y la Caterina nos consolaba rezando al profeta Elías?

Ya está, la Caterina ha vuelto. Está un poco cansada, deja los haces de leña en el suelo y se sienta a mi lado. Sandrina le lleva una jarra de agua fresca. Me aprieta el brazo: me ha traído un regalo. Tal vez sea mi aniversario, lo he olvidado. Sonriendo ante mi cara de asombro, saca un gran cardo lleno de espinas: porque, dice, soy su hermoso cardo espinoso. Caigo en la broma, poniendo la típica expresión alelada del Buscarruidos, y luego todos se echan a reír y sacan el verdadero regalo: un fragante ramo de flores silvestres que recogieron mientras pensaban en mí. Un último rayo de sol. Entrecierro los ojos y aprieto la mano de la Caterina con fuerza. La compañera de mi vida.

12. Leonardo

Tal vez sea ella el mayor misterio de mi vida.

El secreto escondido en lo hondo del corazón. La obsesión que no me concede paz y que me empuja a seguir adelante, siempre adelante, más allá de los límites del conocimiento y de la experiencia, a dejar inacabadas e imperfectas las obras emprendidas y a empezar otras nuevas que ya sé que no podré terminar, con la ilusión imposible de encontrarla en alguna parte, y de volver a ver sus ojos; y, al mismo tiempo, el recuerdo que apacigua dulcemente todas mis preocupaciones, como la cantilena que murmuraba acunándome en sus brazos.

Una canción que nunca he olvidado, aunque las palabras sigan siendo oscuras para mí, incomprensibles. La melodía se repetía triste y cadenciosa. La canción hablaba de un hombre negro que sale de casa para llevarse a los niños que no duermen, pero por suerte yo no entendía nada, y me bastaba con la voz y la respiración de mi madre. Años después me explicó que aquella no era su lengua materna: era la lengua de otro pueblo, el ruso, porque su nodriza era rusa. Si le pedía que me hablara en su lengua, respondía con una sonrisa y con el silencio. Creo que con el tiempo había olvidado la extraña lengua que hablaba cuando era niña.

El tiempo es el inexorable devorador de todas las cosas. No solo fuera de nosotros, sino también dentro: las palabras, las lenguas, los recuerdos, los sentimientos, los ideales en los que creíamos cuando éramos jóvenes y que creíamos eternos. Y el tiempo nos consume a nosotros mismos, en cuerpo y alma, como el fuego que destruye lentamente la cera de la vela que la alimenta, y al final se apaga junto con la vela. Toda mi vida ha sido una lucha contra el tiempo y contra el olvido. Porque en el fondo no quería olvidarla. No quería que, después de su muerte y la disolución de su cuerpo terrenal, se

desvaneciera también todo lo que quedaba de ella: el recuerdo de su rostro, de su voz, de su sonrisa, de sus manos.

Incluso el primer recuerdo de mi infancia debería estar ligado a ella, pero es tan extraño y misterioso que no soy capaz de darle una interpretación plausible. Ni siquiera sé si se trata de un recuerdo real o más bien de una fantasía, una ensoñación recurrente con los ojos abiertos.

Lo que sé es que estoy en la cuna, y desde lo alto del cielo desciende hacia mí un milano y me abre la boca con la cola, golpeándome en los labios repetidas veces con ella. Si estaba en la cuna, debía de tener menos de dos años: ¿cómo es posible conservar un recuerdo tan antiguo? Además, hay algo ambiguo en el acto del milano, algo que no cuadra, y que me sigue provocando una sensación de inquietud. Para un recién nacido, el momento más hermoso, de absoluto y total placer, pues supone volver a una condición de fusión con el cuerpo de la madre, es aquel en que su boquita encuentra el pezón turgente y empieza a succionar el líquido blanco y tibio de la vida. La cola del milano es muy diferente a un pezón. Y ese gesto de golpearme los labios con ella me parece más una forma de violencia que un acto de amor.

Claro, es extraño que se trate precisamente de un milano, el ave favorita en mis observaciones sobre el vuelo, la principal entre mis muchas obsesiones por el conocimiento. Cuántas veces lo he dibujado en los márgenes de mis papeles y cuadernos, cuántas veces he tratado de representar su trayectoria en diagramas y gráficos, y describir nítidamente sus movimientos con palabras. El milano es una pequeña ave rapaz, común en la campiña donde nací. Siempre me ha llamado la atención su forma de volar, que intenta sacar, con el mínimo esfuerzo, el máximo partido de los elementos naturales, el aire, el viento, las corrientes ascendentes. Con unas cuantas sacudidas de las alas, el milano se eleva a gran altura buscando el curso del viento, y permanece solitario en el cielo, silencioso, como suspendido y carente de gravedad, una pequeña forma oscura recortada contra la luz del mediodía que gira en círculos amplios y lentos, y luego de repente se lanza en caídas en picado muy rápidas y mortales. Y es entonces cuando se revela fundamental la cola, que es lo

que más se nota en un milano: una bonita y amplia cola que le sirve de timón y cambia la dirección del vuelo y permite rectificar un descenso en picado.

El milano me ha enseñado mucho sobre cómo hacer posible mi mayor sueño: volar como un pájaro, despegar en el cielo con alas artificiales y permanecer suspendido en el aire planeando lentamente, alternando movimiento incidente y movimiento reflejado, y nadando en el aire como si estuviera en el agua. Pero es esa cola la que sigue obsesionándome y dándome golpes en la cabeza, como los que me da dentro de los labios en mi recuerdo de infancia: sea plana, sea baja o alta en sus extremos, sea doblada hacia la izquierda o hacia la derecha; y cada movimiento, como una danza, corresponde a un vuelo diferente, un ascenso, un descenso, una parada repentina, un giro, un quiebro.

Lo más extraño es que la época en la que me dediqué con más intensidad a la observación del milano, en las colinas a las afueras de Florencia o cerca de Vinci, fue la misma en la que volvió vívidamente ante mis ojos ese recuerdo infantil. Un año vertiginoso de acontecimientos y de desafíos intelectuales y artísticos. Es así, si doy la vuelta a esta hoja llena de anotaciones sobre el vuelo estacionario, junto a unas listas de compras fechadas del 29 de junio al 4 de agosto de 1504, junto a las cuentas del dinero que empleo para los gastos diarios y para la factura de un jubón y un gorro y un par de medias, registré el recuerdo de la muerte de un hombre ocurrida en esos mismos días: *Miércoles a las 7 horas murió Ser Piero da Vinci a día 9 de julio de 1504. Miércoles en torno a las 7 horas.* Después de un breve espacio, como si nada hubiera pasado, reanudé mis cuentas: *Viernes a día 9 de agosto de 1504 saqué ducados 10 de la caja*. El recuerdo de esa muerte lo repetí y lo amplié en otra hoja: *El día 9 de julio de 1504 miércoles a las 7 horas murió Ser Piero da Vinci, notario, en el Palacio del Podestá. Mi padre, a las 7 horas. Estaba en la edad de 80 años, dejó 10 hijos varones y 2 hembras.*

Sí, era mi padre. Lo añadí solo al final, después de la fría anotación del tiempo, el nombre y la profesión: *notario en el palacio del Podestá*. No era solo un notario: también era mi padre. Dejó diez hijos y dos hijas, nacidos de dos de sus

cuatro esposas. Yo no estoy incluido en ese cálculo, por supuesto.

Nunca me legitimó. Yo era el bastardo, nacido de él y de la Caterina. Me obligó a reunirme con él en Florencia después de la muerte de mi abuelo, y me crio porque la ley así se lo exigía. Me metió en el taller de Andrea del Verrocchio, su cliente y amigo, para que no tuviera ya que vivir en su casa y ser motivo de escándalo y vergüenza, sobre todo cuando me vi involucrado en un juicio por sodomía. No sé si alguna vez me quiso de verdad. Nunca nos veíamos ni nos hablábamos, hasta que me fui de Florencia y ya nunca lo volví a ver. Pero debo confesar que siempre trató de ayudarme, incluso cuando yo no quería, e incluso sin mi conocimiento. Como notario se ocupaba principalmente de curas y conventos, y de la Señoría. Los pocos encargos que tuve en esta ciudad fueron casi todos gracias a él: la *Anunciación* para el convento de Monteoliveto, *La visión de San Bernardo* para la capilla de los Priores en Palazzo, la *Adoración de los Reyes Magos* para el convento de San Donato en Scopeto, el *San Jerónimo* para el convento de los jesuatos en San Giusto, la *Santa Ana* para los servitas de la Annunziata. Yo le pagué de la peor manera. Solo terminé la *Anunciación*. Las demás tablas las dejé todas a medias, sin terminar, o ni siquiera las empecé, después de recibir el dinero. Aquí en Florencia ese es el pecado más grave: más que la sodomía.

Se dice que los sueños son como profecías, que desgarran el velo del tiempo y te dejan ver el futuro. Mi recuerdo de la infancia era una profecía, en efecto, pero dirigida hacia un oscuro pasado. Me gusta soñar, y recuerdo que a mi abuelo Antonio también le gustaba, y siempre me contaba sus sueños cuando yo era niño, además de sus fantásticas aventuras ultramarinas que también parecían sueños, ilustrándomelas en el pergamino desenrollado de un mapamundi.

A veces en el sueño se me aparece clara y brillante la solución de algún difícil problema mecánico o tecnológico en el que me he devanado inútilmente los sesos el día anterior, porque el ojo ve en sueños las cosas con mayor grado de certeza que mediante la imaginación cuando estamos despiertos. Por lo general, en mis sueños siempre se repiten

las mismas cosas: espectáculos naturales grandiosos y fascinantes, tormentas, lluvias de fuego, resplandores deslumbrantes; es como si me alzara en vuelo por los cielos y mirara hacia la tierra desde lo alto, y me desplazara de un punto a otro sin ningún movimiento por mi parte; caigo desde cimas altísimas o me veo arrastrado por la corriente tumultuosa del río sin hacerme daño, sino que, al contrario, me siento excitado por esa fusión de mi cuerpo desnudo con los elementos de la naturaleza, el aire y el agua, que me voltean y me hacen girar como les place; hablo con los animales y entiendo su lenguaje, y conozco todas las lenguas de los hombres sin haberlas estudiado nunca; y por último el sueño más extraño de todos, que jamás me he atrevido a confesarle a nadie: estoy en casa de mi madre, en Campo Zeppi, no recuerdo exactamente si soy un niño todavía o ya un hombre formado, y veo a mi madre y mis hermanas desnudas que me invitan a su cama y me uno carnalmente con ellas, perdiéndome en la dicha del abrazo de los cuerpos mezclados y entrelazados. Cuando me despierto, me encuentro manchado con mi semen.

Pero ¿qué significa el milano que aparece en el cielo de mi destino? En un viejo libro de mi abuelo titulado *Sueños de Daniel* encuentro escrito: *Páxaros sobre sí mismo ver volar significa perjuizio.* Y en otra parte: *Ver milano significa muerte de los parientes tuyos.* Está muy claro. El milano no es profecía de un gran futuro, sino de daño y muerte: la muerte del padre o de la madre. Y nunca es una buena señal; es una alegoría de la envidia, porque se dice que el milano, cuando ve crecer demasiado bien a sus crías en el nido, les picotea las costillas y las tiene sin comer. Tal vez, en lo más hondo de mi alma, intuía la envidia de mi padre hacia la Caterina, que seguía siendo fecunda y dando vida, y hacia el bastardo que crecía perfectamente sano, mientras que sus dos primeras esposas, legítimas pero desventuradas, no habían podido darle descendencia. Mi padre milano me daba picotazos en las costillas, porque veía en mí la vida y la pasión que ya no estaban en él.

También creo recordar, además, aunque de forma muy confusa, un cuento de hadas que me contaba mi madre: la

historia de un niño que salva a su madre en una isla hechizada, y luego defiende a un cisne del ataque de un milano feroz, matando a este último con una flecha, y el cisne se transforma entonces en una hermosa princesa que tiene la luna en el pelo, una estrella en la frente, el porte de un pavo real, una voz como el murmullo de un riachuelo. Aquí también está todo claro: el niño que mata al milano soy yo, que salva a la madre y se casa con el cisne.

La profecía de muerte no significa necesariamente la muerte física. La muerte de alguien también puede ser una separación repentina y violenta, una fractura interior, la ruptura de un fuerte vínculo afectivo. Esa fue la profecía de mi destino. La historia que le ocurrió de verdad al niño Leonardo, separado en determinado momento de su madre para siempre. Para no sufrir, después de mi deportación a Florencia, empecé a considerarlos a ambos, padre y madre, muertos dentro de mi corazón. Yo no pertenecía ni a la familia de él ni a la familia de ella. Traté de matarlos a ambos dentro de mí, para que su imagen, el pensamiento obsesivo de una vida juntos que no habíamos vivido y de un nido del que yo estaba excluido, no me siguiera haciendo daño. Pero la imagen de ella nunca murió, y siguió acompañándome durante toda la vida. Como una obsesión. O como una bendición, tal vez.

Incluso después de irme a Florencia seguí viéndola, siempre que me era posible regresar a Vinci con la complicidad de mi tío Francesco. Tenía veinte años y acababa de inscribirme como pintor en la Compañía de San Lucas, una rama secundaria del gremio de los Médicos y Boticarios. Con la mediación de mi padre los monjes de San Bartolomeo a Monteoliveto me confirmaron el encargo de pintar una tabla de la Anunciación. Era el último deseo de Donato Nati, que había dejado sus bienes al convento para que construyeran una capilla en su memoria. Recordaba bien aquella tarde de hacía seis años, cuando el viejo Donato me habló desde su lecho de muerte. Yo estaba totalmente en sintonía con la visión que tuvo en sus últimos momentos de vida: la escena tenía que ser toda en el exterior, al aire libre, bajo la luz, en la naturaleza, sin las limitaciones de un espacio cerrado, y

evocar el milagro de la vida nacida en el vientre de la mujer, la vida de la naturaleza y de las criaturas, de las flores, de las plantas, de los árboles, del aire, de la tierra, del agua.

Hacía tiempo que tenía una idea clara de la composición. Había trabajado mucho en la construcción de la perspectiva, porque el lugar donde iba a colocarse la tabla, sobre la tumba de Donato, solo permitía una visión lateral y desde abajo, y por lo tanto había hecho algunas correcciones ópticas complejas que alguien no entendido podría creer que eran errores. Todavía faltaba el paisaje, y sentí la necesidad de regresar a Vinci y volver a ver a mi madre y mi tierra antes de terminar un trabajo tan importante: mi primera obra. Era el verano del 1473. Deambulé subiendo y bajando por Mont'Albano, bosquejando en mi cuaderno paisajes, colinas, rocas, gargantas, siluetas de árboles, cipreses, encinas, robles, flores, lirios, rosas. El 5 de agosto llegué a un pequeño santuario en Montevettolini, donde se conmemora la Virgen de las Nieves, y desde allí dibujé otra vista de Valdinievole, con Monsummano y la ciénaga de Fucecchio. Un día memorable, de suspensión provisoria de las incertidumbres y angustias de la vida, tanto que quise escribir solemnemente la fecha en la hoja del dibujo: *Dìa de sancta Maria de las nieves a dìa 5 d'aghossto 1473.*

Con la puesta de sol llegué, sin ser esperado, a Campo Zeppi. Allí estaba ella, demorándose en el huerto, descalza e inclinada sobre la tierra, recogiendo las hierbas para la sopa. Como estaba sola, tenía el pelo suelto, ese maravilloso pelo suyo que ya empezaba a blanquearse. Tal vez estuviera cantando o murmurando algo, sola, para sí misma. Le di un susto saliendo de detrás del seto de zarzamoras, e inmediatamente después tuve que sostenerla, porque casi se desmaya del miedo y la emoción. Luego, entre mis brazos, recuperando el aliento y sonriendo, me dijo: la verdad, de haber muerto ahora, habría muerto feliz. Y yo sentí que se me encogía el corazón al pensar que una criatura divina como ella, mi madre, pudiera incluso ser rozada por el ala negra de la muerte y conocer el proceso de destrucción y transformación que es el destino de todas las criaturas mortales.

Fueron días hechizados los que pasé con ella y con su familia en Campo Zeppi. Quizá los más hermosos de toda mi vida. Durante el día yo también trabajaba con ellos, partiendo y desenterrando los terrones resecos por el sol. Por la noche comíamos sopa y bebíamos vino todos juntos. Pero luego Antonio y mis hermanas nos dejaban solos, porque sabían que teníamos muchas, demasiadas cosas que contarnos. Las noches eran largas y serenas, y las estrellas empezaban a caer. Las lágrimas de la naturaleza.

Yo le contaba a mi madre todo sobre mi vida en Florencia, sobre el taller, sobre mi aprendizaje, sobre mis sueños, pero también sobre mis problemas, mis miedos. Ella me miraba, y no sé si me escuchaba de verdad o si entendía todo lo que le decía, tal era la expresión de dicha en su rostro, en la contemplación de su hijo perdido y encontrado. Le enseñaba mis dibujos, incluso el último de Santa María de las Nieves, y ella casi parecía asustarse. Decía que mi forma de dibujar era casi mágica, porque trataba de captar el alma y la vida de las criaturas y las cosas, incluso de una piedra o una roca, que también tienen alma. Tal vez no deberíamos desafiar demasiado la obra del Creador y creer que estamos a su nivel, ni ponernos en su lugar. Si quieres representar la vida de una flor o una mariposa, primero debes saber respetarla y amarla.

Luego, en cambio, sorprendiéndome siempre con gestos más propios de una niña de trece años y no de una mujer madura de más de cuarenta, me quitaba la piedra roja y empezaba a dibujar fantásticos nudos entramados de ramas y plantas y flores, que yo me quedaba mirando con la boca abierta, sin imaginar que mi madre, una mujer analfabeta que no tenía educación alguna y no sabía leer ni escribir y ni siquiera hablar bien nuestra lengua, tenía dotes tan divinas. Y ella me miraba, y decía, pasando el dedo por el dibujo y siguiendo el recorrido de cada línea: este es el entramado de la vida, del amor, de nuestras historias, que al final, aunque nos alejemos, siempre vuelven a entrecruzarse. Así nos ocurrirá también a nosotros. Si la vida nos separa, la Providencia o el destino harán que nos reunamos de nuevo. No sabemos cuándo ni dónde. Pero necesitamos creerlo para seguir viviendo.

Me tenían fascinadas sus manos largas y ahusadas, fuertes y seguras, aunque llevaran las grietas y marcas de toda una vida de trabajo. Las manos que me habían acariciado, acunado, lavado. Quería dibujarlas, plasmar todos sus movimientos y posiciones, el juego de los dedos, los chasquidos de los nervios y los tendones, pero nunca lo logré, porque cuando ella lo notaba, me sonreía y me hacía el desaire de esconderlas en los pliegues de la gonela, y no las sacaba hasta que no apartaba el carboncillo o la piedra roja a una distancia segura. Del mismo modo, nunca quiso que le pintara un retrato del natural, por lo que tuve que tratar de grabar en mi memoria su rostro, la dulce redondez de sus ojos húmedos y claros, su dulcísima sonrisa, esfumada e indefinida, que no sabías nunca si era de alegría o de ironía o un eco de antiguos sufrimientos y secretos conocimientos desconocidos para los mortales, o todo a la vez, confuso y mezclado. Y luego, solo en la habitación, trataba de recuperar la imagen de mi memoria en dibujos que nunca lograron transmitir, sin embargo, las emociones y sensaciones que tenía cuando estaba en su presencia.

Una sola tristeza velaba esos días: el hecho de que nunca pudiera llamarla mamá, ni madre. Desde que me mudé a Florencia, esa palabra me estaba prohibida. Con ella solo podía usar su nombre. Para los demás, la Caterina no debía ser otra cosa más que mi nodriza.

Así fue como empecé a interrogarla sobre su pasado, del cual nunca me había hablado porque tal vez con solo evocar el más mínimo recuerdo podría despertar su dolor por completo. Tampoco en mi familia había querido contarme nadie nada sobre la historia de la Caterina, y tal vez a nadie le había importado demasiado. Hasta ese momento no sabía nada de ella, excepto que era mi madre, aunque ni siquiera eso podía decirse. Mi infancia y adolescencia habían estado entristecidas por esa negación del conocimiento, que también determinaba la oscuridad de mis orígenes. En aquella niebla se alimentaban fácilmente las más absurdas habladurías sobre ella y sobre mi nacimiento, que había percibido dolorosamente de niño y de muchacho tanto en Vinci como en Florencia: era una esclava, una puta, una mala mujer que

había seducido al joven notario y quizá también al anciano abuelo Antonio; yo, un bastardo, el hijo de la esclava, y para algunos el hijo del pecado y tal vez del incesto, el hijo zurdo del diablo.

¿Quién era realmente la Caterina? ¿De dónde venía? ¿Por qué clase de sufrimientos y tragedias había tenido que pasar? ¿Qué increíble camino había recorrido para que su vida se cruzara con la de un joven provinciano y generara mi vida, para acabar echando raíces en la tierra de Campo Zeppi? A ella tampoco le resultaba fácil hablar de aquello, y no solo porque le costara recordar algunos de los terribles acontecimientos que había vivido, sino también porque muchas cosas se habían ido atenuando y desdibujando o desapareciendo por completo con el tiempo, y otras cosas que ella misma se había esforzado por olvidar: para seguir adelante, para sobrevivir.

Me contaba su vida de una manera extraña, lo que hacía que su historia pareciera un mito, un cuento antiguo, especialmente en la primera parte. En su absoluto desconocimiento de nuestra cultura, de nuestra historia y de nuestra geografía, se servía de fantásticas perífrasis para evocar los lugares donde nació: una tierra al borde del mundo donde la naturaleza aún reina suprema, valles cubiertos de bosques impenetrables e inviolables, altozanos azotados por vientos gélidos, la montaña más alta del mundo, perpetuamente cubierta de nieve y hielo, tan alta que su sombra se extiende a lo largo de cientos de millas y su cumbre helada, por encima de las nubes, sigue resplandeciendo con la luz reflejada del sol cuando todo alrededor está envuelto en las tinieblas de la noche y parece un cometa.

El suyo era un pueblo primigenio y salvaje, tal vez uno de los pueblos más antiguos de la tierra, que se remonta a la era de los gigantes y del Diluvio Universal, de esos de los que no consta memoria ni siquiera en las escrituras, porque son mucho más antiguos que las propias escrituras; un pueblo de hombres salvajes, de guerreros orgullosos y feroces, en el que hasta las mujeres llevan armadura y cabalgan veloces y luchan de forma sanguinaria. Ella era una de estas: una

princesa, hija de un jefe llamado Jacob, que murió cuando ella fue capturada. Todo lo que queda de su padre, del príncipe Jacob, es un anillo de plata desgastado que lleva en el dedo anular izquierdo, debajo de su anillo de bodas, más reciente. Su padre se lo regaló cuando ella tenía seis años, es el recuerdo más antiguo de su vida. Quiso mucho a su padre en sus sueños de infancia, pero nunca lo conoció de verdad. Era un guerrero, siempre estaba lejos, matando y haciendo la guerra. Sobre el anillo está su nombre en letras griegas. No sé griego, pero puedo leerlo más o menos: *Aikaterine*.

Después de la captura la llevaron a una ciudad llamada Tanais y desde allí, mediante un largo viaje por mar, llegó a la ciudad más hermosa que jamás había visto, tan hermosa que no podía creer que existiera de verdad, y tal vez fuera solo un sueño: Constantinopla, la ciudad de las cúpulas doradas que domina un punto en el que el mar se estrecha y las tierras casi parecen fusionarse, pero sin llegar a tocarse nunca. Desde que perdió la libertad tuvo varios amos y pasó de mano en mano como una cosa. Por más que deba reconocer que durante su esclavitud algo o alguien, santa Catalina o el Todopoderoso o el profeta Elías, la protegió de todo mal y la libró de casi todas las desgracias que suelen acaecer a las esclavas, el simple hecho de verse privada de la libertad, ella que había nacido libre como el viento, fue durante tantos años, demasiados, un sufrimiento atroz e insoportable.

Se acuerda de todos sus amos, y por su extraordinaria memoria se acuerda incluso de sus nombres. Del primero conserva un recuerdo muy desvaído, pues solo lo vio unas horas en su casa de Tanais: un curioso aventurero veneciano que quiso que la interrogara una extraña señora. Luego no sabe muy bien lo que pasó, el caso es que se despertó en un barco, algo que nunca había visto y no sabía qué era, al igual que nunca había visto el mar y su infinita extensión de agua. Estaba aterrorizada por el mar y el barco, que consideraba un monstruo de madera en cuyo vientre había sido engullida, y su nuevo amo fue bueno con ella, y el viaje resultó extraordinario e inolvidable. Era un pirata de Liguria, un gigante rojo llamado Termo, y en Constantinopla se la llevó a su casa, con su mujer y sus hijas; la mayor se llamaba

Caterina como ella. Pero Termo la revendió a un mercader veneciano, Iacomo Badoer. En su almacén, Caterina conoció a una esclava rusa, Maria, de quien se hizo muy amiga y la llamaba hermana. Trasladada a Venecia, pasó a manos de un nuevo amo, messer Donato, quien la hizo trabajar en maravillosas telas de seda y oro diseñadas por ella. Una noche messer Donato la salvó matando a un esclavo que estaba a punto de violarla. Juntos huyeron de Venecia y ella, a su vez, salvó a Donato de las aguas de un gran río y lo llevó a Florencia. Aquí tuvo lugar el último cambio de propiedad: Caterina se convirtió en esclava de monna Ginevra, quien al final también se adueñó del anciano Donato, casándose con él.

En este punto de la historia, Caterina se detiene y no consigue seguir adelante. Me mira, y sus ojos, que nunca lloran, se humedecen. Solo puedo adivinar que ha llegado al momento en el que conoció a mi padre. La época en que nací. No le pregunto nada más. No me hacen falta detalles. A Ginevra y a Donato los conozco yo también. Pero ahora sé una cosa, con absoluta certeza. Mi padre en aquellos días la quería de verdad. Tal vez nunca la entendiera del todo, nunca se preguntara quién era y qué sentía y qué sentimientos albergaba su corazón, el corazón de una esclava, nunca supo nada de ella ni de su historia, excepto que era una esclava circasiana. Pero él la quiso y eso fue todo, impulsado por una fuerza misteriosa e invencible, y después hizo todo lo posible para que yo naciera y viviera con cierta dignidad y no fuera abandonado entre los expósitos. Llevó a Caterina a Vinci y luego hizo que monna Ginevra la liberara, y tal vez fuera él también quien la ayudó a encontrar marido y a casarse con Antonio.

Sé que el nombre que llevo, y con el que fui bautizado, no es un nombre de la familia da Vinci. Es un nombre ligado al mayor deseo de mi madre, cuando estaba embarazada de mí: recobrar de nuevo su libertad. Y este milagro, esta gracia, se le pidió a san Leonardo, el ermitaño de Limoges que libera a los presos de las cadenas y ayuda a las mujeres embarazadas a dar a luz a sus hijos. Cuando nací, nací de una esclava. Pero unos meses después, y unos días antes de la fiesta del santo, quedó libre. Me conmueve pensar que mi propio nombre,

Leonardo, significa libertad, y que la libertad es quizá el bien supremo que yo también anhelo, como mi madre. Libertad para vivir, para pensar, para expresarse, para comunicarse, con cualquier medio y en cualquier idioma, para viajar, para conocer el mundo, para imaginar y soñar, para entregarse a los demás, para amar. Sin vínculos, sin límites, sin cadenas.

Cuando completé la *Anunciación* y la llevé a Monteoliveto, había añadido algo que dejó con la boca abierta tanto a los monjes como a mi padre, a quien ya había turbado tiempo antes con la broma de una rueda pintada con la figura de un monstruo aterrador. Me pidieron explicaciones en vano. Esperaban un ameno paisaje tras el murete, una hermosa vista de Florencia, por ejemplo, que es de la que realmente puede disfrutarse desde detrás del murete del jardín del convento. ¿Qué era en cambio ese paisaje fantástico, justo en el centro de la tabla? Nunca se había visto algo así en ninguna Anunciación, y eso que la propia idea de mi composición era completamente original, al aire libre, en la naturaleza, y no encerrada en una habitación o una ciudad. Pero ¿a qué venía esa alta montaña, casi vertical, sombría y transparente, cuya cumbre se asomaba por encima de las nubes? ¿Qué hacía a sus pies esa exótica ciudad portuaria rodeada de murallas, faros, torres y torreones, y ese brazo de mar o estuario fluvial insinuado entre las tierras y poblado de embarcaciones, navíos y galeras, trazados con microscópicas pinceladas? Un monje erudito intervino citando a san Agustín: el mar es ciertamente una figura del mundo y la montaña es una figura de Cristo. Pero ¿y la ciudad? También la ciudad, que mira al mar, es parte del mundo: es más, al estar llena de todo el ajetreo y las tentaciones del mundo, encarna a la perfección sus luces y sombras.

Yo sonreía en silencio. Podría incluso tener razón, ¿por qué no? La belleza de una obra estriba en que puede hablarle a cada uno de manera diferente, es maravilloso que sea capaz de multiplicarse en mil obras diferentes: también ella ha de ser libre como yo, una obra abierta, en movimiento, y no encadenada a un único mensaje, ni siquiera a lo que el autor ha querido comunicar, que a veces ni él mismo sabe. Autor, por cierto, que es de esos a los que les gusta demasiado jugar,

y ese elemento fundamental suele ser olvidado por los intérpretes. Me lo paso en grande engañándolos, despistándolos y escuchando luego lo que dicen: ¿qué estará señalando ese dedo que apunta hacia arriba? ¿A qué enigma alude esa sonrisa? ¿Qué misteriosos códigos astrales se ocultan en la tela? Al fin y al cabo, nunca he dejado de ser un niño, el niño que jugaba con piedras, flores y lagartijas verdes. En mis obras siempre he insertado detalles extraños: una joya, una flor rara, una partitura musical, una bandeja de rodajas de anguila con naranja dulce, los extraños nudos que me enseñó mi madre y que evocan el nombre de mi pueblo, Vinci; detalles destinados a veces a quedar ocultos por el color y conocidos solo por mí: qué sé yo, un elefantito, una iglesia… Sin más, solo por diversión. Tal vez algún día alguien los encuentre, cientos de años después de mi muerte, y el juego volverá a empezar.

De haber hablado, habría dicho que solo era un paisaje de fantasía. Nada más que fantasía. Y era cierto. Había algo real, a la izquierda, detrás de los árboles: las laderas de Mont'Albano que descienden hacia el valle, como en el dibujo de santa María de las Nieves, y un montículo difuminado en la niebla que solo yo sabía que era Campo Zeppi. Pero la montaña y la ciudad solo las había visto en mi imaginación, porque nunca había visitado el Cáucaso ni Tanais ni Constantinopla, es más, ni siquiera había visto nunca el mar; las montañas más altas del mundo me parecían los blancos y cristalinos Alpes Apuanos vistos desde Anchiano, y de niño pensaba que la ciénaga de Fucecchio era el mar. Comparada con la vida fantástica y extraordinaria que había vivido mi madre, la mía era muy pobre, y mis viajes más largos entonces eran los que había hecho entre Vinci, Florencia, Pistoia y Empoli.

Quería reconstruir los puntos de partida y de llegada de la historia de mi madre: a la izquierda, la campiña toscana; en el centro, la visión del mundo fantástico del que provenía. Su altísima montaña de hielo habitada por dioses y gigantes, y la meseta salvaje donde había nacido, y la ciudad donde había perdido su libertad, y el barco que se la había llevado: todo eso estaba allí, en esas vistas fabulosas a través del tiempo y el espacio. Sobre el atril un libro vivo, cuyas páginas parecen

flotar transparentes en el aire, y en las páginas una escritura secreta, indescifrable, como la perdida lengua original de mi madre. La Virgen, en el umbral de su palacio real y de su alcoba, es una princesa, una reina, que escucha el anuncio de que lleva en su seno una nueva vida. Esa es la Caterina. Mi madre. Un secreto oculto en la obra que me hubiera gustado que solo ella comprendiera cuando le fuera revelado, en el caso de que, viniendo a Florencia, antes de entrar por Porta San Frediano, se hubiera detenido a rezar por el alma de su antiguo amo Donato en la capilla de Monteoliveto. No sé si alguna vez pudo llegar a hacerlo.

Antes de partir para Milán, la vi por última vez, en la primavera de 1478. Yo había salido casi huyendo de Florencia inmediatamente después de la conspiración de los Pazzi, conmocionado por la sangre y la muerte que había visto en las calles. Mi tío Francesco me esperaba en Vinci, seriamente preocupado por mi futuro. Su hermano nunca me había legitimado, y ahora que su tercera esposa empezaba a darle hijos legítimos, no había que contar por tanto con ninguna ayuda por su parte en el futuro, ni con ninguna herencia. Creo que mi tío también dudaba de mi éxito en el campo del arte, dados los míseros resultados y fracasos que había recogido hasta entonces en Florencia. Además, me había visto involucrado en un juicio por sodomía; me habían absuelto, pero de una mancha así siempre queda algo. Es posible que Francesco pensara que, también en mi caso, como lo había sido para él y antes para el abuelo Antonio, volver al pueblo supondría una tabla de salvación. De este modo, obtuvo del municipio, para él y su hermano ausente y sus descendientes, la enfiteusis del molino junto al castillo: insertando una cláusula para que yo también pudiera obtener en su caso el usufructo. Yo no estaba muy convencido, pero de todos modos el 3 de mayo lo acompañé al castillo para firmar la escritura, y allí me encontré con el Buscarruidos, el marido de la Caterina, entre los concejales del municipio. Lo acompañamos a Campo Zeppi, donde volví a abrazar a mi madre.

Si pienso en las pocas obras que he creado a lo largo de mi

vida, y en las muchas y, en realidad, demasiadas que he creado solo en mi imaginación, dejándolas abiertas para experimentar toda la belleza del proceso de creación junto a ellas, esa belleza que nos acerca de verdad a nuestro Creador, no para tomar su lugar y reemplazarlo en su obra, sino para comprender en una medida infinitesimal el inmenso acto del amor que supuso la creación del mundo; si pienso, como digo, en todo lo que he hecho y lo que no he hecho, no puedo dejar de reconocer en casi todas partes al fantasma de la Caterina. Lo sé, es mi secreto, inconfesable e incomunicable a los demás, y nadie lo creería jamás, pero ¿a quién le importa? Basta que yo, y solo yo, sepa que en mis dibujos y pinturas hay algo que evoca a mi madre, en constante metamorfosis dentro de mí.

Al principio se me aparecía como la Magdalena penitente en el desierto, salvaje, pobre, demacrada, hambrienta, ahuyentada y marginada por todos, desnuda y vestida tan solo con sus cabellos, imagen que me impactó desde niño, cuando la vi en la nerviosa y dramática estatua de madera que había en nuestra iglesia de Vinci. Sin embargo, en otra ocasión, la Magdalena se me había transformado en una seductora cortesana, con un peinado refinado y un ungüentario lleno de perfumes embriagadores: en mi imaginación la Caterina era eso también, el sentimiento de la fuerza profunda, oscura y sensual que emanaba de aquel maduro cuerpo de mujer, que me imaginaba que había vivido y sentido toda clase de cosas antes de la plenitud de la fecundación. Yo también, cuando era un feto dentro de ella, experimenté la dicha de la fusión y la simbiosis. Ahí estaba el paraíso: dentro de ella.

A la imagen de la Magdalena contraponía la de san Jerónimo, desnudo y penitente también en el mismo desierto rocoso, y el viejo santo huesudo que se golpeaba el pecho con la piedra era yo, acompañado del león que está inscrito en mi nombre, solo y desesperado en el desierto de la vida porque me había quedado sin ella, pagando la pena por no haber estado tan cerca de ella como habría debido; o bien me convertía en un san Sebastián, siempre desnudo, atado a un árbol y mortalmente atravesado por flechas a causa del mismo crimen.

Cada vez que tenía que pintar una Virgen María con el Niño pensaba en ella, y el tema dominante de la invención era siempre el mismo: el amor total entre madre e hijo. Un niño desnudo, vivo, escurridizo, como siempre lo fui yo, jugando con un clavel, una crucífera, una granada, una garrafa, un frutero, un gato, un huso. Una vez le enseñé un dibujo y le gustó mucho, pero me preguntó algo raro que nunca llegué a entender: si esta es santa María, ¿dónde están las abejas?

La Madre siempre tiene la mirada baja, hacia el Niño, y no pueden vérsele los ojos. A veces sonríe, a veces no, como si ya conociera el sufrimiento, la separación, la pasión y la cruz que les espera a ambos. La más hermosa es aquella en la que ofrece el pecho y la leche al niño, que se gira para mirar al espectador, como para reprocharle el haber violado su intimidad. En la *Adoración de los Reyes Magos* es siempre la Madre quien revela y muestra al Hijo a la adoración de las gentes: es la epifanía de lo que nunca pudo decirse, es decir, que ella era mi madre y yo era su hijo. En la *Virgen de las Rocas* es la Madre que huye en el desierto quien protege y salva al Niño. En la composición de la Virgen y santa Ana, incluso se multiplicó la imagen: no eran las muchas mujeres de mi infancia, la abuela Lucia o las madrastras Albiera y Francesca; simplemente era ella la que cambiaba con el tiempo, primero una niña, luego una madre joven y luego su propia madre.

Cuántas veces he tratado de representar, de capturar sus manos, móviles y esquivas. Y su sonrisa, dulce e inefable. Cuando tuve la ilusión de encontrarla de nuevo en el rostro de una mujer que, como ella, había vivido la plenitud del amor y la maternidad, traté de reproducirla, esforzándome en vano en dibujos preparatorios y luego en el coloreado, con pinceles muy finos y casi microscópicos, con veladuras cada vez más transparentes e imperceptibles, en la imposible empresa de difuminar el movimiento sutil e indefinido de labios y mejillas, de captar lo invisible y la propia alma de esa sonrisa. Durante cuatro años traté de hacerlo con una dama florentina, monna Lisa, la esposa de Francesco del Giocondo, pero luego desistí, solo llegué a pintar la cara y me falta todo lo demás, no sé si alguna vez podré terminarlo.

En la invención mítica de mi infancia también hay fábulas antiguas, no solo la historia sagrada. Siempre me ha gustado escuchar historias y contarlas yo mismo, y desde que empecé a apasionarme por la lectura no he parado nunca. Soy un lector voraz, compulsivo, desordenado; a veces me siento como un cazador furtivo, que va de batida en territorios ajenos, a escondidas, y toma lo que pasa, lo asimila y lo hace suyo, en un proceso creativo ininterrumpido.

Qué hermosos son los cuentos de los antiguos dioses y héroes. Son muy parecidos a los extraños cuentos que me contaba mi madre acerca de un pueblo mítico de héroes que vivían en sus montañas, en estrecho contacto con los elementos primordiales de la naturaleza, la tierra, el agua, el fuego y el aire. Yo era como esos héroes, el fortísimo Sosruko o el dios herrero Tlepsch, inventor y creador de todas las herramientas y todas las armas de los hombres. Le gustaba especialmente hablar de una diosa llamada Setenaya, que era muy parecida a Venus o Afrodita y hacía el amor libremente con todos esos héroes, y engendraba nuevos héroes de las formas más increíbles, haciéndolos brotar de piedras o árboles. Quién sabe por qué, siempre me fascinó el misterio del nacimiento, y tanto más cuanto mayor era su carácter extraordinario.

Cuando empecé a leer las *Metamorfosis* de Ovidio, siempre acababa proyectándome en esas figuras nacidas de uniones ilegítimas o irregulares, situaciones que en ese libro son prácticamente lo normal, como en las historias de Setenaya. El bello Adonis es fruto del incesto entre Mirra y su padre Cíniras, y, por lo tanto, hermano de su propia madre, quien, transformada en árbol, engendra al niño arrancándose la corteza. El valiente Perseo, que mata a la Medusa y vuela por el cielo con sandalias aladas, es el hijo de Dánae, fecundado por Júpiter con una lluvia de oro: una historia tan hermosa que incluso la llevé a un espectáculo teatral en Milán en 1496.

He de confesar que en ese montaje disfruté, como siempre, mezclando lo sagrado y lo profano: la imagen de Dánae encerrada en la torre por su pérfido padre Acrisio era como la de santa Margarita, la santa mártir encerrada en una prisión y

devorada por un dragón, cuyo vientre sin embargo desgarra con una cruz puntiaguda. Quién sabe por qué me seguía obsesionando el tema de la heroína femenina perseguida, encarcelada, encadenada, torturada: seguía siendo ella, la Caterina. Y quién sabe por qué la figura del hombre, del varón, del padre, Cíniras o Acrisio, era siempre una figura negativa, de la que huir o a la que matar, tal como hace Perseo con Acrisio.

Tal vez soñara en mi imaginación que también en mi caso mi madre había sido fecundada por un dios, y no por un aburrido notario florentino. Es el último gran mito que me hace soñar despierto: el mito de Leda, la mujer poseída por Júpiter transformada en cisne y madre de cuatro hijos que nacen milagrosamente de dos grandes huevos: de uno, los Dioscuros, Cástor y Pólux, del otro, Helena y Clitemnestra. El mito de una mujer que genera vida sin conocer el dolor y el riesgo de muerte en el parto. Dentro de mí la imagen de Leda no deja de revolverse y de moverse, cambiando de forma y posición: primero con una rodilla en el suelo, en el acto de levantarse, luego de pie, exhibiendo majestuosamente toda su desnudez, como una estatua antigua, aún abrazada al cisne después del acto de amor, pero contemplando dulcemente a los niños ya nacidos y esparcidos por el suelo entre las cáscaras de los huevos abiertos. Quizá fuera Dante quien me haya sugerido ese cambio, primero en cuclillas y luego de pie, junto con el boceto de la cabeza de una mujer despeinada: la puta Taide, *mugrienta y desgreñada moza*, que está *a ratos en pie, otros en cuclillas.*

También en este caso se fusionan lo sagrado y lo profano. Mi primera invención, la de Leda que se levanta, es mucho más sensual, casi erótica: la mujer acaba de desligarse de su abrazo con el cisne, al final de la relación amorosa, y en su rostro, en sus ojos entrecerrados y en su boca abierta aún se siente el escalofrío del orgasmo recorriendo sus miembros. Sí, vi ese movimiento en un fragmento de mármol antiguo, una Venus en cuclillas hallada en Roma. Pero no creo que nadie se haya dado cuenta de que esta primera idea la robé de un libro mío, una hermosa edición ilustrada de la Biblia vulgar.

Al principio del libro de Oseas, junto al anciano profeta que señala los muros de una ciudad y una puerta con un puente

levadizo, hay una mujer que hace el mismo gesto que mi Leda, pero sin el cisne: está a punto de levantarse hacia un lado y se gira hacia el otro, para tomar en sus brazos a un niño que intenta subírsele en brazos, mientras otro niño la abraza y una niña se acerca a ella. Se ve muy bien quién es esta mujer, con los pechos en evidencia en el amplio escote, el collar y el peinado afectado. Es una ramera, una *fornicaria*, una mujer de muchos hombres, como la presenta el texto del profeta: *Y dixo Iehoua a Oseas: ve, tomate una muger fornicaria, et hijos de fornicaciones.* Serán sus hijos bastardos los que sean redimidos y se convertirán en los verdaderos hijos de Israel, en lugar de los hijos que se creían legítimos.

¿Dónde estoy yo en la visión de la Leda fornicaria? ¿Soy uno de los muchos niños que acaban de salir del cascarón? No, esta vez yo soy el cisne. Sueño con unirme de nuevo a mi madre, como estuve unido a ella cuando estaba en su vientre. Y sueño con volar y que ella me vea con las grandes alas blancas desplegadas, alzando el vuelo desde la colina sobre Lamporecchio, cerca de Vinci y Campo Zeppi, que lleva el nombre de Colle Ceceri o Cecioli, que en nuestra lengua significa cisne. Desde allí me lanzaré al cielo con mi máquina voladora, llenando de asombro el universo y de fama todas las escrituras, y dando gloria eterna al nido en que nací.

El sublime misterio del cuerpo de la mujer. En la visión de Leda de pie está todo esto. No me bastaba con estudiar los cuerpos de las modelos gélidas y delgadas de los talleres de pintores y escultores, esas que le gustan a Botticelli. Fui a un sitio donde pude observar los cuerpos de las mujeres en plena potencia sexual: el lupanar de Pavía. Visité el lugar donde sufren las mujeres, el hospital de Santa Caterina en Milán, en la Pusterla dei Fabbri, donde el rostro fantástico de una muchacha llamada Giovannina me regaló el rostro de Cristo en *La última cena*.

He observado y dibujado meticulosamente la mecánica del coito, con la mayor calma, mientras el hombre y la mujer a quienes había pagado en el lupanar se afanaban sudorosamente en la tarea que les había encomendado; les pedí también que lo hicieran de pie para poder examinarlos mejor. La mecánica del acto no era de gran belleza, más bien

me parecía bastante animal y desagradable, casi indigna de tal misterio. He llegado a la conclusión de que la mujer no es un ser pasivo que debe someterse a la satisfacción del placer del varón, sino que vive el acto de forma activa y contraria, con el deseo de ser colmada por el miembro masculino, porque la naturaleza así lo ha dispuesto, conformando los órganos genitales femeninos y haciéndolos aún más grandes que en todas las demás especies animales, en proporción al torso femenino.

Tampoco me bastaba con observar los cuerpos de las mujeres desde fuera. Tenía que adentrarme en ellas e intentar averiguar dónde y cómo nace la vida, y por qué el cuerpo femenino, admirablemente estructurado en su interior en un complejo equilibrio de vasos y humores, es tan infinitamente superior a la tosca mecánica del cuerpo masculino. Al final ese se convirtió en el objetivo principal de mi investigación anatómica, y llegué a correr el riesgo incluso de ser indagado por parte de las autoridades eclesiásticas, porque algunos empiezan a considerar sospechosa esta investigación sobre el origen de la vida y sobre la naturaleza del alma. He realizado minuciosas disecciones de los órganos genitales femeninos y de la matriz, no solo de la mujer sino también de una vaca. La síntesis de todas esas investigaciones está en este gran dibujo de los órganos internos de la mujer, desde el cuello hasta los genitales: uno de los dibujos más hermosos que he hecho nunca, una imagen completa y extraordinaria de lo que quizá solo yo he logrado ver y reproducir con tanta plenitud y precisión de detalle en la historia de la humanidad, desde que Dios creó a Eva. Un mapa geográfico para navegar en un mundo aún desconocido, el cuerpo de la mujer, un mapa como la carta de navegación de mi abuelo Antonio o las tablas de la *Cosmografía* de Ptolomeo.

Una vez pude trabajar sobre el cadáver de una mujer grávida que aún tenía dentro a su hijo, muerto también antes de nacer. La mujer había fallecido unas horas antes, no en el parto sino de forma repentina, porque su corazón se había detenido, y el cuerpo se hallaba por lo tanto en óptimas condiciones. Era una esclava, preñada por no se sabía quién, y por eso había sido llevada ya muerta al hospital por un desconocido que luego se marchó corriendo. Era un cadáver

sin valor alguno, podía hacerse con él lo que se quisiera. La misma historia de siempre. La historia de la Caterina. Mi historia. Me temblaba la mano con el bisturí, por miedo a violar un secreto al que solo el Creador puede asistir. Intenté dibujar lo que veía, el niño hecho un ovillo y como acurrucado en ese minúsculo universo ecuóreo, ahora seco y abierto como un huevo. Levanté al niño como si aún estuviera vivo, con toda la delicadeza posible, retirando sus tres panículos, que parecían diáfanos sudarios de seda. Rígido en la fijeza de la muerte, seguía siendo un nudo de piernas, pies, manos, enroscado sobre sí mismo, como una flor que no ha tenido tiempo de brotar. Yo también había estado así, en el vientre de la Caterina: todo acurrucado. No tuve valor para desatar ese nudo. Fue en ese momento cuando alcancé la certeza de que el alma de esa criatura, que ni siquiera había tenido conciencia de existir antes de desaparecer, le había sido infundida por el alma de la madre, que había compuesto al principio la figura del hombre en la matriz y luego, a su debido tiempo, había despertado el alma, antes adormecida y como bajo tutela. Una misma alma gobierna ambos cuerpos, y los deseos y temores y dolores de la madre son los mismos en su criatura.

Después de su muerte traté de perseguir el fantasma de mi madre incluso en el sueño imposible de viajar a los lugares de donde ella provenía, para ver si la altísima montaña del Cáucaso era de verdad como yo la había imaginado en la *Anunciación*, llegar a la meseta donde nació, conocer a su gente, comprobar si era cierto lo que me había dicho: que me parecía de forma increíble a su padre Jacob. Sí, iría hasta allí y hablaría con esa gente, aquellos parientes y primos míos lejanos, altos y rubios como yo, les hablaría de la Caterina y ellos me cantarían las heroicas gestas de su padre y sus antepasados, nos sentaríamos junto al fuego bebiendo vino y cantando y mirando constelaciones desconocidas. Exploraría el mundo, expandiría los límites del conocimiento humano. Todavía hoy, cuando pienso en ello, me estremezco al recordar que por un breve momento tuve realmente una posibilidad de huir de este viejo mundo enfermo y asfixiado por sí mismo, de esta civilización que se cree superior a todos

los demás pueblos de la tierra y los llama bárbaros con desprecio, y luego solo sabe exportar la bestial locura de la guerra, la violencia, la arrogancia y la abominación de creer que todo está encaminado hacia el dinero y las ganancias, y que hasta la libertad de un ser humano puede ser comprada y reducida a la esclavitud.

Corría el año 1498. En Milán había conseguido crear por fin una gran obra, mi primera gran obra, tal vez la mayor, *La última cena*, pero también había visto morir la otra, el colosal caballo Sforza. Me di cuenta antes que nadie de que mi tiempo allí estaba a punto de terminar. Las tormentas de la guerra se cernían sobre Italia y Europa y no tardarían en arrastrar consigo también a los señores para los que trabajaba. Tenía que pensar en una vía de fuga, en secreto y lo más rápido posible. La ocasión se me presentó cuando mi señor, Ludovico el Moro, duque de Milán, fue a Génova a recibir el homenaje de esa ciudad que entonces formaba parte de los dominios milaneses, con una nutrida comitiva de dignatarios, gentilhombres, criados y sobre todo ingenieros, encargados de inspeccionar las fortalezas y el sistema defensivo del ducado ante la inminente invasión francesa. Permanecimos en Génova durante nueve días, del 17 al 26 de marzo, y recorrí la ciudad examinando el estado de las murallas y del Castelletto y las condiciones del puerto devastado por una reciente tormenta. No me alojaba con el duque en el Palacio San Giorgio, sino en el convento franciscano de San Francesco al Castelletto. Siempre me he llevado bien con los frailes franciscanos: nos entendemos inmediatamente, sin andarnos por las ramas. Cuando viajo, casi siempre prefiero quedarme con ellos, y no en turbias posadas.

En un momento de pausa, en el claustro del convento, se me acercó un fraile que era diferente a los demás, y no solo por el hecho de mostrarse más interesado en el estudio y la investigación que en las devociones. Era de constitución grande, más que yo, con barba y coronilla rojizas. Se presentó: fray Iacopo da Sarzana. Su franqueza me gustó de inmediato, y nos hicimos amigos rápidamente. Fray Iacopo había vivido la experiencia con la que yo siempre había soñado y que nunca había podido realizar: había viajado por

casi todo el Levante. Acababa de regresar de Constantinopla, del convento de San Francisco, en el barrio genovés de Gálata. Un convento que, tolerado por el sultán, era un punto estratégico de comunicación y diplomacia no oficial entre turcos y cristianos. Lo escuché fascinado. Fray Iacopo había observado con qué atención examinaba yo los edificios derrumbados del puerto y comenzaba a diseñar nuevas estructuras capaces de resistir la acción destructiva del mar. Justo eso era lo que se necesitaba en el Bósforo, dijo. El sultán Bayezid quiere construir un puente de Gálata a Constantinopla, en la estrecha franja de mar del Cuerno de Oro, un puente lo suficientemente alto como para permitir el paso de barcos con las velas desplegadas. Su otro gran sueño era nada menos que el de conectar Asia y Europa con un puente móvil para bajar o subir según fuera necesario, y poder así mover sus inmensos ejércitos de una parte a otra del imperio. Le era necesario un ingeniero capaz de asumir el desafío y confió a los frailes el encargo de buscarlo con discreción en el país de los infieles, es decir, de los cristianos.

Fray Iacopo también me habló de él. Su madre era hija de una circasiana y de un capitán llamado Termo, experto en navegación y gran conocedor de los puertos del mar Mayor y del mar Caspio. Se llamaba Caterina, como mi madre, y había nacido en una ciudad perdida cerca de Tanais, Matrega, y luego vivido en Constantinopla antes de la conquista turca. De ella había heredado fray Iacopo el deseo de viajar y la predisposición a aprender diferentes idiomas, griego y turco y, tras tomar los votos, la orden lo había enviado a Constantinopla. Entre las muchas historias que su madre Caterina le había contado sobre sí misma y sus orígenes, había una que no podía olvidar. Una vez el abuelo Termo había regresado de Tanais con una esclava circasiana de trece años llamada Caterina, una hermosa princesa de pelo rubio y ojos azules, revendida poco después; sin embargo, Termo siguió hablando de ella hasta el final de sus días, como si el encuentro con aquella esclava hubiera sido el acontecimiento más importante de su vida y necesitara pedirle perdón al Señor por una falta que nunca había querido confesar.

No le pregunté nada más. En mi corazón estaba seguro de que esa maravillosa princesa esclava Caterina era sin duda mi

madre, al comienzo del largo viaje que la había traído a nuestro mundo. Así que también me interesé en el resto de las cosas que me dijo fray Iacopo. Sí, me encargaría de esas grandes obras para el sultán, y luego seguiría huyendo hacia el Cáucaso. Empecé a aprender con fray Iacopo la lengua turca y la escritura árabe, que ya había visto en los papeles de mi abuelo Antonio, y apunté algunas palabras en un cuaderno, y unos versos de un poema turco que hablaban del ocaso del sol en el mar.

Anoté ideas y dibujos y al final le entregué a fray Iacopo una carta al sultán, rogándole que la tradujera y la enviara a Constantinopla. En la carta, además de los planos para un molino de viento y una bomba hidráulica para los barcos, presentaba el puente Gálata con un arco tan alto que la gente tendría miedo de pasar por encima, y con cimientos sustentados en pilotes y protecciones de madera que lo defenderían contra el movimiento del agua. Para el puente móvil sobre el Bósforo, en cambio, había ideado un sistema gracias al cual el agua del mar, con sus fuertes corrientes, podía fluir por debajo sin dañar los bordes. En julio recibí un mensaje de fray Iacopo que anunciaba que había escrito la carta en turco y la había enviado el 3 de ese mes. No volví a saber nada más al respecto, y el viaje a Oriente, con el que había soñado varias veces, se desvaneció por completo.

Continué imaginando ese viaje en los años que siguieron. Siempre me ha gustado viajar con la imaginación, sobre las tablas de mi Ptolomeo, sobre el globo terráqueo y sobre las miniaturas de la *Esfera* de Goro Dati, o leyendo las descripciones fantásticas de muchas otras partes del mundo en Plinio y en las crónicas de Mandavilla y Foresti. Soy un apasionado de la literatura de viajes. Cuando se publicó la primera recopilación de las navegaciones portuguesas y de las cartas de Amerigo Vespucci y del almirante Colón sobre las Indias Orientales y Occidentales recientemente descubiertas, fui uno de los primeros en adquirir un ejemplar.

Me documenté sobre las mareas y el trasvase de agua entre el mar Mayor y el Mediterráneo, tracé dibujos y cartografías de aquellos lugares sin haberlos visto nunca, y por último me inventé una carta en la que me hacía pasar por un ingeniero a

sueldo de Diodario de Siria, el *devadar*, o gobernador, que me había enviado a explorar las fronteras septentrionales de su dominio y a referirle un enorme cataclismo, un diluvio de agua que iba a caer de las laderas del monte Tauro. En realidad, apenas sabía del Tauro lo que había leído aquí y allá, en la *Metaura*[6] de Aristóteles y en Isidoro, y el mapa era el de Ptolomeo. Para mí, la cordillera del monte Tauro era lo que muchos afirman que es la cima del mítico monte Cáucaso, la montaña sagrada de mi madre, que en su lengua y en lengua escita quiere decir máxima altura. Un único inmenso cuerpo de roca y tierra, el más alto del mundo. Para entender cómo podía ser ese mundo blanco de hielo, incluso me aventuré a duras penas un día de mediados de julio por el glaciar Monboso, la cima de los Alpes que separa Francia de Italia, observando el azul intenso del aire a esa altura y la mayor luminosidad del sol.

Sí, un día subiré a la montaña sagrada de mi madre. Aunque solo sea en sueños. O con el alma, cuando se deshaga ligera de las cadenas de la carne en la hora de la muerte. Volando sobre las llanuras interminables de Sarmatia, veré su sombra alargarse hasta doce jornadas de caminata en el solsticio de verano, y en el solsticio de invierno, hasta los montes Hiperbóreos, a un mes de viaje hacia el norte. En sus raíces me bañaré en las aguas purísimas de sus manantiales y ríos. Después de una subida de unas tres millas cruzaré bosques de grandes abetos, pinos y hayas, y después de otras tres millas, praderas y pastizales sin fin, seguiré subiendo hasta el nacimiento del Tauro y sus nieves eternas, a catorce millas de altura. Ahí está la cumbre de los dos cuernos, más allá de las nubes y de la turbulencia del viento, más allá de los límites de la vida misma, violada tan solo por unas cuantas rapaces enormes que anidan en las altas grietas y luego se abalanzan bajo las nubes para cazar a sus presas en las montañas de más abajo, cubiertas de hierba. Frente a mí, la inmensa y blanquísima mole me observará en silencio, sonriendo con divina indiferencia. La madre de todos nosotros. La Naturaleza.

En esas regiones podré observar las señales de la mano de Dios en la obra de la creación. Estoy seguro de que allí se

produjeron, en la noche de los tiempos, desmesuradas transformaciones geológicas, como el hundimiento del mar Mayor o del Ponto hasta unas mil brazas, y el afloramiento del valle del Danubio, del norte de Anatolia más allá del Tauro, de la llanura que se extiende desde el Cáucaso hasta el mar de poniente, y de la llanura de Tanais circundada por los montes Rifeos. Según mis cálculos el mar del Tanais, a tres mil quinientas millas de Gibraltar, está a un nivel más alto que el Mediterráneo. Se alimenta de un flujo continuo de agua dulce, detritos, arenas y sedimentos del Tanais, que es el río de donde partió mi madre y uno de los grandes ríos de la tierra: con sus líquidas manos moldea incesantemente la arcilla de nuestro mundo, creando nuevas formas y moviendo su curso como una serpiente.

La sugestión más intensa la encontré sin embargo en la *Esfera* de Dati, que es uno de los libros más populares y difundidos en Florencia. Al final hay una hermosa ilustración en color del Mediterráneo oriental y del mar Mayor: el Cáucaso, también llamado Monte Caspio, y el Tauro se fusionan en un solo sistema, encima del cual aparece una extraña cabaña de madera que no es otra cosa que el Arca de Noé, arribada a esos picos al final del Diluvio Universal. En la desembocadura del Tanais puede verse la única imagen que he encontrado de Tanais, la ciudad donde mi madre perdió la libertad: un racimo de casas y almacenes, un campanario, una iglesia, un simple círculo de murallas y torres, la única defensa de ese remoto puesto de avanzadilla ante el miedo a la nada.

Desde hace algunos años siento que mi memoria, en otros tiempos tan prodigiosa hasta en los detalles como la de mi madre, empieza a debilitarse. Tengo cierta dificultad para recorrer las miles y miles de páginas que he escrito y encontrar un pensamiento o idea que recuerdo haber anotado, pero ya no sé dónde; y luego necesito escribir y reescribir, copiar y reelaborar, aunque solo sea para devolver a la memoria lo que ya he hecho. Por suerte, de vez en cuando también apunto una fecha, o un lugar, que me ayuda a reconstruir el tiempo y el momento de esa reflexión o de esa experiencia.

La memoria es como un edificio, un sistema de habitaciones, pero si las habitaciones se vuelven demasiadas, la memoria se convierte a su vez en un laberinto y las más remotas se transforman en oscuras prisiones en las que las imágenes y los recuerdos corren el riesgo de quedar sepultados para siempre. Aún más que los acontecimientos de mi vida, lo que ahora me resulta difícil es entender el orden, la secuencia correcta en el tiempo. Es extraño, pero muchas cosas de hace muchos años me parecen cercanas al presente, y muchas cosas cercanas me parecen en cambio antiguas y que se remontan a la niñez o la juventud. Tal vez se trate tan solo de un error de juicio y perspectiva, como cuando la vista se debilita o se distorsiona por unas condiciones de iluminación particulares y las cosas distantes parecen cercanas y las cosas cercanas parecen distantes.

Vivía en Milán, en 1493. Tenía más de cuarenta años y me preparaba para la fase final de un proyecto que, de concretarse, me habría dado la gloria: el mayor monumento ecuestre de bronce jamás realizado. Hubiera sido la mejor venganza contra los que me acusaron de no ser capaz de llevar nada a término. Pensaba para mis adentros en lo orgullosa que estaría mi madre de ese hijo suyo. Pero también sabía que nunca volvería a verla. Y en cambio, para mi sorpresa, a principios de verano recibí un mensaje de Vinci: el tío Francesco me anunciaba que la Caterina había salido de Pistoia con un grupo de peregrinos rumbo a Milán. Era el regreso de una peregrinación de romeros organizada por los franciscanos: el grupo se detendría a dormir en distintos conventos y hospitales, Caterina no tendría nada que temer; a pesar de su edad, quizá sesenta y seis años, parecía mucho más joven.

No soy capaz de explicar qué clase de tempestuoso revoltijo de alegrías y preocupaciones despertó en mí esa simple nota. Pasé semanas angustiosas, temiendo que pudiera ocurrirles cualquier desgracia a los peregrinos: una balsa arrastrada por la corriente, un derrumbe de tierras, un asalto de bandoleros, una simple enfermedad. Todo era posible. Y, además, ¿por qué razón había emprendido el viaje? ¿Qué habría pasado? Francesco, distraído como de costumbre, se había olvidado de

escribirlo y ya era demasiado tarde para un nuevo intercambio de correspondencia. ¿Qué venía a hacer la Caterina a Milán? ¿Cómo iba a alojarla? No tenía una casa de verdad: vivía en las mismas habitaciones donde trabajaba y donde también vivían mis discípulos y aprendices, unas habitaciones grandes en la planta baja de la Corte Vecchia, cerca de la capilla ducal y el campanario de San Gottardo, bajo el gran edificio del Duomo. En invierno hacía mucho frío en aquellas salas con bóvedas de crucería demasiado altas, pero al menos había sitio para todas mis cosas. En el patio pudimos preparar el modelo de arcilla del caballo y probar el sistema de fusión; y desde la torre de San Gottardo hacía experimentos con máquinas voladoras, arrojando maquetas de madera, tela y papel que se hacían trizas miserablemente contra el adoquinado.

Conmigo estaban dos chiquillos, el terrible Giangiacomo, a quien había apodado Salaì por sus fechorías, y Giulio, el hijo de un maestro alemán de la catedral, experto en hacer resortes, martillos y cerraduras. También estaba el maestro Tommaso Masini, mi viejo compañero Tommaso, a quien todos llamaban Zoroastro porque disfrutaba haciéndose pasar por un gran mago, y era uno de los mejores en la elaboración del metal. Lo había hecho venir unos meses antes. Él también era el bastardo de una esclava, y ni siquiera podía decir el nombre de su padre, porque era un hombre importante en Florencia. Trabajamos a toda prisa con tablones de madera, sierras y martillos, y al final conseguimos levantar junto a mi dormitorio-estudio otro cubículo con una cama, cerca de una gran estufa, para que estuviera bien resguardado del frío del invierno. Desde un gran ventanal en lo alto podía verse la mole blanca de la catedral, que seguía creciendo día tras día. Era algo así como estar en Florencia, en una de esas casas a la sombra de la cúpula de Santa Maria del Fiore.

En el nerviosismo de la espera, me puse a escribir en este pequeño cuaderno, con piedra roja, los nombres de mis antepasados, al menos de los que había conocido personalmente: *Antonio Bartolomeo Lucia Piero Lionardo*. Mi familia. Solo faltaba la Caterina. Luego salí, con el cuaderno en la escarcela, y para distraerme fui a ver dos caballos de

espléndida complexión: quizá pudieran sugerirme algunas mejoras para mi gran caballo de bronce. Volví a abrir el cuaderno en el lugar donde había escrito los nombres, le di la vuelta a la hoja y escribí las notas sobre los caballos, prometiéndome volver a ellas con los papeles de dibujo.

Cuando regresé a la Corte Vecchia no encontré a nadie en el patio. No había rastro del ir y venir de siempre, el movimiento de quienes venían a preguntarme algo, de los artesanos que me traían piezas de metal de instrumentos que yo había encargado, de porteadores que descargaban materiales, maderas, telas, metales, tierra y a veces también piedras de color sanguíneo y formas de animales marinos petrificados por las montañas, pues se había corrido el rumor de que al extravagante maestro florentino le gustaba coleccionar esos extraños guijarros. Tuve el presentimiento de que había pasado algo. De que tal vez hubiera llegado. Entré con el corazón acelerado.

La Caterina estaba allí, sonriendo, sentada en un banco. A su alrededor, adorantes como los Tres Magos, Tommaso, Salaì y Giulio. Salaì le había ofrecido un jarro de agua y, en una enorme muestra de generosidad por su parte, un cucurucho de almendras garrapiñadas que guardaba celosamente y que había comprado con el dinero que me había sustraído de la escarcela. Tommaso, turbado al reconocer en su rostro algo de mis ojos y de mi misma manera de sonreír, solo podía ofrecerle su contemplación. Y Giulio le ofrecía su silencio, y se quedó muy calladito, porque no entendía una palabra de nuestra lengua, y no entendía quién era esa vieja vestida con una capa de peregrino que se había presentado allí y había entrado tan a la ligera, como si fuera la cosa más natural del mundo. Como si hubiera llegado a casa. A su casa. Al final del largo viaje de su vida.

Cuando me vio, tuve miedo de que ocurriera como cuando le di un susto saliendo de detrás del seto de zarzamoras, y que su pobre corazón no lo soportara, así que corrí hacia ella antes de que se levantara y la abracé con fuerza, con mucha fuerza, y ella simplemente me dijo: messer Leonardo, dejadme respirar. Pero era evidente que ella también estaba abrumada por la felicidad.

Por la noche le di un beso en la frente, le alisé un mechón

de pelo blanco como la nieve y le remetí las sábanas. Se quedó dormida casi de inmediato, cansada del viaje, feliz de que la cuidara un hijo que se había convertido para ella en un padre amoroso, un padre que, como yo, ella tampoco había tenido nunca. En mi habitación, vaciando el contenido de mi escarcela, encontré de nuevo el cuaderno en mis manos, que se abrió por la página donde había tomado las notas sobre los caballos. Como buen hijo de notario y sobrino de mercader, tomé la piedra roja en mi mano y escribí: *A dìa 15 de julio*. Qué estupidez: en medio de la emoción, yo también me había equivocado, aquel día ya era 16, fiesta de la Virgen del Carmen. Corregí enseguida el 5 por el 6. Luego pensé que no estaba bien escribir algo tan importante con un instrumento tan lábil como la piedra roja. Me acomodé, saqué el tintero, mojé la pluma en la tinta y volví a escribirlo todo como es debido: *Catelina vino el día 16 de julio de 1493*.

Cómo vivimos en esos meses no lo he escrito en mis cuadernos, y nunca lo escribiré. Hay cosas en la vida que no pueden escribirse. Que no deben escribirse, porque están hechas de la materia opaca de la existencia. Cosas que simplemente se viven en su plenitud. Cosas que por sí solas, sin necesidad siquiera de mover los labios para formar palabras inútiles, se convierten en una plegaria de alabanza y acción de gracias al Señor que nos las ha regalado. Momentos de inmensa felicidad, y no importa si ya sabes de antemano que es una ilusión, que todo es una ilusión, y que pronto terminará, pero mientras tanto la vives, y luego te queda en el corazón para siempre.

Quizá solo volví a escribir su nombre en un apunte. Era la lista de la compra habitual, en la primera hoja de un cuaderno que llevé conmigo entre Milán y Vigevano, donde me obligaba a ir el duque para la construcción de su nueva y suntuosa residencia. La víspera de uno de aquellos viajes, el 29 de enero de 1494, anoté una serie de gastos que, además de los ocho soles dados a Salaì, eran todos para ella: tela para medias, cuatro liras y cinco soles; faldetas, dieciséis dineros; hechuras, ocho dineros; anillo de jaspe, trece dineros; piedra estrellada, once dineros; y luego otros veinte dineros para sus gastos personales. Era un invierno muy frío y las gruesas

medias de lana y el buen vestido forrado resguardaban muy bien sus piernas ancianas y su cuerpo, que se había vuelto más pequeño y encorvado, aunque ella protestara arguyendo que no tenía frío en absoluto y que, en sus montañas, cuando era niña, se bañaba desnuda en los manantiales del glaciar. En cambio, se iluminó por entero cuando le di por sorpresa mi regalo, el anillo en el que había mandado engastar un jaspe veteado como una estrella. Lo contempló largo rato, murmuró una palabra que no entendí, *vagwà*, y luego quiso que se lo pusiera en el dedo, sobre su anillo de santa Catalina. El anillo nupcial de Antonio ya no lo tenía. Lo había guardado en la mano rígida de su marido después de su muerte, antes de enterrarlo. Por eso se había marchado y reunido conmigo. Se había quedado sola. Su hijo Francesco también había muerto, a causa de una bala de espingarda en Pisa, y ni siquiera había podido llorar sobre su cuerpo. Tanto el tío Francesco como sus hijas la habían exhortado entonces a dar el paso, sabiendo tal vez que se despedían de ella para siempre, pero perfectamente conscientes del inmenso amor que había entre ella y yo, ese amor que se nos había negado vivir.

Después de mediados de junio regresé a Milán desde Vigevano, harto de esa vida inútil al servicio del duque y de esa insulsa corte y sus bobaliconas diversiones, que solo me hacían perder el precioso tiempo que podría haber pasado con mi madre. Además, tenía el presentimiento de que todo el trabajo realizado para el gran caballo podía quedar en nada en cualquier momento, y que el metal acumulado podría usarse en algo que los señores de la guerra considerarían más útil: la fabricación de cañones, bombardas, armas de destrucción y muerte. No me gustaba, no me gustaba en absoluto, por más que fuera yo precisamente el ingeniero que había sugerido la concepción de aquellas maquinarias de muerte con mis dibujos. Volví a la Corte Vecchia de mal humor. Era un feo mes de junio. Hacía un calor antinatural, y por la noche la humedad que exhalaban los muchos canales putrefactos se estancaba sobre la ciudad, y nos atormentaban legiones de mosquitos que parecían pequeños vampiros sedientos de sangre humana.

El patio estaba desierto, igual que un año antes. De nuevo tuve el presentimiento de que había pasado algo. La Caterina estaba en la cama y, a pesar del calor, temblaba de frío y el pobre Salaì no sabía qué hacer para aliviar su sufrimiento. Hacía tiempo que tenía otro aprendiz, Galeazzo, pero parecía más inútil que el anterior; y Tommaso llevaba una época ausente, por asuntos suyos. Ella me vio y sonrió, y me dijo con un hilillo de voz que no era nada, que se recuperaría enseguida, no quería molestarme ni causar problemas en mi trabajo. Traté de recobrar la compostura, para infundirle valor también, y mientras tanto comencé a examinarla. Le ardía la frente y tenía el pulso acelerado. Su hermosa piel rosada había adquirido un tono cetrino. La orina también estaba coloreada. Después de unas horas la temperatura pareció bajar, empezó a sudar mucho y tuve que cambiarle la camisa. Mientras la desnudaba, me pareció que la invadía una extraña euforia, que le hacía decir tonterías, en su lengua antigua, cuya memoria parecía haber recuperado. Al cabo de apenas dos días la fiebre volvió, aún más fuerte. Eran los signos inequívocos de la fiebre terciana en su forma más letal, continua y doble.

Estaba desesperado. Incluso con toda mi ciencia, no sabía qué hacer. No quería dejarla en el hospital Mayor ni en el de Santa Caterina, la estación terminal del vía crucis de las mujeres perdidas. Los médicos de la corte estaban todos en Vigevano, y además no había muchos en los que confiar: o eran astrólogos o expertos en venenos. Solo se me vino a la cabeza un maestro, Concordio da Castronno, que vivía en el barrio de Porta Vercellina, junto al convento de San Francesco Grande. Le envié a Salaì a toda prisa, y el chico volvió sin aliento con la orden de trasladarla inmediatamente a la casa del médico. Tras una efímera mejoría, la Caterina empezó a toser y a respirar mal. El médico trató de curarla con una decocción pectoral, y luego, durante el paroxismo, con una solución de hierba camedrita en vino blanco, pero todo fue en vano. Me explicó que la causa de la pérdida de la salud era la ruptura del equilibrio de los humores, y en particular del humor biliar, que se había corrompido y obstruía las venas medias. Fue necesario proceder de inmediato a una sangría, que se llevó a cabo con dificultad en

ese pobre cuerpo martirizado. Pero incluso ese remedio resultó ineficaz y tal vez empeorara su estado. Yo, que no había estudiado a Galeno y Mondino como el médico, tenía la impresión de que el líquido estaba más bien en los pulmones, y que era allí donde se estaba muriendo mi madre. Y no podía hacer absolutamente nada.

Así pasó casi una semana, y con cada crisis Caterina se debilitaba más y más. Le faltaba el aire, no podía respirar. Pero nunca se quejaba, nunca lloraba. Salaì, pensando que era una buena idea, trajo una pequeña jaula con una terrera, que se decía que tenía el poder de curar a los enfermos: pero la terrera volvió la cabeza hacia otro lado, y aquella era una señal infausta. En determinado momento abrió los ojos, me vio y aún tuvo fuerzas para sonreír. Me acerqué y tomé su mano casi helada, su hermosa mano con los anillos de santa Catalina y de jaspe estrellado. Tomó aliento para hablar y susurró sus últimas palabras: si pudiera morir ahora, moriría feliz, Leonardo, hijo mío, pero no llores, porque ahora soy libre de verdad. En cambio, me eché a llorar: por fin había entendido por qué se había reunido conmigo en Milán. Para morir en mis brazos. Aferrándola con fuerza, grité desesperadamente la palabra prohibida para mí hasta entonces: mamá.

Era el 26 de junio del año 1494 de la Natividad de Nuestro Señor, fiesta de los santos mártires Juan y Pablo. La lavamos, le peinamos el cabello dentro de la cofia y la vestimos con el hermoso traje que había encargado que le hicieran. Dejé los anillos en su dedo: el que le había regalado yo y el de santa Catalina, que le había regalado su padre y que la había acompañado toda su vida. Me quedé velándola yo solo mientras el maestro Concordio, acompañado de Salaì, iba a organizar todo lo que había que hacer en estas ocasiones. Antes de irse, lo miré con los ojos enrojecidos y le dije que no escatimara en gastos: quería un funeral solemne, digno de una princesa.

Acudieron los funcionarios para registrar el fallecimiento y autorizar el entierro. Como yo permanecía encerrado en mi dolor y silencioso junto a ella, sin dejar de sostener su mano fría, las preguntas se las hacían al maestro Concordio, que

nada sabía. ¿Cómo se llama esta mujer? Caterina. Sí, pero ¿de quién es hija, de quién es esposa, a quién pertenece? No lo sabemos, es de Florencia, debe de ser una antigua sirvienta del maestro Leonardo. Y así escribieron en su registro: *In die Jovis 26 Junii. Porta Vercellina parochia sanctorum Naboris et Felicis. Catharina de Florenzia annorum 60 a febre terzana continua dupla in domo magistri Concordi de Castrono decessit.*

Completamente envuelta en el sudario, como un diáfano capullo de seda, la Caterina fue depositada en unas andas cubiertas con un paño negro estampado y decorado con una muerte dorada. Aparte, tres libras de cera, destinadas a los frailes para las velas. Del convento de San Francisco, que era también sede de la parroquia de los santos Nabor y Félix, salieron los frailes, cuatro sacerdotes y cuatro clérigos, encabezados por un anciano de la cofradía que llevaba la cruz, y acompañados de los costaleros que cargaron con las andas. Era casi el ocaso, y el sol rojeaba detrás de los campanarios de San Ambrosio. La lúgubre procesión cubrió la corta distancia desde la casa hasta la iglesia. Un fraile tocaba una campanilla para avisar a los pocos transeúntes y llamarlos a la oración de sufragio por la difunta; los demás frailes llevaban los libros sagrados y la esponja.

Entramos en la gran iglesia vacía. Nuestros pasos lentos resonaron a través de las bóvedas, hasta la capilla de la Inmaculada Concepción. Frente a mi *Virgen de las Rocas*. El ángel seguía estando ahí, me miraba y sonreía.

La pesada piedra de la cripta se levantó y el capullo blanco empezó su lento descenso. Y yo hubiera querido volver a ceñirme a mi madre en un abrazo, solo por última vez, como un niño perdido y asustado que se ha quedado solo en la noche. Pero ya era tarde, demasiado tarde.

13. Yo

Caterina está allí de pie y me mira.

No sé cómo ha conseguido entrar, y si se piensa bien, en realidad no tiene ya demasiada importancia. Debo haberme quedado dormido sentado ante mi escritorio. Siento su presencia y me despierto de repente, tenso, con la cabeza pesada, como si hubiera interrumpido un largo sueño del que no recuerdo nada.

No es la primera vez que entra así, sin pedir permiso. Está de pie en un rincón, apoyada contra la pared entre el viejo Klimes modernista que ya nadie toca y el *cabinet* holandés de ébano. De vez en cuando pasa sus dedos largos y ahusados por las piedras duras que decoran las puertas, quizá le guste esa ilusión de vida que se recrea sobre el fondo negro brillante, los colores de las ramas floridas o repletas de pequeños frutos. Sobre los falsos jarrones de mármol se posa una mosca: falsa también. O bien Caterina juega, sin quitárselo nunca del dedo, con su extraño anillo de plata, muy desgastado.

No me habla, porque sabe que yo no entendería nada de ese idioma tan viejo como el mundo, el idioma de un pueblo perdido que quizá incluso ella haya olvidado, y al mismo tiempo ya no quiere hablar en esa lengua bastarda hecha de los fragmentos de todas las lenguas que tuvo que cruzar para sobrevivir en su largo viaje. Prefiere quedarse en silencio y mirarme. Lo que tiene que decirme, su deseo de vida y libertad, sabe comunicarlo a la perfección sin palabras. Con esos ojos suyos, profundos y azules como el cielo.

Fue ella la que vino, sin pedir permiso, yo jamás la busqué. De hecho, hasta hace poco nadie la había buscado nunca. Uno de los hijos que trajo al mundo antes de casarse se hizo tan universalmente famoso que todos pensaban solo en él, y se

olvidaron de ella: pero a Caterina no le importó, todo lo contrario. Se siente más feliz cuando se habla de él y no de ella. Ese pequeño bastardo, hermoso como el sol y puro como el agua, era toda su vida, y ella lo amó más que a nada ni a nadie, más que al hombre que la había poseído y preñado, más que al otro hombre con el que luego se casó y al que quiso sinceramente, más que a los otros hijos que tuvo en su vida. Aunque nunca me lo dijo con palabras, me lo dio a entender con sus ojos: amaba a ese niño más que a su propia vida y su libertad. Y sabe que él la amaba por igual, aunque nunca pudo decírselo, nunca pudo llamarla mamá y ella tuvo que fingir que no era su hijo. Su felicidad estribó en darle todo lo que tenía, lo que a los ojos del mundo y de la sociedad podía parecer bien poca cosa, porque ella no poseía nada, ni siquiera a sí misma ni su propia libertad, hasta que un día un hombre escribió en un pedazo de papel esas palabras: eres libre. Palabras que no tenían necesidad alguna de ser escritas, porque alguien ya las ha escrito dentro de cada uno de nosotros desde antes de existir, y nadie las puede borrar.

A ese niño Caterina le entregó y le enseñó todo su infinito amor por la vida y por las criaturas, y una vez que se hizo niño y hombre, siguió viviendo como vivía ella. Dejó de comer animales porque le horrorizaba matar a un ser vivo con el fin de ingerir su carne y sangre por su garganta para que se pudriera en sus entrañas. Se hizo pasar por ingeniero militar para encantar y mantener en vilo a los señores de la guerra con el espejismo de asombrosas invenciones de armas de destrucción masiva que de todos modos nunca llegaría a realizar, dejando que esos príncipes se vieran arrollados y deshechos por la misma violencia con la que jugaban. Como Jesús entre los mercaderes del Templo, alborotó más de una vez la plaza del mercado, porque en cuanto veía pájaros enjaulados iba a liberarlos. Por encima de todo, Caterina le enseñó el valor de la libertad: el bien supremo en el que cree y en el que su padre la educó, y que nunca debería arrebatársele a un ser humano. La verdadera libertad, que solo puede ser la que se inspira en la vida y el amor y en la entrega a los demás.

Nada es más secreto que una existencia femenina, decía Marguerite Yourcenar. Y ninguna parece más secreta que la de Caterina, como si todo en ella hubiera sido sistemáticamente borrado, olvidado. Hasta hace doscientos años ni siquiera se sabía su nombre, así como tampoco se sabía dónde y cómo había venido al mundo su hijo. Una chispa divina llovida del cielo sin necesidad del cuerpo de una mujer.

El nombre de Caterina no salió a relucir hasta 1839, en una recopilación de cartas y documentos sobre artistas del Renacimiento italiano, en el documento menos poético y sugestivo imaginable: una declaración de impuestos. Se trata de una inédita declaración al Catastro florentino del abuelo de Leonardo, Antonio da Vinci, fechada el 27 de febrero de 1458 (1457 en estilo florentino). Al final de la lista de las *bocas* dependientes a su cargo, a partir de las que calcular las deducciones fiscales, después de los nombres del abuelo Antonio y la abuela Lucia y *ser* Piero y su hermano Francesco y la mujer de Piero, Albiera, comparece el pequeño *Lionardo fijo de dicho ser Piero no legíptimamente nacido de él et de la Chateri<n>a al presente mujer del Buscarruidos de Piero del Vacha da Vinci desde hace 5 años.* El hecho más importante, desde el punto de vista humano, es que la mano que escribe la declaración no es la del abuelo Antonio. Es la de su hijo Piero. ¿Qué habrá sentido Piero al escribir el nombre de la mujer a la que amó y que es la madre de su hijo, pero que *al presente* es mujer de otro? Y, sobre todo, ¿quién es esa mujer?

Un primer indicio surgió en 1872, cuando, sacada de un manuscrito procedente de la biblioteca de la familia Gaddi y que acabó en la Magliabechiana, o Biblioteca Nacional de Florencia, se publicó una antigua biografía de Leonardo, escrita por un desconocido florentino de mediados del siglo XVI que pronto fue bautizado como Anónimo Gaddiano o Magliabechiano. El Anónimo inicia su narración precisamente con el misterioso nacimiento del artista: *Lionardo da Vinci, maguer fuesse legítimo fijo de ser Piero da Vinci, era por parte de madre nacido de buena sangre*. Una larga sucesión de biógrafos y estudiosos (entre los que acabé incluyéndome yo también) insertó, entre corchetes, un *no* antes de *legítimo*, sin considerar posible que el Anónimo hubiera olvidado un detalle tan

importante como la condición ilegítima de Leonardo. Pero probablemente el Anónimo sabía bien lo que escribía. Los dos protagonistas, padre y madre, se presentan enfrentados: por un lado, *ser* Piero, de quien Leonardo es hijo *legítimo*, no porque su padre llegara a reconocerlo, sino porque le corresponde la obligación legal de tenerlo a su lado y de criarlo; por otro lado, una madre *de buena sangre*, expresión que muchos (y yo también) hemos malinterpretado, como si significara *de buena cuna, de sangre noble*. Y en cambio un *hijo de buena sangre* quiere decir simplemente un hijo natural, un hijo *de su madre*, de *mater ignota*, nacido fuera del matrimonio y de las convenciones religiosas y sociales, concebido de la unión de dos criaturas movidas únicamente por la fuerza del amor y la pasión.

Mientras tanto, el nombre de Caterina aparecía también en los manuscritos de Leonardo, y en particular en dos cuadernos de bolsillo que el artista llevaba consigo en 1493: en el tercer Códice Forster, actualmente en el Victoria and Albert Museum de Londres, y en el Códice H del Institut de France. Nada más que la constatación de la llegada de una tal Caterina a su estudio de Milán el 16 de julio de 1493, y de los pequeños gastos en los que incurrió por ella, con los que parecen estar relacionados la hechura de unas faldetas y el engaste de un jaspe en un anillo. Otro Códice Forster, el segundo, que puede fecharse a partir de 1494, presenta una lista detallada de los gastos de la *socteratura*, el entierro de Caterina, probablemente la misma mujer. ¿Quién era? Los primeros estudiosos de Leonardo no tenían dudas: se trataba tan solo de una modesta criada, nada que ver con su madre, de quien no se sabía nada. Plantear la hipótesis de que la anciana mujer pudiera haber afrontado un largo y difícil viaje al final de su vida solo para reunirse con su famoso hijo en Milán y morir entre sus brazos parecía más una fantasía de novelista que una realidad histórica digna de confianza.

Y de hecho fue un novelista el primero en imaginar que esas Caterinas eran la misma persona: el escritor ruso de inspiración simbolista y espiritista Dmitri Serguéievich Merezhkovski, en la novela *Voskressie bogi: Leonardo da Vinči*, es decir, *La resurrección de los dioses: Leonardo da Vinci*[7], de 1901. Para Merezhkovski, Caterina era una muchacha de

dieciséis años, huérfana de ambos padres, campesinos del pueblo, que en 1451 trabajaba como sirvienta en la posada rural de Anchiano donde *ser* Piero, invitado a redactar un contrato sobre la cesión de un molino, se detuvo a beber algo. Después del nacimiento del niño, la jovencísima Caterina no tenía leche, por lo que Leonardo había sido amamantado por una cabra de Mont'Albano y luego confiado a sus abuelos en la casa del pueblo, de la que, sin embargo, huía a menudo para visitar a su madre en el campo, desposada con el Buscarruidos. Después de muchos años, la anciana Caterina, que había quedado viuda, se reunía con Leonardo en Milán, y las exiguas notas de 1493 y la lista de gastos de su *socteratura* podrían referirse a ella, que le había regalado a su hijo dos camisas de lona y tres pares de calcetines de lana de chivo, tejidos por ella misma.

Leonardo recordaba a su madre como en un sueño, escribe Merezhkovski; *recordaba especialmente su sonrisa tierna, esquiva, algo maliciosa, muy extraña en ese rostro de mujer sencilla, triste y severo, hermoso, pero casi rudo*. En su rostro la sombra, el recuerdo, el sueño de una enigmática sonrisa que seguiría obsesionando a Leonardo durante toda su vida. La sonrisa que vemos en la Mona Lisa. La sonrisa que fascina asimismo a un médico vienés que está desarrollando un nuevo método para el tratamiento de la histeria llamado psicoanálisis, un tal doctor Sigmund Freud, ávido lector de la novela de Merezhkovski y desde hace muchos años apasionado por la figura de Leonardo, con la que tal vez se identifica.

Freud había regresado hacía poco de un importante viaje a los Estados Unidos, a la Clark University, con sus discípulos Carl Gustav Jung y Sándor Ferenczi. El 17 de octubre de 1909 le escribió a Jung: *Desde que regresé he tenido una idea. El misterio del carácter de Leonardo se ha vuelto de repente transparente para mí.* El 1 de diciembre presentó su idea ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en forma de una conferencia titulada *Das berühmte leonardeske Lächeln*, es decir, *La célebre sonrisa leonardesca*. A la sonrisa de Caterina, que sigue viviendo en la sonrisa de la Mona Lisa y de otras figuras leonardescas, se suma ahora la sobrecogedora

interpretación del más antiguo recuerdo de infancia de Leonardo, en el que un milano desciende sobre la cuna del bebé y le introduce la cola entre los labios dándole golpes. El breve texto se interpreta no como un recuerdo real sino como una *eine Phantasie*, una fantasía, una especie de ensoñación recurrente, una construcción imaginaria que proporciona una extraordinaria clave de acceso al mundo interior de Leonardo, con el detalle del movimiento de la cola del milano entre los labios del niño, lo que parece ser tanto un recuerdo simbólico del amamantamiento de la madre como una proyección de una fantasía de homosexualidad pasiva.

De Caterina, Freud recuerda el único documento conocido en la época, el Catastro de 1458, pero también sigue el relato de Merezhkovski al dar protagonismo y cuerpo a la figura de la mujer, con la hipótesis de que sea en efecto la Caterina que llegó a Milán en 1493 y murió poco después. Para Freud, Caterina no pudo dejar de desempeñar un papel decisivo en la formación de Leonardo, quien habría pasado sus primeros años no con su padre o madrastra, sino con su verdadera madre biológica y sus abuelos. A efectos prácticos, Caterina es el primer y único gran amor de Leonardo. Aunque tal vez en esa relación entre Leonardo y Caterina Freud no hacía más que proyectar la relación con su propia madre, Amalia. Una novela familiar, en el espejo. Surge de forma natural la pregunta: ¿acaso *Frau* Amalia Freud tenía la misma sonrisa que la Mona Lisa? ¿Es decir, de Caterina?

Después de una intensa y dolorosa reescritura, la conferencia se publicó en mayo de 1910 con el nuevo título *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*, es decir, *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Pero casi nadie en Italia lo leyó, excepto el loco de Dino Campana, y en general los estudiosos de Leonardo y los historiadores del arte fruncieron el ceño e hicieron caso omiso de ese extraño opúsculo.

De los archivos florentinos, y más en concreto del Notarial Antecosimiano, sale a la luz en 1931 —y se publica en 1939 — el que quizá sea el documento más importante de la vida de Leonardo: la memoria de su nacimiento el 15 de abril de 1452 y de su posterior bautismo, escrito por Antonio da Vinci en la última página del protocolo notarial de su padre, *ser*

Piero di *ser* Guido da Vinci. Se trata de una especie de *libro de recuerdos*, porque en esa página Antonio había anotado los nacimientos de todos sus hijos, empezando por Piero, y en 1452 la había completado con el nacimiento de su nieto. En la breve nota, Antonio registra los nombres de no menos de diez testigos, padrinos y madrinas de bautismo, empezando por el sacerdote Piero di Bartolomeo Pagneca: una prueba importante de que el nacimiento de ese niño, aunque no legítimo, tuvo lugar no en secreto, sino a la luz del sol y con la acogida gozosa de toda una comunidad. Desafortunadamente, el documento no dice nada sobre el lugar de nacimiento y el nombre de la madre, ni sobre la presencia de los padres en la ceremonia.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el joven bibliotecario de Vinci Renzo Cianchi adquirió el compromiso de crear algo que pudiera permanecer en el tiempo en ese pequeño pueblo que tuvo la suerte de parecer el centro del mundo por haber visto nacer el genio universal de Leonardo: un fondo museístico, una biblioteca, un centro de documentación que pudiera convertirse en un punto de agregación para los estudios sobre Vinci. Un sueño generoso que se realizó con tenacidad y que estuvo acompañado por nuevas exploraciones en los archivos florentinos, centradas en la reconstrucción de los primeros años de la vida de Leonardo, de su infancia en Vinci, de su familia y sobre todo de la figura de Caterina.

Cianchi está obsesionado con Caterina. En 1952, aunque no consiga encontrar nada nuevo sobre ella, publica sin embargo un documento inédito sobre el Buscarruidos, que alquiló el horno alfarero a las monjas de San Pietro Martire; y sobre todo defiende enérgicamente la tradición de la casa de Anchiano. Veinte años más tarde dedicó un breve recuerdo a Caterina, *La madre di Leonardo (divagazione storica sul mistero della Caterina)*, de 1973, e incluso un libro, *Ricerche e Documento sulla madre di Leonardo*, de 1975, una preciosa reconstrucción memorial en la que recobran vida lugares y personas: las casas labriegas de Campo Zeppi, la antigua iglesia de San Pantaleo, el Buscarruidos y su familia, las insignificantes historias de su vida cotidiana, los contratos, las

disputas, las bodas y, sobre todo, las inéditas declaraciones catastrales del Buscarruidos en las que aparece, entre las *bocas de hembras*, el nombre de monna *Caterina, su esposa*, y también su edad, sesenta años en 1487. Cianchi también realiza una minuciosa investigación en el Catastro de Vinci en 1451, aunque lamentablemente sin éxito. Ninguna de las Caterinas registradas en las familias de Vinci y su territorio a mediados del siglo XV tenía la edad y los requisitos para poder ser identificada con la madre de Leonardo.

Al final, en esta larga historia, yo también hago mi aparición.

Hace más de veinte años, el gran historiador Giuseppe Galasso me pidió que escribiera una biografía de Leonardo para la serie de *Perfiles* que editaba. Yo no era, y no creo haber llegado a serlo, un leonardista, es decir, un especialista en Leonardo, pero lo cierto es que había aprendido, de un maestro como Giuseppe Billanovich, el oficio de investigador e intérprete de papeles y manuscritos, y de esta forma me acerqué, no sin algo de temeridad y audacia, a los manuscritos de Leonardo, cuyo estudio nunca me hubiera sido posible sin la sabia y generosa guía de Carlo Pedretti, sin su pasión por la investigación libre de límites y prejuicios.

Acepté el encargo con la misma temeridad, y ya desde el primer capítulo me encontré frente al insoluble problema del origen y el misterio de aquella mujer que había traído al mundo a Leonardo. ¿Quién era Caterina? ¿Una humilde campesina o una niña de una buena familia decaída que se había retirado a Vinci? Ninguna respuesta me convencía. Sugestionado acaso por una lectura demasiado temprana de Freud, mi único indudable convencimiento era que Leonardo había pasado los primeros y decisivos años de su infancia en Vinci y con Caterina, y que de ella había tomado los rasgos más significativos de su forma de pensar, amar y relacionarse con el mundo y con los demás, y quizá también los rasgos fisonómicos de una belleza angelical. Y me imaginaba el amor entre Caterina y Piero así: una cálida noche de verano, un campo o un granero en Anchiano, el canto ensordecedor de los grillos, las estrellas en lo alto.

Estos últimos años han pasado muy rápido, demasiado rápido. Y sobre Caterina no sabemos mucho más. Pero la investigación sobre el misterio de los orígenes no se ha detenido. Hoy podemos decir que Leonardo nació efectivamente en Anchiano, porque todos los testigos de su bautismo, tanto si eran vecinos de Vinci como vecinos de su abuelo Antonio en el pueblo, revelan una relación más o menos estrecha con la aldea de la colina.

De un antiguo registro del Fondo de Población de los Archivos Estatales de Milán salió la noticia de una *Chatarina de Florenzia* que murió en Milán a los sesenta años de fiebre terciana, tal vez la misma Caterina mencionada en 1493 en los códices Forster III y H, y de la que Leonardo anota los gastos para la *socteratura* en el Forster II: es decir, con toda probabilidad su madre. El único problema estriba quizá en su edad, porque ya se le atribuyen sesenta años a Caterina, mujer del Buscarruidos y madre de Leonardo, en la declaración al Catastro de 1487. Si se trata realmente de la misma mujer, en 1494 debía tener sesenta y siete años, no sesenta. Pero es un problema menor: es bien sabido que en este tipo de documentos la indicación de la edad era muy aproximada en la época, sobre todo para las clases populares. Los mismos interesados desconocían exactamente cuándo habían venido al mundo, si nadie lo había dejado escrito en alguna parte. Para determinar la edad, bastaba con leer los signos que el tiempo escribe en la piel y en el cuerpo, contar las arrugas y las canas, como se cuentan los anillos de un viejo tronco.

Y mientras tanto, a partir de los documentos del archivo florentino ha sido posible reconstruir todas las vicisitudes de la familia de *ser* Piero, de sus esposas, de sus hijos, e incluso de los lugares donde vivieron: una contribución fundamental que introduce el detalle, hasta ahora desconocido, de otro hijo ilegítimo de *ser* Piero, un Pierfilippo nacido quizá antes que Leonardo y muerto en 1516. En un cotejo del Catastro de Vinci en 1451 y en 1459 se ficharon todas las posibles Caterinas, solteras y casadas, con la hipótesis de que solo una de ellas podía ser identificada con la madre de Leonardo: Caterina di Antonio di Cambio, una niña que en 1452 tenía solo catorce años, nacida en una familia de pequeños

agricultores poseedores de tierras.

Investigaciones posteriores, sin embargo, revelaron otra Caterina: una huérfana de quince años, hija de un pobre desgraciado llamado Meo Lippi. Después de la muerte de su padre, ella y su hermano de dos años se van a vivir con su anciana abuela y su tío abuelo a su granja de Mattoni, un grupo de antiguas casas labriegas en el camino a Lamporecchio entre Vinci y Campo Zeppi, con un viñedo que todavía hoy produce un excelente Chianti San Pantaleo y un vino tinto llamado con razón Monna Caterina. Y la huerfanita de Mattoni podría haber sido una fácil presa sexual para un joven notario de una importante familia local.

Lo reconozco, me gustaría que Caterina fuera ella, no habría necesidad de esforzarse en otras inútiles búsquedas de mujeres misteriosas. Todo encajaría de maravilla, Mattoni es tan hermoso y encantador, con esas hileras de vides al sol, y además todo el mundo sabe que está pegado a Campo Zeppi, a las casas de los Buti y del Buscarruidos: para que se case con esa Caterina, todo lo que hay que hacer es vestirla de blanco y llevarla más allá del seto de zarzamoras al borde de las granjas. Lástima que esa pequeña huérfana no tenga nada que ver con Leonardo. Caterina de Meo Lippi no se casó con el Buscarruidos, sino con Taddeo di Domenico di Simone Telli, vecino de los Lippi y uno de los otros propietarios de las tierras de Mattoni. Este ya tenía en su casa a Caterina, sin necesidad de saltar el seto de zarzamoras. Una historia mucho más trivial que, sin embargo, exonera por lo menos al pobre *ser* Piero de la póstuma y difamatoria acusación de violación y pedofilia, agravada por una posible posición dominante como tutor y notario.

Mientras tanto, desde hace más de diez años circula una historia completamente diferente: la de que esta Caterina, a quien nadie ha podido encontrar en los documentos de las familias de Vinci y de su territorio, no solo viene de fuera, sino que es nada menos que una esclava.

Es esta la última intuición de Renzo Cianchi, y la dejó inédita entre sus papeles, en forma de notas publicadas póstumamente en 2008. Con olfato de sabueso de raza, Cianchi ha seguido un rastro que dejó abierto un enigmático

pasaje de la declaración catastral del abuelo Antonio de 1458: el recuerdo de un legado dejado a su hijo *ser* Piero por un tal Vanni di Niccolò di *ser* Vanni, un tipo de mala reputación con fama de usurero, que asignó al parecer al joven notario el usufructo de su casa en via Ghibellina, en Florencia. Se trata de la misma casa a la que el notario irá a vivir en 1480 y donde morirá en 1504. Curiosamente, sin embargo, tras la muerte de Vanni, acaecida el 24 de octubre de 1451, Piero no pudo disfrutar de forma inmediata de la herencia, porque, añade Antonio en declaración de 1458 (que, recordemos, fue escrita por Piero), se interpuso el piadoso arzobispo Antonino con la excusa de que eran bienes adquiridos ilícitamente, y por lo tanto todo quedó bloqueado, *y nunca se recavó nada, et en todo se extinguió et anuló.*

Pues bien, Cianchi logró localizar el testamento de Vanni, otorgado por *ser* Filippo di Cristofano el 19 de septiembre de 1449, con todos los codicilos a favor de *ser* Piero añadidos por él mismo el 29 de noviembre, y empezó a reconstruir la intrincada historia de la relación entre Piero y el viejo Vanni. Entre las muchas disposiciones, la que más llama la atención es un legado a su esposa Agnola: *que la Caterina esclava de dicho testador quede bajo la obedientia et servitud de Monna Agnola su esposa todo el tiempo de su vida*. ¿Podría esta esclava Caterina, que Piero conoció en casa de Vanni, haber sido la madre de Leonardo, más tarde liberada y desposada con el Buscarruidos?

Caterina me mira. Tal vez disfrute con esta búsqueda entre tantas imágenes diferentes y multiplicadas de ella misma, Caterinas niñas y adolescentes, campesinas y criadas de taberna, huérfanas o incluso esclavas; en cualquier caso, sigue huyendo, como Angélica. Tal vez solo para burlarme de ella, o para burlarme de todos los caballeros que la persiguen en el castillo de Atlas y no se dan cuenta de que están persiguiendo reflejos de sí mismos, me levanto y me acerco al viejo Klimes y empiezo a tocar algo en su honor, unos compases de una obra lírica, de una historia ambientada en un país más lejano que aquel de donde provino: *Ma il mio mistero è chiuso in me, il nome mio nessun saprà*. Quizás sepamos el nombre, pero casi nada más.

Caterina es traviesa. Cuando la persigues, te rehúye, y cuando no la buscas, sale a tu encuentro. La hallas frente a ti cuando menos te lo esperas. Y eso fue lo que ocurrió cuando, tiempo atrás, temido e inexorable, se acercaba el centenario de la muerte de Leonardo. Me hubiera gustado retomar la biografía que había escrito veinte años antes, actualizarla, contarla mejor; e incluso ahondar en un aspecto que siempre me ha fascinado, la relación con los libros y con el mundo de la cultura escrita, la historia aún por escribir de un hombre al que casi siempre se le suele tachar de *homo sin letras*. La investigación vuelve a empezar, y hay un sueño que la guía: la biblioteca de Leonardo volverá a ser visible, será posible hojear de nuevo las páginas de sus libros tal como lo hacía él. Comienza la organización de exposiciones virtuales y reales: Stanford, Florencia, Roma, Berlín. Pero sobre todo es posible volver a bibliotecas y archivos, verificar documentos y manuscritos, buscar otros nuevos.

Un día, en el Archivo Estatal de Florencia, del fondo de las corporaciones religiosas suprimidas por el gobierno francés recibí una carpeta con escritos de la familia Castellani. Es necesario profundizar en el estudio de los libros de memorias, no solo por las analogías de escritura y composición con respecto a los manuscritos de Leonardo, sino también por la preciosa información sobre libros y lecturas en la Florencia de mediados del siglo xv. Desde este punto de vista, el caballero Francesco di Matteo Castellani es una de las figuras más interesantes: erudito y humanista, mecenas del joven Luigi Pulci, en buenas relaciones con Cosme de Médici, a pesar de su propia marginación y de la de su familia de la vida pública, debido a antiguas e imprudentes conexiones con los enemigos de los Médici. Francesco era un apasionado coleccionista de libros, además de asiduo visitante de los mejores libreros y papeleros de la época, hasta el punto de que no parecía imposible imaginarlo en el reducido círculo de la gente cercana a Cosme que había tenido acceso a un extraordinario poema de un poeta latino hasta entonces desconocido, el *De rerum natura* de Lucrecio, descubierto unos años antes por Poggio Bracciolini.

Ahora está en mis manos, el manuscrito de las

Remembranzas de Francesco, con la cubierta en pergamino antiguo. En la solapa interior se añadió una nota extraña fuera de la serie cronológica de sus memorias: *Ser Piero d'Antonio di ser Piero otorgó la liberation de la Catherina nodriza de Maria facta per* monna *Ginevra d'Antonio Redditi ama de la dicha Catherina et mugier de Donato di Filippo di Salvestro di Nato a día 2 de noviembre de 1452, dado que el papel por error dice a día 2 de diciembre de 1452 y así lo leí yo Francesco Matteo Castellani este día 5 de noviembre de 1452.*

Este *ser* Piero es sin duda el padre de Leonardo: ¿cómo es que nadie se ha dado cuenta? 1452 no es un año cualquiera: es el año en que nació Leonardo, el 15 de abril, de una mujer llamada Caterina. ¿Y quién es en cambio esta otra Caterina? Una esclava, porque se habla de su liberación, otorgada por el propio Piero a petición de la propietaria, una tal Ginevra d'Antonio Redditi, esposa de Donato de Filippo di Salvestro Nati. Si es nodriza, significa que ya había parido. No, no me parece posible que sea la misma Caterina que amó a Piero, la madre de Leonardo. ¿Cómo habría conseguido el joven notario otorgar tal acta, logrando controlar el temblor de la mano, el latido del corazón, su propia respiración? No, no puede ser ella.

Sigo hojeando las *Remembranzas* y encuentro de nuevo el nombre de Caterina: en mayo de 1450 fue arrendada por Ginevra a Lena, la mujer de Francesco, para amamantar a su hija Maria, por la no pequeña suma de dieciocho florines al año: *Mcccl. Rechuerdo cómo el día […] del mayo año antedicto la Chaterina di , esclava de* monna *Ginevra, mujer de Filippo, o bien de Donato di Filipp[o] del Tinta, cajero, vino a estar con nosotros como nodriza de Maria mi fija a razón de salario de f. dieciocho al año, comenzando dicto día y continuando por dos o tres años a nuestro plazer, y para lo que más o menos necesitara la niña, dándole lacte sana. Y así quedamos de acuerdo, es decir, mi madre con dicta* monna *Ginevra, siendo mediador Rusticho de chatarrero, dato que dicta* monna *Ginevra deve aver marcado en el libro rojo A a c. 56, donde se le pone por acreedor y deudor de todo lo que se le dará por dicto salario.*

¿Por qué esos espacios vacíos? ¿Por qué no escribió Francesco la fecha exacta en que Caterina *vino a estar con*

nosotros, y el nombre de su padre, y el del padre de Rustico? ¿Dónde tenía la cabeza?

En este archivo tengo la suerte de poder verificarlo de inmediato: en la Notarial Antecosimiano están todos los protocolos de *ser* Piero. Si la escritura fue otorgada por él, quizá se conserve también la minuta. Me basta con pedir el primer tomo, que abarca el período que va desde el inicio de su actividad hasta 1457. Sin prisa, repaso todas las escrituras y apuntes de aquellos primeros años de la carrera del joven notario: años decisivos, pero también duros y difíciles, como creo comprender por el escaso número de actos otorgados entre 1449 y 1452, y por su prolongado traslado a Pisa desde finales de 1449 hasta principios de 1451. Me detengo con más atención en el período junio-julio de 1451, que debería ser aquel en el que fue concebido Leonardo: las escrituras están todas otorgadas en Florencia. Así pues, Piero conoció y amó a Caterina en Florencia. ¿Y dónde estaba en cambio cuando nació Leonardo, en 1452? También en Florencia: el 31 de marzo hizo una escritura en la Badia, el 15 y 30 de abril autenticó una lista de capitanes. Luego, del 30 de abril al 31 de mayo, el vacío, todo un mes de inactividad. Si Piero fue a Vinci, solo pudo hacerlo en los breves períodos intermedios, para trasladar allí a Caterina embarazada y luego volver a verla a ella y al niño.

Sigo adelante, los días y los meses discurren a toda prisa. Y a finales de 1452, de los papeles de Piero, de su letra monótona y siempre igual que registra y certifica hechos y cosas en la vida de los demás, emerge el documento más importante en la vida de Caterina: su liberación. Sí, a Piero le tiembla la mano, su mente está confundida. Pocas veces en las minutas del joven pero ya preciso notario se agolpan tantos errores: sobre todo en la *datatio*, como si fuera incapaz de fijar en el calendario un día que debió de ser realmente complicado para él. Francesco Castellani lo notó de inmediato, porque para el caballero de estirpe ilustre pero poco acaudalada, la diferencia de un mes significaba desembolsar un florín y medio más a monna Ginevra, por una nodriza que había dejado de ser esclava y que ya se había ido.

Mi mano también tiembla y se me confunde la mente

mientras leo y traduzco las fórmulas notariales en latín, como un mantra que resuena en mi cabeza, y a causa de la emoción tengo que releerlas una y otra vez, para asegurarme de haberlas entendido bien. Ante mis ojos, se materializan lugares y personas: la antigua casa de Donato en via di Santo Gilio, que olía aún a las esencias de las maderas preciosas y los aceites de su padre, fabricante de cajas, y en la que resonaban aún los golpes de los canteros que trabajaban detrás, en los talleres de las obras de la catedral, detrás de la iglesia de San Michele Visdomini y a la sombra de la cúpula de Brunelleschi, los testigos, su esposa Ginevra, y finalmente ella, *presentem et acceptantem*, Caterina hija de Jacob: *Caterina filia Iacobi eius schlava seu serva de partibus Circassie.*

Caterina es circasiana, es decir, pertenece a uno de los pueblos más libres, orgullosos y salvajes de la tierra, ajenos a la historia y a la civilización. Un pueblo que vive en estrecho contacto con la naturaleza y los animales, y que desconoce la escritura, la moneda, el comercio, las leyes y las instituciones civiles y políticas, con la excepción de un férreo código moral. Pero para compensar, es un pueblo que ama y conoce la poesía, la música, la danza, venera la naturaleza y los animales, los caballos, las águilas, los lobos, los osos, y posee un rico y antiquísimo acervo de cuentos, relatos, sagas, mitos. Tal vez no se trate siquiera de un pueblo propiamente dicho, con una identidad única y precisa o una lengua única, sino de una miríada de tribus grandes y pequeñas, dispersas en las mesetas de la cadena del Cáucaso, desde el mar Negro hasta el mar Caspio. Una esclava circasiana es una salvaje que no sabe leer ni escribir y habla nuestra lengua con dificultad, porque todavía tiene la costumbre de articular los sonidos según su lengua arcaica, hecha enteramente de consonantes guturales. En Florencia, una joven esclava circasiana vale mucho porque es sana, alta, musculosa, fuerte, de *buena sangre*, una perfecta máquina reproductora, una criatura que parece destinada a hacer el amor, a preñarse y procrear y amamantar y también a trabajar duramente en todos los deberes domésticos sin protestar, habla poco o nada y, por último, según dicen todos, está dotada de una turbadora belleza. Nadie se preocupa en exceso por si tiene alma o su propio mundo interior de sentimientos, dolores, esperanzas,

sueños.

Caterina no es propiedad personal de Donato sino de Ginevra, quien insiste en que quede por escrito que la compró con su propio dinero y que la esclava la ha servido bien y fielmente durante muchos años. Sigue la fórmula de la liberación plena, *liberavit et absolvit ab eius servitute*, si bien queda anulada de inmediato y sustituida por las dolorosas condiciones que normalmente convertían estos actos no en una conquista de la verdadera libertad, sino tan solo de una incierta esperanza en el futuro: Caterina tendrá que permanecer al servicio de Ginevra hasta la muerte de su ama, que evidentemente se lo ha pensado mejor y no quiere perderla. Pero algo debe haber pasado entre la minuta y la escritura original, porque Ginevra, que goza más o menos de buena salud y vivirá muchos años más, según consta en el Catastro de 1458, tiene otra criada de quince años, que ya no es Caterina. Como se deduce de la nota de Castellani, la liberación debió ser total y completa, e inmediata, aquel 2 de noviembre de 1452. Y Caterina partió quizá con la humilde dote que Ginevra le había prometido y que Piero anotó detalladamente: una cama, un cofre con dos cerraduras, una colcha, un par de sábanas, una manta.

¿Es posible que sea ella? Todavía no puedo creerlo. Si es la madre de Leonardo, entonces el 2 de noviembre de 1452 el niño ya tiene seis meses y medio, y él también debe de estar allí, todo envuelto como los amorcillos del orfanato de los Inocentes, en el regazo de Caterina *presentem et acceptantem*, en esa vieja casa en via di Santo Gilio; pero cuando nació, el 15 de abril, todavía nació como hijo de una esclava. ¿Y dónde estaba Caterina en julio de 1451? No hay duda: desde mayo de 1450 estuvo en casa de los Castellani, donde amamantó a Maria, hija de Francesco y Lena. Esa casa que fue, y sigue siendo, uno de los edificios más bellos de Florencia, con vistas al Arno junto a los Uffizi, construida sobre una fortificación medieval, el Castillo d'Altafronte, y que ahora alberga el Museo Galileo. Es raro, pero es precisamente esta última idea la que me dificulta aceptar una hipótesis tan absurda, en estos días en los que no dejo de deambular por las salas de este edificio, desde la biblioteca del tercer piso hasta el sótano, entre los imponentes arcos de piedra del antiguo castillo. ¿Es

aquí donde vivía Caterina? ¿Es aquí donde amó a Piero?

Empecé a seguir hacia atrás a todos los protagonistas de la historia de Caterina, a todos los que se cruzaron en su vida con ella: Leonardo, el Buscarruidos, Piero, el abuelo Antonio, el caballero Castellani, Ginevra, Donato. Cada historia se entrelazaba con la anterior, y de cada historia se ramificaban las historias de todos los demás seres que habían mezclado sus vidas, su sangre, su sudor, su esperma, y que compartieron el pan y el vino, el dolor, la alegría y la esperanza, y engendraron hijos y generaciones para una humanidad futura.

Donato es la clave, no solo porque Donato es la figura más emblemática de la época, un campeón de esa audacia empresarial que estaba cambiando el mundo para bien o para mal, sino porque Donato regresa a su Florencia desde Venecia, donde había vivido y luchado con variable fortuna durante más de cuarenta años. En Venecia, su principal industria, el taller de batihojas de oro, se fundamentaba en la mano de obra femenina de las esclavas, y Venecia era el principal puerto de llegada del tráfico de esclavas circasianas y tártaras de Tanais, el último puesto de avanzadilla de la civilización europea y del imperio veneciano en la frontera nororiental del mar Negro. En la frontera con la nada. Pero el archivo aún reserva la última sorpresa: el testamento de Donato, redactado, mira por dónde, por el único notario en el que confía el anciano aventurero, *ser* Piero, es casi en su totalidad a favor del convento de San Bartolomeo en Monteoliveto, en Florencia a poca distancia de la puerta de San Frediano, con la condición de que se edifique allí una capilla con la tumba para Donato y su familia. Es el mismo lugar de donde procede el primer cuadro de Leonardo, la *Anunciación*, que probablemente estuvo allí *ab antiquo*. No creo que sea una coincidencia.

Mi viaje hacia atrás prosiguió por las rutas del Mediterráneo, tratando de cubrir las mismas etapas que debieron jalonar el viaje de Caterina: de Venecia a Constantinopla, de Trebisonda a las colonias genovesas del mar Negro, de Matrega a Tanais y la desembocadura del Don. Traté de ver por mí mismo los lugares que era posible ver,

pero descubrí que el mundo de hoy tiene muchas más barreras y muros que el mundo de Caterina. La parte más hermosa del viaje seguirá siendo para siempre un sueño imposible: navegar a lo largo de la costa este del mar Negro desde Trebisonda hasta Sochi y Azov, la antigua Tanais, en la desembocadura del Don; remontar el río Kuban hasta su nacimiento en las tierras altas del Cáucaso, y llegar al doble pico de Elbruz. Sobre ese lugar se han abatido las tinieblas. Una guerra cruel y sin sentido asola las costas del norte del mar de Azov, y destruye el puerto desde el que partió como esclava Mariya: Mariupol, la ciudad de Maria, mártir de un horror inhumano, sin fin y sin razón.

En este viaje solo soñado a partir de cierto momento, los documentos ya no son necesarios, la navegación ya no puede apoyarse en ninguna carta náutica y la aguja de la brújula gira alocada. Debemos evitar los bajíos y los afloramientos rocosos, los terrores de las tormentas repentinas y los feroces monstruos marinos, y en la noche, cuando uno se abandona al sueño en la cubierta del barco anclado en la rada, los silenciosos y mortíferos ataques de los piratas. Más allá de las fronteras del mundo todo se desvanece en la noche de los tiempos: las civilizaciones desaparecidas con todos sus recuerdos, los archivos quemados en los saqueos y las guerras, el resplandor de los incendios y la devastación que iluminan de rojo sanguíneo la noche de la caída de Constantinopla.

Quedan las voces de los que vivieron en esos lugares: fuerte y real y todavía pastosa de vino y pescado seco la de los recuerdos de Iosafà Barbaro; tenue y articulada como una oración en la letanía diaria de cifras y cuentas y dineros la de Iacomo Badoer. Quedan los nombres que Iacomo había escrito en su libro de cuentas: Termo, y la esclava rusa Maria. Más allá es imposible ir. Sin embargo, en las tinieblas de un mundo aún no iluminado por la historia, resuenan las mismas voces y los mismos sonidos que escuchaba Caterina: las sagas y los mitos de los pueblos perdidos de las mesetas, los cantos tristes modulados en las cuerdas del *pshine* en noches de luna llena, el ritmo vertiginoso del *islamey*, el silbido del viento en los abedules, el fragor de las aguas que se precipitan desde los glaciares, el aullido del lobo.

La última de las existencias que se ha cruzado con la vida de Caterina es la mía. La última persona que tuvo la suerte de conocerla y verla nacer, vivir y morir soy yo. La última solo en orden cronológico, como si el tiempo existiera realmente, como si fuera una línea recta que fluye solo en una dirección y no en muchas otras, o una constante de algo que, engañándonos a nosotros mismos, nos obstinamos en llamar realidad y en concebir como algo concreto y medible, y no más bien una variable de infinitos mundos y dimensiones y posibilidades infinitas cuya existencia ni siquiera notamos, más que en la oscuridad de la memoria y el sueño. No hay principio, nunca lo hubo, y no habrá final.

No, no me siento capaz de contar esta historia. Eso es lo que trato de explicarle a Caterina, cuando vuelvo a sentarme desanimado en mi escritorio, pero ella no entiende mis palabras o finge no entenderlas. Sé lo que quiere de mí, pero yo también finjo no entender. Y también sé, resignado, que no se irá hasta salirse con la suya. Caterina es obstinada.

Podría usar las formas de escritura que me son más familiares y publicar un denso ensayo académico con una edición crítica de los documentos, notas eruditas a pie de página y una abundante bibliografía comentada que nadie leerá, o podría optar por la solución de contar su historia. Lo intento, pero me doy por vencido de inmediato, al cabo de unas pocas páginas, y no solo porque todavía faltan demasiados eslabones en la cadena, documentos que tal vez ya no existan o nunca hayan existido, demostraciones científicas veraces e incontrovertibles de que todo ocurrió de cierta manera y no de otra. ¡Ah, la filología, esta incierta ciencia de lo cierto! Tal vez todo sea un sueño, y Caterina también lo sea.

Pero la verdadera razón es otra. La historia de Caterina es grande y líquida y móvil, como el mar que atraviesa, una historia hermosa, demasiado hermosa como para que alguien pueda encerrarla en la escritura. Caterina es libre, nació libre, ¿quién podría detenerla? No hay necesidad de escribir para que las cosas existan. Y además, tengo la sensación de seguir viendo los rostros y oyendo las voces de cada una de las personas que han entrado en su vida, porque sé que todas

ellas son personas reales, no personajes inventados en busca de un autor. Existieron de verdad, vivieron, sufrieron, amaron. Pero la verdadera historia es toda suya, de Caterina. La historia de una muchacha a la que alguien le robó todo, su cuerpo, su libertad, su futuro, pero ella fue más fuerte, cruzó el mundo sola, sin miedo a nada, sufrió, luchó, amó, venció.

No, no es posible escribir una historia como esa. ¿Cómo darle voz? ¿Y qué voz? ¿Qué idioma?

Ahora soy yo el que mira a Caterina, aún allí en pie, apoyada en el viejo Klimes. Aparentemente está tranquila, pero queda claro que oculta un temblor. Siento que le gustaría irse, libre, porque una historia vive de verdad solo cuando te abandona y se aleja. La miro y me convenzo de que esa muchacha nos lo está cambiando todo. Nos está regalando la alegría y la libertad, como ha hecho con todas las personas que la han conocido: pero también nos pide algo a cambio. Algo sencillo, pero tremendamente costoso. Despertar, como de un largo sueño sin sueños. Abrir los ojos.

Si ella es realmente la madre de Leonardo, Leonardo no es italiano: solo lo es a medias. En su otra mitad, la mejor quizá, es hijo de una esclava, de una extranjera en el peldaño más bajo de la escala social y humana, de una mujer que se bajó de un barco y venida de quién sabe dónde, sin voz ni dignidad ni permiso de residencia, que no sabía leer ni escribir y apenas podía hablar nuestro idioma. Y de esta manera, el mayor mérito de las personas que la encontraron en el camino de Anchiano, la gloria más hermosa de la gente de Vinci y de su territorio, no fue en realidad ser el lugar de nacimiento de ese niño extraordinario que podría haber nacido en cualquier otro sitio, sino haber acogido en su comunidad a aquella mujer embarazada sin patria, sin familia y sin libertad, y haberle restituido la plena dignidad de la existencia humana. Esa es la gloria más hermosa de este maravilloso país nuestro, de esta península que se proyecta alargada en el Mediterráneo como un inmenso puente de pueblos, culturas, civilizaciones, lenguas y artes, que se han encontrado e invadido y mezclado sin pausa a lo largo de los milenios, de norte a sur y de este a oeste, de Europa hacia

África y viceversa, tierras e islas navegantes, migrantes que llegan y se van, sedientos de vida y de saber. La civilización italiana no existiría si alguien hubiera cerrado nuestros puertos.

Y aunque esta Caterina nunca hubiera sido la madre de Leonardo, y si todo esto fuera solo un sueño de una noche de verano o el espejismo de un viejo profesor algo enloquecido, la brutal realidad de una esclava adolescente que, junto con miles de otros chicos y chicas, de criaturas invisibles e ignoradas por la historia, llega a nuestro continente, trayendo consigo todo su bagaje de sufrimiento y dolor, es un escándalo que bastaría por sí solo para hacer añicos toda la civilización europea y occidental. Porque todo esto ocurría en el corazón y en plena gloria del Renacimiento, en medio de la ilusión de que la civilización de los antiguos estaba floreciendo de nuevo, con todos sus valores e ideales de virtud y humanidad y fraternidad universal, o incluso que estaba naciendo algo completamente nuevo, que ni siquiera los antiguos habían visto o pensado: un mundo cuyas fronteras se expandían sin cesar, en el que las artes y las técnicas parecían capaces de competir con la misma naturaleza y superarla, en el que las mercancías y el dinero circulaban libremente, produciendo riqueza y bienestar y confianza en un destino de progreso cierto e ilimitado. Despliegan sus velas carabelas y galeones, el Renacimiento abre sus alas sobre el mundo, pero bajo esas alas da comienzo la sangrienta conquista de continentes hasta ahora desconocidos, el desarrollo de una economía global basada en la esclavitud, el poder de las naciones dominantes durante siglos gracias a la explotación y extinción de otros pueblos de la tierra y de los recursos de la naturaleza, la homologación y anulación de otras culturas, lenguas, libertades, las infinitas y diferentes formas de vivir y soñar inventadas por los seres humanos.

Voici le temps des assassins. Pero tal vez siempre haya estado vigente la época de los asesinos. Desde que comenzó la Historia, este escándalo que perdura desde hace más de diez mil años.

Miro a Caterina, y sé que la conozco desde tiempo infinito.

La realidad es que ella siempre ha estado aquí a nuestro lado, en las cosas que nos rodean, en la vida cotidiana. La esclavitud, la explotación del trabajo humano y la dignidad de la persona pueden estar en cualquier parte. El algodón de la camisa que llevo puede haber sido cosechado por las manos de una Caterina en una inmensa plantación de Asia Central. Los metales y filamentos que componen los nervios palpitantes de mi teléfono móvil quizás estén empapados en la sangre y el sudor de los niños que los extrajeron de las minas de África.

Hoy, en el cruce junto a ese semáforo, una Caterina niña se ve obligada a pedir limosna, mientras sus hermanos se quiebran la espalda en los campos de tomates y caen de los andamios de obras carentes de medidas de protección, y sus hermanas son succionadas y masacradas en urdideras y maquinarias textiles. Hoy mismo, otra esclava Caterina, no importa si de piel negra o clara, saldrá por la noche a una calle suburbana a vender su cuerpo por cuenta de sus amos: amos a los que fue vendida de niña, tal vez por sus propios familiares, que se morían de hambre o por propia iniciativa, engañada por falsas promesas de bienestar; si no se comporta bien, será torturada o desaparecerá en un barranco.

Esta noche otra Caterina niña, huyendo del hambre, de la guerra, de la violación, de países que ni siquiera sabemos que existen, que ha pasado de mano en mano y ha sido revendida varias veces, cuando no violada y torturada, llegará tras un viaje infernal a la costa libia, será cargada como ganado junto con cientos de personas más en la bodega de una vieja barcaza, y ella no querrá subirse porque tiene miedo de esa extensión de agua interminable que nunca ha visto y de esa barcaza que parece un monstruo que quiere engullirla a ella y a todos los demás en su escotilla negra abierta, y luego la barcaza se deshará y volcará, y ella descenderá lentamente a las profundidades del Mediterráneo, con los pulmones ya llenos de agua y los ojos de vidrio y el último grito que nunca llegará a salirle de la garganta.

Treinta mil muertos así, en diez años, ante nuestra total indiferencia, mientras a pocas millas de distancia desfilan resplandecientes cruceros. Pero para muchos esos muertos ni siquiera existen, nunca han existido. Si sobreviven y se

adaptan a ser esclavos en nuestras casas, alguien dirá que han venido a robarnos el pan, que son gente sucia, salvajes, ladrones, narcotraficantes, putas, y que además nos traen infecciones y enfermedades. ¿Es tan difícil ver a un ser humano en el otro?

Tal vez entonces haga falta contar esta historia. Por Caterina. Por todas sus hermanas sin nombre que siguen muriendo en el mar que ella cruzó, y que aún sufren a nuestro alrededor.

Antes de irse, Caterina me sonríe. No lo había hecho hasta ahora. Una sonrisa invisible, muy dulce y difuminada en el leve arco de los labios. Una sonrisa de conocimiento, eco de sufrimientos antiguos y universales. Con la alegría mezclada con el dolor, el deseo con el miedo, el abrazo misterioso e inextricable que se cela en todas las grandes cosas de la vida: nacer y hacer nacer, amar, soñar, tal vez morir.

El autor quiere dar las gracias a quienes han estado a su lado en este viaje, o le han sugerido un rumbo con su conversación o con su investigación, incluso sin saber que el viaje era el de Caterina: Alessandro Vezzosi y Agnese Sabato, por su incomparable y apasionado conocimiento de la zona de Vinci; Mario Bruschi, Elisabetta Ulivi, Edoardo Villata, Vanna Arrighi, Martin Kemp y Giuseppe Pallanti, por sus cuidadosas indagaciones documentales sobre la familia de Leonardo y las numerosas Caterinas; Paolo Galluzzi, Pietro Cesare Marani, Paula Findlen, Marco Cursi, Paola Venturelli, Romano Nanni, Roberta Barsanti, Monica Taddei, Sara Taglialagamba, Margherita Melani, Pascal Brioist, Sergej P. Karpov, Evgenij Khvalkov y Rheinold C. Müller. Un agradecimiento especial a Isabella Nati Poltri, pródiga en información sobre la historia de Donato y de su familia.

Notas

[1] Goro o Gregorio Dati, que vivió entre los siglos XIV y XV, fue un mercader y escritor florentino, autor de obras históricas y morales. Se le atribuyó el breve poema *La Sfera*, de tema mitológico y geográfico, importante también por la presencia de preciosos mapas antiguos; pero hoy se considera más probable que sea obra de su hermano Leonardo, un humanista dominico. *(N. del T.)*

[2] Variedad véneta del topónimo Catai, es decir, China. *(N. del T.)*

[3] En la Italia de la Edad Media y el Renacimiento era esta la denominación del mar Negro. *(N. del T.)*

[4] La *muda* era el nombre de las expediciones comerciales anuales venecianas por distintas rutas del Mediterráneo oriental, una de las cuales llegaba hasta Tanais. Estuvieron activas entre 1315 y 1533. *(N. del T.)*

[5] Tradicional plato de Liguria, raviolis rellenos de mollejas y verdura, en una salsa de carne parecida al ragú, pero que a diferencia de esta no se elabora con carne picada sino con un trozo entero, llamado *tocco*, que luego se toma como segundo plato. *(N. del T.)*

[6] Nombre con el que se conocía una traducción florentina parcial de los comentarios de Tomás de Aquino y Alberto Magno sobre el tratado aristotélico *Meteorológicos*, que alcanzó cierta popularidad, y uno de cuyos manuscritos perteneció a la biblioteca de Leonardo y se conserva en el museo Galileo de Florencia. Cfr. https://bibdig.museogalileo.it/tecanew/opera?bid=1059369&seq=12 *(N. del T.)*

[7] Publicado en castellano con el título de *El romance de Leonardo, el genio del Renacimiento,* traducción de Juan Santamaría, Edhasa, Barcelona, 1993. *(N. del T.)*

Título original: *Il sorriso di Caterina. La madre di Leonardo*
Primera edición: febrero de 2024

© 2023, Giunti Editore S. p. A., Firenze-Milano, www.giunti.it
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Gumpert, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: Retrato de monna Lisa / Leonardo da Vinci @ Grand Palais (Musée du Louvre) / Michel Urtado
Collage de Sean Mackaoui

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano.
Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

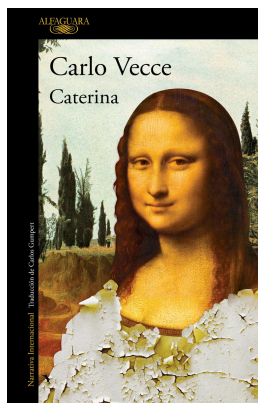
ISBN: 9788420476797

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

LA GRAN NOVELA QUE REVOLUCIONA EL MUNDO DEL ARTE, POR EL GRAN ESPECIALISTA EN LEONARDO Y EL RENACIMIENTO, NÚMERO 1 EN VENTAS EN VENTAS EN ITALIA Y EN TRADUCCIÓN EN ONCE PAÍSES.



«Un auténtico terremoto que desvela el misterio de los orígenes de Caterina, la madre de Leonardo da Vinci».
Bertrand Guyard, *Le Figaro*

La increíble historia de Caterina, una niña nacida en la meseta caucásica. Su lengua era la más antigua del mundo y ella estaba destinadaa ser una guerrera como sus ancestros, pero un día se vio arrastrada violentamente a la historia. Capturada en Tana, la última colonia veneciana en la desembocadura del Don, emprende un asombroso viaje por el Mar Negro y el Mediterráneo para llegar a Florencia en pleno esplendor del Renacimiento. Convertida en esclava por unos mercaderes, tuvo varios hijos ilegítimos, pero a uno de ellos, fruto de su unión con un ilustre notario florentino, lo amó por encima de todos, aunque él nunca pudiera llamarla madre por su condición de esclava. Aquel niño al que ella transmitió todos

sus conocimientos sobre las criaturas y la naturaleza, se llamaba Leonardo da Vinci.

«Una novela que ha prendido la curiosidad en todo el mundo».
Angiola Codacci-Pisanelli, *L'Espresso*

Carlo Vecce es uno de los mayores estudiosos en el mundo de la época renacentista, se ha dedicado especialmente de la figura y la obra de Leonardo da Vinci. Ha sido profesor en las universidades de la Sorbona y, la Universidad de Los Ángeles, el Institute of Advanced Studies de Durham y en la École Normale Supérieure de Lyon. Es autor, con Carlo Pedretti, de *Il libro di pittura; Codice Arundel,* y de numerosos ensayos, hasta el reciente *La biblioteca di Leonardo*. Ha dirigido programas de cooperación cultural en India y China, y es miembro de la prestigiosa Accademia dei Lincei, donde encabezó un proyecto de reconstrucción de la biblioteca de Leonardo que condujo a la organización de exposiciones en la propia Academia, en el Museo Galileo de Florencia, la Universidad de Stanford y en el Instituto Max Planck de Berlín. Actualmente enseña literatura italiana en la Università Orientale de Nápoles. *Caterina* es su primera novela.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Caterina

1. Yakov
2. Iosafà
3. Termo
4. Iacomo
5. Mariya
6. Donato
7. Ginevra
8. Francesco
9. Antonio
10. Piero, y de nuevo Donato
11. Antonio, el otro
12. Leonardo
13. Yo
Agradecimientos

Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre Carlo Vecce